
3 1761 08820255 1

BIBLIOTECA DE ESCRITORES DE CHILE

VOLUMEN XI


BALCELLS
y Ca.
MONEDA
801 A 843
IMPRENTA
BARCELONA
SANTIAGO
CHILE
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION

Santiago, Noviembre 10 de 1908.

Teniendo presente:

PRIMERO.—Que la producción intelectual de Chile durante los cien años de vida independiente que la República está próxima á cumplir, constituye, así por el número y variedad de las obras como por la importancia y entidad de las materias, una de las manifestaciones más características y honrosas del progreso nacional;

SEGUNDO.—Que esta producción no es suficientemente conocida y apreciada en el país, y aun menos en el extranjero, por cuanto se halla esparcida en ediciones ó publicaciones aisladas, algunas de las cuales están agotadas ó son de difícil adquisición, haciéndose en todo caso necesario incorporarla en un cuerpo de publicidad que la presente, debidamente seleccionada, bajo un orden metódico de materias, de autores y de fechas;

TERCERO.—Que tanto en cumplimiento de los deberes educacionales que la Constitución le impone, como en estímulo de la propia producción intelectual del país, incumbe al Gobierno difundir el conocimiento de los escritores que han ilustrado las letras nacionales ó realizado estudios de mérito en los diversos ramos del saber;

CUARTO.—Que el cumplimiento de tal deber permite á la vez iniciar la realización de este propósito como uno de los más elevados y significativos homenajes que la nación pueda tributar al centenario de su independencia;

QUINTO.—Que desde varios años atrás las leyes de presupuesto vienen consultando sumas de dinero más ó menos considerables para costear la publicación de obras de determinados autores, sin obedecimiento á un plan y selección sistemáticos; y

SEXTO.—Que con tales cantidades, y aún sin perjuicio de mantener la publicación ya iniciada de ciertas obras, puede sobradamente efectuarse la edición paulatina y metódica del gran conjunto de la producción intelectual chilena, en la forma que el presente decreto determina, decreto:

I.—Establécese, con el nombre de «Biblioteca de Escritores de Chile», una publicación permanente destinada á coleccionar, previa selección, las obras escritas en el país y las de autores chilenos publicadas en el extranjero.

II.—Esta Biblioteca comprenderá la producción posterior al 18 de Septiembre de 1810; ninguna obra podrá incorporarse en sus ediciones sino después de fallecido el autor.

III.—Una comisión especial permanente, compuesta del Ministro de Instrucción Pública, que la presidirá, del Decano de la Facultad de Humanidades, que será su Vice-presidente, del Secretario General de la Universidad, del director de la Biblioteca Nacional y de tres personas designadas por el Presidente de la República, tendrá a su cargo la publicación de la Biblioteca, determinando las obras que deban insertarse en ella, los detalles relativos á su edición y reparto, y todo lo demás que a tal publicación se refiera. La comisión tendrá, además, un secretario.

IV.—Las obras de cada autor irán precedidas de un estudio biográfico y crítico, cuya redacción se encomendará por la comisión permanente de la Biblioteca á las personas que juzgue idóneas.

V.—De cada autor se elegirán aquellos trabajos que por su mérito intrínseco, ó por revelar el estado de cultura ó mentalidad de un determinado período de la historia patria, se estimaren dignos de ser reproducidos.

VI.—Los volúmenes se imprimirán en formato de cuarto menor, á dos columnas, con tipo del número 9, interlineado; y sus demás condiciones de impresión serán también uniformes en toda la serie. Ningún ejemplar se entregará á la circulación sin pasta.

VII.—El número de ejemplares de cada edición no bajará de tres mil.

VIII.—Se repartirán gratuitamente ejemplares de cada uno de los volúmenes de la Biblioteca á todas las bibliotecas públicas, á las de todos los establecimientos fiscales de enseñanza, á las oficinas de las Legaciones chilenas y consulados de profesión, á las principales academias é institutos científicos extranjeros, y á las sociedades nacionales obreras de instrucción con personalidad jurídica.

IX.—Del resto de la edición se reservará una tercera parte, que quedará á disposición del Gobierno, en los almacenes del Ministerio de Intrucción Pública; y el remanente se pondrá á venta, al precio de costo de cada ejemplar, en las librerías del país ó del extranjero que la comisión designe. Cada ejemplar llevará impreso en la carátula el precio de venta.

X.—Del producto de la venta y de las comisiones corrientes en el comercio que se paguen á las librerías, se enviará trimestralmente una planilla detallada al Ministerio de Instrucción Pública, el cual ordenará su publicación en el *Diario Oficial.*

XI.—La comisión permanente de la Biblioteca se reunirá por lo menos una vez al mes y podrá celebrar sesión con tres de sus miembros.

XII.—El secretario tendrá directamente á su cargo la recolección de los impresos ó manuscritos que se necesiten para la publicación de las obras, la corrección de las pruebas y la vigilancia de la impresión. Le corresponderá, asimismo, llevar las actas de las sesiones de la comisión y la contabilidad de los fondos de que ella disponga, atender al reparto de las obras de la Biblioteca, y á los trabajos de redacción y demás que se le encomienden. En el desempeño de todas estas funciones procederá con arreglo á las instrucciones de la comisión.

Tómese razón, comuníquese, publíquese é insértese en el *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno.*

MONTT. *Eduardo Suárez Mujica.*

Núm. 1,851.—Teniendo presente:

PRIMERO.—Que la comisión permanente encargada de organizar la Biblioteca de Escritores de Chile ha acordado solicitar del Supremo Gobierno la modificación del decreto de 10 de Noviembre de 1908 en orden al número de miembros de que consta dicha comisión y al formato elegido para editar las obras que formarán la Biblioteca;

SEGUNDO.—Que para el expedito funcionamiento de la comisión permanente hay conveniencia en aumentar el número de miembros que la componen, á fin de que pueda sesionar con la frecuencia que requieran las necesidades del servicio;

TERCERO.—Que hay también conveniencia manifiesta, dado el objeto que se tuvo en vista al crear esta Biblioteca, en modificar el formato primitivamente adoptado para la edición de las obras, el cual no cumple con todas las condiciones prácticamente convenientes á juicio de la comisión expresada,

Decreto:

Créanse dos nuevas plazas de miembros de la comisión permanente encargada de la organización de la Biblioteca de Escritores de Chile.

Adóptase como modelo para la edición de las obras que compondrán la Biblioteca, el formato de los volúmenes de la *Colección de los mejores autores españoles* de don Eugenio de Ochoa, edición Baudry, octavo francés, con las modificaciones que señale la comisión permanente.

Tómese razón, comuníquese, publíquese é insértese en el *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno.*

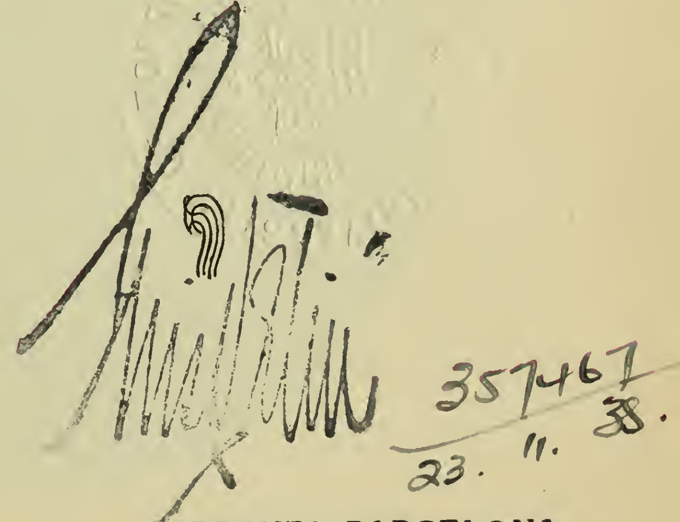
MONTT. *Jorge Huneeus G.*

BIBLIOTECA DE ESCRITORES
DE CHILE

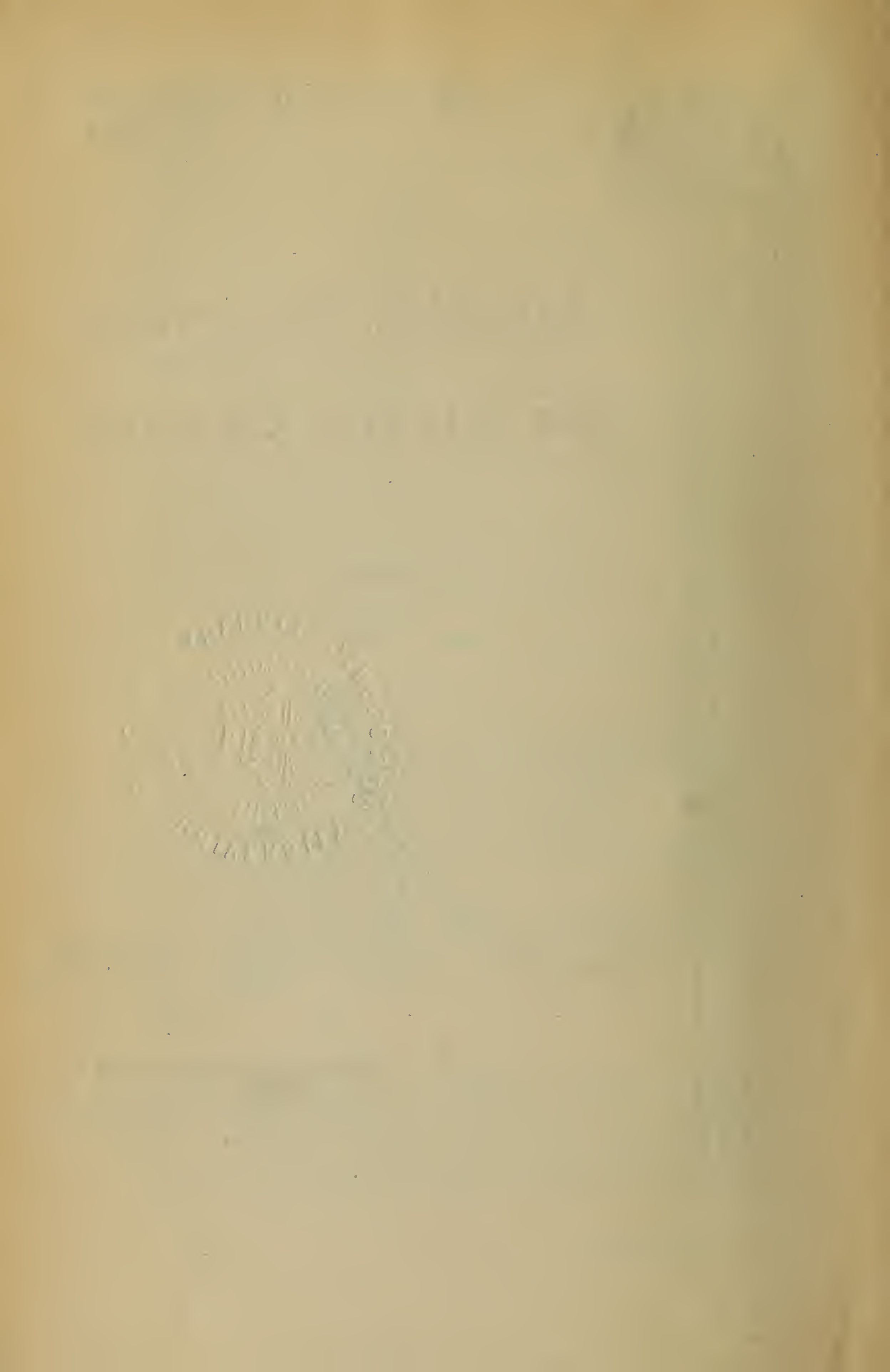
Artículos Escogidos de Blanco Cuartín

con una introducción de

Don JUAN LARRAIN



IMPRENTA BARCELONA
Moneda esquina San Antonio
Santiago de Chile — Año 1913





Don Manuel Blanco Cuartín

INTRODUCCION

He aquí, reunida en un libro, parte de la labor literaria de don Manuel Blanco Cuartín: variada y vasta, pues ocupó casi por entero medio siglo de la vida del hombre, hasta hoy había permanecido dispersa en las hojas de la prensa diaria, á excepción de algún trabajo que el escritor cuidó de salvar de la efímera existencia á que, por su naturaleza, parecía condenada toda su obra.

En Chile, y nuestro país no es una excepción entre los demás de la América Latina, por lo general no han sido felices los hombres de pluma, y entre éstos menos que ningunos los periodistas, á cuyas labores el señor Blanco Cuartín dedicó su vida, su cultura extraordinaria y su talento encantador. El diarismo no constituía un ramo de la literatura ni una carrera profesional, y de aquí que sus más ilustres cultivadores, los Arteaga, Errázuriz, Mandiola, Rodríguez, Gumucio, para no hablar sino de los muertos, jamás alcanzaron un mediano pasar como fruto de la intensa labor que realizaran en la prensa. Nuestro autor no escapó á esta ingrata circunstancia, y quien se entre por las páginas de este libro, que están lejos, por otra parte, de encerrar toda la obra literaria y periodística del señor Blanco Cuartín, convendrá en lo que decimos: el talento literario, que hoy se estima poco, se estimaba antes muchísimo menos.

Y ¡cómo comprendía Blanco la ingratitud de su tarea y el fin que le estaba deparado á él mismo!

Si es Arteaga Alemparte, escribía, se retira cansado, herido, más pobre aún que en el comienzo de su carrera. Ha sido el Girardín chileno, pero no hemos tenido la generosidad de pagarle como los franceses pagaron el suyo. Es no solo dolor punzante sino vergüenza insoportable para una sociedad como la de Santiago, que un diario como *Los Tiempos* no haya podido ni siquiera vivir con mediano desahogo. ¡Y hay peluqueros franceses que en cuatro años de manejar el hisopo y las tijeras se retiran llevándose una fortuna! Y en cuanto al *Independiente*, ¿cuál es su vida? ¿por qué peripecias no ha pasado? ¿con cuántas contrariedades no ha tenido que luchar? Y es de advertir que á su frente se halla el primer escritor americano en su género. Por leer únicamente los artículos magistrales de Zorobabel Rodríguez debería el público santiaguino haber protegido ese diario; pero no es el talento el que protegemos nosotros, sin duda por el miedo y la envidia que despiertan en la sociedad los que lo poseen. Respecto de Isidoro Errázuriz, cuya pluma tiene todos los matices del arco iris, todas las reverberaciones de esa luz inmortad que se llama genio ¿quién no sabe que su mismo espíritu escogido es la causa de su mala fortuna?... Eran diaristas, eran plumarios, nombre que damos aquí para significar el desdén que nos inspiran los que se dedican á trabajos de pluma: no comprendemos que se pueda desempeñar bien un empleo haciendo versos ó escribiendo artículos de periódico... (1)

Blanco, que hizo lo uno y lo otro, experimentó durante toda su vida la situación que lamentaba en sus amigos. De éstos, Errázuriz llegó al poder y Rodríguez alcanzó á ocupar un importante puesto público, pero sólo cuando uno y otro habían abandonado las tareas de la pluma, en el cuarto menguante de la existencia; en él, en cambio, el ingenio fué como un pesado lastre que le impidió alcan-

(1) El periodismo en Chile.—Artículo publicado en *El Mercurio.*

zar alturas: sus agudezas, que frecuentemente arrancaban sangre, se volvían, como las saetas de la leyenda, contra el que las dirigiera; su amor á las especulaciones literarias lo mantuvo alejado de actividades en que, su poderoso talento, empleado en ocupaciones más prácticas, hubiera cosechado honores y fortuna; su profundo espíritu satírico, por fin, más fuerte que sus principios de caridad cristiana, y cuyo ejercicio es peligroso en un medio social poco aficionado á hacer distingos, le enajenó simpatías y consideraciones á que tenía derecho, y de que nunca, en cambio, dejaron de disfrutar otros no más virtuosos que él, pero menos independientes y con menor talento. El, por su parte, no dejaba de sentirlo así cuando escribía: el silencio que es oro para los árabes, entre nosotros es pasaporte seguro para todas las dignidades y todos los honores; quien no habla nada es hombre que vale un Perú: se le sospecha una inteligencia monstruo; quien no ha escrito nunca más que la lista de la ropa puerca, es hombre de mucho peso y digno de ser llevado al Areópago de las inteligencias nulas.

Y así vivió hasta sus últimos días, escribiendo como un maestro, deleitándose en lo bello con la más alta fruición espiritual, «diciendo cosas», que en París hubieran hecho su fortuna, pero que aquí le concitaban la enemistad de todas las mediocridades que se sentían alcanzadas por su ingenio, para caer, al fin, viejo y postrado, sin tener siquiera el consuelo del poeta latino, porque aquello de su considerable obra de pluma que él apreciaba, pereció en un incendio de su casa y de lo demás nunca pensó que viniera nadie á recogerlo.



Este gitano del talento—aguda expresión suya—llevaba en las venas la afición literaria y la inclinación bohemia: su propio hogar fué la escuela de la primera y quizás, si

no generó también la última, haciéndole comprender desde niño la inconsistencia de las cosas humanas.

Nacido en cuna ilustre, más que por los blasones con que el rey de España había ennoblecido á sus antepasados, por la virtud y la cultura que se practicaban como una religión en su familia, vió la luz don Manuel en Santiago el año 1822. Sus padres fueron don Ventura Blanco Encalada y doña Nicolasa Cuartín y Morales, gaditana de origen (1).

Don Ventura, hijo del oidor de Charcas, don Lorenzo Blanco Cicerón, fué enviado de niño á la península á fin de que allí siguiera estudios. He aquí como, ochenta años más tarde, el hijo describía la capital del reino en la época en que su padre viajaba por España.

«Madrid en tiempo de Carlos IV y Fernando VII, era la Babel de los principios y de las prácticas gubernativas. En el trono un anciano crédulo, bonachón, débil, como todos los de su raza, y una reina que no tenía nada que envidiar á Juana de Nápoles. Ascetismo barajado con los excesos más repugnantes, los que iban á misa y comulgaban con el rey, entrando la noche se convertían en verdaderos héroes de Meursio y de Petronio. El pueblo, en

---

(1) Todos los biógrafos atribuyen á don Ventura Blanco Encalada la nacionalidad argentina y dicen de don Manuel que era «hijo de un emigrado argentino». En esto hay un error. El oidor Blanco, fué trasladado de Santiago á la ciudad de la Plata, capital de la provincia de Charcas, condición que impuso el Rey para concederle permiso para contraer matrimonio con la señorita doña María Mercedes de Encalada y Recabarren, chilena. Don Ventura, hijo de esta unión, nació en La Plata, antiguo nombre de La Paz, la actual capital de Bolivia; y don Manuel, el futuro almirante, nació en Buenos Aires, á cuya audiencia fué destinado su padre, después de servir en la de Charcas. Tanto es así que el año 1844, encontrándose don Ventura muy mal de fortuna, solicitó del Presidente de Bolivia, general Ballivián, ser nombrado cónsul de dicho país en Valparaíso, alegando, como título para merecerlo, el haber venido al mundo en la ciudad de La Plata. Sería, pues, boliviano y nó argentino, el padre de Blanco Cuartín.

tanto, pisoteado á cada paso por los grandes, gemía en la más degradante miseria. Las fábricas, los talleres, la industria toda no contaba ni con el número preciso de trabajadores para sostenerla medianamente activa. El oro de las Américas era engullido por la insaciable tarasca de los cortesanos. Encomiendas, repartimientos, empleos, dignidades militares y eclesiásticas eran el patrimonio de los corrompidos palaciegos cuyo afán único consistía en embaucar al rey en nombre de la religión de sus mayores y en exaltar las pasiones desenfrentadas de su libidinosa y vengativa consorte. ¡Qué tiempo aquel! El marqués de la Almenara se encargaba de domar potros para que Carlos IV le hiciera el singular honor de cabalgar un jaco cuyos ascendientes no habían abandonado jamás las dehesas vírgenes de Toledo. El duque de Osuna, el descendiente en línea recta de aquel famoso virrey de Sicilia, don Pedro Tellez Girón, que fué uno de los vencedores del Turco, el rival de Filiberto, duque de Saboya, el árbitro orgulloso de las diferencias y alianzas secretas de aquél con la República de Venecia; ese vástago raquítico, decimos, no tenía más placer ni más pretensiones que entrar todos los días á la hora de la vianda del rey, con un botiquín de salsas debajo del brazo para aderezar la ensalada que masticaba á dos carrillos el envilecido monarca.

«En ciencias exactas, después de la muerte de don Antonio Ulloa y don Jorge Juan, solo Pintón, autor de un libro de geografía elemental para los colegios reales; Rebollo que comenzaba á despuntar con las traducciones de Lacroix, y uno que otro aficionado que no merecen nombrarse, eran los únicos sacerdotes del templo de Minerva. En medicina, el viejo Naval escribía algunos apuntes sobre las enfermedades del oído, siendo él más sordo que una tapia, y García Suelto, sin haber escrito más libros que una memoria sobre la viruela, que ya nadie lee, se decretaba la corona de Hipócrates. En artes, la pintura era la única que conservaba algún brillo y eso sólo por Goya,

cuyas excentricidades no le permitieron dirigir su talento sobre otros temas que las escenas patibularias alternadas con algunas del más abigarrado misticismo.

«En música profana, desde Farinelli que mereció por su filantropía y sus talentos los mayores elogios de Moratín el viejo, no habían tenido los españoles un solo compositor digno de mención honrosa. Hasta en la sagrada, en que, según los críticos, no ha tenido España rival, sólo dos ó tres maestros catalanes ó vizcaínos se ocupaban en desenterrar los antiguos misereres, que mezclados de vez en cuando, como lo hace notar un crítico ingenioso, con algunas jácaras andaluzas, formaban el despropósito musical más desapacible y grotesco...

«Y todavía no es esto todo lo que puede decirse de aquella nación, á la cual enviaban de las Américas á educarse é instruirse á los más opulentos hijos de familia.

«Como mi memoria—sigue el señor Blanco Cuartín—es el único don de que dispongo sin restricciones, me permitiré recordar algunas anécdotas de palacio que oí á mi padre en esas horas en que buscaba en la lumbre de su chimenea alguna distracción á sus penas.

«Por ejemplo, recuerdo el retrato de Carlos IV, de María Luisa, de Fernando y del Patriarca de Indias, como si acabase de escucharlo, y aún podría, tal era el modo minucioso de narrar sus historietas, sin gran trabajo reproducirlos al lápiz. Sobre todo, de lo que me acuerdo con más detalles es de los cuentecillos picarescos en que entraba el amor como el primer condimento. Allá va uno, si no se enojan mis lectores. Una noche, víspera del día de San Juan, en que todos los españoles, ricos y pobres, van á correr la verbena, la reina doña María Luisa, protegida por su confidenta, primera azafata y guarda-damas, concedió libertad de penetrar en su retrete, pasada la hora de la queda, á un joven guardia, llamado Mayo y de nacionalidad argentina. Al amanecer del día siguiente, antes de montar en su berlina, camino de la granja, para cazar el venado,

antojósele al real esposo penetrar en la recámara de su pudorosa cónyuge. Como para Su Majestad Católica no había respeto á la etiqueta ni á miramiento de ningún linaje, pasó por sobre la marquesa de Santa Cruz que era la consabida guarda-damas y tercera de María Luisa, y de rondón se coló en la regia estancia. La reina que conocía los ex-abruptos de su esposo mejor que nadie, y que tal vez olía la matinal visita, por fortuna había hecho ya escurrirse con tiempo por una escalera secreta á su afortunado amante. En la precipitación olvida éste la espada que había dejado á la cabecera del lecho. En fin, entra Carlos IV en la alcoba; María Luisa se cubre la cabeza con la sábana, pretextando un dolor espantoso de muelas, que no tenía, pues toda su dentadura había quedado en Nápoles; pero el amartelado Nemrod no se da por vencido; quiere ver el purpurino semblante de su dueña y depositar en él un ósculo tiernísimo.

«Hácelo, en efecto; mas al volver de su arrobo y tomar la puerta, divisa la espada con galón de plata del joven guardia. ¿Qué hace? Nada; tomar simplemente entre sus soberanas manos la malhadada tizona y llevarla él mismo muy quedito á la sala de guardias para que la recogiese su dueño».

Este era, decimos, el cuadro de la España á la época en que don Ventura Blanco Encalada llegaba á Sevilla: la pintura es de mano maestra y digna de la firma del autor de La Cour d'Espagne sous Charles II.

El joven Blanco seguía sus estudios con gran éxito cuando murió su protector, el teniente general Ulloa, el ilustre autor, con don Jorge Juan, de la memoria secreta sobre las colonias americanas, y esta circunstancia, unida al mal estado de fortuna de la señora Encalada, le obligaron á abandonar la carrera literaria y más tarde á entrar en el cuerpo de guardias de Corps, en el que fué inscrito en la compañía americana, en 1802. Al estallar la guerra de la independencia española, pasaba lista en un cuerpo de

caballería y salió á campaña contra el francés. En la batalla de Talavera se condujo bizarramente y por esta acción fué condecorado. Sin embargo, al año siguiente se le encuentra figurando en el ejército de José Bonaparte, como oficial de la guardia real primero y luego escoltando al mariscal Soult en el sitio de Badajoz. Este cambio de bandera sólo se explica suponiendo que las noticias que llegaban á España sobre las novedades que se desarrollaban en las colonias del Nuevo Mundo, hiciesen pensar al joven que sirviendo á los franceses peleaba por su patria, que aprovecharía esta coyuntura para separarse de la Metrópoli. Pero là defección, lejos de traer fortuna al oficial americano, fué el primer paso en un largo camino de desdichas. Vencidos los franceses por el ejército unido de ingleses y españoles en la famosa batalla de Vitoria, Blanco Encalada cayó prisionero, y en agosto del año 13 fué remitido á Francia, al depósito de Agen, en donde hubo de experimentar indecibles amarguras, hasta que quedó libre para volver á España. A fines de 1815 entró en Cádiz, y fué á alojarse en casa de un deudo, el canónigo Trianes, quien lo mantuvo oculto para ponerlo á cubierto de las persecuciones del rey Fernando contra todos los que habían tomado alguna parte en favor del gobierno francés.

En casa del señor canónigo, que no tenía más que una triste prebenda, pasó miserias sin cuenta. ¡Consuélate, pobre Ventura! solía decirle su protector; confía, hijo, en los designios de la Providencia. Y sin duda para consolarse contrajo matrimonio en secreto con una niña gaditana, pobre, pero de buena familia, la señora Nicolasa Cuartín, en la casa de cuyos padres vivió desde 1817 hasta que pudo volver á América.

De este matrimonio nació don Manuel en Santiago, el año 22, como dejamos dicho. El niño creció en días felices para la familia. Don Ventura, en mérito de sus antecedentes personales y de sus valiosas vinculaciones de parentesco. apenas llegado á Chile obtuvo espectable colocación,

y ya el año 26 era Ministro de Estado en reemplazo de don José Miguel Infante y plenipotenciario para tratar con el representante del Gobierno de Buenos Aires. Su hogar, amoroso y sencillo, cuanto culto, era generalmente concurrido por los hombres de pluma de la época. En él conoció el futuro escritor á don José Joaquín de Mora, que era íntimo amigo de su padre, y sobre las rodillas de tal maestro aprendió á recitar las primeras poesías. Será de los nuestros, aseguraba Mora, con grandes protestas de don Ventura: no diga usted eso, le replicaba; la pluma no será en Chile por muchos años más que un certificado de invalidez.

El juicio del literato andaluz fué una profecía y las protestas del padre mal podían ejercer ninguna influencia en el porvenir del niño, cuando en su propio hogar veía cultivar la literatura con emoción sincera: mucho menos cuando Mora, que, por aquellos días en que el partido pipiolo ocupaba el gobierno, gozaba de una considerable influencia, y aquellos republicanos soñadores le encomendaban la educación de sus hijos, aseguraba que la pluma le había permitido vivir en Londres como un rico y más tarde en Buenos Aires, granjeádole la confianza del ilustre Rivadavia; todo lo cual no dejaría de herir la ardiente imaginación del niño y despertar en su espíritu vivísimo ansias de seguir aquella carrera que se presentaba á sus ojos tan seductora.

Es probable que el niño Blanco Cuartín haya frecuentado el Liceo que abrió Mora en Santiago; pero en ningún caso ello habría podido ser por mucho tiempo, pues los cambios políticos de 1830 hicieron cerrar sus puertas á aquel establecimiento.

Lo cierto es que, matriculado a los diez años en el Instituto Nacional, cursó aquí todos los ramos de humanidades. En él bebió, en la filosofía de don Ventura Marín Recabarren, aquel «eclecticismo subordinado a las enseñanzas de la iglesia católica» que inspiró siempre su pensamiento

y del cual están impregnados los escritos de toda su vida; pero Blanco que se sentía tan inclinado a la literatura como á las ciencias naturales, seguramente hubiera terminado la carrera de medicina que inició con gran entusiasmo á no haber comenzado á experimentar desde entonces los síntomas de una enfermedad del oído que la edad fué agravando y que no le permitía seguir regularmente las explicaciones de los maestros.

Vuelto al hogar se dedicó con más fervor que nunca á satisfacer sus inclinaciones á la lectura. Pero en la casa paterna habían cambiado los tiempos desde cuando Mora lo sentaba sobre sus rodillas y su padre mandaba en la Moneda. Este último había abandonado el Gobierno, enfermo y decepcionado: su lucha con don Diego Portales, originada por la liquidación de las cuentas de la Compañía del Estanco que debían ser aprobadas por el Ministro y que don Ventura se negaba á absolver antes de que mediase una severa revisión de ellas, lo había fatigado hasta llevarlo á presentar al Presidente Pinto la renuncia de su puesto. En 1830, «destrozado el partido liberal en los campos de Lircay, cimentado sobre sus escombros el que se llamó pelucón y no perdonó jamás á los caídos ¿qué podría hacer sino encerrarse en el hogar y comerse los pocos reales que le habían tocado por patrimonio?» (1) La juventud, pues, de Blanco fué dura y amarga. Diez años después de aquel suceso—él mismo lo refiere—la situación de su casa era insostenible: á su padre le quedaban apenas unos cuantos pesos en la bolsa para dar de comer á su familia, y con el Gobierno no podía contar para nada quien, como don Ventura, había sido un servidor decidido del anterior régimen.

Por aquellos años del 40 adelante pretendían pontificar en achaques de literatura los argentinos emigrados á Chile á causa de la tiranía de Rosas, casi todos los cuales ma-

---

(1) Blanco Cuartín.—*Cartas á don Miguel Luis Amunátegui.*

nejaban la pluma desde las columnas de la prensa. Sarmiento se había arrogado la jefatura de la legión literaria. «Sarmiento nos enseña ortografía sin saber gramática, nos cuenta el mismo Blanco Cuartín, se hace educacionista sin haber sido educado; convulsiona el campo de la política, remueve los terrones del que había de ser verjel de nuestras letras, y batallando ayer y batallando hoy y batallando mañana, logra al fin ilustrar su nombre con los servicios prestados á la juventud de un país que no era el suyo y elevarse merced á sus talentos cultivados en Chile, á una categoría que, de otra suerte, quizás no le habría asignado su patria. Mitre defiende la libertad contra el que no debió parecerle despotismo sino dulcísimo gobierno, y después de haberse hecho reconocer como hermano, oye una buena mañana que el Nerón del Plata está para dar el último combate y corre á alistarse en las filas de sus camaradas de infortunio para vencer con ellos ó ser despedazado por la Mazorca».

Sarmiento, decimos, con un desenfado y una acritud que, á juicio de muchos, no sentaban bien en quien había encontrado aquí pan y abrigo, tronaba contra el atraso intelectual de Chile, y esta actitud despertó el orgullo nacional de la juventud culta de Santiago, á cuya cabeza estaba don José Victorino Lastarria, para fundar una sociedad literaria y un periódico con que demostrar al huésped sanjuanino lo injusto de sus acusaciones y agitar al mismo tiempo la regeneración social del país, lo cual era el propósito principal del último.

Aunque muy mozo todavía Blanco Cuartín, estuvo cerca de aquel círculo, llevado por su invencible inclinación á las letras, y en él dió á conocer sus primeras composiciones que, dados los gustos y la juventud del autor, parece que no podían ser, como lo fueron, sino en verso: la idea romántica que inspiraba en aquel tiempos á casi todas las inteligencias, y de la cual los escritores argentinos se sentían los misioneros entre nosotros, inspiró tam-

bién á Blanco, si bien sus conocimientos literarios, franceses y castellanos, que ya eran considerables entonces, y su buen gusto natural, á lo cual es preciso agregar los discretos consejos de su padre, que era hombre de muchas lecturas, le salvaron de aquellas exageraciones de concepto y de expresión que hoy hacen ingrata la lectura de muchos escritos de aquella época.

De los jóvenes que tomaron á su cargo la bandera literaria nacional, Blanco Cuartín fué uno de los que sobrenadaron, según la expresión de don Jorge Huneeus, en el mar agitado de la prensa y el que domina á todos sus compañeros en el género humorístico. Desde *El Conservador* (1) hasta *El Mosaico*, el señor Blanco colaboró en casi toda la prensa literaria y política, de aquella época, es decir, cerca de veinte años: este último, del cual se hizo cargo en 1860, fué casi exclusivamente redactado por él solo, desde el artículo principal hasta la última gacetilla. En él dejó el escritor huellas brillantes de su talento: el artículo de índole puramente literaria, el de polémica política, el de costumbres, se encuentran en esa publicación, ofreciendo una muestra espléndida de la ductilidad de la pluma de Blanco, tan pronto serena cuando recorre el campo de las especulaciones estéticas, como aguda cuando desciende á recoger insinuaciones de índole partidarista; punzante cuando quiere hincarla en la parte más sensible de su adversario, empapada en colores cuando con ella pinta escenas de la vida; y siempre correcta, atildada, elegantísima, deja descubrir el espíritu fino de su dueño, su agudeza gala envuelta en los nobles pliegues de un lenguaje que demuestra el respeto por la tradición literaria española.

En aquel tiempo, Blanco sostuvo desde *El Mosaico* la bandera del partido conservador, que era el suyo, el cual guardaba hondos resentimientos con el gobierno de Montt,

(1) En este periódico, donde se inició Blanco como periodista, se inició tambien otro joven que había de llegar á gran altura como escritor don Ramón Sotomayor Valdés. (Lastarria.—*Recuerdos Literarios*).

cuyo decenio iba para cumplirse. Hoy que la historia, después de transcurrido medio siglo desde entonces, ha pronunciado su fallo sobre aquella administración tan combatida por sus contemporáneos, disuenan los conceptos de la prensa adversa á Montt y á Varas, aun los de la más elevada y culta, y el compilador de ahora sólo puede recogerlos como una prenda de la vida política de aquella época famosa, sin darles valor sino por la forma de que están revestidos. En este sentido y no más se han conservado en este libro las invectivas de Blanco contra la prensa gubernista, las acriminaciones contra el Presidente y sus colaboradores en la administración de la República, y en este mismo sentido otras publicaciones del mismo género, de época muy posterior. Nótese, sin embargo, que el diarista portavoz de un partido profundamente agriado como lo estaba el conservador por los años de 1860 contra el gobierno Montt-Varas, no por esto dejó de conservar en la polémica las tradiciones de cultura literaria en que se había formado: altura de concepto y dignidad de formas.

Desaparecido *El Mosaico*, por la causa que ha hecho casi siempre desaparecer entre nosotros los periódicos de índole literaria y política,—la falta de apoyo en el público para sostenerse financieramente,—Blanco entró á colaborar en *La Voz de Chile* y se hizo cargo de la redacción de *El Porvenir del Artesano*. El primero era de filiación radical,—al menos eran liberales muy avanzados casi todos sus colaboradores; pero esta circunstancia no fué obstáculo para el escritor conservador para favorecerle con sus producciones, como no lo fué tampoco para otros, como Carlos Walker Martínez, que publicó en el mismo periódico sus poesías de aquel tiempo.

Cuando en 1864 el partido conservador fundó *El Independiente*, Blanco fué llamado á hacerse cargo de la redacción principal, después del retiro de los Amunátegui, que fueron sus primeros redactores. Su permanencia en dicho

diario fué corta, pero agitada, como no podía menos de serlo, dadas las circunstancias de la época para un diarista conservador, que necesariamente debía ponerse en puesto avanzado de la lucha política. A su lado se formó una de las plumas más brillantes de la prensa chilena, don Zorobabel Rodríguez, con el cual más tarde, salido Blanco, del *Independiente*, cruzó la suya cien veces en polémica que el temperamento de Rodríguez solía hacer personal y agresiva.

El 66, Blanco fué llamado á *El Mercurio* de Valparaíso, en el cual había de permanecer veinte años, y donde había de realizar lo más interesante de su carrera de escritor y de periodista.

En las columnas del decano de la prensa chilena han quedado sus célebres estudios sobre Voltaire, su memoria sobre la filosofía y la medicina é infinidad de trabajos de índole literaria y artística, estudios históricos, etc., etc., aparte del artículo diario en la columna editorial, lo cual representa una labor enorme, de la cual el común del público no se da exacta cuenta. El paso de Blanco por *El Mercurio* ha marcado seguramente una de las épocas más brillantes de este órgano de la opinión nacional, y á estarnos á lo que afirma un biógrafo, su crédito se puso tan alto que se le citaba en Londres como el primer diario de Sud-América.

Parece que la prensa que se decía representante del histórico partido conservador chileno no perdonó á Blanco aquel cambio de casa, porque no puede decirse que lo fuera de bandera, y su propio amigo y discípulo, Rodríguez, se hizo en cien ocasiones el agente de aquella injustificada mala voluntad. Dado el grado de cultura alcanzado por la prensa nacional durante los últimos veinte años, nos parece inverosímil ahora que un espíritu tan elevado como el del famoso redactor de *El Independiente* descendiera tantas veces á emplear la invectiva personal contra su antiguo maestro y que aquellos dos ingenios selectos se emplearan

en prodigarse la injuria mutua, envuelta en frases duras como un latigazo. *El Mercurio*, que era conservador, pero «no de esa escuela que se encierra en una negación tenaz del desarrollo social, sino de esa otra que sabe empapar su vieja tradición en una buena cantidad de ideas y de aspiraciones liberales», que «si no siente sed de reformas, tampoco siente espanto á las reformas» (1). *El Mercurio*, decimos, era cada día objeto de los ataques de la prensa que se tenía por la depositaria del espíritu de los Egaña y los Portales, y su redactor el blanco de los ataques más mal intencionados. «El que esto escribe, decía Blanco Cuartín, en una de sus polémicas con *El Independiente*, fué y es aún conservador, pero no conservador clerical, que es la peor especie del partidario fósil, sino conservador laico, que, como en Inglaterra, hace estribar su sistema en el respeto á las instituciones sancionadas por el tiempo y acreditadas por la experiencia del gobierno. Entre esta clase de conservantismo y el que tiene su base en la teocracia, va un mundo de distancia, como que aquél consulta el beneficio del país con su honra, de que no puede despojarse, y éste no busca sino el provecho de secta, aun á trueque de poner la dignidad de la República por los pies de los caballos. Pues bien: á estas dos clases de conservantismo servimos nosotros y don Zorobabel Rodríguez; nosotros, poniéndonos al habla con todo lo que es progreso nacional, justicia, equidad, decoro, y él no oyendo más que las instigaciones de una docena de ultramontanos capaces; en su furor católico, de entregar la patria, maniatada y llorosa al buen querer de los esbirros de Roma. En la cuestión del delegado apostólico lo han probado de sobra».

A lo que se refiere el señor Blanco en este párrafo era la misión de Monseñor Dell Frate, relacionada con la

(1) JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE. *Los constituyentes de* 1870. Don Rafael Larraín Moxó.

provisión de la sede episcopal de Santiago y las reformas civiles emprendidas por el gobierno de Santa María.

El señor Rodríguez había llamado a Blanco, viejo, desdentado, caduco, de risa traposa y salpicante. ¡Parece increíble!

«Que el viejo se arrastre es excusable, respondió con altivez Blanco al día siguiente; que el joven se empantane en pestilente cieno no tiene ni puede tener excusa; y ello se comprende muy bien desde que la juventud es amor á lo noble, á lo grande, á lo bello, y la vejez una antesala del sepulcro. ¿Qué será del señor Rodríguez cuando llegue, si es que llegue, á la edad del redactor del *Mercurio?* Si ahora se inclina reverente ante la cogulla, si ahora insulta á todos los que no quieren arrodillarse ante ídolos de deleznable barro, si ahora no guarda ley á la amistad ni consideración ninguna á los sentimientos más hermosos del corazón humano, ¿qué podrá ser mañana cuando la nieve de los años escarche su cabeza y haga latir perezosa en sus venas la sangre que le alimenta? En nuestra decadencia, si es que la hay, tendrán parte los años y la desgracia; en la suya, que de seguro la habrá, figurarán como primeros factores sus instintos de servil sumisión á los sombreros de teja y á los cerviguillos de los magnates. Escribirá como el padre Alvarado, pero no como Balmes ó Donoso Cortés; tendrá barro y cascote para arrojar á sus enemigos, pero no las flechas de Voltaire que mataban sin dejar señales. Y entonces no faltará quien diga que nuestra previsión se cumplió al pie de la letra; que en la risa del viejo redactor del *Independiente* había la grosera carcajada de Sancho, mas no la espiritual sonrisa de Don Quijote».

Parece increíble, repetimos, que aquellos dos nobles ingenios hubieran llegado hasta el áspero terreno de la injuria, sobre todo cuando en el fondo de su alma uno y otro se estimaban sinceramente: Blanco reconocía el gran talento de Rodríguez, y calificaba á éste de primer escritor

americano en su género, y Rodríguez, por su parte, no escondía su admiración por el redactor de *El Mercurio* que tantas veces, según su propia frase, le hizo sentir en el pecho la punta acerada de su ingenio. Pero así eran las las luchas por aquellos días: la pasión las enconaba y los más sinceros defensores de una causa, aparecen hoy, que el tiempo corrido permite juzgar con frialdad los acontecimientos, más que como esforzados paladines, que lo eran de corazón sin duda alguna, como guapos profesionales fácilmente olvidadizos de la ley debida á la amistad y al talento de su antagonista.

Blanco y Rodríguez cruzaron cien veces sus aceros y en esta lucha es curioso observar frente á la impetuosidad del segundo en el ataque, la frialdad burlona de que se revestía el primero, táctica con que acababa por agotar á su adversario y que hacía la desesperación de sus contrarios en la polémica.

Por esta circunstancia, seguramente, Blanco ha sido calificado como el representante del espíritu volteriano en la generación de escritores de su época. Así el señor Huneeus, prologuista de la BIBLIOTECA DE ESCRITORES DE CHILE, de la cual el presente volumen forma parte, dice de nuestro autor que lució aquel espíritu principalmente atacando á Voltaire en las polémicas que sostuvo con el escritor italiano Mostardi Fioretti, á propósito de la celebración del centenario del célebre consejero de Federico el Grande (1). Sin embargo, si tomamos la expresión volterianismo como «espíritu de incredulidad é impiedad manifestado con burla ó sarcasmo» y decimos volteriano «del que á la manera de Voltaire, afecta ó manifiesta incredulidad ó impiedad cínica y burlona», no puede repetirse que en los artículos que reunió bajo el título de LO QUE QUEDA DE VOLTAIRE, Blanco Cuartín sea un discípulo doctrinario del patriarca de Ferney, ni tampoco en ninguno de sus

(1) PRODUCCION INTELECTUAL DE CHILE. Capítulo XII, *La Prensa Chilena*, Manuel Blanco Cuartín.

escritos que conozcamos. Debemos considerar al escritor con exclusión del hombre privado.

Por el contrario, en aquel trabajo de síntesis histórico-filosófica sobre el célebre enciclopedista, Blanco revela un desdén profundo por el filósofo, si bien deja en trasparencia la influencia real que el admirable escritor ejercía en su pluma, como lector incansable que era nuestro antor de los clásicos del Siglo de Oro, de los autores del siglo XVIII y en general de la literatura francesa, que poseía tal vez más á fondo que la castellana.

Lo que se suele llamar el volterianismo de Blanco Cuartín era algo diferente: ironista por temperamento, dotado

Si damos al término de volteriano, su sentido verdadero, mal podríamos aplicarlo á Blanco que, en vísperas de la fiesta con que el pueblo de Valparaíso celebró el quincuagésimo aniversario de la consagración episcopal del Pío IX, escribía lo siguiente:

«Hoy que la incredulidad bastardea la filosofía y el patriotismo hasta hacerlos aparecer como incompatibles con los sentimientos religiosos heredados de nuestros mayores; hoy que se predica que el progreso no es más que el resultado necesario de la evolución de los pueblos por el vasto y revuelto campo de los intereses materiales; hoy, en fin, que para creer y decir que se cree es necesario arrostrar el menosprecio de los arrogantes falsificadores de la ciencia, una fiesta de esta naturaleza es á la vez que testimonio irrevocable de amor y fe, protesta solemnísima contra las doctrinas y las ideas que el filosofismo propio y extraño viene haciendo circular para desconsuelo y turbación de las almas sensibles.

«Hay sin embargo en la corriente de esta destructora propaganda algo como un desquiciamiento providencial cuyo fin fuera devolver á los espíritus hastiados del desenfreno de la investigación, la calma bienhechora, sin la cual el hombre no puede remontarse hasta la región del infinito ni beber allí la santa inspiración de sus destinos.

«El movimiento político y social de Europa lo acredita así. El ateísmo pierde cada día sectarios. Desde los hielos de la Rusia hasta los templados valles de la Italia, se ve que germina la idea de reconstrucción, y ésta no puede concebirse si la separamos del principio que manda á las sociedades humanas depurar sus tendencias, dirigir hacia el bien sus pasiones para organizarse al fin en pueblos iluminados por la celeste luz del Evangelio.

«Los que no ven esto ó fingen no verlo, dan prueba y muy palmaria

de un profundo espíritu satírico, su concepto de las cosas humanas, se traducía en forma que para muchos era motivo de escándalo.

«Ningún talento más vilipendiado, más execrado, más calumniado que el talento de la ironía y de la burla. Las gentes tildan, de ordinario, al que lo posee de hombre frívolo, mezquino, envidioso, malévolo, díscolo, intratable. Le declaran incapaz de los sentimientos generosos que inspira lo bueno y lo bello. Le miran con recelo y ojeriza. Le clasifican entre las plagas morales de la sociedad.

«Se comprenden semejantes opiniones; pocos poseen, y todos temen el poder de la ironía.

«Pero semejantes opiniones no se justifican, por más que muchos hombres hayan hecho de ese poder un uso deplorable.

«El talento de la ironía supone necesariamente la capacidad de sentir y conocer el bien, la belleza, la justicia.

---

de que no tienen idea cabal y nota del progreso, ni tampoco fe ninguna en sus milagrosas conquistas.

«Fuera del cristianismo no hay civilización: de consiguiente, para ascender en la escala del progreso moral es preciso que todas las naciones se acerquen más y más al ideal cristiano.

«Ahora para nosotros que creemos que este ideal sólo puede alcanzarse mediante la difusión de los principios católicos, todo lo que indique esta dirección será una alegría y un triunfo.

....

A Voltaire se le suele atribuír la paternidad de las libertades modernas. Dentro de este concepto fué que algunos de sus admiradores entre nosotros intentaron celebrar con fiestas públicas el centenario de su muerte, inconsecuencia que Blanco puso de manifiesto en un artículo que fué el origen de la polémica famosa con Fioretti. Voltaire no procuró durante toda su vida otra cosa que la destrucción del cristianismo; no sólo no comprendió el espíritu del gobierno republicano democrático, sino que hizo alarde de su desprecio por este sistema. Sus ataques al Contrato Social que fué la obra en que primero se formuló la doctrina de la soberanía popular, lo prueban hasta no dejar duda; nunca, finalmente, se puso al servicio de la causa de los pueblos oprimidos; por el contrario, lisonjeó á los déspotas hasta el extremo de fe-

No es posible distinguir lo ridículo y lo pequeño sin tener por criterio el ideal de lo sublime y de lo grande. La deformidad no existe para un espíritu privado del sentimiento y de la noción de lo bello.

«En el escritor satírico y burlesco hay una inteligencia perspicaz y una alma sensible. Su risa no es la expresión de la alegría, como las lágrimas del león no son la señal del miedo. Se ríe de dolor, como se llora de rabia.

«El espectáculo de las debilidades y miserias de nuestra especie, produce en los hombres dotados de una sensibilidad viva, dos efectos en apariencia contrarios; en el fondo idénticos. Hace melancólicos á los poetas, hace burladores á los filósofos de la vida real» (1).

---

licitar al rey de Prusia por su victoria de Rosbach, que es el eterno dolor de Francia.

Luis Blanc, cuyo juicio á este respecto es insospechable, dice en su historia de la Revolución Francesa: «Nó, Voltaire no amó bastante al pueblo. Que se hubiese aligerado el peso de sus miserias á tantos trabajadores infortunados, Voltaire habría aplaudido sin duda alguna por humanidad; pero su piedad no tuvo nunca nada de activo y que viniese de un sentimiento democrático. Era una piedad de gran señor, mezclada de altanería y desprecio.

«Tener en la familia un zapatero era á los ojos de Voltaire un oprobio.

«No podía comprender que el autor de *Emilio* hubiese hecho del oficio de carpintero al complemento de una educación filosófica...

«Voltaire no era hecho, como se sabe, para buscar en una revolución política y social la salvación del pueblo. En cambiar atrevida y profundamente las condiciones materiales del Estado y de la sociedad no pensó nunca, y sólo comenzó á preocuparse de ello al fin de su carrera, á los gritos de Diderot, Holback y Raynal. Pero esa hora sorprendió á Voltaire y le hizo estremecerse. Como Lutero, estuvo largo tiempo buscando el modo de descubrir la pendiente que conducía de los abusos religiosos á los abusos políticos, de la filosofía especulativa á la transformación material de la sociedad. Así, al ejemplo de Lutero, al ejemplo de Calvino, Voltaire predicaba á la vez la revolución contra las autoridades espirituales y la sumisión á los poderes temporales. Revolucionario en religión, no entendía que se pudiese serlo en política».

(1) Justo Arteaga Alemparte.

Este concepto puede aplicarse precisamente á Blanco, cuya gran cualidad fué el ingenio y «su gran defecto la exuberancia de ingenio».

***

Como queda dicho, los veinte años que estuvo Blanco al frente de la redacción principal de *El Mercurio* corresponden á la época más activa de la larga existencia del escritor. Desde aquel puesto asistió á la vida de la República en uno de los períodos más interesantes de su desarrollo, y día á día estuvo ilustrando la opinión desde su alta cátedra, participando de todas las emociones de la actividad nacional y prodigando su talento con una generosidad de que sólo son capaces los periodistas de verdadera vocación. En las páginas del viejo diario de Valparaíso están las huellas de la enorme labor de Blanco, y de ellas se ha entresacado para formar este libro, una parte pequeña, pero capaz de dar una idea de su importancia y de su variedad, como asimismo de la ductilidad de la pluma del escritor y de la frescura de su ingenio, que no dejó de acompañarlo hasta su último día.

Cuando el señor don Agustín R. Edwards, propietario de *El Mercurio*, haciendo justicia al anciano servidor, le acordó una honrosa jubilación, el señor Blanco se encerró en su hogar. En la quietud de sus últimos años se puso á la obra de compaginar sus recuerdos de medio siglo; pero una desgraciada circunstancia fué causa de que no llegara hasta nosotros aquel libro de memorias que se perdió en originales en el incendio de su casa, junto con muchísimas curiosidades, especialmente bibliográficas, que el escritor había logrado reunir.

De aquellas «Memorias», algunos de cuyos capítulos dió á conocer á sus íntimos, se dice que eran una obra capaz por sí sola de conservar el nombre de Blanco en la posteridad entre el de los primeros escritores de habla castella-

na. En ellas había reunido curiosísimas observaciones de la vida de su tiempo, de las personas y las cosas, fijadas en aquel idioma rico en todo género de bellezas literarias y con aquella gracia suya, risueña y amarga, que transparentaba su espíritu melancólico y desengañado del mundo y de los hombres. Para el viejo escritor la pérdida de aquellas páginas en que había ido depositando su alma, como un alivio en la brega diaria de la pluma, fué un dolor inmenso del que nunca llegó a consolarse: era lo único que él apreciaba de su considerable producción literaria repartida en diarios y revistas durante cincuenta años. Era también, dicen los que conocieron aquellos manuscritos, lo único que habría podido dar idea á las generaciones posteriores del exquisito y agudísimo ingenio de Blanco, porque en ellas aparecía el hombre tal cual era en su deliciosa intimidad.

En los últimos cuatro años de su vida, sólo de tarde en tarde recogió su pluma, tan activa en otro tiempo. Una nota de profunda tristeza impregna aquellos artículos postreros: su temperamento nervioso lo traía poseído por la idea de la muerte, y así cuanto escribía encierra acentos de una queja suprema, de un adiós al mundo, cuya comedia, de la cual tanto había reído, tocaba para él á su fin. El luchador que en otros tiempos caía en la arena del circo—escribió un amigo á la muerte de Blanco—después de su triunfo y oyendo los aplausos de un pueblo entero que lo vitoreaba, debía sentir de esa manera las palpitaciones postreras de su vida. En nuestra existencia diaria el hombre que cumple la gran misión de batirse día á día con los enemigos de su fe política, científica ó religiosa, se asemeja á aquellos luchadores que la antigua escultura cincelaba en el mármol, muriendo con la mano en el corazón y la frente cargada de una melancolía serena pero inquieta.

A fines de marzo de 1890 el ilustre escritor cayó atacado de pulmonía fulminante. En la noche del 26 del mismo

mes devolvía su alma al Creador, consolado por la fe de la religión que había profesado desde niño, pero que como nunca empleara como arma en las luchas partidaristas, había dado origen á que frecuentemente le miraran con desconfianza los círculos que levantan la idea religiosa ó irreligiosa como oriflama de política.

La prensa de Chile y los más importantes diarios del continente lamentaron la muerte de Blanco en sentidos artículos. Los despojos del ilustre escritor fueron depositados en la tumba de don Ventura Blanco Encalada, en el cementerio de Santiago. Ninguna voz, dice la crónica de un diario de aquellos días, se sintió bastante digna para darle el adiós supremo en aquella hora de eterna despedida. Si Lastarria hubiera vivido, con su autoridad y prestigio de maestro, habría sabido pronunciar las últimas palabras al despedir al viejo literato que descendía al sepulcro.

J. L.

Diciembre, de 1913.



Discurso de Incorporación

en la Academia Chilena

Consideraciones sobre el espíritu de la poesía francesa y española

Señores:

Como reconozco muy superior á mis merecimientos el honor que me habéis dispensado dándome un asiento en esta honorable Corporación, he creído que la mejor manera de corresponderlo es ofreceros este estudio, que si bien no llena mi deseo, manifiesta, por lo menos, el empeño que he puesto en trabajarlo.

Dignaos, pues, oírme con benevolencia.

Entro en materia.



Poesía Francesa

I

Es indudable que los primeros acentos de la humanidad han sido los del dolor y la pena: la amargura es el primer licor que bebe el hombre apenas aparece en este mundo, que, sólo por ironía, ha podido llamarse banquete de la vida. El vestíbulo de la existencia no ha sido ni podido ser, atendida su organización moral y física, más que el crepúsculo de un día de tormento, que la entrada al mundo del desengaño, á que parece haber sido condenada la especie humana en un momento de cólera del Altísimo.

Esta misma sentencia fatal que pesa sobre el hombre considerado como individuo, ha sido la que lleva impresa sobre su frente la sociedad humana; sentencia que, como marca impuesta por una mano eterna, no ha podido ni podrá, sean cuales fueren las faces de civilización y ventura que alcance, desaparecer de su rostro por más que se diga poseedora del secreto de un progreso infinito.

La misma facultad de sentir el dolor, desarrollada en el hombre no bien hubo abierto sus ojos á la luz, parece ser, por un contraste maravilloso, el origen de aquel dón, poder, ó como quiera llamársele, que asimismo ha recibido del cielo para transladar en notas musicales los quejidos internos de su alma, la inspiración que, desprendida

como chispa eléctrica de su cerebro, ha pasado á incendiar su sér entero.

Si rastreamos en el origen de las sociedades humanas, vemos que los primeros triunfos, goces, dolores y esperanzas que ha podido conseguir el hombre formando ya una familia, ya una tribu ó una nación, han tenido por lengua ó por intérprete inmortal esa armonía con que, sin duda, ha querido la Providencia endulzar los sufrimientos del sér humano ó paliar el mismo acerbo rigor que con él ha observado.

La poesía, pues, ha sido el lenguaje común que ha tenido el hombre para expresar sus pasiones, para transmitirlas, para inocularlas en sus semejantes; para ennoblecerlas, y hasta para poder hacer más duraderos de lo que es su frágil existencia, los momentos de ternura y embriaguez que por acaso vienen á aletargarle, y que no quisiera dejar sepultados en el olvido por aquel instinto de inmortalidad que lleva apegado á su corazón, no obstante la volubilidad y miseria que le constituyen.

La ley de *sociabilidad*, sobre todo, que le empuja irresistiblemente á cambiar con los individuos de su especie no sólo sus ideas, su pensamiento, sino sus servicios y pasiones para común satisfacción de sus necesidades ¿podría concebirse sin esta facultad de sentir, sin este mismo poder que lleva hasta hacer cadenciosos y cantables los punzantes quejidos del tormento, los fogosos arranques del deseo y hasta aquellas agonías, que, no sueltas al aire por el lirismo innato del hombre, harían trizas las paredes de su pecho?

Considerada bajo el aspecto múltiple en que debe apreciarse por el filósofo, la poesía no puede menos de aparecer á nuestros ojos como el conjunto de las facultades que llamamos morales, y sin las cuales el alma humana no sería absolutamente comprendida.

Efectivamente; las facultades de la inteligencia, aquellas que los ideólogos han analizado en el sér pensante.

dejarían de ser lo que son para los que pueden darse cuenta de sus modificaciones, si no tuvieran como equilibrio el poder de la sensibilidad en todas las faces que pueden ofrecer las variadas evoluciones de lo que en el mundo se llama corazón y se considera como foco de todos los arranques generosos del hombre. El sentimiento, hemos dicho; y el sentimiento, lo repetimos, es lo que puede probar y prueba más que nada, el papel que está llamado á desempeñar en la tierra. Y ese sentimiento no es otra cosa que la *poesía*, que aquél dón del cielo que nos permite dar alas al deseo, ensanche á la esperanza, voz al dolor, armonía, en fin, á aquel conjunto de ilusiones y sinsabores que se disputan á todas horas y en todas épocas la vida transitoria de los mortales.

Apreciándola bajo este carácter, las sociedades, apenas han podido darse cuenta de su sociabilidad, del ejercicio de sus mutuas obligaciones y derechos, es preciso que hayan tenido un idioma común con qué celebrar á los que juzgaban dignos de su amor y admiración, como asimismo con qué pintar los transportes de su fantasía y la rápida evaporación de sus quimeras.

De aquí viene que esa poesía de los primeros tiempos de la vida de los pueblos, sencilla, crédula como ellos, inocente como sus goces, no haya podido menos de ser, como lo es en realidad, el reflejo de su civilización; y tanto más exacto cuanto que puede verse en cada uno de esos acentos una esperanza, una ilusión ó, mejor, el modo de ser que asumían, el aspecto bajo el cual se presentaban en la infancia de su historia.

¿No tiene cada pueblo, por miserable que sea, su poesía propia? ¿No tiene el salvaje del Orinoco sus cantares para expresar, ora su amor y sus delirios, ora los huracanes de su indómita cuanto selvática naturaleza? Nuestros araucanos ¿no conservan todavía las modulaciones que sirvieron para excitar hace tres siglos el patriotismo no vencido de sus mayores contra la rapacidad de los que á nombre

de la religión vinieron á conquistarlos? Y ese canto, esos aires guerreros, esa armonía, ya aguda y transpasadora como sus lanzas, ya pesada como sus mazas ¿qué significa, qué carácter tiene, bajo qué punto de vista debe considerarse? ¿No es el sentimiento, preguntamos, no es esa facultad ya nombrada, ese poder de armonía que vive en el hombre, ni más ni menos que en la flor de los campos y en el astro que vemos resplandecer en los cielos? En este concepto la *poesía* ha debido seguir el desenvolvimiento de la inteligencia, la cultura y suavidad de las costumbres, la delicadeza de los usos, y así ha sucedido y no ha podido menos de ser así.

Si tomamos por ejemplo á las naciones europeas para confrontar con sus hechos históricos nuestro pensamiento, ¿cómo se explica la *Ilíada?* ¿Qué papel hace Homero? De seguro que el filólogo, el historiador y el filósofo estarán acordes en tomar aquella magnífica epopeya como la verdadera historia de la Grecia primitiva, como el monumento más certero para poder apreciar la infancia de aquel pueblo, el valor de sus héroes, las creencias generales, y hasta para poder llegar, de deducción en deducción, al análisis de los elementos que forman el organismo de las naciones.

Si Homero ha sido realmente un hombre, si ha sido un magnífico poeta, un sublime cantor, ó si la Grecia fué sólo la que trasmitió, bajo el nombre de Ilíada, los hechos más gloriosos de su historia, todas estas dudas ó aseveraciones en nada contradicen mi pensamiento; pues, fuera Homero el eco del común sentir de su patria, ó ésta la que cantara sus propios triunfos bajo este nombre, siempre se verá que el sentimiento, bien sea en el individuo mirado aisladamente, bien de una manera colectiva, es inseparable de lo que llamamos poesía ó mejor, que es ella misma sólo más ó menos ataviado por los primores del arte.

Si echamos la vista sobre el pueblo romano, es decir, sobre el mundo antiguo en tiempo de su mayor grandeza

y civilización, las mismas reflexiones que hemos hecho hasta aquí, se nos presentan, y si es posible, tomando una forma consistente y precisa. Ciertamente, el Imperio Romano, majestuoso hasta en su corrupción, grande é imponente aun en medio de sus viciadas instituciones y bárbaras costumbres, no ha podido tener mejor tela en que retratar todas las variadas mudanzas de su organización social y política que los cantos de sus poetas, que aquellos acentos inmortales que pintan todavía tan al vivo, á pesar del transcurso de dos mil años, no sólo el modo de ser de aquel coloso, sino hasta el más insignificante de sus usos y la más imperceptible de sus preocupaciones.

Elegante y pomposo bajo Augusto, Virgilio, Horacio y Ovidio, son el fiel trasunto de aquel reinado: dulzura, amor, filosofía, adulación, intriga: todo puede verse en estos vates sublimes. El uno, ennobleciendo los arranques de la materia, haciendo de Dido, viva representación de las pasiones mujeriles, la personificación de los elevados pensamientos y heroicos sacrificios que nos complacemos en figurarnos en la mitad más bella del linaje humano; el otro, endulzando la tímida rastrería que deslustra ó apaga los sonoros acordes de su lira con versos tan tristes como melodiosos, son, indudablemente, los mejores historiadores que ha podido tener aquella época, la más esplendente y soberbia del paganismo. Corrompido el Imperio por Tiberio, Nerón etc.; bastardeadas las bellas é inmortales instituciones de la república, envilecido el corazón hasta el punto de ser sordo á la gloria y al amor; estragadas las costumbres que, aunque muelles en tiempo de Augusto, eran indudablemente elegantes, Catulo y Petronio pueden servir, á no dudarlo, para comprender hasta qué grado puede llegar el vicio en la locura humana, hasta qué escalón descender la inteligencia del hombre y hasta en qué abismo puede sepultarse la gloria de los pueblos.

II

En la Edad Media, crédula, supersticiosa, sombría, ignorante, el hombre duerme toda esa noche de mil años, ora mecido por los sueños, alegres hijos de la superstición, ora amedrentado por los fantasmas aterradores de la tiranía. Los cantos de sus trovadores son la fotografía más elocuente de lo que pudo ser el espíritu, abrumado por el peso del error y del fanatismo, y de lo que es capaz el corazón cuando sufre á cada paso el guantelete de hierro y la mordaza de los tiranos.

El amor y la gloria que, por una anomalía de la organización de los pueblos en aquella época, enaltecían el corazón de sus infelices habitantes; el amor y la gloria, que son lo único que puede hacer distinguir la historia de aquellos desgraciados tiempos de la que pudieran tener los lobos y los osos, fueron necesariamente, como que eran los sentimientos únicos que sentía y podía sentir el orgulloso barón feudal y el pobre siervo para embotar el dolor de la cadena de hierro que simultáneamente los ataba, el alma de aquellos romances que hoy todavía, en medio de nuestra burlona y prosaica despreocupación, gustamos repasar al amor de la lumbre para soñar un momento con aquellas *castellanas*, con aquellos enanos, con aquellas almenas, con aquellos alcázares en que se encastillaba el despotismo y en donde iban á morir los cantares del esclavo y las orgullosas jácaras del magnate.

Dejando á la poesía de los Tiempos Medios dormir en el negro ataud en que se envuelve, y llenando el corazón de más aliento, volvamos los ojos á la historia moderna: á la Francia de Luis XIV, que, como se sabe, ha sido el modelo que tomó la Europa para amoldar sus gustos y hacer que la inteligencia en todos los vastos departamentos del saber tuviese una cumplida pauta.

Reino lleno de gloria, de orgullo, de pompa, de fausto;

reinado en que las artes rivalizaban con la ciencia, si no en buscar comodidades y bienestar para el pueblo, en embellecer la escena en que debía ostentarse aquel grande actor, que la engañaba con sus gestos teatrales, que la tiranizaba con sus mismos vicios, que la aletargaba con sus propias pesadumbres y la divertía con el mismo fúnebre crepúsculo de sus desdichas futuras; ese reinado era preciso que tuviese por intérprete á Racine y Molière, genios sublimes, pero en quienes se notan los mismos vicios que motejamos en el pueblo francés de entonces. Vates cortesanos, como pudiera serlo una coqueta de aquellos días, su majestuosa poesía, grande y elevada á veces, degenera otras, por falta de valor é independencia, en sólo versificación artística que, lejos de arrancar una sola lágrima, sólo sirve para hacernos sonreir tristemente, pensando en lo que puede la servidumbre hasta en los talentos más esclarecidos. Racine diciendo de Luis XIV: *Le monde en le voyant est reconnu son maître*, llamando *señor del universo* al que cerraba el parlamento á latigazos; al que, tal vez, tenía encerrado en impenetrable y eterno calabozo á su propio hermano; al que hacía alarde de la corrupción real corrompiendo el corazón de las mismas damas que se guarnecían en su propio palacio; que dilapidaba, en fin, más de doscientos millones de pesos en la construcción de Versalles, templo de sus placeres, mientras el pueblo de París no tenía pan, no puede menos que empalagar y hacer mirar á veces esa poesía nada más que como el aliento pestífero con que la lisonja ha insultado casi siempre á los reyes, pretendiendo incensarlos y divinizarlos. El mismo Boileau, en medio de la aparente independencia que parece animarle por el carácter satírico de su musa, no es otra cosa que un cortesano, que un poeta de talón rojo, es decir, uno de los muchos áulicos que rodeaban á aquel rey que, sin mérito ninguno á los ojos de la filosofía, ha legado su nombre á su siglo.

El carácter de la poesía francesa en todo este tiempo,

es uniforme, brillante á veces como las victorias de la Francia, triste y cómica como sus derrotas, hipócritamente licenciosa como el velado impudor de sus costumbres, falsa como el oropel de sus glorias. Si la poesía no es el sentimiento, como lo hemos sostenido, ¿por qué el pueblo de París, exceptuando á La Fontaine, no tuvo entonces poesía lírica filosófica, independiente, generosa; poesía en que pudiera sentirse hasta el latido del corazón de las muchedumbres; poesía, en fin, del alma, que hace conmover, á pesar de las imperfecciones que la desfiguran; que arranca ese torrente de emociones que en las almas sensibles produce la voz del poeta, por distante que se halle y por poco ó nada que con él simpaticemos? Las tragedias de Racine, ya se sabe que son un modelo de poesía artística; muestras soberbias de elegancia, pompa, majestad, brillo, elocuencia; todo esto, y más todavía se encuentra en ellas; pero en todos esos romanos afrancesados y esas heroínas cortadas, mitad por el patrón de Horacio, mitad por el que ofrecía la culta y tirante etiqueta que daba la ley hasta al vate ¿hay algún carácter que parezca tan patético, tan tierno y arrebatador como lo son los héroes de Shakespeare y más de uno de las piezas de los dramaturgos de este siglo? Si examinamos la poesía lírica ¿dónde está el poeta que cantó los amores infortunados de la La Vallière, en tanto que fueron muchos los que embellecieron á la hipócrita y perseguidora vieja cortesana de la Maintenon? ¿Dónde está, pues, el poeta del amor, de la inocencia, del ardor guerrero, de la libertad de los derechos del hombre? Hasta la canción, que recorre todos los extremos de la Francia como la voz apagada de un telégrafo eléctrico, no tuvo bajo el reinado de que nos ocupamos más representante que el abate Chaulieu, epícureo egoísta y cortesano, cuyas obras, atestadas de imágenes lúbricas y lugares comunes de mitología, apenas se leen por los pocos que quieran rastrear el progreso de la poesía francesa.

El único honor debido á ese cantor del escándalo y de la orgía es el de reconocerle como maestro de Voltaire en ese género. El Béranger de nuestros días ¿habría podido hacer entonces su *Dios de las buenas gentes*, esa multitud de canciones sublimes, encantadoras, en que la filosofía se vuelve una cartilla para el pueblo, y en que todos los sentimientos generosos tienen un acento inimitable? La tragedia, la poesía lírica, la sátira y hasta la comedia misma, cuyo dominio se extiende á los vicios de la sociedad, á la pintura de los caracteres no fueron, durante todo el reino ya nombrado, sino lo que fué la Francia, como lo hemos repetido expresamente, con el fin de probar, que así como la poesía ha simbolizado siempre el espíritu de las sociedades, debe también alimentarse de una savia que le permita ser el verdadero representante del corazón del pueblo.

III

Bajo el reinado de Luis XV, época que se ha llamado *de la filosofía*, con la misma impropiedad que se llamó el de Luis Felipe, *reino del Napoleón de la paz*; la poesía, como lo sabe todo el mundo, no fué sino la copia descolorida del tiempo anterior, es decir, una poesía sin alma, sin sentimiento, todavía más seca y árida que la ya nombrada, nutrida sólo de los preceptos escandalosos de un filosofismo corruptor que no permite elevar la mente á más altas concepciones que á la mordacidad cínica é impertinente, ó á la vil adulación empapada en todas las monstruosas aberraciones de unas doctrinas que ennegrecen y abaten, en vez de ennoblecer y levantar, como debe hacerlo la poesía, la mente y el corazón del hombre, en todas las clases en que se les contemple.

Cualquiera, por muy poco versado que sea en la literatura de este siglo, puede convencerse de esto con sólo observar que Voltaire, que era el primer poeta de su

tiempo, no fué sino en muy raras ocasiones verdadero poeta lírico. La esterilidad del corazón, helado por el escepticismo, mal podía ofrecer una página siquiera de sublime poesía, un solo eco de ternura; así, sorprende y asombra que este hombre, á quien el mismo Lammenais califica de *espíritu infinito*, no pudiese conmover el corazón sino muy raras veces, y eso nunca completamente, como habría sucedido si hubiese tenido por norte de su pensamiento otra filosofía. El madrigal, el epigrama, las composiciones epitalámicas y la sátira fueron los únicos géneros que cultivaron con brillo los vates de aquella centuria; y en eso nada hay que extrañar, pues el poema y la poesía lírica no pueden vivir faltándoles el único alimento que las sostiene.

El siglo XVIII fué el siglo de la incredulidad, y como tal, es lógico que las pasiones que afean el corazón humano tuvieran en él un vasto teatro en que desarrollar su maléfica influencia; y así fué desgraciadamente, pues el orgullo haciendo las veces de sentimiento, y el sofisma usurpando el trono á la razón, formaron la esencia vital de la literatura de aquella época.

La filosofía, con tales antecedentes, contrájose, como era natural, á conmover la inteligencia y el corazón, no sospechando siquiera que al canto de la orgía debía suceder el miserere del arrepentimiento y el grito de la desesperación y de la muerte. Todo fué sometido al cálculo en esta época que podemos llamar funesta bajo el aspecto de las crencias religiosas; pero noble y bienhechora en la esfera de la política. La razón, orgullosa de sus triunfos, creyóse sólo digna de tomar el compás: negó todo lo que no podía medir; y por supuesto, no pudiendo traspasar el límite que la naturaleza ha marcado á las facultades humanas, renegó de la divinidad, insultándola y escarneciéndola.

Hay en el hombre un sentimiento indefinible que es fuerza respetar hasta en sus errores: éste es el sentimiento religioso. Si la razón, queriendo explicarlo todo á fuerza

de cálculos que al cabo nada explican, consigue cegar la fuente de la creencia en Dios, la vida moral es entonces nula; y el hombre, reducido en tal caso á la mezquina esfera del positivismo, vese fatalmente obligado á reducir todavía más el pequeño espacio que ocupa en el campo de la creación, y á romper, en consecuencia, el hilo de oro por el cual anuda dulcemente sus esperanzas al reino de lo infinito.

Siendo, pues, el espíritu que animaba á la sociedad entonces, sólo el de la filosofía materialista ó escéptica, nada tiene de extraño que Voltaire quisiera honrar su musa con el excecrable poema de la *Doncella de Orleans;* en que parece haber querido derramar toda la hiel que destila sobre el corazón una filosofía sin sentimiento, sin pudor y sin esperanza.

El poema de la *Henriada* ahí está en prueba de lo que decimos; majestuoso, brillante, fácil, compitiendo en bellezas artísticas con todo lo que puede producir de hermoso la poesía, considerada solamente como artificio; pero entretanto ¿cuál es la pintura que en él nos conmueve? ¿Cuál la situación grandiosa que nos arrebata y en la cual deseáramos ver á la ilustre víctima de Ravaillac, digna por tantos títulos de una poesía sublime? El abate Délille decía que en este poema no hay hierba ni para dar de comer á un caballo; y así es en efecto. ¿Podría citársenos un solo poema de este tiempo, si es que se hizo alguno, que pase la raya de la mediocridad? Y ¿por qué? Porque faltaba al espíritu aquello que exigía madama de Staël á todas las obras del genio, y que con su mágica pluma nos ha trasmitido como un recuerdo eterno que la posteridad debe conceder á su memoria. Dice así: «Las grandes ideas religiosas, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la unión de estas bellas esperanzas con la moral, son de tal modo inseparables de todo sentimiento elevado, de todo entusiasmo meditativo y tierno, que me parece imposible que ninguna novela, tragedia, que ninguna

obra, en fin, de la imaginación, pudiera conmover sin su socorro. Y aún no considerando estas ideas sino bajo el aspecto literario, creo que lo que se ha llamado en los diversos géneros de escritos *inspiración poética*, es sólo aquel presentimiento del corazón, aquel vuelo del genio que transporta la esperanza más allá de los límites del destino humano».

Después de esto, que compendia cuanto hemos dicho, poco ó nada nos queda que añadir, sino simplemente traer á la memoria, que la poesía en el tiempo de la Enciclopedia no tuvo más asilo que el corazón del pobre Rousseau, á quien la mano de Dios concedió este tesoro, sin duda alguna menos para su gloria que para su martirio. Sin amigos, mal mirado por los orgullosos filósofos entre los cuales era quizás la primera lumbrera; sin patria, pobre siempre, y más que de dinero, de amor, de aquella ternura para que parecía haber nacido; sus escritos, aunque carezcan de la rima convencional del verso, tienen la del alma, la del sentimiento profundo que compensa con usura los magníficos y bien torneados versos de su rival y perseguidor el Patriarca de Ferney. Y ¿por qué estaba encerrada la poesía en el alma del infeliz suizo que muchas veces no tuvo donde reposar su cabeza; que no halló más que traidores y envidiosos en todos aquellos á quienes amó; y que llegó hasta prostituir la grandeza de sus sentimientos entregando su corazón de poeta á la zafia mujer que no supo más que torturarle? Porque sólo él creía en medio de los crueles engaños de que era víctima; porque sólo él amaba en medio de los desdenes con que pagaban su amor; porque sólo él esperaba en medio de su miseria y sus dolores; porque sólo él era el que penetraba en el santuario de la verdadera filosofía y quemaba la mirra del sentimiento en los altares del espiritualismo. ¡Oh! el autor del *Emilio* había nacido poeta y poeta sublime; faltóle sólo la rima; pero esa no pudo tenerla porque para la imaginación y la fe no prestaba la retórica enton-

ces sus arreos, ni concedía su vestido el arte sino para la burla y la impiedad, deidades únicas de aquel siglo.

IV

Debiendo seguir la historia de nuestro pensamiento, el hilo del discurso se rompe al llegar al final de aquella centuria. La guillotina, manejada por la mano del jacobinismo, se interpone en nuestro camino, y entre el torbellino de esta tormenta, de este espantoso cataclismo, la razón se turba, como avergonzada de tanta sangre vertida en los altares de la filosofía.

Sin embargo, algunos cantos melodiosos, tristes como los del cisne al morir, hiciéronse escuchar entre el tumulto y el ruido de las cadenas arrastradas por un pueblo, que se juzgaba libre porque había roto todos los lazos de la sociedad y hollado todos sus deberes. La revolución, según la feliz expresión de Vergniaud, hizo lo que Saturno: devoró á sus hijos.

Cuando no hay salvación para el talento, cuando el hacha del verdugo hiere ciegamente todos los rangos de la sociedad, cantos solemnes y profundos suelen resonar al compás del estertor de la agonía, como el canto de una ave amiga en un día oscuro y tormentoso. Así, vióse á Délille y á Andrés Chénier, celebrar bajo los verdugos la inmortalidad, última esperanza que quedaba al poeta en esa noche de sangre. Las glorias de Bonaparte pusieron, por fortuna de la Francia y del mundo, punto final á aquel lúgubre período; mas como al despotismo sanguinario del pueblo siguiese en breve el esplendoroso del conquistador improvisado, la poesía, amedrentada con el estruendo de las armas, tuvo que esconderse de nuevo en la oscuridad, y ahogar allí en el silencio y el retiro los ayes del dolor que retumbaban sordamente en su seno.

José María Chénier, como es sabido, osó cantar al libertador de la Italia, pero bien pronto hubo de enlutar su

lira para dar voz á los fúnebres suspiros que el aire pesado de la tiranía hacía exhalar de su corazón republicano.

El *Tiberio*, tragedia cortada al gusto del pasado siglo, y en la que únicamente la suspicacia del primer cónsul pudo ver alusiones á su persona, puede servir para apreciar el estado, no sólo en que se hallaba la poesía, sino la literatura en general bajo las victorias del héroe de las Pirámides.

El temor al que aparecía ya con todos los arreos del tirano, hizo que el escritor convencional, á pesar de estar nutrido como lo estaba de la literatura antigua, buscase en los pensamientos más el brillo que la fuerza y con más empeño la energía del republicanismo que la verdadera inspiración. La pieza á que aludimos, tiene, sin duda, mérito, como todo lo que salió de su pluma; pero de ninguna manera el que debía esperarse del hombre cuyos escritos palpitaban de poesía cuando era inspirado por el sentimiento de la libertad de la Francia.

La poesía, en fin, en todos los géneros que recorre cuando halla eco en el pueblo que goza de sus derechos, fué entonces trivial, común y tan fugitiva como lo fué el reinado del Directorio y del Consulado.

Bajo el Imperio, la frase de Lamartine: *el reinado del cálculo y del sable*, es bastante para expresarlo todo.

¿Necesario será decir una sola palabra más para probar que la poesía no puede vivir separada de la libertad y la justicia?

Por lo tanto, el desastre de la batalla de Waterloo, que tan funesto golpe dió al orgullo de las armas victoriosas de Napoleón, considerado bajo el punto de vista literario, debe ser apreciado como el acontecimiento que, aunque hiera la vanidad del corazón francés, orgulloso hasta de su misma servidumbre, ha servido de punto de partida á la literatura para tomar el carácter que hoy la distingue. Si se quiere recordar los nombres y las obras que han contribuído á poner á la literatura francesa en consonancia con las necesidades de la época actual, es forzoso citar

antes que á nadie á una mujer insigne en la historia de las letras.

La baronesa de Staël, discípula de Rousseau, espiritualista por educación, tendencias y sistema, alimentada con todos los estudios profundos de la filosofía alemana, adornada con todas las dotes morales que puede merecer un mortal de la mano de Dios, fué, como no es posible dudarlo, la que puso la primera piedra para la construcción de la filosofía cristiana en la Francia de entonces. Sí, á ella se debe este beneficio que el pueblo francés reconoce agradecido. Madama de Staël fué la primera que enseñó al espíritu poético de esta época la verdadera senda de la inspiración y las ventajas que podía prometerse penetrando en una vía de que la incredulidad habíala sacado para esterilizarla, ó mejor, para darle eterna sepultura.

Vuelta la Francia á sus creencias, devuelto al corazón de sus hijos el sentimiento; el amor, la ternura, la fe, la religión debieron forzosamente ser manantiales inagotables de poesía, y así lo fueron; pues Lamartine y su escuela parecen haber resucitado los tiempos de Abelardo y Gabriela de Vergy, dando, si no es un atrevimiento decirlo, nuevos sentidos al cuerpo, nuevas facultades al alma, y nuevos y mayores consuelos al corazón que los que había podido encontrar hasta entonces. Lamartine sólo vale por una generación de poetas.

Chateaubriand, á quien es forzoso nombrar también como el más poderoso de los artífices del templo de la poesía moderna, y la mujer ilustre ya citada, condujeron, pues, el espíritu á la fe, al sentimiento, á la esperanza por medio de sus ideas, de sus obras, verdaderos poemas escritos en prosa; y con los cuales les ha cabido la gloria de extirpar para siempre la plaga del materialismo, ni más ni menos que aconteció á Cervantes sepultando eternamente en la tumba del ridículo la estúpida demencia de la caballería. Pero al menos Cervantes destruía lo que tenía su base en un sentimiento exaltado del honor, y los otros lo que no

sólo anula la inteligencia, sino que degrada el alma humanizando su divino origen.

Al hacer mención de aquellos dos ilustres escritores, sería una injusticia imperdonable no atribuir asimismo alguna parte de la indisputable gloria que recogieron, á tres hombres cuyos escritos parecen seguir el mismo impulso, y á quienes la posteridad ha hecho ya merecida justicia. El abate Délille con su poema *La Piedad*, Fontanes con sus sentidas poesías y Michaud con *La Primavera de un proscripto* habían comenzado ya á dar á la literatura francesa una dirección que parecía tener un eco profundo en la sensibilidad nacional, por tanto tiempo comprimida.

Entonces fué cuando las letras, propiamente, comenzaron á recoger la herencia de las lágrimas que les había costado el infortunio de un gran pueblo. Entonces cuando la poesía pudo atesorar en su santuario esa infinidad de dolores infligidos á la patria, ya por el puñal de los verdugos, ya por la espada del nuevo tirano. El drama que se había sucedido envolvía peripecias horribles: ora se había presentado con la risa y la esperanza en los labios, ora amenazador y rugiente; ya como el crepúsculo de un día lleno de serenidad y esplendor, ya como las últimas sombras de una tempestad eterna. La resurrección de la Francia fué un milagro; su reconstitución social y política, la obra de un genio inmenso: su rehabilitación moral debía también ser sólo producida por aquellos fenices de la razón que renacen de cuando en cuando, como el alma de todo lo grande y hermoso que ha desaparecido, para probar que la inmortalidad de lo bello y lo sublime no es solamente una antojadiza paradoja. Entre todas las existencias de los hombres de esta clase, habíase formado, por la misma separación violenta que habían padecido, una verdadera confraternidad, una especie de concierto de pesares que parecía hacer menos fúnebres con sus modulaciones las ruinas aún humeantes del pasado incendio,

y endulzar en cuanto era posible el corazón llagado de las víctimas.

Dispersos en distintos países, estos gloriosos fugitivos eran realmente los hijos de Sion llorando la ausencia de Jerusalén perdida. En el destierro, varios de ellos cantan el himno del dolor, ofrécenlo como un tributo de amor á la patria; pero no recogen de sus contemporáneos la gratitud con que encadenaron para siempre á la civilización humana.

V

Subido Luis XVIII al trono de San Luis; consolidadas las instituciones en cuanto era posible que pudieran serlo tratándose de una organización política y social trastornada ó consumida hasta sus cimientos, la literatura francesa asume una forma precisa, así en el aspecto bajo que se presenta como en el carácter que la distingue.

Si nos contraemos á la poesía, la resurrección de ella es asombrosa. Jamás la lengua francesa había manifestado tanta ternura, tanta pasión, tanta fe, tanto entusiasmo. Las conveniencias retóricas, como se llamaba al clasicismo, que no permitía al corazón dejar de ser elegante por ser sensible, apasionado por ser majestuoso, fueron abandonadas en el primer momento; y esto se explica y puede compararse con el desaliño que daría á su tocado una joven obligada á guardar por largo tiempo un excesivo descuido de su persona, quedando, en consecuencia, si menos acicalada y compuesta, mucho más bella y arrebatadora.

La poesía francesa en manos de Lamartine produjo sonidos aún más encantadores que los que había producido ya en las del cantor de *Los Mártires*.

La religión tuvo, pues, su profeta. El nuevo David comenzó preludiando himnos inimitables, endechas de amor celeste que no podrán perderse, como sucede á las que no exhalan más que el mundano amor, ó los incentivos ca-

prichosos de las pasiones que no salen de la esfera de lo que vemos.

Al lado del cantor de *Las Meditaciones*, que era mirado entonces por los borbónicos como el poeta de la *legitimidad*, oyóse resonar también la lira de otro vate no menos esclarecido por las prendas de su alma y el fogoso empuje de su genio. Casimiro Délavigne acordó asimismo su instrumento, pero subiéndolo á un tono que permitía á su pecho robusto exhalar toda la vigorosa armonía de que rebosaba, y hacer alarde del buen gusto y elegancia que había sabido beber en los más cultos escritores de su patria. Las *Mesenianas* son un grito constante de guerra, de dulzura, de dolor; poesía que había menester la Francia para endulzar las amarguras de sus infortunios y reveses y para mantener siempre frescos los recuerdos gloriosos que tanto amaba, á pesar de que en cada uno de ellos iba un océano de lágrimas.

Béranger, el poeta del pueblo, el cantor de las multitudes, el cancionero cuya reputación ha subido hasta el diapasón de los más esclarecidos ingenios de estos tiempos, comenzaba, á su turno, á hacer que la musa francesa recobrase su antigua alegría, aquel donaire campestre, aquella picante mordacidad empapada en melancolía, que recuerda tan al vivo los antiguos romances sepultados por la poesía erudita, y el travieso numen que en manos de Voltaire había resonado á veces con tanta gracia. Pero lo que en el cantor del *Dios de las buenas gentes* era original, propiamente suyo, peculiar de su genio, era esa mezcla de profunda filosofía y graciosa ligereza, que hace que el hombre menos culto pueda iniciarse en todos los secretos del corazón sin el menor esfuerzo. Con estos tres paladines, ya no había para qué temer que las musas fuesen otra vez amedrentadas, y que tuvieran que pasar por el dolor de volver á romper las cuerdas de su cítara por no hallar oídos dignos de sus cantos.

Muy lejos estamos de pensar que un gobierno como el de

Luis XVIII podía ser acreedor á este beneficio, ni mucho menos de asentar que la poesía, para desarrollarse y robustecerse, ha menester de la mano de los reyes cuando éstos no son guiados en la tarea de gobernar sus pueblos por las lecciones de la sabiduría y de la justicia. Monarca astuto, amigo de las corruptelas como descendiente de la casa de Borbón, nutrido, además, en la que se llama ciencia del gobierno, y que no es, á juicio de los hombres de corazón, más que el arte pérfido de que se han valido hasta aquí los reyes para oprimir á los pueblos, no era posible que su reinado pudiera ofrecerse como una muestra, ni que la felicidad de los franceses fuera digna de envidia.—No, de ninguna manera. Mas como lo bueno y lo malo en este mundo son relativos, el gobierno citado apareció á primera vista como el arco iris que auguraba el final de la tormenta. —Sí, así se pensó: y fué tanta esta ilusión que hasta los recuerdos de libertad, que hasta los derechos á tanta costa conquistados, y las glorias con tanta sangre gloriosa empapadas, llegaron á olvidarse por la esperanza falaz de que un Borbón pudiera reconstituir la monarquía que su misma familia había llevado de caída en caída hasta su ruina.

Bajo este aspecto la poesía se creyó libre, dueña de poder extender sus alas en todo el dominio del sentimiento; y con esta fe fué como pudieron los escritores ya citados dar rienda suelta á la inspiración que por tanto tiempo dormitaba en sus almas.

Sin embargo, en medio de este movimiento inusitado del corazón y del espíritu, la marcha de la poesía en general continuó temblorosa é interrumpida, siguiendo, como debía y era natural esperarse, la carrera de la civilización y del progreso. Echemos una mirada retrospectiva.

El genio francés por su universalidad no ha querido quedarse sin poseer todo género de glorias; ha pretendido que su cultura sea el reflejo de la que disfruten todas las naciones del globo; y de este modo es como ha llegado á aclima-

tar en su suelo todo género de teorías, de sistemas, de utopías, de errores, sin desistir de sus pretensiones ni aun en medio del desengaño, pues que ha preferido muchas veces su orgullo á su misma ventura.

Respecto á la poesía, se sabe que ha querido pulsar el laúd antiguo de Homero, la cítara de los árabes y el arpa del bardo escocés.

La poesía, propiamente, si hemos de creer á los mejores historiadores de la literatura francesa, no brilló sino después de los tiempos de la caballería; quedando, con todo, la lengua muy atrás de las costumbres, ó, por mejor decir, como un escaso instrumento para el cambio de las ideas.

Las musas vulgares no supieron expresar el bello ideal *caballeresco*. Los tiempos estaban aún demasiado cercanos para que la literatura, todavía en su infancia, supiera explotar el tesoro que ocultaba de tanto tierno y romántico recuerdo.

Empero, bien pronto la poesía, desligándose de sus ataduras, creció, si es posible prestar cuerpo á la voz del alma, pero sin pasar la raya de fidelidad con que se juzgaba empeñada con las musas antiguas, á las cuales debía sin duda sus innegables progresos.

La elevación de Corneille, la pureza de Racine ni fueron sobrepujadas, ni, lo que es más, pudieron igualarse; y hasta tal punto llegó la superioridad de estos dos grandes maestros en la poesía, considerada, como lo hemos ya repetido, como arte y nada más, que se creyeron y aún se creen sus obras, como el supremo esfuerzo que puede hacer el talento para reducir á rima cantable y vigorosa las concepciones del espíritu. Considerada bajo esta faz, no quedaba al poeta más que tentar una vía nueva; la esperanza de renombre no podía venir sino separándose del camino en que tenía forzosamente que encontrarse con dos colosos, cuya vista sólo arredraría al más osado.

Conociendo esto, Voltaire tentó con buena fortuna una nueva senda. Bajó, si se quiere, la elevada entonación de

sus antecesores, hizo que su musa fuese el eco dela filosofía dominante, y apropiándole las creencias entonces populares, y revistiéndola después con todo el atavío que le prestaba su talento, consiguió, ya que no podía hacer una *Henriada*, ni una tragedia que fueran una copia perfecta de la literatura antigua, que sus poesías fugitivas ó ligeras, como se llaman, ocupasen la memoria y deleitasen la fantasía de los mismos que admiraban la perfección artística de los escritores ya nombrados.

Las endechas *Cesar de amar y ser amable;* los versos *Al Navío*, escritos á propósito de un barco que una compañía de comercio de Nantes bautizó con el nombre de *Voltaire*, y otra multitud de juguetes de esta clase son la prueba de lo que decimos, y un testimonio que no debemos olvidar para hacer que la poesía, si se quiere que lleve con honor y con gloria el nombre con que se le designa, no se separe jamás del sentimiento, que es lo único que debe representar, lo único que debe ser el objeto de sus cantos.

VI

Delille y Fontanes, como lo dijimos al tratar del papel que la literatura asigna á Chateaubriand y á madama de Staël en la resurrección del espíritu poético, habían acostumbrado á la musa francesa á expresarse con felicidad en todos los detalles del género descriptivo. Esta tentativa encendió la fantasía de una generación nueva de poetas; y de aquí viene la dirección que tomó la literatura, y en particular la poesía, con asombro de los mismos que, acostumbrados á seguir la hilación del progreso literario, no pudieron jamás presumir que al espíritu se diera tan errada tendencia Con esto queremos hacer mención de la nueva escuela que con el título de *romántica* se levantó casi de improviso de entre las ruinas del clasicismo. A cualquiera que esté acostumbrado á contemplar los sucesos históricos

como un encadenamiento de causas que han de hallar siempre una representación viva en el pensamiento, no podrá menos que parecer casi necesario aquel trastorno que experimentaron las letras, y por el cual llegó á considerarse como perfecto y acabado lo que era una abierta contradicción de todas las reglas del arte.

La necesidad de innovarlo todo producida por la amargura que se conservaba aún en el corazón por los pasados contratiempos, extendióse á las letras, y por desgracia, en esta universal sacudida de todas las leyes que se basan en lo bello, tuvo necesariamente que influir de un modo funesto en la imaginación del poeta, que llegó hasta figurarse como dotado del poder de enmendar á la naturaleza misma en sus más espléndidas bellezas.

La poesía, en el concepto de los nuevos adalides, debía traer consigo, á la vez que un manantial de dolores, un séquito fúnebre de horror y de crímenes, todo lo cual se consideraba como la expresión verdadera de la sociedad, como los recursos únicos de que podía hacer uso el artista para desarrollar su talento. Buscóse la verdad, pero no tal cual debe buscarla el poeta: se apeteció la libertad en la esfera del arte, pero no como la ambiciona el que sabe que la naturaleza ama el orden para ejecutar sus primores; y en este concepto tuvo la Francia durante diez años toda esa larga serie de escritos, que tan funesta influencia han ejercido no sólo en ella, que pudo deshacerse pronto de esta plaga, sino en España, de quien directamente bebimos el emponzoñado licor como una bebida regeneradora.

La melancolía que se apoderó de las letras fué horrible; el teatro no ofreció desde 1824 hasta 1833 más que monstruosidades, en que, confundida la imaginación con el portento de tanto horror, casi no dejaba al corazón respiro; la novela corrió atestada de nuevas ó mayores aberraciones, y hasta tal grado se quiso hacer trascendental su influjo, que se embutió en ella junto con los partos más

atroces de una imaginación en delirio, las doctrinas más subversivas de la moral y del buen gusto.

Al lamentarnos del descenso que repentinamente experimentó la literatura en el segundo período de la Restauración, es forzoso confesar que nuestras quejas no van dirigidas á las letras, acusándolas de ser causantes de esta funesta revolución, sino á la sociedad, á la política, á la desgracia, si se quiere comprender en esta voz esa secuela de males que habían ido lentamente filtrando en el pueblo el veneno de que aún no ha conseguido verse libre.

El estudio y la imitación que desde 1814 habían comenzado á hacerse de las obras de Byron, contribuyó poderosamente á que la poesía, separada de la vía en que Lamartine y Delavigne la habían colocado, contrajese un espíritu enteramente contrario al sentimiento del pueblo francés, á la sensibilidad nacional, ya despertados favorablemente hacia lo bueno y lo noble.

Lo que quedaba de la pasada escuela materialista del último siglo, alistóse, pues, bajo las banderas del nuevo enemigo; mas como ni el carácter francés se presta á la negra misantropía inglesa, ni sus delirios ni pasiones pueden ir jamás cubiertos con ese betún de esplín que en los hijos de la Gran Bretaña parece innato, las imitaciones de lord Byron fueron sólo copias más bien ridículas que funestas, y eso que lo fueron bastante, y de las cuales podemos todavía tomar algunas para aprender cómo los pueblos consiguen viciar sus más bellas facultades. La melancolía contemplativa que necesitan las artes, esa devoción que parece comunicar al artista los secretos de la belleza que están encerrados en el extenso océano del infinito, ese estado que los franceses llaman *béatitude*, y que sólo lo proporcionan la tranquilidad y el retiro, no eran, por cierto, esa melancolía desesperante que subleva al hombre contra las leyes que gravitan sobre su naturaleza, que convierten su existencia en un verdadero potro

de martirio, y que concluyen al fin por despeñarlo en el abismo de todos los crímenes.

La naturaleza había formado á Byron de muy distinta manera que á los demás hombres: genio satánico, corazón no parecido á ningún otro, cuyas pasiones y arrebatos no pueden menos de producir en el que los contempla aquel bello horror, si es posible explicarse así, que produce la naturaleza cuando parece hacer gala de sus furias. El que atravesaba el Helesponto á nado por sólo sentir una emoción nueva que conmoviera sus sentidos gastados ya por el deleite y la amargura; el que se jactaba de ser uno de los primeros púgiles de Inglaterra, arrebatando este triste honor á los luchadores de oficio; el que, desnudándose del manto de lord que vestía, pasaba así á cruzar sus fuerzas con los hijos del pueblo, por puro capricho; el que jamás pudo perdonar á la naturaleza el defecto físico de que adolecia, teniendo tantos beneficios que agradecerle; el que, por fin, temía que su propia madre pudiese envenenarle á consecuencia de los choques que con ella tenía en el hogar doméstico; si no hubiese sido adornado de ese inmenso genio, de ese asombroso poder creador, de seguro que no habría pasado de ser uno de los muchos extravagantes terribles que nacen á la vida para torturar á cuantos les rodean y ser el verdugo de su propio individuo. Pero no, al lado de esto, y entre este cuadro de miserias, vivía un alma á ninguna otra semejante, ni en esperanzas, ni en deseos ni en aspiraciones; un alma, que por su misma grandeza podía encararse impávidamente con la Divinidad, interrogarla sobre su destino, acusarla con sus quejas y hasta maldecirla por el funesto beneficio con que había sido enriquecida por ella. Dentro del pecho de Byron vivía un mundo de pasiones, cuyo choque bien puede compararse con el combate de los elementos en una noche de tormenta. Sí, allí se estrellaban, y corrían, y retumbaban en sorda algazara, el orgullo de Lucifer, el amor de los ángeles, la ternura de la virgen y la desespe-

ración de todo un infierno. Excéntrico, como se llama en nuestro moderno lenguaje, hasta en la misma tierra en que la melancolía toma las variadas faces de la locura, ¿cómo era posible que este hombre singular, que este portentoso fenómeno pudiera prestarse á ser copiado, no decimos en su patria misma, pero en ninguna parte y mucho menos en la nación francesa, cuyas costumbres suaves y ligereza de carácter son ya proverbiales? Intentar imitar su escuela; querer plagiar sus arrebatos, su pasión, su modo de ser único en el teatro de la literatura y del mundo, sería lo mismo que tomar el capricho de la torre de Pisa como un modelo de arquitectura, ó pretender que los otros muchos fenómenos que nos ofrece la naturaleza pudiesen ser copiados por la mano del hombre. La gruta de Fingal, la de Caprea, según la relación que de ella nos hacen los viajeros ¿se pondrían como ejemplos de imitación? ¿Saldría el artífice lucido con intentar la copia de las estalactitas hechas por la mano de Dios?

Por esto es que el *byronismo* que quiso aclimatarse á fines del reinado de Luis XVIII, no pudo vivir ni formar escuela, sino uno que otro ensayo infelicísimo, del que apenas se conserva memoria.

Sin embargo, varios jóvenes perecieron por ese entonces víctimas de este delirio filosófico, cuyas doctrinas había resumido Sénancour en su funesto libro llamado el *Oberman*. Cualquiera que haya podido leer esta odiosa producción, verá lo que es el escepticismo de la escuela volteriana, lo que es esa filosofía atroz que consume el alma de la misma manera que, el virus sifilítico roe y aniquila los tejidos del cuerpo.

Felizmente el horizonte aclaró un poco cuando Luis Felipe subió al trono de Enrique V; pero como las convulsiones políticas que produjeron la caída de Carlos X habían hecho convergir los espíritus exclusivamente á la política, la literatura apareció por algún tiempo embarazada en su marcha. Los poetas suspendieron sus cantos,

como los ruiseñores suspenden sus trinos al sentir un nuevo huésped en la selva.

Mas, pasada en breve esta primera emoción, continuó la literatura en todos sus departamentos lanzando esos torrentes de luz cuyos rayos vinieron á morir á los pies del nuevo César.

La poesía dividióse, al cabo, en dos escuelas. Lamartine con su romanticismo religioso, y Víctor Hugo con su poesía puramente francesa, con su poesía viva; filosófica, chispeante como lo es el genio de la nación francesa, fueron reconocidos como sus jefes; y entonces escuchó el mundo ese concierto de armonías llenas de consuelo y de esperanza.

El nuevo imperio napoleónico, fué para las musas lo que fué el pasado. Lamartine ya no cantó; su voz pareció apagarse por el infortunio. Víctor Hugo lanzó desde una isla inglesa su *Leyenda de los siglos;* pero aunque evocaba el ilustre y simpático desterrado la sombra de los genios que han dominado á la humanidad, que la han servido y amparado, ó diezmado y escarnecido, se veía que el sol de la patria le hacía falta; que el aliento francés, que era un eco que devolvía al mundo la voz de amor y de entusiasmo con que la regalaba, no correspondía ya sus cantos, sino que los lloraba y los sentía como el acento misterioso del tiempo que le anunciaba una mayor y cruda servidumbre.

¿Dónde estaba también Julio de Rességuier, el vigoroso imitador de Lamartine, y en más de una ocasión su émulo terrible? ¿Dónde estaba Delavigne con sus estrofas cadenciosas, con su espíritu puro, liberal, franco, valiente, con su musa al parecer nacida para el Waterloo de la literatura? ¿Dónde Béranger, dónde Carlos Nodier, el exquisito y perfecto detallista de las medias tintas de las pasiones humanas? ¿Dónde Alfredo de Musset, Barbier, Hegesippe Móreau y esa falanje, en fin, de artistas-poetas que ha tenido la Francia desde la primera restauración?

Unos en el destierro, otros en la miseria, y otros durmiendo el sueño eterno, escapando así á la tiranía que ultraja el talento, que ahuyenta á la virtud y que hace hasta desconfiar de la esperanza que abriga el bueno sobre la mejor condición y más acabado progreso del hombre.

VII

Al trazar el cuadro que ha representado la poesía en Francia desde el siglo décimoséptimo, no hemos tenido en vista otro designio que exponer el aspecto que ha tomado para que, comparando su situación con los hechos sociales á que ha debido estar subordinada, se pueda deducir cuándo ha representado la civilización de que era órgano, ó cuándo, lejos de ser su espejo y separándose de la ruta trazada por ella, se ha echado á vagar á la ventura, sin esperanza, sin guía y sin más plan que seguir el no aprendido ni pensado canto de las aves.

Si se quisiera encerrar en un medallón el retrato de cada época por que ha pasado la poesía francesa, difícil, por no decir imposible, sería hacer de retratista; mas si no podemos contemplarla bajo una forma tan precisa, podemos verla lo bastante para distinguir, ya sus bellezas y aciertos, ya sus deformidades y extravíos, y resumir, en cuanto sea posible, las reflexiones que el estudio que hemos hecho de ella puede suministrarnos.

Antes de Luis XIV vémosla puramente ocupada en buscar principios gramaticales y retóricos, en formarse elementos para tomar un carácter determinado y fijo.

Hasta allí sólo se había limitado á ensayos, y eso no muy felices, comparándolos con los de cualquiera de las naciones europeas. Algún rasgo, una que otra chispa de genio habían iluminado aquel caos; pero de lo que es *poesía* nada daba prueba segura, sino, cuando más, un ligero y no bien apreciado indicio.

Subido al trono el monarca que hemos nombrado, la

literatura tomó un aspecto propio, imponente, y vino á ser como el espejo de la expedita marcha que seguía la Francia en el desarrollo de su prosperidad y de su gloria.

Parecía que aquel príncipe absorbía cuanto había de grande á su alrededor; que todo lo consideraba como una parte integral de su grandeza; y así fué, pues la literatura vivió bajo su sombra en calidad de aliada, y bebiendo en el señor de esta alianza la majestad, el fausto, todo lo grande que contemplaba en el modelo de quien debiera ser sólo una exacta copia.

El afortunado monarca complacíase en ver que la literatura francesa era el reflejo de la antigüedad; pero sabía que no se puede copiar fielmente lo grande de una época antigua cuando se tiene que ataviarlo á moderna usanza.

Esta imitación degeneró, como ya lo dijimos, en copias frías, en que se guardó más la pulcra y minuciosa exactitud en las formas que en la esencia; ó en las que no se comprendió el espíritu, ó no se pudo dar de él un perfecto trasunto.

Este gran siglo, hizo cuanto pudo por arrebatar la gloria literaria á la antigüedad; por hacerse de ese *bello ideal antiguo* que tanto se estudiaba y al que no podía remedarse con la chupa bordada, ni con la peluca y los encajes perfumados del gran señor.

Racine hacía revivir á Eurípides; pero, según el sentir de todos los más eminentes criticos, no el Eurípides griego, desigual, apasionado, fogoso y bárbaro casi siempre por la rudeza de las costumbres de su tiempo. ¿Habría podido copiarse al trágico griego, cuando se anatematizaba á Shakespeare que había escrito sólo cien años antes y para una nación como la inglesa? Aristófanes revivía en Molière, pero libre de lo que entonces se llamaba *mal tono* ó *desvergüenza*, y libre también de su espíritu que, á la verdad, por mucho que se diga, no podía ser el de un francés ligero y esclavo de la etiqueta. Voltaire, diciendo al pueblo francés en la última representación de su Irene:

«¡Aplaudid, ateniense!» no dijo sino una bella mentira, una de las muchas coqueterías en que abundaba, y que prueban patentemente que la patria del afortunado Borbón no era la patria de Alejandro.

Bajo Luis XV la misma tendencia anima á la literatura en cuanto á su forma: aristocrática en el vestido, revolucionaria en el espíritu; acompasada y elegante en su porte, petulante y hasta cínica en el fondo.

Bajo la Revolución duermen las letras en una pesadilla sangrienta; la poesía, tímida, no puede llorar siquiera su infortunio; las lágrimas se secan en su rostro, y tiéndese sobre el ataúd de la Francia sin exhalar más que suspiros.

El Imperio reúne los elementos dispersos de la civilización: organiza, arregla, calcula con el compás y la espada en la mano; ya agranda los límites de la Francia, ya ordena su existencia como una máquina, ya rompe los derechos que flotan vacilantes en medio de tanta gloria, ya apaga iracundo la antorcha de la filosofía y del sentimiento.

El sol tibio de la Restauración permite el deshielo de la inteligencia; las aves adormecidas recorren el campo de la carnicería; lloran, pero cantan llorando, y el sentimiento vuelve otra vez á imperar en el hasta entonces árido corazón de la Francia.

Carlos X insulta el orgullo de su pueblo; venga así cobardemente el martirio de su hermano, y las letras, ofendidas del vilipendio hecho á la conciencia, enmudecen otra vez para no cantar sino á los albores de su nueva independencia. Luis Felipe, inconsecuencia viviente, rey sin dignidad, francés sin grandeza, déspota sin valor, político sin vista, amalgama, en fin, de lo que puede el talento y la pequeñez del alma, reduce á la Francia á ser el mostrador de la Europa, y se contenta, después de haber sido uno de los héroes de Jemmappes, con ser el judío usurero de aquella grande herencia. Sobre el estado actual ¿qué podemos decir? Época *embrionaria*; de transición; época en que todo se espera y en que nada se cree;

época en que parecen finalizar los acontecimientos más grandes con una especie de juego de manos ¿Dónde está hoy la poesía francesa? ¿En el sepulcro de Víctor Hugo? Al considerar las evoluciones del pensamiento, las peripecias de este drama que representa la humanidad, es forzoso pensar en la carrera del planeta que habitamos; recordar que hay momentos en que la luz baña radiante su esfera, y otros, en que no sólo sus rayos se cortan oblicuos sobre su superficie, sino que se ocultan enteramente.

Dicho esto, augure el pesimista sólo reveses, que nosotros no podremos dejar de confiar en el destino que creemos ha reservado Dios á la humanidad en sus inexcrutables designios.



Poesía española

I

Concluída la ojeada que hemos dado á la poesía francesa, nos ocuparemos de la España, que es la escuela en donde hemos bebido lo que somos, y en la que deberemos, atendidos nuestro origen y civilización, volver á empaparnos, para ser consecuentes, cuando más no sea, con la generosa sangre que nos alienta.

Si un cielo alternativamente iluminado por los matices del arco iris y los sombríos resplandores del relámpago, si una tierra rica y pródiga de las más deliciosas producciones, si una naturaleza, en fin, copiosamente favorecida por la Providencia pueden creerse propias para producir hombres dotados de ingenio y fantasía, aun cuando no conociésemos la historia de las letras españolas, bien podríamos decir que la España ha debido ser la nación de la poesía.

Efectivamente ¿quién no creería á esa tierra, tan dichosamente dotada, un pueblo en que la fantasía debe correr sin márgenes ni vallas, y en que el sentimiento, hijo de las profundas ideas de un cerebro enardecido por sol abrasador, puede apropiarse todos los tonos de la armonía, ya para pintar la plácida ventura del corazón, ya para diseñar el huracán de las pasiones que lo envuelven y sacuden?

«La naturaleza, dice el abate Cabanillas, ha dotado á la España de todo aquello que se necesita para que sus hijos sean poetas»; y en verdad que nada hay más cierto que este dicho, al parecer jactancioso, de un español que, si no pudo probarlo con su ejemplo, fué, por otra parte, bien capaz de reivindicar para su persona alguna porción de la gloria adquirida por la literatura de su patria,

Sin pensar en el lugar que el hombre ocupa en el globo; sin asignar á la poesía esas líneas de demarcación que señalan la diversidad de climas en nuestro planeta; sin creer por ello que el genio es y puede ser sólo peculiar de aquellas tierras en que la naturaleza ha querido hacer ostentación de sus galas; juzgamos, y no sin fundamento, que la organización del individuo, modificada por la calidad de la zona en que ha nacido y por las mil otras causas que tienen influencia poderosa é innegable en su modo de ser, es ya un antecedente que puede anotarse como predisposición, ó favorable ó adversa, para los trabajos de la fantasía.

Cierto y muy cierto es que el genio no tiene patria, que el numen, como chispa desprendida de la mano luminosa de Dios, así incendia el corazón del habitante de la frígida Dinamarca, como aviva el cerebro fosfórico del que ha visto la luz bajo el cielo de Nápoles. Los vates de la montuosa y helada Caledonia inspiraron á Ossián; los alegres campos de la Grecia al cantor de la *Ilíada*, y la pobre aldea de Mantua con su cielo transparente y benigno bien pudo llenar el corazón de Virgilio de aquel arrobo sublime que no ha conseguido adormecer todavía el transcurso de veinte siglos.

Sin embargo ¿quién no se inclinaría á juzgar poeta al que ha nacido bajo el sol de Sevilla ó de Granada, que ha sido criado respirando el ambiente de los azahares y de los jazmines, que ha podido echarse sobre la espalda del Guadalquivir en las tardes del estío; que ha escuchado, en fin, desde niño, los acentos amorosos de la voluptuosa

andaluza? ¿No hay motivo para creer, preguntamos, más entusiasta, más apasionado, más sensible al que contempla la primavera desparramado pródiga todo género de frutos que al que vive mirando un cielo constantemente enlutado por la neblina y una tierra desheredada ó mendiga de los favores de la Providencia?

Si la naturaleza de un país puede, pues, asentarse como motivo poderoso para suponer dotados del estro poético á los seres que ha producido, la España, lo repetimos, está casi en la obligación de ostentar en su historia literaria una constelación de ingenios cuya luz pueda mostrarse como la estrella polar de los pueblos que quieran dirigirse hacia la tierra de la poesía.

Echemos una ojeada á su historia.

Para aplicar los principios que hasta aquí hemos seguido al trazar el cuadro de la poesía francesa, dividiremos la historia de la española en tres períodos, que, á nuestro juicio, marcan perfectamente las diversas situaciones por que ha pasado é indican, en consecuencia, el influjo que ha sufrido por el empuje de los acontecimientos.

Estos tres períodos son: 1.º desde su origen hasta el reinado de los Reyes Católicos; 2.º desde éste hasta la muerte de Carlos II el Hechizado, último rey de la raza austriaca en España; y 3.º desde Carlos III hasta nuestros días. Esta misma división fué adoptada por don José Joaquín de Mora en un estudio sobre la poesía castellana que publicó en el MENSAJERO DE LONDRES, y á la verdad creémosla muy conforme con la razón, á pesar de que Quintana, Galiano, Gil y Zárate han dividido las épocas de la poesía de una manera que, en nuestro sentir, no sigue los períodos que la poética española ha tenido como más culminantes. Al hacer esta división de épocas no hemos atendido al valor que tienen en la literatura en general los poetas que florecieron en los diversos tiempos que hemos indicado, ni á las variaciones que han debido experimentar el estilo y el lenguaje poéticos, sino solamente á

la índole de cada época, al espíritu que la ha dominado, al carácter, en una palabra, que ha asumido en virtud de los sucesos por que ha pasado.

En el primer período como era natural, no hallándose la lengua castellana todavía en el caso de considerarse ni siquiera formada, y, sobre todo, no pudiendo la mente del poeta desligarse de las ataduras con que aherrojaban el espíritu las preocupaciones de la Edad Media, la poesía tuvo forzosamente que ser irregular y grosera, no obstante la encantadora sencillez y admirable naturalidad que notamos en algunos pasajes de los primeros ensayos de la musa castellana. El poeta de entonces cantaba lo que sentía, lo que creía, lo que esperaba, lo que envidiaba y sin más sujeción que la que podía ofrecerle el cansancio de su misma fantasía. Las flores del prado, los frutos de la primavera, las dulces emociones del amor, sus fuegos, sus transportes, el espectáculo de las maravillas de la naturaleza, todo aquello, en fin, que no tenía relación con el profundo pensar, con las dudas é inquietudes que torturan el alma, estaba sujeto á su dominio; dominio que no podía extenderse, por cierto, á la pretensión de avasallar la rebelión de las facultades intelectuales excitadas por la filosofía de las escuelas.

Además ¿cómo hubiera podido hacerse para que un instrumento mal encordado produjera los sonidos que sólo puede arrancar una mano diestramente ejercitada y cuando el arte ha asignado para cada tono una cuerda precisa y sonora? Así, pues, vano fuera pretender armonía completa, un conjunto de melodías en aquellos primeros ensayos, vivo retrato del hombre de entonces, á quien ni las leyes ni las costumbres habían suavizado sus gustos, pulido sus maneras y morigerado ó sistemado artísticamente su inspiración.

Pero en medio de la tosquedad y grosería que notamos, de la falta de elevación filosófica que desearíamos ver en el que pulsaba la lira en aquellos tiempos que tanto se

prestan á la meditación y al estudio, encontramos también un donaire y diafanidad de expresión que pueden aún en nuestros días tomarse por modelo.

El hombre que vivía oprimido por el bárbaro señor feudal; que ignoraba que tenía derechos que oponer á la fuerza; que estaba acostumbrado á mirar como cosa y no como persona á su mismo semejante; que no podía utilizar su trabajo para su individuo sino servir con él, á manera del resorte de una máquina, en asegurar el bienestar de su opresor ¿cómo podía pedir aliento y fuego al espíritu para escarnecer la mano de hierro que le vejaba, para soltar al aire sus quejas y dar lengua de fuego á los dolores que le ocasionaban la corrupción y la barbarie de que era víctima?

El feudalismo en España, por el mismo carácter de sus habitantes, debió tomar más decididas y marcadas formas que en el resto de Europa; y así fué que el orgullo de los barones de los siglos décimotercio, décimocuarto y décimoquinto, hubo de ser causa de esa multitud de revueltas, en que el siervo, lejos de cambiar ventajosamente de destino, solo logró remachar más fuertemente sus cadenas. En esta degradación, en esta noche sombría y desesperante como el infierno de la *Divina Comedia* ¿qué sentimiento podía quedar al individuo, qué luz iluminarle, qué consuelo mitigar la tenacidad de sus rigores? ¡Sólo el amor! Sí, sólo el amor, ese sentimiento que torna generosa y altiva al alma más encorvada y rastrera; que rompe violentamente las barreras que separan al señor y al esclavo; que llena de dicha y esperanzas hasta al que vegeta en eterno calabozo; que eleva el alma á las concepciones más altas; que la suaviza, la purifica de los vicios que la afean y hace que se resuman en uno los dolores y las amarguras de dos corazones hermanos; este sentimiento fué el único respiro que pudo tener el hombre en aquellas tinieblas, para que su existencia no pudiera compararse exactamente á la de las fieras que talan los campos.

El señor feudal, una vez enamorado de la *castellana*, una vez embriagado por sus hechizos ¿cómo no había de despojarse de su armadura y de su guantelete y arrodillarse en los momentos de suprema felicidad ante la misma mujer á quien quizá el día antes había amenazado con el tormento?

El amor, sí, fué la única estrella que iluminó ese caos; y sólo él y sólo á su influjo pudo revestirse la fuerza del carácter que hace en ocasiones disculpables sus demasías.

La caballería, ridiculizada de muerte por Cervantes; la caballería, que no podemos menos de mirar hoy, en medio del positivismo de nuestras costumbres, de la prosa que empequeñece y materializa las muy pocas emociones puras que puede gozar nuestra alma en el metálico siglo en que vivimos, fué, sin embargo, para la poesía una fuente abundosa de inspiración y de triunfos.

La protección á la viudez y la orfandad desamparadas, el brioso denuedo del caballero que arrojaba el guante al opresor de la inocencia, la dulzura del amador que acababa de *rebanar jayanes* con su tizona y romper lanzas en el palenque por sólo probar á su dama su bárbara fortaleza, eran seguramente sobrados motivos de inspiración para el que se gozaba en preludiar al pie de la reja de su amada las hazañas del valor, alcanzadas á fuerza de constancia y ternura.

¿Quién que ha leído los versos de Juan Ruiz, denominado el Arcipreste de Hita, no admira la naturalidad con que bajo la forma satírica cuenta su amor y sus delirios? ¿Quién no lee con gusto, á pesar de los defectos del ritmo poético, esas alegorías ingeniosas cuya embarazada expresión da indicios claros y patentes de una sensibilidad no vestida ó disfrazada aún por los atavíos del arte? Pero no únicamente en la donosa pintura de los afectos suaves del alma es donde luce la vena de éste y de los otros poetas que le siguieron hasta Garcilaso, pues la descripción de los objetos admirables de la naturaleza también halla en

ellos graciosos intérpretes. La vegetación del suelo de España, la diáfana transparencia de su cielo en las noches del estío; lo proceloso de sus mares, lo dilatado de sus costas, la rica savia del suelo en que había nacido, eran perenne manantial de pensamientos que, semejantes á las flores que nacen sin cultivo en los campos, tienen ese perfume que embriaga, y que ofusca el de las que brotan en nuestros jardines á favor del esmero y del arte. Sí, el amor con todos sus pasmos, y esperanzas y quimeras se ve allí palpitante en cada uno de esos alejandrinos, cuyo sonsonete choca hoy á nuestros oídos quisquillosos á fuerza de estudio y trabajo; sí, allí se ve que el espíritu que da vida á la creación, encuentra siempre imágenes atrevidas á un tiempo que sencillas; que los afectos, libres de la opresión con que los encadena la misma cultura social, lucen en toda su lozanía y vigor.

¿No hay poesía en esas coplas de Jorge Manrique en que pregunta con tristeza por los galanes, y las damas, y los amores que desaparecieron con su juventud? ¿Quién no ha suspirado siquiera al leer esas estrofas inspiradas por la muerte de su padre, quebradas como el dolor que las dictaba, y sencillas y patéticas como el sentimiento, que aún no se había bastardeado á fuerza de prodigarse?

Al repasar los mutilados fragmentos que se conservan de las obras de los poetas de este primer período, además de que el filólogo puede seguir el hilo de la formación de la lengua, el filósofo tiene la satisfacción de hallarse con un venero inagotable de antecedentes que deben llevarle á apreciar con fijeza los elementos de que se compone la civilización española.

Dejando á un lado los versos místicos de Gonzalo Berceo, los de don Juan Lorenzo de Astorga, las traducciones de Pedro López de Ayala, y viniendo á las muy preciosas cántigas de Alfonso X, á quien la posteridad ha apellidado con justicia *el sabio*, todos los eruditos están acordes en considerarlas como monumentos preciosos, no tan

solo de filología, sino de filosofía; monumentos que debemos estudiar, aunque no sea sino para gustar el placer de ver como nuestro idioma, tan pobre y desmedrado entonces, ha podido llegar á ser una de las lenguas más hermosas que existen. Desde el *Poema del Cid*, primer vagido de la musa castellana, hasta el *Tesoro* y las *Querellas* del hijo de San Fernando y las apasionadas trovas de Macías hay ya una inmensa distancia en el modo de sentir y en el modo de apreciar las emociones del espíritu, en la manera de expresar los afectos y las diversas modificaciones que se suceden en el alma. Al alejandrino sustituyó don Alfonso el verso de doce sílabas con consonantes cruzados.

Al leer alguno de los pocos versos que quedan de los libros citados, uno no puede menos que sentirse conmovido, pensando en lo que es el genio, en lo que es el destino de las grandes almas, y sobre todo, en lo que son las grandezas con que suele convidarnos la fortuna. Desposeídos por la negra ingratitud de un hijo infame, arrastrando aquel para siempre memorable varón una existencia disputada por el dolor y la amargura, buscó en la poesía el modo cómo legar á la posteridad sus sufrimientos, y hallóla, en verdad, tan dócil á su mano, que en solo dos estancias de sus *Querellas* lloró, bajo su pluma, lágrimas que no ha podido secar el soplo calcinante de siete siglos.

Se nos permitirá, como un paréntesis disculpable, citar aquí la arenga que el Miramolín de Marruecos le dirigió cuando á su llamado vino á Zagra á tratar de su alianza con el rey de Castilla.

Después de ceder á Alfonso el lugar de honor en la conferencia, le dijo:

—Os trato así, porque sois desgraciado, y no me uno con vos sino para vengar la causa común de todos los reyes y de todos los padres.

II

Subidos al trono de Castilla y de Aragón los Reyes Católicos, cuya memoria recuerdan y saludan los españoles como la aurora de su grandeza, la sociedad comenzó poco á poco á organizarse. Insensiblemente el trono cuyos fueros habían sido tantas veces hollados por la audacia de los magnates, principió á cobrar esa energía, esa entereza sin las cuales los elementos del orden social no pueden amalgamarse. «Así, aunque no podamos menos que mirar con enfado, dice Quintana, las arterías de Fernando; que sentir una repugnancia invencible por el carácter de este rey, irreligioso adalid de la fe católica; que sentirnos hasta desabridos con el recuerdo de una reina á quien sus virtudes y sus talentos debieron haber guarecido de las preocupaciones que afean su glorioso reinado; siempre es fuerza confesar que solo á sus esfuerzos pudo la España llevar á cabo su organización, hecha ya casi imposible por los desmanes de los ricos-hombres».

La conquista de Granada, las hazañas del Gran Capitán en Nápoles, y, sobre todo, el descubrimiento de América, prueban, cuando otros antecedentes no tuviéramos á la vista, la excelsitud del genio de aquellos soberanos, á quienes pareció reunir la fortuna como los extremos de una cadena que debía encerrar en su centro los esparcidos elementos de civilización que flotaban á la ventura. Con las conquistas en Italia, natural era, por no decir necesario, que el ingenio español adoptase como suyo lo que juzgaba que debía tocarle por su gloria. Los vencidos convirtiéronse en maestros de los vencedores, de la misma manera, aunque no en tan dilatada escala, que había sucedido cuando los bárbaros destrozaron el Imperio Romano. La pobre Italia avasallada debía civilizar á sus conquistadores: era ese su destino. Así, no es una

paradoja de Alfieri aquel grito lastimoso, con que pinta la suerte que ha cabido á la nación señora del mundo como en castigo, sin duda, del abuso que llegó á hacer de su grandeza.

Per servir sempre o vincitrice o vinta, no es un anatema del poeta; no es la maldición que alguno pudiera ver en la boca de un altivo patricio hostigado por la tiranía, ruborizado por la servidumbre de una patria querida; no, no es eso: estas palabras son el quejido amargo del filósofo, del hijo que parece querer consolar á su anciana madre recordándole el mismo rigor de su destino.

Establecida la Inquisición por los Reyes Católicos, con el fin de purgar el territorio español de la cizaña que creyeron mirar como en semilla, las costumbres principiaron á revestirse de aquella gravedad hipócrita, de aquel devotismo que tan bien se hermana con la tiranía política de los monarcas absolutos.

La franqueza española principió á degenerar en reserva; el arrebato de la pasión en excesiva mesura; la cordialidad abierta y tosca, si se quiere, á cubrirse con el manto de la etiqueta: todo, en fin, cambió de aspecto, mejorando, es cierto, las costumbres en pulidez y buen gusto; pero dando al carácter un giro que le hizo perder en gran parte ese tinte de originalidad, efecto si no de la libertad política, al menos de esa independencia que llegó así á ser compatible con la servidumbre.

Los españoles, si no habían tenido libertad, en el sentido que damos hoy á esta palabra, si no disfrutaban de los derechos que sólo la sociedad montada sobre las bases de la justicia puede conseguir, no habían tenido tampoco que sufrir ese despotismo que se vincula á un trono cuando este se levanta de entre la turbulencia y la anarquía. La literatura, como era preciso, debía, pues, amoldarse al modo de ser político y social de la España, por cuanto no podía constituir ese desequilibrio que hubiera resultado si ella hubiese querido negarse á la influencia que

debía experimentar necesariamente. Y ni ¿cómo hubieran podido el literato, el poeta narrarnos ó pintarnos los embelesos de la libertad, cuando ella no existía; los libres arrebatos del amor, cuando este se hallaba cubierto con una máscara en la sociedad; los transportes del patriotismo cuando él no estaba cifrado sino en la majestad del monarca? Los glorias militares de los tercios españoles, las hazañas de sus héroes, el valor de sus huestes, jamás rotas hasta la batalla de Rocroy, era lo único que se prestaba á la inspiración poética; y por esto vemos la lira de los vates de la época posterior, cuando la lengua estaba ya depurada, resonar con la misma fuerza y majestad que el clarín y la trompa guerrera en un día de combate.

La meditación, hija del estudio y del recogimiento, también era necesario que en una nación tan eminentemente católica como la España, tomase la forma de un taciturno devotismo. Las verdades de la religión de suyo imponentes y sublimes; sus misterios, tanto más poderosos sobre la fantasía cuanto más abruman la comprensibilidad humana, debían ser necesariamente para el poeta un foco de inspiración, si las más veces sublime, en más de una ocasión monótona y aterradora.

Lo que sorprende, sin embargo, lo que no puede explicarse, es, que el ascetismo, que tan severo se muestra en el individuo que lo profesa, pudiera amalgamarse tan bien con la libertad de expresión y de ideas cuyas licencia, á veces repugnante, no puede menos que chocarnos aún en el estragamiento de nuestras costumbres.

¿Cómo concebir que el vate que remontaba su fantasía hasta la mansión de la eternidad; que divisaba en su místico arrobo al Autor del universo, ya amenazando airado al pecador no arrepentido, ya brindando amoroso todo el tesoro de bienestar celeste que puede recompensar los sacrificios del justo, pudiese descender, como sucedió más adelante, hasta revolcarse en el fango de la torpeza? ¿Cómo de la lira que brotaban sonidos celestes y puros

como el firmamento, podían desprenderse esos ecos, no solo profanos, sino impíos, en que la castidad del alma se hiere y el pudor del espíritu se lastima?

Esta reflexión, que puede parecer inoportuna atendido el carácter que asumió la literatura en tiempo de Isabe y Fernando, ha venido forzosamente á nuestra pluma al recordar lo que fué después la poesía erótica y satírica en manos de algunos de los escritores del llamado *siglo de oro*.

Jorge Manrique, y sobre todo Juan de la Encina, que fué el que empuñó el cetro poético en el reinado de que vamos hablando, son el retrato de lo que era la poesía; la expresión de los adelantos que había hecho la lengua, y más que nada, el crepúsculo de ese día esplendoroso que debía iluminar el brillante imperio de Carlos V.

Admirable y para siempre inmortal será en la historia de las letras españolas la éra que con tanta razón se ha apedillado *siglo de oro*.

Jamás, ciertamente, vió la nación española una época ni más brillante ni más grandiosa: hazañas, valor, genio, poder, preponderancia no solo política, sino social; no solo de localidad, sino europea; todo se reunió entonces para que pudiese mirársela en el teatro de la vida como la sucesora de la antigua Roma.

Una vez colocado en el trono que por tanto tiempo habían hecho famosos los Reyes Católicos el augusto descendiente de los emperadores de Alemania, la España fué rápidamente ascendiendo en la consideración de las naciones, en la supremacía de las ciencias, de las letras y las artes, cuyas obras maestras pueden ofrecerse, y se ofrecen todavía como monumentos preciosos para el erudito.

Sin embargo, la sed de gloria militar que se había apoderado del corazón del pueblo español, de suyo esforzado y hazañoso, hizo convergir los espíritus casi exclusivamente hacia lo que se consideraba como la fuente única de su engrandecimiento. Delante de las proezas de las hues-

tes mandadas por los primeros capitanes que hasta entonces había visto la Europa desde la destrucción del Imperio Romano; delante del orgullo que naturalmente debía palpitar en los ánimos briosos á causa del terror que sólo el nombre español ocasionaba; ante el mapa que podía mostrar la nación, dilatado únicamente á esfuerzos del genio y del heroísmo; poco ó nada eran las consideraciones que podían ofrecerse acerca de la pérdida de las libertades públicas que poco á poco había ido cercenando la mano de sus reyes.

De esta manera es como se explica el fenómeno que ofrece la literatura de este siglo; la anomalía que notamos cuando ponemos en parangón los adelantos que había hecho con los que podía haber alcanzado y no consiguió, desgraciadamente, la filosofía. Y no se diga que el movimiento no estaba dado, que la investigación no había hallado todavía camino, pues ya Luis de Vives había comenzado la tarea que más tarde Bacón llevó á cabo, y de la cual se ha valido el espíritu para alcanzar las conquistas que le han enaltecido.

No es, por lo tanto, extraño ver que la ciencia que tiene por objeto la indagación de la verdad, y que obliga, puede decirse así, á encaminar las facultades intelectuales por el sendero de la luz, no fuese entonces cultivada cual se debía, ni menos amparada por los que tenían en sus manos el cetro del Estado. Decimos esto, para que desde luego veamos la razón y hallemos el por qué del espíritu que, aunque deslumbrante y seductor de la literatura, no es invulnerable á los ojos del filósofo.

III

La lengua, que tan marcados progresos había hecho ya con los trabajos de los doctos humanistas que hemos nombrado, consiguió desde el comienzo del siglo ponerse,

como dice muy bien un escritor español, á la altura de los grandes hechos de que debía ser intérprete. Enriquecida con las conquistas que había logrado sobre el idioma de los vencidos, con las joyas que á la preciosa corona de los árabes había ido lentamente arrebatando, faltábale poco ó nada para que pudiese representar, no sólo el pensamiento en todas las faces que puede mostrarse, sino hasta el último y más imperceptible tinte de las variadas modificaciones del alma.

Si examinamos la poesía de este tiempo, si leemos las obras de los vates que dieron principio á la construcción del templo de las musas castellanas, es imposible negarse á confesar que el idioma poético había, como por encanto, asumido una forma, tomado un carácter verdaderamente grandiosos. De las coplas de Jorge Manrique y las estancias de Juan de la Encina á las églogas de Garcilaso hay una distancia inmensa. La lengua ya no es la misma; la elocución, el ritmo poético, todo ese atavío, en fin, que emplean las musas en su vestido, era ya completo, majestuoso, regio.

La primera ventaja que consiguió la poesía, dejanda aparte las infinitas que logró en su esencia, por la lecturo de los escritores italianos, fué la de aclimatar el verso endecasílabo, de sustituir por el embarazado y vigoroso soneto las destempladas coplas de arte mayor, cuyo sonsonete hace casi perder el mérito intrínseco de la poesía.

Con esta ventaja ya el laúd castellano podía resonar como el arpa del Petrarca; las melodías de la ternura, el fuego del amor, los encendidos suspiros del deseo; todo el diapasón, por fin, en que puede resonar el sentimiento, habían encontrado su verdadera cuerda, el tono preciso para elevarse, descender y hasta morir, como sucede á las mismas emociones que se disputan el dominio del espíritu y de los sentidos.

El dulce lamentar de los pastores, la campestre y sencilla bienandanza del labrador, las esquiveces voluptuosas de

la zagala, las quejas de los amartelados cuanto inocentes amadores; los celos de las pasiones no apuradas ni satisfechas, ¿puede representar ó expresar idioma alguno con la gracia y el donaire que nuestra hermosa lengua? Pero no es esto sólo, no son las dulces emociones del cariño, las risueñas esperanzas y los envidiados goces del amor los únicos objetos que se prestan á los cantos del poeta. No; la majestad marcial del soldado, el afanar constante del marino, la contemplación y el arrobo del penitente, también hallaron una lengua que los divulgase, que los enalteciese, que los dejase para siempre escritos en letras musicales que la posteridad en todos los tiempos entonará con gusto.

Si hemos de dejarnos guiar por lo que dicen los más eminentes historiadores de la literatura española, la elevación á que llegó más tarde la poesía fué debida á Garcilaso; y tanto más de asombrar es esto, cuanto que el que debía encaminarla por ese sendero no era más que un simple soldado, un joven aventurero, nutrido de las belicosas hazañas de su tiempo. Sin embargo ¡cuánta ternura no hay en esa *Flor de Guido!* ¡Cuánta majestad, cuánta elevación en esos endecasílabos en que la voz toma, sin querer, al leerlos, la entonación del canto! ¡Oh! desde el momento en que el idioma pudo mostrarse tan ricamente ataviado, no era de temer que lengua alguna pudiera disputar á la nuestra la supremacía! ¡No! los sonetos del Petrarca, las endechas de los quinientistas italianos, digan lo que quieran los exagerados apologistas de la literatura en que bebieron nuestros ascendientes, no son capaces de ofuscar el mérito de las ternísimas estrofas de Garcilaso, de Francisco de la Torre y de los otros que más tarde completaron el inmenso número de estrellas que abrillantan el cielo de la poesía española.

Respecto de Francisco de la Torre, todavía es un problema para los eruditos el saber si hubo, efectivamente, con este nombre un poeta, ó si sólo es un seudómino de

que se valió Quevedo para dar á la publicidad versos que con su firma no hubieran despertado la curiosidad, ya bastante satisfecha en lo que se relacionaba con su talento poético.

Desentendiéndonos de este problema, que para nosotros no tiene nada de interesante, el hecho es que las poesías de Francisco de la Torre son, en su mayor parte, bellísimas. Estro poético levantado, sensibilidad exquisita y delicadeza de expresión muy poco común, son dotes que nadie que sepa de poesía podrá negarle.

Hay en este poeta una mezcla de dulzura y valentía en el pensamiento y la dicción que realmente conmueve. Pero sucedióle lo que acontece á muchos talentos superiores, esto es, que fué apagado por otros cuya luz estaba muy distante de ser poderosa, y que sólo llegó á parecerlo por los caprichos del vulgo, que en este punto suelen ser crueles.

Empero, en medio de este brillo, de esta majestad, de esta grandeza de la poesía, échase de menos, volvemos á repetirlo, la profunda inspiración que germina en el espíritu con el estudio de la filosofía y que se acrecienta á favor de las instituciones liberales que parecen agrandar con su sombra hasta el genio del artista.

La poesía necesita espacio; sin independencia de raciocinio, la mente del vate no puede salir de la pintura de los objetos de la naturaleza, de la descripción de las maravillas que ésta le ofrece y nada más.

Y este no es todo el campo que ella debe recorrer; no son éstas las únicas escenas que ella debe pintarnos, pues el alma tiene maravillas que también deben expresarse, si se quiere que la lengua del sentimiento cumpla debidamente con su destino.

El carácter de *intuitiva* que queremos dar á la poesía, trae consigo, además de la ventaja de poder ver en ella las evoluciones del espíritu, la de iniciarnos en los secretos del corazón, sin trabajo, de una manera que podemos

ir conociendo las pasiones que en él se disputan el dominio, sin más esfuerzo que el que se experimenta cuando nos dejamos llevar mansamente por el curso de las aguas.

«Leones impávidos los españoles, dice Marchena, para caminar al combate y á la muerte, eran asimismo tímidos corderos ante todo aquello que miraban como sagrado; que en su supersticioso respeto por el monarca llegaban á considerar como fuera del alcance de sus pensamientos».

Considerada la situación política de España bajo Carlos V; tenida en cuenta la mordaza que la Inquisición, establecida por los Reyes Católicos, había puesto en la boca de los españoles, no tomará de nuevo, repetimos, el que la literatura, y especialmente la poesía, creyesen que no debían penetrar allá donde los poetas de nuestro siglo exploran á cada paso, de la misma manera que el marino moderno la dilatada carrera del océano.

Ante el hombre que decía al arzobispo Carranza que lo único que remordía su conciencia era haber cumplido á Lutero la palabra real que le había empeñado, con el fin de garantirle la seguridad de su persona; ante el hombre que llevaba las legiones españolas triunfadoras hasta las orillas del Elba, hasta las murallas veneradas del Capitolio y hasta las ruinas gloriosas donde fué Cartago, ¿cómo era posible que la libertad pudiese hallar idioma en que expresar sus derechos; que el alma diese vuelo á lo que sentía cuando, comprimida por el despotismo, tenía que ceder á la amargura y á las lágrimas?

Sólo pensando así puede explicarse por qué la literatura de entonces, al paso que se ostentaba majestuosa y brillante como una odalisca en el serrallo, estaba obligada á ocultarse como ella, tímida, ruborosa, cuando salía del centro en que vivía enclaustrada.

Pero la opresión, á un tiempo que amedrenta el pensamiento, también eleva el alma al cielo, también la remonta hasta el infinito, y hace que allí, no habiendo po-

dido hallar espacio para sus vuelos en la tierra, extienda sus alas y remede el canto de los serafines.

No queremos decir con esto que la servidumbre sea propicia á la inspiración; que el espíritu, constreñido á refugiarse en la contemplación de los incomprensibles misterios que se operan en la vida de los pueblos, pueda lanzar esas chispas de luz semejantes á las que arranca del pedernal el eslabón por la fuerza de sus golpes; no, nada de eso, pues miramos como indispensable la libertad para el desarrollo del genio en cualquiera de las faces que asuma.

El abate Raynal, hablando de la literatura, dice que muchas veces sirve ésta para dorar los grillos que encadenan á la sociedad; para hacer hermoso el edificio de la tiranía. Si no se tuviese en vista más que hechos aislados, más que circunstancias particulares que son precisas consecuencias de acontecimientos que sólo el filósofo puede apreciar, tal vez llegaríamos á creer como una verdad el sofisma del escritor francés.

No basta decir que la literatura ha florecido bajo los déspotas; que el genio ha desarrollado sus fuerzas, esparcido su germinadora semilla bajo la coyunda de tal ó cual tirano, bajo el aire pestífero de la opresión. Nó, no basta; porque esas anomálías, que son inconcebibles para los hombres no acostumbrados á pensar, son las incógnitas que despeja el talento ayudado por la luz de la experiencia.

Si se dice que bajo Augusto hicieron resonar su lira Virgilio, Horacio y Ovidio; si se agrega que bajo Carlos V cantaron Garcilaso y el Maestro León; que á la sombra de los Felipes vióse ese concierto formado por los Herreras, Riojas, Argensolas, Quevedos, etc., etc.; si se arguye, como una prueba de que el despotismo en nada daña al talento el que bajo la cuchilla de la guillotina Andrés Chénier y Roucher pulsaron la cítara haciéndola vibrar celestes armonías; si se muestran, en una palabra, como testimonio

de esta atroz y desconsoladora doctrina, ejemplos parecidos á aquellos en los tiempos modernos y en los días que atravesamos; si todo eso se dice sin añadir una sola reflexión sobre lo que ya hemos llamado anomalías, de seguro que tendremos que confesar que debemos estos beneficios á las plagas más horribles que han afligido á la especie humana.

Pero no es así. Si cantaron los poetas; si las artes florecieron bajo el yugo de instituciones abominables; si el talento, á pesar de las ligaduras de bronce que le envolvían tuvo bastante fortaleza para respirar amordazado, eso no explica ni puede explicar los asertos que combatimos, sino solamente que el genio, á semejanza del éter, se volatiliza, y pasa, á pesar de los obstáculos, á impregnar el aire con su aliento.

Siguiendo este principio, sobre el que hemos insistido expresamente en este estudio, se explica por qué Garcilaso, militar apasionado, como debemos suponerlo, de la grandeza de Carlos; sin ningún amor por las instituciones liberales; sin ninguna idea de esas que nacen de la misma sociedad entre que se respira, pudiese hacer esas églogas, canciones y sonetos que tanto embelesaron á sus contemporáneos y que tanto nos encantan todavía. Pero aún en ellas ¡cuánto echamos de menos! ¡cuánto nos hace falta para poder decir que la poesía había encumbrado su vuelo!

Verdad es que para la pintura de las pasiones, la descripción de las maravillas de la naturaleza, y el dar rienda á la fantasía por los dilatados campos del capricho, poco ó nada se necesita de lo que pedimos y que creemos necesario para formar la esencia de la poesía de nuestros tiempos.

Ciertamente, para la égloga, cuyo interés consiste en pintar las escenas pastoriles, en retratar los juegos y las ocupaciones de los hombres cuyo pensamiento no se eleva más allá de lo que ven los ojos, muy poco ó nada se nece-

sita de ese profundo pensar sobre la vida intuitiva del alma, sobre sus aspiraciones de perfectibilidad, sobre sus esperanzas de independencia y bienestar, que es lo que ocupa y no puede menos de ocupar la mente del poeta de este siglo.

Considerada la poesía lírica en este terreno, la España se deja, por cierto, muy atrás á las demás naciones, bien se considere el crecido número de sus poetas, bien se atienda al mérito de sus obras.

Cualquiera, para convencerse de esto, sólo necesitará comparar las odas, canciones, sonetos y romances de Fray Luis de León, de Herrera, de Rioja, etc., etc., con los que pueden presentar los demás pueblos de Europa, excepto la Italia.

«La canción *A las ruinas de Itálica*, dice Marchena, ni tiene modelo en la antigüedad, ni se igualan con ella ninguna de las odas de Píndaro y Horacio». La preponderancia de la España en este género de poesía, á nuestro sentir, viene en gran parte del genio de la lengua, de esa riqueza de elocución que puede sacar de ella el que sabe manejarla.

Puede también influir sobre esto, el estudio que los líricos españoles hacían de la antigüedad, y que, por consiguiente, debía inspirarles de muy superior manera á la que podían serlo los franceses, ingleses, etc., etc., de ese tiempo.

Además, el conocimiento profundo que algunos de ellos tenían de la literatura oriental, era ya otra ventaja inconmesurable. La sublimidad de la poesía hebrea transportada ó amoldada al genio español, no podía menos que levantar el pensamiento á los más encumbrados raptos.

No hay más que leer una oda de fray Luis de León para conocer lo que decimos, no hay más que atender al encadenamiento de sus períodos, al embarazo mismo de la rima causado por la sencillez bíblica que quería imitar,

para penetrarse de que el docto y amable religioso estaba muy familiarizado con los poetas del oriente.

Sus odas *La vida del campo*, y *La profesía del Tajo* lo están diciendo; arrobo del corazón; dulzura ya alegre, ya meláncolica; inspiración profunda; todo se encuentra en ellas y en tan alto grado, que nos hace hasta simpatizar con un hombre de quien nos separa la marmórea muralla de tres siglos. Si es verdad que la imaginación acorta las distancias, que el genio no envejece, que es un lazo de amor con que nos liga, léase sólo *La noche serena* de este tan ilustre como modesto varón, y dígasenos si el lector, por poco sensible que sea, no se transporta hasta ver el huertecillo que él cultivaba con sus propias manos y del cual brotaban tan perfumadas flores.

La poesía lírica en manos de fray Luis de León llegó, pues, á una altura que no es posible traspasar. La fantasía allí se remonta hasta lo sublime, el corazón se dilata en sentimientos tan puros y enardecidos, cual puede serlo el alma humana por la contemplación del infinito.

La paráfrasis de los salmos, la traducción de Job, tiene, en sentir de los primeros humanistas, en la lira de este poeta, un acento todavía más dulce y majestuoso que el que pueden tener en las de los demás poetas sus contemporáneos.

Y en efecto ¿cómo pintar más atrevidamente, con más verdad, con más melancolía la instabilidad de la fortuna, lo frágil y movedivo de sus favores, lo crudo de sus caprichos y la fugaz evaporación de los sueños de esta vida? ¿No se divisa en esos versos la grandeza inexplicable de Dios; no se sienten sus atributos; no se teme su justicia; no se ve, en fin, en ellos lo que es el hombre; no se llega casi hasta tocar en estas estrofas el polvo en que se resuelven las grandezas y el orgullo humanos?

Pero la causa de esta superioridad es forzoso atribuirla también á la índole del cristianismo. Sí, sólo nuestra religión puede prestarse á ese sentimiento que, ora se tra-

duzca en lenguas de fuego para cantar sus inescrutables misterios, ora se convierta en lágrimas, siempre sobrecoge el espíritu, siempre se apodera del alma y la lleva á una región donde puede mecerse sin despeñarse en los abismos de la inconsecuencia ó de la impotencia.

IV

Al lado de este gran poeta vienen otros no menos grandes. Forzoso era que la España, en el apogeo de su gloria, tuviese una orquesta de vates que pudieran cantarla.

Don Fernando de Herrera, sevillano, hombre de estudios profundos, de vastos conocimientos y, sobre todo, del más exquisito gusto, producido por la acendrada lectura que había hecho no sólo de los poetas antiguos, sino de los nacionales, era el que debía secundar al Maestro León, ó, mejor, el que debía completarlo. La musa de Herrera no conoce medida, no halla obstáculo, no se contenta con un solo tono, no saca únicamente sonidos de una sola cuerda; no, que para su inspiración andaluza no le es bastante todavía la ancha encordadura del arpa castellana. El quiere más; quiere hacerla que suene como el clarín, como la trompa del guerrero, que imite el estruendo de las armas, que retumbe como el trueno y al mismo tiempo que, suave y melodiosa, llegue á copiar hasta los suspiros de la virgen y el tardo y perezoso vuelo de las alas del sueño.

Los contemporáneos le apelidaron *El Divino*, y en verdad que jamás ha podido aplicarse con más justicia á ningún poeta este pomposo dictado. Las bellezas de que están atestadas sus interminables elegías no pueden casi señalarse por separado, pues el lector tiene que verse arrastrado por fuerza á la admiración de los primores de la lengua, á la contemplación del ingenio, y á las meditacio-

nes que trae consigo el esfuerzo del hombre cuando ha sido copiosamente favorecido.

En la oda *A la victoria de Lepanto*, según la opinión de varios críticos, es Moisés en el estro, cuando atraviesa el Mar Rojo y ve la mano irritada de Dios haciendo crecer las olas para sumergir entre sus remolinos á los ejércitos de Faraón. Si llora la muerte del príncipe de Portugal, su instrumento á veces se queja, sus notas son lágrimas, y otras toma el tono de la derrota, y parécele á uno ver correr, en medio de las estrofas, los escuadrones hechos pedazos, destrozadas sus banderas, aniquilado el ardimiento de los guerreros en medio de los ayes y gemidos, y para siempre difunta la antigua grandeza de aquella nación.

Tal lo juzgan los más acendrados críticos de España; pero no ha faltado quien le increpe de oscuro, amanerado y en ocasiones de mal gusto. Los que así le motejan, le hacen un crimen de haber, por prurito de imitar á Píndadaro, á los Profetas y á Petrarca sobre todo, caído en defectos que amenguan el valor de su numen, quitándole la originalidad que habría podido ostentar como su primer mérito.

Entre estos cargos, el que más se ha hecho valer es el de haber servido, sin quererlo, de modelo á Góngora.

Para nosotros, el *gongorismo* no vino de la imitación de Herrera; vino del genio del Maestro, que, demasiado expansivo y voluntarioso, juzgó preciso, para no quedar corto en su vuelo, elevarse al espacio en alas de una imaginación enloquecida y maleada por una falsísima retórica.

El modelo era excelente, si bien digno de alguna censura; ¿por qué entonces cargar á la memoria del gran poeta elegíaco los vicios de Góngora y de su escuela? ¿Cuáles de los infinitos imitadores de Rafael y Murillo han seguido la pauta que quisieron imitar?

Dígase lo que se quiera, don Fernando de Herrera fué el primer poeta de aquella época tan fecunda en grandes ingenios. Petrarca español, como se le llamó, tuvo del

gran poeta italiano hasta el amor singular que aquel abrigó toda su vida. La Laura de Herrera fué la condesa de Gelves, Laura quizá más fría y reservada que aquella.

Sin embargo, atribúyese la perfección en la poesía lírica á su compatriota y discípulo Francisco de Rioja, de quien no hay casi un aficionado á la poesía que no sepa de memoria alguna de sus estrofas.

Ciertamente, la lengua no puede llevarse á mayor perfección; el ritmo poético, el lenguaje, el estilo, todo es perfecto, y tanto más de asombrar es esto, cuanto que tenemos que verle al lado de Herrera, del hombre que copió á los líricos italianos, á quienes llegó á oscurecer en ocasiones.

Sobre su canción á *A las ruinas de Itálica*, ya hemos referido el parecer de Marchena; sobre sus otras composiciones ¿qué poder decir en su elogio cuando no hay autor español ni francés que no haya dado su opinión, que no las haya encomiado y hasta el grado de hacer guardar silencio al más locuaz de los disertadores?

Mas, si es preciso respetar la opinión ajena, también es fuerza decir lo que se siente. Lo que es por nosotros, no podemos establecer esa comparación entre estos dos modelos, de la que resultaría de alguna parte la ventaja. Lo único que podemos es estudiarlos, admirarlos y seguir el impulso del alma al pronunciarnos sobre ellos.

Decimos esto para excusar en lo posible la idea que tenemos y que manifestamos respecto del mayor aprecio, ó mejor, del mayor cariño que profesamos al postrero. Sí, Rioja nos embelesa todavía más que Herrera, nos inspira más sentimiento, más tristeza; nos lleva á considerar al hombre y al mundo todavía más atentamente que lo que puede aquel. Sus versos, aunque no tan majestuosos como los de su maestro, y eso que lo son mucho, tienen más melancolía, más de ese tinte que tanto enaltece á la poesía.

La canción de *A las ruinas de Itálica* es un testimonio

de esto; se ve el antiguo poderío de esa colonia del pueblo romano, se la ve grande y luego desaparecer hasta tal grado que no parece sino que el eco del dolor debe sólo habitar entre aquellas ruinas. ¿A qué poeta no arredra este modelo? ¿A qué poeta no hace suspirar, como dice Quintana de Meléndez, el desconsuelo de no poder encumbrarse tan alto, por fantasía creadora que tenga y osadía para pretender seguirle en su empresa? Y hay aquí que anotar como una particularidad que merece tenerse en cuenta, que don Francisco de Rioja fué inquisidor del Tribunal Supremo de Madrid y protegido por el conde-duque de Olivares.

¡Qué dos situaciones tan poco propias para ser poeta de inspiración!

Casi no se concibe cómo un inquisidor, es decir, un hombre avezado en la perquisición de los crímenes contra la fe, ó lo que es lo mismo, en el tormento de las conciencias, cuyo proceso sólo pertenece á Dios, haya tenido libertad para dar á su espíritu esa dirección tan opuesta á las ideas que debía profesar, conformándose á las exigencias de su empleo.

De manera que para ser poeta en su situación de miembro de aquel tribunal de sangre, y protegido por un ministro que pasó por el prototipo del intrigante y del ambicioso, sin cualidad ninguna que justificase su valimiento, era preciso que el alma de Rioja fuese de un temple muy extraordinario.

Cantar á la Rosa y á la Pobreza en tono y lenguaje que darían envidia al filósofo que pasa la existencia consagrado á las dulces meditaciones de la vida campestre, y al mismo tiempo ejercer un ministerio en que la tortura bajo todas sus formas es la ocupación primordíal, el alimento imprescindible, es un fenómeno que hace pensar que en el hombre hay dos naturalezas antitéticas: la del demonio y la del ángel, lo cual nos llevaría á una especie

de maniqueísmo, que sería la más aterradora amargura del espíritu.

Con estos dos sevillanos, aunque la España no tuviese más glorias literarias, tendría, de seguro, lo bastante para ser mirada, si no por la primera nación en la poesía, al menos por una de las más agraciadas.

No parece sino que el genio había querido llegar hasta una raya que no es posible traspasar. Pero también no es dable dejar de condolerse de que esos hombres tan favorecidos por la Providencia no pudiesen expresar las ideas que hoy nos animan, dar cuerpo á la armonía que inspiran los derechos que nacen de la libertad y que sólo pueden vivir bajo instituciones amoldadas á la independencia del individuo.

Si no es así, ¿por qué ni Herrera, ni Rioja ni ninguno de los que seguían sus huellas hicieron un solo verso á la memoria de Padilla? ¿No se prestaba ese héroe de los Comuneros á que la poesía glorificase su martirio? ¿No era argumento precioso la vida de aquel grande hombre para una de esas odas que dedicaban á los reyes, y en las que manifestaban á la par de la inspiración ese servilismo que tanto repugna en el poeta? Pero ¡cómo hablar de derechos delante del que abrigaba la idea del dominio continental, del que hacía arder en las hogueras á millares de víctimas inocentes, de nobles y generosos ciudadanos sin más delito que haber dado algún quejido contra la tiranía todavía más execrable desde que se cubriría con el manto de la superstición y de la mentira!

No son, sin embargo, los poetas los que deben cargar con esta culpa; no, la España había asumido esa responsabilidad; á ella, pues, acusamos; y si no es posible atribuir á una nación todos los males que llora y que la abaten, no por eso debemos eximirla de reproche.

Después de los dos grandes poetas nombrados, es forzoso hablar de los dos hermanos Argensolas, quienes se ligan á los anteriores por la hilación histórica de la poe-

sía. El género de sus escritos es diferente, así como lo es el carácter de su genio y el juicio que la posteridad ha formado de ellos.

Efectivamente ¿cómo comparar el fuego, la vivacidad, el estro sevillano de Herrera y Rioja con la fría circunspección y el mesurado y sentencioso decir de estos dos aragoneses tan entonados y desabridos?

Cuando se medita que sus contemporáneos les apellídaron *Los Horacios*, sin más razón que las graves y á veces mordaces sentencias en que ambos abundan, sin más motivo que el diestro manejo que habían hecho de la lengua, y, sobre todo, por ser patrocinados por el conde de Lemos, que los protegió tan generosamente, uno se ve obligado á pensar que el famoso siglo de oro no estaba escaso de jactanciosos calificativos, ni se dejaba llevar menos de la posición social para conceder los laureles de la fama, que el siglo en que vivimos.

Con todo, el juicio recto, el acendrado gusto jamás faltan á estos poetas, en quienes puede verse que la razón, ayudada del estudio, suple muchas veces al ardor de la fantasía y usurpa en muchas ocasiones el premio que se debe al verdadero vate.

Como consecuencia de su espíritu concentrado y meditativo, las reflexiones morales de que están atestados sus innumerables tercetos y sonetos, son á veces altas, trascendentales y hacen, por lo mismo, que se les lea con gusto.

«En la poesía lírica son fáciles, cultos, ingeniosos, dice Quintana; pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasía». Nada hay más verdadero que este juicio. Con sólo leer unos cuantos versos de Bartolomé y Lupercio nos convenceremos de esto: razón, estudio, elocución fácil y castiza, lenguaje generalmente robusto, versificación casi siempre bien torneada, y paremos de contar. Lo que es vida, lo que es ese ardor del poeta que hace al lector olvidarse de la persona y lo impele á que le

siga por el dilatado vuelo de su genio, á que le acompañe en sus transportes, á que le haga coro con sus lágrimas; todo esto, decimos, es imposible hallar en aquellos literatos, no importa cuanto de ellos dijeron sus contemporáneos, ni cuantos elogios exagerados merecieron de Lope de Vega y de Cervantes.

En la sátira es donde más luce la vena poética que tenían; pues, como sabemos, la crítica de los vicios, la pintura del ridículo, que casi siempre acompaña al hombre hasta en sus hechos más dignos de alabanza, no necesita tanto de fantasía como de observación juiciosa y precisa.

Pero aún en esto: todos los mejores críticos están acordes en negarles la valentía de Juvenal, á quien quisieron copiar especialmente, y la concisión y verdad de Horacio, modelo que adoptaron en la forma, y modelo al cual, como ya lo hemos dicho, no se tuvo reparo ninguno en compararles.

En la tan famosa sátira de la *Marquesilla* de Lupercio está probado lo que asentamos; su inútil introducción y, más que esto, esa prolija narración de asuntos que nada dicen, afeánla de tal manera, que no creemos que aficionado alguno á la poesía la haya leído toda entera.

Igual cosa piensan los críticos de Bartolomé, cuando se da á fabulista, cuando en su apólogo de *El Aguila y la Golondrina* se echa á nadar en una descripción tan minuciosa como cansada de las aves, que sólo vendría bien en un libro de zoología, y no puede menos de importunar en una composición poética.

«Para la sátira, dice el mismo Quintana, tantas veces citado, es preciso hacer flechas; es necesario que los dardos hieran y vuelen; y esto es cabalmente lo que no quisieron ó no pudieron observar los acompasados escritores, que, según Cervantes y Lope, habían venido de Aragón á enseñar el castellano á los discípulos de Garcilaso y Herrera».

Pero en medio del ripio de los pensamientos, de la car-

gazón de las sentencias, uno pudiera ver siquiera indignación contra el vicio; entusiasmo y alabanza por la virtud; ardor, aunque fuera postizo, para excitar á seguir los buenos ejemplos y retraerse de la mala senda; pero no, sólo hallamos doctrina sobre doctrina, sentencia sobre sentencia en aquellas sátiras, en que no se columbra siquiera el nervio de los modelos que quisieron imitar, ni de las cuales se puede sacar ningún pasaje para ponerlo en parangón con los del mismo Quevedo, á pesar de lo afeados que están casi todos estos por sus innumerables adefesios y chocarrerías.

Sus sonetos, que tantos admiradores tuvieron y tienen, podemos asegurar que jamás nos han hecho la menor impresión, y que, por lo mismo, los creemos muy inferiores á los de Lope, Quevedo, del propio Góngora, cuando no se apartan mucho de la senda del buen gusto.

Lo más extraño es que estos gemelos en gloria, lo fueran tanto en el genio y carácter de sus obras. Bien Lupercio dé preceptos de moral, fundándolos sólo en la razón; bien Bartolomé entronque sus sentencias con ideas religiosas y máximas sacadas del espíritu del cristianismo, siempre los dos hermanos son los mismos: idéntica frialdad, igual reserva, igual mesura, como iguales, y siempre dignos de alabanza, por el mismo acendrado buen gusto y la misma campanuda y acompasada elegancia.

Por fin, los Argensolas, si no son lo que en su tiempo se dijo, siempre tendrán un valor en la historia de la poesía, y mucho mayor precio para nosotros, que tanto abandonamos las reglas de la gramática, aún las más esenciales del buen gusto, que son indispensables para todo aquel que aspira á penetrar en el santuario de las musas.

V

Discípulo del menor de éstos fué don Esteban de Villegas, joven de ingenio y admirables dotes poéticas, cuya aparición en la lisa de la literatura fué entonces una novedad, por no decir un verdadero escándalo. Se presentó como un sol que debía apagar con sus rayos todas las estrellas que lucían en el cielo de la literatura española. Como era natural, le acribillaron á fuerza de pullas y sarcasmos. Tanta petulancia era sobremanera irritante, y así fué que Góngora, Lope, etc., cayeron sobre él aplastándole con su fama.

Empero, entre tanta osadía, tanta presunción ridícula, divisóse desde luego que había en el alma del que se decía *Sol de los ingenios*, esa chispa sagrada que muy pocos consiguen hacer descender del cielo, y que ha dado lugar á que se califique con justísima razón á la cabeza que la sustenta con el altivo dictado de *Mens divinior*....

La anacreóntica, que forma un ramo separado de la poesía lírica, no había tenido en España hasta Villegas un intérprete, y eso que Garcilaso, Herrera, Rioja y los Argensolas habían sido muy capaces de amoldar su numen al diapasón del lírico griego. Esta ya era una ventaja, y por esto sólo se concibe que el nuevo adalid, á pesar de todas las críticas que había hecho fulminar sobre su cabeza, obtuviese en la poesía un lugar que, de cierto, nadie se atreverá á disputarle sino Meléndez.

En sus *Delicias* que fueron, como él mismo dice:

A los veinte limados,
á los catorce escritos.

hay, en realidad, dulzura y elegancia que admiran; un no sé qué de infantil sensibilidad que nos obliga á disculpar al que se había calificado tan enfáticamente, como el astro

rey de todos los poetas de su tiempo. La pintura del pajarillo, á quien un labrador arrebata el nido tan amado, está llena de ternura, y el final de ella es una pincelada que la querrían para dar remate á sus cuadros los primeros poetas.

A pesar de esto, equívocos de mal gusto, pensamientos alambicados, agudezas forzadas y retruécanos tan sutiles como empalagosos, vienen á afear de tal modo tantos bellos versos, que no se puede menos de lamentar este extravío, atribuyéndolo á la corta edad y al genio jactancioso que había recibido de la naturaleza. El mérito de sus anacreónticas, fuera de los lunares que hemos señalado como comunes á todas sus composiciones, es, sin embargo, indudable, y á el debieron estar agradecidos los que más tarde lucieron su vena poética en este género tan encantador como difícil. Como era natural, la falta de erudición, de manejo de la lengua, de conocimientos poéticos, fueron causa de que no pudiese sacar iguales ventajas de la poesía grande, es decir, de la oda, elegía, etc., etc. Y esto se explica perfectamente, pues la facilidad y destreza que requiere la versificación de tan alto género, como asimismo la profundidad de que debe estar animado el poeta, no eran compatibles con la extrema juventud de un mozo cuyo carácter petulante y ardoroso parecía desviarle de un estudio serio, paciente y concienzudo.

No contento con tocar los metros en que Herrera y Rioja habían dejado modelos, no decimos superables, pero ni aun capaces de ser imitados, tuvo la pretensión de querer aclimatar en la poesía castellana el exámetro y el dístico latino. Por supuesto, la diferencia de los idiomas, la índole de la sintaxis castellana no se presta á esta aclimatación; así no es extraño que los ensayos de estos nuevos metros fuesen tan desgraciados, que después de él no tenemos noticia de que haya contado con secuaces en este pensamiento.

Asombra, en verdad, que el terceto, la silva, la octava,

todos los metros, en fin, en que habían lucido los primeros poetas italianos pareciéranle á Villegas cortos todavía, estrechos para dar vuelo á su inspiración, á las ideas de una cabeza que no podemos suponer, por bien organizada que la creamos, capaz de concebir nada nuevo después de lo que habían dicho sus antecesores.

Es verdad que en los sáficos ha dejado muestras preciosas; pero con todo, y á pesar de la analogía que tienen con los endecasílabos, ese género no ha tenido hasta ahora sino muy pocos imitadores, y esos no felices, generalmente ni bien apreciados, á causa de su extremada dificultad, de su embarazo, que por cierto no compensa las bellezas que puede sacar de ellos el oído más ejercitado.

Por ese entonces principió á generalizarse en la poesía castellana el uso del *romance*, el cual no era otra cosa que las antiguas coplas en que se cantaban las hazañas de los caballeros andantes.

Acrisolada ya la lengua á fines del siglo décimosexto, enriquecida la mente del vate con todos los conocimientos que se habían hecho en la literatura y en las ciencias, es claro que, pulidas las toscas é informes producciones de los primeros siglos de la poesía, pudiesen presentarse como modelos dignos de imitación. Fuéronlo así en realidad, y los *romanceros* que por entonces se publicaron, fueron como la pauta que tuvieron delante los que quisieron continuar la verdadera poesía lírica castellana. Destinados al canto, y por eso propiamente líricos, preciso era que la fluidez, la elegancia y la armonía fuesen muy superiores en este género de composiciones.

Por otra parte, lo dramático de la forma dábale, no obstante que no puedan competir en elevación con la canción y la oda, un interés que no pueden tener éstas, y que los hace, por lo mismo, tan populares y tan atractivos.

La historia de España, mejor que la de ningún otro pueblo, podía prestarse á ser explotada por el romance. La

civilización española, mitad árabe, mitad goda, era indudablemente un manantial perenne de inspiración.

Y ¿cómo no habría podido ser así? La dominación de los árabes había impreso en el carácter una fisonomía propia cuyos rasgos se sienten, y parecen hacer contraste muy marcado con el genio de los habitantes de las provincias en que la media luna no pudo echar abajo la cruz y poner, en vez del evangelio, la cimitarra de Mahoma.

Los pueblos meridionales de España que habían adoptado las costumbres arábigas, que eran árabes ya porque en sus venas corría unida con la sangre de Pelayo la sangre de los Boabdiles ¿cómo era posible que dejasen de hallar material en su propia historia, de suyo tan graciosa y poética, para dar ocupación á la fantasía? De aquí viene que los romances se dividieran en moriscos y pastoriles y que la poesía, ataviada, ya con la pedrería de la diadema despedazada de los moros, ya con las flores de los campos, tomase ese color tan dramático y brillante y ese perfume que llega hasta retratar á los sentidos el aroma de los jardines.

Disfrazado el amador de zegrí ó abencerraje, era necesario que cantase á su amada trovas propias de un Almanzor ó de un Aliatar; era preciso que sus endechas, bien se preludiasen en el harpa ó en la vihuela, fueran tan transparentes como el azul del firmamento y tan suaves y voluptuosas como los ojos de una odalisca.

Si no contento con esto, quería cantar como los pastores al són de la zampoña, era asimismo forzoso que sus cantos tuviesen el embeleso de la tranquilidad campestre, la verdura de la primavera, los fuegos del estío y el encanto de la naturaleza ornada de todo su lujo, ora en los más erguidos árboles y empinadas montañas, ora en la corriente torrentosa de sus ríos, y las tranquilas linfas de la laguna.

Los romances que debemos á Lope, bajo el seudómino de Belardo, son los más hermosos que tiene la lengua cas-

tellana; y es de advertir que Góngora tiene algunos tan bellos que parecen no dejar nada que desear al más descontentadizo y frío de los lectores.

Aquel en que este pinta los caprichos de la fortuna y la volubilidad de los goces, la rapidez de la vida, lo quimérico de la esperanza, la persistencia del mal, tan apegado á la humana naturaleza como la hiedra al olmo que la sustenta, es de una galanura. de una lozanía, de una elegancia tan pura, que puede leerse mil veces con placer y siempre con aprovechamiento. Pero cuando este género de composición llegó á su apogeo fué en la época, según lo asienta el autor que tantas veces hemos citado, en que Lope de Vega, Liaño y otros desconocidos, no se habían dejado arrastrar todavía por los errores del mal gusto. «Esta época, añade el mismo crítico, comprende la juventud de Góngora y de Quevedo, y termina con el príncipe de Esquilache, que fué el único que desde ellos acertó á dar á los romances el colorido, la gracia y la ligereza que ántes tuvieron».

Sin embargo, á pesar de la soltura que se había logrado imprimirle, la corrupción general del gusto, las malas doctrinas literarias que inficionaban ya la poesía, hicieron que su elegancia y gracia degenerasen en desaliño, en trivialidad, no obstante los juegos de palabra y equívocos conceptuosos con que se pretendía mantener su dignidad y elevación. Así es que los poetas que terminaron aquella época, aunque más fáciles y numerosos en su dicción y más originales en el pensamiento, introdujeron en el romance los vicios que después enlodaron la poesía en general ó, mejor la sepultaron á fuerza de querer rejuvenecerla con malos alimentos y peores y más ridículos atavíos.

VI

Existían en esta época los tres hombres que, al parecer general, han reunido más fecundidad, más viveza, más inspiración para colorir sus impresiones. Eran éstos Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega.

El primero, autor del famoso *Bernardo* y del *Siglo de oro* era, en realidad, todo un poeta. Imaginación ardiente, corazón apasionado, facilidad para explicar con coraje lo que sentía; en fin, todo lo que se necesita para ser un verdadero poeta lo tenía este hombre á quien Hermosilla, con su despotismo retórico, ha querido colocar en la picota del ridículo.

A Hermosilla han hecho coro otros críticos, por supuesto muy inferiores en genio al hombre á quien despedazaron por pura malevolencia y pedantería.

Educado en el Nuevo Mundo, respirando desde temprano ese aire que sólo un suelo como el americano puede despedir de sus flores; contemplando desde niño las más fragosas sierras, los más caudalosos ríos, los árboles más frondosos, la vegetación más copiosa que tiene el globo; era natural que se inspirase de una manera más ancha, más irregular, menos acompasada que los demás. En efecto, desde la montaña hasta la floresta, desde el mar hasta la laguna, desde el más atendido y pintoresco collado hasta los páramos más desnudos y desconsolados, han debido inspirarle; sí, le inspiraron, y tanto, que en medio de su rica y copiosa rima, de su á veces elegantísima dicción, parece un americano que quisiese cantar los prodigios de la naturaleza de nuestro continente en robustos y bien torneados versos castellanos.

Que el *Bernardo* tenga escenas larguísimas, descripciones inoportunas, que en él se encuentren métaforas que el buen gusto repugna, versos cuyo descuido y desaliño

afean las muchas é innegables bellezas del poema; que todo esto y más pueda achacársele por los preceptistas ¿qué es todo ello, al lado de las mil bellezas, de las mil preciosidades que podemos ver en esta obra, que se apellida monstruo por los clásicos, y que nosotros también clasificaremos con el mismo nombre, pero no para motejarla con ese rigor, sino para decir que no debe sujetársela á esa cama de Procusto, en que Zoilos como Hermosilla se han complacido en cortar los robustos miembros de tanto atleta, rabiosos de no dar siempre con amanerados pigmeos?

Al lado de Balbuena es menester colocar á Jáuregui, el donoso traductor del *Aminta*, el poeta florido y versificador elegantísimo, el que quizá supo expresar con más donaire sus delicados pensamientos entre todos sus contemporáneos.

Mas éste, desgraciadamente, debió, como aquél, rendir parias á la moda; pagar ese tributo á la miseria de la sociedad, que llega en su delirio, muchas veces, hasta tomar por belleza lo que la rompe de frente y á huir del buen sentido para echarse en brazos de los más repugnantes absurdos.

Pero quien debía hacernos deplorar este abuso del genio ó esta sujeción á la corriente tortuosa que la sociedad suele imponer hasta al sabio, fué Lope de Vega.

La naturaleza había concedido á este hombre extraordinario cuanto podía conceder al más querido de los mortales. Entre sus innumerables dotes de poeta habíale dado la facilidad de escribir lo que quería y cuanto quería, á todas horas y en el tono y lengua que más le agradaba. De manera que desde el idilio y el romance podía remontarse á la canción, á la elegía, á la oda, al soneto, con el mismo vigor que nos cuentan tenía la Malibrán para hacer recorrer á su voz toda la escala del piano.

Sus obras son infinitas, y por lo mismo, serán muy pocos los que hayan leído una parte de ellas. Cuando se

piensa que escribió más de mil comedias, que hizo por millares sonetos, canciones, odas, romances; que su pluma no descansaba un solo instante; que ya creaba como un ingenio superior y era el modelo más perfecto de buen gusto; ya traducía y se entregaba después á los mayores desbarros, uno no puede menos de sorprenderse, y llega á creer que el buen sentido no es el patrimonio del poeta. Pero no es así; la sociedad en que vivió, los aplausos, muchas veces tan funestos como las censuras, echaron á perder el talento de este hombre que, sin sus defectos, no tendría quizás en nación alguna quien le igualase.

El mismo explica la causa de sus descarríos; él mismo, con una franqueza que le honra, dice en su égloga á Claudio:

Si no me embarazara el libre cuello
de la necesidad el duro yugo,
por lo que al cielo plugo,
yo viera en mi cabello
algún honor que á la verdad se debe,
que diera verde lustre á tanta nieve.
Del vulgo vil solicité la risa,
siempre ocupado en fábulas de amores:
así grandes pintores
manchan la tabla á prisa.

Estos versos citados por Quintana y otros muchos críticos, prueban de sobra lo que decimos, y hacen ver que la moda malea también á los más esclarecidos ingenios.

. . . Y pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto:

Así exclamaba también en otra parte, y así podrían exclamar los autores modernos que manchan la tabla como él la manchaba; pero todo eso nunca bastará para excusarles de haber malgastado un talento de primer orden.

Para el siglo décimosexto, en que era natural escribir despacio, por cuanto la necesidad no podía ser tan ur-

gente como lo es hoy para los literatos, es, sin embargo, una mayor culpa que para el nuestro.

¡Felices tiempos aquellos! Lope vivió riendo, apellidado el *Fénix de los ingenios;* los monarcas y los grandes le honraron con su admiración; el pueblo le aplaudió hasta el cansancio, y sus funerales fueron un verdadero triunfo. Se escribieron tomos de versos en su honor; las musas francesas é italianas se dieron la orden de luto, y la España despótica, por fin, no se desdeñó de llorar por el que la había encantado con sus acentos.

¿Harían otro tanto nuestros gobiernos republicanos? El poeta, si es pobre, vive despreciado, desconocido, calumniado, y después de sus días tiene que ir á dormir en la fosa común, que es la inclusa donde se arrojan los desperdicios de la miseria humana.

Los condes de Lemos no existen ni en España ni en América; también es verdad que no hay Cervantes, ni Lopes, ni Quevedos; pero siempre hay genio, y esto bastaría para que el hambre y el abandono no fuesen el pago de la sociedad egoísta.

VII

Introducidos en la poesía, á consecuencia de los hechos asentados, los vicios inherentes á una literatura que iba perdiendo de su majestad y pompa clásicas, justo y muy justo era que se pretendiese levantarla de esa postración, que se tratara de hacerla recuperar el brillo que la había hecho resplandecer hasta entonces.

Movidos de este pensamiento, pusiéronse á la obra unos cuantos hombres de ingenio y crédito; pero, por desgracia, sus esfuerzos, lejos de ser coronados como lo merecían, no hicieron otra cosa que aumentar el catálogo de los males que pesaban ya sobre la poesía. Entre éstos, los que aparecen en primera línea son don Francisco de Que-

vedo y don Luis de Góngora, genios ambos de primera nota, con especialidad el primero.

La figura de Quevedo en la literatura castellana es una de aquellas cuya grandiosidad no puede empañar el transcurso del tiempo, ni cuya memoria podrá borrarse mientras exista la lengua de nuestros padres.

Dotado de ingenio asombroso, de fantasía agigantada; de instrucción vastisísima no sólo en las literaturas griega y latina sino en la oriental, en la que, según la opinión de sus biógrafos, era realmente doctísimo; un hombre de esta especie habría sido una mano poderosa y más que suficiente para volver á esmaltar la joya de la poesía, ya tan deslustrada y enmohecida. Pero no fué así, por cuanto, olvidándose, por lo general, de sus brillantes dotes, dejóse llevar unas veces casi ciegamente del estragado gusto que había corrompido su siglo, embutiendo hasta en sus más bellas composiciones los equívocos más desatinados, las agudezas más alambicadas y las chocarrerías más groseras é indecentes.

Y no se diga que él no conocía sus extravíos, que ignoraba el papel que debía desempeñar en las letras, pues era, en ocasiones, del más puro y acendrado gusto, del más mesurado y donoso chiste, y de una elevación que acredita los profundos estudios que había hecho de los mejores modelos de la literatura antigua y de la de su patria.

Por las versiones que hizo de Horacio, se deja ver lo nutrido que estaba de la médula de la literatura clásica; el poeta latino habíale inspirado esa valentía de pensamientos, esa chispa satírica que á veces salta de entre sus conceptos más sofísticos y alambicados, ese raudal de gracias que corre como de una vena copiosa de donaires y agudezas. En prueba de ello, permítasenos reproducir la traducción de las primeras estrofas de la oda de Horacio sobre la medianía, en sáficos, como el original, que cita don José de Marchena para probar cómo Queve-

do castellaniza las voces latinas cortando la frase, como dice este crítico, enteramente á la española:

Muy más seguro vivirás, Licino,
no te *engolfando* por los hondos mares,
ni por huirlos *encallando* en playa.
tu navecilla.

A quien amare dulce medianía
no le *congojan* viles *mendigueces*,
ni le *dementan* con *atruendos* vanos
casas reales.

Más hiere el viento los erguidos pinos,
dan mayor vaque las soberbias torres;
de las montañas rayos fulminantes
dan batería.

Pero todas estas bellezas y todos estos descarríos indisculpables ¿cómo pueden, preguntamos, avenirse en un mismo hombre? ¿Cómo puede concebirse que el que podía dar, y daba con su ejemplo. los preceptos más puros de buen gusto, diese asimismo, en otras ocasiones, indicios, pruebas, diremos mejor para ser tenido por solo un ingenio sin cultura que á su sola fuerza creadora obedece?

La respuesta á esto puede hallarse en lo mismo que hemos ya dicho al tratar de Lope de Vega: con decir que la sociedad en que vivía vició su gusto, malogró en cuanto pudo sus altas y admirables cualidades; dando lugar, lo que es más sensible, á que se mire por algunos su memoria como un recuerdo ominoso para las letras.

Infinitos hay entre sus enemigos (digo enemigos porque también existen apasionados suyos), que atribuyen la decadencia de la poesía especialmente á él; que le acusan de haber pervertido el decoro de las musas, de haberlas vilipendiado con sus zafias chocarrerías; que hasta le inculpan de haber empobrecido la lengua, privándola de expre-

siones nobles y majestuosas por el prurito de engalanarla con locuciones viciosas y extravagantes.

Pero figuróse sin duda que el mal introducido por él valía más que la enfermedad que se había apoderado del parnaso español; que más valían esos defectos, de que podía librarse mañana la poesía como de un adorno superfluo, que no la mezquindad y la trivialidad que, á su juicio, le hacían perder la nobleza y majestad heredadas de sus fundadores.

En este concepto juzgó tal vez propio y digno el papel que representaba, llamándose á un mismo tiempo el regenerador de la poesía. Igualmente debieron pensarlo los que, con el título de *cultos*, de *conceptistas*, de *equivoquistas* y de *sentenciosos*, cometieron otros tantos ó mayores desvaríos, no pudiendo escudarse contra la censura, como sucedió á Quevedo con las mil bellezas que al lado de sus monstruosidades y adefesios lucen esparcidas en las obras de éste.

Fríamente sentencioso, como que profesaba la filosofía estoica; á veces sublime y atrevido, como que interpretaba la escritura; teológo y filósofo, no es de extrañar que una vez puestos sus pies en la senda del mal gusto se deslizase hasta tal grado por ella, que ofreciese á un tiempo en el conjunto de sus obras esa mezcla de grandeza y pequeñez, de altitud y rastrería que han hecho que su fama se la disputen, como el cadáver de Patroclo, negando unos hasta su verdadero mérito, y otros enalteciendo como maravillas del ingenio lo que no es ni puede ser sino estragamiento y miseria.

«Su estilo en prosa, dice el autor que más profundamente le ha estudiado y admirado, en lo serio como en lo jocoso es siempre cortado, sin trabazón ninguna, sin progresión, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exageración y la hipérbole.

«Su imaginación era vivísima y brillante, pero superficial y descuidada, y el genio poético que le anima, cente-

llea y no inflama, sorprende y no conmueve, salta con ímpetu y con fuerza, pero no vuela ni toma nunca una elevación sostenida». Tan cierta es esta apreciación, que uno puede convencerse de ello con sólo leer cualquiera de sus composiciones hasta el fin. Tomado aisladamente un trozo, nos encanta la sonoridad, la robustez del verso, lo bien cortado del período; nos admira lo ingenioso del pensamiento, la osadía de la imaginación; pero observado todo el conjunto, de seguro que la admiración irá apagándose poco á poco, y tanto, que no volveremos á desear leerlo de nuevo. Si hay autores que ganan, como ciertos hombres, por el trato familiar; que llegan hasta hacerse perdonar sus defectos por el agrado que encontramos en su intimidad, Quevedo, por el contrario, es de aquellos que pierden tratados de cerca; es uno de esos que, mirados con confianza, ocultan sus buenas prendas, por relevantes que sean, y lucen sólo sus numerosos defectos.

Viardot y Puibusque, entre los extranjeros, son los que más han comprendido, a nuestro juicio, el genio de este poeta, de este filósofo, de este famoso prosista, en quien la naturaleza, pródiga entonces para la España de triunfos y glorias, pareció hacer gala de sus favores. Lo que es por nosotros, creemos que debe estudiarse por todo aquel que aspire al lauro del poeta, á lo menos para dar valentía al estilo poético, para aprender á compendiar en una frase un bello pensamiento, para conseguir redondear maestramente los períodos, para manejar, en fin, la lengua con desembarazo y gallardía.

Respecto á las acusaciones que se hacen á Quevedo acerca del cinismo en que se empapan sus agudezas, ellas pueden también hacerse á todos los escritores satíricos, no sólo de ese tiempo, sino de los posteriores. Mas en esto, y para apreciar debidamente las causas de este vicio que se les achaca, es forzoso remontarse á otras consideraciones más altas, á reflexiones que sólo puede satisfacer el

estudio de la situación política en que se ha hallado España desde el primer monarca de la raza austriaca.

Sabido es que la mayor parte de los escritores satíricos españoles han pecado de truhanes y chocarreros, lo que ha hecho decir á los extranjeros que la gracia no puede ser ligera y pulcra en aquella nación como lo es en Francia, por ejemplo. Tan desacordado cargo sólo puede hacerse ignorando absolutamente la organización política de España desde el establecimiento de la Inquisición, no conociendo á fondo ni su historia pasada, ni fijándose en las prendas que constituyen el carácter de sus hijos.

Siendo el despotismo la esencia del gobierno español desde que los Reyes Católicos subieron al trono ¿cómo era posible entonces exigir de los escritores aquellas chanzas cultas, finas, aquellos donaires que recrean la fantasía y hacen retozar en los labios blanda y ligera sonrisa?

La gracia, el chiste penden casi siempre de una alusión que nada dice á primera vista, pero bajo la cual se transparenta el ingenio, se columbra aquella inocente mordacidad que las ridiculeces y miserias del hombre suscitan.

La gracia no debe verse; debe adivinarse, pues cuanto más imperceptibles son sus dardos tanto más seguros son sus efectos.

Los pueblos regidos por leyes adecuadas á la prosperidad general, que viven bajo instituciones liberales, que de continuo oponen un valladar al despotismo del que ejerce la autoridad suprema, y que, por lo mismo, se encuentran con derecho de reprender con la burla las demasías que se cometen poniendo de su lado á lo que se llama *opinión pública;* esos pueblos, decimos, son los únicos que pueden presentar dechados de donaire, esos chistes que quieren buscar los franceses, tan amanerados hasta en el reir, en los pobres españoles que han gemido durante cuatro siglos bajo la tiranía más dura y el despostismo más envilecedor y mortífero.

Partiendo de este antecedente, ¿cómo podía el poeta

satírico dar suelta á su vena para hacer reir del ministro presumido, del monarca que unía á su devoción sanguinaria y atroz los vicios de un Sardanápalo ó las crueldades de un Calígula?

¿Qué chistes de este género no habrían valido al poeta el encierro eterno en una mazmorra? Si quería, por ejemplo, ridiculizar al mal sacerdote, al hombre que, olvidado de su ministerio, se entregaba á todas las locuras censurables hasta en el hombre de espada ¿no habría ido á pagar su osadía en las hogueras de la Inquisición?

Los pueblos libres son los que se explican con más vigor, sin tapujos, sin embarazo contra los que juzgan como enemigos suyos.

Las naciones esclavas, por el contrario, ni á quejarse se atreven; y el miedo que les inspira la grandeza y el poder de sus opresores no les deja ni siquiera el valor de emplear las armas del ridículo contra ellos. Sí, los pueblos oprimidos no pueden reir galanamente; y en este punto los españoles quedan muy á salvo de la acusación que se les hace de no haber sabido usar de la sátira, de no haber dirigido correctamente las armas del chiste.

Siendo así, ¿qué de extraño tiene que Quevedo, no pudiendo atacar nada de lo que le parecía ridículo, se pusiese de propósito á escribir agudezas, trazando las bodas de la berza con el repollo, y rebajándose hasta otras insulceses y necedades todavía mayores?

En *El sueño de las calaveras*, en su *Visita de los chistes*, en las *Cartas del caballero de la tenaza* ¿qué es lo que ridiculiza? ¿A quién escarnece? ¿Es á los déspotas, á los perversos que, destinados á dirigir los destinos de la monarquía, la esquilmaban y desangraban? ¿Es á la superstición á la que asesta sus tiros? ¿Es á la pequeñez y miseria de los españoles que besaban humildes y agradecidos las manos que los abofeteaban, y apagaban en su rostro el brillo de sus glorias? Nada de eso: los que merecen sus saetas; los que le inspiran su sátira, son los pobres poetas

que han escrito malos versos, que no han podido encontrar un consonante oportuno; son los pobres casados, que, para que sean graciosos, es fuerza que sean cornudos etc., etc. ¿A qué están, pues, reducidas todas las sátiras de Quevedo? A la crítica de los maridos consentidores y fáciles, á la pintura de rufianes y meretrices, de escribanos ladrones, de alguaciles venales y nada más.

Forzoso, era, pues, que un ingenio tan chispeante como el suyo, no teniendo otros sujetos dignos de su vena, se empequeñeciese hasta el punto de revolcarse en esos lodazales de indecencia y chocarrería. En su situación no se podía hacer más; y en tal caso más le hubiera valido para su fama no envilecer su talento, no prostituir su grandiosa fantasía, ni menos legar á la posteridad tan mezquinos modelos.

Esta disculpa, con todo, no es extensiva al mal gusto con que vició sus poesías serias, pues siguiendo la pauta de los autores que le habían precedido, habría dejado un nombre preclaro en las letras y, más que eso, la gloria de haber sido el restaurador de la poesía de su patria.

Quintana dice en pocas palabras lo que nosotros tendríamos que explicar en muchas páginas; así, nos contentaremos con copiar estas líneas, que, en nuestro sentir, compendian, no solamente lo que hemos dicho, sino que marcan perfectamente el juicio que la posteridad debe hacer de este hombre extraordinario.

Dice así: «Al encontrar en sus obras tantos pasajes brillantes, después de tributarles la justa admiración que se les debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignación, viendo el lastimoso abuso que Quevedo ha hecho de sus talentos, y empleado en equilibrios vanos y suertes de volteador los vigorosos músculos y fuerzas de un Alcides».

A un tiempo mismo que Quevedo procuraba reprimir el mal gusto que, como ya dijimos, había invadido la poesía, á consecuencia del mal ejemplo dado por Lope de Vega y

sus discípulos, otro hombre de un talento superior trataba á su vez y á su manera de poner un dique al torrente que según él decía, inundaba la poética castellana. Este personaje era el famoso don Luis de Góngora, fundador de la extravagante secta de los *cultos*.

Lo que realmente pasma estudiando la historia de la poesía española, es ver que Quevedo, apellidado por sus contemporáneos padre de la escuela de los *sentenciosos*, y Góngora llamado á su turno como lo hemos dicho, creyesen levantar el templo de las musas, en su concepto medio derribado ya por los profanadores del arte, al mismo tiempo que, olvidados de sus preceptos y, más que eso, de toda ley de buen gusto, autorizaban, cada uno á su turno los mismos desvaríos que pretendían extirpar.

Esto mismo intentábalo también Lope, y sin querer ni pensarlo tal vez, echaba asimismo á rodar las lecciones que daba, haciendo, como adrede, alarde de idénticos descarríos.

Pero antes de todo ¿qué vicios eran esos, que en sentir de estos ilustres literatos corrompían la índole generosa de la poesía? ¿Cuáles eran esos defectos que la eclipsaban, y amenazaban dar al traste con ella, sepultando los bellos ejemplos dados ya por los célebres líricos anteriores? Al oirlos, uno creería que la poesía caminaba á la barbarie, que la lengua española no era ya el idioma que habían depurado y acendrado León, Herrera, Rioja, etc., etc., sino simplemente una jerigonza indescifrable y vergonzosa. Entretanto, y á pesar de toda esta grita, Cervantes escribía las hermosas páginas que han sido el embeleso de las generaciones posteriores, y que serán siempre el encanto de los hombres de ingenio y de corazón; á pesar de todas estas quejas, los Argensolas daban diariamente muestras de su copiosa erudición en materia de lenguaje; Villegas, con sus anacreónticas, sacaba del idioma poético bellezas sin cuento; y Lope, lo mismo que Góngora y Quevedo mostraban, á un tiempo que lloraban el mal gusto, que

eran capaces de arrancar, cuando querían, acentos verdaderamente sublimes de la lira de Garcilaso, ya tan considerablemente encordada y tan diestramente mejorada y pulida.

Pero no; para Quevedo la poesía se vulgarizaba, rastreaba en la humildad, porque no se empleaba ese lenguaje sentencioso, enfático, cortado, cuyos destellos no abrasan, sino que chispean por intervalos. Pero no; para Góngora la poesía estaba estragada, envilecida, deslustrada, porque Lope y sus imitadores no empleaban los más sofísticos conceptos, las alusiones más enmarañadas, los más alambicados equívocos, las metáforas más por los cabellos traídas, y todo ese fárrago de comparaciones estrambóticas, de empalagosos requiebros, que hacen de la mayor parte de las poesías eróticas de ese tiempo un cestón de coplas fastidiosas hasta no poder más.

Por aquí se verá que ni Quevedo, ni Góngora, ni Jáuregui, que fueron los que se pusieron á la obra de purificar el gusto literario, ya en su sentir tan gastado ó corrompido, andaban acertados; pues ni la trivialidad y desmayo que podía achacarse á Villegas, á Lope y sus discípulos, merecían ese tan exagerado concepto, ni mucho menos el remedio con que se pretendía curarlos, y que sólo sirvió para gastar su vida y enterrarla al fin en indigna y vergonzosa tumba.

Sin querer imitar á don Ignacio de Luzán y á todos los demás escritores para quienes la poesía se reduce únicamente á perfectos períodos gramaticales; á exornaciones puramente externas, á formas físicamente artísticas; sin pretender ponernos de parte de los intolerantes preceptistas de la escuela creada por Hermosilla; no podemos, sin embargo, acometer la empresa de defender á Góngora en todo aquello que le censuran y motejan distinguidos humanistas y poetas esclarecidos, que pueden corroborar sus lecciones con el ejemplo.

Para Luzán y sus alumnos que se llaman los restaura-

dores de la poesía castellana, Góngora, según dice Viardot, copiando á la letra todas sus apreciaciones á Quintana, fué sinónimo de *poeta detestable*, y de *corrupción literaria*, llevada al más alto punto que pueda figurársela.

Y sin embargo, el poeta detestable, el corruptor de la lengua castellana, ofrece en sus letrillas y sus romances, páginas enteras de versos encantadores, de verdadera poesía, en las que, á nuestro sentir, no ha tenido rival ni compañero. Y no es en este género sólo donde sobresale el eminente poeta, que hay millares de estrofas en sus poesías que pueden testificar que no sólo manejaba clásicamente, cuando quería, la lira castellana, sino que hacía remontar su fantasía hasta una región donde sólo puede encumbrarse el verdadero numen.

Andaluz; dotado de un genio independiente, de un corazón apasionado y altivo, de un carácter pronto y vivaz, como la generalidad de sus compatriotas; poseído además de una arrogancia llevada muchas veces hasta la temeridad, ¿cómo no había de resentirse su estilo y su lenguaje de estas ventajas y de estos defectos, de esta mezcla que no puede explicarse, sino por aquello de que *cada uno tiene los defectos de sus buenas cualidades*? ¿En cuál de los poetas, exceptuando á Francisco de la Torre, á quien corresponde la palma en el *lirismo* sentimental, podrían encontrarse estancias de más galanura, de más bizarría, de más fuego que en éste? ¿No parecen pálidas, sin color, las estrofas tiernas del mismo Villegas, comparándolas á muchas de las de nuestro poeta? En el número, la cadencia, la bizarría, la robustez, ¿tiene á veces competidores? Acordes están Puibusque, Marchena, Quintana, Viardot, etc., etc., en citar como prueba no sólo de lenguaje poético, sino de elevación de pensamientos, muchos versos de Góngora entre los cuales figuran estos:

Rey de los otros ríos caudaloso
que en fama claro, en ondas cristalino,

tosca guirnalda de robusto pino
ciñe tu frente y tu cabello ondoso.
....

¿En qué poesías amorosas puede haber imágenes más oportunas, expresiones más decorosas, pinturas más vivas y apasionadas que en aquella en que aconseja á los amantes que no toquen la boca de su amor, porque entre el uno y el otro labio se halla escondida, como entre flor y flor, una astuta serpiente?

«No hay en todo Anacreonte, dice Quintana, un pensamiento tan gentil como el de aquella canción, en que, presentando unas flores á su amada, le pide tantos besos como heridas le habían dado las abejas que las guardaban».

Estas bellezas son comunes en el género levantado, cuando este hombre, tan ricamente dotado de estro, quiere sujetarse á los preceptos del buen gusto; cuando se olvida del estrambótico papel de novador que quiso asumir, no se sabe por qué, para restaurar el mal gusto de su tiempo.

Si de este género volvemos la vista al romance, los ejemplos felices, inimitables que nos ha dejado son sin cuento, como puede verlos cualquiera con leer, en las colecciones de poetas, el primer romance que le venga á la mano. Ya dijimos que el que trata sobre la brevedad de la vida, es de los mejores que tiene el castellano, y, sin embargo, acósanos el remordimiento de haberle dado la preferencia, leyendo después otros muchos en que campean iguales, por no decir superiores rasgos de genio y perfecta elocuencia poética.

Si dejamos el petrarquismo, hecho ya una epidemia, al parecer de muchos humanistas, en los poetas de este siglo de oro, forzoso será confesar á Góngora un mérito indisputable en el género del romance y un reconocimiento justamente merecido, por cuanto los poetas modernos que se han distinguido en la leyenda, le son deudores de modelos

preciosísimos que han debido por fuerza tener á la vista para cortar los suyos.

Con todo, este hombre tan superior, tan bien organizado, tan poéticamente construído, si es posible explicarse así, desbarra á veces de una manera que causa hastío, que hace hasta olvidar su talento y obliga á que lo acusemos de la muerte que más tarde apagó la hermosa poesía de Castilla. Si las bellezas que hemos anotado son inmensas, por más que parezca raro, los delirios y las extravagancias también lo son, haciendo con esto que se crean en un solo individuo dos seres enteramente diversos: uno, destinado para enaltecer el idioma del sentimiento, y otro, sólo nacido para bastardearlo y envilecerlo.

Pero todos estos descarríos ó delirios, si se quiere, no habrían pasado de defectos, aunque reprensibles, no por eso capaces de constituir una escuela, si una turba de ignorantes presumidos no se hubiese imaginado que podían continuar por la misma senda y atrapar así el renombre de poetas, que sólo se da al que ha sido favorecido por la naturaleza muy particularmente, y sabido aprovechar de este beneficio, con el estudio. Góngora, pues, alentado por la pandilla de petulantes que le calificaba de *Padre de los cultos*, de *Ingenio sobrehumano* etc., etc., no oyó ó no quiso oir la censura de los hombres de buen gusto, que, sin envidia ni móvil rastrero de ninguna clase, quisieron desviarlo de la extraviada ruta.

A pesar de esto, ni Lope con sus consejos y advertencias juiciosas y apacibles; ni Quevedo con sus burlas y chocarrerías; ni Jáuregui y otros con sus amonestaciones y sentencias, consiguieron otra cosa que exasperarle, que irritar su manía y hacerle que, creyéndolos sus enemigos y detractores, descargase sobre ellos toda la mordacidad y acrimonia de su carácter suspicaz y atrevido.

Pero lo más curioso es que Lope, Quevedo, etc., etc., que se creían á su vez también restauradores del buen gusto, y que habían arrojado el guante á Góngora, caye-

sen á veces en desaciertos que dejaban atrás los del poeta censurado, y que prueban, pensando un poco, que el hombre no puede librarse, por muchos esfuerzos que haga, de la necesaria influencia que ejerce sobre él la atmósfera del siglo en que vive.

Lope, que en sus poesías satíricas y en el *Laurel de Apolo* culpaba á Góngora con más fuerza y acrimonia que lo había hecho hasta entonces, decía, sin embargo, para pintar la picadura que una pulga había hecho en el pecho de Leonor:

Picó atrevido *un átomo viviente*
el blanco pecho de Leonor hermosa:
granate en perlas, arador en rosa,
breve lunar del invisible diente,
Ella, *dos puntas de marfil luciente*
con súbita inquietud bañó quejosa,
y *torciendo su vida bulliciosa*,
en un castigo dos venganzas siente, etc., etc.

¿Puede llegar á más el desacierto? No hay en este soneto, bellísimo á pesar de todo, más *culteranismo*, más *alambicamiento* y extravagancias que en muchos de los tan criticados de Góngora? Y Quevedo ¿dónde lo dejamos? ¿Se puede leer una sola de sus Musas sin tropezar á cada paso con monstruosidades semejantes? ¿No están empedrados hasta sus mejores sonetos con ese cascajo que lastima la fantasía, que irrita el buen gusto, que choca y abruma hasta no poder más?

Por fin, ¿en qué quedaron los esfuerzos de levantar á la poesía extirpando el vicio del culteranismo? ¿En qué fueron á parar esas tentativas de reforma y depuración literaria, pretendidas á una por ingenios tan sobresalientes como Góngora y Quevedo?

En nada, y propiamente en nada, pues la poesía fué cayendo rápidamente, á consecuencia de los golpes asestados por sus mismos presuntuosos sacerdotes y defensores,

en un estado de abatimiento consuntivo, que vino al fin á dar con ella en tierra.

VIII

Pero es preciso no mirar en esto un acontecimiento aislado, un hecho literario particular y sin trabazón ninguna, porque si así procediésemos, desconoceríamos completamente ese lazo indisoluble que existe entre la literatura de una nación y el orden político y social que la sustenta.

La literatura, que no es otra cosa que la expresión del estado social de un pueblo, debe seguir, como la sombra al cuerpo, todos los movimientos, todas las faces en que éste se presenta, asumiendo necesariamente cada una de las formas de que se reviste.

De otra manera no es posible comprender la civilización: ella es una cadena; rotos sus elabones, es fuerza que los elementos de vida que cada uno de ellos simboliza y contiene, sucumban. Querer exigir, pues, que la literatura rebose de vida, de lozanía, de pureza, cuando el orden social se interrumpe por la corrupción y envilecimiento de la sociedad, es un absurdo tanto más chocante, cuanto que es sabido que el hombre no puede ser representado por medio de las letras y las artes sino como es. De esta manera se explica y comprende cómo bajo el reinado majestuoso y brillante de Carlos V, la literatura española acabó de formarse, depurando el idioma, enalteciendo la mente con las ideas generosas de la gloria y del orgullo nacional, excusable, aunque exagerado, en los españoles de entonces por la grandiosidad de sus triunfos.

La literatura, en este período, especialmente la poesía, es el espejo en que se refleja el orden social: grandeza, brillo, ostentación fastuosa, severidad, valentía, todo eso era la España, y todo eso tuvo también aquella.

Bajo su sucesor las mismas cualidades brillan todavía, sólo embozadas con el sombrío devotismo del monarca; idénticas deben aparecer y aparecen también en las letras y las artes.

Garcilaso es la gloria militar tocando el arpa castellana; fray Luis de León el catolicismo uniendo los sones melodiosos y celestes á los robustos ecos del clarín y la trompa bélicos.

En tiempo de Felipe III, es decir, bajo la tutela del venal y supersticioso duque de Lerma, la literatura principia á cambiar de aspecto. Su arrogancia y bizarría disminuyen, se siente sobre la frente del poeta, aun en medio de sus amores, resbalar un pensamiento triste; se ve que sus labios no dicen todo lo que siente el alma, que el laud no resuena con el vigor que antes tenía.

Subido Felipe IV al trono de su padre, las musas se creen festejadas; el poeta se hace trovador, espadachín. Quevedo mata á cuchilladas al mal caballero que había ultrajado á una dama; otros cantan al amor como majos y libertinos; la poesía, en fin, es el retrato de lo que era el palacio del matador del conde de Villamediana. Se hacen versos, se escriben comedias llenas de bravos y de hazañosos paladines, y el monarca y su corte representan á su turno las piezas hechas á escote entre los cortesanos. La profunda tristeza de Felipe IV sólo pueden consolarla las musas.

Pero la España, en medio de su trágica decadencia, siempre brilla, y la literatura participa del mismo estado. Los poetas ríen de su abatimiento, y plagiando al monarca hasta en la majestad con que supo morir asfixiado, por no interrumpir las leyes de la etiqueta, hacen con Quevedo, Góngora, etc., etc., esfuerzos sobrehumanos para sostenerse y expirar no mostrando en el semblante ni dolor ni flaqueza.

Carlos II pone el sello á la decadencia política y social de la España. El demente y ridículo monarca sueña á

todas horas con brujos, créese endemoniado, júzgase poseído de un maléfico genio, y la literatura tiene igual suerte; Gracian debe ser el representante de la poesía; es el genio también endemoniado que la representa, y las ciencias, las artes, la gloria, la preponderancia social y política de la nación doblan la frente, y una noche tenebrosa y aflictiva se tiende sobre lo sagrado y grandioso de aquellos escombros.

Contrayéndonos á la poesía, concluiremos este período copiando de un maestro estas desconsoladoras palabras:

«Así acabó la poesía castellana: en su juventud más tierna, le bastaron para adorno las flores del campo con que la había engalanado Garcilaso; en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja, se presenta con la ostentación de una hermosa dama ricamente ataviada; en Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura; pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona después á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrépita, no hace más que delirar puerilmente, secarse y perecer».

Ya lo veis: el retrato de la muerte de la poesía es perfecto. ¿No lo es también, preguntamos, el que al lado de éste se hace de la civilización española? Léase la historia, estúdiesela, y vendremos á parar por fuerza en lo que hemos dicho: que la literatura debe seguir y sigue hasta el más leve movimiento del estado social y político que representa, y, por lo tanto, se manifiesta unas veces grandiosa y soberbia, y otras, abatida y rastrera.

Antes de concluir con el estudio de la poesía de este para siempre glorioso y memorable período de la historia de las letras españolas, es forzoso hacer otras reflexiones que se ocurren sin esfuerzo, atendiendo al conjunto de los

sucesos políticos que se sucedieron durante el reinado de los monarcas de la raza austriaca.

Ya hemos dicho cómo la libertad política comenzó á menoscabarse en tiempos de Carlos V y las razones que explican la decadencia que sufrió la España en su preponderancia política y en su literatura.

Desde el hijo de Doña Juana la Loca hasta el enfermizo Carlos II el Hechizado, hay un mundo de hechos grandiosos y mezquinos, un mundo de glorias y reveses, toda la escala, en fin, de prosperidades y desgracias que puede recorrer una gran nación en el corto período de un siglo.

Estudiar bajo todas sus faces la civilización de esta centuria, analizar los fenómenos políticos con relación á las letras en general, es una obra que demanda un ancho espacio, una tarea que excede la debilidad de nuestras fuerzas.

Lo único que hemos hecho y podido hacer en tal caso es estudiar en globo el espíritu literario de este tiempo, y trazar á grandes toques un bosquejo en que el estudio podrá acabar algunas figuras delineadas apenas y con la necesaria timidez y embarazo que tiene el que se cree sólo un aprendiz en el arte.

Siguiendo este principio, haremos todavía algunas observaciones que juzgamos indispensables para finalizar, si no cumplidamente, al menos de un modo regular el cuadro que hemos comenzado.

Si se estudia con conciencia la historia de la poesía castellana desde los informes ensayos de sus copleros hasta las más acabadas composiciones de sus grandes maestros, se verá que nada había dejado por tocar, y con notable buen éxito, en poco más de dos siglos; término generalmente muy corto comparado con el que han gastado otros pueblos para acendrar el idioma y dar un carácter propio á su literatura.

Cuando se leen los pobres versos de los siglos décimotercio, décimocuarto y décimoquinto y se comparan con

los muy hermosos de ese célebre *siglo de oro*, uno no puede menos que creer á la España dotada del poder generador más asombroso y fecundo.

Y esta es la verdad: la tierra de nuestros padres es la patria del genio en las artes de imitación, entre las cuales ocupa el primer puesto la poesía, como hermana predilecta de la pintura y de la música.

Y aquí concluyo, señores, pidiéndoos excusa por haber abusado de vuestra paciencia, y prometiéndoos, si es que Dios me concediese un poco más de vida, otro trabajo que ponga fin al presente.



Lo que queda de Voltaire

y artículos en respuesta

á la impugnación de don T. M. Fioretti

ADVERTENCIA

Me he decidido á publicar este folleto no tanto por dejar constancia de mis ideas en filosofía, historia, religión, etc., cuanto porque el público pueda juzgar de la injusticia con que he sido atacado. En mi estudio de las obras de Voltaire no ha habido encono de secta, ni menos el deseo de lisonjear á la Iglesia y sus ministros.

Léanse estas páginas sin prevención, colocándose el lector á la altura de un estudio literario de esa magnitud, y se verá que si mi trabajo no ha sido desempeñado con toda la felicidad deseada, tiene el mérito de ser obra de buena voluntad y de sincero amor á las letras.



Lo que queda de Voltaire

I

Muchas veces me he preguntado en qué consiste el racionalismo moderno, y en ninguna he podido darme respuesta medianamente satisfactoria.

Estudiando á Cousin, que es el fundador de la escuela racionalista francesa, por más que, como discípulo de Royer Collard y de Maine Biren, se apellide él mismo *jefe del eclectismo del siglo XIX*, creí (allá cuando Dios quería darme tiempo y voluntad para estudios metafísicos) que habría de conseguir formarme al cabo un criterio seguro y neto sobre el asunto.

Temeridades del amor propio!

Para el que quiera tomarse igual tarea, si es que hay algunos aficionados, ahí está la celebrada obra *Fundamentos de las ideas absolutas de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno* que M. Cousin transformó dejando á su autor Ad. Garnier casi en cueros, á pesar de las infinitas envolturas con que éste quiso cubrir su delicado cuerpo.

¿Qué es, al fin de cuentas, lo verdadero, lo bello y lo bueno para el despojador de M. Ad. Garnier? Lo esencial en la forma, es decir, *lo que es* revelado por el arte en cualquiera de sus múltiples manifestaciones y reconocido como tal por el criterio general del mundo.

Lo bello y lo bueno tienen el mismo origen y se presentan á la consideración del filósofo, no como entidades con-

tingentes, sino como entidades necesarias, puesto que son *lo que es*, ó en otros términos, la verdad absoluta.

De esta síntesis deduce el padre del eclectismo francés que la razón es infalible, y de consiguiente que el racionalismo es la única filosofía que puede conducir á la especie humana á la posesión de la verdad, que es el último término de la ambición intelectual del hombre.

Así las cosas, ¿para qué la fe que impone convicciones sin demostración? Para qué la palabra de Dios-hombre, cuando la conciencia es Dios? El neo-platonismo alejandrino no fué tan lejos: adoraba la razón, pero no como á divinidad de primer orden, sino como á divinidad subalterna. De modo que para el racionalismo reinante no hay valla posible: es religión y filosofía á un tiempo; de aquélla tiene la fe, de ésta las audacias, y todo junto forma el más terrible monumento que desde la creación hasta ahora haya podido fabricar la vanidad humana.

Ya sabemos que al siglo XVII es debido su renacimiento y que á nadie sino á Voltaire debe asignarse la responsabilidad de su propagación. Veamos por lo tanto qué queda de ese hombre á quién todavía maldice una parte de la humanidad, en medio de los aplausos y ovaciones que le rinden los que se llaman libre-pensadores ó racionalistas, debiendo apellidarse con más propiedad egoístas escépticos de una éra de descomposición y de embrollo.

Comencemos por la filosofía.

¿Qué era Voltaire como filósofo? Nadie que haya leído sus obras podrá decir seriamente que tuvo escuela, que profesó ninguna doctrina de las que hasta entonces formaban el vasto arsenal de la filosofía.

Condorcet, que es el que mejor ha estudiado sus escritos, dice:

«Como filósofo, Voltaire fué el primero que presentó el modelo de un simple ciudadano que abraza en sus votos y en sus trabajos todos los intereses del hombre en todos los países y en todos los siglos, levantándose contra todos

los errores, contra todas las opresiones, defendiendo y esparciendo todas las verdades útiles.

«La historia de lo que hizo en Europa en favor de la razón y de la humanidad es la de sus trabajos y la de sus beneficios.»

Está muy bien, pero esto no quiere decir que profesase sistema alguno filosófico. El deísmo, tal como se halla expuesto y defendido por él, no tiene fórmula. La creencia en un Dios creador, pero sin ninguno de los atributos que van anexos á la omnipotencia, es ni más ni menos que el materialismo que va hasta querer asignar á la fuerza, una de las muchas propiedades de la materia, el carácter de ley única del desarrollo de todo lo creado.

Voltaire, que en donde quiera que se le presenta la ocasión hace alarde de tributar homenaje á Dios, se burla sin piedad de la creencia en la inmortalidad y espiritualidad del alma. Veamos cómo el gran patriarca del deísmo se explica en su artículo *Alma*, que fué tan entusiastamente acogido por la Enciclopedia:

«*Alma*, dice, es un término vago, indeterminado, que expresa un principio desconocido de efectos conocidos que sentimos en nosotros mismos.

«En el sentido propio y literal del latín y de las lenguas que de él se derivan, significa *lo que anima.* Así se ha dicho: alma de los hombres, de los animales, de las plantas, para significar un principio de vegetación y de vida. No se ha tenido jamás, al pronunciar este nombre, sino una idea confusa, como se dice en el Génesis: «Dios sopló en el rostro del hombre un soplo de vida y se convirtió en alma viviente;» y «el alma de los animales está en la sangre»; y «no matéis el alma», etc., etc.

«El alma, pues, ha sido tomada en general por origen y causa de la vida, por la vida misma. Por esto es que todas las naciones imaginaron por largo tiempo que todo moría con el cuerpo. Si algo se puede descubrir en el caos de las historias antiguas, parece que al menos los egipcios

fueron los primeros que distinguieron la inteligencia y el alma. Los latinos, á su ejemplo, distinguieron *animus* de *ánima*; y nosotros, en fin, hemos también tenido nuestra *alma* y nuestro *entendimiento*. Pero lo que es el principio de nuestra vida, lo que es el principio de nuestros pensamientos, ¿son dos cosas diferentes ó una sola? ¿Son ellas la misma entidad? Lo que nos hace digerir y nos da sensaciones y memoria, ¿es lo mismo ó se asemeja á lo que en los animales es causa de sus sensaciones y de su memoria?

«Hé aquí el eterno objeto de las disputas de los hombres; y digo eterno objeto, porque no teniendo absolutamente noción primitiva con que poder entrar en este examen, no podemos más que permanecer para siempre en un laberinto de dudas y débiles congeturas.

«No tenemos la menor base en que poder asentar el pie para llegar al más ligero conocimiento de lo que nos hace vivir y de lo que nos hace pensar. ¿Ni cómo podríamos tenerla cuando para ello se necesitaría haber visto entrar la vida en un cuerpo? ¿Sabe un padre cómo ha producido á su hijo? ¿Sabe una madre cómo lo ha concebido? ¿Ha podido alguien adivinar alguna vez cómo obra, cómo duerme, cómo sueña? ¿Sabe alguno cómo sus miembros obedecen á su voluntad? ¿Ha descubierto cómo las ideas surgen y se dibujan en su cerebro y cómo de allí salen á su albedrío? Débiles autómatas movidos por la mano invisible que nos dirige en la escena del mundo, ¿quién de nosotros ha podido percibir el hilo que nos conduce?

«Sin embargo, nos atrevemos, á poner en cuestión si el alma inteligente es *espíritu* ó *materia*; si ella ha sido creada antes de nosotros; si ella sale de la nada en nuestro nacimiento; si después de habernos animado un instante sobre la tierra, vive después de nosostros en la eternidad. Estas cuestiones parecen sublimes. ¿Qué son ellas al fin? Cuestiones de ciegos que dicen á otros ciegos: «qué cosa es la luz?»

«Cuando queremos conocer groseramente un trozo de metal lo ponemos al fuego en un crisol. ¿Y tenemos, por ventura, un crisol para hacer otro tanto con el alma? «Ella es espíritu», dice uno. Pero ¿qué es *espíritu?* Nadie sabe ni puede saber lo que es. Espíritu es una palabra tan vacía de sentido, que uno está obligado á decir lo que no es, por no poder decir lo que es.

«El alma es *materia*», dice otro. Pero ¿qué cosa es *materia?* No conocemos de ella sino algunas apariencias y algunas propiedades, y ninguna de estas apariencias y de estas propiedades parece tener la más mínima relación con el pensamiento.

«Pero todo eso es distinto de la materia», me diréis. Está bien; mas ¿en donde está la prueba? ¿Acaso es porque la materia es divisible y figurable y el pensamiento no tiene ni divisibilidad ni figura? ¿Quién os ha dicho que los primeros principios de la materia son divisibles y figurables? Es muy verosímil que no lo sean. Infinitas sectas de filósofos pretenden que los elementos de la materia no tienen ni figura ni extensión. Gritáis con aire triunfante: «El pensamiento no es madera, ni piedra, ni metal, ni arena, etc.; luego el pensamiento no pertenece á la materia». ¡Débiles y atrevidos razonadores! La gravitación no es materia, ni arena, ni metal, ni piedra; el movimiento, la vegetación, la vida, no son tampoco nada de esto, y no obstante, la vida, la vegetación, el movimiento, la gravitación son dadas á la materia. Decir que Dios no ha podido hacer pensante á la materia es asentar la cosa más insolentemente absurda que jamás se haya atrevido á proferir en las escuelas privilegiadas de la demencia. En vista de esto, ¿qué importa todo lo que se ha dicho y todo lo que se dirá todavía sobre el alma? ¿Qué importa que se le haya llamado *entelequia*, *quinta-esencia*, *llama*, *neuma*, *éter*, ni que se le haya creído universal, increada, trasmigrante, etc., etc?

«¿Qué importan estas cuestiones inaccesibles á la razón, estos romances de nuestras imaginaciones inciertas?

«¿Qué importa que los padres de los cuatro primeros siglos hayan creído que el alma es corporal? ¿Qué importa que Tertuliano, por una contradicción que le es familiar, haya dicho que ella es á un tiempo corporal, figurada y simple? Tenemos mil testimonios de ignorancia y ninguno de verosimilitud.

«¿Cómo, pues, somos tan atrevidos para afirmar lo que es el alma? Sabemos ciertamente que existimos, que sentimos, que pensamos; pero si queremos dar un paso más allá, caemos en un abismo de tinieblas, y en este abismo tenemos todavía la loca temeridad de disputar si esta alma, de la que no tenemos la menor idea, es hecha antes de nosotros ó con nosotros, si es perecedera ó inmortal.»

Como se ve, Voltaire no sólo no cree en la espiritualidad del alma, sino que duda de su existencia material. Aquí es más que materialista, puesto que los materialistas la reconocen bajo el nombre de fuerza orgánica ó de sustancia animada.

Sin más que esto basta para juzgar de su deísmo, el que, con perdón de todos los deístas del pasado siglo, me parece una burla impía de la misma divinidad que se reconoce.

Locke en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* había dicho antes:—«No seremos tal vez nunca capaces de conocer si un sér material piensa ó no, por la razón de que nos es imposible descubrir, mediante la contemplación de nuestras propias ideas (*sin revelación*), si Dios no ha dado á algunos átomos de materia el poder de percibir y de pensar, ó si ha unido á la materia una sustancia inmaterial que piensa.

«En relación á nuestras nociones nos es menos duro concebir que Dios pueda, si le place, añadir á nuestra idea de la materia la facultad del pensamiento, que no comprender que agregue á ella una sustancia con la facultad de pensar, puesto que ignoramos en qué consiste el pensa-

miento y á qué especie de sustancia aquel sér todopoderoso ha querido conceder esta potencia, que no podría ser creada sino en virtud de la bondad del creador. Yo no veo qué contradicción haya en que Dios, ese Sér pensante, eterno y todopoderoso, dé, si lo quiere, algunos grados de sentimiento, de percepción y de pensamiento á ciertos átomos de materia creada insensible.»

Por estas líneas se descubre que Locke fluctuaba entre conceder demasiado á la materia y concederle poco, lo que ha dado pie á que se le acuse de materialismo, olvidando que su sistema, no por reconocer en las sensaciones la fuente de las ideas, autoriza la profesión de fe de los materialistas. Condillac, su discípulo, ha desentrañado lo que hay de verdadero y de falso en estas acusaciones; mas, como por desgracia el espíritu del siglo en que vivía empujaba á las inteligencias más luminosas y rectas hacia las tinieblas de la duda, no es extraño que haya caído él mismo en el escollo de que quiso salvar la memoria de su maestro.

El siglo XVIII francés tenía una pretensión exorbitante. Despreciando la ideología, combatiendo todos los sistemas con igual violencia, protestando á toda hora en honor de la verdad contra todo principio que no pudiese ser resuelto como problema matemático, quería al mismo tiempo que la humanidad le concediese el título de creador de la verdadera filosofía.

D'Alembert, en su discurso preliminar de la Enciclopedia, dice hablando de Locke:

«Se puede decir que creó la metafísica como Newton había creado la física. Para conocer nuestra alma, sus ideas y sus afecciones, no estudió en los libros, porque le habrían enseñado mal; se contentó con descender profundamente dentro de sí mismo; y después de haberse, por decirlo así, contemplado largo tiempo, no hizo en su *Tratado del entendimiento humano* más que presentar á los hombres el espejo en que se había visto. En una palabra,

Locke redujo su metafísica á lo que debe ser en efecto: la física experimental del alma.»

II

Volviendo á Voltaire, á quién acabamos de ver protestando en nombre de la razón contra toda investigación sobre la naturaleza y propiedades del espíritu, no parece sino que, cegado por la misma claridad de su inteligencia, quisiese á veces arrancarse rabioso la venda de los ojos.

Voltaire, el frío materialista, el razonador cruel que castiga á cada paso á su misma razón con el látigo de Rabelais, tiene, sin embargo, momentos en que deshace de una plumada las páginas que más contento y satisfacción debieran causar á su luciferino orgullo.

«Tenemos tan evidente necesidad, dice, de la decisión de la iglesia sobre estos puntos de filosofía, cuanto que por nosotros mismos jamás podremos tener noción ninguna suficiente de lo que se llama *espíritu puro* y de lo que se llama *materia*. El *espíritu puro* es una palabra que no nos suministra ninguna idea, y á la *materia* no la conocemos sino por ciertos fenómenos ó apariencias. La conocemos tan poco, que la llamamos *substancia*, y como la palabra *substancia* quiere decir *lo que está debajo* (*sub-stare*) y *lo que está debajo* es el pensamiento íntimo del Creador, resulta que sin la revelación no alcanzaremos nunca á penetrar sus secretos.»

Otras de las inconsecuencias en que cayó y que basta para corroborar que en filosofía no tenía sistema ninguno, fué la de combatir la obra que más debiera conformarse con su espíritu y con sus gustos. Hablo del *Sistema de la naturaleza*, del barón de Hollback.

Voltaire pulveriza aquella obra, á pesar de no tener por objeto más que atacar todas las religiones por su base.

«Cuanto más ilustrados sean los hombres, serán más

libres», era su máxima favorita. Máxima hermosa ciertamente, pero que sostenida como lo fué por él, ha dado el amargo fruto que todavía saborean las sociedades modernas sin poder apartarlo de sus labios.

El racionalismo de hoy es ese fruto, y nadie más que Voltaire el sembrador de la semilla, semilla que habría sido bienhechora si el abuso de las facultades del espíritu no hubiese hecho de la razón una divinidad inflexible que todo lo sacrifica á la voracidad insaciable de sus apetitos.

¡Y sin embargo, los mismos que sufren su pesado yugo nos entonan cánticos en honor de la libertad del pensamiento!

El espíritu humano no puede ser enteramente libre porque es finito, porque lleva en sí mismo la obligación de sujetarse á la verdad, la cual, ora se la contemple en la extendida esfera de *lo absoluto* ó en el reducido espacio de lo *relativo* , es una barrera insalvable para las audacias de la inteligencia. ¿A qué conduce, preguntaré mil y mil veces, el culto de la razón hasta la deificación del *yo?* ¿Somos por ventura más dichosos creyendo *en nosotros* que asistiendo con nuestra humildad á las decisiones del sentimiento? El sentimiento nos manda creer; nos manda prosternarnos antes las grandes obras de Dios, y esto que nos parece simple debilidad trasmitida por la educación, es el grito del alma, que nos llama á entrar en la vereda de la fe para salvar los precipicios del abismo sin fondo á que corremos empujados por el orgullo.

Pero lo que nos espanta es que el *racionalismo*, cuya resurrección disputa la Alemania á la Francia, siendo ésta en puridad quien le ha dado la fórmula de filosofía, asuma como Proteo, las mil y mil figuras en que le vemos presentarse en el escenario del mundo. El escepticismo burlón y el ateísmo satisfecho son los dos mejores dominóes de su perpetua mascarada.

¡Curioso fenómeno! Dudamos riendo y negamos cantando, y en medio de este carnaval grotesco perseguimos con

afán incansable el esclarecimiento y desarrollo de la verdad metafísica. ¿Qué quiere decir esto? ¿Es por que el mundo de los goces materiales es estrecho todavía para la muelle sensualidad en que nos zabullimos?

La idea cristiana se abre paso en los códigos, en las instituciones del mundo civilizado. Los gobiernos todos se parapetan bajo su égida protectora, y mientras que así se rinde tributo á la verdad, confesando la impotencia de los sistemas fabricados por la vanidad, hacemos por otra parte alardosa ostentación del ningún respeto que nos merece lo mismo que consignamos en nuestras leyes.

«Manada de ateos que corre contra su voluntad tras el cencerro del pastor de las almas, decía el viejo O'Connel, ¿á dónde vas, qué buscas, qué quieres que así te agitas pasando alternativamente de la bacanal al recogimiento, de las demencias de la lujuria á las humillaciones de la impotencia?»

Napoleón I conocía esto mejor que nadie, y por eso detestaba á Voltaire, contra cuya memoria hizo escribir durante los diez años de su imperio infinidad de folletos á cual más denigrante y sangriento. «La Francia es de la religión de Voltaire», solía decir suspirando á Cambacères, y este se contentaba con responderle: *C'est vrai, sire, mais cela passera un jour.*—Ese día está lejos aún, repetía el césar, y su opinión ha sido confirmada.

¿A qué filosofía obedece la Francia?

¿No es Littré uno de sus apóstoles? ¿No es Dupanloup uno de sus Jeremías, á quién sólo se le permite llorar sobre los escombros del templo derruído?

Ya no es ni siquiera el día en que Cousin comentaba á Platón para que el mundo no dijese que la Alemania era la única patria del pensamiento. Ya no se oye allí la voz de Joufroy buscando en el *kantismo* nubes con que ocultar la frivolidad de sus compatriotas. Ya no hay L'Herminier que se germanicen para dar á la política el tinte místico que saben imprimirle los habitantes de ultra-Rin. Ya

ni los sectarios de Pedro Leroux se atreven á tratar las cuestiones sicológicas en que tanto se lució la vanidad del maestro. Con decir que un tal Liébeault, oscuro doctor en medicina, ha hecho con su *Bosquejo de sicología*, publicado á principio del año 1875, cierta sensación parecida á la que causaban antes los grandes jefes de escuela, basta para formarse una idea del estado en que se hallan los espíritus en aquella nación que fué y es todavía el cerebro del mundo.

El doctor Liebeault dice, como Laplace al hablar de Dios:—«No finjo hipótesis», y por no fingirlas suprime de su libro, verdadera mezcolanza de viejas y nuevas doctrinas médicas, todo lo que se relaciona con la idea de la Providencia. El espíritu no figura allí ni como el *vis vitæ* de Cabanis; nada; nada; sólo los nervios encefálicos constituyen el pensamiento, los cardíacos el sentimiento y los del aparato digestivo la pasión. Menos ingenioso que Hollback, no tiene valor ni para formar la anguila, que aquel dice que nace de la harina mojada con vinagre; infinitamente inferior en lucidez de raciocinio á Helvecio, no forja ni de la mano del hombre la entretenida leyenda que aquel compone para divertirse con el aborto de su sistema. M. A. A. Liebeault es (perdónenos el atrevimiento) un pobre materialista que ha aprendido á filosofar con las grisetas del Cuartel Latino. Ni para explicar los fenómenos del sueño ha tenido un argumento nuevo: todo en él es viejo, recalentado, como aquellos manjares que después de haber permanecido mucho tiempo en el aparador se les pone á la lumbre y dan, si no se les adereza con alguna salsa, el fétido olor de todo guiso rancio.

¿Qué dirá el *ánima* de Voltaire ó su *periespíritu*, según Basterrica, al ver como su deísmo, que revolucionó el mundo, ha venido á convertirse en manos de los filósofos franceses en una jerga ininteligible, pero no por esto inofensiva, como debiera serlo?

III

Pasemos ahora á ver lo que queda del Voltaire poeta. De su teatro, solo *Mérope* y *Zaira* se representan en Francia, y eso tan raras veces, que ni la Rachel, que debió saber apreciar la amplitud y sonoridad de los versos de aquellas dos célebres piezas, quiso ponerlas en escena sino á fuerza de los ruegos de sus amigos. *Edipo*, *Artemira*, *Bruto*, *Muerte de César*, *Adelaida Duguesclain*, *Mariamna*, *Eriphilo*, etc., etc., apenas se leen. Los literatos franceses, entre ellos Villemain, de Barante y otros de igual nota, no se atreven á decir, por mucho que les plazca elogiar el teatro de Voltaire, que ninguna de las tragedias mencionadas puede soportar el cotejo con las de Racine bajo el aspecto de la corrección, ni con las de Corneille en punto á nervio trágico y sublimidad de estro.

Como poeta épico, ahí está la *Henriade*, en la que, según el abate Dellile, no hay bastante yerba para alimentar un caballo.

Empero, Condorcet, cuyo buen gusto literario no nos presta fe, dice:

«La Francia tuvo al fin un poema épico. Se puede lamentar sin duda que Voltaire, que tanta acción puso en sus tragedias, no haya desplegado en la *Henriade* aquellos talentos que ningún hombre ha reunido en el mismo grado que él. Pero si por el interés de los sucesos, por la variedad, por el movimiento, la *Henriade* es inferior á los poemas épicos que estaban entonces en posesión de la admiración general, ¿por cuántas bellezas no ha sido compensada aquella superioridad? ¿Cuándo una filosofía tan profunda y tan verdadera fué embellecida por versos más sublimes y poéticos? ¿Qué otro poema ofrece caracteres dibujados por más fuerza y nobleza, sin perder nada de su verdad histórica? ¿Cuál otro encierra una moral más pura, un amor de la humanidad más ilustrado, más libre de preocupaciones y pasiones vulgares?»

A este juicio, recusable porque no viene ni de un poeta ni de un prosista de primer orden, opondremos el de Michelet, cuyo acendrado gusto y altura de fantasía lo colocan en la primera línea de los críticos.

«Pobre poema, dice, pero grande acción, más atrevida de lo que se cree. El autor salía de la Bastilla. El regente que concluía no podía tranquilizarlo. Roma había triunfado. Dubois era cardenal hasta prometer á Roma poblar de sacerdotes la administración. Voltaire en este momento, el valiente aturdido, va á tomar un héroe protestante. Va á buscar en el fondo de la historia un Enrique IV, entonces tan profundamente olvidado, tan desacreditado; un enemigo de la España, á la cual en ese mismo instante la Francia tiende sus brazos. Voltaire expone á aquel Enrique como héroe de clemencia, de humanidad, de corazón fácil y tierno, en una palabra, como *hombre*. Esto solo lo dice todo. Pero la maravilla es que el poema empalidecerá y caerá muy justamente con el tiempo, mientras que Enrique IV quedará. Voltaire realmente lo levantó tanto, que Luis XIV ha quedado pequeño.»

Los llamados poemas sobre el *Desastre de Lisboa* y la *Ley natural* no son propiamente más que largas odas filosóficas en que el poeta, sin cuidarse del desarrollo de la acción principal ni del artificio que requiere la pintura del héroe del drama, suelta velas á su fantasía para ir á donde quiere y volver cuando le da la gana.

Abramos un paréntesis.

Al romance *Cándido*, que Mm. de Stäel pinta como escrito con las uñas de Satanás (asómbrense mis lectores), siguió una traducción libre del *Eclesiastes* y del *Cantar de los Cantares*, encargada por la marquesa de Pompadour, que quería reconciliarse con los devotos. Admírense más: el duque de la Vallière propuso á Voltaire, á nombre de la favorita, que tradujese los *Salmos* y los *Libros sapienciales* en verso heroico. Se quería que la edición saliese del

Louvre y que el traductor volviese á París bajo la salvaguardia de la devota cortesana.

Oigan todavía: la Pompadour, para cautivarse á Voltaire, procuró muy seriamente que Luis XV le ofreciese el capelo de cardenal. De modo que si el rey se deja persuadir, *Lambertino*, ó Benedicto XIV por otro nombre, no habría tenido embarazo para conceder al arrepentido filósofo la púrpura cardenalicia. El dístico latino que escribió al margen del retrato del papa, y que Su Santidad no encontró del todo clásico, había ya atraído su bendición apostólica.

Dice así:

Latertinus hic est, Romæ decus et pater orbis.
Qui mumdum Scriptis docuit, Virtutibu ornat.

Y ahora que hablo de Voltaire como poeta lírico, séame permitido copiar de la última edición de sus obras una cuarteta que hizo cuando era alumno del colegio de Luis el Grande sobre el tema la muerte de Nerón que el padre Poré había dado á sus discípulos:

«De la mort d'une mère exécrable complice,
Si je meurs de ma main, je l'ai bien merité;
Car n'ayant jamais fait qu'actes de cruauté,
J'ai voulu, me tuant, en faire un de justice.»

Otra muestra de ingenio precoz de este hombre admirable es la inscripción latina escrita en estilo lapidario que compuso por los años de 1717 para afrentar al duque de Orleans, regente del reino:

Regnante puero,
Veneno et incestis famoso
Administrante,
Ignaris et instabilibus consîilis,
Instabiliore religione,
Erario exhausto,
Violata fide publicâ,

Injustitiæ furore triumphante,
Generalis inminente seditionis
Periculo,
In iquo et anticipat hereditatis,
Spei, coronæ patrià sacrificatà,
Gallia mox peritura.

Lo cual significa:—«Bajo el reino de un niño, bajo la administración de un hombre famoso por un envenenamiento y sus incestos, bajo consejeros ignorantes é indecisos, hallándose la religión instable, el tesoro exhausto, la fe pública violada, el furor de la injusticia triunfante, el peligro de una sedición general inminente, la patria sacrificada á la esperanza inicua y anticipada de la herencia de una corona, la Francia debe morir pronto.»

En las poesías llamadas fugitivas es donde está la fuerza poética de Voltaire. Aquí hay galanura, chispa, gracia de los más finos quilates, encanto irresistible.

Aquellos versos que improvisó al botarse al agua un buque que la compañía de Nantes había bautizado con el nombre de *Voltaire*, son inimitables. Véase un trozo:

«Oh vaisseau qui portes mon nom,
Puisses-tu comme moi résister aux orages,
L'empire de Neptune a vu moins de nauffragres
Que le Permese d'Apollon.
Tu vogueras peut-être vers ces climats sauvages
Que Jean Jacques a vanté dans son nouveau jargon:
Va débarquer sur ces rivages
Patouillei, Nonotte et Fréron,
A moins qu'aux chantiers de Toulon,
Ils ne servent le roi noblement et sans gages.
. . . .
Mais, non le sort t'appelle aux dunes d'Albion.
Tu verras sur les champs que arrose la Tamise
La liberté superbe aux pieds du trone assise;
Le chapeau qui la couvre est orné des lauriers,
Et malgré ses partis, sa fougue et sa licence,
Elle tient dans sa main la corne d'abondance
Et les ettendars des guerriers...

El resto es todavía más hermoso. Nada de lo que los modernos poetas franceses han hecho en este género le sobrepuja.

Sus estancias *cesser d'aimer et d'être aimable* no pueden tener rival en ninguna lengua. Hay en ellas algo de Virgilio, de Horacio, de Anacreonte, de Voltaire en fin.

En el epígrama ninguno de los modernos le ha igualado; todo es pálido al lado suyo.

Y aquí viene el preguntarse cómo en esa nación francesa, que produce tantos hombres de espíritu, no haya hoy uno solo que pueda contrabalancear la chispa y la gracia de Voltaire.

Es muy posible que si los escritores del día hubieran nacido en el siglo XVIII, se hubiesen acercado al modelo. El *apropos* llegó allí entonces á ser un arte; hombres de iglesia, magistrados, grandes señoras, cortesanas, poetas de guardilla, militares, todos, todos querían tener *espíritu*, y lo tenían efectivamente. Voltaire había dejado atrás á Fontenelle, que era una verdadera fuente de gracias. Recuerdo ahora mismo la cuarteta que dirigió á una dama á quien suponía en relaciones amorosas con el duque de Richelieu:

Un dindon tout à l'ail, sur seigneur tout à l'ambre
A souper vous sont destinés:
On doit quand Richelieu parait dans une chambre
Bien défendre son cœur et bien broucher son nez.

Tampoco resisto á la tentación de trascribir la graciosa composición á la marquesa de Pompadour con motivo de su restablecimiento de una enfermedad que la puso á las puertas de la muerte. La doy traducida:

De tus días hilaba dulcemente
Láquesis el estambre primoroso;
Atropos entre tanto ansía inclemente
Cortar el hilo á tu existir dichoso.

Percíbelo el amor, y diligente
Sacude el ala en ademán celoso,
Y haciendo trizas la fatal tijera,
Aturdida cayó la parca fiera.

A la cabeza de la edición que hizo Voltaire de sus poesías fugitivas puso una oda dirigida á su casa *de las delicias*. Emilio de la Bédollière y Jorge Avenel traen en sus notas un trozo de la pieza referida que dice así:

C'est sur ses bords heureux
Qu' habite des humains la deése eternelle:
L' âme des grands travaux, l'objet des nobles veux
Que tout mortel embrasse, ou désire, ou rapelle,
Qui vit dans tout les cours et dont le nom sacré
Dans les cours des tyrans est tout bas adoré:
La liberté. J'ai vu cette deése altiére,
Avec égalité repandant tout les biens,
Descendre de Morat en habit de Guerriére,
Les mains teintes du sang des fiers Autrichiens
Et de Charles le Teméraire.
Liberté! Liberté! ton trône est dans ces lieux:
La Gréce, ou tu naquis, t'as pour jamais perdue,
Avec ses sages et ses Dieux
Rome, depuis Brutus, ne t'a jamais revue....

Con lo dicho creo que hay bastante para el objeto que me he propuesto.

IV

Pasemos á la historia.

Es indudable que el *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones* hizo una verdadera revolución en la manera de escribir la historia. Acostumbrada la Francia al método de Rollin, que es sencillamente *didáctico*, y al de Bossuet, que es puro dogmatismo, la aparición de un libro como aquel en que todos los hechos, aun los más comprobados, se sujetan á la más escrupulosa crítica, buscando en ellos, nó el resultado de la voluntad de Dios para

castigar ó corregir las culpas de los hombres, sino el encadenamiento de eso que los escépticos apellidad *fatalidad histórica*, un libro de su clase, digo, no podía menos de causar una profunda conmoción en los espíritus. A pesar del desenfreno de las costumbres y del licencioso camino que habían tomado las letras, la filosofía del siglo XVII conservaba aún toda su infiuencia en la masa de la nación. La incredulidad sólo se cernía en las eminencias de la literatura. Corte, pueblo, instituciones, leyes, prácticas administrativas, judiciales, económicas, etc., obedecían al antiguo régimen. La licencia misma de las costumbres era cubierta con el velo del misticismo, que bajo Luis XIV se extendió por todo el cuerpo social como para significar que aquel reinado, demasiado podrido en sus órganos principales, necesitaba, para no causar asco, cubrirse con el manto de la devoción.

Ya en el *Siglo de Luis* XIV Voltaire había dado algunas muestras de la senda que habría de seguir después como historiador.

Suponen algunos que en Berlín, que fué donde se publicó por primera vez esa obra, Federico II influyó con sus consejos para que en lo concerniente á los acontecimientos militares tuviese toda la rapidez y concisión que aquel monarca reputaba como el primer mérito en obras de este género. En los capítulos sobre reforma de leyes y administración rentística tampoco Voltaire fué dueño de escribir con la libertad deseada, pues, según aparece de las consideraciones que le suministra el estudio del comercio y de la industria, no emite juicios en armonía con las ideas que profesaba en materias de libertad económica; sino conformes al espíritu restrictivo que por entonces dominaba sin contrapeso.

La obra en que me ocupo ha sido juzgada por infinitos literatos de primer orden, y no recuerdo haber encontrado en uno solo un juicio que medio menoscabe su reconocido mérito.

De Barante, el famoso autor de *Los duques de Borgoña*, en su *Historia de la literatura francesa del siglo* XVIII, que mereció el premio adjudicado por la Academia, se detiene, al parecer con gusto, en el estudio de este libro, y concluye por asignarle un puesto que hasta ahora ninguna de las muchas historias que se han escrito sobre el reinado de Luis XIV le ha disputado siquiera.

Sin embargo, los capítulos sobre el calvinismo, el jansenismo, el quietismo, la disputa de las ceremonias chinas, no son, á mi humilde entender, lo que dice el apasionado Condorcet. Para él son «los primeros modelos de la manera como un amigo prudente de la verdad debe hablar de aquellas vergonzosas enfermedades de la humanidad, cuando el número y el poder de aquellos que las padecen obligan á levantar con discreción el velo que cubre su torpeza».

¿Y por qué, pregunto yo ahora, un amigo prudente de la verdad debe calificar de enfermedades vergonzosas las diversas creencias y las diversas opiniones?

Las ideas más añejas han tenido razón de ser, como que ellas no son sino las varias etapas en que la inteligencia humana se reposa y toma aliento para continuar en su larga correría del progreso.

Si fuéramos á juzgar como á enfermos contagiosos á todos los filósofos y sectarios, tendríamos que condenar al hospital y al hospicio á una gran parte de la humanidad, dejando para el resto los manicomios ó casas de orates.

En los *Anales del imperio*, obra que los discípulos de Voltaire encontraron vaciada en los viejos moldes; se halla mejor diseñada que en el *Siglo de Luis* XIV la manera como Voltaire comprendía la historia.

De los cuadros cronológicos, que en manos de Tierry, Mignet, Guizot, etc., habrían sido objeto de incesantes investigaciones, interrumpidas acaso por la imposibilidad de confrontar una fecha, Voltaire, despreciando todo ese trabajo como tarea de cronistas ramplones, toma la plu-

ma, y sin más brújula que su instinto, ni más propósito que el de servir á la verdad, se lanza en un *maremágnum* de consideraciones filosóficas que dificultan y complican el desarrollo de la obra.

Sólo en la *Historia de Carlos* XII, que fué su primer ensayo y es tal vez la más perfecta de sus obras, no se ve este prurito de filosofar sobre todo. El estilo es rápido, breve, brillante; el lenguaje, al decir de los maestros en el arte, lo más puro y correcto que existe en la lengua francesa.

El héroe no pudo tener un historiador más á propósito. La audacia de sus aventuras, lo romanesco de sus hazañas, lo deslumbrador de sus irrupciones, pedían una pluma audaz, poética, titilante de calor y de luz, y nadie sino Voltaire podía ofrecerle todo esto.

¡Qué cuadros tan encantadores! Al paisaje brumoso, oscuro, frío, del suelo en que nace Carlos, se siguen las mil y una vistas risueñas, cálidas, trasparentes, en que campea el paladín de la Suecia, tiñendo con los colores del iris la pintoresca escena de sus glorias.

El lienzo es estrecho para tanta belleza. No parece sino que el pintor hubiera querido tomar poca tela para vencer la dificultad de dar en tan corto espacio amplitud á la acción y perspectiva á la grandiosa figura del protagonista.

¿Qué son al lado de este libro las historias de María Estuardo, de Mignet y de Dargaux?

El duque de Rivas en su *Masaniello* quiso, á no dudarlo, copiar á Voltaire en su atrevimiento para agrupar los sucesos, en su oportunidad para sembrar la narración de anécdotas picantes; pero su empeño salió del todo fallido, y tanto, que en esas páginas, atestadas de relumbrones rancios, de neologismos y arcaísmos sólo disculpables en Cervantes ó en Quevedo, la fama del autor del *Moro expósito* corrió peligro de eclipsarse, y por las sombras de una vanidad castigada muy justamente.

Tornando al *Ensayo sobre las costumbres*, recordaré que Villemain en sus lecciones de literatura hace de él un alto elogio, diciendo que en ese libro, escrito al parecer sin pretensiones y como por vía de entretenimiento, hay una cantidad inmensa de estudio. Podrá faltarle precisión en las fechas, seriedad para tratar ciertos asuntos en que la sátira no viene bien; pero lo que es rectitud de juicio, abundancia de observación, criterio elevado y vasto, sobran allí, y como para desmentir á los que creen que no se puede ser historiador concienzudo sino atestando el libro de notas y documentos, buscados con fatiga y hallados á fuerza de indecibles sacrificios y afanes.

Recuerdo que Villemain, hablando del lugar de donde zarpó la expedición de los Normandos, dice que Voltaire, sin tener dato ninguno preciso, lo presumió, y que su presunción salió exacta.

Es necesario, empero, para sacar provecho de la lectura de este libro, no perder de vista la monomanía filosófica del autor, la cual lo arrastra allí, como en todas sus obras, á lanzar ataques contra el cristianismo que la ciencia ha rechazado ya como destituídos de fundamento.

Por lo demás, el golpe general de vista es espléndido. Nadie en un compendio de historia, que abraza nada menos que desde Carlomagno hasta los finales de Luis XIII, podría haber extraído mejor el jugo de los acontecimientos.

Admira verdaderamente cómo dirige la vista por todo el globo, cómo da cuenta de las revoluciones morales y materiales que ha sufrido el planeta que habitamos; de los descubrimientos en las ciencias, bellas artes y artes mecánicas; de los progresos de la industria y del comercio.

Y luego ¿cómo no asombrarse de la destreza con que pinta de una sola pincelada un carácter histórico? ¿Qué cosa más perfecta que el retrato de Luis Onceno? ¿Qué bosquejos más correctos y animados que los de Francisco I y de Carlos V? Sólo en el de Felipe II de España hallo

exceso de tintas negras, y no porque juzgue á este rey de odiosa memoria como un monarca bueno, sino porque historiadores como Prescott, Mignet, Luna, Bermúdez de Castro y otros que han estudiado profundamente esa época, nos lo pintan como un rey superior á su tiempo y dotado de prendas que, si bien no alcanzan á disimular los vicios de su naturaleza, le colocan como monarca en un alto puesto. *El demonio del mediodía* no era sólo el quemador de herejes, el asesino de su hijo Carlos, el verdugo de Antonio Pérez; nó, puesto que al lado de estos crímenes más ó menos horribles, lucen hechos grandiosos, capaces de inmortalizar á un trono.

Es cierto que fué cruel, crudelísimo en materias de religión; que su ambición por extender la fe católica no reconoció límites; que, disimulado á veces hasta la perfidia y rencoroso otras hasta la perversidad, se le vió llevar la tea de la discordia á todos los países que habían abrazado la reforma.

Todo eso es cierto, pero también lo que es gobernó sus estados por sí mismo; que en los vastísimos dominios de la monarquía española su voluntad de hierro fué un antemural á la ambición rabiosa de sus lugar-tenientes; que defensor de la fe católica, hizo cuanto pudo por libertar á los países sujetos á su corona de la apostasía del protestantismo; y en fin, que sin él los turcos habrían conseguido implantar la media luna sobre el evangelio despedazado en toda la Europa.

Es preciso juzgar á los hombres según el papel que desempeñaron en la vida. Si nó, corremos el riesgo de calumniarlos tal vez sin querer, perdiéndonos en el laberinto de los errores, que es el laberinto de las culpas.

El *Ensayo sobre las costumbres* colocó, pues, á Voltaire en el rango de maestro, no sólo en su patria, sino en Inglaterra, donde á su ejemplo escribieron Robertson, Hume, Gibbon y Watson.

¿No se siente, á pesar de la flema británica, el espíritu

de Voltaire en la historia de la *Decadencia y ruina del imperio romano*? ¿No se le ve palpitante en las páginas del ateo Hume? Hasta en el mismo Robertson ¿nó está patente el excepticismo volteriano, á pesar del cuidado que pone en disfrazarlo? En la *Historia de Escocia* dice que no cita á Voltaire porque éste no ha mostrado las fuentes de donde sacó sus materiales; pero con todo eso, en la pintura de Riccio y de María Estuardo se reconoce muy claro que no ha perdido de vista el modelo.

Recuerdo ahora las palabras con que Voltaire concluye el capítulo de la muerte de María.

«La muerte de María Stuardo, dice, fué el crimen castigado por el crimen».

En esta sola línea está dicho todo.

En vista de lo expuesto me pregunto: la historia moderna ¿se escribe hoy como la escribió Voltaire? Los historiadores franceses, ingleses, alemanes, españoles ¿son guiados por el mismo espíritu que animó al fundador de la escuela filosófica?

Nó, respondo sin vacilar, y para que no se juzgue que avanzo una opinión atropellada, recordaré que entre las diversas escuelas históricas del día no hallamos ninguna que se base en la duda para empequeñecer los sucesos, que haga de la filosofía arma de combate contra tal ó cual religión, que artificiosamente haga depender los grandes efectos de las más pequeñas causas.

La erudición histórica de hoy no consiste en filosofar á diestro y siniestro sobre tales ó cuales sucesos, sino en reunir cuantos documentos sea posible hallar para dejar que los sucesos hablen por sí mismos, y que su lenguaje no sea el de la pasión, sino el de la verdad fría y serena.

Thierry cegó buscando los materiales de su famosa *Conquista de los normandos*, á Prescott casi le sucedió otro tanto por sus rebuscos en los archivos de Simancas y en las mil bibliotecas de Europa y América. A Mignet, después de haberse publicado veinte historias de la revo-

lución francesa, no le pareció todavía agotado el trabajo y emprendió la suya, consiguiendo hacer un monumento admirable de erudición y de razón.

Otro tanto hacen Michelet y Luis Blanc.

Guizot, para trazar la vida de Wáshington, vida mil veces contada, necesita registrar librerías, consultar amigos, y aún así no se atreve á decir que está satisfecho de su obra.

Es indudable que la historia moderna tiende á la crónica; que temerosa de caer en la frivolidad, quiere averiguarlo todo para exponer al lector, no una filosofía propia sino un conjunto de hechos que, compulsados por una crítica rigorosa, le permitan formarse opinión sin ayuda de maestro.

Sólo la *Historia de los Girondinos* ha sido en estos últimos tiempos concebida y escrita en el género poético-filosófico; mas, como la filosofía de Lamartine es todo lo contrario de la del pasado siglo, no puede decirse que ni siquiera tuvo en mira volver la vista hacia aquella centuria.

Lamartine es el gran miniaturista de las mejores obras de Dios.

Su pluma es una pluma divina. Tiene los matices aterciopelados de las alas de la mariposa, la limpidez purísima del cielo; tiene lo que ninguna otra pluma tiene: el privilegio de dejar sobre el papel una huella de diamantes y rubíes que hacen pedir para ellos el más rico estuche.

Jamás he experimentado sensación parecida á la que me causó la primera lectura de los *Girondinos*. Creía hallarme á cada momento empujado por una hada hacia una gruta toda ella formada por las lágrimas de plata de las estalactitas. Y recordando después que yo también había manejado una pluma, me entraba tal rubor, tal desesperación, que habría preferido en ese momento no saber estampar mi firma.

No he podido rehusarme á hacer este paréntesis, tal es

la fascinación que ejerce todavía sobre mi espíritu el inmortal autor de *Jocelín* y de *Graziella.*

Pasaré ahora á considerar á Voltaire como publicista.

V

Para saber á que atenernos sobre los principios políticos del patriarca, es preciso desentrañar de sus sesenta y nueve volúmenes las diversas opiniones que emitió durante su larga vida, ya en forma de preceptos nacidos al correr de la pluma, ya en forma de opúsculos destinados á la crítica de Rousseau, Montesquieu, Becaria, etc.

Hay entre estos últimos uno que lleva por título: *Ideas republicanas*, por un ciudadano de Ginebra, publicado en 1762. Es una especie de libro de memorias más bien que crítica metódica del *Contrato Social* de Rousseau. En este opúsculo Voltaire hizo lo que no acostumbraba: exponer sus pensamientos en forma de aforismos. Véase algunos de ellos:

«El puro despotismo es el castigo de la mala conducta de los hombres. Si una comunidad de hombres se halla subyugada por uno ó por muchos, es, sin duda alguna, porque no ha tenido ni el coraje ni la habilidad de gobernarse á sí misma.

«Un pueblo es así despotizado, ó por un compatriota hábil que se ha aprovechado de su imbecilidad ó de sus desórdenes, ó por un ladrón, llamado conquistador, que ha venido con otros ladrones á apoderarse de sus tierras, que ha asesinado á los que le resistieron y hecho esclavos á los cobardes á quienes perdonó la vida.

«Ese ladrón, que merecía la rueda, se ha hecho algunas veces adorar en altares. El pueblo envilecido ha visto en los hijos de su ladrón una raza de dioses; ha mirado el examen de su autoridad como una blasfemia y el menor esfuerzo para la libertad como un sacrilegio.

«Es insultar á la razón y á las leyes el pronunciar es-

tas palabras: *gobierno civil y eclesiástico*. Es preciso decir: *gobierno civil y reglamentos eclesiásticos*, bien entendido que ninguno de estos reglamentos debe ser hecho por otra autoridad que la potestad civil.

«Cuando una ley es oscura es necesario que todos la interpreten, porque todos la han promulgado, á menos que hayan encargado expresamente *á algunos* la tarea de interpretarla.

«Si una república se ha formado en las guerras de religión, si en estos disturbios ha separado de su territorio á todas las sectas enemigas de la suya, *se ha conducido prudentemente*, porque entonces se consideraba como un país circuido de apestados, y temía con razón que se le pegase la peste. Pero cuando estos tiempos de vértigo han pasado, cuando la tolerancia se ha convertido en el dogma dominante de la Europa, ¿no es una barbarie ridícula preguntar á un hombre que viene á establecerse trayéndonos riquezas á nuestro país:—«Señor, ¿de qué religión es usted?» El oro y la plata, la industria, el trabajo, los talentos no tienen religión ninguna.

«En una república digna de este nombre la libertad de publicar sus pensamientos es el derecho natural del ciudadano. Puede servirse de su pluma como de su voz, y los delitos hechos con la pluma deben ser castigados como los delitos hechos con la palabra.

«De todas las repúblicas la más pequeña debería ser la más feliz cuando su libertad está asegurada por su situación y el interés de sus vecinos es conservarla.

«Parece bien extraño que al autor del *Contrato Social* se le ocurra decir que todo el pueblo inglés debería sentarse en el parlamento, y que cesa de ser libre cuando su derecho consiste en hacerse representar en el parlamento por diputados

«¿Querría, pues, que tres millones de ciudadanos viniesen á dar su voto en Westminster?

«Se dice en ese mismo *Contrato Social* que «la monarquía

conviene á las naciones opulentas; la aristocracia á las mediocres en grandeza y territorio, y la democracia á los países pequeños y pobres.

«Pero en los siglos XIV y XV y á principios del XVI, los venecianos eran el único pueblo rico; todavía son opulentos. Sin embargo, Venecia no ha sido ni será nunca monarquía. La república romana fué muy rica desde los Scipiones hasta César. Luca es pequeña y poco rica y es una aristocracia. La opulenta é ingeniosa Atenas era un estado democrático.

«Tenemos ciudadanos muy ricos y componemos un gobierno mezclado de aristocracia y de democracia. Así, es preciso desconfiar de todas esas reglas generales que no existen sino bajo la pluma de sus autores.

«El mismo escritor, hablando de los diferentes sistemas de gobierno, se expresa así:—«Uno encuentra hermoso el ser temido de sus vecinos; otro gusta más de ser desconocido. Uno está contento con que el dinero circule; otro exige que el pueblo tenga pan».

«Todo este artículo es pueril y contradictorio. ¿Cómo puede un estado ser desconocido de sus vecinos? ¿Cómo vivir seguros si nuestros vecinos ignoran que hay peligro en atacarnos? ¿Cómo el mismo pueblo que podría hacerse temer podría ser ignorado? ¿Ni cómo, en fin, el pueblo puede tener pan sin que el dinero circule?

«La contradicción es manifiesta».

VI

«Desde el momento en que el pueblo se halla legítimamente reunido en un cuerpo soberano, toda jurisdicción del gobierno cesa, el poder ejecutivo es suspendido, etc., etc».

«Esta proposición del *Contrato Social* sería perniciosa si no fuera tan evidentemente falsa y absurda. Cuando en

Inglaterra se reúne el parlamento, ninguna jurisdicción se suspende; y en el más pequeño estado, si durante la asamblea se comete un asesinato, un robo, el criminal es y debe ser entregado á los tribunales de justicia.

«De otra manera una asamblea del pueblo sería una invitación solemne al crimen.

«En un estado verdaderamente libre, los ciudadanos hacen todo con sus brazos, y nada con el hierro». Esta tesis del *Contrato Social* es estravagante. Si hay un puente que construir, una calle que empedrar, ¿será preciso que los magistrados, los negociantes y los sacerdotes empedren la calle y construyan el puente? Estoy cierto de que el autor no querría pasar por un puente edificado por sus manos. Esa regla es digna de un preceptor que teniendo que educar á un caballero le enseñara el oficio de albañil. No todos los hombres deben ser artesanos.

«Los que suben al poder en las monarquías no son generalmente más que los pequeños embrollones, los pequeños bribones, los pequeños intrigantes á quienes los pequeños talentos, que son los que hacen prosperar en las cortes, no sirven sino para mostrar al público su ineptitud tan pronto como se les pone á prueba.

«Este conjunto indecente de pequeños antítesis cínicos, no conviene de ninguna manera á un libro sobre el gobierno, que debe ser escrito con la dignidad de la sabiduría. Cuando un hombre, cualquiera que sea, presume bastante de sí mismo para dar lecciones sobre administración pública, debe aparecer prudente é imparcial como las leyes mismas que hace hablar.

«Confesamos con dolor que así en las Repúblicas como en las monarquías la intriga lleva á los hombres á los más altos puestos. Ha habido Verres, Milones, Clodios, Lépidos en Roma; pero estamos obligados á confesar que ninguna república moderna puede gloriarse de haber producido ministros tales como Oxenstiern, Sully, Colbert i los grandes hombres que fueron escogidos por Isabel de In-

glaterra. No insultemos ni á las monarquías ni á las repúblicas».

Aquí tenéis, en resumen, todas las ideas de Voltaire en política. La tolerancia religiosa es su principio dominante; lo demás queda envuelto bajo la capa de la libertad, que en él, como en todos los filósofos de su siglo, no fué, con excepción de las cuestiones religiosas, ni muy ancha ni muy larga.

Y es raro que un hombre que había aprendido en Inglaterra las prácticas del gobierno libre, no nos hable en ninguna de sus obras de la organización y ponderación de los poderes públicos en los paísss monárquico-representativos, de las garantías individuales, de la soberanía popular, etc., etc., en las repúblicas. De la república no conocía más formas que las de la antigüedad y de la edad media. No presentía ni siquiera la grandeza de la república de Norte América, á pesar de tener noticias de Franklin y de los otros grandes hombres de aquella bienaventurada tierra.

En sus *Cartas sobre los inglescs*, que es una de sus mejores obras, se ocupa de filosofía, de literatura, de ciencias. Estudia á Newton para rebatir á Descartes en su teoría en la emisión de la luz; á Locke para meter miedo á los teólogos de París; á Bacon para desconcertar á la Academia; á Shakespeare para picar el amor propio de sus compatriotas, enamorados todavía de Racine y de Boileau; á Adisson, á Pope, Bolynbroke, para lastimar á Luis XV y á sus cortesanos. Alaba á los cuáqueros para hacer rabiar á los jesuítas; pinta, en fin, con el calor de su pluma incisiva y entusiasta, los beneficios de la libertad en el comercio, la industria y las artes, para hacer, como Tácito con las pinturas de los bárbaros, avergonzarse á sus presumidos compatriotas.

Todo eso lo hace con una destreza maravillosa; pero en lo que respecta á política se reduce á aplaudir la tolerancia de las leyes para todas las manifestaciones de la acti-

vidad humana. A mi juicio, Voltaire hubiera perdonado todo despotismo con tal que todas las religiones hubiesen sido igualmente proscritas. La ley natural era lo único que respetaba; lo demás no era más que una locura vergonzosa del espíritu humano. Cosmogonías, dogmas, ritos, sectas, todo era uno para él; es decir, necedad impía y ridícula, contra la cual todos los hombres amantes de la verdad debían hacer guerra encarnizada y constante.

Por ese mismo tiempo en que publicaba sus *Cartas sobre los ingleses*, fué cuando aquel teniente de policía llamado Hérault le dijo:—«Por mucho que escribáis, jamás lograréis destruir la religión cristiana».

La predicción del pobre diablo ha sido cumplida, mientras que el filósofo que había tenido la arrogancia de contestar:—«Yo soy bastante para deshacer la obra de Cristo», ha quedado como un charlatán jactancioso.

Cuanto más se lee á Voltaire menos se comprende su rabia contra el cristianismo. El que amaba tanto la libertad, la verdad, la luz, la mansedumbre, ¿cómo es que no vió que el *Infame* había consagrado con su muerte la redención del género humano? ¿Y en qué tiempo eran más feroces sus ataques contra el cristianismo? Cuando todos los monarcas sus amigos introducían en sus códigos algo de la luz del Evangelio; cuando aquella Catalina II, á quien él llama *Semíramis del Norte*, y aquel Federico, á quien también bautiza con el pomposo título de *Salomón del Norte*, modificaban en Rusia y Prusia las leyes sobre los siervos; cuando el marqués de Beccaria hacía que hasta el rey de Suecia reformase su legislación penal en sentido cristiano; cuando por todos los horizontes asomaba la luz de un nuevo día, día de reparación para el derecho oprimido, de expansión para la inteligencia ofuscada, de igualdad y de unión para todos los hombres divididos en rangos insalvables, como si no pertenecieran á la misma especie y vinieran del mismo tronco.

Nadie más que Voltaire estaba en la obligación de ve-

nerar la doctrina del Crucificado, porque siendo toda ella ley de amor para la humanidad, un hombre como él era el último que hubiese podido desconocer su carácter y sus beneficios.

Pero la vanidad era superior en Voltaire á la pasión por la verdad que devoraba su alma.

Ser el destrucctor de una obra divina era para su orgullo tanto como haberla creado. Por eso no perdona ningún recurso de los infinitos en que abunda su mente privilegiada. A su erudición, realmente portentosa, hace falsear los hechos; á su espíritu, claro como ninguno, torcer el rumbo de la apreciación juiciosa; á su buen gusto, acendrado en el crisol de los mejores estudios, convertirse en la alberca de donde fluyen todas las inmundicias de un criterio depravado á fuerza de licencia.

Hay momentos en que Voltaire se zabulle en el sarcasmo como habría podido hacerlo el último escandaloso aventurero de las letras.

Contestando, por ejemplo, al abate La Guené, que le agobiaba con sus acusaciones de ignorancia sobre la historia del pueblo hebreo, rompe de repente la discusión seria y le pregunta de cuántas maneras se lavaban los judíos después de haber ido á la *garde-robe*. Los apóstoles todos son para él *miserables piojosos;* de María, la dulcísima madre del Salvador, dice blasfemias que á fuerza de chabacanas dejan de ser blasfemias.

Es imposible leer algunos de esos trozos de controversia sin experimentar frío en el corazón. Su grande espíritu se empequeñece hasta la rastrería; su inmenso saber cae en la ignorancia ramplona; su chispa, que en otras ocasiones ilumina como un faro, no despide luz ninguna, sino puramente el chisporroteo fétido de un candil moribundo.

«La imagen de ese grande hombre expirante me afligió profundamente»; escribía el helado D'Alembert á Federico II dos días después de la muerte de Voltaire. Es lo mismo que me he dicho siempre cuando he leído algunas

de las páginas de que vengo hablando. Por esto creo yo que las almas medianamente sensibles á lo bello y á lo bueno, descartarán en la lectura de las obras del patriarca de Ferney sus folletos de polémica religiosa, los que, para la crítica moderna, no tienen valor ninguno si se exceptúa el que tienen para el anticuario hasta las obras más groseras del arte.

VII

Como vulgarizador de las ciencias es preciso tenerle en cuenta servicios muy importantes.

El fué el primero que dió á conocer en Francia los descubrimientos de Newton sobre el sistema del mundo y sobre la luz.

Atacar entonces el *cartesianismo* era mucha audacia; triunfaba en las escuelas, en la academia, en la opinión. Hasta el ministro d'Aguesseau se sintió herido por los *Elementos de la filosofía de Newton*, y mandó que se suprimiese su venta en todas las librerías del reino.

Mientras tanto, Voltaire estudiaba matemáticas, física, química, anatomía humana, ciencias naturales, y en todas ellas, al decir de sus biógrafos, hacía notables adelantos.

Fué uno de los concurrentes al premio ofrecido por la academia de las ciencias sobre el tema: *naturaleza y propagación del fuego*, y su memoria obtuvo el *accesit*. Tomó por divisa este dístico que, según el tantas veces citado Condorcet, por su precisión y energía no es indigno del autor de la *Henriade:*

> Ignis ubique latet, naturam amplectitur omnem
> Cuncta parit, renovat, dividit, unit alit.

El premio fué dado al ilustre Eulero, por quien en la carrera de las ciencias no era humillante para nadie ser vencido.

La disputa sobre la *medida de las fuerzas* ocupaba entonces á los matemáticos. Voltaire, en otra memoria presentada á la academia y aprobada por ella, tomó el partido de Descartes y de Newton contra Leibnitz y los Bernoulli, y hasta contra la marquesa de Châtelet, que se había hecho *leibnitziana.*

«Estamos lejos, agregar, de pretender que estas obras puedan añadir algo á la gloria de Voltaire, ó que puedan merecerle un lugar entre los sabios; pero el mérito de haber hecho conocer á Newton á los francesas que no son geómetras, el verdadero sistema del mundo y los principales fenómenos de la óptica, puede ser contado en la vida de un filósofo».

Antes de concluir este capítulo, séame permitido recordar una de las polémicas más curiosas de Voltaire y de que muy pocos tienen conocimiento. Esta polémica la motivó el doctor en medicina J. P. Marat con la publicación en Amsterdan de una obra suya en tres volúmenes intitulada: *El hombre ó principios y leyes de la influencia del alma sobre el cuerpo y del cuerpo sobre el alma.*

¿No es verdad que es curioso ver cómo el monstruo que ideó y llevó á cabo las matanzas de septiembre, creía en el año de 1777 en la espiritualidad del alma y en todos los fenómenos que de ese antecedente se deducen?

Léase un trozo del libro de Marat:

«El pensamiento hace vivir al hombre en el pasado, el presente y el porvenir; lo eleva por encima de los objetos sensibles, lo trasporta á los inmensos campos de la imaginación; extiende, por decirlo así, á sus ojos los límites del universo; le descubre nuevos mundos y le hace *gozar de la nada misma*».

Voltaire replica:

«Os felicitamos de todo corazón por aquello de *gozar de la nada;* es un gran imperio el que tenéis en vuestras manos; reinad en él; pero ¡por Dios! insultad un poco menos á las gentes que valen alguna cosa».

«Es curioso, concluye, que un médico como el señor Marat cite dos romances, el uno llamado *Eloísa* y el otro *Emilio*, en vez de citar á Boerhawe y á Hipócrates. Pero es así como se escribe en nuestros días: se confunde todos los géneros y todos los estilos; se afecta ser ampuloso en una disertación física, y hablar de medicina en epigramas.

«Cada cual puja como puede para sorprender á sus lectores. Por todas partes vemos á Arlequín que hace su cabriola para divertir al público».

¡Cuán molesto no debió sentirse el gran Marat al verse flagelado de tal manera por Voltaire!

¡No estar vivo todavía, debió exclamar más de una vez, para enviarlo á la guillotina!

Aquí doy por concluída la primera parte de mi tarea, es decir, la que tiene por objeto manifestar lo que queda de Voltaire en filosofía, poesía, historia y ciencias.

De su filosofía, lo he dicho ya, no queda nada, puesto que no profesó ninguna. De su deísmo tampoco creo que haya sobrevivido gran cosa, pues hoy no hay sino muy pocos deístas á su manera.

El racionalismo moderno excluye á Dios de la escena como una figura innecesaria. No le necesita para nada; tiene á la naturaleza, *á la gran madre de todas las cosas*, y esto le basta.

Sin embargo, de Voltaire queda algo que pocos ven, á pesar de sentirnos todos más ó menos poseídos, sin saberlo ni quererlo, de su deletérea influencia. Ese algo es el espíritu de duda burlona, irreverente, cínica, que desafía la conciencia pública, como la harapienta prostituta que desde el fango de la calle apostrofa impúdica á la respetable hermana de caridad.

La atmósfera que respira la Francia todavía está cargada de los miasmas de Voltaire. Su misma *gaîté gouloise* está impregnada de volterianismo.

En el mundo de la ciencia, de la crítica literaria, es otra

cosa. Pocos leen sus obras, unos pocos menos las estudian, y nadie las imita ni podría ni querría imitarlas.

Su chispa, que es lo que no merecía morir, no puede remedarse. De modo que para que todo sea triste en este hombre extraordinario, que fué todo risa, su nombre, ayer tan grato á la filosofía, no es hoy para ella nada más que un recuerdo muy descolorido. Sólo para los devotos no puede morir: le maldicen hoy con el mismo furor que ayer, y le maldecirán mañana como hoy.

Rousseau cuando supo su muerte escribió, al margen de un retrato que de él conservaba, estas palabras:

Plus bel esprit que grand génie,
Sans moeurs, sans loi et sans vertu,
Il est mort comme il a vecu,
Couvert de gloire et d'infamie.

No tenía Rousseau derecho para expresarse así. El no era ni más gran genio, ni más virtud, ni más nada que Voltaire. En lo único que lo aventajaba era en la desgracia, pero no supo sacar de ella ni la compasión de sus contemporáneos, ni la veneración cariñosa de la posteridad.

Iba á cerrar el capítulo, cuando me acuerdo de que en Chile todos hablan de Voltaire y son poquísimos los que han leído una sola de sus obras. Le alaban de oídas y le maldicen de oídas. Un honorable diputado se hizo un alto honor en asegurar al Congreso que no había leído de Voltaire una sola línea.

Yo, por el contrario, me alegro de haber leído casi todas sus obras, lo que quizás no creerá nadie. El *Ensayo sobre las costumbres* lo traduje á la edad de quince años. Unicamente dos ó tres comedias y tres ó cuatro opúsculos insignificantes se han escapado de mis lecturas de treinta y cinco años. Y hoy que estoy con un pie en la senectud, no tengo embarazo en repetirlo, porque á más de que mi

fe religiosa ha salido intacta de tantas pruebas, he aprendido algo que alegra la tristeza de mis últimos días.

VIII

La segunda parte de este estudio se reduce á extractar y traducir de la última edición de las obras de Voltaire hecha por Emilio de la Bedollière y Jorge Avenel algunas noticias desconocidas, no sólo en Chile, sino en Francia misma.

Atiéndase, pues, á las peripecias por que han pasado los restos mortales del que fué Voltaire y lo que se conserva de ellos después de haber dormido noventa y ocho años bajo de tierra.

A partir de su permanencia en Inglaterra, dicen los autores citados, la vida de Voltaire por Condorcet es un sumario exacto, bien que descuida algunas particularidades, como por ejemplo, la determinación tomada por los filósofos en 1770 de elevar una estatua al patriarca.

La comisión encargada de recoger la suscripción se componía de Diderot, Suard, el caballero de Chatelux, Grimm, Saint Lambert, Necker, de Schombery, Marmontel, D'Alembert, Sorin, el abate Raynal, Hebretins, Bernad, el abate Arnaud, el abate Morellet y madame Necker.

El rey de Prusia y el de Dinamarca se suscribieron como Rousseau.

La ejecución de la estatua fué confiada al célebre Pigal.

Condorcet omite también recordar que algunos días después de su triunfo en el Teatro Francés, el 7 de abril, Voltaire se hizo iniciar en la fracmasonería. Fué recibido en particular por el conde Strogonoff, y en la logia de las *Nueve hermanas* por el astrónomo filósofo Lalande. La ceremonia se hizo entoda forma. Se leyeron versos, hubo banquete, y M. de La Dixmerie, hombre de letras, coronó la fiesta con la improvisación siguiente:

Qu'au seul nom de l'ilustre frère
Tout maçon triomphe aujourd'hui,
S'il reçoit de nous la lumière,
L'univers la reçoit de lui.

Condorcet tampoco dice qué suerte corrieron los papeles de Voltaire. Desde 1774 el gobierno había dado orden para que, tan pronto como se supiese la muerte del filósofo, se procediese á su aprehensión. Pero los papeles escaparon. En 1778 la mayor parte de ellos estaban en manos del editor Panckouke y el resto pasó á Rusia con la biblioteca que la sobrina de Voltaire cedió á la emperatriz Catalina. Entre otros manuscritos que componían este último lote, el marqués de Villette señala en el diario LA CRÓNICA (1791) un almanaque del cultivador, hecho para el pueblo y destinado á reemplazar los cuentos y predicciones de Mateo Laensberg.

IX

Queda ahora la historia póstuma.

Los restos mortales de Voltaire reposaban á la entrada de la Iglesia de la abadía de Scellières, donde habían sido llevados furtivamente á consecuencia del rechazo del cura de San Sulpicio para dar sepultura al filósofo. La abadía iba á ser vendida como bien nacional. En marzo de 1793, el marqués de Villette, á solicitud de un gran número de ciudadanos, dirigió á la Municipalidad de París una reclamación tendiente á que al fin se llenase un deber sagrado para el genio universal que más honrara á la Francia y á París, tierra de su nacimiento. La Municipalidad pasó esta reclamación al comisario M. Charron, oficial municipal, para que rindiese el correspondiente informe.

Al abrirse las sesiones de la asamblea nacional el 8 de mayo siguiente, uno de los secretarios dió lectura al informe de M. Charron, dirigido al presidente:

«La abadía de Scellières, cerca de Romilly (departamento de l'Aube), donde reposan las cenizas de Voltaire, acaba de ser vendida. En mi calidad de comisario encargado por el Cuerpo Municipal del examen de la demanda relativa á la traslación de estas cenizas á París, se acaba de dirigirme una carta, por la cual se me hace saber que los amigos de la constitución de Troyes piden su posesión. Se me adjunta con ella una deliberación del consejo general de la comuna de Romilly, por la cual se ha acordado que los restos de Voltaire sean divididos.

«Alarmado de estas disposiciones, no teniendo tiempo para pedir la convocatoria del Cuerpo Municipal y pensando que la asamblea nacional quiera pagar á la memoria de Voltaire el tributo de reconocimiento que la nación le debe, y convencido de que la ciudad de París, más que ninguna otra, tiene el derecho de reclamar la posesión de las cenizas de este grande hombre, nacido y muerto dentro de sus muros, donde la patria agradecida acaba de consagrar un monumento para los grandes hombres, me atrevo á suplicaros, señor presidente, que demandéis provisoriamente un decreto, por el cual se ordene que el cuerpo de Voltaire sea trasportado en el acto á la Iglesia de Romilly, autorizando al señor Taverau, alcalde de dicho lugar, para que los restos preciosos de aquel grande hombre sean conservados intactos hasta que la Asamblea Nacional tenga á bien ordenar su traslación á París.»

Regnault de Saint-Jean d'Angély fué el primero que tomó la palabra después de la lectura de este informe.

«Señores, dijo: los restos de un grande hombre pertenecen á la nación. Voltaire fué el único que rechazó el fanatismo; que aleccionó á la ignorancia. Voltaire está inhumado en Scellières; las municipalidades vecinas se disputan el honor de conservar sus restos. Toca á la nación entera tomar un partido en esta demanda. Yo pido. pues, que Voltaire sea colocado en el rango de los grandes

hombres, y para ello tengo el honor de proponeros el siguiente decreto:

«La Asamblea Nacional decreta que el cuerpo de María Francisco Arouet de Voltaire sea trasferido de la Iglesia de la abadía de Scellières á la Iglesia parroquial de Romilly, bajo la vigilancia de la Municipalidad del dicho lugar de Romilly, la que quedará encargada de velar por la conservación de este depósito hasta que haya sido evacuado por la Asamblea el despacho de la solicitud de que acaba de darse lectura.»

Lanjuinais.—Un escritor célebre ha dicho: «Voltaire merece los agradecimientos, pero no la estimación del género humano.» Si este juicio es verdadero, creo que sería más prudente pasar á la orden del día.

Treilhard.—Yo os recordaré que Voltaire en 1764 anunciaba esta revolución de que somos testigos, y la anunciaba tal como la veis. Sentía no poderla contemplar con sus ojos, pero aseguraba que los hijos de las generaciones futuras gozarían en todas su plenitud de sus espléndidos beneficios.

A él la debemos y es él quizás uno de los primeros para quienes decretamos los honores que destináis para los que han merecido bien de la patria,

El abate Coutourier.—Se compara á Voltaire con un profeta. De consiguiente, yo pido que sus reliquias sean enviadas á Palestina.

Treilhard.—Voltaire fué durante su vida despedazado por la ignorancia y el fanatismo; así, no es extraño que todavía se halle entre sus garras.»

La Asamblea Nacional, no habiendo tenido que escuchar más indicaciones que las de Coutourier y Gombert, adoptó sin otra discusión el proyecto de Regnault, y unos cuantos días después, el 31 de mayo, oyó el informe siguiente de su comité de constitución:

INFORME SOBRE LA TRASLACIÓN DE LAS CENIZAS DE VOLTAIRE Á SANTA GENOVEVA HECHO Á NOMBRE DEL COMITÉ DE CONSTITUCIÓN, POR M. GOSSIN.

«Señores: el 30 de mayo de 1778 se rehusó á Voltaire los honores de la sepultura. Toca al reconocimiento nacional consagrar este mismo día, pagando así su deuda al que preparó á los hombres á la tolerancia y á la gratitud. Sí, señores: la filosofía y la justicia reclaman para la época de su triunfo aquella en que el fanatismo perseguidor ha tentado proscribir su memoria.

«Las cenizas de Voltaire, que fueron arrojadas de la capital, habían sido recogidas en la Iglesia de la abadía de Scellières. La venta del lugar de su sepultura ha excitado el celo de la Municipalidad de París, que ha reclamado la posesión de aquellos restos preciosos.

«Las ciudades de Troyes y de Romilly han hecho otro tanto, y una de ellas había acordado que se dividiesen. De igual manera dos ciudades de Italia se disputaron un día los manes de un poeta célebre.

«Habéis ordenado á vuestro comité de constitución que os informe sobre la petición de la Municipalidad de París. Pues bien: su opinión es que Voltaire, nacido y muerto en esta ciudad, sea trasladado de la iglesia de Romilly, en que se halla depositado provisoriamente, al monumento destinado á recibir las cenizas de los grandes hombres por la patria reconocida.

«El título de *grande* ha sido concedido á Voltaire en vida por la Europa asombrada; muerto, todas las naciones han consagrado su inmortalidad. Voltaire creó un monumento que reposa así en los más grandes beneficios, como en las más sublimes producciones del genio. Voltaire ha echado por tierra el fanatismo, desbaratando los hasta entonces idolatrados por nuestras antiguas instituciones, arrancando el velo que cubría todas las tiranías.

Qui sert bien son pays, n'a pas besoin d'aieux.

«Los siervos del monte Jura le vieron sacudir el árbol antiguo que vosotros acabáis de desarraigar. El fué quien gritó venganza para los Sirven y los Calas, asesinados en nombre de la justicia; él fué quien gritó venganza para la humanidad entera antes que vosotros borraseis de nuestros códigos sanguinarios las leyes que inmolaron á tan célebres víctimas.

«La nación ha recibido el ultraje inferido á este grande hombre, y la nación lo reparará; y los franceses, devueltos á su libertad, discernirán al libertador del pensamiento el honor que ha recibido de ellos uno de los fundadores de la libertad. Estoy encargado de presentar el siguiente proyecto de decreto:

«La asamblea nacional, después de haber oído el informe de su comité de constitución, decreta que María Francisco Arouet Voltaire, es digno de recibir los honores discernidos á los grandes hombres y que, en consecuencia, sus cenizas sean trasladadas de la iglesia de Romilly á la de Santa Genoveva de París».

Oído este informe, Régnault tomó todavía la palabra y se expresó como sigue:

«Cuando uno mi voz á la de aquellos que, justos apreciadores de los hombres, reclaman para Voltaire y para el honor de la Francia el rango que le pertenece entre los genios que la han ilustrado, cuando vengo á proponer una modificación al decreto del comité, no es sólo á los talentos á los que rindo homenaje; no es al espíritu más distinguido de su siglo, al hombre á quien la naturaleza no ha reemplazado todavía en el globo; no es á aquel que ejerció en todas las artes, en todas las ciencias, el despotismo del talento. Todos esos títulos, por preciosos que sean, no bastarían para decidir á los representantes de la nación francesa á conceder al filósofo de Ferney los honores que se solicitan para sus cenizas. Yo los reclamo para el filósofo que entre los primeros se atrevió á hablar á los

pueblos de sus derechos, de su dignidad, de su poder, en medio de una corte corrompida.

«Voltaire, que tuvo la debilidad de ser cortesano, hablaba á los cortesanos el austero lenguaje de la verdad. Compensaba la manera como esculpía los vicios de los tiranos de todas las naciones, con algunas lisonjas á los déspotas que todavía lo encadenaban.

«Su mirada de águila leyó en el porvenir y percibió la aurora de la libertad, de la regeneración francesa, cuyas semillas sembrara con tanto coraje como cuidado.

«Sabía que para que un pueblo pueda ser libre, es preciso que deje de ser ignorante. Sabía que no se encadena á las naciones sino en las tinieblas, y que cuando las luces vienen á alumbrar la vergüenza de sus cadenas, enrojecen de arrastrarlas, quieren romperlas, y las rompen efectivamente en mil pedazos, pues querer y hacer es la misma cosa para una gran nacion.

«Voltaire escribió la historia, y la escribió á pesar de hallarse rodeado de esclavos, de censores reales y de déspotas, como hombre libre y como filósofo atrevido.

«Repetiré aquí las palabras de un amigo de la libertad que le alababa doce años há como es preciso alabarle hoy. Ducis decía en su discurso de recepción en la academia francesa:

«La historia moderna antes de él llevaba todavía el sello de aquellos tiempos bárbaros en que los opresores y los tiranos de las naciones eran los únicos contados en la especie humana, en que el pueblo y todo lo que no es más que hombre no valían absolutamente nada.

«Los gobiernos habían cambiado, el hombre había entrado al menos en una parte de la posesión de sus derechos; pero la historia, herida todavía por la antigua servidumbre, no daba un paso adelante, parecía hallarse en pleno feudalismo. No se atrevía á creer en la independencia del pueblo y rechazaba á éste de sus anales, como

lo habían en otro tiempo rechazado de sus palacios los reyes y los cortesanos.

«Voltaire, señores, es el primero que sintió y señaló el lugar que la dignidad del hombre debía ocupar en la historia; el primero que quiso que la historia, en vez de ser el cuadro de las cortes y de los campos de batalla, fuese en adelante el de las naciones, el de sus costumbres, el de sus leyes, el de su carácter, y el primero también que consiguió lo que se proponía.

«Polybio había escrito la historia guerrera; Tácito y Maquiavelo la historia pólítica; Bossuet la historia religiosa; pero á nadie sino á Voltaire cupo el honor de escribir la historia filosófica y moral.

«De este modo ese hombre extraordinario, que ha fecundado entre nosotros todos los campos de laliteratura, hizo con su ejemplo una verdadera revolución en la historia. Pues bien! esa revolución preparó la nuestra. (*En votación! en votación!*) No resisto ya á la impaciencia de la asamblea. Mi indicación no tiene necesidad de ser motivada, y la enuncio sencillamente en estos términos:

«Se levantará á expensas de la nación una estatua á Voltaire.»

Esta moción fué adoptada, pero la asamblea hizo más: decretó la traslación de las cenizas de Voltaire al Panteón.

He aquí cómo el Mónitor del 13 de julio do 1791 relataba esta imponente ceremonia:

«El domingo 10 del corriente el procurador síndico del departamento y una diputación del cuerpo municipal se situaron, el primero en los límites del departamento y la segunda en la barrera de Charenton, para recibir el cuerpo de Voltaire.

Un carro de forma antigua llevaba el sarcófago que contenía el ataúd. Ramos de laurel y de encina, entrelazados con rosas, mirtos, etc., cubrían el carro, en el cual se leía estas dos inscripciones:

Si l'homme est creé libre il doit se gouverner.
Si l'homme a des tyrans, il doit les détrôner.

Varias diputaciones, tanto de la guardia nacional como de las sociedades patrióticas, formando un acompañamiento numeroso, condujeron el cuerpo hasta las ruinas de la Bastilla. Su ataúd, antes de ser allí depositado, se mostró á la multitud inmensa de espectadores, y los aplausos rompieron el religioso silencio.

Bosquecillos guarnecidos de flores cubrían la superficie de la Bastilla. Con las piedras provenientes de la demolición de esta fortaleza se había formado en su cumbre una roca á cuyo alrededor lucían diversos atributos y alegorías. Se leía en una de esas piedras:

Recois en ce lieu où t'enchaîna le despotisme,
Voltaire
Les honneurs qui te rend la patrie.

La ceremonia de la traslación al Panteón francés había sido fijada para el lunes 11; pero una copiosa lluvia caída en la noche y la mañana obligó postergarla para el día siguiente. Sin embargo, como todo estaba preparado y la lluvia había cesado, no se creyó preciso retardarla: el cortejo se puso en marcha á las dos de la tarde.

He aquí el orden que se observó: un destacamento de caballería, zapadores, tambores, artilleros y los jóvenes alumnos de la guardia nacional, la diputación de los colegios, y las sociedades patrióticas con diversas divisas. Se notaba ésta:

Qui meurt pour sa patrie, meurt toujours content.

Diputación numerosa de todos los batallones de la guardia nacional, grupo armado de los cargadores del mercado. Los retratos en relieve de Voltaire, J. J. Rousseau y Désilles, rodeaban el busto de Mirabeau, obsequiado

por Paloy á la comuna de Argenteuil. Esos bustos iban rodeados de los camaradas de D'Assas y de los ciudadanos de Varennes y de Nancy. Los obreros empleados en la demolición de la Bastilla, teniendo á su cabeza á M. Paloy, llevaban cadenas, balas y corazas encontradas cuando la toma de aquella fortaleza. Sobre una parihuela iban *El proceso verbal de los electores de* 1789 y *La insurrección parisiense* por Dussaulx. Los ciudadanos del barrio San Antonio, llevando la bandera de la Bastilla con un plano de aquella fortaleza representado en relieve, marchaban haciendo círculo á una ciudadana en traje de amazona, uniforme de la guardia nacional, que había concurrido al sitio y toma de la Bastilla. Les seguía un grupo de ciudadanos armados de picas, en una de las cuales se alzaba un gorro frigio con esta divisa. *De este hierro nació la libertad.* El cuadragésimo modelo de la Bastilla, destinado para el departamento de París, llevábanlo los antiguos guardias franceses, vestido con el traje de su regimiento. Marchaban detrás la sociedad de los Jacobinos (se notó que esta sociedad no quería reunirse con las otras); los electores de 1789 y 1790; los cien suizos y los guardias suizos; una diputación de los teatros precediendo la estatua de Voltaire, la que iba rodeada de pirámides cargadas de medallones en que se leía los títulos de sus obras. La estatua de oro, coronada de laurel, era llevada por hombres vestidos á la antigua. Las academias y los literatos rodeaban un cofre de oro, que contenía los sesenta volúmenes de sus obras, regaladas por Beaumarchais.

Diputación de las secciones, jóvenes artistas, guardias nacionales y municipales de diversos lugares del departamento de París y un cuerpo numeroso de música vocal é instrumental. Venía en seguida el carro.

En su centro había un lecho fúnebre en el que se veía reclinado al filósofo, y á la Fama colocando una corona en su cabeza. El sarcófago estaba adornado con estas inscripciones:

Vengea Calas, La Barre, Sirven et Montbally.
Poète, philosophe, historien il a fait prendre un grand essor
a l'esprit humain, et nous à preparés à devenir libres.

Tiraban el carro doce caballos gris-perla (dos de estos caballos habían sido ofrecidos por la reina María Antonieta) puestos de cuatro en fondo y conducidos por hombres vestidos á la romana y á la griega. Inmediatamente después del carro venían la diputación de la asamblea nacional, el departamento, la Municipalidad, la corte de casación, los jueces de los tribunales de París, los jueces de paz y el batallón de los veteranos. Un cuerpo de caballería cerraba la marcha.

El cortejo siguió por los bulevares desde la plazoleta de la Bastilla y fué á detenerse frente al teatro de la Opera. El busto de Voltaire adornaba el frontis del edificio. Mil y mil guirnaldas de flores guarnecían los medallones en que se leía: *Pandora*, *El templo de la gloria*, *Samson.*

Luego que los actores hubieron coronado la estatua y cantado un himno, volvió á ponerse en marcha el cortejo, siguiendo por los bulevares hasta la plaza de Luis XV, el muelle de la Conferencia, el Puente Real y el muelle Voltaire.

Delante de la casa del marqués de Villette, en la cual está depositado el corazón de Voltaire, se había plantado cuatro sauces muy altos, los que estaban unidos por guirnaldas de hojas de encina, formando una bóveda de verdura en medio de la cual había una corona de rosas que se arrojó en el carro en el momento de pasar.

En el frontispicio de esta casa se leía:

Son esprit est partout et son cœur est ici.

La señora de Villette colocó la corona sobre la estatua de oro. Vióse derramar á esta amable matrona abundantes lágrimas arrancadas por los recuerdos que le producía

la ceremonia. Delante de esta casa se hahía también construído un anfiteatro que estaba lleno de niñas vestidas de blanco, con una corona de rosas en la cabeza, un cinturón azul y una corona cívica en la mano. Se cantó al son de una música ejecutada en parte por instrumentos antiguos, estrofas de una oda de Chénier y Gossin. Hecho esto la señora de Villette y varias otras damas, vestidas de blanco, con cinturones y cintas de tres colores, se incorporaron á la comitiva, precediendo al carro.

Se hizo una paradilla delante del teatro de la Nación. Las columnas de este edificio estaban decoradas con guirnaldas de flores naturales. Un rico cortinaje encubría la entrada. En el frontis se leía esta inscripción: *Il fit Irène à quatre vingtrois ans.* En cada una de las columnas el título de una de las piezas de teatro de Voltaire, encerradas en treinta y dos medallones.

Uno de sus bustos, coronado por dos genios y en cuya base se había puesto esta inscripción: *A dix-sept ans il fit Œdipe*, se había colocado en el antiguo sitio de la Comedia Francesa, calle des Posses Saint Germain. Delante del teatro de la Nación se ejecutó un coro de la opera *Samson.* Después de esta estación, el cortejo continuó su marcha, llegando al Panteón pasadas las diez de la noche. Se depositó el ataúd, pero para ser trasladado luego á la iglesia de Santa Genoveva y colocado allí al lado de Mirabeau y de Descartes.

Esta ceremonia ha sido una verdadera fiesta nacional. Este homenaje á los talentos de un grande hombre, al autor de la *Henriade* y de *Brutus*, ha merecido la aprobación universal. Se notó, sin embargo, que algunos emisarios esparcidos entre la multitud criticaban con amargura el lujo de la fiesta; pero también se vió que fueron obligados á guardar silencio.

Por todas partes se veía bustos de Voltaire coronados de flores: se leía las máximas más conocidas de sus inmortales obras. Ellas estaban en los labios de todo el mundo.

En toda la larga travesía de este grandioso cortejo, una multitud innumerable de ciudadanos obstruía las calles, las ventanas, los techos de las casas. El orden que reinó en la fiesta fué admirable; ni un solo accidente vino á perturbarlo. Los aplausos más estrepitosos acogían á los diversos grupos que componían la marcha.

No se puede menos de elogiar el celo y la inteligencia de los que han organizado esta fiesta. A. David y Cellerier se les debe una mención honrosa. El primero suministró los dibujos del carro, que es un modelo del mejor gusto. El segundo se ha distinguido por su actividad para dar cumplido remate á esta fiesta y por la ingeniosa manera de decorar la plazoleta de la Bastilla».

....

....

Jorge Avenel, que es el que ha tenido la paciencia de recoger todos estos datos, y á quien he traducido á la letra para conservar, si es posible decirlo así, el sabor peculiar de aquellas relaciones, continúa después exponiendo una multitud de noticias que sólo conocen los que han podido leer la última edición de las obras de Voltaire, hecha bajo su inspección y la de su colega Emilio Labedollière por encargo de los redactores del SIGLO.

La parte que sigue es la más interesante, por cuanto nos revela una historia odiosa, que hasta aquí había sido considerada como una broma. Los documentos son irrecusables; de modo que los editores no han tenido que tomarse más trabajo que coordinar su exposición:

«Después de haber expuesto la vida de Voltaire, dicen; nos queda todavía que dar á conocer la violación nocturna de que fueron objeto su tumba y la de Rousseau, á pesar de hallarse las cenizas de estos dos grandes hombres bajo las bóvedas de un edificio nacional y de haber la Francia consagrado su memoria por una ley que hasta ahora no ha sido derogada.

«Ya á la muerte del patriarca, el cura de San Sulpicio

había rehusado dar sepultura á Voltaire. Después el obispo de Troyes, monseñor Baral, sabiendo que el cura de Romilly había inhumado el cuerpo en la abadía de Scellières, había prometido encolerizado que lo haría desenterrar y arrojar al agua. En fin, en 1791, cuando la apoteosis, un grupo de doscientas personas, en su mayor parte eclesiásticos, jansenistas y curas habían protestado contra lo que llamaban *el transporte de Voltaire.*

«Veáse ahora lo que se hizo veintidós años después de la apoteosis, en 1814, á la vuelta de los Borbones, sin ruido, sin ley, sin decreto ninguno, y todo ello sin más motivo que un odioso complot de algunas *personas piadosas.* Tomamos la relación de aquel suceso á M. P. Lacroix (bibliófilo Jacob) que lo supo de los labios mismos de uno de los sacrílegos, M. Puymorin, director de la Moneda:

«Una noche del mes de mayo de 1814, los huesos de Voltaire y de Rousseau fueron extraídos de las cajas de plomo en que habían sido encerrados. Se les metió en un saco de tela y se les llevó en un coche que se hallaba apostado detrás de la iglesia. El coche se puso en marcha lentamente, acompañado de cinco ó seis personas, entre ellas los dos hermanos Puymorin, y llegó por calles desiertas, cosa de las dos de la mañana, á la barrera de la Gare, frente de Bercy. Allí había un vasto terreno cercado, el cual había formado parte del antiguo perímetro de la Gare que se había destinado para depósito del comercio del Sena, depósito que nunca ha existido más que en proyecto.

«Ese terreno, pertenecienete entonces á la ciudad de París, no había recibido hasta ese día destino ninguno: sus alrededores estaban invadidos por tabernas y guardillas.

«Una fosa profunda había sido preparada en medio de ese terreno vago y abandonado en que otros personajes esperaban la llegada del extraño convoy de Voltaire y de Rousseau. Se vació el saco lleno de huesos sobre una capa de cal viva, y después se le cubrió de tierra hasta que la

fosa se hubo rellenado. Hecho esto, los autores de la última inhumación de Voltaire la pisotearon silenciosamente y tomaron en seguida el coche, satisfechos de haber cumplido, según ellos, con un deber sagrado de realistas y de cristianos.

«Ojalá, decía M. de Puymorin, que hubiese sido posible sepultar para siempre con los restos de estos dos filósofos impíos y revolucionarios sus doctrinas perniciosas y sus detestables obras».

Desde 1814 los sarcófagos de Voltaire y Rousseau quedaron, pues, vacíos. El 29 de diciembre de 1821 se hizo el aparato de abrirlos, como si ellos encerrasen alguna cosa. El Panteón había recobrado su nombre monárquico: *iglesia de Santa Genoveva*. Muchos misioneros predicaban allí todos los días. El clero exigió que se trasladasen las tumbas á los subterráneos situados bajo el peristilo y fuera de la iglesia. Como era natural, no se procedió á la averiguación de si las tumbas estaban ó no vacías. Del proceso verbal constaba sólo que una caja de encina, encerrada en el sarcófago, había sido reconocida por contener los restos de Voltaire, pero *sin que hubiese sido abierta.*

Para protestar contra tamaños desacatos tuvo lugar en esa época una fiesta masónica en honor de Voltaire, y de la cual la señora de Villette, á pesar de su avanzada edad, fué la heroína.

He aquí el texto mismo del proceso verbal de la traslación:

«El año de 1821, el 29 de diciembre, á las diez de la mañana, en cumplimiento de la decisión de S. E. el ministro de lo interior, á nosotros transmitida por el señor consejero de estado, director de los trabajos de París, y relativa á las disposiciones para ejecutar en la capilla subterránea de la nueva iglesia de Santa Genoveva en que se encuentran depositados provisoriamente desde muchos años los sarcófagos de Voltaire y de J. J. Rousseau, nosotros C. E. Delvincourt, adjunto al alcalde del duodécimo distrito, deca-

no de la facultad de derecho, miembro de la Legión de Honor, caballero de la orden de San Miguel, etc., y H. N. Marriegue, comisario, nos hemos transportado á la nueva iglesia de Santa Genoveva, y estando allí, hemos encontrado al señor L. P. Baltard, arquitecto de la dicha iglesia, al señor J. A. Boucault, inspector de los trabajos, á F. M. Jay, inspector adjunto, y J. Etienne, guardián de los subterráneos, el cual nos ha conducido en seguida á la capilla subterránea, cuya puerta de entrada se halla colocada en frente de los edificios del colegio Enrique IV.

«Allí el dicho señor Baltard nos presentó dos sarcófagos de madera que hemos reconocido por los de Voltaire y J. J. Rousseau, por los emblemas, bajos relieves é inscripciones que los decoran, de los cuales hay algunos gastados por el tiempo.

«Habiendo invitado al maestro que acompañaba al dicho señor Baltard á que procediese á la abertura del sarcófago de Voltaire, que estaba colocado al lado del medio día, teniendo en frente su estatua de mármol blanco, hízolo así, sacando de su interior una caja de encina, larga de un metro noventa y dos centímetros, cerrada por dos bandas de fierro, formando escuadra, y por dieciseis grandes clavos.

«El dicho Etienne, guadián, nos dijo que esta caja *encerraba los huesos de Voltaire.* En consecuencia, hemos reconocido que era imposible, por razón de su dimensión, hacer transportar este sarcófago al través de las galerías subterráneas. Lo hicimos desmontar con cuidado y en seguida llevar por partes á la sala abovedada que se encuentra en la extremidad de la principal galería subterránea.

«Allí lo armamos de nuevo y lo colocamos en la bóveda practicada á mano izquierda de la sala volviendo á poner en su interior, *sin haberla abierto*, *la caja que ha sido reconocida por contener los huesos de Voltaire.*

«Terminada esta primera operación, entramos en la capilla subterránea haciendo proceder á la apertura del sar-

cófago de J. J. Rousseau, que estaba colocado del lado norte de dicha capilla, por un obrero de maese Meulen, cerrajero que vive frente del Panteón, por motivo de no encontrarse la llave de este sarcófago. Verificada su apertura, se sacó de lo interior una caja de plomo que lleva en su superficie una inscripción que dice:—*Hic jacent ossa J. J. Rousseau*, 1778. La dicha caja tiene de largo un metro setenta y nueve centímetros, de ancho cincuenta y tres centímetros, y de alto treinta y seis centímetros; dos fuertes anillos movibles de fierro la refuerzan en sus extremidades.

«El guardián nos dijo que esta caja contenía la osamenta de J. J Rousseau. Hicimos desmontar pieza por pieza el sarcófago y transportarlo en seguida á la bóveda de la derecha, practicada en la sala en que acababa de ser depositado Voltaire. Allí lo hicimos armar y poner dentro, *sin que haya sido abierta* la caja de plomo que encierra los huesos de J. J. Rousseau, y habiendo en seguida hecho cerrar la puerta del sarcófago con la llave que acababa de hacer el obrero de maese Meulen, pasamos á formular este informe.

Hecho y cerrado en París á...

DELVINCOURT.—H. N. MARRIEGUE—BALTARD— JAY.—ETIENNE.»

Los sarcófagos quedaron sepultados en sus agujeros hasta 1830. Cuando el 4 de septiembre de este año se les sacó de su prisión para reinstalarlos en su lugar primitivo, estaban medio podridos por la humedad. Se les restauró, pero sin hacer ninguna investigación de su contenido.

En 1864 se vino, al fin, á pensar en ello. Habiendo tenido Napoleón III la intención de depositar el corazón de Voltaire, reliquia proveniente de la testamentaría Villette, al lado de las otras partes del cuerpo del filósofo, es decir, en su sarcófago del Panteón, le dijo el arzobispo Darboy:

«Pero, señor, ¿no sería preciso antes de hacer nada saber si *queda algo de Voltaire?*

«De muchos años atrás corre el rumor de que su sarcófago se encuentra vacío».

Dicen que se verificó la investigación, y que dió por resultado lo que había dicho á Napoleón monseñor Darboy.

Es sensible que no se haya instruído al público sobre este asunto, como lo es también que esos dos pobres sarcófagos se hayan encerrado en nichos de madera, prisión menos húmeda pero no menos indigna que los subterráneos oscuros de la Restauración.

No queda, pues, de Voltaire nada más que el corazón, el cerebro, un calcáneo y dos dientes.

El corazón.—Luego que Voltaire murió se procedió, sin perder un momento, á la autopsia del cadáver; el marqués de Villette hizo extraer para sí el corazón. Puso la preciosa víscera en un vaso de metal lleno de una preparación química. Lo trasportó al castillo de Ferney, de que era propietario, y hasta la revolución el corazón estuvo allí expuesto como en una especie de templo. Para esta reliquia Villette hizo este verso tan conocido:

Son esprit est partout, mais son coeur est ici.

Cuando la apoteosis, el corazón se encontraba en París, y fué expuesto delante del palacio del marqués al pasar el carro fúnebre. Se le llevó después á Pont Saint Maxence, donde la familia de Villette tenía una propiedad. Es de creer qae esta traslación se verificase á la muerte del marqués en 1793. La señora de Villette, después su hijo Voltaire-Villette, que no tenía de edad sino unos cuantos meses cuando falleció su padre, fueron los únicos guardianes del tesoro.

Habiendo muerto Voltaire Villette en 1864, los herederos ofrecieron á la Francia el corazón de Voltaire, por cuya adquisición infinito número de ingleses habían hecho ofrecimientos considerables. La academia francesa desdeñó el presente; las bóvedas del Panteón no eran seguras;

se decidió que la reliquia fuese depositada en la Biblioteca Imperial.

El 16 de diciembre de 1864, Duruy, ministro de instrucción pública, se trasladó á la Biblioteca, y allí, en presencia del administrador general de este establecimiento y de los miembros del comité consultivo, recibió de manos del señor León Duval, representante de los herederos, el corazón de Voltaire encerrado en un recipiente de metal dorado en el cual se lee:—«*El corazón de Voltaire, muerto en París el XXX de mayo de MDCCLXXVIII*». El ministro declaró tomar posesión de este precioso objeto y declaró también que sería provisoriamente conservado, con el respeto que piden los restos mortales de aquel grande hombre, en el local mejor guardado de la Biblioteca Imperial, es decir, en el departamento de las medallas, hasta el instante en que el estado de los trabajos permitiesen instalarlo definitivamente entre los departamentos de manuscritos é impresiones en el primer piso de la Rotonda que se halla en la unión de las calles de Richelieu y Neuve-des-Petits-Champs, pieza que sería dispuesta al efecto para recibir, con el corazón de Voltaire, el original de la estatua de Hondon, las medallas acuñadas en su honor y la correspondencia manuscrita y obras impresas del inmortal escritor.

Se formó una acta de la entrega y de la recepción referidas.

El cerebelo.—El embalsamamiento del cuerpo de Voltaire había sido confiado al farmacéutico Mitouart, que pidió y obtuvo la autorización de apropiarse el cerebelo del grande hombre. En el año VII, Mitouart, hijo, que vino con el tiempo á ser miembro de la academia de medicina, escribió al ministro de lo interior para ofrecer la reliquia al gobierno republicano. «Si como lo han pensado todos los fisiologistas, decía, es en esa parte donde reside el genio, yo creo que *esa pieza anatómica* por pertenecer á quien perteneció, puede tener algún precio, y debe

por lo mismo ser uno de los principales ornamentos del Museo de historia natural».

El ministro Francisco de Neuf Château, después de haber dicho que el cerebelo de Voltaire estaría mejor colocado en la Biblioteca nacional que en el museo, rogó á Mitouart que llevase á este establecimiento la venerada reliquia, previniéndolo así á los conservadores de la Biblioteca.

El depósito, con todo, no se efectuó, pues 30 años más tarde, en 1830, Mitouart volvía á escribir al ministro de lo interior para ofrecerle el cerebelo de Voltaire; y su ofrecimiento quedó todavía sin aceptarse, pues que su sobrino, señor Verdier, pudo disponer 28 años más tarde de la misma reliquia en favor de la Academia francesa, que la desdeñaba, como debía desdeñar luego el corazón. En fin, si hemos de creer lo que se dice, el cerebelo de Voltaire, ofrecido en vano á diversos establecimientos públicos, se halla todavía en manos de la señora de Mitouart, nieta del miembro de la Academia de medicina.

Tal es la historia de ese pequeño órgano que ha cambiado la faz del mundo.

El calcáneo.—Cuando la exhumación de Voltaire en Scellières se desprendió un calcáneo, que un curioso tuvo la buena idea de apropiarse.

Se le ve figurar después en el gabinete de historia natural del señor Maudonnet, propietario cerca de Troyes. La reliquia inspiró á un poeta, miembro de la sociedad académica del departamento de Aube.

Los dientes.—Cuando la misma exhumación se desprendieron dos dientes. Uno tocó al oficial municipal señor Charon, encargado de presidir la traslación de las cenizas de Voltaire á París. El otro fué dado á Antonio Francisco Lemaire, redactor de las *Cartas... patrióticas del padre Duchesne*, y que se encontraba ligado con el marqués de Villette.

Un primo heredó este diente, que Lemaire llevaba en un medallón, en el cual se leía:

> Les prêtres ont causé tant de mal sur la terre,
> Que je garde contre eux une dent de Voltaire.

Después de esta larguísima tarea, sólo me resta soltar la pluma y pedir á mis lectores perdón por haberles quitado unos cuantos instantes de su precioso tiempo. ¡Vale tanto hoy una hora!

Los teatros, los clubs, los hipódromos, los paseos, los gimnasios del placer no dejan descanso. Se vive para gozar y no para aprender. En mi tiempo se mezclaba el culto de Venus al de los buenos estudios. El joven era calavera, pero calavera instruído, elegante, poeta, hombre de corazón. Hoy no es más que calavera, y aún así todavía, ¿quién sabe si á poco andar no se halla impedido de serlo?

El estudio que acabo de hacer me inspira estas reflexiones. Voltaire fué hombre de mundo, dado desde temprano á todos los refinamientos del gusto. Se deleitaba con el vino de Tockay y los faisanes engordados con carne de ganso y pasas de Corinto. Hacía el amor á la marquesa de Châtelet recitándole versos del Tasso y del Ariosto, y al día siguiente se recogía en sí mismo, tomaba la pluma y se dejaba llevar por ella, ora á los oasis encantados de su primorosa fantasía, ora á las tenebrosas profundidades de su mente indagadora y rebelde.

Para este hombre no hubo nada reservado. Los polvorosos archivos, panteón silencioso de las letras; los laboratorios de química y anatomía, ruidosos teatros de la curiosidad científica; los perfumados salones, centros de la elegancia y del deleite; las lujosas recámaras de los príncipes, los artificiosos gabinetes de las cortesanas, todo, todo fué para él motivo de estudio, tema inagotable de meditaciones, ya profundamente serias como el genio de la filosofía, ya diabólicamente grotescas como la risa de los faunos de la fábula.

Pero en medio de todo esto, que sin duda ninguna es atrayente en sumo grado, no se puede leer á Voltaire sin sentir algo de lo que experimentamos al conversar íntimamente con uno de esos encantadores muchachos á quienes la buena compañía rechaza en obsequio de ese no sé qué que se llama respeto á la opinión, por no poder decir otra cosa de más sentido.

Cuentan que Lammenais, sorprendido por Lacordaire en flagrante delito de lectura del diccionario filosófico, dijo á su amigo:

—¿Creeréis que este demonio, á quien he atacado sin leerlo, sabía más de lo que vos y yo creíamos?

—Puede ser muy bien, respondió el interpelado; pero por eso mismo conviene que ni vos ni yo tratemos de averiguar lo que sabía.

Concluiré, al fin, copiando un trozo de la bellísima composición que una dama enamorada del talento del patriarca publicó á los pocos días de su muerte, y cuando ya sabía la negativa del cura de San Sulpicio para darle sepultura. Sólo Arsenio Houssaye hace memoria de ella:

Celui qui dans Athènes eût adoré la Grèce,
Que dans Rome à sa table Auguste eut fait asseoir,
Nos Césars d'aujour d'hui n'ont pas voulu le voir,
Et Monsieur de Beaumont lui refuse une messe.
Oui, vous avez raison, curé de Sain Suplice,
¿Et pourquoi l'enterrer? ¿N'est-il-pas inmortel?
A ce divin génie on peut sans injustice
Refuser un tombeau, mais non pas un autel.



Los artículos en respuesta a don Teófilo Mostardi Fioretti, publicados por el señor Blanco en «El Mercurio» fueron recopilados por su autor en un folleto, suprimiendo todo aquello que no tenía razón de vivir después de apaciguada la cólera que le produjo. Queda, pues, en estos artículos sólo lo que interesa desde el punto de vista de una discusión literaria. (Advertencia del propio señor Blanco).

Al emprender la presente compilación se ha tenido á la vista el texto revisado por el señor Blanco, y no los artículos primitivos publicados en la sección editorial de «El Mercurio».

PRIMERA CONTESTACION

I

Antes de entrar en discusión con el señor T. M. Fioretti, á quien no tengo el honor de conocer personalmente, sino por la estela luminosa de sus escritos (entre ellos un opúsculo sobre Chile de veinte páginas), séame permitido avanzar una explicación respecto del móvil que tuve al emprender mi estudio sobre Voltaire, estudio que, por lo que veo, ha levantado más polvareda que la que yo me imaginaba al sacudir el polvoroso archivo de la filosofía francesa del pasado siglo.

Este móvil no fué otro que mostrar á la juventud que se dedica á las letras el camino que, á mi juicio, debe seguirse en la lectura de las obras del patriarca de Ferney, para no extraviarse del sendero de la verdad y caer al fin en el abismo que la mano terrible de aquel hombre singular cavara en nombre de la filosofía y para eterna confusión del espíritu humano.

¿Hay en esto un delito que deba castigarse ejemplarmente? ¿Hay siquiera una pretensión que ofenda la quisquillosa vanidad de los que aspiran al lauro de libre-pensadores? No lo creía, y tanto menos podía creerlo, cuanto que en mi estudio me ceñía al modesto papel de expositor de las doctrinas de los hombres de mi escuela, es decir, de los que, sin prevención de ningún género contra tales ó cuales ideas, toman por base la filosofía cristiana, que es,

diga lo que quiera el señor Fioretti, la única que sostiene el edificio de la civilización moderna.

Hecha esta salvedad, á la que agregaré de paso que al ofrecer al señor Lastarria ese estudio, que ha tenido la triste felicidad de hacer tomar la pluma al famoso filósofo italiano que por misericordia de Dios se nos ha entrado por las puertas, no lo hice con la intención de *incorporarme* en la *Academia de Bellas Letras* como miembro de ella, sino simplemente de *introducirme* allí como respetuoso asistente. Entremos pues en materia.

II

Desde luego el señor T. M. Fioretti comienza cometiendo un anacronismo imperdonable en un literato de su talla al decir que Le Franc de Pompignan se presentó á la academia francesa en 1776, siendo que su discurso de incorporación tiene la fecha 1760, fecha corroborada por la respuesta del abate Morellet bajo el título *Les si et les pourquoi* que tengo á la vista.

Pero pase que el señor T. M. Fioretti, por hacer más decidora su gratuita impugnación, haya postergado la fecha del discurso de Le Franc de Pompignan dieciséis años. Mas lo que no es posible que pase sin correctivo es que traiga á cuentas ese discurso para hacerme pasar como copiante. ¿Por qué no trascribe el señor Fioretti un solo trozo de esa pieza tan conocida por todos los literatos y lo confronta con alguno de mi estudio?

Le Franc de Pompignan no se contrajo en su discurso académico á impugnar sólo á Voltaire. Sus ataques fueron á todos los filósofos que estaban en candelero, y si bien allí se divisa el encono contra el que pasaba por patriarca, no hay injurias personales como lo supone el señor Fioretti, ni menos juicios críticos como los que yo he formado de la *Historia de Carlos XII*, *Siglo de Luis*

XIV y Ensayo sobre las costumbres. Y la prueba de ello es que Voltaire en sus folletos *Facetics parisiennes*, *Les Quand*, *Les Pour*, *Les Qui*, *Les Quoi*, *Les Car*, *Les Ah!* no responde á la crítica de tal ó cual de sus obras, sino que descarga contra su adversario una serie de pullas sangrientas.

Habla por ejemplo de sus *Poesías sagradas y filosóficas sacadas de los libros santos* y dice:

Sacrés ils sont, car personne n'y touche.
Et l'ami Pompignan pense être quelque chose?

«Rara coincidencia!... dice el señor T. M. Fioretti. En 1776, Voltaire vivo sirvió de *blanco* á la fe irritada del místico poeta Pompignan; en 1876, Voltaire muerto irrita la fe: de *Blanco* Cuartín, poeta místico!!...» El retruécano es ingenioso.

Hagamos un paréntesis.

Mi fe religiosa no se ha irritado en lo más mínimo al trazar el cuadro de la filosofía volteriana. ¿Y por qué ni para qué podría irritarse? Desde el momento que creo y digo que no queda nada de esa filosofía ó por mejor decir filosofismo, no había razón para que mi bilis católica viniese á esparcir sus tintes hepáticos en mi tintero. Sufre, pues, el filósofo T. M. Fioretti, un pequeño engaño suponiéndome encolerizado contra su divino maestro, y lo sufre todavía mayor bautizándome con el dictado de *poeta místico.*

Es un encanto este señor Fioretti! Piensa como Jacoliot y escribe como Paul de Kock! Véase si no esta preciosa muestra de *calembourg:*

«Pobre Voltaire!... ayer *Blanco* de los Pompignanes; hoy *Pompignan* de los *Blancos*!»

Con esto basta y sobra para pretender el cetro del *apropos.*

¿Y no podría yo hacer lo mismo con él, diciendo que su

artículo tiene algo de *mostaza*, y de *flores* y de espada sin punta, por aquello del *Mostardi* y del *Fioretti*?

Pero dejemos esto, que no es más que paja picada, para ocuparnos seriamente de la refutación de mi gratuito y formidable enemigo.

III

Asegura el señor T. M. Fioretti que su impugnación no tiene por objeto defender á Voltaire (porque ello sería la quinta esencia de la necedad), sino rectificar la verdad desfigurada y pagar un tributo al *Maestro* que venera.

Cualquiera al leer este introito creería que á renglón seguido iba a encontrarse con un raudal copioso de razones probatorias de mis absurdos; con todo un alegato ante cuya evidencia el mundo de las letras no podría sino arrojarme á empellones de su noble santuario.

¿Y cómo creeréis que mi contradictor desempeña la tarea? Vais á verlo.

Diciendo que no sólo por cortesía ó deferencia al señor Blanco Cuartín, sino porque en efecto su conciencia así se lo indica, quiere apresurarse á reconocer la justicia matemática de las palabras del nuevo académico con las cuales declara que *su trabajo no tiene más mérito que el deseo que lo ha animado.*

Diciendo que á su turno está perfectamente de acuerdo en declarar que él no asigna á su refutación mérito de ninguna especie, y que sólo pide al público indulgencia para responder, como discípulo ferviente, á las injustas y sangrientas acusaciones que *podrían fácilmente extraviar el respeto que el mundo intelectual del universo tributa hoy en masa al hombre más grande de la humanidad.*

Hagamos una paradilla.

Si mi estudio sobre Voltaire es un amasijo de absurdos que no tiene ni el valor de la originalidad, ¿cómo es que el

señor T. M. Fioretti teme que el mundo intelectual se extravíe perdiendo su respeto á ese grande hombre?

Este es un elogio que yo no me esperaba, y por ende vengo en cuenta que el señor Fioretti hace conmigo todas las cosas que se pueden hacer con su apellido. *Fioretto es sorta di passo di ballo*, *passeto* y también *spada senza punta e senza taglio.*

Tomaré, pues, el elogio arriba dicho por un *passo di ballo*, que paso de baile en toda la extensión de la palabra es su artículo que contesto, sin perjuicio de creerlo una *florecilla* arrojada al azar á mi pelada cabeza.

Entre tanto, el espíritu del maestro, como pueden notarlo mis lectores, no ha tenido por qué alegrarse de la defensa de su discípulo *ferviente.* Veamos si en lo que queda hay algo que pueda servirle de consuelo en la negra mansión qne habita.

IV

El señor Fioretti continúa diciendo que al tratar yo de presentar un estudio crítico de tal importancia y magnitud ante los ojos de una corporación de sabios (¡cómo se inflará la academia!), y en el cual se pretende juzgar desapasionadamente al genio más gigante de la humana familia, no debí limitarme á la simple lectura de una biografía del hombre, a quien pensaba juzgar alabando y maldiciendo de *oídos*, con la llapa de llamar apasionado al biógrafo que me sirvió de guía y que me suministró todos, absolutamente todos los puntos dignos de alabanza y maldición.

Hago otra parada.

No es sólo Condorcet el autor que he leído para mi estudio.

Lo que he hecho, como se ve por mis propias citas, es tomarle por guía para seguir cronológicamente la aparición de las obras de Voltaire.

Tengo á la disposición del señor Fioretti una colección de manuscritos míos que atestiguan que he estudiado la literatura del siglo XVIII más tal vez que todos los que pasan aquí por literatos. Desde el abate Andrés hasta Arsenio Houssaye no he dejado libro ninguno de los que versan sobre aquella época que no haya leído muy detenidamente.

Pero el señor Fioretti cree que porque he seguido la vida de Voltaire por Condorcet me he sujetado servilmente á sus juicios. Si así fuera ¿me atacaría él? ¿No ha sido Condorcet el que más encomios ha hecho de Voltaire? Luego, si todas mis observaciones salen de aquella fuente, ¿cómo es que las censura de erróneas, de atrasadas y mezquinas?

En mi juicio del *Ensayo sobre las costumbres* no sigo ni á Condorcet, ni á Villemain, ni á De Barante, ni á Desmarets; sigo sólo mi propia razón, que me manda, á un tiempo que confesar el mérito literario de esa obra, protestar en nombre de las ideas critianas que profeso contra el abuso que allí el autor hace de su odio sistemático y brutal contra el cristianismo.

En el juicio de la *Historia de Carlos XII* tampoco me he ceñido á copiar á Condorcet ni á nadie, puesto que estoy á bastante altura de polo para poder navegar sin que me lleven á remolque. En lo que respecta á las ideas políticas de Voltaire ¿qué dice su biógrafo? ¿Cita siquiera el folleto qué yo he citado para probar que en punto á política no tenía el maestro opinión ninguna definida y precisa? ¿Por qué no trascribe el señor Fioretti un solo trozo en que Voltaire se decida por una forma de gobierno? En su refutación al *Espíritu de las leyes* de Montesquieu se ve esto muy claro, pues que sólo se contrae á rectificar algunos hechos históricos que aquel da como indiscutibles. En la misma refutación del *Contrato social*, que yo trascribí en mi estudio, y que ni Condorcet, ni La Bedolliére, ni Avenel citan siquiera, hay una prueba irrecusable de lo que digo.

¿Qué amor á la libertad es ese que no prohibe á Voltaire prosternarse ante los pies de Catalina de Rusia, que fué la personificación del despotismo sanguinario y crapuloso?

¿Por qué atacó á Rousseau de una manera tan cruel y sin más motivo que haber pintado con unas cuantas pinceladas á Pedro el Grande?

El hombre que después de Rosbach, que fué la afrenta de las armas francesas, dirigió versos tan laudatorios al déspota que había vencido y humillado á su patria, no puede ser el primer hombre de la familia humana, como dice su *discípulo ferviente.* Será el primer lisonjero de los literatos.

¿Olvida el señor Fioretti lo que dice su maestro de Luis XV en el compendio histórico que le dirigió como historiógrafo de Francia?

¿No ha leído sus rastreras adulaciones á la Chateauroux, á la Pompadour, á la Dubarry y á todos los cortesanos de aquella horrible corte manchada con todo género de vicios y de crímenes?

No vayamos tan adelante y sigamos con el señor T. M. Fioretti, á quien dejé diciendo que yo no había tenido otra cantera de donde extraer mis piedras que la biografía de Condorcet.

«Debió él mismo, continúa, citar estos puntos recogiéndolos con sus manos y apreciándolos con su razonamiento, para dar á sus apreciaciones la idea original del *yo* que piensa y que discute, y que tiene, por lo tanto, el derecho de exigir el respeto para sus apreciaciones!

«Pero nada de esto hace el honorable académico. A pesar de conocer perfectamente todas las obras de su noble víctima, se limita á la apreciación de los puntos que llamaron la atención de Condorcet, y *los juzga muchas veces tan antojadizamente, condenándolos otras, que hacen estremecer de... pena*».

Aquí hay tantas palabras como desatinos.

Ya le he probado al señor Fioretti que no es sólo en Condorcet donde he bebido mis apreciaciones sobre Voltaire, pero lo que voy á probarle ahora es que no tiene ni siquiera la lógica de las mujeres en sus polémicas de trajes y peinados.

Si yo no he hecbo uso de mi *yo pensante*, como afirma, ó en otros términos no he apreciado con mi razonamiento el mérito de las obras de Voltaire, ¿cómo es que á renglón seguido de esa ridícula afirmación dice muy orondo que «*he juzgado muchos puntos tan antojadizamente y condenados otros que le hacen estremecer de pena?*»

Si he juzgado antojadizamente, he juzgado con mi *yo;* si he condenado de igual manera, no puedo haberlo hecho sino con mi *yo.* De donde se infiere que el señor Mostardi Fioretti me ha dado un golpe con su espada *senza punta e senza taglio.*

Léase otro trozo de la misma pluma:

«Creemos que una de las razones principales que influyen para que el genio y la inteligencia de ciertos hombres, aún ilustrados, no alcancen á comprender lo que leen y también *sendas veces* á comprenderse á sí mismos, es la mala voluntad».

¿Es posible, señor T. M. Fioretti, que me crea usted tan de mala voluntad que no llegue á comprender lo que leo; que, por ejemplo, de puro mal intencionado no haya reconocido en su *Zeus* una imitación de Jacoliot desteñida por una lengua que no es la suya, y que por lo mismo estropea usted de una manera atroz?

¿Qué mala voluntad ni que as de copas cabe en mí para el pobre Voltaire, que ya es menos que polvo, ni para usted, que levanta más polvareda con su literatura que con sus obras de ingeniero? Mala voluntad! ¿Y contra quién, lectores míos? Contra M. Cousin por el delito de haber plantado en 1830 la bandera del eclectismo!

Dejando á Voltaire en las astas del toro, el señor T. M. Fioretti da un brinco y se presenta en otro campo: en el

del eclectismo francés. Aquí sí que está imponente y magnífico.

«El señor Blanco, dice, declara que no puede darse cuenta de lo que constituye el racionalismo. Declara que no comprende lo bello, lo bueno, lo verdadero, sino en el caso de *que sean dictados* por las convicciones sin demostración que impone la fe».

Y bien, señor Fioretti, á quien desde hoy no llamaré sino *Pentapolin el del arremangado brazo*, ¿por qué no me prueba usted en qué consiste ese racionalismo que yo no entiendo? Si usted es tan fuerte en metafísica, ¿por qué se niega á darme una lección sobre la materia? Decir simplemente que yo no sé nada en el asunto, no es probar que usted sabe ni poco ni mucho; y como lo que usted pretende es demostrar mi ignorancia, es claro que el único modo de conseguirlo habría sido que usted me confundiese con su ciencia.

En resumidas cuentas, ¿qué es para el señor Fioretti el racionalismo? ¿Es filosofía que se basa en la razón infalible, ó puramente un sistema que para la indagación de la verdad tiene que partir del *yo absoluto* para todas las complicadas evoluciones del pensamiento?

En cualquier estremo que se ponga mi contradictor, tendrá que confesar que la razón no basta para ascender desde el pólipo hasta los astros en la escala de la investigación. ¿Qué es la razón? ¿Es acaso una facultad simple que tiene su raíz en el cerebro humano para trazarnos infaliblemente la huella del puerto final á donde debe arribar el alma al cabo de sus terrestres correrías? ¿O es nada más que el conjunto de las facultades intelectuales operando en el vasto taller de la naturaleza? Si la razón no es esto, sino el fruto necesario de las potencias del *intelecto;* si todavía, creyendo estrecha su esfera, quiere agraciársela con el papel destinado á la conciencia, siempre nos veremos forzados á confesar su impotencia una

vez extralimitada la raya de lo posible para el entendimiento humano.

El racionalismo es, pues, una filosofía destructora que ha pasado como pasa todo la movedizo é instable en las conquistas del espíritu. Y al pasar como sistema consagrado, ha dejado en su tránsito, no un reguero de luz que marca las etapas del *yo* pensante en su travesía exploradora, sino el humo pestífero de la pavesa.

¿No tendría la amabilidad el señor Fioretti de mostrarme cuáles son las bases y las consecuencias del racionalismo que toma bajo el patrocinio de su lanza y escudo de caballero andante?

VI

Continúa mi contradictor oficioso acusándome de que me hinco de rodillas ante la infalibilidad de la fe, es decir, ante la autoridad irrecusable de Roma y de los libros revelados.

No niego que me postro con la más profunda veneración ante los libros revelados, y que me levanto con orgullo ante los libros que el señor Fioretti considera como sagrados.

¿Es esta una temeridad? Pues soy temerario.

¿Es esto una paladina confesión de que soy ignorante, retrógrado y ultramontano?

Pues soy ignorante, retrógrado y ultramontano.

¿Quiere más humildad el orgulloso paladín del racionalismo moderno?

No vaya á enorgullecerse el señor Fioretti con este título; nó, porque hasta aquí no nos ha dado la más ligera muestra de que medio lo comprende. Es tarea fácil la de decir á un hombre que no sabe de lo que trata, pero dificilísima el enmendarle la plana comprobando ciencia y criterio. Por esto no me cansaré de repetir que mi contra-

dictor es el campeón que menos hazañas ha conquistado en la defensa de su causa.

«¡Qué hermoso papel el mío!» debe decirse á sus solas el señor T. M. Fioretti al releer el artículo que ha consagrado á este pobre pigmeo, redactor del MERCURIO!! «Oh! qué hermoso papel el que me he impuesto gratis, para confundir á esos miserables malandrines follones que tienen la audacia de reirse de los hombres como yo, de esos sabios que, dejando la bella Italia, cuna de Savonarola y de Pico de la Mirandola, vienen á este suelo, tierra de bárbaros, sin más objeto que redimirlos del cautiverio de la ignorancia!»

Hay manías que los *alienistas* del día no han tomado en cuenta. Esquirol, que es el que mejor ha caracterizado las enfermedades del espíritu, no dedica un solo capítulo á la *monomanía literaria*, que es una de las más terribles dolencias de la edad moderna.

Y es de sentirlo, porque no es sólo el señor T. M. Fioretti el que adolece de este achaque; Francia, Italia, el mundo entero, están llenos de estos monomaníacos peligrosos. No parece sino que el hombre hubiese nacido con la protuberancia de rebelarse contra la naturaleza, trocando los papeles por puro gusto de ponerse en ridículo, y ambicionando precisamente el puesto que no le cupo en suerte.

El señor T. M. Fioretti es un testimonio vivo: es ingeniero, y de puro intruso se presenta como literato; es hombre dado á las ciencias exactas, y sin más que por dar un mordisco al fruto prohibido, se muestra atragantado y jadeante, y como diciendo:—«Mírenme ustedes como me atoro con la metafísica!» Decididamente la Academia de Bellas Letras le debe un asiento.

No se enoje mi contradictor. Su artículo es todo menos que una refutación en regla; es una taracea de trapos de distintos colores, sacados al azar y buscados con el más pésimo gusto de que teníamos noticia.

Quiso probarme que yo había copiado á Le Franc de

Pompignan, y salimos con que el tal ni escribió su discurso en 1776, como lo afirma para darse el placer de idear un centenario *sui generis*, ni dijo aquél una sola palabra de lo que yo escribí en mi estudio sobre Voltaire.

Quiso después anonadarme con la acusación de haber seguido servilmente á Condorcet, y el mismo patentiza que he juzgado antojadizamente, desentendiéndose del libro que me servía de norte.

Quiso confundirme con mi ignorancia sobre el racionalismo, y después de haber escrito largas columnas, atestadas de garrafales disparates, resulta que el *maestro* Fioretti es el maestro Ciruela que no sabe leer y pone escuela.

Por último, quiso vindicar la memoria de su *maestro*, del que por lo visto no ha leído una sola obra, y ha quedado en la estacada, ofreciendo el espectáculo de un desfacedor de entuertos filosóficos que vuelve á su madriguera con su celada hecha trizas y su espada completamente sin punta ni tajo, como un cuchillo de palo.

De modo que si el señor Fioretti no se corrige en su monomanía, tendrán que rogarle los racionalistas, volterianos y libre-pensadores que deje por Dios de meterse á paladín oficioso de su causa. ¿No le basta á este señor con que su *Zeus* (que viera yo comido de perros) haya merecido el honor de ser trasladado al idioma alemán?

¿Para qué quiere más?

Pero nó; su amor propio le lleva hasta buscar camorra á los pobres que como yo pasan su vida retirados en el humilde rincón testigo de sus penas y de sus desengaños. Carlos V se entretenía en San Justo en ir á recordar á media noche al pobre lego que cuidaba de las campanas. Caprichos de rey! Por eso sin duda el señor Fioretti ha querido venir á sacarme de mi retiro tirándome á la cara su sandalia.

No hablaré más por ahora, reservándome seguir á mi contradictor hasta la última piedra en que de seguro habrá de venir á descansar pronto.

SEGUNDA CONTESTACION

I

El señor T. Mostardi Fioretti continúa poniéndome en la dura necesidad de contestarle.

Este señor, á quien no conocía más que para servirle (y no es hiperbólica la frase, puesto que el MERCURIO se apresuró á dar su notoriedad á su *estudio* sobre Chile), este señor, digo, á quien no había dado en mi ya larga vida motivo alguno, ni el más remoto, de queja ó desabrimiento, de buenas á primeras, ó como quien dice *allá va eso!* me espeta todo un diccionario de burlas y de injurias con el pretexto de haber yo en mi estudio sobre Voltaire ajado la memoria del patriarca y desconocido los inmensos servicios del racionalismo á la causa de la verdad, que es la gran causa de la filosofía.

El señor T. M. Fioretti comienza la segunda parte de su impugnación con esta frase que doy como modelo de dicción á los estudiantes del primer año de gramática:

«*Después de la estupefacción que le toca á la vista de los despojos de Cousin y sobretodo á la idea de que la razón sin fe puede ser más digna de fe que la fe sin razón*, dice que á lo menos el neo-platonismo alejandrino se había contentado en sus locuras con hacer de la razón una divinidad subalterna, pero que para el racionalismo reinante no hay valla posible».

Por supuesto, el autor de este magnífico trozo se apresurará á confesar alborozado que he dicho verdad en cuanto á las pretensiones que asigno al racionalismo, y para que todos se impongan de su cabal y generoso asentimiento agrega:

«El racionalismo moderno lo abraza todo, es decir *todo lo que es susceptible de ser apreciado por la razón*. Lo demás,

es decir *la nada*, lo abandóna sin pesar ni sentimiento á su intransigente antagonista, la fe».

Parece increíble que un hombre que ha venido de puro intruso á levantar una discusión filósofica, no haya tenido la previsión de hacer siquiera un modesto acopio de doctrina ¿Qué quiere decir *la nada* para el filósofo? Para la filosofía no hay ese término, puesto que hasta la más imperceptible molécula de la materia y el más insinificante fenómeno moral, son *algo*. Para el materialista todo lo que existe es *sustancia;* porque todo es elemento componente de la fuerza creadora y organizadora que distingue como primer atributo á la naturaleza. Para el espiritualista, hasta la más ligera modificación del espíritu es también *algo*, porque siendo el espíritu *indivisible*, *uno* y *eterno*, su misma naturaleza le obliga á reconocer el carácter de *indibisibilidad*, *unidad* y *eternidad* en todas sus emanaciones.

No puede comprender este señor T. M. Fioretti cómo la fe puede avenirse con la razón, siendo, en su concepto, aquélla una intransigente antagonista de ésta.

Para probar esta tesis habría sido preciso que nos hubiese definido primero lo que son ambas entidades y seguido después manifestando los diversos senderos que recorren hasta llegar cada una de ellas al punto final de descanso. ¿Qué cosa es razón? Es facultad simple de la inteligencia, ó el conjunto de las potencias del espíritu? Cualquiera de estas dos cosas que la razón sea, ella no es suficiente para conducirnos á la solución definitiva de la verdad filosófica, y no lo es por cuanto la verdad filosófica es perfectible, y siendo perfectible es variable, y siendo variable es *contingente*, todo lo cual le arrebata el carácter de infalibilidad que le asignan los racionalistas.

Pero el señor T. M. Fioretti cree que con su razón es capaz de subir desde el alga hasta Saturno, y después de sacudir á éste las barbas, de tomar la pluma y describirnos la generación del universo desde su rudimentario em-

brión hasta la majestuosa y espléndida forma en que la contemplamos.

¡Pobre señor Fioretti! El, que tanto nos babla de la libertad sin trabas de la razón; él, que tanto se deleita con el despotismo de su *yo* pensante y volente, no sé cómo podría componérselas para demostrar que su razón no es esclava de la verdad. ¿Podría la razón con toda su libertad é infalibilidad no confesar que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos? ¿Podría la razón negar que no comprende los fonómenos sustanciales de la vida? ¿Puede la razón apreciar como acción digna de premio el crímen, y la virtud como merecedora de castigo? La razón no es, pues, libre sino para indagar; para juzgar es enteramente esclava de la verdad. Sólo los locos ó los fatuos pueden jactarse de tener una razón sin este freno.

En vista de esto, el racionalismo que el señor T. M. Fioretti defiende sin conocer ni haber leído un solo filósofo, á pesar de sus pretensiones de *filósofo persa*, nos parece, volvemos á repetirlo, una monstruosidad que no tiene más objeto que engreir el orgullo del hombre hasta levantarlo á la suprema altura de Dios.

II

Federico Schlegel en su *Historia de literatura antigua y moderna* dice en la página 155 (traducción de Patricio de la Escosura): «Las dos partes de nuestra revelación, la tradición de Moisés y la anunciación del Cristo, son, aunque de un modo diverso, el centro de toda la historia del espíritu humano.

«Más que las obras del espíritu de cualquiera otra nación, las escrituras sagradas de los hebreos forman un todo aparte; por esto se les llama con razón un *libro divino*, en que todo se enlaza á un mismo objeto desarrollado sin interrupción durante siglos. Este libro es *uno*, porque no

tiene sino un asunto: el hombre y el pueblo de Dios; es un libro para todos porque su contenido es siempre simbólico para todas las edades siguientes y encierra el tipo de la humanidad entera. Este contenido y este asunto aunque en el fondo son una misma cosa, pueden, sin embargo, comprenderse y presentarse bajo un doble aspecto: así es que el libro sagrado tiene también un doble centro, ya que algunas parte principales y escrituras tienen relación con la palabra de vida, como también con la libertad y la redención que deben efectuarse por ella.

«Cuatro partes principales del Antigno Testamento se refieren principalmente como á un centro común á la iglesia de la antigua alianza ó al pueblo elegido de Dios. En el Génesis, la Tora ó ley mosaica, los libros históricos y los Profetas, es donde vemos representados el origen y la primera constitución de la antigua Iglesia; el modo cómo ésta se elevó sobre las ruinas del mundo primitivo y de la más remota época patriarcal; después su fundación propia, su legislación completa y su composición orgánica; en tercer lugar, en los libros históricos, el destino, los crímenes, las pruebas y las vías milagrosas del pueblo escogido; en fin, en los Profetas, el renacimiento, la gloria espiritual y la futura conclusión de la iglesia, como promesa que corona el conjunto. El maravilloso libro del Génesis, si bien escrito y coordinado por Moisés en una época ya posterior, presenta en todas partes el sello del mundo primitivo cuyos restos se encuentran en cada una de las sílabas que lo componen: es el Evangelio de la antigua alianza. El nos descubre el gran misterio del hombre y encierra la llave de toda revelación, sirviendo también particularmente para descifrar y explicar los geroglíficos del mundo primitivo, que sin esto sería incomprensible. En él encontramos una verdadera certidumbre acerca del origen del mal sobre la tierra, que las otras doctrinas antiguas, las cosmogonías poéticas y *las Vedas* paganas, tienen siempre por principio. En vez de la falsa *Maya* de los in-

dios vemos la verdadera Eva, madre de todos los hombres; de qué modo fué conducido el hombre por la serpiente al fruto de la falsa ciencia, y cómo el árbol entero de la creación terrestre fué herido de muerte y de esterilidad en el mismo instante de la caída del primer hombre, que era su rey. Vemos el origen de todas las acciones inspiradas por el demonio en Caín y en su raza maldita; de qué manera se extendió ésta por el mediodía y por el sur, en el país de Cham, y cómo la magia y el culto del infierno han llegado á ser y han quedado dominantes en una gran parte de la humanidad. Babel nos demuestra luego el primer origen de todos los trastornos políticos y la dispersión eterna de los pueblos y de los estados y cómo se han extendido al norte y al este de la tierra, y han pasado de un hemisferio á otro. Descubrimos en esta historia del mundo primitivo, el lazo de las verdades divinas y de las santas tradiciones, subsistiendo oculto en medio de los progresos siempre en aumento de un culto de la naturaleza, y sin romperse jamás en el intervalo que trascurre desde Adán, padre del género humano, hasta Abraham, con el cual empieza la época de una fe particular en la Providencia, unida á una sumisión completa de la voluntad del hombre á la de Dios».

Como se ve, el sabio Schlegel era mucho más modesto que el sabio T. M. Fioretti, reconociendo en los libros revelados el límite de donde no puede pasar, sin despeñarse, la razón humana en sus peregrinaciones indagatorias.

Pero para mi contradictor lo mismo es el Corán que la Biblia, Jesucristo que Mahoma; y todas las grandes lumbreras de la humanidad, entre ellas Newton, que veneraba los libros sagrados, menos que los faroles de papel de los racionalistas, cuya luz mortecina antójaseles más pura y radiante que la del cielo.

¿No tiene noticia mi contradictor de los estudios de Champollion tendientes á aprobar las verdades genésicas? ¿No es hoy fuera de duda que el cristianismo, á pesar de

los Renan y Fioretti (dispense Renan la comparación), ofrece cada día nuevas pruebas de la divinidad de su origen?

III

Sin decir nada para rebatir mis afirmaciones sobre este punto de mi estudio, concluye al fin cerrando magistralmente el capítulo, con esta tirada:

«Basta de preámbulos y sigamos á nuestro académico que ya entra al fondo de la cuestión para mostrarnos patentemente lo que queda de Voltaire.

«Nos alegramos mucho, continúa, de que el señor Blanco Cuartín llame á Voltaire el padre legítimo del racionalismo moderno. Esta aseveración tan auténtica nos pone á cubierto de ser apostrofados por los necios con el nombre de *bastardos*, y nos proporciona la honrosa satisfacción de venerar públicamente *á nuestro noble y augusto padre.* Lo que nos duele es que todo un académico, á renglón seguido, olvidando la delicadeza y el respeto que se debe á sí mismo y á la ilustre corporación á la cual se dirige (y en cuyo seno no dudamos que existen discípulos fieles de Voltaire), se exprese de este modo»... (Copia aquí un párrafo de mi estudio).

¡Qué delicado es el señor T. M. Fioretti!

Sin embargo, yo le pregunto y conmigo le preguntarán todos los que tengan un dedo de frente: Y bien ¿qué le importaba á usted señor Fioretti, que el señor Blanco Cuartín dijese que la era en que vivimos es una era de descomposición y embrollo? ¿Es acaso usted el apoderado del siglo XIX? Sobre todo, ¿qué vela tenía ni tiene usted en el entierro que Blanco Cuartín acaba de hacer al patriarca de Ferney?

Decididamente, el señor T. M. Fioretti es hombre pintiparado para entrometerse en todo y por todo.

¿No era yo dueño de defender una tesis cualquiera en

un discurso académico? ¿No se defienden todos los días en todas las academías del mundo el pro y el contra de las cuestiones filosóficas, políticas, literarias, económicas, artísticas, etc.?

Si todos fueran como el señor T. M. Fioretti, el académico que no ha mucho defendió á Descartes en su sistema de la emisión de la luz no habría quedado bueno para nada. Empero, la Academia de Medicina de París ha escuchado sin repugnancia al doctor Richard sobre su sistema de las ventosas secas por toda terapeútica, y la Academia de Ciencias Morales y Políticas ha oído y publicado en sus anales discursos que, considerados á la luz de la ciencia del día, son verdaderas añejeses, ataviadas con solemne y elegante traje.

¿No recuerda el señor T. M. Fioretti el discurso aquel en que Rousseau desarrolló el bárbaro tema de que las ciencias y las artes, lejos de mejorar la condición de la especie humana, sirve para corromperla?

¿No recuerda tampoco que hace dos años ofreció al instituto médico de Florencia un doctor compatriota suyo una memoria en que se sostiene que la tisis debe curarse en todos sus períodos con el jugo de la uva?

¿Y por qué no salió un contradictor á rebatir al doctor de las uvas, á quien bien podía habérsele llamado discípulo ferviente, nó de Hipócrates, sino de Noé?

Sigamos adelante.

El señor Fioretti, después de las vaciedades de que ya hemos tomado nota, entra á defender á Voltaire como filósofo. Ved cómo le defiende:

«Voltaire, dice, es el creador de la verdadera filosofía, es decir, de la filosofía *lógica* y *natural*. No tuvo necesidad de profesar ninguna de las que hasta entonces formaban el arsenal de la filosofía, pues se proponía crear la verdadera filosofía, que, según él, consiste en dirigir al hombre racionalmente».

Magnífico! Ni el mismísimo demonio hubiese podido

estampar cosa más linda. «No tuvo Voltaire necesidad de profesar ninguna filosofía, porque se proponía crear la verdadera filosofía». Esto no tiene semejas. Según esa doctrina, los que se propongan crear, no digo una filosofía, que eso ya es mucho cuento, pero ni siquiera un par de chanclos, deben profesar la ciencia, ó el arte, ó el oficio mecánico á que se refiere la obra de su creación. Ahora caigo, ¡tonto de mí, en el busilis de la dificultad. El señor Fioretti dice eso para evitar que le pregunten cómo no siendo literato ni filósofo se mete á buscar controversias sobre filosofía.

Continúa mi contradictor diciendo que «Voltaire, para crear la verdadera filosofía, tuvo que despreciar la antigua filosofía de la India y del Egipto, patrimonio exclusivo de la casta sacerdotal; que alejarse de la griega, *modificando* la doctrina de Pitágoras, basada especialmente sobre la necesidad de elevarse hacia Dios por medio de la contemplación y de la meditación, despojando á Sócrates de los falsos atavíos con que lo había adornado su discípulo Platón; y, finalmente, que tuvo que acercarse á Zenophon ó Jenofonte, enemigo del politeísmo, y de consiguiente el que fundó la idea más racional de un Dios único é invisible: el Dios de Voltaire».

Entremos un poquito la podadera en esta enmarañada maleza.

Téngase bien presente que el señor Fioretti, en el trozo que acabo de trascribir, apunta tres hechos capitales:

1.º Que Voltaire modificó la doctrina de Pitágoras.

2.º Que despojó á Sócrates de los falsos atavíos con que lo había adornado su discípulo Platón.

3.º Que se acercó á Zenophon para fundar la idea del Dios único é indivisible.

Estos tres capítulos darían materia para un libro si el señor Fioretti, que anda de prisa en metafísica, no me impusiese la dura tarea de recurrir al arsenal de mis recuerdos.

Desde luego, Voltaire no modificó ni pensó en modificar á Pitágoras, porque su filosofía, si es que tuvo alguna, no tenía punto ninguno de contacto con la de aquel filósofo.

Cualquiera que tenga la más leve tintura de la filosofía pitagórica ó itálica, como se la denominó en su tiempo, verá que es un absurdo, ó mejor, una sandez de marca mayor, el pretender que Voltaire haya podido modificar un sistema enteramente contrario al suyo. Pitágoras, á quien se atribuye el famoso descubrimiento del *cuadrado de la hipotenusa*, fundaba toda su filosofía en los números, es decir, en el resultado matemático de las comparaciones entre el mundo de la *verdad geométrica* y el de la *verdad moral*, que no tiene más cifras comprobatorias que la conciencia. Los números eran para él la base de las *ideas absolutas*, *relativas*, *contingentes*, el principio elemental de esa *unidad* que bajo el título de *mónada* sirve en su concepto de embrión á la interminable familia de las ideas. De consiguiente, para el filósofo de Samos, Dios es la unidad por excelencia, absoluta, eterna, y el alma una mónada que, despejada necesariamente como una incógnita aljebraica, viene á completar la armonía numérica en que se sostiene el edificio del mundo moral, cuyas columnas son esa *unidad absoluta* de que vengo hablando.

Todo en Pitágoras obedece á la ley de los números. En el sistema planetario el sol es la unidad máxima; en el sistema moral el *bien* es la unidad por excelencia; en fin, todo le que existe en la naturaleza, comenzando por el hombre, está basado y regido por una ley matemática que, superior á todo contraste ó *desarmonía*, vivirá por los siglos de los siglos para consuelo, orden y regocijo de la humana especie.

Ahora bien: ¿en dónde está el punto de contacto de la doctrina pitagórica con la doctrina de Voltaire, cuyo Dios carece de todos los atributos que le asignamos los cristianos (excepto el de haber creado lo que existe), y para

quien no sólo no hace falta el alma del hombre, sino que vendría á ser un apéndice innecesario?

He ahí, pues, una demostración palpable de que el filósofo Fioretti habla de filosofía como un papagayo.

Lo del despojo de Sócrates es una pajarotada que no merece contestación. ¿De qué despojó Voltaire á Sócrates? Sócrates creía en la Providencia remuneradora y vengadora, en la espiritualidad del alma; reconocía en estas dos creencias fundamentales la base de su filosofía, y Voltaire, mutilando á Dios de sus atributos, desdeña como ridícula la creencia, no sólo del alma espiritual, sino del alma material, en el sentido que le asignan los materialistas.

Por lo que toca á que Voltaire tomase á Aristóteles *el principio de la razón*, se me figura que el señor Fioretti se ha reído á carcajadas al ver escrito en letras de molde este estupendo despanzurro.

¿Principio de la razón? ¿Qué quiere decir ese geroglífico? Estoy por creer que el señor T. M. Fioretti, si le preguntan por *el principio del primer principio*, responde como el andaluz del sainete:—«Ese es el *sicut erat*». Voltaire se burla desapiadadamente de Aristóteles, concluyendo por decir en el corto capítulo que dedica al estudio de su *lógica*, estas palabras que valen un epígrama:

«Es verdad que el buen sentido natural y el hábito de raciocinar nos evitan las reglas de Aristóteles. Un hombre que tiene el oído fino y la voz entonada puede muy bien cantar sin las reglas de la música; pero vale más saberlas».

Al hacer la crítica de la *física* dice redondamente que no la entiende, pero que es más que probable que él se entendiera y le entendiesen los de su tiempo.

¡Cómo se ríe el patriarca de la doctrina aristotélica sobre los principios de los cuerpos! Se hace como que sujeta las carcajadas al examinar la *materia*, la *privación* y la *forma*, que tanto dieron que hacer al padre de los peripatéticos.

«La materia, dice, es indiferente para convertirse en

rosa ó peral; pero cuando es peral ó rosa, está privada de todo lo que la haría plata ó plomo. Esta verdad no valía ciertamente la pena de enunciarse; pero, en fin, no hay aquí nada de ininteligible ni nada impertinente».

Hablando de la *metafísica* de Aristóteles, Voltaire escribe á la letra:

«Siendo Dios el primer motor, hace mover el alma. Pero ¿qué cosa es Dios, según Aristóteles? ¿Qué cosa es el alma? El alma es una *entelequia*. Pero ¿qué quiere decir *entelequia?* Es, dice, un principio, un acto, una potencia nutritiva, sintiente y razonable. Todo eso, sin embargo, no quiere decir otra cosa sino que tenemos la facultad de sentir, de alimentarnos y de raciocinar. El *cómo* y el *por qué* son un poco difíciles de tomar. Los griegos sabían tanto de lo que era una *entelequia* como los topinambúes y nuestros doctos saben lo que es alma».

IV

¿Necesito todavía darme la pena de registrar libros para probar á mi público que el señor Fioretti es un Topinambú ó Topinambo en metafísica?

Para darle el último golpe, trascribiré aquí un trozo que se halla repetido en la *Enciclopedia moderna*, de que fué patrono el afamado Pedro Leroux, que en paz descanse. El artículo está basado en una crítica de Schlegel:

«Voltaire fué el primero que introdujo en Francia la filosofía de Locke y de Newton. Es notable que emplee rara vez la grandeza admirable de la naturaleza, cual se manifestaba entonces cada día más á descubierto por los progresos de la ciencia, para sacar de allí un motivo de alabar á su celeste autor, y que, por el contrario, se sirva de ella casi siempre para humillar al hombre, para despreciarle como un gusano insignificante, en comparación de todos esos soles y de todas esas esferas estrelladas;

como si el espíritu, como si el pensamiento que abraza todo ese mundo de soles y de astros, no fuese algo mucho más bello y más noble; como si Dios se pareciese á un monarca humano que, entre los millones de individuos sujetos á su poder, pudiera correr riesgo de olvidar á los habitantes de una pequeña aldea situada en la frontera de su vasto imperio y que jamás hubiese visto. En general, el siglo décimo octavo no ha hecho casi continuamente más que un uso funesto de las verdades de un orden superior, de los progresos de las ciencias naturales que recibió del siglo décimo sétimo como una preciosa herencia. *No se encuentra en Voltaire ni un verdadero sistema de incredulidad, ni en general principios sólidos ú opiniones filosóficas fijas, ni un modo particular siquiera de emitir la duda filosófica.* Así como los sofistas de la antigüedad hacían brillar su talento exponiendo y sosteniendo á su vez con la más bella elocuencia las opiniones más opuestas, del mismo modo Voltaire escribió primero un libro á favor de la Providencia, y después otro en el que la combate. Sin embargo, aquí á lo menos es bastante sincero para que pueda fácilmente conocerse en cual de las dos obras ha trabajado con más gusto. Por punto general se abandonaba, según su capricho y según las circunstancias, al espíritu de moda que le inspiraba su repugnancia por el cristianismo, y en parte también por toda especie de religión. *Bajo este aspecto su espíritu obra como un medio desorganizador para la destrucción t tal de toda filosofía grave, moral y religiosa.* Sin embargo, yo creo que Voltaire ha sido más peligroso por las ideas que ha acreditado en la historia que por sus amargas burlas contra la religión».

No concluiré sin hacer notar que el sabio T. M. Fioretti, que ayer no más me criticó de no haber bebido en otra fuente que en Condorcet, no halle en su biblioteca otra autoridad con qué comprobar á sus lectores que Voltaire es el creador de la que él llama verdadera filosofía.

Y dejo aquí la pluma para volverla á empuñar mañana

contra el que, sin consideración de ningún género, me ha obligado á entrar en una controversia ajena de mis ocupaciones de periodista.

Hay hombres de muchas especies en esta vida, y por cierto que he caído en las garras de uno que puede aspirar al cetro de Momo.

TERCERA CONTESTACION

I

La tercera impugnación del señor T. M. Fioretti, á pesar de venir en dos largas columnas de letra gorda y bien negra, puede reducirse, sin perder nada, á una cuartilla de papel. El, que me reprochó tanto no haber usado en el juicio de Voltaire de mi *yo pensante*, ocupa media columna con la traducción (por supuesto malísima) del trozo en que Condorcet resume su opinión sobre los beneficios de la filosofía de su maestro.

¡Rara coincidencia! El sabio Fioretti juzga la filosofía volteriana lo mismo que la juzgó el sabio Condorcet en 1789.

¿No tenía por ahí alguna otra autoridad más moderna que le sacase del atolladero en que está sumido hasta la punta de su bigote? Pero para él es bastante la pobre muleta que le sostiene. Véase cómo la maneja.

«Voltaire se formó, dice, un sistema particular todo suyo: creó la verdadera filosofía positiva que más tarde debía ser predicada por sus apóstoles *en todos los rincones* del universo. Mazzini debía vulgarizarla en Italia, Büchener en Alemania, Littré en Francia, Stuart Mill en Inglaterra, Draper en Estados Unidos, Lastarria en Chile».

Vamos despacio por las piedras.

¿Con que Mazzini vulgarizó en Italia la filosofía volteriana?

El *Dio e popolo* del célebre jefe de la *Joven Italia* no era el Dios ni el pueblo de Voltaire. Voltaire detestó siempre la democracia, como que era *filósofo de talón rojo*, y Mazzini se llevó urdiendo durante toda su larga vida planes y más planes de revolución socialista, que, por supuesto, se cuidaba muy bien de dirigir á la sombra para no comprometer su preciosa persona.

La religión católica era para Voltaire la guillotina del pensamiento. Había nacido oyendo los gritos y las maldiciones de las víctimas que la indiscreta revocación del edicto de Nantes había producido. Había retemplado en Bayle, Spinosa y Pascal las tres cualidades esenciales de su genio; la negación cínica bajo la forma de escepticismo burlón, la indagación constante disfrazada por la frivolidad, y el odio acerbo y profundo contra toda religión.

Pero en medio de todo esto, Voltaire no sólo no apoya, sino que condena la revolución política de los pueblos esclavos. A los parisienses de la Fronda les llama *Weelches de París*; á los miembros de la Liga, *singes cruels;* en fin en donde quiera que se trata de la lucha del pueblo con los gobiernos, siempre está del lado de éstos, condenando la revolución. ¿Por qué atacó el *Contrato Social*, que puede llamarse el prontuario de los gobiernos libres? ¿Por qué no perdonó á Montesquieu el haber cometido errores históricos en beneficio de las leyes que nadie hasta él había estudiado mejor en su espíritu?

Voltaire, pues, combatió el catolicismo en provecho de la libertad del pensamiento, que era la única libertad que amaba, mientras que Mazzini predicó y conspiró toda su vida contra la curia romana sin más propósito que implantar las doctrinas socialistas que en su cerebro de fuego tomaban la siniestra forma de una democracia voraz y desenfrenada.

Después de su descalabrada expedición al Piamonte en 1833, ¿cuáles fueron las ideas y los principios que la Europa le vió proclamar estupefacta? El mismo desgra-

ciado general Ramorino, á quien el demagogo genovés había empujado á la ruina (poniendo, se entiende, en salvo el pellejo), manifestó bien claro después que había sufrido respecto de su mentor el más crudo desengaño.

¿Habría Voltaire reconocido por discípulo suyo al fundador del *Apostolato popolare*, que hasta en Londres, tierra clásica de la licencia de la prensa, fué una verdadera piedra de escándalo?

No embrome el señor Fioretti: Mazzini no fué filósofo positivista ni cosa semejante: fué sólo conspirador, y conspirador de la peor especie.

Desdichada de la Italia si tuviese hoy muchos Mazzini; se hallaría devorada por la revolución, que es la más horrorosa de todas las plagas.

II

El señor Fioretti hace también discípulo de Voltaire en filosofía positiva á Littré.

Conozco algunas de sus obras, y muy especialmente su opúsculo publicado en 1845; y aunque allí la doctrina de Augusto Compte toma forma y proporciones de un gran edificio científico, no veo nada que tenga relación con la filosofía de Voltaire, que fué puramente especulativa, si es que viene este nombre á un escepticismo que en historia, política, poesía, legislacion, etc., no dejó más huella que las cenizas del incendio que llevaba consigo.

Littré podrá ser, si se quiere, lo que de él dice el obispo de Orleans; podrá ser cuanto se diga, pero no podrá ser nunca colega del señor T. M. Fioretti en filosofía. ¿Habría traducido Voltaire la obra de Strauss, *Vida de Jesús*, tarea que Littré desempeñó con tanto gusto?

Dice mi contradictor que podría dar por terminada la refutación del primer punto de vista de mi trabajo, pero que, como una de las poderosas razones que aduzco yo

para probar que Voltaire no fué filósofo, es la repugnancia que tuvo siembre éste en admitir de un modo terminante la inmortalidad del alma y la divinidad de Jesucristo, se detendrá un poco para desbaratar las dudas que pudiera haber despertado con mi estudio en cuestión.

Al leer esto creí que el señor Fioretti iba á confundirme con una refutación en toda regla; pero después vine en cuenta de que ni aún en este capítulo, que debía ser para él el más fácil, tiene nada que decirme de bueno ni de nuevo.

Desde luego, padece una equivocación de bulto creyendo y repitiendo que yo he dicho que Voltaire no era filósofo. Nó; no es eso lo que yo dije ni lo que hubiera podido decir, teniendo, como tengo, pleno conocimiento de sus obras.

Lo que yo dije es que Voltaire no había profesado ningún sistema de filosofía ajeno ni propio; que juzgando igualmente falsos todos los sistemas hasta entonces conocidos, concluyó por no adoptar otro que su deísmo, del que ya he hablado lo bastante.

En su largo artículo *Filosofía* tenemos de ello la más elocuente prueba.

En la *primera lección* habla de Confucio, que en su concepto consagró la vida entera á enseñar á los hombres á vivir felices. Habla después de Platón, del exordio de las leyes de Zaleuco, de Cicerón, de los Antoninos, de Marco Aurelio, y se detiene en Bayle, á quien llama *honor de la naturaleza humana.*

La *segunda sección* trata de Domiciano, que desterró á los filósofos; de Luciano, que se burló de ellos, y de un horrible salto, como él mismo lo confiesa, pasa de Constantino á Carlos IX y Enrique III.

Ya había dicho allí de Catalina de Rusia lo que sigue:

«Una emperatriz victoriosa, que hace temblar á los otomanos y que gobierna con tanta gloria un imperio más vasto que el imperio romano, no ha sido gran legisladora

sino porque fué filósofa. *Si los confederados de Polonia hubiesen tenido un poco de filosofía, no habrían expuesto sus tierras, sus hogares, su patria á los horrores del pillaje. No ensangrentarían su país; no se convertirían en los hombres más desgraciados; escucharían la voz de su rey filósofo que les ha dado en vano tantos ejemplos de moderación y prudencia.»*

¿Qué tal, señor Fioretti? Es esto lo que usted llama filosofía verdadera? Voltaire insultando después del desastre á los infelices polacos, que pugnaban por sacudir el yugo del despotismo, no es ni filósofo en la acepción vulgar de la palabra: es un adulador rastrero de la fuerza.

Si esto se llama *filosofía positiva*, cargue el diablo con ella, y déjenos el derecho de lamentar la causa de los oprimidos y de maldecir la fortuna de los opresores.

III

Por vía de paréntesis voy á trascribir en seguida una carta de D' Alembert á Voltaire que pocos conocen y que pinta al vivo el corazón del *divino maestro* del señor Fioretti:

«*París*, 1.º *de marzo de* 1744.—Señor: ¿Habréis de ser siempre el adulador del vicio, dejándoos arrastrar por el arranque de vuestra imaginación impetuosa? ¿Cómo vuestra pluma puede haberse abatido hasta alabar á un magistrado (D'Oppede, enemigo de los vadenses bajo Francisco I) que se ha hecho reo de más crímenes que decretos expidiera? ¿Ignoráis acaso sus expediciones sangrientas á Merindolles y Cabriéres contra los vadenses? ¿Habéis olvidado que, apenas dueño de esta última ciudad, hizo degollar por sus soldados á los sesenta hombres que la defendieron; que las mujeres, que buscaban un asilo en las iglesias, fueron violadas todas hasta en las gradas de los altares, y que aquellas cuya edad y fealdad eran un freno contra la lujuria, fueron encerradas y quemadas en un granero lleno de paja?

«Si hubieseis recordado que otras veinte aldeas tuvieron la misma suerte de Cabriéres; que esa horrible persecución costó la vida por lo menos á cuatro mil personas, y que la flor de la juventud vadense, en número de setecientos, fué reservada al oprobio más vergonzoso, hubierais abandonado pronto vuestro lenguaje cínico y repugnante, para elevaros contra la impetuosidad de la más críminal de las persecuciones.

«Adiós, señor: mi pluma va á pareceros un poco atrevida; pero, sea como fuere, no puedo cerrar la boca á la verdad.—D'Alembert.»

Esta carta no está en la edición de Khell. Los editores Labedoliére y Avenel la ponen al frente de *la correspondencia.*

¿Qué dice de esto el filósofo Fioretti? ¿Le place y aplaude que su *divino maestro* haya degradado su pluma hasta ese extremo por pura adulación á los grandes y á los poderosos?

¡Y me dirá todavía que á Voltaire se debe la filosofía positiva del siglo!

Voltaire fué el filósofo de los tronos y no el filósofo del pueblo, cuya suerte no le importaba un ardite, y al que habría visto degollar por el despotismo coronado acompañando su suplicio de alguno de los muchos epígramas que se rebullían en su mente satánica.

Nada de lo que aflige al hombre sobre la tierra le conduele; le enfada que espere, que crea que, después de sus sufrimientos en este valle de lágrimas, puede recoger el premio de sus sacrificios.

Rebaja la dignidad moral del hombre bajo pretexto de levantarla; le dice: no creas en Jesús, en su Evangelio porque es una impostura indigna de la ciencia; y al mismo tiempo le echa en cara su pequeñez intelectual para quitarle la ambición de remontarse hasta la creencia en la inmortalidad del espíritu.

¡Brava filosofía! Para eso más valdría ignorar toda cien-

cia, porque así al menos no tendríamos que sufrir el doloroso desengaño de vernos representando el papel de víctimas necias en este mundo.

Voltaire odiaba todo lo que es sentimiento; de consiguiente, la religión en cualquiera de sus formas era para él detestable. Todas las religiones están basadas en la fe, y la fe no es más que el sentimiento respetuoso de unión hacia el Ser ó los Seres que el hombre supone como autores de todo lo creado. Tener fe es humillarse ante un poder superior, confesando la limitada inteligencia humana. Pues bien: esta humillación, en la que naturalmente debía tocarle parte como miembro de la especie, es lo que no podía sufrir su orgullo luciferino.

IV

Estúdiesele en donde quiera. En nombre de la verdad desparrama el error; en nombre de la libertad del pensamiento, encadena el espíritu con los grillos de la duda; en nombre de la investigación filosófica, se hace como que alumbra, y en realidad no ejecuta otra cosa que devastar con su tea incendiaria todos los senderos que recorre. Fíjense mis lectores en esto. J. J. Rousseau, herido por la horrible filosofía que en el poema *Desastre de Lisboa* hace alarde de profesar el que se decía patriarca de la verdad, le dirige una carta cuya lectura forma todavía la delicia de los hombres de sentimiento.

Véase algunos trozos.

Con fecha 18 de agosto de 1756 Rousseau escribía á Voltaire lo que sigue:

«Tengo quejas contra vuestro poema el *Desastre de Lisboa*, porque esperaba algo más digno de la humanidad en que, según parece, os habéis inspirado. Reprocháis á Pope y á Leibnitz el insultar nuestros males, suponiendo que todo viene por lo mejor, y recargáis de tal modo el

cuadro de las miserias humanas, que agraváis el sentimiento. En vez de los consuelos que yo esperaba, no hacéis más que afligirme. Parece que temierais que no viese yo bastante claro mi infortunio, y que hubieseis querido tranquilizarme con decirme que todo es mal en esta vida.

«¡Hombre infeliz! ten paciencia, me dicen Pope y Leibnitz; los males son un efecto necesario de la naturaleza y de la constitución de este universo. El Ser eterno y bienhechor que lo gobierna ha querido garantirte de ellos; de todos los cálculos que él ha hecho, ha escogido aquel que encerraba menos *mal* y más *bien*, ó para decirlo de un modo mas llano y en otros términos: si no ha hecho más por nosotros es porque no ha podido». ¿Qué le dice vuestro poema? «Sufre para siempre, infeliz! Si hay un Dios que te ha creado y es todopoderoso, podrá prevenir tus males; no esperes, pues, que concluyan, puesto que tu existencia no tiene otro objeto que padecer y morir».

«Yo no sé qué pueda tener de más consolador que el optimismo semejante doctrina; aún es peor que el fatalismo.

«Si es por mí, yo lo creo mucho más cruel que el maniqueísmo. Si la ignorancia del origen del mal os forzaba á alterar alguna de las perfecciones de Dios, ¿por qué habéis querido justificar su poder á expensas de su bondad? Si es preciso escoger entre dos errores, me gusta más el primero.

«Vos no queréis que se mire vuestro poema como una obra contraria á la Providencia; pero me permitiréis que os observe que no veo cómo se pueda buscar la fuente del mal moral en otra parte que en el hombre libre, perfeccionado aunque corrompido. Y en cuanto á los males físicos, si la materia sensible é impasible es una contradicción, como me lo parece, ellos son inevitables en todo sistema de que el hombre forme parte; y entonces la cuestión no es por qué el hombre no es perfectamente feliz, sino por qué existe.

«Además, yo creo haberos mostrado que, excepto la

muerte, que no es casi un mal sino por los preparativos que la acompañan, la mayor parte de nuestros males físicos son nuestra obra.

....

....

«Cuando atacáis, por ejemplo, la cadena de los seres, tan bien descrita por Pope, decís que no es verdad que si se quitase un átomo del mundo, el mundo no podría existir. Os confieso que sobre todo esto me hace más fuerza vuestra aserción que el convencimiento.

....

«No puedo menos de notar, con este propósito, una oposición muy singular entre vos y yo. Harto de gloria y desengañado de las vanas grandezas, vivís libre en el seno de la abundancia. Bien seguro de nuestra inmortalidad, filosofáis apaciblemente sobre la naturaleza del alma, y si vuestro corazón sufre, tenéis á Tronchin por médico y por amigo. Sin embargo, vos no encontráis sino *mal* sobre la tierra; y yo, pobre hombre, obscuro y atormentado de un mal sin remedio medito con placer en mi retiro y encuentro que todo es *bien*. ¿De dónde vienen estas contradicciones aparentes? Lo habéis ya explicado: de que vos gozáis y yo espero, y la esperanza lo embellece todo.

«Nó: he sufrido demasiado en esta vida para no esperar otra. Todas las sutilezas de la metafísica no me harán dudar de la inmortalidad del alma y de una Providencia bienhechora. Yo la siento, y la veo, y la quiero, y espero en ella.

«Así, la defenderé hasta mi último suspiro».

V

«Como se ve, Voltaire tenía del mal moral una idea que ningún hombre de sentimiento es capaz de abrigar. El mal necesario, tal como lo comprende y explica es el fata-

lismo, pero no el fatalismo de los mahometanos que no excluye la esperanza de deleites después de la muerte; el fatalismo de Voltaire es el eterno sufrimiento de la especie humana, condenada por su autor á padecer sin término y sin recompensa.

Pero el señor T. M. Fioretti nos dice que su *divino padre* fué el que sembró la fecunda y generosa semilla del racionalismo, semilla que ha producido al gran Mazzini, al gran Büchener y al gran Draper. Dice que la columna de Julio la levantó sobre las ruinas de la Bastilla el espíritu de Voltaire; que el Capitolio vió por él también tremolar la bandera de la redención; y por último, que el Syllabus se vió por el mismo espíritu obligado á replegarse en las cuevas de ultra-Tíber.

Mientras tanto el señor Fioretti se desentiende de la cuestión y se lanza por el espacio de las declamaciones sin acordarse de que el globo que lo conduce es un pobre globo de papel agujereado.

«Nosotros pensamos dice, que la palabra *alma* en el sentido místico de la religión, debe ser conservada y admirada exclusivamente en el museo del sentimentalismo y de la poesía.

«En cuanto á la creencia en la divinidad de Jesucristo, podríamos decir lo mismo si no fuera posible apreciarla y discutirla por medio de la razón. Jesús es algo positivo, algo material, y no puede escaparse á nuestras sensaciones, como sucede con el alma.

«Es por esto que Voltaire no sólo niega la tal divinidad, sino que presenta las pruebas lógicas de lo que afirma.

«Por otra parte, si Voltaire despreció siempre á Jesús como Dios, *lo respetó como hombre y lo amó como individuo*».

¡Donosa ocurrencia la del señor Fioretti! ¿Con que Voltaire amó y respetó á Jesucristo como hombre?

Todos sabemos que en sus obras le llama *l'infame;* que en su correspondencia con D'Alembert, Morellet, Diderot y demás de la carda enciclopédica les encarga *d'écraser*

l'infame; y en fin, que al expirar dijo al jesuíta que le preguntaba sobre si creía en la divinidad de Jesucristo:—«No me habléis de ese hombre que ha hecho tanto mal á la humanidad».

Pero no hay necesidad de esto para probar que el señor Fioretti no sabe lo que dice. Abriré una de sus obras. Atiendan mis lectores á lo que voy á transcribir á la letra:

«¿En qué concluye, dice Voltaire, la historia de Jesús? Por la aventura que entre nosotros y en el resto del mundo pasa á los que quisieron amotinar el populacho sin ser bastante hábiles, ó para armar á ese populacho ó para hacerse de poderosos protectores. La mayor parte de ellos concluyen por ser ahorcados. Jesús lo fué, en efecto, por haber llamado á sus superiores *raza de víboras y sepulcros blanqueados.* Fué ejecutado públicamente. Pero resucitó en secreto. En seguida subió al cielo en presencia de ochenta de sus discípulos sin que ninguna otra persona de la Judea lo viese subir á las nubes, lo cual era mui fácil ver y haber causado una gran novedad en el mundo».

Las notas que acompañan este acápite son brutalmente impías, indignas, no digo de un filósofo, de un tunante enardecido por el vino.

¿Y no era natural que el que aspiraba al lauro de redentor de la verdad, llamándose á sí mismo «Patriarca de la filosofía», hubiese dicho una sola palabra siquiera en favor de aquella noble y sagrada víctima? Aun cuando lo considerase sólo como á hombre, ¿no había en el suplicio de Jesús materia para elevadas consideraciones de piedad y de asombro correspondientes á la grandeza de su sacrificio?

¡Qué generoso y qué tierno era el maestro del señor Fioretti! Decir que Jesucristo fué ahorcado como cualquiera de los revolucionarios torpes é impotentes, es una blasfemia que no puede leerse sin experimentar hielo en el alma. ¡Y dirá todavía mi contradictor que su *maestro* fué el mo-

delo de la filosofía! ¿Podría haberse expresado Pedro el Grande con más desprecio de los infelices Strelits á quienes dió muerte con su propia mano?

Desengáñese el señor T. M. Fioretti: sus prédicas de incredulidad volteriana no sólo serán consideradas como una ridiculez vergonzosa, sino como un insulto á la sociedad en cuyo seno ha venido á albergarse. ¿Le parece que porque trata á una docena de libre-pensadores, Chile está en el caso de verle impasible hacer escarnio de las leyes, costumbres, usos y creencias que forman su sociabilidad? Si sus escritos tuviesen siquiera algún mérito literario y se notase en ellos sincero deseo de ilustrar al pueblo, se les leería y compadecería á su autor; pero como allí no hay más que petulancia ocasionada por la vanidad pueril de singularizarse, nadie podrá hacer otra cosa que exclamar:—¡Pobre Chile! cómo te insultan en nombre de la libertad y de la ciencia los mismos que por ellas debieran respetarte!

CUARTA CONTESTACION

I

Quedé diciendo en mi último artículo que el señor Fioretti al afirmar que Voltaire amaba á Jesús como á hombre, padecía una equivocación lamentable. Para probárselo copié al pie de la letra un trozo en que no puede estar más patente el desprecio que hacía del Crucificado.

Véase otro acápite arrancado al opúsculo que publicó en 1736 y que retocó, modificó y anotó en 1767.

Como mi contradictor, con una deslealtad indigna de una polémica como la presente, ha puesto en duda la veracidad de la cita que hice de Michelet con motivo del juicio de la *Henriade*, cita que se halla en el mismo prólogo de la edición de Labedolière y Avenel, me permitirá

el lector que en adelante cite hasta la página de los testimonios en que apoye mi crítica.

El opúsculo arriba mentado lleva por título *Exámen importante de milord Bolingbroke ó la Tumba del Fanatismo.* Forma parte, según Avenel, de una colección de libros *infernales* publicados por Voltaire en 1767. «Este arsenal, dice, que se llamaba *Le Recueil nécessaire*, encerraba armas forjadas no sólo por el Patriarca sino por otros de sus colegas.

«La fecha de 1736 puesta por el filósofo á la cabeza de su obra, es la época del segundo destierro de Bolingbroke á Francia».

Como se ve, Voltaire tomó el nombre de Bolingbroke para permitirse con este ardid la licencia de pluma que apetecía.

Al frente del capítulo: «Idea que debe formarse de Jesús y de sus discípulos», se lee esta nota:

«Ya ves, lector, como no se atrevieron al principio á imaginar tantas ficciones asquerosas. Algunos partidarios del judío Jesús se habían contentado con decir que era un hombre de bien injustamente crucificado, como tantos que los cristianos todos hemos asesinado. Después fueron más adelante: dijeron que Dios lo había resucitado. Un poco más tarde se fabricó la leyenda que conocemos. Uno supone que subió á los cielos y descendió á los infiernos. Otro dice que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos en el valle de Josafat. En fin, se ha hecho de él un Dios, tres dioses. Se lleva el sofisma hasta decir que esos tres dioses no forman más que uno. De esos tres dioses uno se come y otro se bebe; *se les vuelve por la orina y las materias fecales*. Se persigue, se quema, se enrueda á los que niegan estos horrores, y todo ello porque tal ó cual gozan en Inglaterra de diez mil piezas de oro de renta, é igual ó mayor suma en otros países».

Después de leer esta brutal y desvergonzada nota, uno se pregunta si aquel hombre á quien se llamaba padre de

la filosofía podría hallarse animado de algún espíritu filosófico, siquiera no fuese éste más que el de la negación á todo trance. Pero veamos lo que dice en el capítulo XI de «El examen importante» de que vengo hablando:

«Jesús es evidentemente un aldeano grosero de la Judea, más despierto sin duda que la mayor parte de los habitantes de su cantón. Quiso, á lo que parece, sin saber leer ni escribir, formar una pequeña secta para oponerla á la de los recabitas, judaítas terapeutas, esenianos, fariseos, saduceos, herodianos, pues todo era secta entre los desgraciados judíos desde su establecimiento en Alejandría. *Ya he comparado á Jesús con nuestro Fox* (el zapatero fundador de los cuáqueros) *que era como él un ignorante de la última clase del pueblo, que predicaba, como él, algunas veces, una buena moral y sobre todo esa igualdad que tanto lisonjea á la canalla!* Fox estableció, como él, una sociedad que se separó poco tiempo después de sus principios, suponiendo que tuviese alguno. Igual cosa sucedió á la secta de Jesús. Ambos predicaron abiertamente contra los sacerdotes de su tiempo; pero siendo las leyes más humanas en Inglaterra que en Judea, todo lo que los sacerdotes pudieron conseguir de los jueces fué que se pusiese á Fox en el pilori, mientras que los sacerdotes judíos forzaron al presidente Pilatos á hacer azotar á Jesús y á ahorcarle en una horca en forma de cruz, como á un esclavo bribón. Eso es bárbaro; cada nación tiene sus costumbres. Saber si le clavaron los pies y las manos, eso importa poco. Me parece, sin embargo, muy difícil encontrar un clavo bastante largo para atravesarle los pies, uno sobre otro, como se pretende; pero los judíos eran bien capaces de esta abominable atrocidad».

En vista de esto, yo pregunto, no sólo á los que se dicen y son en realidad filósofos, sino hasta el último bribonzuelo que pasa por la calle, si se puede tratar un asunto tan grave, tan conmovedor como la muerte de Jesús, de un modo más chabacano y grosero.

II

Dejemos esto y pasemos á su filosofía, que el señor Fioretti se ha encargado de predicar por puro deseo de singularizarse y corromper á la vez el espíritu de la juventud que aprende.

El tratado de metafísica que compuso Voltaire en 1734 para ilustrar á su amada, la célebre marquesa de Châtelet, consta de pocas páginas. En su prólogo se halla la siguiente advertencia de Jorge Avenel, que paso á traducir á la letra para convencer al señor Fioretti y al travieso que le corrige sus mal zurcidos artículos, de que han faltado á la verdad suponiendo que yo calumniaba á Voltaire al decir, como dije, que no había profesado sistema ninguno de filosofía, sino una porción de ideas contradictorias que no merecen el honor de ser contadas en la historia de aquella ciencia.

«Toda la metafísica Volteriana, dice Avenel, se encuentra expuesta allí metódicamente y sin ningún disfraz en las obras que siguen. *El Voltaire de Ferney* opina, efectivamente, sobre infinitas cuestiones de muy distinta manera que el Voltaire de Cirey. El Dios que reconoce Voltaire no es ni vengador ni remunerador: es sólo una inteligencia siempre activa, de donde la materia emana, materia que Voltaire no siempre considera como infinita. La materia para él es eterna; el *alma no es una sustancia, sino una facultad; el hombre no es absolutamente libre.*

«Se ve por aquí cuán poco concuerdan las opiniones del patriarca con la de los filósofos eclécticos, que fueron tantos y gozaron de tanta reputación en la primera mitad de aquel siglo».

En la conclusión del capítulo VI, que trata de «Lo que se llama alma inmortal», Voltaire escribe:

«Solamente es preciso prevenir el espíritu de los que creerían que *la mortalidad del alma es contraria al bien de*

la sociedad y hacerles recordar que los antiguos judíos, cuyas leyes admiran, creían el alma material y mortal, sin contar otras sectas de filósofos que valían más que los judíos y eran muy honrados.»

A este capítulo, Jorge Avenel añade las siguientes líneas:

«*Voltaire admitió siempre la mortalidad del alma*, que para él no fué sino una facultad. *Se ve por esto cuánto difiere de los espiritualistas de nuestros dias*, *que reconocen como verdad matemática la inmortalidad del alma*».

¿Qué dice el señor Fioretti de la consecuencia metafísica de su maestro? En Cirey dudaba de la naturaleza del alma; en Ferney la niega como espíritu y como materia. En Cirey, aunque partidario de Locke, no admitía el sensualismo; en Ferney es sensualista completo, y cae, á pesar suyo, en el mismo grosero materialismo que tanto había combatido en D'Holbach y La Métrie. En Cirey decía:—«Por grandes que sean nuestros esfuerzos, no podremos jamás hacer á nuestra razón soberana de nuestros deseos; habrá siempre en nuestra alma como en nuestro cuerpo movimientos involutarios. Si fuésemos siempre libres, seríamos lo que Dios es».

En Ferney dice:—«¿Soy libre? No hay nada sin causa. Un efecto sin causa no es más que una palabra absurda. Cuantas veces quiero, otras tantas no puedo ser sino en virtud de mi juicio bueno ó malo. Este juicio *es necesario*, *luego mi voluntad lo es también*. En efecto: muy singular sería que obedeciendo toda la naturaleza, todos los astros á leyes eternas, hubiese un pequeño animal que, con desprecio de las leyes universales, pudiese obrar siempre según su gusto, al hilo de su capricho. Obraría al *acaso*, y ya se sabe que el *acaso* no quiere decir nada. Hemos inventado esta palabra para expresar el efecto conocido de toda causa desconocida».

En el folleto intitulado *Es preciso tomar un partido*, sus inconsecuencias son todavía más patentes y burdas.

En el capítulo XIV: «Ridiculez de la pretendida libertad llamada libertad de indiferencia», y en el que sigue sobre «El mal y en primer lugar sobre la destrucción de los animales», Voltaire abate al hombre hasta hacerlo casi inferior y más desgraciado que las bestias. Rabia porque Rousseau, Pope y Bolingbroke han escrito que todo en la tierra *es bien*, y en un momento de los muchos que le son habituales, caricatura con cuatro líneas al desgraciado que le dió las primeras lecciones de filosofía.

«Todos aquellos, dice, que han gritado que *todo es bien* son unos charlatanes.

«Shatesbury, que fué quien puso á la moda este cuento, era un hombre muy infeliz. *He visto á Bolingbroke roído por las penas y la cólera*, y Pope, á quien obligó á poner en verso *esa chanza de mal gusto* (la esperanza aquí y en otra vida), era el individuo más digno de lástima de cuántos he conocido en mi vida. Contrahecho en su cuerpo, desigual en su carácter, siempre enfermo, murió acosado por sus desgracias y por la odiosidad de sus enemigos. Denme al menos hombres felices que me digan: *todo es bien en este mundo*».

III

¿Necesitaré todavía de más prueba para sostener lo que he dicho, y que repito y repetiré hasta que Dios me conceda el uso de mi pluma, esto es: que Voltaire no profesó ninguna filosofía, y que las ideas que esparció sólo han servido para embrollar y desesperar la inteligencia humana?

Llamar filósofo al que juega así con el hombre; al que le niega toda esperanza y le asigna como única misión sobre la tierra el sufrimiento sin término ni recompensa, es una barbaridad que sólo puede caber en la cholla de cuatro ó cinco farsantes que, á trueque de hacerse los apóstoles de

la libertad del pensamiento (apostolado que cuesta bien poco) no tienen empacho en prohijar doctrinas que son la negación más redonda y absoluta de las aspiraciones del espíritu en la carrera de la investigación filosófica.

¿A qué pueblos podría gobernarse hoy con la filosofía volteriana?

Sólo en una casa de fieras se podría hacer el ensayo sin miedo.

Pero el señor Fioretti escribe muy serio:

«Las palabras citadas por el señor Blanco Cuartín sobre la opinión que tenía el incrédulo de hacer intervenir la iglesia para escribir ciertos puntos de filosofía, etc., *deben abandonarse á los cuentos de las comadres y de los curas de aldea, así como su famosa confesión ante el escribano público en* 1769; *el sermón del Papa Nicolás, la traducción de los cánticos bíblicos*».

Me parece que con lo que ya he dicho hay de sobra para convencerse de que las inconsecuencias de Voltaire no son cuentos de comadres ni de curas. Ellas están de manifiesto en su *Tratado de metafísica*, y en cuantos folletos escribió después arrastrado por su monomanía de filosofismo.

En la *Vida de Voltaire* Condorcet dice textualmente lo que sigue:

«Una traducción libre del *Eclesiastes* y de una parte del *Cantar de los Cantares* siguió al *Cándido*.

«Habían persuadido á Mme. de Pompadour que daría un gran golpe político tomando la máscara de la devoción porque de ese modo se pondría al abrigo de los escrúpulos y de la inscontancia del rey, calmando al mismo tiempo el odio del pueblo. Imaginó, pues, ella hacer de Voltaire uno de los actores de esta comedia. El duque de La Vallière le propuso que tradujese los *Salmos* i los *Libros sapienciales*.

«La edición saldría del Louvre, y el autor volvería á París bajo la protección de la devota favorita. Voltaire no podía ser hipócrita, ni aun con la esperanza de ser cardenal, que se le había hecho entrever por ese mismo tiem-

po. Estas especies de proposiciones se hacen siempre tarde, y aún haciéndolas á tiempo, no acreditan una política muy segura, porque el que debería ser un enemigo peligroso se convierte generalmente en un amigo más peligroso todavía.

«Sin embargo, Voltaire hizo algunos ensayos de traducción, no para restablecer su reputación religiosa, sino para ejercitar su talento en un nuevo género».

Ahí tiene el señor Fioretti la contestación de su aserto. Ahora, para que no diga que habló, como él, por boca de ganso, trascribiré lo que dice J. Avenel respecto de las obras citadas:

«El compendio del *Eclesiastes* y el del *Cantar de los Cantares* fueron compuestos para Mme. de Pompadour, que quería hacerse devota. Se les imprimió en el Louvre, pero no por eso se libraron de ser condenados al fuego el 3 de setiembre de 1759. Después de la supresión de los parlamentos fué cuando Voltaire dedicó su *Eclesiastes* al rey de Prusia».

Por no detenerme en este punto no trascribo el curioso prólogo que sirve de vestíbulo á la obra. Allí Voltaire lisonjea como de costumbre á Federico, diciéndole, entre otras cosas, que tiene sobre Salomón la ventaja de hacer versos y de no estar dominado por 700 esposas llamadas legítimas, y por 300 bribonas llamadas concubinas ó mujeres de segundo rango, lo que por cierto no conviene á un príncipe tan sabio.

Mientras tanto, queda sentado, y de una manera indiscutible, que Voltaire aceptó la indigna proposición de la Pompadour; que tradujo el *Eclesiastes* y el *Cantar de los Cantares* por puro deseo de captarse el favor de la artificiosa querida de Luis XV, y que, si los teólogos de la Sorbona no hubiesen tenido más crédito que ésta en el ánimo del monarca, habría pasado como el traductor oficial de los libros sagrados, que habían sido objeto constante de sus burlas y de su encono.

Pero hay más todavía: el filósofo de Ferney, por una de aquellas flaquezas que sus mismos discípulos lamentaban con frecuencia, imaginó, para conjurar la persecución con que le amenazaba el obispo de Annecy, hacer una comunión solemne, á la que seguiría una protesta pública de su respeto por la Iglesia y de su desdén por sus calumniadores. «*Paso inútil*, dice Condorcet, *que anunciaba más debilidad que política, y que á pesar del placer de forzar al cura á administrarle el sacramento de la comunión por temor á los jueces seculares, no puede hallar excusa nunca á los ojos del hombre libre y firme que pesa con sangre fría los derechos de la humanidad y lo que exige la prudencia cuando leyes contrarias á la justicia natural hacen la verdad peligrosa y la prudencia necesaria*».

Y bien: ¿se atreverá el señor Fioretti á sostener todavía que lo de la traducción del *Eclesiastes* y del *Cantar de los Cantares* y la confesión de Voltaire son cuentos para comadres y curas de aldea? La verdadera comadre ha sido él, que sin estudio ninguno se ha atrevido á tomar sobre sus hombros la tarea de defender una causa que, por lo mismo de ser muy mala, requería un abogado muy ilustrado y experto.

Véase otro trozo que viene á decidir el punto que sostengo:

«La llegada de Voltaire á París, dice Condorcet, había encendido la cólera de los fanáticos, herido el orgullo de los jefes de la jerarquía eclesiástica, pero al mismo tiempo había inspirado á algunos clérigos la idea de edificar su reputación y su fortuna por la conversión de aquel ilustre enemigo. Sin duda ninguna ellos no se lisonjeaban de convencerle, pero aguardaban resolverle á disimular. Voltaire que deseaba permanecer en París sin verse incomodado por las delaciones sacerdotales, *y que, por una vieja costumbre de su juventud, creía útil, por el interés mismo de los amigos de la razón, que no se produjesen escenas de intolerancia en sus últimos momentos*, envió á buscar en su

primera enfermedad á un capellán de los Incurables que le había ofrecido sus servicios y que se lisonjeaba de haber reconciliado con la Iglesia al abate de Lateignant, conocido por escándalos de otro género.

«*El abate Gaultier confesó á Voltaire y recibió de él una profesión de fe por la cual declaraba que moría en la religión católica en que había nacido.*

«A esta nueva que escandalizó más á los hombres ilustrados que lo que edificó á los devotos, el cura de San Sulpicio corrió á casa de su feligrés, que lo recibió con atención y le dió, según es costumbre, una corta limosna para sus pobres. Pero celoso de que el abate Gaultier le hubiese ganado en prontitud, encontró que el capellán de los Incurables había sido demasiado fácil y que habría debido exigirle una profesión de fe más detallada, una protesta expresa de todas las doctrinas contrarias á la fe de que Voltaire pudiera ser acusado de haber defendido ó sostenido. El abate Gaultier pretendía que se habría perdido todo por quererlo conseguir todo. Durante esta disputa Voltaire curó. Se representó *Irene*, y la conversión fué olvidada. Pero en el momento de su recaída, el cura volvió, bien determinado á no enterrar á Voltaire si no obtenía antes aquella retractación tan deseada.

«Este cura era uno de esos hombres mitad hipócritas, mitad imbéciles; de esos que hablan con la persuasión estúpida de un energúmeno; que obran con la flexibilidad de un jesuíta; humilde en sus maneras hasta la bajeza, arrogantes en sus pretensiones sacerdotales, arrastrándose delante de los grandes, caritativos para el populacho, del que disponen con las limosnas, y fatigando á los simples ciudadanos con su imperioso fanatismo. Quería absolutamente hacer reconocer, por lo menos, á Voltaire la divinidad de Jesucristo, en cuyo dogma se interesaba más que en los otros. Lo sacó un día del letargo, gritándole al oído: —«¿Creéis en la divinidad de Jesucristo?»—«En el nombre

de Dios, señor, no me habléis más de ese hombre, y dejadme morir en paz, respondió Voltaire».

IV

He ahí, contado por su discípulo, á quien apellida el maestro *Condorcet-Euclide*, el último episodio de la vida de Voltaire. Hasta en este trance supremo es siempre el mismo.

Si no creía en la confesión, ¿para qué esa superchería de confesarse, que le degradó á los ojos de sus discípulos y de los devotos?

¿Para buscar tres pies de tierra consagrada? ¿Para probar que sus ataques al catolicismo habían sido de mala fe, y de consiguiente que estaba arrepentido? ¿O tan sólo fué toda esa comedia, indigna de un filósofo, para demostrar á la posteridad que su odio por la religión llegó en él hasta insultarla con una miserable engañifa en el borde de la tumba?

¡Y dice el señor Fioretti que su padre espiritual fué modelo de filosofía! No es la primera vez, por desgracia, que la filosofía sirve de excusa á la arrogancia de los necios.

Pero sigamos adelante.

El señor Fioretti levanta de paso un testimonio mayúsculo á Newton, haciéndole figurar como adversario de la creencia de la divinidad de Jesús. He leído los elementos de su filosofía, traducidos y arreglados por el mismo Voltaire, y no hallo nada que justifique esta acusación. En toda la primera parte de esta obra, que es la que trata de metafísica, no se encuentra una sola nota que pudiera hacer presumir que el gran descubridor de la atracción combatió jamás esa creencia. Por el contrario, el mismo Voltaire le reprocha, en un capítulo de su diccionario filosófico, que se entretuviese en su vejez en comentar los libros sagrados, especialmente el Apocalipsis.

Ahora bien: si Newton no creía en la divinidad de Jesús, ¿cómo es que profesó siempre el mayor respeto por la religión anglicana, en que vivió y murió á los ochenta y tantos años?

¿Sería acaso el estudio del Apocalipsis para comprobar que la bestia anunciada por San Juan es el Papa? Un hombre que, como él, se había ilustrado con tantos memorables descubrimientos; que, puede decirse, había robado á Dios los secretos asombrosos del sistema del universo, no podía ser movido en esas elucubraciones por objeto tan miserable. Su vida entera, que no fué más que recogimiento piadoso, protesta contra esa aserción, que no cabe ni dentro de las tendencias de su espíritu y de su carácter, ni se aviene en manera alguna con la posición elevada á que había sabido remontarse. ¿Habría podido Newton hacer alarde de incredulidad bajo la reina Ana, que tanto le distinguió, y que se jactaba de buena y fervorosa creyente? Si hubiese aventurado esas opiniones, la sepultura real de Westminster que ocupan sus huesos, se habría cerrado herméticamente para el incrédulo; y entiéndase que los ingleses, á pesar de su protestantismo, no son menos exigentes en este punto que los católicos.

¿No hemos leído hace poco las prédicas de Gladstone, excitando al pueblo inglés á la devoción y al recogimiento en los días festivos, á que, según él, se deben las virtudes morales del pueblo británico? Voltaire mismo, que repite tantas veces que Newton es el hombre que más se acerca á la divinidad, debió creerlo así, puesto que moteja á su discípulo Clark la debilidad de haber escrito un *Ensayo sobre el bautismo, la confirmación y la penitencia.*

«¿Cómo un filósofo como Samuel Clark, dice, despues de una obra tan admirable sobre la existencia de Dios, ha podido componer una tan miserable como esa?

«¿Cómo Newton, el más grande de los hombres, ha podido comentar el Apocalipsis? ¿Cómo Locke, después de haber desarrollado con tanta maestría el entendimien-

to humano, ha podido degradar su entendimiento en otra obra?»

Esta obra, que para Voltaire era una degradación, se llama el *Cristianismo razonable*, que Locke compuso sin duda para tranquilizar su conciencia de buen luterano.

Pero Voltaire, enfurecido contra sus maestros, exclama: —«Al ver eso, me parece que veo unas águilas que, después de haberse remontado á las nubes, vienen á posarse en un estercolero».

Como no tengo que rebatir ningun otro argumento sobre este punto, que sin siquiera medio desflorar abandona mi contradictor, póngole aquí remate, pasando al capítulo que consagra al Voltaire poeta.

V

El señor Fioretti, que, como ya lo habrán notado mis lectores, á más de no saber migaja en la materia, ocurre á la manera de discutir de los tinterillos, trampeando al contrario sus frases para hacerle decir lo que no dijo. comienza su alegato levantándome el falso testimonio de haber yo en mi estudio sobre Voltaire apoyado mi crítica en el dicho epigramático del abate Délille. Después de esto, con un desplante admirable, abre un diccionario cualquiera de los muchos que sirven para sacar de apuros á los eruditos á la violeta, y en cuatro puntadas, que no pinceladas, nos da corcucida la biografía del pobre abate, á quien no nombré sino por incidencia.

¡Qué erudición la de mi contradictor! Sabe que Délille compuso el poema de *Los Jardines* y el de *Los tres reinos de la naturaleza* (poemas que, por supuesto, no conocerá ni por las tapas) y que su fortuna no provino de otra causa que de la protección que recibió del abate de San Severino, duque de Artot, de quien, según la crónica escandalosa, era hijo. Esto es saber demasiado.

Nadie le pedía al señor Fioretti la biografía del abate Délille, y por lo mismo, ya que quiso obsequiar con ella á sus lectores, debió haber contado algo más para no exponerse á que digan que ni aun para extractar una biografía tiene habilidad y donaire.

El abate Délille, según todos los críticos que merecen fe, era un poeta estimable, un literato de fuste, como lo acreditan las preciosas traducciones que hizo de las Geórgicas y Eneida de Virgilio. Don Andrés Bello decía á sus alumnos que esas traducciones eran todo lo perfectas que puede ser una traslación á cualquier idioma de las poesías del lírico latino.

Según el célebre académico Tissot, Racine hijo, que antes había considerado imposible aquella traducción, dijo á Délille: «No sólo no os pido que abandonéis ese trabajo, sino que os ruego lo continuéis hasta darle remate».

«Todos los literatos, añade, acordaron unánimemente su sufragio á la nueva obra. Federico II habló de ella como de la única en su clase que se hubiese publicado hasta entonces. Voltaire dió al joven hijo adoptivo de las musas un brevete de alta nobleza concebido en estos términos: —«Lleno de la lectura de las Geórgicas de Virgilio, traducción de M. Délille, conozco todo el precio de la dificultad vencida, y pienso que no podría haberse hecho más honor á Virgilio y á su nación.»

Hay más: Voltaire, en carta de 4 de marzo de 1772, pidió á la Academia un asiento para Délille. Tan poderosa intercesión no podía menos de favorecer mucho el éxito del candidato. Délille fué elegido; pero bajo pretexto de su extremada juventud (y el señor Fioretti lo hace en otra parte contemporáneo de Bossuet), Luis XV rehusó confirmar el nombramiento. El discurso de recepción fué el elogio de la Condamine. La pintura de la vida casi fabulosa de este héroe de la ciencia fué de un efecto prodigioso. El nuevo académico trabajaba entonces en la traducción

de la Eneida, empresa inmensa y de la que se desahogaba componiendo el poema de *Los Jardines*.

Prisionero bajo el Terror, escapó de la muerte gracias á un maestro masón que quería conservar algunos poetas para que celebrasen los triunfos de la Francia.

Pero el imprudente poeta acrecentó las demostraciones hostiles de sus acusadores por su poema *La piedad*. Subido al trono Napoleón I, tuvo que resistir á las súplicas de los demagogos que le pedían cerrase para siempre á aquel empecinado realista las puertas de la Francia. Napoleón se las abrió; pero á pesar de esto no aduló á su favorecedor, manteniéndose en un silencio profundo, que en otro habría sido un desacato digno de castigo. Sus funerales fueron conmovedores: el poeta recibió de la Francia la corona de laureles que le correspondía. Más tarde se le erigió en el Père Lachaise un monumento que lo recordará siempre á los hijos de las musas. Este es un descarnado extracto del elogio de Tissot.

Tal es el hombre á quien el señor Fioretti llama *asno* tan sólo por su juicio epigramático sobre la *Henriade* que conocemos!

Ahora bien: ¿será extraño para nadie que quien así juega con la reputación de los primeros literatos, quiera hacer lo mismo con los que, como yo, se dicen sólo aficionados á las letras y las cultivan en un suelo donde la literatura no tiene sino muy pocas eminencias?

Pero lo más curioso es que el señor Fioretti, que se despepita por hacer creer que es todo un literato, no se atreva á formular juicio propio ninguno ni aun de la *Henriade*, sobre la cual, sin ser precisamente original, habría podido decir algo razonable y grato.

Todo se reduce á copiar de Condorcet el trozo que todos conocemos, y que todos menos que él deberían invocar, habiendo en Italia tantos escritores que han hecho la crítica de ese poema. Zannotti en su *Ragion dell art. Poet*, *IV*, trae una serie de consideraciones que su

paisano el señor Fioretti debía conocer, si más no fuese que por amor propio nacional, que es el único amor propio que se disculpa. Pues bien: Zannotti dice sabiamente que queriendo Voltaire que Enrique IV abrazase la religión católica, debió también querer que ésta apareciese buena, verdadera y santa, y por consiguiente que hizo muy mal en pintar en todo el poema á los católicos como hombres los más perversos del mundo.

Esto es ya un defecto notable. La poesía épica necesita, á más de grandes motivos que justifiquen la acción del héroe principal, una serie de incidentes dramáticos diestramente eslabonados y en los que resplandezca lo patético, que es el alma de la epopeya.

¿En qué parte de la *Henriade* encuentra el señor Fioretti la ternura que seduce en el Tasso, el fuego que arrebata en el Dante, la inspiración soldadesca que tan bien sienta en Ercilla? Fuera de la muerte del joven Ailly, ninguna escena es en la *Henriade* capaz de conmover medianamente el ánimo.

¿Qué es esa entrevista de Enrique con Isabel? ¿Qué son esos amores de Enrique con Gabriela de Estrées? Descripciones frías que trasladadas á la prosa no interesarían ni en un capítulo de novela.

Es preciso que el señor Fioretti haya perdido por completo el gusto por los grandes poemas de la literatura italiana para que pueda hallar á la *Henriade* comparable con ninguno de ellos.

¿Qué personaje está allí retratado de un modo que se le conozca á primera vista? ¿Cuál es el carácter moral que el poeta les asigna? ¿No es allí todo vago? Es esa la reina Isabel? ¿Es esa la corte de Londres? ¿Son esos los conjurados de la Liga?

Voltaire no ha querido hacer más en su poema que levantar á Enrique IV sobre una nube de lugares comunes que, á no venir tan bien ataviados por una versifica-

ción fácil y sonora, sería de arrojar el libro apenas comenzada la lectura.

Y luego, ¿qué decir de la manía de los epígramas hasta en un canto épico? En el canto III, hablando de Guisa dice:

Connaisant les perils, et ne redoutant rien,
Hereux guérrier, grand prince et mauvais citoyen.

Esto es una especie de epitafio á la Piron, y no una pintura adecuada á la gravedad y decoro del asunto.

El *apropos*, que Voltaire emplea á cada momento, empequeñece la narración, y su incansable empeño por mostrar sus propias ideas en boca de sus personajes, hace que la ilusión no se sostenga, todo lo cual es ya gravísimo defecto en composiciones de ese género.

Ya sabemos que Marmontel llevaba su adulación hasta comparar ciertos trozos de la *Henriade* con otros de la *Eneida*; ya sabemos que la carda enciclopédica trabajó cuanto pudo por hacer consentir á la Francia que el patriarca era superior al Tasso, al Petrarca, al Dante y á Milton y á cuantos en ese género se han hecho inmortales.

Pero todo ello no quiere decir nada ante la experiencia que fácilmente puede emprender cualquiera de mis lectores. Si alguno lee todo un canto de seguida, desde luego le diré yo que ha nacido para santo. No hay literato alguno de nota que aplauda hoy ese poema. Ni Villemain, ni Sainte Beuve, ni de Barante, ni Víctor Hugo, ni Lamartine, han escrito dos líneas en su elogio. Que tenga buenos versos, que la acción sea grande, que los conceptos sean ingeniosos, que haya allí toda la filosofía volteriana, eso no quiere decir que el poema sea un verdadero poema, que pueda ponerse como modelo de invención y de desarrollo dramático á estudiantes de literatura.

La cita de Cochi que trae el señor Fioretti se la perdono en obsequio de nuestro público. La carta del tal Cochi

(á quien Dios conserve lleno de gloria) viene lo mismo aquí que un trozo del artículo del célebre Petruccelli de la Gatina sobre el estetismo artístico.

VI

Puras pampiroladas son esas, señor Fioretti, y por lo mismo debería usted haberlas evitado en una discusión como ésta, es decir, en una discusión provocada expresamente por usted para lucir sus talentos literarios.

Respecto del poema *Desastre de Lisboa*, como de costumbre mi antagonista no dice nada. No hace sino retorcerme mis palabras, acompañándolas con esta graciosa ocurrencia, que aunque sea de Condorcet, desdeñaría la griseta más insípida y petulante:

«*Les petits esprits*, dice, *doivent être frappes des plus petites choses*».

«Voltaire como poeta fué no sólo grande sino sublime». No consiste en decirlo, señor Fioretti, sino en probarlo, y eso es cabalmente lo que usted no hace ni puede hacer.

Para mi contradictor nada de lo suyo necesita demostración. Así, afirma con un aplomo delicioso que *Zaira* y *Tancredo* no han menester de comentarios. ¿Es posible? ¿Y cómo Villemain hace el parangón entre Orosman y Otelo para darle la preferencia á Shakespeare? ¿Por qué no ha hecho algo análogo el señor Fioretti? ¿Por qué? Lo diré con franqueza aunque se enoje: porque no puede.

Dejando á *Zaira* y á *Tancredo* tan mal parados, pasa á examinar *Los discursos sobre el hombre*, y como el hilo no le alcanza, se contenta con copiar á la letra el juicio de Condorcet, quitándole, el muy picarón, las comillas del encabezamiento, para que los que no saben de achaques de comillas se figuren que él es el autor de esta crítica.

Viene después la pobre *Mérope*, cuya traducción conservo escrita de puño y letra de mi padre. ¿Qué dice de *Mérope* el crítico Fioretti? Vais á verlo: que *Mérope* es la

única tragedia en que no se llora *sobre* las desgracias del amor, lo cual constituye la originalidad de la obra maestra del gran poeta que quiso demostrar con ella que la máxima de Boileau no era justa, y que es posible producir en el teatro efectos tan patéticos y simpáticos por medio de la naturaleza como por medio del amor.

¿No es cierto que no está malo este juicio? Pero ¿cómo podría estarlo siendo de Condorcet, que es quien juzga por el señor Fioretti?

Aquí quitó todas las comillas y las suplió con una llamada, para que, si hay alguno que no haga caso de las llamadas, crea que él es el que ha dicho tan buenas cosas.

¿Por qué el señor Fioretti, que es italiano, no citó á Maffei, cuya *Mérope* puede parangonarse con la de Voltaire y en cuyo estudio comparativo podría haber demostrado sus conocimientos en ambas literaturas?

Estoy por creer que no conoce ni la *Mérope* de Maffei, y es lástima, porque todo el primer acto es superior al de Voltaire bajo todos aspectos. El *Polifonte*, que es el carácter mejor dibujado de la tragedia francesa, tiene momentos flojos, así como *Euricles*, consejero de *Mérope*, y *Ejisto*, hijo de ésta, é *Ismenia* su confidenta, en muy raros momentos interesan al espectador. La tragedia á pesar de esto, es bella, la mejor quizás de Voltaire, pero como carece de movimiento escénico, ninguna actriz francesa ni española quieren representarla.

Para juzgar la *Muerte de César* el señor Fioretti hace... lo que hace siempre: copiar á Condorcet, poniéndole á la copia comillas en el final.

De veras que es fatigante tener que habérselas con un contradictor á quien ni siquiera se profesa el respeto del talento. El señor Fioretti me ha causado el mayor disgusto que he experimentado en mi vida, obligándome á entrar en una polémica que, aun victoriosa para mí, como lo es ya, no me deja ni siquiera el orgullo de haber vencido á un digno combatiente.

VII

Hago aquí una paradilla antes de ocuparme del artículo del sábado que no pude contestar por no salir el MERCURIO el domingo, y pido á mis lectores tengan la bondad de concederme un rato más de paciencia.

Comienza el señor Fioretti su última impugnación con la copia de un capítulo de Noel en que parece haber encontrado todos los proyectiles necesarios para emprender un bombardeo en regla contra el ligero edificio de mi crítica.

Basta leer el trozo á que me refiero para convencerse de que mi antagonista no es capaz de formarse idea propia de ninguna de las obras que admira de oídas, ó que aparenta admirar para darse los aires de literato. No necesitaba el público saber los antecedentes de la tragedia *Mahomet*, ni los móviles que pudo tener Voltaire para dedicársela á Benedicto XIV. Todo eso lo conocen mejor que él todos los literatos y hasta los que pasan por medianamente instruídos. Lo que importaba, y era de obligación del señor Fioretti, era haber expuesto las bellezas de la tragedia, para que la juventud que estudia pudiese sacar algún provecho de sus lecciones. La contestación del Papa á Voltaire, el obsequio de su retrato con que quiso ganárselo ó, cuando menos, refrenarle en su hidrofobia anti-católica, son asuntos muy conocidos, muy traqueados y de los que ya he hecho yo mismo mención en varios trabajos análogos al presente.

Si el señor Fioretti fuera literato ó un aficionado instruído, habría aprovechado la ocasión para enderezar á los estudiantes algunas reflexiones y consejos oportunos respecto del estudio del teatro de Voltaire. Pero nada de eso le importa un comino; lo que quiere es charlar y más charlar á fin de que los que estiman el talento por la cantidad de las palabras (que no son pocos), repitan que hay

en Chile un señor Fioretti que rompería con cualquiera una lanza en un torneo literario. ¡Pobre señor Fioretti! No se atreve ni siquiera á abandonar ni por un instante las dos muletas que le sirven de apoyo, temeroso de dar una caída que le levante un par de buenos chichones en su cabeza.

Fíjese el lector que toda la crítica de la tragedia *Mahomet* consiste en la relación que hace Noel y que Fioretti copia á la letra en la transcripción de dos escenas de la pieza.

Y bien! ¿es esto todo lo que puede y debe hacer un literato, al juzgar una tragèdia como esa desde la trípode del magisterio? Lo que ha hecho es simplemente una broma de estudiante travieso y nada más. Un hombre de letras que quiere hacer la crítica de una obra, expone su argumento, indica los defectos que en él pudiera haber incurrido el autor, y después pasa á estudiar cómo ha sido dasarrollado el plan para deducir de allí el mérito literario del libro.

¿Y es esto, repito, lo que ha hecho el señor Fioretti con el *Mahomet* de Voltaire?

Ya lo he dicho: aquí, como en todo lo que ha escrito hasta ahora en su malhadada impugnación, no ha hecho más que remedar á la abutarda, y con tan poca fortuna que los huevos que ha empollado bajo sus alas le han salido todos hueros.

Veamos un poco de enmendar la plana á este sabio Fioretti, cuya pujanza está en razón inversa de sus desmedidas pretensiones.

VIII

Desde luego se me hace preciso recordar que el teatro francés del siglo XVIII tuvo por cuna las grandes obras de Racine, Corneille y Molière. Los tres dieron la pauta para la tragedia y la comedia. A estos grandes maestros

sucedieron Régnard y Destouches. Pero ninguno de los dos, á pesar del mérito indisputable de *El jugador*, *El vanaglorioso* y *El filósofo casado*, consiguió ponerse, no diremos á la altura de su modelo, pero ni siquiera á la cabeza de los aspirantes á seguir su ejemplo. Fossé y Campistron quisieron también correr tras las huellas de Racine, mas acontecióles lo que á la Mothe con su *Inés de Castro*, es decir, quedarse en el camino, no como linderos que pudiesen servir de guía al osado que se atreviera á emprender tan atrevida caminata, sino como postes capaces sólo de recordar que por allí había transitado una ambición indiscreta.

Así las cosas, Crébillon, cuyo talento reconocieron sus contemporáneos, y á quien hoy la crítica moderna está acorde en aplaudir de todas veras, se presentó, si no á disputar un asiento al lado de Racine y de Corneille, al menos para hacerse considerar como el más apasionado y respetuoso discípulo de aquellos dos grandes maestros.

La *Electra* no fué una copia servil de Sófocles. Orestes es allí, según todos los críticos de nota, superior al del trágico griego. ¿Qué cosa más patética que Tideo, defensor de Ejisto, en el acto de abandonar á su amada Ifianassa? Al matar á su padre, Tideo desenvuelve, no un arranque pasajero de odio, sino una pasión caracterizada de una manera indeleble.

Las situaciones en que Crébillon coloca á todos los héroes de sus tragedias son verdaderamente grandiosas. El espanto, el horror sublime llegan en algunas á hacernos creer que en su genio había algo del fuego de Shakespeare. Sólo el amor se escapó de su musa trágica. Crébillon no había nacido para amar; su índole poética es terrible, no se doblega á la dulzura, parece irritarse de que se le creyera susceptible de ceder á las ternezas que son el patrimonio de otra musa que no tiene asiento entre el coro de las Nueve Hermanas, pero que vive en todos los corazones levantados y sensibles.

Esta musa es el sentimiento, cuya sublimidad sólo comprenden los que experimentan en el alma los temblorosos aleteos de las pasiones puras, entre las cuales ocupa el amor verdadero el primer puesto.

Crébillon no amaba; así, sus tragedias todas deben considerarse como copias mutiladas del teatro griego, en que, á pesar de todo, había demasiado germen para engendrar un gran trágico. Este fué Voltaire.

Voltaire mismo cuenta que Crébillon con su *Radamisto* y con su *Electra* le movió el deseo de entrar en la lisa. En su *Orestes* le sigue paso á paso. En su *Semíramis* se siente, bajo la suavidad elegante de sus versos, el espíritu de su modelo. Del *Catilina* y del *Atreo* de Crébillon, según la expresión de uno de sus críticos, nacieron su *Catilina* y los *Pelópidas;* pero aventajando muy considerablemente á la madre que les dió el ser.

Voltaire como trágico, entiéndalo el señor Fioretti, no es más que el último eslabón de la cadena que liga á Racine y Corneille por medio del anillo de Crébillon. El vigor trágico de Voltaire es un tanto artificial; no espanta, no conmueve profundamente: recrea, hace pensar, inspira buen gusto literario y hasta, si se quiere, fastidio por esas monstruosidades teatrales que después hemos visto degradar la escena francesa con mengua del decoro y de la moralidad del público.

D'Alembert, en el *Elogio de Despréaux*, alaba en el estilo de Voltaire cierto aire de abandono y elegante negligencia que, á su juicio, le permiten hacer versos fáciles, espontáneos, francos. Ello es cierto; pero también lo es que no siempre ese abandono cuadra al estro trágico, por cuanto obliga á veces al poeta á rebajar el verso hasta la humildad de la prosa común, verificando antítesis frías, comparaciones triviales, que quitan la ilusión, que es el alma de la tragedia.

Voltaire, si siempre es gracioso, no es siempre noble, majestuoso, imponente, como Racine. Su prurito de hacer

filosofará sus personajes, le obliga á convertir á muchos de ellos en controversistas, papel que no es soportable en el teatro.

Y la prueba de ello es que hasta en su *Mahomet*, que es una hermosa pieza, los largos discursos de éste y los de Omar forman desapacible contraste con los animados cuadros de *Zaida*, *Palmira* y *Zopiro*, en que se ve la pasión, en que se sigue el hilo de las emociones despertadas diestramente por una acción que arranca su fuerza de la verdad y grandeza del sentimiento.

A él se debió indudablemente que Belloy, La Harpe, Ducis y otros siguiesen el sendero del buen gusto; que los actores acostumbrados á representar piezas de ese género, supiesen hacerse intérpretes de los grandes papeles históricos cuya sola representación en la escena era una enseñanza para el pueblo.

Betinelli, compatriota del señor Fioretti, recalca en esto y añade en su *Discurso sobre el teatro italiano*, hablando de la tragedia francesa, maleada por los sucesores de Voltaire, que no hay nada más repugnante que caer en los extremos: entre el horror llevado á lo increíble y la sencillez degenerada en bajeza.

Si mi contradictor, vuelvo á repetirlo, fuese hombre de sentido artístico, vería que yo he tenido razón para no mostrarme pasmado ante el teatro de Voltaire. Por lo que toca á que no hablé del *Mahomet*, ¿para qué había yo de extenderme en su crítica cuando mi propósito, como lo indica el título de mi estudio, sólo se redujo á tomar nota de lo que quedaba de Voltaire?

IX

Mi antagonista, con la agilidad que ya le conocemos, pasa del *Mahomet* al poema *La Doncella de Orleans*. Por supuesto, en el primer acápite copia á Noel, y es tan des-

graciado que no sabe siquiera agregar de su coleto una sola palabra que haga creer que tiene conciencia de lo que dice. El segundo es todo sacado de Condorcet, lo cual comprueba hasta la evidencia que no tiene en la cabeza ni á mano ningún libro de los que el mundo literario considera hoy como autoridades respetables.

¿Cómo tiene coraje el señor Fioretti para elogiar el detestable poema en que Voltaire, á más de injuriar cínicamente á la heroica y desgraciada Juana de Arco, atropella todas las consideraciones debidas á la sociedad y á su propia persona? Es verdad que no es el señor Fioretti el que elogia sino simplemente el que copia los elogios que otros hicieron; pero, de cualquier modo que sea, es indisculpable que por puro deseo de meter ruido se coloque en el número de los pocos que se atreven á aplaudir á cara descubierta una indignidad semejante.

Si ese poema no fuese una infamia, ¿habría Voltaire negado al principio su paternidad? Véase cómo se expresaba á este respecto en una carta dirigida á Helvecio:

«Es preciso no publicar nada con nombre de autor. Yo no soy el de la *Pucelle*. Maese Joly de Fleury se empeña en vano en su requisitoria, y si el caso llega, le diré que es un calumniador; que es él el autor de la *Pucelle*, que con tanta maldad quiere cargarme á cuenta».

Atiéndase cómo Guizot califica su conducta en todos los casos en que habría sido para Voltaire forzoso manifestar decencia y energía.

«A la aparición del peligro, dice, Voltaire negaba sin dificultad sus palabras. Sus escritos irreligiosos eran habitualmente lanzados bajo el velo del anónimo. Sin embargo, á cada paso entraba más en la liza, y en el momento en que escribía al padre La Tour:—«Si alguna vez se ha impreso bajo mi nombre una página que pueda sólo escandalizar al sacristán de la parroquia, estoy pronto á despedazarla delante de él», la Europa entera le miraba como el agente principal de todos los ataques escandalo-

sos y sordos que comenzaban á caer no sólo contra la iglesia católica, sino sobre todas las verdades fundamentales de la fe común á todos los cristianos».

Ahí tiene el señor Fioretti pintado de mano maestra al autor de la *Pucelle*, de ese manual del libertinaje poético que la posteridad ha recogido por herencia del que se apellidó á sí mismo lumbrera de la filosofía.

Véase otra cita de Aubert de Vitry, que ha estudiado á Voltaire bajo el prisma de la fascinación y del orgullo nacional:

«Los accesos de bilis, dice, la inclinación natural á un sarcasmo sin freno, pero principalmente los progresos siempre crecientes de su animosidad implacable contra el sacerdocio y el cristianismo, infundieron con frecuencia en Voltaire inspiraciones maléficas. ¿Por qué cruel fatalidad, entre otras, fué á escoger, para mancharla, á una heroína que había salvado á la Francia, y á quién, como ya se ha repetido mil veces, Grecia y Roma hubiesen levantado altares?

«Todo debía hacérsela sagrada: sus virtudes, su patriotismo, su abnegación tan pura y desinteresada, su gloria, el cobarde abandono de que fué víctima, su coraje heroico ante sus verdugos, su piadosa resignación en medio del más espantoso suplicio. Él mismo había experimentado la admiración que inspira tan bello carácter, la piedad debida á tantas desgracias. Voltaire había tributado á Juana de Arco un digno homenaje en su *Historia General;* y sin acordarse de esto va á buscar á esa misma heroína para objeto de su escarnio. ¿Cómo explicar ese inconcebible encarnizamiento contra la sagrada memoria de la guerrera de Orleans, sino por el odio violento del autor contra el cristianismo?

«Juana de Arco creía y había sido mártir de su fe. Este era todo su crimen á los ojos de Voltaire, pero ese crimen era para él irremisible. Virtud, heroísmo, desgracia, nada fué parte á obtener gracia de Voltaire. Era preciso que la

Clorinda francesa fuese castigaba por el ridículo y el ultraje, aun á trueque de cometer un atentado contra el honor y contra la patria».

Efectivamente, Voltaire, al componer ese horrible poema, fué más que un mal patriota, más que un renegado del honor tradicional de las letras francesas: fué un infame. ¿Y á este hombre es al que quiere Fioretti que ame y reverencie é imite nuestra juventud?

¡Tarea detestable á la par que ridícula! Esté persuadido de ello mi contradictor: su propaganda no levantará un solo discípulo; será la propaganda de un misionero á quien no abonan ni el talento, ni el saber, ni las buenas intenciones.

¿Qué quiere el señor Fioretti mostrándonos en toda su desnudez su petulancia de propagandista irreligioso? ¿Que le aclamen el Lutero italiano de estos países? Qué le honren con sus encomios los farsantes que para encubrir su nulidad pretenciosa, se cobijan á la sombra de la libertad del pensamiento y de la conciencia?

Ni aún para destruir, si hora de destrucción fuese la presente, tiene él manos é instrumentos ó propósito. Nó; los hombres como él no destruyen más que la paciencia y el papel en que escriben. Entiéndalo el señor Fioretti: nadie quiere derribar creencias; lo quequeremos todos es edificar el majestuoso templo en que vivan venerados todos los derechos, todos los sentimientos generosos, todas las ideas nobles y fecundas, todo lo bello y bueno que forman la esencia de la gloria y prosperidad de las naciones.

Concluiré esta pesada labor con un trozo de Güizot que recomiendo á la meditación de los hombres sensatos:

«Moribundo, se vió á Voltaire más preocupado de los escándalos terrestres que de los terrores de la conciencia, llamar á grandes voces al sacerdote, y con su boca llena de la sangre que vomitaba, decirle á media voz:—«Yo no quiero que arrojen mis huesos al muladar».

«¡Triste confesión de la insuficiencia de sus conviccio-

nes y de la ligereza inveterada de su pensamiento! Se espantaba del juicio de los hombres sin temer el juicio de Dios.

«Así es como se reveló el fondo práctico de una incredulidad cuya intencion y funestas consecuencias el mismo Voltaire no alcanzó tal vez á medir nunca».

Tengan paciencia mis lectores que; por lo que ya se ve, sólo faltará uno ó dos artículos para dar remate á esta odiosa polémica.

Después de seis días de descanso apareció ayer el señor Fioretti con dos columnas y media que si á tomarse fueran por el tipo y color de la letra, se creería que su autor está fabricando los materiales del templo en que debe reposar su fama literaria después de su viaje por este mundo.

Como se recordará, mi contradictor quedó en su último artículo rebatiendo lo que yo escribí sobre la manera cómo aprecia y juzga la crítica moderna las obras históricas de Voltaire.

¿Y cómo creéis que continúa su tarea? Del modo más encantador y delicioso que hasta hoy se haya visto.

Después de un preámbulo en que manifiesta la lástima que le causa ver cómo yo y todos los pobres diablos de mi escuela tienen los ojos por adorno (que no para otra cosa se puede tener ojos cuando no se ve la gran figura del señor Fioretti) dice:

«Creo que es una base fundamental de la compañía de la que hacen parte los hombres de fe, y consignada en sus estatutos secretos, la de empeñarse para hacer creer á los demás lo que ellos mismos no creen, y negar todo lo que acepta el libre pensamiento, porque está probado que el día en que todos los hombres *pensaran por sí mismos*, los de la sociedad anónima que explota el plomo derretido del infierno y el oro en pepas del paraíso, tendría que suspender sus pagos y hacer cesión de bienes á los acreedores...»

Esto se llama hablar en plata.

Desde hoy, ya lo saben mis lectores, el redactor del MERCURIO forma parte de la sociedad explotadora de minas de Lucifer, minas que, ateniéndonos á lo que asegura el señor Fioretti, están hoy en alcance.

¡Ingenioso sabio! ¡Y luego dirán que la sabiduría se halla pared por medio con el espíritu!

En seguida de este trozo, que está cantando al cateador de minas de Caracoles, es decir, al que no encontró en sus rebuscos argentíferos sino lo que nuestros mineros llaman *cachi*, entra á estudiar el *Ensayo sobre las costumbres* de su idolatrado padre espiritual.

«¡Aquí sí que te quiero ver, escopeta!» díjose, sin duda, al llegar al punto en cuestión; pero probablemente, sintiendo dificililla la empresa, da media vuelta á la izquierda y con una ligereza de pies admirable, vuelve á situarse en el mismo terreno de que ayer lo desalojé sin esfuerzo.

¿Para qué diablos se empeña todavía en probarnos que Voltaire *amó como á hermano* á Jesucristo? Si así amaba á sus hermanos el patriarca de Ferney, ¿cómo amaría á sus cuñados?

Pero el señor Fioretti, queriendo desbaratar lo que su mismo maestro ha escrito durante sesenta y cuatro años, va á buscar en Noel, que por lo visto es el *factotum* de su fábrica literaria, la relación de las conversaciones que tuvo Voltaire en Inglaterra con Bolingbroke, Shatesbury, Swift, Pope, etc.

No sé yo qué precio puedan tener esas conversaciones de que nos habla el señor Fioretti por boca de ganso en un asunto completamente resuelto por las infinitas obras que lo han puesto en claro. Bien pudo Voltaire hablar de Jesús en Inglaterra como lo asegura Noel, pero esto no quita que desde esa fecha (1713) hasta 1778 en que murió, dejase de escribir constantemente y bajo todas formas contra el *infame* autor de la doctrina cristiana.

Pero vamos al caso: ¿qué tiene que ver esto con el punto

en cuestión, que no es otro que el *Ensayo sobre las costumbres?* ¿Es así como se defiende esa obra, como se la estudia, como se la explica?

Un hombre que espontáneamente sale al campo á buscar camorra literaria al autor de un pobre discurso académico; un hombre, digo, que de puro intruso viene á levantar una controversia de ese género, estaba en la obligación, ya que no tuvo empacho para presentarse en la arena desafiando é insultando al que nada le hacía, de disculpar siquiera con su saber la petulancia de su conducta.

¿Qué dice al cabo el señor Fioretti del Voltaire historiador? Nada, absolutamente nada. Y no será porque le falten libros en que poder sostener la gastada escuela histórica de que fué fundador su maestro.

¿Quiere saber el señor Fioretti cómo juzgan á Voltaire como historiador los primeros críticos modernos?

Pues bien; me resignaré á enseñárselo. Oiga la opinión de Schlegel.

En la página 181 de su *Historia de la literatura antigua y moderna* dice á la letra lo que sigue:—«Yo creo que Voltaire ha sido más peligroso por las ideas que ha acreditado en la historia que por sus amargas burlas contra la religión. Así como había descubierto lo que faltaba á su nación bajo el aspecto de la poesía, del mismo modo conoció lo que le faltaba bajo el de la historia.

«Desde el cardenal de Retz las riquezas de la Francia en memorias y monumentos históricos con veracidad y atractivo por su contenido, se habían de tal modo acrecentado que forman por sí solos una literatura particular. Este es sin contradicción uno de los lados mas brillantes de la literatura francesa considerada en su conjunto. De este modo sin duda, el tono de la historia se convierte demasiado en el de la conversación; se pierde de un modo excesivo en los pormenores, y acaba por reducirse, con gran detrimento de la verdad histórica, en un diluvio de anécdotas. Pero aun cuando se evitasen semejantes de-

fectos, y se tratasen esas memorias con una grande habilidad y mucho talento, no formarían en último resultado mas que un género; sólo serían á lo sumo trabajos preparatorios y materiales para una historia, pero no una historia en el sentido rigoroso de esta palabra. Existe una distancia inmensa entre las memorias históricas escritas con perfección, y el arte de escribir la historia cual lo entendían los antiguos, ó Maquiavelo entre los modernos.

«La literatura francesa podía citar algunas historias llenas de vivacidad, obras sobre la antigua historia del país, bien coordinadas y bien compiladas; pero no poseía una historia nacional verdaderamente clásica, una grande obra histórica verdaderamente original. Voltaire conoció también este vacío en la literatura de su país, y quiso llenarlo instigado del deseo de gloria que le caracterizaba, y llevaba á querer tratar todos los asuntos. En el día se reconoce, aun en Francia, que no ha tenido acierto en este punto bajo el aspecto del arte, y que, como escritor histórico, y con respecto á la exposición y al estilo que conviene á la historia, no puede ser comparado, no digo á los antiguos, pero ni aún á los buenos historiadores ingleses, como Hume y Robertson. Su espíritu no ha influído menos generalmente sobre el modo de considerar la historia, aún entre los ingleses, particularmente en la de Gibbon, y ha dado margen á las ideas que acerca de la misma dominaron en el siglo décimo octavo. La esencia de este modo de considerar la historia, cuyo inventor fué Voltaire, consiste en el odio que se manifiesta en todas partes, en todas ocasiones y bajo todas las formas imaginables, contra los sacerdotes, contra el cristianimo y contra toda religión.

«Los progresos que la invertigación profunda de la historia ha hecho de diez años á esta parte, empiezan á demostrar cuántas cosas ha presentado la escuela de Voltaire bajo un falso aspecto, cuánto ha sufrido por ello la verdad histórica, y cuán desfigurado ha quedado todo lo

pasado, pues luego que la filosofía del siglo décimo octavo se hubo anonadado por sí misma, y cuando la religión que quería destruir salió victoriosa de la lucha, todo volvió á aparecer más y más en el campo de la historia bajo su verdadero aspecto. Sin embargo, falta todavía que rectificar muchas falsificaciones, muchos errores históricos y muchas preocupaciones concernientes á lo pasado. En ningún otro asunto logró la filosofía del siglo décimo octavo hacer dominar tan generalmente su espíritu y echar raíces tan profundas, como en la historia, donde el fin de esta filosofía así como lo falso hieren menos la vista del que no hace investigaciones por sí mismo, que cuando este espíritu se manifiesta sin disfraz bajo forma de doctrina y de opinión filosófica.

«Hay además en Voltaire algo personal que limita y violenta bajo otro aspecto: su modo de considerar la historia. Descubre demasiado que considera los tiempos anteriores á Luis XIV como tiempos de tinieblas, y presenta con sobrada claridad á todas las demás naciones como bárbaras. Luis XIV, este monarca tan ensalzado, desempeña en el drama de la historia del mundo y del espíritu humano, cual Voltaire lo consideraba, el gran papel que le obliga á ser el primero en pronunciar sobre un caos de barbarie basado sobre las ruinas de todos los demás tiempos y de todas las demás creaciones, esta palabra creadora: «Que la luz sea». Sin embargo, los grandes escritores del siglo de Luis XI, i aun Locke i Newton, no son considerados en el fondo más que como los primeros rayos precursores de la aurora que empieza á despuntar. En el sentir de Voltaire, todas esas oleadas de luz que debían resultar de la libertad de pensar y de los descubrimientos en las ciencias, estaban reservadas á una época un poco más apartada y más cercana á él.

«Por mucha inclinación que tuviese á rendir homenaje á la vanidad de su nación, tenía sin embargo á veces momentos de mal humor y de descontento en que se expre-

saba con respecto de ella de un modo sincero y aún lleno de amargura como en estas palabras:—«*Hay algo de tigre y de mono* en la nación francesa», que se hubieran podido fácilmente retorcer contra él mismo; tan imposible era á su espíritu mordaz tratar un asunto cualquiera con la atención conveniente y con una gravedad sostenida!

«Adulando la vanidad de su nación, le dió por largo tiempo una falsa dirección, cuyas consecuencias funestas sólo empezaron á disminuir cuando los franceses volvieron á tomar, á presencia de las demás naciones, una actitud natural y más conveniente, y cuando hubo entre ellos y los demás pueblos más relaciones recíprocas.»

He ahí un capítulo que encierra la primera parte de la lección que estoy empeñado en dar al señor Fioretti. Y como no es posible que retarde la segunda, en que concretaré mi pensamiento sin ayuda del Noel que sirve de rodrigón á su desmayado espíritu, allá va por lo pronto otro acápite, hallado en un libro que forma una de las joyas de mi pobre estante:

«La historia literaria, descuidada por todos los antiguos, si se exceptúa á Velleuis Paterculus, ha tomado, desde el ejemplo dado por Voltaire, un lugar en la historia general. Queda á los imitadores el seguir esta senda, *apartándose, se entiende, del falso y mal espíritu que guió la pluma de Voltaire.*

«Lo que á mi juicio, extralimita el alto alcance del hombre, lo que prueba que esta criatura, ave de paso en la tierra, ha sido formada para un destino eterno como el tiempo, es el esfuerzo constante que hace el espíritu humano para fijar lo pasado, para encontrar allí las lecciones del presente y las esperanzas del porvenir.

«Bajo este punto de vista, la historia no es sólo una ocupación grave: es una religión con sus misterios, sus dogmas, sus deberes y su fin. Allí reposan las convicciones de la *escuela fatalista*, escuela sombría, austera, y cuyos oráculos terribles y amenazadores recuerdan los

sones misteriosos de la encina de Dodona, ó los roncos acentos del druida prediciendo en las playas de la Armórica los últimos días del culto de Teutates. *La escuela moral histórica* también es una religión: su santuario es la conciencia. En cuanto á la *escuela pintoresca*, que se apoya en detalles exteriores, en textos desnudos, esa escuela, que hoy está en moda, nos parece, sin merecer menos estimación, al menos tener una dirección menos seria, un objeto menos útil.

«La historia debe tener su fe, y por esta palabra yo no excluyo la crítica; entiendo la tendencia moral de la historia. Lejos de mí el que quiera materializar la historia; el que en las acciones buenas ó malas de los hombres no ve sino los reflejos de tal ó cual edad, y que, demasiado consecuente con ese sistema que envilece á la humanidad, hace callar su conciencia al escribir la historia. Es preciso someter esta ciencia á las más altas ideas filosóficas y morales; es preciso siempre y en donde quiera, anatematizar el fanatismo, la impiedad sacrílega, que es también un fanatismo. Es preciso hacer la guerra al despotismo, á la iniquidad, á la sedición, á la indiferencia por la cosa pública. Con tales principios, el historiador no escribirá sólo en favor ó en contra de los reyes, de los grandes y de los pontífices: se hará el pintor simpático de la causa de los pueblos, el apóstol de la humanidad, el fanal de las muchedumbres.»

Medítese un poco en esto y se verá que Voltaire y sus imitadores han pecado lamentablemente contra el mismo espíritu filosófico que pretendieron difundir. La prueba es fácil hallarla; ese mismo *Ensayo sobre las costumbres*, que el señor Fioretti quiere defender, y que al fin abandona al juicio de los que como yo lo han combatido y combaten, sin negarle, por supuesto, el indisputable mérito que tiene, está manifestando á los que quieran estudiarlo que Voltaire, fundador de la *escuela fatalista*, encadena los acontecimientos de manera que no perezcan como efecto

de las acciones humanas, sino como consecuencia necesaria del desarrollo de los hechos que el Destino (porque Destino y nada más que Destino es la Providencia de Voltaire) tiene trazado en su libro de inexorable cumplimiento. El mapa de la humanidad se ve allí abierto, iluminado *a giorno*, si me permite decirlo el señor Fioretti; pero la luz que reverbera, ora sobre los cataclismos que ha sufrido el planeta que habitamos, ora sobre las conmociones que ha experimentado la humanidad al través de su peregrinación por la vía del progreso, no se quiebra para hacer notar lo que pertenece al dominio del hombre, y lo que de suyo compete á la Providencia.

Voltaire rebaja la personalidad humana rebajando la responsabilidad de sus actos, y engrandece el poder del mal que, como compañero obligado del hombre, le sigue desde la cuna hasta el sepulcro, sin más propósito, al parecer, que el de persuadir á los que atravesamos este valle de lágrimas que no hay remisión para nuestros dolores.

¿Cuáles eran las fuentes de la historia para Voltaire? El mismo las señala y marca perfectamente la insuficiencia de aquellos manantiales.

La escuela volteriana se jactaba de poseer tres monumentos incontestables: la colección de las observaciones astronómicas enviada por Alejandro á Grecia y empleadas en la *Almagestes* de Tolomeo; el eclipse central del sol, calculado en la China 2,255 años ante de la era vulgar; y el tercero, muy inferior á los otros dos, y que subsiste en los célebres mármoles de Araudel.

«En este siglo de imparcialidad, dice Camilo de Rozoir, sin la cual no hay ni puede haber verdadera crítica, los sabios confiesan (exceptúase el señor Fioretti) que se poseen muchas otras fuentes que no fueron conocidas de Voltaire y de su escuela: éstas son los libros religiosos de las diferentes naciones del Oriente. El *Génesis* es el primer libro que debe consultar el historiador, y cuanto

más lo estudie tanto más reconocerá, humanamente hablando, que las tradiciones recogidas por Moisés merecen confianza y respeto.

«Ya no es el tiempo en que se separaba la historia antigua de aquellas fuentes sagradas, sin las cuales no tendría ni autoridad, ni sanción, ni aun principio.»

Ahora bien: ¿cómo decir que Voltaire en sus libros históricos ha llenado todos los requisitos exigidos por la ciencia moderna?

No le hago cargo por ello, y tan es así, que en mi estudio, lejos de haber inculcado, como podía, en los defectos que ahora anoto, pasé de largo, contentándome con sólo algunas reminiscencias tendientes á demostrar que no ignoraba el vicio capital que le dominó siempre en la pintura de los sucesos y de los caracteres.

Dice, sin embargo, mi contradictor que, «segun el señor Blanco, el tipo, el prototipo, el *nec plus ultra* de los historiadores debería ser Pero Grullo ó César Cantú. El primero porque es incapaz de filosofar y se contentaría con contar los hechos tales cuales los oyó de la boca de su abuela en las largas veladas del invierno; y el segundo porque, si bien tiene el defecto de filosofar mucho, se le puede esto perdonar de muy buen grado en vista de la defensa qne siempre hace de la santa religión cristiana, católica, romana».

¿Qué puedo decir yo ¡pecador de mí! en contestación á este racimo de agudezas?

Pero no sea usted tan chusco, señor Fioretti, y contráigase a la cuestion, es decir, á la defensa del *Ensayo sobre las costumbres* que está en tabla y de la que se hizo abogado espontáneo y gratis.

¿Cuándo he citado yo á César Cantú para nada? Verdad es que le reconozco talentos de compilador, pero con todo eso, ni es compilador de mi gusto, ni tengo para qué seguirle, poseyendo, como poseo, fuentes mucho más puras y abundosas en qué empapar mi criterio. De consi-

guiente, mi contradictor ha dado una estocada en el agua, huyendo vergonzosamente del campo en que le tengo desde la primera hora como toro acosado por las banderillas.

Pero sigamos adelante, si más no sea para que mi lección al señor Fioretti no quede trunca y tenga ocasión de repetir que no he nacido para su maestro.

Pues, señor, continuaremos estudiando á Voltaire en sus obras históricas.

Ya queda dicho que la escuela de que fué fundador se llama *escuela fatalista*, y demostrado también, con la opinión irrecusable de grandes maestros, que ese sistema histórico está ya mandado guardar en los polvorosos archivos del siglo décimo octavo.

Conviene ahora registrar un poco sus mismos libros para persuadirnos más, si cabe, de la justicia con que se le impugna. Abriré su *Ensayo sobre las costumbres.*

Hasta Carlomagno nada en historia merecía, segun Voltaire, el menor crédito. La antigüedad es para él un caos que uno que otro lampo de luz viene á iluminar apenas en su espantoso desorden. La edad media, por supuesto, no sólo le es desconocida sino antipática. La idea de que las ciencias y las artes se hubieran encerrado en los claustros durante ese largo eclipse de mil años, le enfada y descompone. Así, al tratar de Rogerio Bacón, Pedro Leroux exclama: «Decir que Bacón era oro encubierto con todas las inmundicias de su siglo, es tratar con mucho desenfado á la edad media sin conocerla».

Y dígase cuanto se quiera, la edad media es el Pompeya y el Herculano del historiador, del filósofo, del artista del día. Allí, bajo la ceniza de quince siglos, encuentra el anticuario reliquias que le ponen en contacto con un mundo extinguido; de allí no hay piedra, ni insignificante despojo que, al venir á ver la luz de este siglo de la electricidad y del vapor, no hablen el lenguaje mudo pero elocuente del pensamiento cristalizado por la combustión de tantas generaciones aniquiladas. La edad media es el panteón

inmenso, cuyos monumentos ennegrecidos por el humo de disputas teológicas que el viento de la edad moderna ha arrebatado en sus impetuosos torbellinos, nos ofrecen á nosotros, que seremos á nuestro turno también edad media para las edades futuras, lo que sin ella no podríamos hallar para continuar la cadena de las evoluciones del espíritu humano. Voltaire y los de su escuela no conocieron la edad media. La miraron y la despreciaron tan sólo porque sus atavíos sepulcrales olían al incienso quemado en los altares gigantescos que levantara la piedad de diez generaciones aturdidas por el mismo peso de su lóbrega servidumbre.

Pero no es sólo en la edad media donde Voltaire decae como explorador y filósofo. En el mismo campo de la historia contemporánea rechaza la certidumbre en hechos científicos, cuya verdad reconoce la ciencia moderna y agradece la civilización de que formamos parte.

Véalo el lector. En el compendio de la *Historia de Luis XV*, compendio que no es más que una laudatoria continua del reinado de las cortesanas y de los teólogos de la Sorbona, Voltaire acorta el compás de su vastísima ciencia para no conceder elogios á descubrimientos que en sí llevan el sello característico de los triunfos alcanzados en el dilatado anfiteatro de las experiencias científicas.

En el capítulo XLIII que trata de los progresos del espíritu humano en el siglo de Luis XV, dice:

«Es verdad que todas las tentativas no han sido felices. Los viajes al rededor del mundo para comprobar una verdad que Newton había demostrado en su gabinete, han dejado dudas sobre la exactitud de las medidas. La empresa del hierro en bruto forjado ó convertido en acero, la de hacer brotar animales á la manera del Egipto en climas demasiado diferentes del Egipto, y muchos otros esfuerzos semejantes han hecho perder un tiempo precioso y arruinar aun algunas familias. Pero hemos debido á esas mismas empresas luces útiles sobre la naturaleza del hie-

rro y sobre el desarrollo de los gérmenes contenidos en el huevo.

«Sistemas demasiado atrevidos han desfigurado trabajos que habrían sido mui útiles. Se ha dado crédito á esperanzas engañadoras para hacer revivir aquel antiguo error, que los animales podrían nacer sin germen. De ahí han nacido cuentos mas quiméricos que estos mismos animales. Unos han llevado el abuso del descubrimiento de Newton sobre la atracción hasta decir que los hijos se forman por atracción en el vientre de su madre. Otros han inventado moléculas orgánicas. Se han remontado tanto en estas vanas conjeturas, que han llegado á pretender que las montañas han sido formadas por el mar; lo que es tan verdadero como decir que el mar ha sido formado por las montañas».

Khel, conociendo las deficiencias y los errores del cuadro de Voltaire, recuerda que á ese mismo siglo se debió el descubrimiento de las aberraciones de las estrellas fijas, el cálculo de las perturbaciones de los cometas, el de la vuelta de los astros. Que el movimiento de los planetas fué sometido á cálculos, si no rigurosos, al menos aproximativamente ciertos y de una exactitud igual á la que se puede esperar de las observaciones. Que D'Alembert descubrió los principios generales del movimiento de los cuerpos sólidos y de los fluidos Que el problema de la *precedencia de los equinoccios* de que Newton no había dado más que una solución incompleta, fué resuelto por el mismo geómetra. Recuerda también que á D'Alembert se debe el descubrimiento de un nuevo cálculo necesario en la teoría del movimiento de los fluidos y de los cuerpos flexibles. Que las leyes de la gradación de la luz habían sido encontradas por Bouguer; que el descubrimiento de los anteojos acromáticos, cuya primera idea pertenece á Eulero, se había llevado á cabo, como asimismo el método de aumentar el prisma de los anteojos, de descomponer por este medio la luz de las estrellas, de medir con más exac-

titud las leyes de la refracción y de la difracción, que se debe al abate Rochon, con nuevos métodos de medir los ángulos y las distancias y observaciones importantes sobre la teoría de la visión; trabajos todos que son imperecedero monumento del genio de los sabios que ilustraron aquel siglo.

Por lo que se ve, Voltaire era el último que pudiese ignorar todo esto, y sin embargo lo calla por su fatal manía de aplicar su escepticismo hasta en los ramos en que no se admite sino creencias.

¿Cómo, sin esto habría podido negar la utilidad de los viajes astronómicos, el arte de convertir en acero el hierro en bruto, y los descubrimientos que en historia natural habían hecho en el último tercio del siglo en que él vivió y dominó con su genio, tantos sabios ilustres?

De lo dicho resulta, pues, que Voltaire, como historiador, tuvo el mérito de señalar á la historia una senda nueva: que entre sus obras históricas, si no pueden tomarse por modelo por el abuso inconsiderado que hizo de su filosofía excéptica, hay algunas que pueden, sin embargo, leerse con provecho. Por lo demás el Voltaire historiador se piede en el género de las Memorias que aquel siglo puso en moda y que en el día se ha abandonado, así porque se da menos valor á la vida íntima, como porque ésta no tiene las peripecias romanescas que entonces las hacían curiosa é interesante.

Recomiendo al señor Fioretti esta última parte de mi lección, para que aquí ó en donde quiera que se le antoje meterse en contiendas literarias, tenga algo de qué echar mano.

Es verdaderamente asombroso que un hombre como él, con tantas pretensiones de literato, escriba artículos como el que contesto. Léanlo mis lectores y hallarán allí una verdadera olla podrida, que no tiene ni el mérito de encerrar un solo garbanzo de la despensa de mi contradictor.

Si se quitan todos los trozos copiados de Noel y Condor-

cet, no quedan sino una cuantas líneas suyas, y eso tan mal trazadas que de á legua se conoce que quién las traza es un aprendiz que tiene toda la audacia de la ignorancia.

Los que vienen siguiendo esta polémica que se inició con tanto estrépito habrán reparado que á medida que entramos en materia, mi contradictor se enreda y desfallece. No quisiera hallarme en su pellejo, si bien tampoco desearía que nadie se encontrase en el mío. ¿Es poca brega luchar como yo lucho, y para no conseguir al fin más que la triste satisfacción de haber castigado una pretensión ridícula?

QUINTA CONTESTACION.

I

No es el primer paso el que más cuesta, decía el viejo Fontenelle á su sobrina, al principiar el minúe que por última vez bailaba en casa de una de las grandes damas de la corte. Decía bien el filósofo Fontenelle: no es el primer paso el que más duele en esta vida de *malos pasos*, sino el último, porque al fin siempre cuesta más concluir una cosa, cualquiera que ella sea, que darle principio.

El señor Fioretti acaba de comprobármelo.

Su última impugnación es el supremo esfuerzo de su talento. En ella se ve algo más que un trabajo ordinario. Sí, mi contradictor ha pujado extraordinariamente.

¡Qué hombre tan singular es este señor Fioretti! Quiere ser filósofo sin haber saludado un libro de filosofía; quiere ser literato sin tener el más ligero rudimento de humanidades; quiere ser defensor de Voltaire sin haber leído una sola de sus obras; y quiere, en fin, ser apóstol de la incredulidad en Chile sin haber recibido de la naturaleza ninguna de las dotes requeridas para el apostolado.

No quiero detenerme más en su persona porque sería cuento de nunca acabar y deseo de una vez concluir esta polémica por tantos títulos enojosa é impertinente.

Ya en mi artículo anterior dejé probado hasta la evidencia que no sólo no conoce ni por las tapas las obras históricas de Voltaire, sino que carece hasta de la más ligera tintura de filosofía de la historia.

Vean ahora mis lectores cómo defiende á Voltaire publicista.

Después de decir que es inútil tomarse la pena de *ir á desentrañar algo* en los sesenta y nueve tomos de las obras de su maestro, copia á la letra columna y media de Noel, del sempiterno Noel, de ese sánalo-todo con que cura las lacras de su ignorancia.

Pero Noel, por más que lo estire el señor Fioretti, no dice una palabra sobre el asunto que se ventila.

Léase la transcripción de esa columna y media y se verá que no falto a la verdad al afirmarlo.

Atiendan á este trozo en que el señor Fioretti parece haber reconcentrado todas sus fuerzas para darme el golpe de gracia:

«A fuerza de estudio y observación, dice, Voltaire llegó á quedar profundamente impresionado viendo cómo la Inglaterra había llegado á poner en práctica todos los principios que podían influir en su progreso y bienestar. Comprendió entonces que el comercio estaba destinado á ser más que nunca un elemento de poderío y juzgó que todas las naciones deberían, á ejemplo de la inglesa, desarrollar sus industrias, pero que la condición principal de tal desarrollo no podía ser sino la libertad.

«No sería fácil figurarse hoy el infinito número de obstáculos que trataban toda especie de transacción en Francia, no sólo con respecto á las relaciones comerciales en el interior sino en su mismo territorio. No era posible llevar libremente á la recova una libra de mantequilla...; el vino y toda especie de licores no podían circular sino sujetán

dose á infinitas formalidades y gabelas. Estaba prohibido *de* exportar los cereales!»

Como se ve la prueba de que Voltaire era un gran publicista en el sentido que damos hoy á la palabra, no puede ser más esplendida.

La mantequilla y el vino, y la recova y los cereales, gravados con gabelas, son un testimonio que viene al asunto como anillo al dedo.

Pero el señor Fioretti, por lo visto, cree que el publicista no tiene más campo de acción que las plazas de abasto, y por consiguiente que los municipales de Valparaíso, por ejemplo, han sido en la época pasada los primeros publicistas del mundo.

¡Oh sabio tremebundo! ¡Oh portento singular y precioso de la fecunda madre naturaleza! ¿Qué son á tu lado todos esos luminares de la ciencia que guían, asombran y recrean á la pobre humanidad?

Oigase otro acápite formidable en favor del Voltaire publicista:

«Voltaire con el mayor entusiasmo escribió:

«En Inglaterra el campesino no tiene los pies lastimados por los zuecos; come pan blanco, y está bien vestido; no teme *de* aumentar el número de los animales domésticos, ni *de* techar su rancho con planchas de fierro por miedo que al año venidero le aumenten las *tasas*. Es fácil hallar muy á menudo en Inglaterra campesinos que gozan de una renta de cinco ó seiscientas libras esterlinas y que no desprecian el cultivo de la tierra que les ha enriquecido y en la cual viven libres».

Después de leer esto, pregunto yo á todos los que tienen dos dedos de frente si es posible que un hombre que tales impertinencias transcribe, tenga atrevimiento de entrar en polémica, no digo conmigo, que al fin y al cabo soy un viejo escritor, pero ni siquiera con el más insignificante pelón de colegio.

Conviene ante todo no olvidar lo que ya dije á este res-

pecto en mi *estudio sobre Voltaire*, esto es, que el patriarca no tenía en política principio ninguno fijo, como lo acreditan las obras que consagró á esta materia.

En prueba de esto registraré algunas de ellas para dejar patentemente en claro la verdad de mi aserto.

Abro el *Diccionario filosófico* en la voz *polílica* y leo:

«La política del hombre consiste desde luego en igualar á los animales, á quienes la naturaleza ha dado alimento, vestido y hogar.

«Estos principios son largos y difíciles. ¿Cómo procurarse el bienestar y ponerse al abrigo del mal? Aquí está todo el hombre.

«El mal se halla en todas partes. Los cuatro elementos conspiran á formarlo. La esterilidad de una cuarta parte del globo, las enfermedades, la multitud de animales enemigos, todo nos obliga á trabajar sin descanso para evitar el mal.

«Ningún hombre puede por sí solo garantirse del mal y procurarse el bien; necesita socorros. La sociedad es, pues, tan antigua como el mundo.

«Esta sociedad es ya numerosa, ya diminuta; las revoluciones de este globo han destruído muchas veces razas enteras de hombres y de otros animales en varios países y los han multiplicado en otros.

«Para multiplicar una especie, es preciso un clima y un terreno tolerables; y aún con esas ventajas el hombre puede hallarse reducido á andar desnudo, á sufrir el hambre, á carecer de todo, á morir de miseria.

«Los hombres son como los castores, las abejas, los gusanos de seda; no tienen un instinto seguro que les procure lo necesario.

«Sobre cien machos se encuentra apenas uno que tenga genio. (Sátiras de Voltaire contra su discípulo Fioretti).

«Sobre quinientas hembras apenas una. Sólo con el genio se inventan las artes que procuran á la larga un poco de bienestar, único objeto de toda política».

¿Qué dice en buena verdad todo ese capítulo que á Rousseau y Montesquieu dió tema para sus inmortales escritos? Ni aun la esencia de la sociedad civil está allí bosquejada como suele hacerlo en otras ocasiones con un solo rasgo de su pluma.

El estado salvaje no necesita descripción, pero el comienzo del paso á la civilización ya es asunto que ha menester de investigación fisolófica para saber al fin de cuentas en qué relaciones quedan el derecho natural y el que los hombres han confeccionado para vivir en sociedad.

En el capítulo que Voltaire consagra á la *Política exterior* no dice más que lo que todos saben sin haber leído sus obras, esto es, que al hombre, no pudiendo llevarse en perpetua lucha con sus vecinos, se le ha hecho preciso entrar en tratados de paz escritos ó tácitos; que los jefes de cada pueblo, para mejor engañar á sus enemigos, han inventado los juramentos; que uno jura en nombre de *Sammonocodon* y otro en nombre de Júpiter vivir en buena armonía sin perjuicio de degollarse en la primera ocasión.

«En los tiempos más refinados, dice, el león de Esopo hizo un tratado con tres animales, sus vecinos. Se trataba de dividirse una presa en cuatro partes iguales. El león, por muy buenas razones, toma al fin tres partes para él solo, y amenaza estrangular á todo el que se atreva á tocar á la cuarta. He aquí lo sublime de la política».

Por esto sin duda encontró Voltaire sublime la anexión á mano armada de la Silesia que verificó Federico II, y aún más sublime todavía la partición leonina de la pobre Polonia, cuyos principales despojos cayeron en las garras de aquella Semíramis del norte á quien incensó, perdonándole en nombre de la filosofía el alevoso asesinato de su marido Pedro III.

En el capítulo *Política Interior* Voltaire dice á la letra: «Se trata de tener en nuestro país la mayor suma de poder, de honores, de placeres. Para poseer todo esto se necesita mucha plata.

«*Esto es muy difícil en una democracia;* cada ciudadano es allí vuestro rival. *Una democracia no puede existir sino en un pequeño rincón de tierra. Por más rico que logréis ser por vuestro comercio secreto ó por el de vuestro abuelo, vuestra fortuna os concitará muchos envidiosos y pocos amigos*».

¿Qué tal, señor Fioretti? ¡Y nos diréis todavía que el maestro conocía la democracia moderna!

Pero estudiémosle más, desentrañando algo de esos sesenta y nueve volúmenes de los que mi competidor no ha logrado extraer un solo retazo para su defensa.

Las obras en que Voltaire se ocupó especialmente de política son éstas: opúsculo intitulado *Ideas republicanas*, que publicó en 1762; *Comentarios sobre el libro de los delitos y las penas* que compuso con motivo de la visita que le hizo en Ferney el abate Morellet, traductor del libro de Beccaria, y su *Comentario sobre el espíritu de las leyes*.

Cualquiera que lea con detención estas obras, verá sin calentarse mucho la cabeza, que Voltaire no prestó en su larga vida una atención medianamente seria al estudio de la política, que es el arte de gobernar á los hombres.

En las *Ideas republicanas* lo único que trata es de poner en ridículo al pobre Rousseau por su *Contrato social*, libro que aun así como es plagado de defectos, ha sido la cartilla de todos los publicistas del presente siglo.

Ninguna forma de gobierno merece la preferencia de Voltaire. Todos son igualmente malos y buenos. Malos, si allí se respeta un culto religioso; si allí se reverencian ideas que arrancan su origen y fuerza de la educación cristiana; buenos, si no hay entre los gobernantes y los gobernados lazo ninguno divino.

Si Voltaire hubiera amado sinceramente la libertad política, ¿habría adulado, como lo hizo, á Catalina II, á Federico II y á Luis XV? ¿En qué ocasión tomó la defensa de los oprimidos contra los tiranos? Defender á Calas, á Sirven, á Montbally, á de la Barre, no es defender á la humanidad flagelada por el despotismo. En su *Historia*

de Luis XIV el incienso marea; aquello pasa ya la raya de la admiración, es la obsequiosidad vergonzante de la filosofía postrada á los pies del más orgulloso de los déspotas. Si Racine apesta cuando se lee:

Le monde en le voyante eut reconnu son mâitre

Voltaire causa vértigos al verle como hace converger toda la luz de la civilización de un siglo, ¡y qué siglo! el de Descartes, de Newton, de Bacón, de Leibnitz, etc., sobre la sola persona de su héroe. ¡Cuán diferente en este punto fueron Rousseau y Montesquieu! Ninguno de los dos hizo el elogio de los tiranos y de los déspotas. Por el contrario, aquel estigmatizó siempre la tiranía, y éste la pintó en toda su desnudez para hacerla reflexiva y justamente odiosa!

Hay incidentes muy repugnantes en la vida de Voltaire. Uno de ellos fué el que dió motivo á que escribiese en su *Historia de Luis XIV* estas palabras:

«Montesquieu, dice (hablando de su entrada á la academia francesa), se valió de un ardid muy ingenioso para poner al ministro de su parte. Hizo hacer en pocos días una nueva edición de su libro, en el cual cortó ó modificó todo lo que podía ser condenado por un cardenal ó por un ministro. Montesquieu llevó él mismo la obra al cardenal, que, aunque no leía casi nada, leyó una parte. Aquel aire de confianza, sostenido por las diligencias de algunas personas influyentes, sedujo al cardenal y Montesquieu entró en la academia».

Este rasgo tan poco honorable pinta bien al vivo que Voltaire, si no envidiaba propiamente al autor del *Espíritu de las leyes*. no tenía la menor simpatía ni por su talento ni por sus obras. Entre tanto, el *Espíritu de las leyes* ha sido traducido á todas las lenguas y con su epígrafe *Prolem sine matre creatam*, que si bien acredita un muy levantado orgullo, testifica una verdad incontestable.

Pero vamos al caso: ¿en qué parte del comentario del *Es-*

píritu de las leyes Voltaire entra á averiguar las relaciones de la historia con la legislación? En ese secreto de las costumbres, que según Walkenear, biógrafo de Montesquieu, ha sido tan magistralmente encontrado por éste en los instintos más ocultos de la naturaleza humana, en el desarrollo de cada sociedad, en las influencias del clima, en las necesidades particulares creadas á cada país por su posición geográfica, Voltaire no se digna siquiera echar la vista, como si por ello hubiera perdido la ocasión de decir agudezas sobre las mil y una apreciaciones en que abunda aquel imponente conjunto de ciencia y de doctrina. La ciencia del gobierno, es decir la moral, la religión, el comercio, la industria, el arte, reunidos en un solo haz, no era, pues, la ciencia de Voltaire, como que ella, á más de ser la ciencia del pasado, envuelve los secretos del porvenir, que nó son otros que la felicidad de los pueblos comprada con su sangre y con sus sacrificios. A esto se añade que Montesquieu levanta la personalidad humana; que señala sus derechos á los oprimidos, sus deberes á los opresores; todo lo cual era antipático á Voltaire así por su manía de lisonjear á los grandes y abatir á los pequeños, como por ser consecuente al espíritu que daba vida á su desquiciadora filosofía.

Las cartas inglesas y filosóficas, que son las que han servido á Noel para sentar las vulgaridades que el señor Fioretti copia con tanta delicia como orgullo, están allí para probarlo. Desde la primera, que versa sobre los *Cuáqueros*, hasta la última, que trata de las *Academias*, no hay una sola en que manifieste principio político ninguno, idea siquiera del sistema que hubiera preferido ver puesto en planta en su patria.

Yo no sé cómo en estas cartas, que tratan de la religión anglicana, de los presbiterianos, de los socinianos, de los antitrinitarios, de los parlamentos, de la vacunación, de Bacón de Locke, de Descartes, de Newton, de la tragedia, de la comedia, de los señores que cultivan las letras, del conde de Rochester y de M. Walker, de Pope y de las aca-

demias, haya podido, vuelvo á repetirlo, ese señor Noel sacar tema para esa disertación impertinente que su traductor y discípulo, señor T. M. Fioretti, nos quiere hacer tragar sin respeto á nuestras tragaderas.

La única carta en que Voltaire habla de política es la que lleva por título *Sobre el gobierno*, y aún en esa, como pueden verlo los que quieran tomarse la pena de leerla, no hay nada que tenga relación con las doctrinas políticas del autor, que fueron las que yo en mi estudio califiqué de inconexas y hasta contradictorias. Lo que dice en la Carta X sobre el comercio, no es más que lo que dijo después en mil partes y que, según los economistas de hoy, da una triste idea de sus conocimientos en economía social. Sus comentarios sobre el sistema de Law y sus consideraciones sobre el lujo, etc., han merecido impugnaciones muy serias no solo en Francia sino en Inglaterra é Italia, como puede verlo el señor Fioretti si tiene habilidad para encontrar lo que busca en una biblioteca.

II

Dejo aquí este pesado capítulo para ocuparme de otro que más de cerca me atañe.

Yo, en mi estudio *Ideas Republicanas* sobre Voltaire, al hablar de ese opúsculo, dije estas palabras:

«No presentía ni siquiera la grandeza de Norte América á pesar de tener noticias de Franklin y de los grandes hombres de aquella bienaventurada tierra».

Pues bien: el señor Fioretti, para pillarme en infraganti delito de ignorancia, dice:

«Para un crítico que declara haber leído y estudiado todas las obras de Voltaire, nos parece imperdonable la ignorancia que aparenta en este punto, pues no nos atrevemos á clasificarla de mala fe».

Después de esto copia á Noel en la relación que hace de

la vuelta de Voltaire á París en 1778, y recalca en el conocido incidente de la bendición pedida por Franklin para su nieto al patriarca de Ferney.

¡Qué cabeza la de mi contradictor! Al decir yo que Voltaire en sus *Ideas republicanas* no presentía la grandeza de la Gran República Norte-Americana, ni tenía más que vagas noticias de Franklin, no hice más que decir una verdad como un templo. En el año de 1762 en que se publicó el opúsculo mentado, no podía tener Voltaire el conocimiento que tuvo en 1778, es decir, dieciséis años más tarde. Luego lo de la bendición al nieto de Franklin en las necedades que mi contradictor repite, no tienen nada que ver con lo que yo dije, ni quitan ni ponen un pelo en la cuestión.

Y ya que el señor Fioretti hace mención de ese suceso que tiempo há conozco y he repetido en otro trabajo literario análogo al presente, bien pudo acompañarlo de las consideraciones que Grimm, el famoso corre-ve-y-dile de los enciclopedistas, hace en un escrito de la época.

«Era Sófocles, dice (copiando á D'Alembert), que abrazaba á Anaxágoras».

Pero el señor Fioretti es como aquella vieja literata pintada por Paul de Kock, que todos los años en el aniversario de la primera república francesa, repetía las palabras de un orador de club que probablemente era el único que había oído. *Dios y la libertad*, señores, decía, y *Dios y la libertad*, volvía á repetir cien veces hasta que uno de los oyentes le dijo:—«Mi señora, Dios quiera no tomar á usted en cuenta las veces que ha mentado su santo nombre en vano».

Mi contradictor, sin embargo, es á prueba de bomba. Que uno le pruebe que es un insensato en venir á provocar disputas religiosas en un pueblo como Chile, en su mayoría católico y en su totalidad respetuoso á las ideas y creencias consagradas, eso no importa un ardite para él; lo que le importa es meter bulla, dar escándalo, para que,

aunque no sea más que por curiosidad, la gente quiera conocer al que tales necedades sostiene.

Y no es esto sólo: mi contradictor, que apunta al blanco de la caballería, *comme il vise à l'esprit*, se hace reo á cada paso de una falta de hidalguía en la polémica, que sería de creerlo por ello *un enfant trouvé des lettres*.

La prueba vais á verla.

«Se escandaliza el señor Blanco, dice, que un hombre filósofo y político, *moral y honesto*, sublime y amante de la verdad, aplauda la tolerancia de las leyes para toda las manifestaciones de la actividad humana. Se persigna y grita: «*Vade retro Satanás*» porque un libre pensador quiere proscribir la religión, *aunque para esto fuese necesario aguantar por algún tiempo un despotismo civil cualquiera.* Se horroriza porque á las cosmogonías, dogmas y sectas religiosas, los libre-pensadores los clasifican en el número de las necedades ridículas y se empeñan en combatirlas sin cuartel».

Hagamos una paradilla. ¿Cuándo me he escandalizado yo de que Voltaire ni nadie aplaudan la tolerancia de las leyes en todas las manifestaciones de activinad humana?

De lo único que me he escandalizado es que los tontos metidos á literatos vengan á predicar en Chile la incredulidad, á nombre de esa libertad del pensamiento y de la conciencia que les sirve de escudo y que manejan para hacer antipática la misma causa que les vale de pantalla.

En mi larga vida de escritor jamás he combatido ninguna libertad, ningún derecho legítimo, ninguna creencia; lo que he combatido y combatiré mientras Dios me conceda el uso de mi palabra y de mi pluma, es la farsa, la mentira, la audacia de los que, como el señor Fioretti, vienen á representar el papel de arlequines en mi país, creyéndole todavía bárbaro ó en las mantillas de la civilización.

¡Pobre Chile si no tuviese más guías que los que especulan con su credulidad y mansedumbre!

Pero tiempo ha que conoce lo que le corresponde, lo que debe á los otros y se debe á sí mismo.

Desengáñese de una vez el señor Fioretti: en nuestra sociedad no tienen cabida los charlatanes; se les oye y se les deja pasar. Ahora si la charlatanería versa sobre asuntos de religión, en los que nadie quiere entrar sino con mucha discreción y cautela, el que viene á hacer de apóstol tiene que resignarse a que sólo le oigan las paredes de los restaurantes.

El señor Fioretti es algo como aquel padre árabe que nos visitó hace pocos años. Su *Zeus* es la misa que aquel decía en la iglesia de las Capuchinas, y sus artículos poco más ó ménos los sermones que aquel reverendo misionero enderezaba á los fieles para arrancarles el óbolo de la piedad. Filósofo persa ¿cómo habéis olvidado aquella sabia sentencia de Zoroastro que dice:—«En la duda de que una acción, cualquiera que ella sea, pueda ser mala, abstente»?

¿O no cree el señor Fioretti que es una acción, por lo menos discutible, la de venir á escandalizar á un pueblo católico como el nuestro con inepcias que no tienen ni siquiera el valor que suele prestar el talento á las aberraciones del espíritu?

Suponiendo que hubiera tres docenas de libre-pensadores, como los que necesita el señor Fioretti para formar *quorum* en su tabladillo de propaganda irreligiosa, ¿en qué cabeza le cabe que esos mismos que patrocinan su audacia no digan para su capote que el predicador italo-pérsico desempeña detestablemente el papel que, sin que nadie se lo ofreciera, ha venido á tomarse de puro impávido?

Pero continuemos con mi calumniador.

«Según Blanco, dice, el hombre verdaderamente moral y honesto deber ser intolerante y no admitir sino las manifestaciones de la ciencia humana y aplaudir sólo las leyes que condenan la actividad del *yo;* debe proscribir en honor de la Iglesia católica romana, que es la verdadera,

la infalible... y cuyo despotismo no sólo es justo y necesario, sino altamente edificante para la mayor gloria de Dios y el provecho de Roma; debe guardarse bien de ridiculizar y llamar necedad á los milagros del agua de Lourdes, á la coagulación de la sangre de San Genaro, a las congregaciones pechoñas y al dogma del infierno. Haciendo todo esto un hombre será gran político, gran filósofo, gran historiador, gran poeta, gran diarista, gran ciudadano...»

¡Hermosísima tirada de payaso de volatín!

Venga acá el señor Fioretti y dígame en qué parte del estudio que impugna he dado yo margen á que se me impute una sola de las acusaciones calumniosas con que tan insolentemente me agravia y provoca. Muéstreme, repito, una sola línea salida de mi pluma que pueda prestarse á tan antojadizas y absurdas suposiciones.

El tipo del político, del filósofo, etc., etc., etc., que, según mi calumniador, yo abrigo en mi espíritu, es una obra de pura invención suya. Jamás desde que tengo uso de razón he creído que el estadista debe perseguir ideas ni principios, ni mucho menos creencias religiosas. Pero si nunca he creído que la persecución bajo ningún aspecto debe figurar en los elementos de gobierno, siempre he tenido la convicción de que el político debe amoldar sus planes á la sociedad en que vive. El estado social no puede olvidarse en la formulación de las leyes ni en las medidas gubernativas, porque legislador y gobernante, sea cual fuere la forma de gobierno, que de él se olviden, se verán precisados antes de mucho á volver sobre sus pasos, lo que en política equivale á reaccionar hacia lo pasado, que es el peor contratiempo que puede sobrevenir á una nacion medianamente civilizada.

Por lo que respecta al tipo del filósofo, se lo confieso al señor Fioretti, no encuentro ni he encontrado otro que el del verdadero cristiano. Mi limitada razón no me permite encontrar otra filosofía que aquella que me promete en

medio de mis dolores físicos, de los desengaños y tribulaciones que acongojan mi alma, una recompensa proporcionada á mi arrepentimiento. La madre naturaleza no es mi Dios, porque siempre he creído que tal como la comprenden los incrédulos como el señor Fioretti, no es una madre sino una cruel madrastra. Si los pesares de todo género que hacen un continuado martirio de mi vida no reflejaran en mi conciencia la luz de un consuelo inmortal; si á todas las aspiraciones de mi espíritu por la eternización de mi *yo*, que no son más que los gritos sofocados de mi alma oprimida por las cadenas de la materia; si á la impetuosidad de mis concepciones de lo bello, que no son otra cosa que reverberación del espíritu de Dios que vive en mí; si en fin en el caos de angustia que me cerca no divisase la punta del hilo de oro que me ofrece la Providencia para que crea y espere en ella todo lo que mi mente de fuego es capaz de creer y esperar, créalo el señor Fioretti, la vida me sería insoportable, y aun muriendo no me cansaría de maldecir la hora de haber nacido.

Mi alma necesita de inmortalidad y por eso creo en Dios.

Mi espíritu necesita de adoración tangible, de adoración que sea punto de apoyo y descanso tras las fatigas de la investigación, y por eso creo en Jesucristo y en su doctrina, que no es más que amor, regeneración, caridad, luz, bienaventuranza eterna.

Entre esta filosofía y la del señor Fioretti, que no es más que ciega obstinación, rabioso orgullo, odio encarnizado á todo lo que no puede comprender ni sentir, va una inmensa distancia; hay un inmenso abismo de por medio. El señor Fioretti aborrece á los católicos porque su volterianismo le manda odiarlos; yo no aborrezco á nadie, ni aun á él mismo, que tanto ha hecho para que le aborrezca. El se rebela contra los dogmas del catolicismo porque no alcanza á comprenderlos, y yo me prosterno ante su augusta incomprensibilidad, y en vez de renegar de mi ignorancia,

como él lo hace, la agradezco porque con ella gradúo el premio de plena luz que me espera en otra vida.

Filosofar para negar y maldecir es la tarea de los réprobos; filosofar para creer y amar y hacer el bien, es el trabajo de los buenos. Así, en el fondo práctico de la incredulidad como en el de la creencia, se ven muy claras estas dos entidades: sombra en aquella, luz en ésta.

¡Curiosa filosofía! Teme degradarse creyendo en los misteriosos dogmas de nuestra religión, y cree en los dogmas de su orgullo: ríe de los símbolos de nuestro rito y reverencia los de las logias masónicas; hace de Jesucristo un mentiroso apóstol, y forja de sus sabios, petrificados de vanidad é ignorancia, infalibles regeneradores de la especie humana. Pobres filósofos! Pero no hay en buena verdad que compadecerlos mucho, pues jamás están donde hay dolores que curar, lágrimas que enjugar.

En los hospitales de París, en tiempos de la epidemia del cólera, no se vió á ningún filósofo ni pasar por las puertas. En los campos de la Crimea, ni aun en los que no ha mucho corrió á torrentes la sangre de dos pueblos, tampoco los filósofos fueron á recoger y auxiliar los heridos.

Nó; para eso no sirve la filosofía volteriana. Entre tanto, el sacerdote católico y la hermana de caridad luchan día á día con el contagio de las más pestilentes enfermedades y recogen cariñosos el último suspiro de los moribundos. Aunque no fuera más que esto yo me haría católico, si por desgracia no lo fuera.

«El signo más cierto de la decrepitud de una religión, dice un grande escritor, no es la pérdida de sus adeptos, así como el signo de su fuerza no estriba tampoco en que haga nuevas conquistas. Pero lo que constituye la fuerza real de una religión es la conservación de su sacerdocio y la perpetuidad fija de su enseñanza. Mientras escape de la descomposición interior, ella no tiene por qué temer su fin. A este respecto, el catolicismo goza de todo su vigor, y puede decirse que su culto es el único que no se halla

en decadencia. El protestantismo no ha cesado de variar en cuanto á la doctrina; ya no tiene ni símbolo ni sacerdocio; sus ministros no son sacerdotes, sino simples profesores de moral. En cuanto al establecimiento anglicano, que titubea, una vez desaparecido, la Inglaterra ofrecerá el mismo espectáculo que los Estados Unidos. La sabia Alemania cuenta como ganado en provecho de la razón todo lo que ella chapoda al cristianismo. Un trabajo no menos profundo de descomposición se hace sentir en el seno del judaísmo. Invadido por la influencia de la civilización cristiana se trastorna, pierde poco á poco los caracteres de un verdadero culto. El catolicismo solo se mantiene en su integridad: en él solo vive la fuerza del cristianismo religioso, y cuando se habla del porvenir de la religión, se trata por cierto de su destino.»

Ya ve el señor Fioretti que no hay por qué temer su propaganda, ni por qué pueda yo avergonzarme de haber cantado de plano mi profesión de fe religiosa.

III

Después del capítulo que acabo de contestar y sobre el que me he extendido tal vez demasiado, mi contradictor me pide cuenta de haber falseado el texto de la contestación dado por Voltaire al agente de policía Herraul cuando le dijo que se empeñaba en vano por destruir la religión católica.

Condorcet dice efectivamente que Voltaire contestó á su interpelante:—«Eso es lo que vamos á ver»; y yo, habiendo leído doscientas veces la misma anécdota en diferentes autores, escribí, no ateniéndome á Condorcet, sino á Berruyer y otros, que la respuesta de Voltaire había sido —«Yo soy bastante para destruír la obra de Cristo». En las correspondencias de Voltaire con D'Alembert, Diderot, etc., etc., siempre les encarga que aplasten al *infame*

y que tengan fe en que esos doce *cuistres* (los apóstoles) han de venir al suelo.

¿En qué ni en dónde, pues, está la adulteración? Es tan conocida esa respuesta de Voltaire que hasta los frailes la repiten todos los días en los sermones.

¡Cosa extraordinaria! Se irrita Fioretti porque he hecho decir á Voltaire una palabra que muchos escritores repiten i que en nada desvirtúa el sentido de las expresiones citadas por Condorcet, ni desdice en lo menor de las pretensiones que siempre abrigó su maestro, y pasa por alto las mil inexactitudes y desatinos que ha estampado en sus largos artículos. ¿No le levantó el falso testimonio á Le Franc de Pompignan de haber pronunciado su discurso académico en 1776, siendo que la recepción tuvo lugar en 1760, como lo comprueban todos los diccionarios y está probado por el mismo Condorcet que alude á la fecha de ese discurso?

Pero venga el muy atolondrado contradictor mío: ¿qué otra cosa que lo que yo dije es ésta que él mismo escribe tomándola de Condorcet? No dice que Voltaire dijo un día:—«*Estoy cansado de oir repetir que doce hombres han sido suficientes para establecer el cristianismo y tengo ganas de probar que basta con uno para destruirlo*»?

Ahora bien: si eso dijo Voltaire un día, ¿por qué no lo pudo decir otro y precisamente en el que se le provocaba á una respuesta hiriendo su orgullo verdaderamente lucifetino? Las mismas palabras citadas por él sirvieron sin duda no solo á Berruyer sino á cien escritores que las dan como textuales.

A renglón seguido dice el señor Fioretti que yo en mi estudio he tratado á Voltaire de *ignorante*, *rastrero*, *ramplón*, *candil fétido* y que sé yo cuántas cosas más. ¿Es esto cierto? Jamás he dicho eso: lo que he dicho es que su ingenio rastreaba, se hacia ramplón á veces cuando le ofuscaba la cólera contra sus contradictores. En la pintura que hice yo y que no transcribo porque no me gusta

copiarme á mí mismo, y las brutalidades que me supone mi contradictor, hay la misma diferencia que existe entre yo y él.

Lo demás del artículo postrero del señor Fioretti no se puede contestar: trae hasta un problema en que salgo de 72 años. El matemático señor Fioretti tiene chuscadas con las cifras, más ingeniosas, si cabe, que con las letras.

Y aquí doy por concluída esta fastidiosísima polémica que me ha obligado á robar al Mercurio el tiempo que le corresponde. No lo siento, sin embargo, porque, como lo dije al principio, he probado á mi provocador que tengo conocimiento del asunto en debate.

Culpa mía no es, él fué quien salió á provocarme con pullas de *vaudeville*, con retruécanos de modistas, con injurias que no le eran permitidas desde que yo jamás le había dado el menor motivo de queja. Tenga esto presente el público para perdonarme, si es que en medio de una discusión tan pesada y que he sostenido al correr de la pluma, se me ha escapado alguna palabra un poco más dura de lo preciso.

Sobre todo, medite que yo he sido el agraviado y él el agresor. Para lo demás no le pido que haga diferencia, porque ya se la habrá hecho y muy buena.

SEXTA CONTESTACION

I

Cuando me lisonjeaba de haber quedado libre de la pesadilla que, bajo la figura del filósofo Fioretti, viene persiguiendo mis sueños, héteme de nuevo obligado á contestar á mi feroz adversario un apéndice (fíjense bien en lo que significa un apéndice) que, según ya diviso, va á ser aún más terrible y larguísimo que toda la tremebunda impugnación que he contestado *currente calama* durante seis días de la, para mí, más memorable semana.

Mi impugnador da comienzo á su apéndice, diciendo que, aunque inútil para la refutación de un discurso académico, es sobradamente útil para persuadirme de que el fin *noble y sublime* que me propuse en mi *Estudio sobre Voltaire* no ha sido logrado. Léase este trozo:

«El señor Blanco se propuso hacer admirar su ingenio, su chispa, su sal, su gracia, su *esprit* (como diría un francés) á costa del buen sentido...

«Mas para esto se necesitaba atacar é insultar la memoria de un hombre que no podía contestarle; necesitaba exhumar un cadáver que no podía defenderse; necesitaba cubrir con un crespón embarrado la estrella más brillante que luce en el firmamento de la inteligencia.

«Pero ¿qué son todas estas cosas para un católico, apostólico romano que tiene genio y chispa?

«¿Qué le importa cometer un sacrilegio, revolver las cenizas de un Dios ó de un hombre, cuando se trata de servir los intereses de la curia romana y cumplir con el Syllabus?

«Y mucho menos cuando todo esto puede también redundar en provecho persomal y en provecho de su alma!!!»

Es preciso tener toda la flema de un holandés para no saltar del asiento al leer este hacinamiento de torpeza.

¿Cuándo he tratado yo de insultar la memoria de Voltaire, de lucir mi chispa, mi sal, mi gracia, como dice ese infeliz, á costa de la difamación de un hombre que, sea como fuere, ocupa en la literatura del pasado siglo el primer puesto?

Los que hayan leído mi estudio responderán por mí. El que ha colocado sobre la estatua de Voltaire un velo embarrado no soy yo ciertamente, sino Fioretti, cuyos escritos son el más nauseabundo amasijo que haya jamás podido confeccionar la petulancia ignorante y la mala fe de un escriba.

Jamás hasta ahora que me he visto obligado á contestar

las inepcias injuriosas de este detractor gratuito, había yo publicado una sola letra para criticar las obras de Voltaire. Conozco demasiado hasta donde es permitido llegar en esta materia para no exponerme, como se ha expuesto él, á ser objeto de lástima de sus propios amigos.

¿Qué podía moverme á maldecir de un hombre de tan grande ingenio como Voltaire? ¿Ni qué tampoco para lucir mi chiste y todas las zarandanjas que me cuelga el plagiario de Jacolliot, pudo moverme nunca á tomar por tema las obras y la persona de un hombre que fué la personificación del ingenio levantado hasta la más alta potencia?

Cíteme Fioretti un solo trozo en que yo haya hecho, no digo burla, porque no es posible hacerla de Voltaire, pero ni siquiera alusión á las miserias de su carácter, á las pérfidas cavilaciones que le arrastraron siempre durante una existencia de ochenta y cuatro años á desfigurar la historia para sacar de allí elementos con qué sostener su propaganda odiosa contra el cristianismo, que fué el anhelo y el propósito de toda su vida.

¡Lisonjear yo á la curia! ¿Sabe ese hombre que alguna vez haya yo quemado un solo grano de incienso en adulación de nadie? ¿Me vería como me veo obligado á ganar el pan á la edad de cincuenta y tres años con mi pluma, si en un país que enaltecieron tanto mis antepasados y deudos inmediatos, hubiese en alguna ocasión buscado el apoyo de los grandes?

Continúa diciendo que yo traduje la segunda parte de mi estudio sobre Voltaire para reir de sus dientes y del calcáneo que se desprendieron de su cadáver.

¡Estupendo caletre! Esa parte que tanto le ha dado que hablar, es de La Bedollière y de Avenel, como yo mismo lo dije terminantemente, no sólo con las comillas de estilo en las trascripciones, sino declarando repetidas veces que traducía á la letra lo que aquellos últimos editores de

las obras completas de Voltaire habían escrito dándole la importancia que realmente tiene.

Cuando Manuel Bilbao dió por pretexto de no querer enviar á Chile los huesos de su hermano Francisco el temor de que los ultramontanos chilenos hiciesen con ellos lo que habían hecho en Francia los ultramontanos franceses con los de Voltaire y Rousseau, se dijo aquí que Manuel Bilbao había levantado un falso testimonio, y que todo ello al fin no era sino una de las muchas sandeces de los hombres de su escuela. Nadie sabía á punto fijo lo que había en el asunto; así, los que acusaban como los que defendían á Bilbao, lo hacían, como decimos vulgarmente, *al divino botón*. Esto fué lo que me movió á tomarme el trabajo de traducir durante dos largas noches todo el prólogo de la edición citada.

Ahora bien: ¿puede suponerse que hiciera yo todo esto por el mezquino espíritu que me supone este desgraciado embadurnador de papel? Afirmar, pues, que yo escribí mi estudio (estudio que, lo digo sin vanidad, podía haberse leído en cualquier academia) con sólo el miserable propósito de decir á la de Bellas Letras: «aquí tenéis, señores, dos muelas y un calcáneo de Voltaire», es una barbaridad sólo propia de quien quiere á toda costa tomarme por escabel para trepar al tejado de la triste notariedad que ambiciona.

El asunto de la profanación de las tumbas de Voltaire y Rousseau en Francia misma no fué conocido hasta 1867, y aún hoy faltan todavía esclarecimientos que completen lo que se conoce. Si era tan pueril esa relación de un acontecimiento cuya responsabilidad pesa cabalmente sobre los hombres en cuya compañía me supone enrolado el tal Fioretti, ¿cómo entonces La Bedollière y Avenel, escritores ambos que han desenterrado hasta el último documento que pudiera servir para ilustración de la vida de ultra-tumba del maestro, se tomaron la pena de escribirla en seis largas páginas? Si hubiera querido yo lisonjear

á los ultramontanos ¿habría traducido la relación de la apoteosis de Voltaire decretada por la asamblea nacional, ni menos todos los documentos que comprueban la realidad de la profanación impía de que fué objeto su sepulcro por el mal entendido celo religioso de los realistas de la restauración? Bonito modo de adular á los ultramontanos!

Después de esto, que de puro burdo deja de irritar para causar grima, Fioretti hace mi retrato copiándolo sobre el de don Quijote.

Perfecta semejanza! Si los planos de puentes y calzadas que ejecuta mi retratista son de la exactitud de este cuadro, desde ahora digo yo que el gobierno hizo perfectamente en admitirle la renuncia de ingeniero oficial que hizo dos años después de haber andado vagando para buscar los materiales de su *Zeus*, de esa preciosidad á que consagraré antes de mucho un folleto que lo levante á las nubes.

El Quijote, si es que hay alguno aquí en esta cuestión, no soy yo, sino él, que impávido como la intrusión, y petulante como la ignorancia, se caló de buenas á primeras el abollado yelmo que algún travieso tenía escondido en su despensa, y embrazó su adarga con que hasta ahora le vemos dar golpes tremendos y desaforados contra la religión, contra la moral, contra la literatura, contra la lengua castellana y contra la memoria misma de Voltaire que quiere glorificar, sin contar con más elementos que los de su impavidez é ignorancia supinas.

Baste por hoy con este prólogo.

Mañana me ocuparé en contestar la otra parte de su apéndice, de que puede decirse «la post-data es más larga que la carta».

Con que, sabio mío, hasta mañana, si es que Dios no me manda comparecer á su presencia en estas pocas horas que quenda del día presente

Mi contradictor, deseoso de lucir todavía más los teso-

ros de ilustración que en toda esta larga polémica ha venido mostrando á los ojos asombrados del público, ha querido poner remate á su impugnación con un capítulo que titula *Voltaire hombre* sin duda porque cree que en su maestro existen las dos naturalezas *humana* y *divina* que reconocen todos los cristianos en Jesucristo.

Ya se ha visto por los largos artículos del señor Fioretti como ha tratado la *divinidad* de Voltaire y como resplandece en esa obra de adoración celeste la firmeza de las convicciones en que se funda.

Le hago justicia: jamás desde que tengo uso de razón había visto incensar la memoria de un ídolo como lo ha hecho el inmortal autor de *Zeus*. Verdad es que personas muy sensatas aseguran que los judíos que clavaron al Salvador en la cruz no se portaron más feroces con el *hijo del hombre* que lo que se ha portado Fioretti enclavando en la cruz por espacio de diez días consecutivos, la santa memoria del padre de la filosofía incrédula.

¿Quién le habría dicho á Voltaire que habría de verse *elogiado* por individuos de aquella numerosa familia que le persiguió con sus lisonjas durante toda su vida?

«¡Salud, luz del mundo!» díjole una vez una persona que debía ser, por lo menos, tío abuelo del señor Fioretti, y el patriarca contestó á su sobrina:

«Madama Denis, traiga usted las despabiladeras.»

En otra ocasión otro tonto (que debía también ser de la misma familia) le saludó diciéndole: «Al fin veo al *inmortal!*» á lo que contestó éste:—«Al fin os veo, estampa de la muerte.»

¿No es verdad que si Voltaire hubiera conocido al autor de *Zeus* le habría contestado por escrito ó de palabra después de leer su defensa, lo que repetía siempre al padre *Adam* que conservaba á su lado para que le instruyese en los textos hebreos: *Et bien! mon ami, vous n'êtes pas le premier homme du monde.*

II.

Me reprocha mi impugnador, contradictor, desollador y pulverizador que yo no halla querido tomarme la molestia de hablar del *Voltaire hombre*, siendo, que bajo el punto de la *humanidad*, Voltaire fué tan grande como Franklin y quizás como Jesús!

Soy franco: jamás hasta ahora me había ocupado en averiguar si Voltaire pesaba tanto como Franklin por el lado *humano*. Sabía, y me basta con eso, que el descubridor del para-rayo y de la *armónica* había sido, á más de gran sabio, un esclarecido ciudadanos, uno de los más nobles y puros patriotas de aquella generación á que debió la Gran República del Norte su gloriosa independencia.

También sabía que ese Benjamín Franklin, á quien coloca el señor Fioretti en uno de los platillos de la balanza en que pesa *la humanidad* de los grandes escritores desde que comenzó á publicar sus famosos *Almanaques*, bajo el seudómino de *El buen hombre Ricardo*, hasta que rindió el alma á Dios en 1799, no dejó de prestar á la causa de la libertad y de la ciencia los más importantes servicios.

Esperimentador atrevido, encontró que en el océano la temperatura de las aguas corrientes era más alta que las demás aguas inmóviles, y de allí salió una serie de verdades útiles para la marina; en el vidrio, que sus sonidos causados por la vibración eran la llave del instrumento musical que lleva su nombre; en el estudio de la rebeveracion de la luz sobre los metales, que estos podían servir para la economía doméstica aplicándolos, como los aplicó, al descubrimiento de los caloríferos, que también llevan su ilustre apellido.

También sabía yo que ese Benjamín Franklin, virtuoso como un puritano, sencillo cono un cuáquero, modesto como todos los primeros servidores de la especie humana,

no sólo había sido miembro de la Sociedad Real de Londres y de la academia de las ciencias de París, sino ministro diplomático en Inglaterra para reclamar de que la Pensilvania no fuese considerada como la herencia de una sola familia, y ministro también en Francia para buscar desde París la alianza de la potencias de Europa contra la metrópoli en favor de su patria.

Todo esto sabía yo y creía ¡infeliz de mí! saber mucho; pero ahora me ha probado mi contendor que no sabía lo mejor del cuento, esto es, que medidos como hombres Franklin y Voltaire pesan el mismo número de arrobas.

No abuse así tan descaradamente de la ignorancia de sus lectores el señor Fioretti y contráigase, ya que quiere escribir para el público, á sostener siquiera las tesis que en su limitadísima instrucción pueden caber sin escándalo de la historia y del buen sentido.

Comparar á Voltaire con Franklin bajo el aspecto del carácter, de las virtudes del alma, es como comparar a San Vicente de Paula con el famoso espadachín Pablo de Cassagnac.

En Franklin se ve al sabio antiguo: modestia, sobriedad, perseverancia en el bien, patriotismo acrisolado. En Voltaire se ve al hijo del siglo elegante y corrompido de Luis XIV; al alumno de Rabelais mecido en la cuna perfumada de Ninon de Lenclos.

Todo en Franklin es severo como su religión; todo en Voltaire es liviano como su incredulidad. Franklin no conoce el secreto de las cortes, y Voltaire sabe el secreto de todas las flaquezas de los reyes. Franklin *arrebata al cielo el rayo* y Voltaire arrebata á Jesucristo el rayo de su divinidad.

Por fin, Franklin ha dejado su nombre escrito en los anales de la ciencia, y Voltaire el suyo en los fastos de la filosofía del siglo XVIII, que fué toda ella duda cínica sobre Dios y los destinos del hombre después de la vida y remoción incesante del espíritu, para no arribar al fin, después de tan larga exploración al través de los abismos

de la ciencia, más que al puerto de la *Nada*, que es donde echan el ancla los desgracriados que se embarcan en aquella averiada nave.

Comparar ahora á Voltaire con Jesucristo, como lo hace el señor Fioretti, eso no llega á ser blasfemia de puro tonto; es simplemente una impertinencia de sobremesa de restaurante.

Entre el *Dios Hombre* i el *Hombre Diablo* no puede haber similitud posible; de consiguiente, el señor Fioretti no ha aprovechado de las ciencias exactas en que se dice instruído ni la severidad y estrictez de los cálculos.

¡Qué compas el de ese inengiero señor Fioretti, que abarca entre sus piernas todo lo más sagrado que puede concebir la fantasía humana bajo la envoltura de la carne, y todo lo más profano que la razón puede encontrar en ella!

III

Para que se vea que Fiotetti habla como papagallo, voy á seguirle en su relación copiada al pie de la letra del libro de Noel y que se ha guardado mui bien de señalar con las comillas de estilo.

Dejo aparte esa vaciedad sobre la doctrina de Jesús en el perdón de las injurias y la doctrina de Voltaire sobre la venganza de los agravios, porque no quiero que mi mismo contradictor se ría de haberme hecho perder el tiempo en semejantes tonterías.

«Voltaire, dice, fué vengativo, pero sus venganzas fueron nobles y ejecutadas á la luz del día. Jamás se amparó con el manto que encubre el odio de los discípulos de Loyola, tan aficionados á herir á su prójimo por las espaldas, al mismo tiempo de predicarles la doctrina de Jesús».

Vamos á ver quien tiene razón, si Fioretti que esto afirma bajo su palabra, ó Guizot que afirma todo lo contrario bajo la suya.

Guizot dice lo que sigue:

«Voltaire se hallaba en el campo, á donde había ido á asistir á las segundas nupcias del duque de Richelieu. Sabiendo el peligro que le amenazaba, cobró miedo y corrió á refugiarse en Bâle; pero pronto abandonó este lugar y se fué al castillo de Cirey, propiedad de la marquesa de Châtelet, mujer tan sabia como apasionada literata, dada á la física, á las matemáticas y tiernamente apegada á Voltaire, á quien arrastraba tras sí en el camino de las ciencias. Durante quince años Mme. de Châtelet y Cirey reinaron como señores en la vida del poeta.

«*Sin embargo, sobrecogido á veces por el terror* á consecuencia de alguna temeridad suya anti-religiosa, tomaba el portante y se iba á esconder ya en la corte de Lorena bajo la protección del rei Estanislao, ya en Holanda, ya en un palacio perteneciente al rei de Prusia, el gran Federico. *A la aparición del peligro, Voltaire negaba sin trabajo sus palabras; sus escritos religiosos eran habitualmente lanzados bajo el velo del anónimo.*»

Hé ahí esa franqueza que, según el señor Fioretti, tanto contrasta con la perfidia de los jesuítas.

Registraré en la correspondencia de Voltaire con D'Alembert á ver si se encuentra algo que sea del gusto de mi contradictor

CARTA DE VOLTAIRE FECHA 23 DE JUNIO (NO MARCA EL AÑO.)

«Yo querría poder enviaros una segunda respuesta á Palissot, *respuesta que pasa por M. de Argentar*, en la cual le prueba que ha calumniado al caballero de Jancourt; que ha confundido á la Metrie con los filósofos.

«Yo querría que aplastaseis *al Infame:* es el gran punto. Es el servicio más grande que pueda hacerse al género humano.»

CARTA DE VOLTAIRE EN FERNEY, 13 DE AGOSTO.

«Es presiso que me hagáis un servicio especial: quiero acabar mi vida con el suplicio que pedía Arlequin: querría morir de risa. Empeñaos con el amigo de Thiriot ó sacerdote de Baal, *Mord-les* (Morellet) para que me envíe los apuntes siguientes:

«Algunas anécdotas sobre Gauchat y Chanmeix; cuáles son sus obras, el nombre de sus libreros; el catálogo de las obras del obispo de Puy, Pompignan, pidiendo al amigo Thiriot me envíe la *Reconcilación de la piedad y del espíritu;* el nombre de la (*maq*) alcahueta nombrada por el arzobispo directora del Hopital; *el nombre del magistrado que más ha protegido á los comulsionarios; el nombre del reverendo padre jesuíta del colegio de Luis el Grande*, *que pase por amar más tiernamente á la juventud. Espero estas útiles memorias para poner en limpio una Dunciade.* Esto me divierte más que Pedro el Grande. *Me gusta más el ridículo que lo que me gustan los héroes.* El cuento del *Tonel* ha hecho más mal á la iglesia romana que Enrique VIII. *Luc* perecerá.»

CARTA DE VOLTAIRE Á D'ALEMBERT EN FERNEY, 20 DE ABRIL

«En cuanto á J. J. Rousseau, si no fuese más que un inconsecuente, una pequeña cola de hombre petrificada de vanidad, no habría en ello gran mal; pero que haya añadido á la impertinencia de su carta la infamia de mil intrigas, desde el fondo de su aldea, con pedantes socinianos para impedirme tener un teatro en Tournay ó al ménos para impedir á sus conciudadanos, que no conoce, representar conmigo; que haya querido con esta indigna maniobra prepararse una vuelta triunfante á su barrio bajo, es todo ello la acción de un pícaro á quien no perdonaré nunca.

«*Yo habría procurado vengarme hasta de Platon si me*

hubiese jugado una pasada semejante. Con más fuerte razón del lacayo de Diójenes. No me gustan ni sus obras ni su persona, y su proceder es odioso. El autor de la Nueva Eloísa no es más que un bergante (polisson) maléfico. Hagan pués, los filósofos verdaderos una sociedad como la de los frac-masones: júntense, sosténganse; sean fieles á la compañía, y entonces yo me dejaré quemar por ellos. Esta acamedia valdría más que la academia de Atenas y todas las de París; pero cada uno no piensa más que en sí mismo y olvida el primero de los deberes que es el de aniquilar al infame.

«*Post-scriptum.*—Reid y amadme, y confundid al *Infame* cuanto más podáis.»

CARTA DE VOLTAIRE DE 28 DE SEPTIEMBRE

«Me han contado que venden en vuestra ciudad un pequeño folleto titulado *El catecismo del hombre honrado*. Creo que el colega Damilavile tiene un ejemplar; os exhorto á que os procuréis algunos; es una obra que, según se dice (era suya) hace mucho bien. *Es preciso que el cura del Vicario saboyardo pase por su autor.* Siempre temo que no seáis bastante diligente. Vos ocultáis vuestro talentos, os contentáis con despreciar á un monstruo que es presiso aborrecer y destruir. ¿Qué os costaría aplastarlo en cuatro páginas teniendo la modestia de dejarle ignorar que muere de vuestra mano? Meleagro es quien debe matar al jabalí. Lanzadle la flecha sin mostrar la mano Dadme alguna vez este pequeño placer. Consoladme en mi vejez.

«Os abrazo tiernamente, querido filósofo, *Aplastad al Infame*».

Ahí tiene el lector lo que era Voltaire en sus odios, en sus cavilaciones, en sus propósitos. Ahora bien, ¿no es cierto que Fioretti tiene mucha razón para decir que casi era como Jesús? ¡Qué estúpida charlatanería!

Después de transcribir á la letra la relación de Noe sobre la defensa de Calas, que todos conocemos, dice que Voltaire no sólo estimaba á Rousseau sino que le amaba y para probarlo vuelve á troducir otro trozo de su autor, intercalando en el relato algunas palabras de Avenel y Condorcet.

Guizot, sin embargo, á quien acabo de citar y cuya historia de Francia se publica en este momento en París, dice todo lo contrario.

Léase este acápite:

Rousseau era ampuloso y trágico; Voltaire era cruel en su despreciativa ligereza; pero el contraste entre los dos filósofos era todavíia más grande en el fondo de las almas que en la superficie. Rousseau tomaba á lo serio sus propias palabras, aun cuando estuviese loco y su propia conducta debiesen desmentirlas pronto. Era el precursor de un siglo apasionado y serio que va al objeto de su pensamiento y coloca los actos después de las palabras.

«Voltaire aplaudía los rigores contra Rousseau y estaba pronto á darle asilo en Ferney. Escribía á D'Alembert.—«Me ocupo en hacer ir á un clérigo á galeras», en el momento mismo que honraba su nombre por el ardor generoso que le llevaba á proteger la memoria y la familia de los desgraciados Calas».

Y bien, pues, ¿quién tiene razón en esto, Guizot ó Fioretti?

Mi contradictor habla de Berlín y de la diatriba del doctor Akakia y del envío de la condecoración y título de renta que ejecutó Voltaire cuando Federico mandó quemar su libelo; pero se guardó muy bien de contar algunos incidentes que valen más para el caso que todas esas puerilidades.

Por ejemplo, ¿por qué calló Fioretti el suceso aquel que dió motivo á que el rey de Prusia mandase formar un proceso á Voltaire?

Véase cómo lo cuenta el mismo respetabilísimo autor citado.

«La frialdad, dice Guizot, se extendía ya no sólo á las relaciones de Voltaire contra sus colegas, sino á las que conservaba con el rey.

«Un proceso poco honorable con un judío alemán acabó de irritar á Federico. Prohibió al poeta que se presentase delante de él antes que el asunto quedase resuelto. «El hermano Voltaire está aquí en penitencia, escribía éste á la *margrave* de Bayreuth, amable hermana del rey de Prusia; hay un diablo de proceso con un judío, y, según el antiguo testamento, pagará aquel las costas por haber sido robado».

Federico por su parte, escribía á su hermana:—«Me preguntáis que es lo que hay de ese proceso de Voltaire con un judío. Es el negocio de un bribón que quiere engañar á un ratero. No es permitido que un hombre como Voltaire haga de su talento tan indigno abuso. El negocio está en manos de la justicia, y dentro de pocos días sabremos quién es el más gran bribón de los dos litigantes. Voltaire se puso fuera de sí, saltó al rostro del judío, en fin, se ha conducido como un loco. Espero que este asunto se concluya para lavarle la cabeza y ver si, á la edad de cincuenta y seis años, se podrá hacerle, si no razonable, menos bribón».

Otra muestra del juicio que merecía á Federico el carácter de Voltaire, se comprueba por la carta siguiente, que le dirigió después de la publicación de la *Diatriba de Akakia:*

«Vuestra desvergüenza me asombra después de lo que acabáis de hacer, y está claro como la luz del día. No os imaginéis que habréis de hacer creer que lo negro es blanco. Cuando no se ve nada, es porque no se quiere ver todo. Pero si lleváis el asunto hasta el fin, yo haré imprimir todo, y se verá que si por vuestras obras merecéis estatuas, por vuestra conducta merecéis cadenas».

Dejemos este punto para pasar á otro más odioso toda

vía y que Fioretti repite ayer en el artículo primero de su segunda impugnación sin haberse tomado la pena ni de registrar la correspondencia de Voltaire con el rey de Prusia.

Yo dije en mi estudio motivo de este debate, que Voltaire se había mostrado siempre obsequioso con los reyes, y que con Catalina y Federico había llevado á veces la adulación hasta la rastrería.

Fioretti, para rebatir este aserto, dice ayer:

«Sin embargo, á pesar de esa rastrería que tanto le choca al redactor del MERCURIO viendo á Voltaire practicarla para con el vencedor de Rosbach, diremos que el admirador de Federico II *jamás llegó al punto á que quiere conducirlo su detractor.* Hacia el año 1745, mucho antes que los ejércitos prusianos y el franco-alemán llegaran á encontrarse frente á frente, Voltaire había dicho á su amigo el rey filósofo:

«Os prevengo que en caso de guerra entre Prusia y Francia, *yo quedaré siempre francés y tout devoué á mi soberano*».

Vais á ver ahora lo que sabe este infeliz á quien contesto.

Abro el tomo de la correspondencia de Voltaire con Federico II, página 230 (edición La Bedollière), y leo:

504—DE VOLTAIRE

«*Ferney*, 27 *de abril*

«He recibido hoy por las bondades de vuestra majestad el retrato de un muy grande hombre, y voy á ponerle en el márgen dos versos suyos no cambiándoles más que una sola palabra:

Imitateur heureux d'Alexandre et d'Alcide.
Il aimait mieux pourtant, la vertu d'Aristide.

«Confieso que el pintor os ha dado una fisonomía más de Hércules que de Arístides. *No hay Welche* es decir (parisiense) *que no tiemble al ver este retrato*: *esto es precisamente lo que yo quería.*

Tout Welche qui vous examine
De terreur panique est atteint;
Et chacun dit à vôtre mine
Que dans Rosbach on vous a peint».

¿Qué tal era, pregunto yo, como patriota el patriarca de Ferney?

¿Qué diría Fioretti si uno de los grandes literatos de su nación hubiese pedido y recibido con ese deleite el retrato del emperador de Austria después de Lissa?

¿Qué diría, repito, si Víctor Hugo, después de los desastres de la Francia hubiese escrito al emperador Guillermo diciéndole que conservaba su retrato ó el del príncipe Cárlos para espantar á los franceses?

Oh! esto es demasiado, señor Fioretti; escribís como en tierra de bárbaros y por eso os digo y repito que sois un charlatán en toda la extensión del vocablo.

514.—De Voltaire

Ferney, 20 *de julio*

«Señor: no hay virtud, sea tranquila, sea activa, sea dulce, sea fiera, sea humana, sea heroica, que no sea de vuestro uso.

Héteos allí ocupado del deseo de distraer á vuestra familia después de haber dado cincuenta batallas. Hacéis comparecer ante vuestra presencia á Le Kaen y Aufresne. Paulo Emilio decía que el mismo espíritu servía para ordenar una fiesta y batir al rey de Persia. Sois superior á todo en la guerra y en la paz».

345.—De Voltaire

Quoi! c'est donc cet heureux vainqueur
Et de l'Autriche et de la France;
C'est ce grave legislateur
De qui la sublime éloquence
Paràît égale à sa valeur.
C'est ce généreux défenseur
De la raison qu'a toute outrance
La fanatique extravagance
Persecute avec tant d'ardeur
C'est ce héros mon protecteur
Qui s'est fait, dit-on, l'imprimeur
Des idylles de Deshoulière!
Seigneur, je ne m'attendais guère
De voir César ou Cicéron
Sortir de sa brillante sphére
Pour devenir un Celladon

En vista de este fárrago de miserias, ¿sostendrá todavía mi impugnador que Voltaire, como hombre, fué igual á Franklin y *casi igual á Jesucristo*? Concluyamos, por Dios! con este apéndice.

La tarea que se ha impuesto Fioretti no ha podido ser más extravagante. La vida privada, el carácter personal, nada valen en cuestiones como la presente, y mucho menos tratándose de un hombre cuya existencia ofreció tantas debilidades á pesar de los triunfos que vinieron á hacerla, si no envidiable, lisonjera y fastuosa.

Cabalmente el lado flaco de Voltaire fué su carácter. Ligero, fácil á enardecerse, suspicaz, orgulloso, su vida no fué más que un continuado combate con todo el mundo.

Fuera de la pandilla enciclopédica, á ningún literato de nota respetó ni amó. De sus amigos, á pesar del número prodigioso que con este nombre aparecen en sus versos y en sus epístolas, no le fueron fieles más que D'Alembert y Grimm. De sus viejas amigas se burla amargamente, principiando por madama Dudeffant, que en realidad era una

vieja insoportable. La sequedad de su corazón se ve en sus cartas, que son el espejo del sentimiento.

A D'Alembert no le dice sino frías vulgaridades cuando sabe el pesar que le aflige con la muerte de la señorita de Lespinasse a quien amaba con delirio.

De esa misma *divina Uranía*, *celeste Emilia* que se llamaba en el mundo marquesa de Chatelet, no hizo más memoria pasados los dos primeros meses de su muerte. Hasta en este momento supremo compuso un epígrama, diciendo al marido, que se deshacía en llanto al borde del lecho de su esposa difunta:—«No lloréis, porque ni vos ni yo hemos tenido culpa de su muerte». Aludía con estas palabras al fallecimiento de la marquesa, que no tuvo otra causa que un parto prematuro, fruto, según Arsenio Houssaye, de los amores de la *chére Emilie* con Saint Lambert, que á Rousseau también causó tantos malos ratos, arrebatándole las esperanzas de ser amado algún día de la señorita d'Epinay.

Concluyamos: esta polémica es verdaderamente un escándalo en estos tiempos en que nadie pierde su trabajo en disputar sobre metafísica ni mérito literario de obras que han pasado ya en autoridad de cosa juzgada.

¿Y quién ha tenido la culpa de ello? Nadie más que Fioretti que, por lo visto, acechaba la ocasión de ponerse en candelero.

En medio de todo, yo le he hecho bien. Se le conocía apenas como un pobre plagiario del libro más insulso que hasta ahora haya salido de mano de hombre, y hoy todos pueden decir que ese mismo oscuro plagiario es el más conocido impertinente de los ignorantes.

¡Triste suerte la de nuestra literatura! Se le insulta en la persona de uno de los que la han servido durante treinta años, y los mismos que debieron empeñarse en enaltecerla, son los más afanados en abatirla.

Artículos publicados

en

"EL MOSAICO"

(1860)

Estudios sobre el periodismo y la literatura nacional

Nada prueba más que la literatura es la expresión genuina de las necesidades de un pueblo, el retrato, puede decirse, fotográfico del estado de civilización que ha logrado, que la urgencia en que están constituídas todas las naciones cultas respecto á tener diariamente un eco que represente no sólo sus deseos, sus impresiones, sus esperanzas, sino que retrate hasta la volubilidad de sus caprichos y la fugaz evaporación de sus ensueños.

De aquí es que *el periodismo* sea hoy el corolario forzoso de la clase de vida que siguen las sociedades, y como la representación elocuente y precisa de la turbulenta agitación que consume á la humanidad en la realización de sus destinos.

Desde el principio del presente siglo, hablando con todo rigor, sólo data esta necesidad; la que satisfecha ya cumplidamente con el trascurso de sesenta años ha venido á establecer un género de literatura importantísimo, haciendo por esta razón que se tengan en los países que llevan el timón de la ciencia por hombres versados en letras á los que lo cultivan con provecho, y por lo mismo como acreedores á la consideración y respeto público.

Las sociedades antiguas, basadas sobre un pedestal que se juzgaba indestructible, circunvaladas con la barrera de hierro que el despotismo y la superstición habían interpuesto entre los tronos y los pueblos, entre el señor y

el esclavo, entre la tiranía que se consideraba como venida del cielo y el derecho que no se conocía ó se juzgaba, por un antítesis inconcebible solamente como la voz ahogadiza de los oprimidos; es claro y natural que no debieran forcejar diariamente sabiendo sus dolencias imposibles de curación, por lograr un objeto que su misma abyección y miseria colocaba fuera del alcance de sus aspiraciones.

Esto explica por qué durante el siglo décimo octavo (que tomamos por ejemplo y punto de partida por ser el llamado *de la filosofía*) no cultivaron los pueblos de la raza latina, hablamos antes de la revolución del 89, este ramo de literatura, que hoy por contraposición cultivan con tanto brillo, y á que confiesan todos ellos como el agente más poderoso de sus adelantos.

Cuando se piensa que el Polaco ó Danés Grimm y el jesuíta Freron eran los únicos que en tiempo de Voltaire, Diderot, Rousseau sostenían la curiosidad de un pueblo tan novelero como el perisiense, no se puede menos que deducir las mismas reflexiones que hemos hecho, y sobre todo, graduar la estimación que merecían entonces los que escribían las diminutas publicaciones hebdomedarias, que con el título, de *Musas galantes*, *Almanaque de las musas*, *correos*, *gacetas*, *etc.*, *etc.*, *etc*, servían de desahogo á la bilis de los pendencieros filósofos de aquella época y de solaz y entretenimiento de las elegantes que habían tomado á pechos el papel de Mecenas de aquellos ingenios á la moda, queriendo vestir, como dice un escritor del tiempo, á las gracias con el casco de Minerva.

De la España de este siglo ni aún esto podremos decir, por cuanto revestida la clase ilustrada de aquella nación, de la pomposa severidad de Carlos III, de aquel sombrío devotismo que encubría la corrupción de la *grandeza*, y que desdecía del espíritu filosófico que comenzaba á traspirar entre el escaso rango de los hombres de pensamiento, era, por supuesto, imposible en medio de la rígida tirantez de aquella Corte, que se permitiese á la imaginación

aquel vuelo, al alma aquellos respiros sin los cuales el pensamiento no puede ni enunciarse oralmente; ni mucho menos trasladarse al papel para que circule por entre las filas de un pueblo embrutecido y esclavo. Con este motivo decía Pope á Voltaire cuando éste estuvo alojado en su casa en Londres, «la Francia escribe para los grandes, pues hace libros, y la Inglaterra escribe para el pueblo, pues hace periódicos». La acusación del famoso *autor* del *Ensayo sobre el hombre* podría contestarse muy fácilmente con sólo decir que la nación Francesa entonces, aunque tenía necesidad apremiante de una queja diaria, poco ó nada habría sacado de ello, estando en organización política dañada profundamente en su esencia; y la que no podía mejorar con este ligero tópico sino á merced de la cirugía política, que si cortó de raíz el cáncer que la corroía, no por eso no dejó de chapodar estéril é impíamente muchas virtudes, muchos talentos y muchas glorias.

Hecho el pueblo, después de la revolucion citada, una potencia, y potencia que aunque ajada muchas veces había manifestado ya en algunas lo irresistible de su empuje, fuéle necesario decir todo lo que pensaba, todo lo que quería, todo lo que odiaba; y por eso es que los diarios de Marat, Brissot, etc., etc., no son ni deben ser considerados de otra manera que como las válvulas que en las máquinas de vapor sirven para dar salida al gas, que aglomerado más allá de lo que permite su elasticidad produce una explosión espantosa y mortífera. Rolland decía á su amigo Vergniaud: el *amigo del pueblo* pide nuestras cabezas: bueno, respondía éste, eso quiere decir que viviremos un día más, pues si esos jacobinos no hubiesen desahogado hoy su sed de sangre, nos degollarían esta tarde. Por lo que hemos dicho, basta para probar que el *periodismo* es la literatura del pueblo, y que, como tal, en todas partes donde éste tiene conciencia de su razón no sólo se le cultíva, aprecia y protege, sino que es forzoso que así sea, ni más ni ménos que lo es que el hombre se alimente todos

los días y con más continuación cuando se halla recargado de trabajo y fatiga.

Un historiador Norte-Americano dice: «nosotros podemos pasarnos sin libros, pero no sin diarios, sin periódicos, sin revistas, etc., y por lo mismo, si no podemos ostentar igual número de literatos al que cuenta la Gran Bretaña, manifestamos una cifra mucho mayor que ella en finan cistas, en hombres de cálculo, de talento práctico, formados todos ellos en la gran escuela del periodismo». La Señora de Martignac completa este pensamiento diciendo poco más ó menos que el ser periodista en Wáshington ó en cualquiera de los estados de la Unión, es hacer un papel digno de envidia, y tener una carrera mucho más hermosa y lucrativa que la que ofrecen los Franceses á los aventajados ingenios que los regalan con sus voluminosas obras.

La Francia, pues, la Inglaterra y hasta la España y la Italia, tienen en el día mil ecos diarios de sus deseos, de sus caprichos, de sus cálculos, de sus quimeras; y no podría ser de otra suerte, por cuanto el pueblo Francés, Inglés, etc., etc., siente á cada instante una necesidad, emprende en cada segundo un negocio, calcula, se halaga, espera, desfallece y se enfurece, en fin, en cada uno de los momentos que marcan su torrentosa existencia.

Pueblos cultísimos, necesario es también que los que se hacen sus intérpretes le sean á su vez; así no es una vana hipérbole ni una ridícula jactancia de Dujarrier, cuando escribía respondiendo al Beauvalon, que para llevar un periódico en Francia es preciso ser un sabio: ser no únicamente una *especialidad* sino hombre de una cabeza que pueda abarcar desde los cálculos más abstrusos de la geometría hasta las más sencillas combinaciones de las artes: en una palabra, ser una enciclopedia inagotable; y que si así no fuese tendría que abandonar ese puesto y pasar el escritor de la elevada altura en que lo coloca su rango, á la clase de las turbas que leen, y eso para no levantarse más, para no hacer otro papel en las letras que el que de-

sempeña en una mesa la naranja á que se ha extraído todo el jugo y que no conserva ya más que los secos filamentos de su corteza.

Si es verdadero este retrato del periodista, si en la cultísima Francia es de necesidad que el escritor de periódicos sea, como lo ha dicho el escritor citado, es otra prueba inconcusa de lo que llevamos dicho, dando con ella el carácter de axioma á la idea de que la literatura es la expresión daguerreotípica de la civilización de un Estado. Esto mismo nos lleva á precisar el grado de civilización, mejor que ningún otro dato estadístico y antecedentes que han obtenido las naciones del viejo Mundo, aquel en que se encuentran las Repúblicas de la América del Sur, y el que, por un contraste vergonzoso para nosotros, ostenta la de Estados Unidos, con asombro de la Europa entera, y como en irrecusable testimonio de lo que pueden los pueblos cuando desarrollan sus facultades bajo el aura de la libertad y en la extendida esfera del derecho.

Por la lectura de los diarios americanos se ve, por el contrario, que el periodismo en la América Española ha seguido siempre como la sombra al cuerpo la civilización de toda esta desgraciada porción del nuevo mundo. Elevado, á veces, á una altura decente cuando los hombres de saber han protegido las letras, no ha podido por desgracia constituir todavía lo que se llama una necesidad para el pueblo ni menos una carrera para el estudioso. Así por mucho que se multipliquen las publicaciones, como las masas están ajenas á las cuestiones que de más cerca les atañen, como no parecen interesarse más por su destino que lo que podrían por el de los habitantes del Indostán, no veremos por desgracia ni con el transcurso de un siglo elevada la prensa al papel en que se la ve brillar en cualquiera de las naciones Europeas. En esto seguimos la suerte de nuestra madre patria, pues aunque la prensa periódica desde el reinado de Isabel ha dividido y subdividido los géneros, en balde ha sido tanto trabajo, inútiles

los esfuerzos por apropiarse los *museos científicos, las revistas literarias, los almanaques de artes, etc., etc.. etc.*, pues que una la pobre España en todas estas diversas publicaciones, una en su espíritu político, siempre estrecho y mezquino, una en sus resultados, no ha conseguido ni podido lograr hasta hoy ni siquiera dar nombradía á sus escritores, ya que nó servir, como lo debía, de vehículo para la ilustración de la gente Española.

Si de la España descendemos á la América nuestra, y después de echar una ojeada á toda ella, volvemos los ojos á la patria, el espectáculo que miramos no puede ménos que entristecernos, ni hacer otra cosa que desalentar hasta los más candorosos optimistas que se prometen del porvenir quiméricas ventajas, sin pensar que en todo lo que depende de la mano del hombre hay siempre que culpar de ingratitud á la suerte por no poder acusarnos de nuestra miseria y flaqueza.

Si desde los informes escritos de la prensa del año 10 seguimos la ilación del pensamiento en todas las publicaciones que han visto la luz en Chile hasta el momento presente, uno no puede menos que comparar los destellos de la inteligencia á los rayos de una luz mortecina y apagadiza, que refractando interrumpida su temblorosa claridad, no sirve siquiera para medio iluminarnos el camino, sino por el contrario, para ofuscar más nuestras espesas tinieblas.

Si se quiere ser imparcial, si dejamos por un instante la pueril vanidad que nos consume ¿podría decirse con fundamento, sostenerse con un viso de razón siquiera, que tenemos, no decimos una literatura nacional, como puede asentarlo uno que otro iluso, pero sólo los elementos que pueden constituirla?

¿Hay alguien que no sepa lo que ha sido nuestra prensa en cincuenta años? ¿Hay una sola persona que ignore que ha sido y es exclusivamante (no hablamos de la prensa de los Irrisarris, Salas y Henríquez, porque realmente sería

una ingratitud y una mentira) el eco no de la inteligencia para la difusión de los conocimientos, sino el órgano de las pasiones políticas, de los intereses egoístas, de las personales aspiraciones, de las susceptibilidades de nuestro quisquilloso amor propio, y, en una palabra, un elemento sólo de desorden y desmoralización ó bien para sacudir la inerte apatía de las multitudes, ó bien para acallarlas, cuando, movidas por la declamación de sus males, han amenazado trastornar las instituciones existentes? ¿Hemos tenido acaso desde que los patriotas de la independencia abandonaron la pluma por el destierro, la miseria ó la muerte, una sola publicación periódica que pueda servirnos para averiguar por ella las necesidades de la época, para formarnos una idea cabal de los sucesos, un retrato parecido siquiera de los hombres que han promovido los acontecimientos, que han hecho triunfar esta ó la otra idea, que han dominado la situación (como equivocadamente se llama cuando se la contraría) ó dejádose arrastrar por ella en confuso torbellino?

¿Quién lee hoy *El Hambriento*, *El Trompeta*, *El Timón*, *El Corsario* y esa multitud de periódicos que en estos últimos años se han sucedido ni más ni menos que las diversas figuras que forman los vidriecillos de un calidescopio; siendo la variedad de ellas originada no porque se multipliquen los agentes que la producen, sino sólo por la distinta posición que ocupan en el instrumento?

¿No ha habido época en que nuestra prensa ha sido el teatro de las más negras diatribas; el verdadero coliseo Romano donde debían expirar á manos de los tigres de la calumnia y la mentira los hombres más respetables por sus virtudes y sus talentos? ¿Hay alguien que no sepa que ha sido en más de una ocasión de vértigo ó de delirio el panteón de la fama de muchas de nuestras más distinguidas notabilidades; y en el que se han consignado como en un tenebroso é infernal archivo, todo lo que puede producir de más monstruoso el encono, la envidia, la maledi-

cencia y todos los demás vicios que ennegrecen el corazón humano?

Es cierto, sin embargo, que la *Revista de Santiago*, *El Museo* y *La Semana* son una honrosa excepción de lo que decimos, pues confiada la redacción y colaboración de estos periódicos á hombres de mérito y respetabilidad social, vimos á veces con placer en sus columnas artículos verdaderamente instructivos y amenos, y que en cualquier pueblo podrían haberse publicado sin mengua de su reputación y buen gusto.

Pero si estas solas excepciones marcamos, ¡cuán doloroso no nos será ver que el antítesis de este ejemplo nos lleva tanta ventaja! *El Mosaico*, *El Alegre*, no obstante lo inofensivo de sus escritos, el mismo *Correo Literario*, á pesar de la gracia con que alguna vez sazonó sus diatribas, ¿podrían acaso contrarrestar lo que asentamos?

El Mercurio Chileno que redactó don J. J. de Mora, el *Museo de ambas Américas* que dió á luz entre nosotros el año 42 el célebre granadino don Juan G. del Río y la *América Poética* del argentino don Juan María Gutiérrez no hacen parte por cierto de nuestro repertorio periodístico, porque ni aquellas publicaciones representaban exclusivamente el estado de nuestra civilización, ni de esta otra descocida y extravagante producción podríamos hacernos dueños sin quitar al escritor extranjero la poca gloria que por ella le cupo.

¿Y por qué, se nos dirá, en un pueblo que cuenta ya bastantes hombres de letras, en que más de un distinguido escritor ha probado ya su suficiencia, se nota la anomalía de ver la prensa periódica en tal abandono, apostatando, se puede decir sin exagerar, del grado de cultura á que ha llegado el pueblo y de la calidad de los sujetos que este país ha producido? Por la misma razón que ya hemos aducido; porque el pueblo que es el que sostiene la literatura periodística, á pesar de los adelantos que en estos últimos años ha conseguido, no se halla todavía en el caso de ne-

cesitar diariamente de un pábulo á su curiosidad, de una voz que haga resonar sus deseos, de un acento que le prometa cumplida cima de sus esperanzas, que lo aletargue en su pesadumbre, y que hasta azuce y encienda las pasiones que fermentan en su seno.

Además de estas razones ¿no podría señalarse como causa del abandono en que vegetan las letras, de la paralización que experimenta el genio, de los embarazos que se oponen á su vuelo y desarrollo, el egoísmo que se enseñorea como tirano en nuestros corazones, y sobre todo, y en escala muy alta, las preocupaciones que invaden todas las filas de la sociedad y por las que nos hallamos tan atrasados todavía á pesar de nuestros tan decantados progresos?

¿Cómo se acoge un libro entre nosotros? ¿Cómo se recibe á un autor que rompe nuestra indolente modorra con una publicación cualquiera; al que nos regala con el provecho de sus estudios, enalteciendo la postración literaria en que nos hallamos? Con la indiferencia, con la mofa, con el desprecio de que no se atreverían, por supuesto, á hacer alarde por nosotros mismos la patria de Guizot y de Lamartine; y como si publicar un pensamiento fuese un acto de avilantez que la sociedad debe castigar como ofendida y con todo el rigor que le dan sus fuerzas en el insensato que la provoca. Amunátegui, Barros, Matta, etc., etc., dan á luz un libro que les ha costado ímprobos trabajos, tenaces vigilias; pues bien, antes de leerlo, de ver sus tapas siquiera, desde el pillastre de café hasta la más encumbrada reputación del foro, hasta el más empinado personaje de nuestra aristocracia metálica, exclamarán á una: «¿Qué vendrá á decirnos éste que no sepamos? muy pobre debe estar cuando publica libros.» Y con esta miseria, con esta pequeñez ¿habrá alguien, por esforzado que sea, que no se desaliente y prefiera encerrar en el fondo de su escritorio el resultado de sus esfuerzos y meditaciones, á consentir que vean la luz en medio del sarcasmo ó del desdén

de los mismos que por orgullo nacional debieran acatar nuestros talentos?

Si la indiferencia con que se miran las obras del ingenio, si el desprestigio que acompaña á los que cultivan cualquier ramo de literatura, si todo esto no fuese obra más que del atraso en que vivimos, no se extrañarían tanto como cuando contemplamos que los mismos hombres á quienes están confiados los destinos del país, y que cultivan también las letras, son los primeros en entrabar á los que comienzan, en sembrar de escollos el camino de los que en su mente pueden disputarles el asiento imaginario que creen ocupar en la soñada literatura nacional.—Si en Europa, si en todas partes es verdadero el adagio: ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio, podremos decir que entre nosotros no sólo es una verdad sino un aforismo, un axioma de que nadie duda, y que por lo mismo no avergüenza ya á los que tienen la necesidad de demostrarlo.

Si es falso lo que decimos, si exageramos ¿cómo se explican las críticas que han merecido casi todos, por no decir cuantos han publicado un libro, un folleto ó han hecho el más pequeño esfuerzo para sacar su nombre del olvido por medio del estudio?

¿Ha tenido Matta mayores enemigos que los mismos que hacen versos, que los mismos que bajo el pretexto de estudiarlo no han hecho otra cosa que rebajar en cuanto han podido su innegable superioridad?

¿A Lillo, uno de los jóvenes más interesantes por su carácter y más simpático por su imaginación y sus sentimientos, le han valido, por ventura, sus dotes, la menor consideración, el más pequeño lucro como debía esperarse de una sociedad que se dice y tiene los aires de culta? El ser oficial 2.º de la oficina de Estadística con un sueldo de 50 pesos al mes era la carrera, el premio, el aliento que debía esperar el que, con algun más estudio y un mediano patrocinio podría haber sido el ornamento de nuestra poesía? ¿Diego Barros no ha escrito su historia para sus

amigos, sabiendo que si no regalaba sus libros de nadie sería leído? Ha costeado siquiera los gastos de impresión de la obra que por tantos motivos debiéramos haber pagado caro y ensalzado como lo merecía? ¿Blest Gana, Torres y hasta los mismos Lastarria y Sanfuentes han ganado un solo real con sus obras, con su talento literario, con su laboriosidad? Pero al paso de esto el peluquero Dumirail, el sastre Puyó y tantos otros hombres de oficios se han vuelto á sus hogares llevando bien atestadas de oro sus gabetas, y proclamando, sin duda, que vale mucho más ser en Chile sastre, peluquero, zapatero, á vivir cabalgando en el Pegaso ó perdiendo su tiempo y buen humor en compaginar ideas para el público. Y entre todas esas reputaciones forenses con que se nos asusta ¿no hay ninguna, por no contar muchas, tan atestadas de envidia y malquerencia para con los talentos literarios como lo podría ser el que pasa su vida entre el polvo fangoso de las escribanías?

Cuando se publicaba *El Semanario* en Santiago por una docena de jóvenes que han pasado á ser hoy notabilidades ¿no fué la prensa entonces una arena mas bien que de los juegos de la fantasía y del ingenio, de envidias, desabrimientos y personales rencillas? ¿Pudo, sobre todo, existir aquel periódico? ¿Mereció siquiera cien suscripciones, y eso que el público sabía que sus redactores eran las primeras capacidades de entonces? ¿No se trabajó también, cuanto era posible para hacer que Sarmiento, cansado de la brega que tenía que sostener con aquel nuevo apostolado de la literatura, desertase del puesto que ocupaba, y en el que sólo se sostenía porque contaba con decidido apoyo del ministro?

¿A quién, pues, hemos perdonado el atrevimiento de decirnos una sola verdad, la pretensión de ayudarnos para perder la corteza que aún conservamos á pesar de nuestro remilgado pulimiento?

Y eso que por las prensas de todos los estados sud-ame-

ricanos se nos ha acusado de esterilidad de ingenio, de pobreza de numen, no obstante las muestras que hemos ya ofrecido de lo infundado de estas acusaciones. Pero nó, valía más que en Buenos Aires, Lima, Venezuela, etc., se nos atildase de ineptos para los trabajos de la fantasía, que se nos creyese dotados sólo del sentido de la hormiga y sin un átomo de inspiración que pasar por el dolor de proteger al escritor que hería nuestro susceptible amor propio, diciéndonos por utilidad nuestra lo que nos faltaba, estimulándonos con la censura; porque así al menos se pagaba esa deuda á nuestro luciferino orgullo, y se castigaba al que había tenido la osadía de intentar hacernos algún beneficio. Creíase, sin embargo, que lo que teníamos era bastante, que con los cuatro ó cinco jóvenes de luces que ostentábamos era lo suficiente para mostrarnos como un pueblo destinado á brillar por su inteligencia, sin pensar que en medio de las tinieblas una que otra luz desfalleciente y trémula no vale sino en razón de la densa obscuridad que la rodea.

Y no se nos diga que la intolerancia y la tirantez que observábamos era extensiva sólo á los extranjeros que venían, si se quiere, como á asustarnos con sus conocimientos, sino á los mismos que debíamos mostrar mañana como un ejemplo para probar que Chile no estaba condenado á ser por el pensamiento la última sección de la América Española.

Si en contra de esto, se nos citan los ejemplos de Lastarria, Sanfuentes, García Reyes, Tocornal, Francisco Bello y uno que otro favorecido por la suerte á pesar de las contrariedades dichas, responderemos que si estos señores han conseguido el lugar que ocupan ha sido menos por haber cultivado las letras que por pertenecer al gremio de los abogados; que por estar cubiertos con esa toga que en nuestra tierra parece indispensable para todo empleo, y sin la cual hasta Harago, Cuvier y el Baron de Humbolt

habrían hecho un papel muy inferior al que representa entre nosotros el más zafio y ramplón de los tinterillos.

Probadas, como lo hemos hecho, las causas del atraso literario en que nos hallamos, indagado el origen de la dura losa que pesa sobre el ingenio, sentadas las causas secundarias que contribuyen á este lamentable estado, nos queda que señalar una no menos notable, ni que menos influjo tiene en el olvido en que se ve relegada más de una inteligencia que no puede lucir ni desenvolverse, ni más ni menos que aquellas flores que á pesar de su naturaleza robusta y lozana se ven impedidas de crecer por el hielo y los abrojos.

Esta plaga, pues, que queremos pintar es el *espíritu* de bandería, de pandilla, que como en todas nuestras cosas no vale sino para defraudar nuestras aptitudes y esculpir como en relieve la nativa pequeñez de nuestros sentimientos.

¿Se atrevería á negar esto el más empecinado defensor de nuestros defectos, el apologista más tenaz de nuestros vicios?

¿Se da, por ejemplo, al joven de talento y que pudiera, protegido á tiempo y generosamente, ser útil al país, un empleo según sus aptitudes y su mérito? ¿O se cuenta por protección el destino de cuarenta ó cincuenta pesos que ha merecido alguno después de haber servido con su pluma la causa de los gobiernos? ¿Francisco Bilbao, Eusebio Lillo y uno que otro que no queremos nombrar, estaban bien en una oficina en que no se necesita saber más que las cuatro primeras reglas de la aritmética, y en que ni por el sueldo mezquino que disfrutaban podrían haber mirado siquiera su empleo como decoroso?—Y sin embargo, el uno, podría, protegido decentemente, haber prescindido para siempre del papel que tomó á pechos con mengua de sus generosas cualidades y de la bondad innegable de sus sentimientos, y el otro no haber roto, como ha sucedido, con las letras, defraudando así no sólo sus altas aptitudes

sino, lo que es más, las esperanzas de los que deseáramos tener una literatura al alcance de nuestro bienestar y progreso.

Si del orden político descendemos al social ¡qué reflexiones no pueden hacerse, qué consideraciones no formularse y sin que en ellas pueda dar la razón un solo motivo que endulce nuestras quejas! El autor de *la sociabilidad chilena* y de los *Boletines del espíritu* habría dejado de serlo de otras obras como estas, si la mano de los hombres del poder hubiera llegado, como decía Barbier, á su boardilla y lo hubiera sacado, halagándole con el porvenir á dejar la demagogia por las letras, la revolución por el trabajo, y en una palabra, la carrera del loco político por la del hombre sensato, de quien se espera algún bien y se considera por tanto acreedor á los provechos de la sociedad á quien sirve.

¿Se da, por otra parte, el título de miembro de la Universidad de Chile al hombre de saber, de ingenio, si no tiene parientes en la corte como se dice? ¿No se ha hecho y se hace este honor á más de uno, cuyas luces y cuyos méritos no son otros que el patrocinio con que cuenta y los empeños de que ha podido disponer?

Pero siquiera en esto podríamos tener disculpa: de la Academia Francesa no fueron ni Diderot que era, según Voltaire, el emblema del genio, ni Rousseau, ni Pirón, ni otros muchos cuyo inmenso saber y talento son ya reconocidos y apreciados de la posteridad.—Pero siquiera en esto podíamos plagiar á la Academia Francesa, que después de haber dado un sillón al Duque de Richelieu por la sola razón de haber sido amante favorecido de la Pompadour, rechazaba al abate Barthelemy, que no contaba con una coqueta que lo protegiese, ni con el apoyo de uno solo de los que cercaban al monarca para completar el cuadro de la majestuosa corrupción de la Francia.

Plagiáramos en buena hora á la España de Carlos IV y Fernando VII que sólo concedía empleos y diplomas de

literato á los que respiraban el mefítico ambiente de las camarillas: copiáramos, si se quiere, los sordos manejos, las cábalas é invectivas de los siglos XVI y XVII contra Cervantes, contra Alarcón, á quien no se perdonó nunca ni el ser americano, ni jorobado: imitáramos las impertinencias de Villegas, de Gongora, la rastrera villanía de Avellaneda, las chocarrerías de Iriarte contra Meléndez, dejáramos morir de hambre á nuestros ingenios como en Francia á Malfilatre, Gilbert Barbier, Hegesipe Moreau: consintiéramos en parodiar los abusos de los pueblos criados en la superstición y el despotismo, petrificados de corrupción, pero, al menos, desdiciendo chocantemente del tiempo en que vivimos y del espíritu que debe animarnos por ser hijos de una república cristiana, por haber nacido en un pueblo joven, que no tiene rancias ideas arraigadas por la mano secular del tiempo, no manifestáramos, como lo hacemos, esa prevención contra el talento, aunque no siempre expresada por la pluma, elocuentemente manifiesta por las acciones, por las mezquindades de todo género, ajenas por cierto de un país culto y que ya no pasa desapercibido entre las naciones.

«La literatura, dice Mr. Desmarets, autor de una obra importantísima sobre el carácter de la literatura francesa contemporánea, no puede formarse sin tres elementos que son como robustos sustentantes de su edificio—protección decidida de los gobiernos á las letras—libertad consiguiente á esta protección de la inteligencia en todo el vasto espacio de la ciencia y del arte, y, sobre todo, confraternidad entre los que cultivan los diversos departamentos del saber».

En efecto si el siglo XIX en medio de la anarquía que lo consume, del interés material con que aplasta los generosos arranques del ingenio, ha podido constituir en Francia una literatura, cuyo carácter se muestra como una prueba de la excelencia del corazón francés, es debido, sin embargo, no en todo á los gobiernos sino en su mayor

parte al entusiasmo de la sociedad y á la confraternidad que liga allí á los hombres de letras.

En prueba de esto recordaremos que Thiers por cada tomo de la historia del Consulado y del Imperio ha sacado cerca de cien mil pesos; que Lamartine con cada página de sus Girondinos ha podido dar satisfacción cumplida á los gastos dispendiosos que no hace mucho embellecían su poética existencia; que Víctor Hugo ha podido escribir como gran señor, y Dumas y Sue darse un tono y llevar una vida con mucho más dichosa y envidiable que la de los primeros banqueros y personajes de Europa.—Además ¿de dónde salieron Thiers y Guizot para los bancos de Ministro al lado del más ilustrado de los Monarcas? De la imprenta del *Constitucional*, de aquella imprenta en que Armando Carrel amenazaba á los tronos con el trueno de sus doctrinas, y la que servía como de palenque para probar sus fuerzas á los que pretendían apostatar después como señores de los principios que habían defendido como hombres del pueblo.

En testimonio de la confraternidad que hemos dicho, recordaremos también que cuando la polémica de Dumas y Janin, Eugenio de Mirecourt y aquel, y alguna que otra rencilla imprescindible en una nación de literatos, puede decirse, como es la Francia, fueron bastantes los escritos de los contendientes para que la fama y popularidad de ellos sufriese tan rudo golpe, que sólo una reputación tan colosal y robusta como la de Dumas ha podido contrarrestar sin romperse.

Entre nosotros la polémica, la discusión abierta y franca, el deseo, si se quiere, audaz y manifiesto de echar abajo una reciente reputación literaria no es lo que más tenemos que deplorar; nó, no es esto, es la indiferencia de parte de los gobiernos, la estúpida indolencia del pueblo que piensa y lee, y como ya lo hemos repetido, esa guerra sorda que hacen al talento la envidia y la malquerencia de los pocos que, dotados de este beneficio quieren ahogarlo

en su cuna para no tener el dolor de compartirlo con otros. No quiero decir por esto, que baste cultivar las letras para entablar esa fraternidad que constituye lo que se llama *República literaria*: no pretendemos que el templo de las musas esparza con su incienso ese aroma de amor que parece debieran respirar los que penetran en su santuario, no pretendemos tal cosa, lo repetimos, pues el amor propio y el orgullo serán siempre, aquí como en todas partes, fuente perenne de miseria y de vicios por ser el desgraciado patrimonio de la especie humana.

Lord Byron no hacía mención de Chateaubriand, porqué le dolía confesar que al René de éste debía las más bellas páginas de su Childe Harrold; Madame de Staël no mentó tampoco al cantor de los *mártires* porque le lastimaba compartir con su *querido Francisco* la gloria de haber resucitado el sentimiento en la nación Francesa estragada por la Enciclopedia; Lamartine no ensalza á Víctor Hugo, ni éste inciensa á Lamartine: Guizot búrlase dogmáticamente del *autor de la revolución francesa* y este ríe del autor de *Monck y las conspiraciones*. Todo está bueno, todo esto puede llamarse natural; pero no lo sería que colectivamente los literatos franceses, armados de un bajo espíritu, propendiesen á cerrar la vereda á los nuevos campeones que vienen á reemplazarlos en el combate de la civilización y á mantener ese fuego sagrado que hace que se juzgue á la Francia como el centro de la luz de todos los pueblos.

Decimos esto, porque traemos á la memoria las diferentes asociaciones literarias que hemos tenido durante estos años posteriores, y de las cuales no hemos conseguido beneficio ninguno á pesar de los favorables auspicios con que comenzaron.

Por los años de 41 ó 42 se formó en esta capital, como recordaremos, una sociedad que con el título de *literaria*, reunió en su seno á unos cuantos jóvenes que querían á despecho de lo que decía Sarmiento formar un plantel

modelo de este género de reuniones, y del cual debería la república recoger el fruto de tan loables intenciones.—Abrióse pues este Liceo, y al cabo de poco andar la pereza por una parte, y los desabrimientos que se sucedieron entre los hetereojéneos miembros que lo componían, fueron suficientes para desbaratarlo, dejando sólo la tan cacareada reunión por fruto de sus trabajos, el discurso con que el señor don Victorino Lastarria abrió sus sesiones, y del que por todo supremo esfuerzo nos recuerdan todavía los afiliados en aquella sociedad como las primicias de sus propios desvelos y el feliz augurio de tan mal secundada como noble empresa.

A pesar de los malos resultados de esta tentativa fracasada por tan nimias causas, y cuando esta malhadada experiencia nos había hecho desesperar de toda sociabilidad literaria, el señor Lastarria tuvo la feliz idea de abrir en su casa el año pasado un círculo apellidado modestamente con el título de *Amigos de las Letras.* Tan plausible obra de parte de un hombre, cuyos talentos y amor á la juventud son innegables, no ha podido menos de ser una verdadera satisfacción para los que esperan y ansían porque Chile sea con el tiempo el pueblo más ilustrado de la América Española.—Al lado de este contento, de esta risueña expectativa, una sombra de triste desconfianza viene á hacernos temer que los esfuerzos del señor Lastarria y de los jóvenes que han comprendido su generoso llamado sean, andando el tiempo, pasada ya la novedad y el primer entusiasmo, si no infructuosos, al menos, mirados con aquella frialdad con que acogemos siempre todo lo que nos conviene y enaltece.

Si no fuesen verdaderos nuestros tristes asertos, ¿no se podría responder satisfactoriamente por qué las diversas publicaciones que hemos visto han tenido tan corta duración, y dejado tan poca gloria y tan poco lucro, por no decir pérdidas verdaderas de tiempo y de dinero para sus autores? ¿Por qué ha muerto *La Semana*, periódico que

en nuestras actuales circunstancias servía de solaz é instrucción á la clase acomodada de nuestro pueblo? ¿Por qué sus redactores no han podido permanecer por más tiempo en su meritoria tarea? ¿Por qué, en fin, no viven, ni han vivido, ni pueden vivir los periódicos que no son, como se dice, de partido ó que no cuentan, por el hecho de no serlo, con una suscripción tácita ó manifiesta? Y si apuramos un poco la letra, ¿se nos dirá que mentimos si aseveramos que ni aun leemos las publicaciones que se nos regalan cuando éstas no contienen asuntos de política, que es la única sal que apetecemos en la esterilidad de nuestra fantasía? Si esto no fuese una verdad como un templo, ¿el folleto del *Peluconismo y el gobierno* habría encontrado un solo lector, tratándose allí como se trata y con bastante empeño, de resucitar las heridas hechas en el corazón de nuestros hermanos por la mano de los partidos, y abiertas aún á pesar del bálsamo ineficaz con que se pretende curarlas?—Los folletos sobre la cuestión Romana y los demás trascendentales asuntos que hoy ventila la Europa, de seguro que no han merecido la atención del público como ha sucedido con el escrito nombrado, y eso que tanto nos gusta la política.—¿Por qué, pues, tanta anomalía inconcebible, tanta miseria, tanta pobreza de espíritu? Ya lo hemos dicho: porque tales fenómenos son la consecuencia necesaria del Estado social; porque aquí no es una necesidad saber lo que se piensa, estudiar lo que nos conviene, indagar las causas mismas de nuestro estancamiento moral, ni por lo mismo hacernos un goce del alimento de la imaginación, una necesidad diaria de ponernos en contacto por medio de la sociabilidad del talento. —Nó, nada de eso: vivimos para comer, para los placeres materiales y, por lo tanto, para dar sólo con que vivir á los que nos ofrecen, nos despiertan ó alhagan nuestras necesidades físicas, enemigas acérrimas de las dulces y puras satisfacciones del espíritu.—Estamos en punto á esto, lo mismo, en la misma situación que decía el jesuíta Gobil

hace un siglo se hallaban los habitantes del Oriente. Duermen, repite, comen, se solazan y encuentran por supuesto más placer en echarse aire en las tardes del estío y en aspirar el ambiente de sus aromosas pipas que el que nosotros hallamos en la lectura de nuestros poetas y las novedades de la política.

¿Y cuáles serían los medios de remover las causas que producen esta paralización de las facultades de la inteligencia, esta muerte del entusiasmo en el corazón de las gentes que piensan y gozan los beneficios debidos á la fortuna? Estudiar, escribir con constancia, sin cesar para difundir los conocimientos, para popularizar las ideas y los hábitos que tienen los pueblos más adelantados que nosotros, y formar al cabo, á pesar de las espinas que obstruyen el camino, lo que se llama una *literatura nacional*; la que no puede conseguirse sino fomentando con nuestro elogio y con algún corto sacrificio de nuestra parte al historiador, al poeta, al moralista, etc, para que, ya que les falta el verdadero lucro, obedezcan al aguijón de la gloria, que, como se sabe, no punza el corazón si no es movido por los esfuerzos de la sociedad para quien se trabaja.

¿Y no habrá alguno, sin embargo, que nos replique que el mismo remedio que queremos aplicar supone condiciones que nosotros mismo hemos asentado como imposibles? ¿No se nos dirá también que las causas del atraso que lamentamos, se encadenan lógicamente y producen así una generación de ideas en que todas ellas se combaten, se chocan y forman al fin una causa compleja que no se puede remover absolutamente mientras que no desaparezca el origen primordial en que se asientan? Si esto dicen, tendrán alguna razón; porque pedir ciertamente que se estudie cuando no se aprende, que se escriba cuando no se lee, que se gaste tiempo y dinero en difundir la ilustración entre las *masas*, cuando éstas no pueden ni pagar los gastos que hace el escritor, parece ser una insensatez, un

contrasentido. Sin embargo, forzoso es pedir algo siquiera para que los que encuentran en su cerebro recursos con que hacer frente al mal los pongan en planta; para que los que están llamados á trabajar para la sociedad en que viven se pongan á la obra, y no hagan estéril ni sus conocimientos ni la situación que los favorece. Por lo que toca á nosotros, cerraremos este artículo con las palabras de un elocuente escritor español, al parecer animado de los mismo deseos que nosotros y digno de ser atendido por la verdad que sostiene; dice así:

«Tal es el estado de nuestra literatura, tal la abyección en que viven sumergidos entre nosotros los hombres de letras; y de esto ciertamente no se puede acusar á una sola causa, nó, las causas de que se deduce son muchas, entre las que ocupan un lugar muy preferente nuestra organización política, que tanto se presta al obscurantismo: el estado social del pueblo que parece hacer desgraciadamente precisa la servidumbre i la poca confraternidad, ó más bien la poca elevación de los que se dicen *hombres de letras*.—Todos estos mismo motivos, son á su vez otras tantas causas, otras tantas razones, y sabe Dios que en esta ilación de ideas desconsoladoras, uno casi no divisa el medio como poder cegar la fuente de tantos daños. Sin embargo, si queremos cultivar las letras y llegar á ser en ellas lo que fueron nuestros padres hace tres siglos, demos la preferencia al *periodismo* que es el género de literatura más adaptable á nuestra situación y del que puede sacar más provecho nuestro pobre pueblo.—Si no tenemos la fuerza de hacer libros, tendremos la de poder hacer un buen artículo, y sobre todo la de reunir nuestros empeños para formar una masa común de esfuerzos que supla, cuando no compense, el vigor de las inteligencias luciendo aisladas el fruto de sus trabajos.—Pero pobre España! no será ésta tu suerte! no será éste tu destino! castigo que Dios querrá infligirte sin duda por haber desperdiciado tu

vida dando tu existencia á pueblos quizás tan infelices como su desdichada madre».

El retrato de nuestra época es perfecto! los pueblos que sufren son todos iguales: el dolor y la miseria son la cadena de la fraternidad más dulce.—¿Por qué, pues, no seguir el consejo del escritor Español, repitiendo en vez del dolorido acento de la pena este grito más noble: la ley de la humanidad es el bien: nos tocará á su turno; entretanto, lejos de llorar como mujeres pensemos y obremos como hombres.



Opinión pública.—Moralidad administrativa

«En política no puede considerarse la *opinión pública* sino como la expresión del sentido general; así, pues, pervertida ó ilustrada, las instituciones, los usos y las costumbres, los vicios ó las virtudes que ella combata deberán ser derribados tan pronto como se formule en hecho, tan luego como pueda decir la minoría pensante de un pueblo, de quien es viva representación: abajo lo existente! fuera lo que no me place ó conviene!»

Ciertamente que esta sentenciosa doctrina, emitida por uno de los hombres más honorables de la España de hoy, Alcalá Galiano, debería imprimir en los gobernantes que quieren dejar en pos de sí una huella honrosa, las ideas de mejorar la condición moral de un pueblo, despertando con el ejemplo propio las virtudes que la forman y destierran á la larga las semillas del mal que acompañan siempre al nacimiento de las sociedades humanas.

Pero desgraciadamente la raza Española, á juzgar por el modo cómo se han constituído los pueblos que le deben su origen, parece no haber contado jamás con la moral para basar sobre ella sus leyes y derechos y sujetar á una medida justa la conducta, por lo común abusiva, de sus mandatarios.

Hijas las naciones Sud-Americanas de un pueblo que con su espada inoculó en el corazón de sus hijos el germen escaso de sus virtudes y el virus contagioso de sus vicios, no es extraño que tengan que lamentar un mal que puede decirse hereditario, y por lo mismo rebelde á los medios

aconsejados por la ciencia para destruirlo. Nosotros que á la cabeza de las repúblicas hermanas hace tiempo que caminamos por el sendero de la felicidad, sin haber logrado hasta ahora entrar en ella, no podemos, con todo, hacer derivar nuestra mediana y pobre ventura ni de la sabiduría de nuestros gobiernos ni menos de la educación política de sus gobernados.

A los Estados de la América del Norte hales cabido suerte muy diferente. Allí el hombre á impulsos de las instituciones, resultado preciso del saber y las virtudes de los padres de su organización política, ha podido llegar al máximum de la terrestre felicidad, demostrando con su solo espectáculo grandioso que el hombre ha nacido, sea cual fuere su origen, para el ejercicio pleno de todos sus derechos y la realización completa de todos sus más bellos y preciosos instintos.

Las comparaciones que nuestra situación actual presenta fácilmente al que piensa en los destinos de la patria, son dolorosísimas, y mucho más, cuando no se divisa ni en lejanía una luz que augure siquiera un día no tan nebuloso ni tan triste. Las reflexiones, pues, que nos hacemos, oprimido el corazón por el desengaño y la amargura, son otras tantas acusaciones que pueden formularse victoriosamente contra el hombre de cuya elevación esperó el partido que hoy lo combate, coma tránsfuga de las ideas que patrocinó y como infractor de la política elevada y moral que afectó profesar y poner en planta, la mejora gradual del pueblo que se confió á su custodia.

Los abusos inherentes á todo gobierno nuevo que á cada paso halla un obstáculo que vencer, una preocupacion que combatir, un instinto que despertar, un principio de justicia que hollar muchas veces para la consecución de los derechos más sagrados, creemos que muy bien podían haberse ido paulatinamente desterrando del sistema de mezquina política que nos gobierna, si los encargados de la dirección de los negocios públicos hubiesen sabido colo-

carse á la altura que les prescribía su misma posición i les aconsejaba su propia conveniencia.

Durante los primeros años del ejercicio de sus derechos constitucionales, es fuerza casi que el pueblo vea y sufra, que se tropiece contra él: que se le atropelle, si se quiere; pero cuando ha alcanzado la madurez necesaria para no inquietar á sus mandatarios con el uso de sus prerrogativas y la defensa de sus fueros, no consiente entonces que se le insulte y escarnezca y, acordándose de súbito de las fuerzas que asume, se revela y rompe al fin la cadena con que se quiere sujetarlo. La historia de todos los pueblos está diciendo á gritos lo que asentamos. ¿Y cómo poner coto en ese caso al torrente popular que arrolla cuanto encuentra, que devora todo lo que topa en su camino, arrastrando en su corriente muchas veces hasta las bases de la organización de la sociedad, hasta los elementos constitutivos de su vida? ¿Cómo? Los mandarines de la América española os lo dirán, así como os lo repetirán también los déspotas del viejo mundo. Rosas, Santa Cruz, Ballivian, Santa Ana, Flores, etc. Bolívar mismo, con todas sus glorias y laureles, os responderán que hay una época en la vida de las naciones en que deben brotar necesariamente los derechos, porque así solo es como puede concebirse la sociedad humana, para aplastar con su fuerza ponderosa y terrible á los que incautamente los conculcan. Hasta Napoleón I, creación espantosa del mismo pueblo que lo abandonó á sus enemigos, ha debido confesarnos que no es posible violar impunemente y por mucho tiempo la conciencia humana.

Y si esa gigantesca personificación de la grandeza y pujanza del pueblo más ilustrado de la tierra, ni á favor de sus milagrosas victorias, ni con todo el incienso embriagador de su monstruosa fortuna, logró sujetar al cabo el sentimiento y la dignidad holladas ¿cómo es posible que tiranos pigmeos opriman y destrocen á su antojo un pueblo entero? La Italia tiene hoy su carnaval sangriento: Nápo-

les, sin recobrarse aún de su dolorosa pesadumbre, arroja á puntapiés al nieto del execrable Fernando IV: Venecia, la antigua señora del Adriático, la viuda de los Duxes verá mañana sin duda morir para siempre en el espacio el graznido de los cuervos que la han devorado: la Rusia, la Turquía, los pueblos todos, en fin, en que el hombre es esclavo, la tiranía un derecho, y la conciencia el espejo donde se refleja sólo la efigie altiva de los déspotas, se levantarán algún día como lo hace hoy la gloriosa patria de César, como lo ha logrado con asombro del mundo el heroico pueblo que obedece á Garibaldi. La San Bartolomé de los reyes i de los tiranos no es tan quimérica como se piensa; y Sansón sepultándose entre los mismos escombros del templo que derribó para castigar á sus enemigos, tal vez no es inexacta imagen de las naciones que sacuden entre sus manos el solio carcomido de sus opresores.

El espectáculo odioso de las revoluciones, decía con voz tonante en la Cámara Francesa uno de los paladines más elocuentes y poderosos del legitimismo, sólo puede contenerse con una política basada en el buen sentido, con una conducta en que se respete la moral, sagrario que no consiente por mucho tiempo profanadores. Verdad es esta que debiera recordar á cada instante nuestro gobierno que ha visto ya conmoverse á la República desde Atacama hasta Magallanes, y no á impulsos del capricho ó de las sugestiones de los malos, como dicen sus órganos mentirosos, sino para hacer valederos sus derechos violados á cada momento por una insensata malevolencia, y defender de un ultraje cuotidiano á los principios de justicia, de moral, de equidad, de pureza gubernativas, que deben ser la fuente de los actos de un gobierno que aspira al título de *bueno*, y la barrera ante la cual se estrellen los rugidos de las impetuosas multitudes.

La opinión pública ha debido, en consecuencia, malear, torcerse caprichosamente, no habiendo podido depurar sus juicios ó mejor formarlos con las lecciones del ejemplo; y

así ha sido y así será si cerrando el gobierno los oídos á los consejos desinteresados de los hombres probos que nada esperan de su favor, ni pretenden, ni tienen para que explotar el bien de la República, se deja llevar como hasta aquí por la mano de los que cuentan con su falta de energía para dar pábulo á sus dañinas tendencias ó cimentar sobre indignidades su ambición rabiosa.

¿No ha pensado jamás el gobierno, preguntamos, en su verdadera situación? ¿No ha desconfiado alguna vez del retrato que le hacen de ella los que están destinados para pintársela? ¿No ha visto que la falta de educación moral que prometió desarrollar y proteger, y por la cual nada ha hecho, es la que le ha causado tantos sinsabores y á la República tantas lágrimas? ¿No ha pensado jamás tampoco que los poderes públicos que ha formado, no á voluntad de la nación como era de su deber y su conveniencia, sino á empuje de un indecoroso favoritismo, puedan ser, como lo son, los instrumentos más poderosos de su descrédito? ¿Se ha olvidado que la marcha de ésta que llamamos *máquina social* no puede verificarse cuando los diferentes resortes que la componen se chocan entre sí hasta romperse naturalmente y por una fatalidad inevitable? ¿No sabe que debe sesgarse á veces en favor de la opinión pública, de la moral, de la conciencia de todos para no pasar por la pena de verse arrancar de las manos lo que se le pide en fuerza de un derecho y que no podrá impedir, al fin, que se le arrebate? ¿No ha comprendido tampoco que los puestos elevados de la nación sólo deben confiarse á los que señala el juicio de la gente sensata para no prostituírlos y, por consiguiente, hacer de ellos un verdadero *pilori*, un perfecto sambenito? ¿No sabe que es preciso ser consecuente con los principios que se han patrocinado y prometido profesar, para no excitar el menosprecio de sus mismos amigos y envalentonar á los que siempre se manifestaron sus adversarios? ¿No ha meditado nunca en los hechos que nos ha regalado la experiencia para saber que

en algunas ocasiones es indispensable adelantarse al deseo común, al parecer de todos para la ejecución de ciertos actos que, aunque pugnen con nuestro luciferino amor propio, envuelven una causa noble, un principio generoso que no se puede burlar sin herir el corazón de todos? ¿Ignora, por ventura, que el favoritismo y el compadrazgo son el cáncer que roe nuestros gobiernos, haciendo de ellos, como podemos convencernos extendiendo la vista á nuestro pasado, el madero de la fábula? ¿Ignora lo que es el pueblo, lo que son sus tendencias, lo que son los bienes á que aspira, las ideas que lo elevan y amansan y los motivos que muchas veces lo empujan á lanzarse en la revuelta? ¿No conoce que en un gobierno como el nuestro, de parcialidades, siendo la que está encima la menos ilustrada y peor querida, es forzoso ahorrar á la que está debajo un exceso de dolor para que no forceje por encaramarse sobre aquella? ¿No sabe que los delitos políticos arrecen en razón directa de la fuerza que se emplea para extirparlos? ¿También desconoce lo que puede la generosidad, la blandura con los mismos que se dan por nuestros enemigos, aunque sean los más tenaces é irreconciliables? ¿Ignora, en fin, que es preciso para ocupar un lugar siquiera decente en la historia de un pueblo que se ha gobernado, devolver con bienes reales y positivos los daños que se causó por una ambición tenaz y desmesurada, ó en otros términos, hacerse perdonar por la virtud el crimen de haber avasallado la voluntad, siempre respetable, de una nación entera?

Hemos hecho estas mil preguntas al gobierno y haríamos otras tantas sin conseguir otra cosa que esto:

«Los Ministros todos que he formado á despecho del buen sentido nacional son solamente la expresión de mi capricho y de mis compromisos con la camarilla de que me he rodeado desde que escalé al poder y que me incita á seguir la política gastada de pandilla que ha prevalecido hasta hoy en la República.» «Por otra parte, ellos no son

ni serán mientras yo reine más que unos verdaderos espantajos de que me valgo para sancionar aparentemente las prescripciones constitucionales que impiden que obre como monarca, por mi sola y santísima voluntad.»

«El cuerpo Legislativo, que ha salido de mi bufete y no de las urnas electorales, como debería suceder si observase esa misma contitución que aparento defender y respetar religiosamente, está en la obligación imperiosa de constituírse en cámaras serviles, en legisladores que prevariquen, que hagan de su conciencia un arbitrio para obtener mi favor, mientras que yo de sus votos sin fé haré otros tantos instrumentos con que realizar mis antojos.»

«En este concepto, la conciencia de todos me importa una chilindrina y la opinion sensata del país debe quedar á un lado delante del parecer de mi círculo, del gesto de mis cortesanos, porque ni por mi carácter, ni por mis ideas, ni por mi experiencia puedo creer en que la *opinión* haga ni deshaga gobierno.»

Si esto se nos contestase, lo único que respondiéramos después de lo dicho sería: que ojalá que así fuese para no tener que condolerse tan á menudo de la suerte de los que la burlan. Francisco II hasta hace un mes creía que Nápoles era suyo, y que el voto de la desventurada nación á quien esquilmaba y envilecía no era sino el grito de unos cuantos foragidos movidos por la ambición y la miseria ¿Qué era Garibaldi ayer? Un condotiero osado, un aventurero digno de figurar en un romance, un nuevo Masaniello, cuyo efímero triunfo y cómicas glorias deberían parar muy pronto en el patíbulo levantado para los salteadores. Y sin embargo ¿qué es hoy? La Italia! la Italia! la personificación de la libertad que cada compatriota suyo lleva dentro del pecho: la imagen de los deseos nacionales, el retrato de esas multitudes terribles que logran á veces encarnar en un hombre todo lo que sienten, lo que quieren y lo que esperan. Hasta el vicario mismo de Jesucristo tiene que encoger el sagrado manto con que cubre sus dominios

y renunciar para siempre á la herencia legada por la princesa Matilde á su formidable antecesor, al terrible Hildebrando.

Y después de esto, y en vista de los sucesos que presenciamos en los pobres pueblos que obedecen á los Castillas, á los Belzus, á los francos etc., etc., ¿habrá algún hombre verdaderamente de estado que pueda ensoberbecerse con su pasajera fortuna, que pueda hacer alarde de un poder que tal vez esgrime en su insensatez como un loco el puñal con que debe destrozar sus entrañas?

Dejando á un lado los hombres, que desgraciadamente son muchos á los cuales la *opinión* ha derribado como cañas endebles, debemos recordar aquellos hechos que tienen una influencia más trascendente porque convertidos en principios, han tenido y tienen sus apóstoles, sus mártires y sus enemigos, y por lo mismo están destinados á que se les contemple como modelos.

¿No cayó la tortura y todo el bárbaro sistema criminal de la edad media con sólo el empuje de la *opinión* que ilustrada por la razón universal descubrió al fin al hombre la verdadera fisiología de sus pasiones, el esqueleto de la organización de la sociedad, el modo, en una palabra, como podía morigerarse el corazón, sostenérsele en su delibidad y castigarlo al fin para hacerlovolver al buen sendero y dar vida por medio de sus mismos deseos y pasiones á la cadena que forman los eslabones de lo que se llama sociabilidad humana? Los usos, las costumbres, frutos corrompidos de la ignorancia, y la servidumbre ¿no han desaparecido en todas partes al soplo benéfico y poderoso de la conciencia universal? ¿Las instituciones, en fin, fundadas en el atropello del derecho y la ignorancia del bien de la sociedad no han venido á tierra, como nos lo demuestra la historia de las naciones hechas trizas, y las que todavía subsisten caerán mañana resueltas en pavesa?

Al desarrollo lógico de los hechos, no hay fuerza suficiente que pueda oponer la vanidad humana: el respeto al hom-

bre, á su dignidad, á su esencia, es hoy la única pauta de conducta que pueden seguir los que quieran gobernar sin trastornos, sin obstáculos insuperables, sin regar de sangre la tierra de sus hermanos.

El modo de hacer frente al descontento, de ahogar en su cuna los rencores de las susceptibles muchedumbres, de calmar los ánimos agitados por el temor y la desconfianza, de curar las heridas hechas en el corazón de la patria, es y no puede ser otro que respetar la *opinión pública*, la *moralidad política.*

Sin estas ideas no hay gobierno posible, sino interinato de autoridades efímeras, sólo sostenidas á fuerza de corrupción y de martirio, cuyos bienes no son ni pueden ser otros que acumular combustibles para el incendio futuro.

Lecciones elocuentes, profundas, puede tomar el gobierno en el pasado. Mas por si no tiene fresca la memoria y los hechos que ha presenciado han sido tan fugaces como las sombras que no le han dejado una expresión eterna, le recordaremos que Petorca, Longomilla, los Loros, Cerro Grande, etc., etc., etc., etc., son la causa precisa fatal de los dos elementos que hemos mencionado como necesarios para la existencia de todo gobierno, y con los que hasta ahora no ha contado siquiera por pura apariencia.

Estos dos agentes tan fáciles de poner al servicio de la propia conveniencia, valdrían más seguramente que no la *ley de responsabilidad civil* y las *facultades extraordinarias* á que se ha querido apelar como á remedios heroicos para el mal de las revoluciones. Las revoluciones, es forzoso desengañarse, no vienen siempre de abajo: ellas generalmente son el rayo que lanzan las nubes formadas en el cielo del poder á fuerza de las lágrimas del pueblo; las revoluciones no son de los gobernados, son de los gobiernos: y sin embargo, aquellos pagan generalmente las culpas de éstos, como si la justicia exigiera para el desagravio de la inocencia su doloroso martirio.

Cuando se habla del bien producido por las revoluciones

que se llaman sociales, cuando se ponderan sus beneficios sobre la sociedad humana, debería tenerse presente que el elogio que se hace de estas plagas, á que los gobiernos condenan casi siempre á las pobres naciones, debería mejor cambiarse en quejas al pensar que para ser feliz es fuerza, como creen los que abogan por ellas, pasar por ese suicidio atroz de los pueblos, que la humanidad mañana condenará como innecesario é imperdonable. Esto sentado, no hay para que asegurar que amamos la paz, sino sólo pedir que por el amor mismo que á ella tenemos, como que es la fuente del bienestar de la patria, el gobierno arregle su conducta á la manera segura de conservarla y no como sucede siguiendo una vía que puede muy bien conducirlo al abismo.



Unidad de los poderes públicos

«La máquina social, dice el mismo Luis Blanc, reconocido como corifeo de la escuela socialista, no puede marchar absolutamente sin que los poderes públicos, estrechamente unidos, caminen por el mismo sendero. Paralizado cualquiera de ellos, añade, ó impulsado en ruta contraria de los demás, inmediatamente se operará ó la ruptura de la máquina ó cuando menos su estacionamiento ó retroceso».

Por lo visto, hasta los más exaltados demagogos reconocen como necesaria la uniformidad en la marcha de los poderes públicos para que el orden de cosas existente no pueda llegar á ser imposible. Considerando ellos las revoluciones políticas como resultados de la perturbación en el organismo de los gobiernos (por lo común en todo semejante al acumulamiento sanguíneo que se opera en el cerebro y el cual produce la parálisis en el cuerpo humano) es claro que estiman como el recurso más eficaz para conseguir los trastornos sociales la pérdida de la armonía en el ejercicio de las funciones que deben desempeñar los poderes públicos.

Tan cierto es esto, que las revoluciones que nos muestra la historia no han provenido en los más de los casos que de la divergencia entre ellos. La convocación de los Estados Generales hecha por Luis XVI fué para los que conocían el verdadero estado social de la Francia, un augurio feliz, pues suponían, y con muchísima razón, que una vez

establecido el parlamento, el orden existente no podría menos que venir al suelo.

El pronóstico salió cumplido, y tan cumplido que no sólo se operó el trastorno político que se pretendía sino el completo cataclismo de todos los elementos constitutivos del orden social.

La revolución de Inglaterra, si hemos de creer á Guizot, principió con el desacuerdo no sólo del Rey con el parlamento, sino el que tuvo lugar bien pronto entre ambas cámaras. El desgraciado Carlos I y el mucho más infeliz Luis XVI, marcan perfectamente con su suplicio la verdad de lo que decimos.

Y sin ir tan lejos, y sin ir en busca de tan grandes modelos, de acontecimientos pasados en un teatro de tan vastas dimensiones ¿cómo puede explicarse el comienzo de nuestra revolución política de 1800? Ese Carrasco y cualquiera otro más capaz de ser tirano, de seguro que no habrían caído por un movimiento espontáneo del pueblo, por uno de aquellos motines que los que no ven más que la superficie de las cosas atribuyen simplemente al descontento y la rabia de las multitudes.

Si el Cabildo no hubiese protestado contra la prisión de Ovalle, Vera, etc., si la misma Audiencia hecha revolucionaria no hubiese obrado como lo hizo, ¿cómo hubiera podido Carrasco desprenderse del bastón de mando que tanto amaba y cuya férrea empuñadura lisonjeaba tanto su pueril ambición y vanidad ridícula?

El Cabildo y la Audiencia verificaron, pues, como todo el mundo lo sabe, la deposición de aquel mandatario; y por cierto que indagando el móvil de las cosas, y dando á cada una de ellas el verdadero lugar que les corresponde, es fuerza confesar que haciendo aquellos cuerpos las veces de poder legislativo y judicial revolucionados en contra del ejecutivo, la balanza no pudo sostenerse sino inclinarse á favor de aquellos.

Las revoluciones no vienen aisladamente, no son, como lo juzgan algunos, erupciones espontáneas de un volcán que aglomera en sus abismos exhorbitantes combustibles; nó, las revoluciones, los cataclismos sociales y hasta los más insignificantes motines que duran un día, tienen mas hondas raíces, causas productoras más profundas que el descontento y la cólera de las masas.

Vienen y se suceden como el rayo á la nube, como el huracán producido por el choque eléctrico de los elementos, como todo, en fin, en la naturaleza, por medio de causas generadoras que forman lo que aplicado á nuestro tema se llama *fatalidad histórica.*

La divergencia en los poderes públicos ha sido en la América del Sur un elemento frecuente de disturbios, muchas veces asoladores de su prosperidad. Allí están esas Cámaras del Perú, de Nueva-Granada, etc., que han puesto en ocasiones la nave del estado casi á punto de zozobrar entre los escollos que ellos mismos han aglomerado sin esa intención. Si subimos un poco más alto, veremos que la separación de la metrópoli verificada por los Estados del Norte de la América, no habría quizás llegado á verificarse si los poderes públicos existentes allí no hubiesen lidiado y vencido al que mantenía contra ellos la lucha desde el corazón de la Inglaterra.

La clausura de los congresos, verificada en fin, en todos los gobiernos representativos por la mano del despotismo ¿qué acredita? Acredita, prueba magníficamente que el anonadamiento de los poderes públicos que equilibran la fuerza de ejecución residente en uno ó en muchos hombres, es lo que cimenta la tiranía por el acrecimiento consiguiente de fuerzas que asume el Ejecutivo con la caída de ellos.

Viniendo ahora á las deposiciones, á las renuncias de que tenemos en nuestra propia historia algunos ejemplos ¿qué testifican? Que es imposible ejercer la adminitración de un pueblo, cuando los agentes que la constituyen cho-

can entre sí, cuando el Ejecutivo ha sido vencido en el combate que ha provocado á los poderes públicos.

Benjamín Constant decía en *El Constitucional*, refiriéndose á Luis XVIII, «formadas las cámaras por el gobierno, no hay miedo de revueltas cuando éstas pueden captarse la opinión pública; mas si no consiguen este beneficio, harán ellas mismas que aquél se precipite, verificando así la misma autoridad que las formó la revolución contra sí misma y por medio de ellas».

Si de lo que hemos dicho, si de los hechos que hemos referido, pueden hacerse comparaciones aplicables á nuestra situación pasada, ¿qué podremos decir si no que colocadas en 58 las dos ramas del poder legislativo en una lucha abierta provocada necesariamente por los desmanes del Ejecutivo, fuéle casi imposible á éste dar un solo paso en la administración de los negocios públicos?

Los que recuerden las acaloradas sesiones de este año podrán decir si los proyectos de ley introducidos por la minoría de la Cámara de Diputados, á instigación sólo de los intereses del país fueron ó nó contrariados por la mayoría de ésta y la minoría de la de Senadores, y hasta el caso que plantada ésta tenazmente en su negativa, tuvieron al cabo que ver los autores de ellos malogrados torpemente y tal vez para siempre todos sus laudables esfuerzos. ¿Qué resultó, pues, de esa batalla provocada por el espíritu mezquino de bandería? Que todo lo bueno quedó en pensamiento y el tiempo se consumió en combates indecorosos, indignos, en vez de haberse llevado á cabo las mil medidas de utilidad pública que el país reclamaba y con sobrada justicia.

La ley de elecciones que tantos bienes aseguraba al país para hacer efectiva la libertad del sufragio, causa madre de todas las demás libertades que ofrece el sistema republicano representativo, ya se vió los obstáculos por que tuvo que pasar, las cortapisas que se le opusieron y hasta las indignidades que se idearon para hacerla inefectiva.

Como esta ley hubo muchas, y sin embargo, el tiempo transcurrió en vano, la opinión reclamó sus fueros atropellados; el país en una palabra esperó, y los que se interesaron en violar todos los principios de justicia y frustrar todos los buenos propósitos, siguieron impertérritos y con el mayor descaro en su nefanda tarea.

El Congreso, convocado extraordinariamente por el Ejecutivo, persuadido de la vital necesidad del despacho de algunos asuntos, nada hizo pues, ni nada en realidad pudo hacer, por cuanto el patriotismo de los pocos que alzaron el grito contra la arbitrariedad, tuvo que estrellarse contra el espíritu de pandilla, contra ese espíritu ruin que casi siempre ha predominado en nuestros cuerpos deliberantes.

Si la ley de elecciones, se decía todo el mundo, no llega á ponerse en planta, volveremos á tener una Cámara de Diputados (hablamos de la mayoría) semejante á la que hoy tenemos, y es claro que la pugna seguirá, si no más encarnizada, con la misma tenacidad y rabia, y lo que es más doloroso, el Ejecutivo tendrá entonces que pasar ó por la alternativa de obrar el bien á su antojo ó el mal por puro capricho.

Y sin embargo, en esas pocas sesiones del Congrso extraordinario, si se hubiesen desprendido los que lo hicieron infructífero de esa manía palaciega, estamos seguros que habría podido dejar siquiera algún grato recuerdo en desagravio de los males que por su causa se habían irrogado á la república.

En este concepto los buenos ciudadanos, los que aman la paz, los que temen como una plaga asoladora el retroceso del país por medio de la revuelta, no pudieron menos que hacer votos por que se verificase la armonía en el cuerpo Legislativo, cediendo los que la rompían tan insensatamente á los dictados de la conciencia y del amor á la patria.

Pero siquiera en el año de 58 que hemos traído tristemente á la memoria, el Senado contaba con nobles patri-

cios que, cansados de ver la humillación indigna de que era víctima el pueblo, opusieron impávidos contra el poder, de quien habían sido hasta entonces poderosos sustentantes, una fortaleza y una dignidad que hará siempre honor á su memoria.

De entonces acá el espectáculo que ha presentado el Congreso ha ido tomando un carácter más negro, más horrible: la dignidad y la pureza han clamado en vano en la Cámara de Diputados: los acentos del patriotismo y de la inteligencia han resonado elocuentemente, pero para perderse entre los ecos monótonos y abrumadores de los que titulándose por una amarga ironía representantes del pueblo, no han sido otra cosa que los seides de un poder cuya estabilidad se funda y robustece cada día sobre las ruinas de todas nuestras libertades y á expensas, desgraciadamente, del decoro y buen nombre de la República. Y, sin embargo, se dice que no se quiere la revolución: y á pesar de esto se grita todos los días por los órganos del gabinete que se desea conservar la paz á todo trance.

Mentira! atroz mentira! si así fuese no se conculcarían diariamente los derechos más sagrados: no se insultaría la conciencia pública como se hace sin el menor reparo: no se formularían leyes que provocan la indignación, que exasperan hasta las almas más apocadas y pusilánimes: no se tendría en el destierro á los representantes legítimos del pueblo, á los buenos patriotas, á los que han tenido el coraje de sacrificar sus fortunas y exponer su vida en las aras del bien público.

Pero contrayéndonos exclusivamente al tema de este artículo, ¿habrán algunos, preguntamos, que se atrevan á decir que los poderes públicos giran desembarazadamente en su esfera, que marchan unidos, es decir, en la vía del bien, y produce cada cual el beneficio que está llamado á prestar en la acción de la máquina gubernativa que forman y sostienen?

Nó, por cierto! A los hechos evidentes como la luz, no

hay respuesta, no hay sofisma que valga, no hay gritería que pueda asordar el lamento del corazón que clama justicia.

Si no es así, pruébese que el poder legislativo no es una sucursal del Ejecutivo, pruébese, repetimos, que las mayorías que lo componen no son otra cosa que su hechura, y por lo mismo si han sido capaces hasta aquí de posponer los intereses de partido á los que debían respetar como chilenos.

Si todo esto es exagerado, manifiéstesenos con razones, no con embustes y palabrería, que el poder municipal llena sus funciones en la extensión que la carta lo exige, si representa los intereses del pueblo, si es, como debe ser, el baluarte primero de las libertades y el guardián inmediato que debe velar solícitamente por la conservación de sus fueros, como ha sucedido hasta en los gobiernos más despóticos y torticeros.

Si después de esto tendemos la vista al poder judicial y buscamos el origen de su organización, analizamos los hechos que pasan á nuestra vista, la causa que los motiva, siempre vemos, y no podremos menos que ver, que los abusos acusados ya como inherentes á todos los demás poderes públicos desprestigian hoy el santuario de la justicia, á quien ha debido Chile, hasta hace poco, una de sus glorias más honrosa y merecida. Los que hacen las leyes las aplican: los que vociferan en pleno Congreso como acalorados partidarios, son los mismos á quienes están confiadas nuestras vidas y nuestras haciendas: ¿cómo, pues, esperar esa severa justicia, esa rectitud sin mancha? ¿Cómo, pues, no temer ver inclinarse la balanza del lado en que está la fuerza, del lado en que está el que todo lo puede y á quien debemos una posición elevada y tal vez sin haber merecido absolutamente tal fortuna?

Ahora bien, ¿quién es el que quiere la pérdida de la paz? ¿Serán los que la piden todos los días exigiendo justicia ó

los que la comprometen á cada rato negándola tenazmente?

Ningún déspota quiere la revolución; pero todos la provocan. Ningún pueblo la quiere ni puede quererla; pero casi todos tienen que pasar por ella cuando se les cierran las veredas que conducen al bien y se les deja como una defensa de sus derechos ultrajados, como único recurso de justicia al ejercicio de su fortaleza.

Mirabeau no quería el desquiciamento del trono, complacíase solamente en ponerlo á pique de venir al suelo para después levantarlo en sus manos robustas, pero el carro revolucionario, una vez desprendido, no pudo pararse, y llevando en su espantosa carrera, confundidos en su seno á opresores y oprimidos, á verdugos y mártires, fué á dar al fin á los abismos empujando hasta á aquellos que se creyeron bastante fuertes para sujetarlo.

Si esto es verdad, ¿dónde está entre nosotros el que pueda mañana contenerlo? ¿Dónde el hombre de Estado bastante fuerte que sepa y tenga aliento para pararlo delante del despeñadero?

Pero todos estos males, dice Mr. Droz en la historia de Luis XVI, puede evitarlos una sana política, pero de todas estas plagas puede librarnos la moral cuando se la profesa por los que gobiernan y se la estima y devuelve con hechos de probidad y justicia por los gobernados.

❧ ❧ ❧

Lo que ha sido y es el partido conservador

«Sistema exclusivo se llama al sistema del jefe del gabinete y ¿quién le da ese título, quién ha inspirado ese ataque, cual es el partido que tal cargo se ha encargado de ser el primero en formular? El partido cuyo exclusivismo político ocasionó su alejamiento del poder en un principio y hace hoy su enemistad, su odio hacia él; el partido que lo quería todo por él y todo para él; que buscaba en sus servidores antes los títulos de nobleza que el mérito; que creyó que el pais debía ser su *cosa* porque contaba con algunos grandes propietarios, con algunos capitalistas ensoberbecidos que esperaban poder ocultar su nulidad bajo los exteriores de la fortuna.»

«Y bien ¿al hombre, al gobierno que ha sido el primero en romper con esa funesta tradición, en libertar al país de una tutela que atajaba su acción y su desarrollo es al que se trata de exclusivo?»

Estas palabras registra en uno de sus boletines el *Ferrocarril* y por cierto, que si uno pudiese tomar por el lado serio lo que alega un órgano constantemente dispuesto a lanzar ecos mentirosos y destinado sólo á complacer á los hombres que sirve, pocos ó ningunos habría que dejasen de contestar elocuentemente con hechos, á todas luces claros y verídicos, á esa retahila de contra sentidos que se tiene la osadía de hacer valer como razones sin réplica, contando sin duda con

que la opinión pública puede extraviarse á merced del sofisma ó mejor de una constante supercherfa.

Como partidarios que hemos sido y somos del bando político que se ha denominado Conservador, no podemos menos que hacer el honor al *Ferrocarril* de creer que en esta ocasión ha hablado con sus sentimientos para poder así entrar en cuentas con él y que deduzca al fin él mismo, si ha andado ó nó fuera de camino en las falsas aseveraciones que acabamos de apuntar con harta repugnancia.

El examen de los hechos que se han consumado en los nueve años que han transcurrido de la Presidencia de don Manuel Montt, y más que todo de los que actualmente acaba el público de presenciar, bastaría á cualquiera, por poca reflexión que se le suponga, para calificar de un modo certero a los partidos políticos hoy antagonistas.

En efecto, el gobierno del actual Presidente desde el momento que éste escaló á la silla presidencial, no ha hecho otra cosa que dar un desmentido no sólo á los hombres que esperaban de él algunos bienes para la patria sino á los mismos que á fuerza de sacrificios sin cuento lograron colocarlo á la cabeza de la República.

Este chasco, esta esperanza tristemente frustrada, hizo, como era necesario, que el patriotismo triunfando de consideraciones personales se desprendiese de antiguos compromisos y combatiese contra quien tan injusta y torpemente había hollado sus juramentos y pisoteado sus más formales promesas.

Armado el partido Conservador para defender las instituciones conculcadas á cada paso por el gobierno, era fuerza que de esta lucha resultase no sólo el vencimiento de uno de los dos combatientes, sino también que se ostentase en toda su luz la buena ó mala fe de sus propósitos y la santidad ó la malignidad de su causa.

Como queremos poner en paralelo los hechos verificados por el partido del gobierno (á quien se llama de Montt-Varas), y los del partido Conservador á que pertenecemos, no

podemos menos que echar una mirada, aunque sea rápidamente, á los años anteriores para lograr las deducciones que apetecemos.

Subido don Manuel Montt á la presidencia, como lo sabe todo el mundo, sus primeros pasos no fueron otros que entregarse en brazos de su favorito, quien para devolver tan lata confianza creyó desde ese momento que el sistema que placía a S. E. y convenía á sus propios intereses, no era otro que el que le vemos por desgracia seguir todavía á pesar de los diferentes y encarnizados combates que ha tenido que soportar su gobierno.

Alentado el Ministro con la ciega confianza y con el favoritismo de S. E. y sostenido además por su conciencia política restrictiva y caprichosa, era forzoso que el plan de gobierno planteado por él no tuviese ni visos de la legalidad necesaria, indispensable en todo gobierno republicano y sin la cual es imposible ya gobernar á Chile.

Partiendo de este principio los hechos han sido lógicos y como tales, han producido los tristes efectos que tocamos. El capricho, las malas pasiones azuzadas por las condescendencias del jefe supremo y sostenidas por el orgullo congénito de aquél, hicieron, como es natural, las veces de la razón y del patriotismo.

La conculcación cuotidiana de las prescripciones constitucionales, el descaro para prostituir los empleos á las personas más obscuras, y cuyas aptitudes se graduaban por la servil complacencia y la falta absoluta de fe, se vieron ostentar sin pudor, constituyendo así un sistema constante de abusos y de intrigas, cuya trascendencia no ha podido ser ni más envilecedora ni dañina á la república.

Después de esto ¿cómo los buenos servidores al país, los hombres de corazón, podían esperar, no decimos la recompensa de sus servicios, pero ni siquiera el cumplimiento de la más insignificante promesa?

Desconocido el mérito, ajada la entereza, olvidado el patriotismo y por consiguiente la causa del país entregada en

manos de quien juzga que en política la moral está de más, el partido Conservador, que representa en primera línea por su fortuna, sus antecedentes y tendencias los intereses del pueblo, no pudo menos que lanzarse á la lucha y con el ardor del padre que ve á sus hijos en el peligro.

Efectivamente, la conducta observada por él para defender los derechos del pueblo del antojo del favorito, las prescripciones de la carta del atropello audaz del gabinete, y la paz y el crédito del país comprometidos con la indignidad del sistema planteado, cuando otras pruebas no hubiese de la sinceridad de sus intenciones y de la generosa elevación de sus miras, bastarían de seguro para testificar á la nación el interés que le merece y persuadirla que de él pende en gran parte la conservación de sus glorias y de sus derechos. Constituyendo la mayoría de la Cámara de Senadores en el año de 58, era él quien debía quemar el primer cartucho en la refriega contra la arbitrariedad y el despotismo, y así fué. El proyecto de ley de amnistía iniciado por el señor Correa, el de la libertad electoral propuesto por el señor Ossa, proyectos que encierran á juicio de todos, las dos ideas capitales de un sistema de política noble y puro: la *fraternidad y la verdad*, salieron en efecto de ese partido Conservador á quien hoy se insulta y se calumnia, no solamente como una garantía para el pueblo, naturalmente desconfiado, sino como un proyectil que debía abrasar el edificio combustible que la mano de un gobierno torticero é hipócrita comenzó á levantar como para encastillarse contra los reiterados ataques de la opinión pública.

Por lo que hemos visto todos se podrá juzgar de parte de quien ha estado la justicia y por consiguiente á quien ha cabido toda la vergüenza.

Unos ancianos, á quienes no es posible suponer penetrados del ardor de la juventud, de sus ideas atrevidas, de ese entusiasmo que tanto llena y embriaga el corazón en la mañana de la vida; unos hombres á quienes la fortuna convida al reposo y á las comodidades, son como lo ha visto el pue-

blo entero, los que han defendido con su palabra balbuciente pero atinada las prerrogativas del ciudadano: los que han pedido para él justicia, el perdón de sus errores políticos y los que, en fin, han querido regalarle con el ejercicio más precioso que le concede la carta, con el derecho del sufragio.

¿Y á favor de quién ha sido esta defensa? ¿Y contra quién ha sido este combate? ¿Quiénes han sido, preguntamos, los que han atacado á ese pueblo, los que lo han diezmado, los que han negado á los desterrados el asilo de la patria, los que se han complacido y complacen en el dolor y las lágrimas de la orfandad y la viudez? Los hombres del gobierno, las creaturas del ministro, los satélites de don Manuel Montt, los palaciegos de su señoría, *la aristocracia*, en fin, levantada por aquél de entre el polvo y las sombras de la obscuridad y la miseria.

Y aun así los partidarios de ese sistema de corrupción, los que desean que el pueblo no tenga ningún derecho, ninguna expectativa, los que se complacen en el tormento de sus hermanos, los que cierran las puertas de la administración á toda buena idea, osan todavía apellidarse *liberales*, progresistas y bautizar el partido conservador con los nombres de *retrógrado*, ultramontano, etc., y otros calificativos hijos de la ignorancia y de la mala fe.

La preocupación que se abriga generalmente respecto á los sentimientos de los que han alcanzado una posición elevada, no es sólo en Chile donde se manifiesta: en cualquiera parte en que la fortuna reparte caprichosa sus favores, allí se oyen las mismas quejas, se ven las mismas injusticias, los mismos errores. Tan verdadero es esto, que muchas veces nos basta sólo saber que tal individuo posee un gran caudal para que sin más razón, y sin que podamos explicar la causa de nuestra malquerencia, le profesemos una secreta antipatía, que tanto más sentimos cuanto nos es más imposible explicarla.

En este concepto, los enemigos de este partido que se ha

llamado en todas partes *Conservador*, explotan la credulidad del pueblo haciéndole consentir que los hombres dotados de fortuna son sus más feroces y desapiadados enemigos. La lógica de estos republicanos de mala ley como el *Ferrocarril* y todos sus secuaces, de estos fingidos niveladores del orden social, es la misma en este asunto que la de aquel formidable y descorazonado revolucionario Saint Jurt que decía para justificar el suplicio del monarca mártir *¿qué más delito que ser rey?*

Aunque en realidad estamos muy lejos de creer que existen entre nosotros hombres de este temple, los que hoy se asilan bajo la bandera *Varista*, los que constituyen la mayoría del Congreso, y los que, en fin, profesan las ideas del diario mercader que los representa ante la opinión, esos, decimos, pretenden deslumbrar á las masas inspirándoles antipatías contra el partido que tan fuertemente los combate y contra el cual nada ha sido bastante todavía para hacer desmayar su fortaleza.

Pero como de los hechos que se han presenciado no pueden excusarse, como de los principios que se les ve proclamar no desisten un punto, ni los escándalos que perpetran á cada momento tanto en la Cámara como en la prensa, en los círculos y en donde quiera que se hallen, pueden justificarse, la nación está al cabo designando á cada partido el lugar que le corresponde.—Metternich, dice uno de sus biógrafos, sólo pudo sostener su política tortuosa evitando los escándalos flagrantes, engañando con amistosas y benévolas apariencias á los mismos á quienes odiaba y oprimía.—Y he aquí como Maquiavelo aconseja la tiranía á los tiranos.

Si de estos grandes personajes descendemos á los muy pequeños que tratan de copiar ese sistema en nuestra república, uno no puede menos que mirar con tanta lástima sus proyectos como indignación á sus tristes figuras. Uno de los cargos que también ha creído hacer al partido Conservador la prensa del gobierno, con el fin de darle el último golpe, ha sido el de acusarlo *de ultramontanismo*, voz que en su con-

cepto encierra un mundo de acusaciones, y que por lo mismo debe provocar la animadversión de los que profesan sentimientos de libertad y de independencia.

Fijos, pues, en la idea de hacerlo aparecer como amigo de las persecuciones y de los errores, como el adalid más ferviente de todos los principios que la filosofía ha sepultado en el olvido, como el bando que representa entre nosotros esa oligarquía que tanto daño ha causado en todas partes donde ha llegado á imperar despóticamente la fortuna, halo acusado durante seis años consecutivos la prensa Varista de *ultramontano*, *de retrógrado*, *de aristócrata*, *de atrasado*, etc.; y si vamos á examinar el motivo para esos dictados, estamos seguros que no podrán darnos una sola razón ni decirnos otra cosa que una cáfila de insultos y vulgaridades.

El partido Conservador, ha repetido hasta el cansancio el *Ferrocarril*, es *ultramontano*, y para probarlo ha traído á colación el respeto que le merece la religión que profesamos, la solicitud con que ha defendido la pureza del dogma católico, la consideración que cree justo tributar á los Ministros del altar y la oposición abierta y sostenida que ha manifestado siempre á toda idea, á toda doctrina que tenga por objeto zapar el edificio de la religión del estado, que juzga necesario conservar como el mayor bien y la más firme columna de la grandeza de la nación.

Estos y no otros son los fundamentos en que han creído apoyarse para llamarlo como hemos dicho, estas las razones con que han pensado justificar tan absurdos calificativos.

¿O será por ventura *ultramontano* porque no ha aplaudido la conducta que ha observado el gobierno con el jefe de la Iglesia, el virtuoso i esclarecido chileno don Rafael Valentín Valdivieso? ¿O será *ultramontano*, repetimos, porque no ha aplaudido las escandalosas escenas que han tenido lugar con el fin, puede decirse, de hacer expatriarse al ilustre anciano que hemos nombrado? ¿O lo será, volvemos á preguntar, porque se ha condolido de los vituperios, de los ultrajes hechos á la moral, á la religión, al clero, sobre todo, por el

Ferrocarril, órgano impuro de la más impura de las causas?

Si defender el dogma de los ataques de la filosofía racionalista, si propender por la pureza del culto que profesamos, si abogar por el respeto debido á los ministros de Jesucristo y combatir, en una palabra, todo elemento de trastorno en las ideas religiosas del pueblo, se llama *ultramontanismo*, llámesele así en hora buena, que no es la primera vez que un calificativo denigrante encubre un buen propósito y se aplica á personas reconocidamente acreedoras al amor y al respeto públicos.

En resumidas cuentas ¿con qué hechos contamos para el paralelo que hemos querido hacer? Contamos, tomando á las mayorías de las Cámaras y á la prensa del *Ferrocarril* como los agentes del partido Montt-Varas, con que:—el gobierno de don Manuel Montt no ha querido ni quiere absolutamente libertad electoral ni ninguna de las otras libertades públicas que de ella emanan: con que no ha querido el perdón para los chilenos que comen el pan del proscripto en tierra extraña: con que no ha pretendido otra cosa que la ilegalidad, el amaño, la intriga, torciendo la justicia siempre que ha convenido á sus intereses, arrebatando por golpes de mano toda ley de utilidad pública, frustrando todo buen pensamiento, dilapidando nuestras escasas rentas nacionales en la tarea de sostenerse contra todo viento y marea y colocando en los destinos más elevados á los hombres que con más servilidad y abatimiento puedan servirle para llevar á cabo sus planes. Respecto á lo que ha querido y quiere el partido *Conservador*, bastan estas dos cosas que dijimos al principio: *fraternidad y pureza*: ellas encierran todo lo bueno porque amando al pueblo es forzoso servirlo y profesando un sistema de política puro no se puede menos que encaminarlo al bienestar y al progreso.

Ahora bien ¿no tendremos derecho para quejarnos del gabinete, para darle el título de exclusivo al sistema político que sigue y abominar de todas las demasías que ha cometido

desde el instante en que se ha envalentonado con la ruina de sus enemigos?

¡Y pregunta el *Ferrocarril* que, quién tiene derecho para titularlo de esa manera! El derecho para llamarlo así, lo tiene todo chileno, pues todos hemos presenciado su conducta y muchas veces con el llanto en los ojos y la desesperación en el alma.

¿O no cree el *Ferrocarril* dotado al pueblo de la facultad de llamar *tiránico* al que le veda sus libersades, *despótico* al que lo oprime todos los días, y no sólo con actos aislados de arbitrariedad y rudeza sino con el peso de leyes opresoras que atacan la propiedad, que vejan al individuo y que castigan hasta la posteridad de los que, bastante infelices y heroicos, se atreven á provocar el encono de sus perseguidores?

¡Y aun así se atreve el diario Varista á preguntar cuál es el partido que tales cargos se ha encargado de ser el primero en formular! Sí, el partido Conservador á quien calumniáis acusándolo de un exclusivismo político que jamás tuvo, puesto que fué el primero en abrir los brazos al *liberal*, fué el primero, decís muy bien, en separarse del hombre que había elevado cuando se convenció que éste era incapaz de llevar á cabo los compromisos que contrajo, de hacer la felicidad de la república: cuando se convenció de que todo lo que había prometido para arrastrarlo á que protegiese su elevación, no había sido más que una superchería inventada sólo para burlar sus buenas intenciones y cautivar su poderoso apoyo.

Sobre lo que dice la prensa del gobierno acerca de que el partido que defendemos todo lo quería por él y para él, nada debe responderse, pues es demasiado torpe tal imputación para merecer los honores de la respuesta. ¡Querer todo por él y para él el partido que reasume todas las fortunas del país, el partido que simboliza el poder material del pueblo, el que tiene en sus manos los elementos primordiales de la vitalidad de las masas y del cual dependen el ejercicio de todas las industrias!

¿No sería más natural, más justo, más lógico atribuir esas pretensiones al bando que vive sólo del poder porque no tiene otro apoyo, y cuya misma conveniencia le impone la obligación de seguirlo hasta en sus más negras y vedadas maniobras?

Pero nó, el *Ferrocarril* cree salir airoso de todas estas acusaciones, diciendo: «Y bien ¿al hombre, al gobierno que ha sido el primero en romper con esa funesta tradición, en libertar al país de una tutela que atajaba su acción y su desarrollo es al que se trata de *exclusivo?* «Mas ¿cómo es esto, candorosísimo colega, cuando el gobierno no fué quien se desprendió del partido Conservador, sino éste quien no quiso servir más tiempo con su prestigio y su fortuna á cimentar un gobierno atentatorio á las libertades públicas?

Por otra parte, esa *tradición funesta* que apellidáis, no tiene otra base ni puede tenerla aun en vuestro mismo concepto, que los servicios que prestó ese mismo partido que llamáis *añejo* á don Diego Portales para que pudiese llevar á cabo la organización política de la República. ¿No levantáis estatuas, decidme, al hombre que sólo ayudado del partido Conservador pudo conseguir echar los cimientos de la vida política de la nación? Luego, si la tradición de este partido es funesta ¿por qué ha querido el gobierno á quien servís alzar ese monumento en el cual ha tenido tanta parte el bando político á quien ultrajáis?

La única culpa, somos francos (y los mismos Conservadores creemos que no lo negarán) que cometió el partido á quien acusáis, y de la cual debe estar para siempre arrepentido, fué la de haber coadyuvado tan eficazmente á la elevación de don Manuel Montt, de ese hombre cuyo gobierno ha sido tan luctuoso para la patria y cuya conducta será siempre para sus amigos el más terrible recuerdo y el más punzante remordimiento.

Sin embargo de esto exclama todavía el *Ferrocarril* «¿Cuál derecho nos falta? ¿Cuál la libertad que podemos echar de menos?»

Atrevidos! ¿Y cuál es, decidme, os preguntamos, el derecho que tenemos? ¿Cuál la libertad de que no hemos sido despojados? Si no es así ¿qué son esas facultades extraordinarias cuyo nombre sólo está diciendo la suspensión de todas las libertades? ¿Qué es esa responsabilidad civil? ¿Qué es ese extrañamiento, esa expatriación á que están condenados un millar de chilenos y sin más causa muchos de ellos que el omnímodo poder con que cuenta el gobierno?

¿O creéis que las libertades públicas viven al amparo de una autoridad pertrechada de un poder inmenso, de un gabinete cuyo sostén consiste en la fuerza bruta, en las bayonetas, en todo el aparato de que se cercan los soberanos despóticos y que sólo se mantienen por la debilidad y la servidumbre del pueblo á quien martirizan?

El periódico oficial de Buenos Aires decía el año de 50. «Y todavía los salvajes inmundos unitarios serán capaces de decir que bajo la paternal autoridad de don Jnan Manuel Rosas no halla el pueblo todo el lleno de sus esperanzas y de sus deseos!»

Al mismo tiempo que esto se decía, millares de víctimas caían bajo la cuchilla del tirano, millares de argentinos morían de hambre en el extranjero, y Buenos Aires llevaba en el corazón el luto que el terror hacía convertir en cucardas coloradas y vítores estrepitosos.

Verdad es que nuestro infortunio, por favor del cielo, no ha llegado á esa altura; pero si llegara, á buen seguro que no faltarían plumas al gobierno para ponderar sus favores y mofarse del dolor y las lágrimas de los que hubiesen sido sus víctimas.

Si todavía quiere el *Ferrocarril* más hechos en comprobante de lo que decimos, pídalos á su conciencia; y estamos seguros que si la escucha, romperá la pluma aunque no sea más que en castigo de haber ultrajado tanto tiempo el buen sentido general y coadyuvado á burlar las esperanzas de los buenos.

Destino de nuestra poesía

I

Es indudable que los primeros acentos de la humanidad han sido los del dolor y la pena: la amargura es el primer licor que bebe el hombre apenas aparece en este mundo, que sólo por ironía, ha podido llamarse *banquete de la vida*. El vestíbulo de la existencia no ha sido, pues, ni podido ser, atendida la organización moral y física del hombre, más que el crepúsculo de un día de tormento, que la entrada al mundo del desengaño, á que parece haber sido condenada la especie humana en un momento de cólera del Altísimo.

Esta misma sentencia fatal, que pesa sobre el hombre considerado aisladamente, ha sido la que lleva impresa sobre su frente la sociedad humana; la cual, como marca impuesta por una mano eterna, no ha podido ni podrá, sean cuales fueren las fases de civilización y ventura que alcance, desaparecer de su rostro por más que se diga y se titule neciamente rey de todo lo creado.

Esta misma facultad de sentir el dolor desarrollada en él no bien abre sus ojos á la luz, parece ser, por un contraste maravilloso, el origen de aquella facultad, poder, ó como quiera llamarse, que asimismo ha recibido del cielo para trasladar, si es posible explicarse así, en notas musicales los quejidos internos de su alma, la inspiración, en una palabra, que desprendida como una chispa eléctrica de su cerebro ha pasado á incendiar su inteligencia.

Si rastreamos en el origen de las sociedades humanas, vemos que los primeros triunfos, goces, dolores, esperanzas, que ha podido conseguir el hombre constituyendo ya una familia, ya una tribu ó una nación, han tenido por lengua ó por intérprete inmortal esa armonía con que, sin duda, ha querido la Providencia endulzar los sufrimientos del ser humano ó paliar el mismo rigor que con él ha observado.

La poesía, pues, ha sido el lenguaje común que ha tenido para pintar sus pasiones; para trasmitirlas, para inculcarlas en sus semejantes, para ennoblecerlas, y hasta para poder hacer más duraderos, de lo que es su frágil existencia, los momentos de ternura y embriaguez que han venido á aletargarlo, y que no quisiera dejar sepultados en el olvido por aquel instinto de inmortalidad que lleva apegado á su corazón, no obstante la volubilidad y miseria que lo constituyen.

La ley de *sociabilidad*, sobre todo, que lo empuja irresistiblemente á cambiar con los individuos de su especie, no sólo sus ideas, su pensamiento, sino sus servicios y pasiones etc., para común satisfacción de sus necesidades ¿puede concebirse sin esta misma facultad de sentir, sin este mismo poder que lleva hasta hacer cadenciosos y cantables los punzantes quejidos del tormento, los fogosos arranques del alma, y hasta aquellas agonías, que, no sueltas al aire por el lirismo innato del hombre, harían trizas las paredes de su pecho?

Considerada bajo el aspecto multíplice en que debe apreciarse por el filósofo, la poesía no puede menos que aparecer á nuestros ojos como el conjunto de las facultades que llamamos morales, y sin las cuales el alma humana no puede absolutamente concebirse.

Efectivamente, las facultades de la inteligencia, aquellas que los ideólogos han analizado en el ser pensante, dejarían de ser lo que son para los hombres que pueden darse cuenta de sus modificaciones, si no tuvieran como equilibrio el poder de la sensibilidad en todas las faces que pueden ofrecer las variadas evoluciones de lo que en el mundo se llama, y

talvez confundamento, corazón; y al que se considera como el foco de todos los arranques generosos del hombre. El sentimiento, hemos dicho, y el sentimiento, lo repetimos, que es lo que puede probar más que nada la misión que está llamado á llenar en la tierra, no es para nosotros otra cosa que la *poesía*, que aquel don del cielo que nos permite dar alas al deseo, ensanche á la esperanza, voz al dolor, armonía, en fin, á aquel conjunto de ilusiones y sinsabores que se disputan á todas horas y en todas épocas la vida transitoria de los mortales.

Apreciándola bajo este carácter, las sociedades apenas han podido darse cuenta de su sociabilidad, del ejercicio de sus mutuas obligaciones y derechos, es preciso que hayan tenido un idioma común con que celebrar á los que juzgaban dignos de su amor y admiración, como asimismo con que pintar los transportes de su fantasía y la rápida evaporación de su quimeras.

De aquí viene que esa poesía de los primeros tiempos de la vida de los pueblos, sencilla, crédula como ellos, inocente como sus goces, no puede menos que ser, como lo es en efecto, el reflejo de su civilización, y tanto más exacto cuanto puede verse en cada uno de esos acentos un sentimiento, una esperanza, una ilusión ó, mejor, el modo de ser que asumían, el aspecto bajo que se presentaban en la infancia de su historia.

¿No tiene cada pueblo, por miserable que sea, su poesía propia? ¿No tiene el salvaje de Orinoco sus cantares para expresar ora su amor y sus trasportes, ora los huracanes de su indómita cuanto selváticaorganización? ¿Nuestros Araucanos no conservan todavía las modulaciones que sirvieron para excitar hace tres siglos el patriotismo no vencido de aquellos pacíficos habitantes contra la rapacidad de los conquistadores? Y ese canto, esos aires guerreros, esa armonía, ora aguzada y traspasadora como sus lanzas, ya pesada como sus mazas ¿qué significan, qué carácter tienen, bajo qué punto de vista deben considerarse? ¿No es el sentimiento,

preguntamos, no es esa facultad que ya hemos nombrado, ese poder de *armonía* que vive en el hombre, ni más ni menos que en la flor de los campos y en el astro que miramos resplandecer en los cielos? En este concepto, la *poesía* ha debido seguir el desenvolvimiento de la inteligencia, la cultura y suavidad de las costumbres, la delicadeza de los usos, y así ha sucedido y no ha podido menos de ser así.

Si tomamos por ejemplo á las naciones europeas para confrontar con sus hechos históricos nuestro pensamiento, ¿cómo se explica la Ilíada? ¿qué papel hace Homero? De seguro que el filólogo, el historiador y el filosófo, estarán acordes en tomar aquella magnífica epopeya como la verdadera historia de la Grecia, como el monumento más seguro para poder apreciar la infancia de aquel pueblo, el valor de sus héroes, las creencias generales, y hasta para poder llegar, de deducción en deducción, al análisis de los elementos que forman la organización de las naciones.

Si Homero ha sido realmente un hombre, si ha sido un magnífico poeta, un sublime cantor, ó si la Grecia fué sólo la que trasmitió, bajo el nombre de Ilíada, los hechos más gloriosos de su historia, todas estas dudas ó aseveraciones en nada contradicen nuestro pensamiento; pues fuera él sólo el eco del común sentir de su patria, ó ésta la que cantó sus triunfos con este nombre, siempre se ve que el sentimiento bien sea en el individuo mirado aisladamente, bien de una manera colectiva, es inseparable de lo que llamamos *poesía*, ó mejor, que es ella misma, sólo ataviada por los primores del arte.

Si echamos una mirada al pueblo romano, es decir, al mundo antiguo en tiempo de su mayor grandeza y civilización, las mismas reflexiones que hemos hecho hasta aquí se nos presentan, y si es posible, toman una forma consistente y precisa. Ciertamente el imperio Romano, majestuoso hasta en su corrupción, grande é imponente aun en medio de sus viciadas instituciones y bárbaras costumbres, no ha podido tener mejor tela en que retratar todas las variadas mudan-

zas de su organización social y política que los cantos de sus poetas, que aquellos acentos inmortales que retratan todavía tan al vivo, á pesar del trascurso de dos mil años, no sólo el modo de ser de aquel coloso, sino hasta el más insignificante de sus usos y la más imperceptible de sus preocupaciones.

Elegante y pomposo bajo Augusto, Virgilio y Ovidio son el fiel trasunto de aquel reinado: dulzura, amor, filosofía, adulación, intriga, todo puede verse en estos vates sublimes. El uno, ennobleciendo los arranques de la materia, haciendo de Dido, viva representación de las pasiones mujeriles, la personificación de los elevados pensamientos y heroicos sacrificios que nos complacemos en figurarnos en la mitad más bella del linaje humano; y el otro, endulzando la tímida rastrería que deslustraba ó apagaba, más bien, los sonoros acordes de su lira, son ciertamente los mejores historiadores, á opinión de los hombres de sentimiento, que ha podido tener aquella época, la más esplendente y soberbia del paganismo. Corrompido el imperio por Nerón, bastardeadas las bellas é inmortales instituciones de la república, envilecido el corazón romano hasta el punto de ser sordo á la gloria y al amor, estragadas las costumbres que, aunque muelles en tiempo de sus antecesores, eran indudablemente elegantes, Petronio y Meurcio pueden servir, á no dudarlo, para comprender hasta qué grado puede llegar en el vicio la locura humana, hasta qué escalón descender la inteligencia del hombre y hasta en qué abismo puede sepultarse la gloria de los pueblos.

La edad media, crédula, supersticiosa, sombría, ignorante, mecido el hombre, duerme toda esa noche de mil años, ora por los sueños hijos de le superstición, ora amedrentado por los fantasmas de la tiranía, los cantos de sus trovadores, son la fotografía más elocuente de lo que pudo ser el espíritu, abrumado por el peso del error y del fanatismo, y de lo que es capaz el corazón cuando sufre á cada paso el guantelete de hierro y la mordaza de los tiranos.

El amor y la gloria que, por una anomalía de la organización de los pueblos, en aquella época enaltecían el corazón de sus infelices habitantes; el amor y la gloria, repetimos, que es lo único que puede hacer distinguir la historia de aquellos desgraciados tiempos de la que pudieran tener los lobos y los osos, fueron necesariamente, como que eran los sentimientos únicos que sentía y podía sentir ya el orgulloso varón feudal, ya el pobre siervo para embotar el dolor de la cadena de hierro que lo ataba, el alma de aquellos romances que gustamos hoy todavía, en medio de la suavidad de nuestros usos, repasar al amor de la lumbre para soñar un momento con aquellas *castellanas*, con aquellas almenas, con aquellos alcázares en que se encastillaba la tiranía, y donde iban á morir los acordes del esclavo ó las orgullosas modulaciones del magnate.

Dejando á la poesía de los tiempos medios dormir en el negro ataúd en que se envuelve, y llenando el corazón de más aliento, volvamos los ojos á la historia moderna: á la Francia de Luis XIV que, como se sabe, ha sido el modelo que tomó la Europa para amoldar sus gustos y hacer que la inteligencia en todos los vastos departamentos del saber tuviese una cumplida pauta.

Reino lleno de gloria, de majestad, de pompa, de fausto: reinado en que las artes rivalizaron con las ciencias, si no en buscar comodidades y bienestar para el pueblo, en embellecer el teatro en que debía ostentarse aquel grande actor, que la engañaba con sus gestos de teatro, que la tiranizaba con sus mismos vicios, que la aletargaba con sus propias pesadumbres y la divertía con el mismo fúnebre crepúsculo de sus desdichas futuras, era preciso que tuviese por intérpretes á Racine, Molière, genios sublimes, pero en quienes se notan los mismos vicios que motejamos en el pueblo de entonces.—Vates cortesanos como pudiera serlo una coqueta de aquellos días, su poesía, majestuosa, grande y elevada á veces, degenera otras, por falta de la energía é independencia del corazón, en sólo versificación artística, que lejos de

arrancar una sola lágrima sólo sirve para hacernos sonreir tristemente, pensando en lo que puede la servidumbre hasta en los ingenios más esclarecidos.—Racine diciendo de Luis XIV *Le monde en le voyant enut reconnu son maître*, llamando señor del Universo al que cerraba el parlamento á guascazos: al que, tal vez, tenía encerrado en un impenetrable y eterno calabozo á su propio hermano; al que hacía alarde de la corrupción, emponzoñando el hogar del hombre honrado, corrompiendo el corazón de las mismas mujeres que se guarecían en su propio palacio, que dilapidaba, en fin, doscientos millones de pesos para la construcción de Versalles, templo de sus orgías, mientras el pueblo de París no tenía pan, no puede menos que empalagar y hacer mirar á veces su poesía nada más que como el aliento pestífero con que la lisonja ha insultado casi siempre á los reyes, pretendiendo incienzarlos tan torpemente.—El mismo Boileau, en medio de la aparente independencia que parece animarle por el carácter satírico de su musa ¿es otra cosa que un cortesano, que un poeta de talón rojo, es decir, que uno de los muchos áulicos que rodeaban á aquel rey que, sin mérito ninguno á los ojos de la filosòfía, ha legado su nombre á su siglo?

El carácter de la poesía Francesa en todo este tiempo, es uniforme, brillante á veces como las victorias de la Francia, triste y cómica como sus derrotas, licenciosa como el impudor de sus costumbres, falsa como el oropel de sus glorias.

Si la poesía no es el sentimiento, como lo hemos sostenido ¿por qué el pueblo de París, exceptuando á Lafontaine, no tuvo entonces poesía filosófica, independiente, generosa, poesía en que pudiese mirarse hasta al latido del corazón del populacho, poesía, en fin, del alma, que hace conmover á pesar de las imperfecciones del manto artístico en que se envuelve, que arranca ese torrente de lágrimas, que en las almas sensibles produce la voz del poeta por distante que se halle, y por poco ó nada que con él simpaticemos? Las tragedias de Racine son un modelo de poesía artística, trozos

soberbios de elegancia: pompa, majestad, brillo, elocuencia, todo esto, y más todavía se encuentra en ellas; pero en todos esos Romanos Afrancesados y esas heroínas cortadas mitad por el patrón de Horacio, mitad por el que ofrecía la culta y tirante etiqueta que daba la ley hasta al vate, ¿hay algún carácter que parezca tan patético, tierno, arrebatador como lo son más de un héroe de las piezas de los dramáticos de este siglo? Si examinamos la poesía lírica ¿dónde está el Lamartine que cantó los amores de la Lavalliere, ó embelleció á la hipócrita y perseguidora cortesana de la Maintenon? ¿Dónde está, pues, el poeta del amor, de la inocencia, del ardor guerrero, de la libertad, de los derechos del hombre? Hasta la canción, que recorre todos los extremos de la Francia como la voz apagada de un telégrafo eléctrico, no tuvo bajo el reinado de que nos ocupamos más representante que el abate Chanlieu, autor tan inmoral y desacreditado que hasta sus contemporáneos no pudieron soportarlo, é hicieron de modo de hacerlo desertar del lugar en que se había encaramado como cantor del escándalo y de la orgía.—El Beranger de nuestros días habría podido hacer *su Dios de las buenas gentes*, esa multitud, en fin, de canciones sublimes, encantadoras, en que la filosofía se vuelve una cartilla para el pueblo, y en que todos los sentimientos generosos tienen un acento inimitable? La tragedia, la poesía lírica, la sátira, y hasta la comedia misma, cuyo dominio se extiende á los vicios de la sociedad, á la pintura de los caracteres del hombre á quien no tememos, y con quien nos hombreamos, como se dice, no fueron, durante todo el reino ya nombrado, sino lo que fué la Francia, como lo hemos repetido expresamente, con el fin de probar que así como la poesía ha simbolizado siempre el espíritu de las sociedades, debe también nutrirse de un alimento que la permita ser en adelante el verdadero representante del corazón de las multitudes.

Bajo el reinado de Luis XV, época que se ha llamado *de la filosofía*, con la misma impropiedad que se llamó el de Luis Felipe el *reino del Napoleón de la paz*, la poesía, como lo sabe

todo el mundo, no fué sino la copia descolorida del tiempo anterior, es decir una poesía sin alma, sin sentimiento, todavía más seca y árida que la ya nombrada, nutrida sólo de los preceptos escandalosos de una filosofía corruptora; la que no permite elevar la mente á más altas concepciones que á la mordacidad cínica é impertinente, ó á la vil adulación empapada en todas las monstruosas aberraciones de unas doctrinas que ennegrecen y abaten, en vez de ennoblecer y levantar, como debe hacerlo la poesía, la mente y el corazón del hombre en todas las clases en que se les contemple.

II

Cualquiera, por muy poco versado que sea en la literatura de este siglo, puede convencerse de esto con sólo observar que Voltaire, que era el primer poeta de entonces, no fué sino en muy raras ocasiones verdadero poeta. La esterilidad del corazón, helado por el materialismo, mal podía ofrecer una página siquiera de poesía, un solo eco de ternura; así, sorprende y asombra que este hombre, á quien el mismo Lammenais califica de *espíritu infinito*, no pudiese conmover el corazón sino muy raras veces, y eso nunca completamente, como habría sucedido si hubiese tenido por norte de su pensamiento otra filosofía.—El madrigal, el epigrama, las composiciones epitalámicas y la sátira fueron los únicos géneros que cultivaron con brillo los vates de aquella centuria; y en eso nada hay que extrañar, pues la tragedia, el poema y la poesía lírica no pueden vivir faltándoles el único apoyo que puede sostenerlas.

El siglo XVIII fué el siglo de la incredulidad, y como tal, es lógico que las pasiones que afean el corazón humano tuvieran en él un vasto teatro en que desarrollar su maléfica influencia: así fué desgraciadamente, pues el orgullo, haciendo las veces de sentimiento y el sofisma usurpando el trono á la razón, constituyeron la esencia de la literatura de aquella época.

La filosofía contrájose, como era natural, á ilustrar la inteligencia en todo aquello que se considera como positivo en el mundo: en todo aquello que puede esperarse, amarse y codiciarse cuando se mira la existencia como un día sin mañana, como un solo momento de transporte que es preciso aprovechar y gozar de cualquier modo, no sospechando siquiera que al canto de la orgía debe suceder el lamento del desengaño y el grito de la desesperación y la muerte. Todo fué sometido al cálculo en esta época que podemos llamar tan funesta bajo el aspecto de las creencias religiosas y el de la poesía como fué noble y bienhechora en la esfera de la política. La razón orgullosa de sus triunfos creyóse, como hemos ya dicho, sólo digna de tomar el compás: negó todo lo que no podía medir; y por supuesto no pudiendotraspasar el límite que la providencia ha marcado á las facultades humanas, vióse á la Divinidad, insultada y negada por su porpia obra, tener que correr á sepultarse en los abismos de su misma grandeza.

Hay en el hombre un sentimiento indefinible que es fuerza respetar hasta en sus errores: este es el sentimiento religioso. Si el sofisma, queriendo explicarlo todo á fuerza de cálculos que nada explican, consigue disecar la fuente de donde emana, la vida moral es entonces muy poca; y el hombre, reducido en tal caso á la mezquina esfera del positivismo, vese fatalmente obligado á reducir todavía más el pequeño espacio que ocupa en el campo de la creación, y á romper en consecuencia el hilo de oro por el cual anudaba dulcemente sus esperanzas al reino del infinito.

Siendo el espíritu que animaba á la sociedad entonces sólo el de la filosofía materialista ¿por qué nos preguntamos casi horrorizados por el motivo que llevaría á Voltaire á componer su excecrable poema de la Doncella de Orleans, en el que parece haber querido consignar toda la hiel que destila sobre el corazón una filosofía sin sentimiento y sin esperanza?

El poema de la Henriada ahí está en prueba de lo que de-

cimos: majestuoso, brillante, fácil, compitiendo en bellezas artísticas con todo lo que puede producir de hermoso la poesía considerada solamente como artificio; pero al mismo tiempo ¿cuál es la pintura que en él nos conmueve? ¿cuál la situación grandiosa que nos arrebata, y en la cual deseáramos ver á la ilustre víctima de Ravaillac, digna por tantos títulos de una poesía sublime? ¿Podría citársenos un solo poema de este tiempo que pase la raya de la mediocridad? ¿Y por qué preguntamos? Porque faltaba al espíritu aquello que exigía Madama de Staël á todas las obras del genio, y que con su mágica pluma nos ha trasmitido como un recuerdo eterno que la posteridad debe conceder á su memoria. Dice así:

«Las grandes ideas religiosas, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la unión de estas bellas esperanzas con la moral, son de tal modo inseparables de todo sentimiento elevado, de todo entusiasmo meditativo y tierno, que me parecería imposible que ninguna novela, tragedia, que ninguna obra, en fin, de la imaginación pudiese conmover sin su socorro.—Y aún no considerando estas ideas sino bajo el aspecto literario, creo que lo que se ha llamado en los diversos géneros de escritos *inspiración* poética es soló aquel presentimiento del corazón, aquel vuelo del genio que transporta la esperanza más allá de los límites del destino humano.»

Después de esto que compendia cuanto hemos dicho, poco ó nada nos queda que añadir sino simplemente traer á la memoria que la poesía en el tiempo de la Enciclopedia no tuvo más asilo que el corazón del pobre Rousseau, á quien la mano de Dios había repartido este tesoro, sin duda ninguna, menos para su gloria que para su martirio.—Sin amigos, mal mirado por los orgullosos filósofos entre los cuales era quizás la primera lumbrera: sin patria, puede decirse, pobre siempre y más que de dinero de amor, de aquella ternura para que parecía haber nacido; sus escritos aunque carezcan de la rima convencional del verso tienen la del alma, la del senti-

miento profundo que compensa con usura los magníficos y bien torneados versos de su rival y perseguidor el patriarca como se llamaba de la filosofía.—¿Y por qué estaba encerrada la poesía en el alma del relojero de Ginebra, del pobre Suizo que muchas veces no tuvo donde reposar su cabeza venerable: que no halló más que traidores y envidiosos en todos aquellos á quienes amó; y que llegó hasta prostituir la grandeza de sus sentimientos entregando su corazón de poeta á la infame ramera que no supo más que torturarlo? Porque sólo él creía en medio de los engaños de que era víctima: porque sólo él amaba en medio de los desdenes con que pagaban su amor; porque sólo él esperaba en medio de su miseria y sus dolores, porque sólo él era el que penetraba en el santuario de la verdadera filosofía y quemaba la mirra del sentimiento en los altares del espiritualismo.—Oh! el autor del Emilio había nacido poeta y poeta sublime: faltóle sólo la rima, pero esa no pudo tenerla porque para la imaginación y la fe no prestaba la retórica entonces sus arreos, ni concedía su vestido el arte sino para la burla y la impiedad, deidades únicas de aquel siglo.

Debiendo seguir la historia de nuestro pensamiento, el hilo del discurso rómpese al llegar al final de aquella centuria.—En efecto, la guillotina descargada por la mano del jacobinismo, no era ciertamente la que podía amparar al poeta y conducirlo al templo de la verdad: nó, en medio de esta tormenta, de este espantoso cataclismo de la razón humana, sólo el sofisma y la venganza pudieron hallar eco. Sin embargo, algunos cantos melodiosos, tristes como los del cisne al morir, hiciéronse oir entre el tumulto y el ruido de las cadenas arrastradas por un pueblo, que se juzgaba libre porque había roto todos los lazos de la sociedad; porque había hollado todos sus deberes para conquistar sus derechos; porque había insultado al padre de la justicia y la igualdad para lograrlas completas; y porque enseñaba, en fin, el modo de romper, de hacer trizas todos los elemen-

tos de organización social, pretendiendo á un tiempo reconstituir los de su patria.

Cuando no hay salvación para el talento, cuando el hacha del verdugo hiere todos los rangos de la sociedad, cantos solemnes y profundos suelen resonar en medio del estertor de la agonía como el canto de una ave amiga en un día obscuro y tormentoso.—Así viose á Delille y Andrés Chenier celebrar bajo los verdugos la inmortalidad, última esperanza que quedaba al poeta en esa noche de sangre. Las glorias de Bonaparte pusieron, por tortuna de la Francia y del mundo, un punto final á aquel lúbubre período; mas como al despotismo sanguinario del pueblo siguióse en breve el esplendoroso del conquistador improvisado, la poesía amedrentada con el estruendo de las armas tuvo que esconderse en la obscuridad, y ahogar allí en el silencio y el retiro los ayes del dolor que retumbaban sordamente en su seno.

José María Chenier, como se sabe, osó cantar al libertador de la Italia, pero bien pronto tuvo que enlutar su lira para dar voz á los fúnebres suspiros que el aire pesado de la tiranía hacía exhalar de su corazón republicano.—El *Tiberio*, tragedia cortada al gusto del pasado siglo, y en la que sólo la suspicacia del primer cónsul pudo ver alusiones á su persona, puede servir para apreciar el estado no sólo en que se hallaba la poesía sino la literatura en general bajo las victorias del héroe de Marengo.

El temor al que aparecía ya con todos los arreos del tirano hizo que el escritor *convencional*, á pesar de estar nutrido como lo estaba de la literatura antigua, buscase en los pensamientos más el brillo que la fuerza y con más empeño la energía del republicanismo que la verdadera inspiración. La pieza que decimos, tiene sin duda, mérito como todo lo que salió de su pluma, pero de ninguna manera el que debía esperarse del hombre cuyos escritos iban preñados de poesía cuando era inspirado por el sentimiento de la libertad de la Francia. La poesía, en fin, en todos los géneros que recorre cuando halla eco en el pueblo que goza de sus derechos, fué,

si es posible decirlo, trivial, común y tan fugitiva como lo fué el reino del Directorio y del Consulado.

Bajo el Imperio, la frase de Lamartine: *el reinado del cálculo y del sable*, es bastante para expresarlo todo.

¿Necesario será decir una sola palabra más para probar que la poesía no puede vivir separada de la libertad y la justicia?

El desastre de la batalla de Waterloo, que tan funesto golpe dió al orgullo de las armas victoriosas de Napoleón, considerado bajo el punto de vista literario, no puede menos que apreciarse como el acontecimiento que, aunque hiera la vanidad del corazón francés, orgulloso hasta de su misma servidumbre, ha servido como de punto de partida á la literatura para tomar el carácter que la distingue. Si se quieren recordar los nombres y las obras que han contribuído á poner a la literatura francesa en consonancia con las necesidades de la época actual, es forzoso citar á una mujer insigne en la historia de las letras.—Madama de Staël, discípula de Rousseau, espiritualista por tendencia y por sistema, alimentada con todos los estudios profundos de la filosofía, adornada con todas las dotes morales que puede merecer un mortal de la mano del Dios, fué, como no es posible dudarlo, la que puso la primera piedra para la reconstrucción de la filosofía cristiana en la Francia de entonces, á lo que se debe segura ente las páginas sublimes del cantor de Jocelyn, de seguro el más inspirado vate de este siglo. Madama de Staël es la primera que enseñó al espíritu poético de esta época la verdadera senda de la inspiración y las ventajas que podía prometerse penetrando en una vía de que la impostura habíala sacado para esterilizarla, ó mejor, para darle una eterna sepultura. Vuelta la Francia á sus creencias, devuelto al corazón de sus hijos el sentimiento; el amor, la ternura, la fe, la religión, forzosamente debieron ser manantiales inagotables de poesías, y así lo fueron, pues Lamartine y su escuela parecen haber resucitado los tiempos de Abelardo y Gabriela de Vergy, dando, si no es un atrevimiento de-

cirlo, nuevos sentidos al cuerpo, nuevas facultades al alma y nuevos y mayores consuelos al corazón que los que había podido encontrar hasta entonces.

Chateaubriand, á quien es forzoso nombrar también como el más poderoso de los artífices del templo de la poesía moderna y la mujer ilustre que ya hemos citado, han conducido el espíritu á la creencia, al sentimiento, á la fe por medio de sus ideas, de sus obras, verdaderos poemas aunque estén escritos en prosa; y con los cuales les ha cabido la gloria de extirpar para siempre la plaga del materialismo, ni más ni menos que aconteció á Cervantes sepultando eternamente en la tumba del ridículo la estúpida demencia de la caballería.—Pero al menos éste destruía lo que tenía su base en un sentimiento exaltado del honor y los otros lo que no sólo anubla la inteligencia sino que degrada el corazón hasta la infamia.

Al hacer mención de estos dos ilustres escritores, sería una injusticia imperdonable no atribuir también alguna parte de la indisputable gloria que recogieron á dos hombres cuyos escritos parecen seguir el mismo impulso y á quienes la posteridad ha hecho ya su merecida justicia. El abate Delille, con su poema de *la piedad*, Fontanes con sus sentidas poesías y Michaud con *la primavera de un proscrito*, habían comenzado ya á dar á la literatura francesa una dirección que parecía tener un eco profundo en la sensibilidad nacional por tanto tiempo comprimida.

Entonces fué cuando las letras propiamente comenzaron á recoger la herencia de las lágrimas que les había costado el infortunio de un gran pueblo. Entonces cuando la poesía pudo atesorar en su santuario esa infinidad de dolores infligidos á la patria ya por el puñal de los verdugos ya por la espada del nuevo tirano. El drama que se había sucedido envolvía peripecias horribles, inmensas: ora se presentaba con la risa y la esperanza en los labios, ora amenazador y rugiente, ya como el crepúsculo de un día lleno de serenidad y esplendor, ya como las últimas sombras de una tempestad

eterna. La resurrección de la Francia era un milagro: su reconstitución social y política la obra de un genio inmenso: su rehabilitación moral debía también ser sólo producida por aquellos fénices de la razón que renacen de cuando en cuando, como el alma de todo lo grande y hermoso que ha desaparecido para probar que la inmortalidad de lo bello y lo sublime no es solamente una antojadiza paradoja. Entre todas las existencias de los hombres de esta clase habíase formado, por la misma separación violenta que habían padecido, una verdadera confraternidad, una especie de concierto de pesares que parecían hacer menos fúnebres con sus modulaciones las ruinas aún humeantes del pasado incendio y endulzar en cuanto era posible al corazón llagado de las víctimas.

Dispersos en distintos países, estos gloriosos fugitivos eran realmente los hijos de Sion llorando la ausencia de Jerusalén perdida. En el destierro varios de ellos cantan el himno del dolor: ofrécenlo como un tributo de ternura á la patria; y quizás no recogieron de sus contemporáneos la gratitud con que encadenaron para siempre á la civilización humana.

Subido Luis XVIII al trono de San Luis: consolidadas las instituciones, en cuanto era posible que pudieran serlo tratándose de una organización política y social trastornada ó consumida hasta sus cimientos, la literatura Francesa asume una forma precisa no sólo en el aspecto bajo que se presenta sino hasta en el carácter que la distingue.

Si nos contraemos á la poesía, la resurrección de ella es asombrosa: jamás la lengua francesa había manifestado tanta ternura, tanta pasión, tanta fe, tanto entusiasmo; las conveniencias retóricas como se llamaba entonces al clasicismo que no permitía al corazón dejar de ser elegante por ser sensible, apasionado por ser majestuoso, fueron abandonadas en el primer momento; y esto se explica y puede compararse con el desaliño que daría á su tocado una joven obligada á guardar por largo tiempo una excesiva mesura hasta en el más insignificante de sus movimientos, quedando en

consecuencia si menos acicalada y compuesta, con mucho más bella y arrebatadora.

La poesía francesa en manos de Lamartine produjo sonidos encantadores como los había producido ya en las del *cantor de los Mártires.* La religión tuvo, pues, su profeta: el nuevo David comenzó preludiando cantares inimitables, endechas de amor celeste que no podrán perderse como sucede á las que no exhalan más que el mundano amor, ó los incentivos caprichos de las pasiones que no salen de la esfera de lo que vemos.

III

Al lado del cantor de *las meditaciones*, que se consideraba entonces por los Borbonistas como el poeta de la *legitimidad*, oíase resonar también la lira de otro vate no menos esclarecido por las prendas de su alma y el fogoso empuje de su genio. Casimiro Delavigne acordaba también su instrumento, pero subiéndolo á un tono que permitía no sólo á su pecho robusto exhalar toda la vigorosa armonía en que rebosaba, sino hacer alarde del buen gusto y elegancia que había sabido beber en los cultos escritores del pasado siglo. *Las mesenianas* son un himno constante de guerra, de dulzura, de dolor: poesía que había menester la Francia para endulzar la amargura de sus infortunios y reveses y para mantener siempre frescos los recuerdos gloriosos que tanto amaba, á pesar de que en cada uno de ellos iba un océano de lágrimas.

Béranger, el poeta del pueblo, el cantor de las multitudes, el cancionero, cuya reputación ha subido hasta el diapasón de los más esclarecidos ingenios de estos tiempos, comenzaba á su turno á hacer que la musa francesa recobrase su antigua alegría, aquel donaire campestre, aquella picante mordacidad empapada en melancolía, que recuerda tan al vivo ora los antiguos romances sepultados por la poesía erudita, ora la musa ligera que en manos de Voltaire había resonado á veces con tanta gracia. Pero lo que en el cantor del

Dios de las buenas gentes era original, propiamente suyo, peculiar de su genio, era esa mezcla de profunda filosofía y graciosa ligereza que hace que el hombre menos culto pueda iniciarse en todos los secretos del corazón sin el menor esfuerzo.

Con estos tres paladines, ya no había que temer que las musas fuesen otra vez amedrentadas y que tuvieran que pasar por el dolor de volver á romper las cuerdas de su cítara por no hallar oídos dignos de sus cantos.

Muy lejos estamos de pensar que un gobierno como el de Luis XVIII podía ser acreedor á este beneficio, ni mucho menos de asentar que la poesía para desarrollarse y robustecerse ha menester de la mano de los reyes cuando estos no son guiados en la tarea de gobernar sus pueblos por las lecciones de la sabiduría y la justicia. Monarca astuto, despótico, amigo de las corruptelas como descendiente de la casa de Borbón, nutrido además en la que se llama ciencia del gobierno, y que no es, á juicio de los hombres de corazón, más que el arte pérfido y engañoso de que se han valido hasta aquí los reyes para oprimir á los pueblos; no es posible que su reinado pueda ofrecerse como una muestra, ni que la felicidad de los Franceses en aquel entonces fuera digna de envidia. Nó, de ninguna manera. Mas, como lo bueno y lo malo en este mundo son relativos, el gobierno citado apareció á primera vista como el arco iris que asegurada el final de la tormenta.—Sí, así se pensó, y fué tanta esta ilusión que hasta los recuerdos de libertad, que hasta los derechos á tanta costa conquistados, y las glorias con tanta sangre gloriosa empapadas, llegaron á olvidarse por la esperanza falaz de que un Borbón pudiera reconstituir la monarquía que su misma familia había llevado de caída en caída hasta su ruina.

Bajo este aspecto la poesía se creyó libre, dueña de poder extender sus alas en todo el dominio del sentimiento; y con esta fe, fué como pudieron los escritores citados dar rienda

suelta á la inspiración que por tanto tiempo dormitaba en su alma.

Sin embargo, en medio de este movimiento inusitado de la imaginación y del alma, la marcha de la poesía en general continuó temblorosa é interrumpida, siguiendo como debía y era natural esperarse, la carrera de la civilización y del progreso. Echemos una mirada retrospectiva.

El genio francés por su universalidad no ha querido quedarse sin poseer todo género de glorias: ha pretendido que su cultura sea el reflejo de la que disfrutan todas las naciones del globo; y de este modo es como ha llegado á aclimatar en su suelo todo género de teorías, de sistemas, de utopías, de errores; no desistiendo de sus pretensiones ni aun en medio del desengaño, pues que su orgullo ha sido muchas veces preferido á su misma ventura.

Respecto á la poesía, se sabe que ha interrogado ya el laúd antiguo de Homero, la musa de los árabes y la harpa del bardo escocés. La poesía propiamente, si hemos de creer á los mejores historiadores de su literatura, no brilló sino después de los tiempos de la caballería; quedando con todo la lengua muy atrás de las costumbres ó, por mejor decir, como escaso instrumento para el cambio del pensamiento.

Las musas vulgares no supieron expresar el bello ideal *caballeresco.* Los tiempos eran todavía demasiado cercanos para que la literatura, todavía en su infancia, supiera explotar el tesoro que ocultaba de tanto tierno y romántico recuerdo.

Con todo, bien pronto la poesía, desligándose de sus ataduras, creció, si es posible prestar cuerpo á la voz del alma; pero nunca pasó la raya de fidelidad con que se juzgó empeñada con las musas antiguas, á las cuales sin duda debió sus innegables progresos.

La elevación de Corneille, la pureza de Racine ni fueron sobrepujadas, ni lo que es más pudieron igualarse; y hasta tal punto llegó la superioridad de estos dos grandes maestros en la poesía, considerada como lo hemos ya repetido

como arte y nada más, que se creyeron, y aún se creen sus obras, como el supremo esfuerzo que puede hacer el talento para reducir á rima cantable y rigorosa las concepciones del espíritu.

Considerada bajo este aspecto no quedaba al poeta más que tentar una vía nueva: la esperanza de renombre no podía venir sino separándose del camino en que tenía forzosamente que encontrarse con dos colosos, cuya vista sólo arredraría al más osado.

Conociendo esto Voltaire tentó con buen suceso una nueva vereda: bajó si se quiere la elevada entonación de su musa; hizo que ella fuese el eco de la filosofía dominante; apropióse para ella las creencias entonces populares, y revistiéndola después con todo el atavío que podía prestarle su genio, consiguió, ya que no podía hacer una *Henriade*, una tragedia que fuera una copia perfecta de la literatura antigua, que sus poesías fugitivas, como se llaman, ocupasen la memoria y deleitasen la fantasía de los mismos que admiraban la perfección artística de los escritores que ya hemos nombrado. Las estancias *cesar de amar y ser amable;* los versos *al navío* que una compañía de comercio de Nantes bautizó con su nombre, y otra multitud de juguetes de esta clase, son la prueba de lo que decimos, y un testimonio que no debemos olvidar para hacer que la poesía, si se quiere que lleve con honor y con gloria el nombre con que se la designa, no se separe jamás del sentimiento, que es lo único que debe representar, ó mejor lo único que puede hacer el objeto de sus cantos.

Delille y Fontanes, como lo dijimos al tratar del papel que la literatura asigna á Chateaubriand y Mma. de Staël en la resurrección del espíritu poético, habían acostumbrado á la musa francesa á expresar con felicidad todos los detalles del género descriptivo. Esta tentativa encendió la imaginación de una generación nueva de poetas; y de aquí viene la dirección que tomó la literatura, y en particular la poesía, con asombro de los mismos que, acostumbrados á seguir la

ilación de la civilización humana, no pudieron jamás presumirse que al espíritu se diera tan errada tendencia. Con esto queremos hacer mención de la nueva escuela que con título de *romántica* se levantó casi de improviso de entre las ruinas del clasicismo. A cualquiera que esté acostumbrado á contemplar los sucesos históricos como un encadenamiento de causas que han de hallar siempre una representación viva en el pensamiento, no podrá menos que parecer casi necesario aquel trastorno que experimentaron las letras; y por el cual llegó á considerarse como perfecto y acabado lo que era una abierta contradicción de todas las reglas del arte. La necesidad de innovarlo todo, producida por la amargura que se conservaba aún en el corazón por los pasados contratiempos, extendióse á las letras; y por desgracia en esta universal sacudida de todas las leyes que se basan en lo bello, no pudo menos que influir de un modo tan funesto en la imaginación del poeta, que llegó éste hasta figurarse como dotado del poder de enmendar á la naturaleza misma en sus más espléndidas bellezas.

La poesía en el concepto de los nuevos adalides debía traer consigo no sólo un manantial de dolores sino un cortejo fúnebre de horror y de crímenes, que se consideraban no sólo como la expresión verdadera de la sociedad sino como los recursos únicos de que podía hacer uso el artista para desarrollar su talento. Buscóse la verdad; pero no tal cual debe buscarla el poeta: se apeteció la libertad en la esfera del arte pero no como la ambicionaría el que sabe que la naturaleza misma ama el orden para ejecutar sus primores; y en este concepto tuvimos durante diez años toda esa larga cáfila de escritos, que tan funesta influencia han ejercido no sólo en la misma Francia, que pudo deshacerse pronto de esta plaga, sino en España de quien directamente bebíamos el emponzoñado licor como una bebida regeneradora y vivificante.

La melancolía que se apoderó de las letras fué horrible: el teatro no ofreció desde 1824 hasta 1833 más que monstruo-

sidades, en que confundida la imaginación con el portento de tanto horror, casi no dejaba al corazón respiro; la novela corrió atestada de nuevas ó mayores aberraciones, y hasta tal grado se quiso hacer trascendente su influjo, que se embutió en ella no sólo los partos más atroces de una imaginación en delirio, sino las doctrinas más subversivas de la moral y del buen gusto.

Al lamentarnos del descenso que repentinamente experimentó la literatura en el segundo período de la restauración, es forzoso confesar que nuestras quejas no van dirigidas á las letras acusándolas como causas motrices de esta funesta revolución, sino á la sociedad, á la política, á la desgracia, si se quiere comprender en ella esa secuela de males que habían ido lentamente filtrando en la sociedad esa ponzoña de que aún no ha podido verse libre la nación francesa. Pero no hablemos más que de poesía.

El estudio y la imitación que desde 1814 habían comenzado á hacerse de las obras de Byron, contribuyó poderosamente á que la poesía, separada de la vía en que Lamartine y Delavigne la habían colocado, contrajese un espíritu y tomase una dirección enteramente contradictoria al sentimiento mismo del pueblo, á la sensibilidad nacional, ya despertados favorablemente hacia lo bueno y lo noble.

Lo que quedaba de la pasada escuela materialista del pasado siglo alistóse, pues, en las banderas del nuevo enemigo de la religión y el sentimiento; mas como ni el carácter francés se presta á la negra misantropía inglesa, ni sus transportes ni pasiones pueden ir jamás cubiertas con ese betún de *spleen* que en los hijos de la gran Bretaña parece innato; las imitaciones de Lord Byron fueron sólo copias más bien ridículas que funestas, y eso que lo fueron bastante, y de las cuales podemos todavía tomar algunas para aprender cómo los pueblos consiguen viciar sus más bellas facultades. La melancolía contemplativa que necesitan las artes, esa devoción que parece comunicar al artista los secretos de belleza que están encerrados en el extenso océano del infinito: esa

estado que los franceses llaman *beatitude*, y que sólo lo proporcionan la tranquilidad y el retiro, no eran por cierto esa melancolía desesperante que subleva al hombre contra las leyes que gravitan sobre su naturaleza, que convierte su existencia en un verdadero potro de martirio, y que concluyen al fin por despeñarlo en el abismo de todos los crímenes.

IV

La naturaleza había formado á Byron de muy distinta manera que á los demás hombres; genio satánico, corazón no parecido á ningún otro, cuyas pasiones y arrebatos no pueden menos que producir en el que las contempla aquel bello horror, si es posible explicarse así, que produce la naturaleza cuando parece haber gala de sus furias. El que atravesaba el Helesponto á nado por sólo sentir una emoción nueva que conmoviera sus sentidos usados ya por el deleite y la amargura; el que se jactaba de ser uno de los primeros pugilistas de Inglaterra, arrebatando ese triste honor á los *boxistas* de oficio: el que, desnudándose del manto de Lord que vestía, pasaba así á cruzar sus fuerzas con los hijos del pueblo por puro capricho; el que jamás pudo perdonar á la naturaleza el defecto físico que le achacaba, teniendo tantos beneficios que agradecerle: el que, por fin, desconfiaba que su propia madre pudiese envenenarlo á consecuencia de los choques que con ella tenía en el hogar doméstico; si no hubiese sido adornado de ese inmenso genio, de ese asombroso poder creador, de seguro que no habría pasado de ser uno de los muchos extravagantes que nacen á la vida para torturar á cuantos les rodean y ser el verdugo de su propio individuo. Pero nó, al lado de esto y de entre este cuadro de miserias, vivía una alma á ninguna otra semejante, ni en esperanzas, ni en deseos, ni en aspiraciones: una alma, que por su misma grandeza podía encararse impávidamente con la divinidad, interrogarla sobre su destino, acusarla con sus quejas, y hasta maldecirla por el funesto beneficio con que había

sido enriquecida por ella. Dentro del pecho de Byron vivía un mundo de pasiones, cuyo choque bien puede asemejarse al combate de los elementos en una noche de tormenta: sí, allí se estrellaban y corrían y retumbaban en sorda algazara la ambición de Lucifer, el amor de los ángeles, la ternura de la virgen y la desesperación de todo un infierno. Excéntrico, como se llama en nuestro moderno lenguaje, hasta en la misma tierra en que la melancolía toma las variadas fases de la locura ¿cómo era posible que este hombre singular, que este portentoso fenómeno pudiera prestarse á ser copiado, no decimos en su patria misma, en ninguna parte y mucho menos en la nación francesa, cuyas costumbres suaves y ligereza de carácter son ya proverbiales? Intentar imitar su escuela: querer plagiar sus arrebatos, su pasión, su modo de ser único en el teatro de la literatura y del mundo, sería lo mismo que si el capricho de la torre de Pisa fuese tomado como un modelo de arquitectura, ó como si los otros muchos fenómenos que nos ofrece la naturaleza pudiesen ser copiados por la mano del hombre. La gruta de Fingal, la de Caprea, según la narración que de ellas nos hacen los viajeros ¿se pondrían como ejemplo de imitación? ¿saldría el artífice lucido con intentar la copia de las estalactitas hechas por la mano de Dios?

Por esto es que el *Byronismo* que quiso aclimatarse á fines del reinado de Luis XVIII, no pudo vivir ni formar escuela sino uno que otro ensayo infelicísimo, del que apenas se conserva memoria.

Sin embargo, varios jóvenes perecieron por ese entonces víctimas de este delirio filosófico, cuyas doctrinas reasumiólas Sénancourt en su funesto libro llamado el *Oberman*. Cualquiera que haya podido leer esta odiosa producción, verá lo que es el materialismo de la escuela volteriana, lo que es esa filosofía atroz que consume el alma de la misma manera que el virus sifilítico roe y aniquila los tejidos del cuerpo.

Felizmente el horizonte aclaró un poco cuando Luis Felipe subió al trono de Enrique V; pero como las convulsiones po-

líticas que produjeron la caída del imbécil Cárlos X habían hecho converger los espíritus exclusivamente á la política, la literatura pareció por algún tiempo embargada en su marcha. Los poetas suspendieron sus cantos como los ruiseñores cuando suspenden sus trinos al sentir un nuevo huésped en la selva. Mas, pasada en breve esta primera emoción, continuó la literatura en todos sus departamentos lanzando esos torrentes de luz, cuyos rayos han venido á morir á los pies del nuevo César.

La poesía dividióse, al cabo, en dos escuelas. Lamartine con su romanticismo religioso y Víctor Hugo con su poesía puramente francesa, con su poesía viva, filosófica, chispeante, como lo es el genio de la nación á quien representa, fueron reconocidos como sus jefes; y desde entonces es que escucha el mundo ese concierto de armonías llenas de consuelo y de esperanzas.

El nuevo imperio, sin embargo, parece haber sido para las musas lo que fué el pasado. Lamartine ya no canta: su voz parece que ha sido rota por el infortunio. Víctor Hugo lanza desde una isla inglesa su *leyenda de los siglos;* pero aunque evoque el ilustre y simpático desterrado la sombra de los hombres que han dominado á la humanidad, que la han servido, amparado ó diezmado y escarnecido, se ve que el sol de la patria le hace falta, que el aliento francés, que era un eco que devolvía al mundo la voz de amor y de entusiasmo con que la regalaba, no devuelve ya sus cantos sino que los llora y los siente como el acento misterioso del tiempo que le anuncia una mayor y cruda servidumbre.

¿Dónde está también Julio de Rességuier, el vigoroso imitador de Lamartine, y en más de una ocasión su émulo terrible? ¿Dónde está Delavigne con sus estrofas cadenciosas, con su espíritu puro, liberal, franco, valiente, con su musa que parece haber nacido para el Waterloo de la literatura? ¿Dónde Béranger, donde Carlos Nodier, el exquisito y perfecto detallista de las medias tintas de las pasiones humanas? ¿Dónde Pablo de Musset, Barbier, Hegesippe Moreau

y esa falange en fin de artistas poetas que ha tenido la Francia desde la primera restauración? Unos en el destierro, otros en la miseria y otros durmiendo el sueño eterno, escapando así á la tiranía que ultraja el ingenio, que ahuyenta á la virtud, y que hace hasta desconfiar de la esperanza que abriga el bueno sobre la mejor condición y más acabado progreso de los hombres.

Al trazar el cuadro que ha representado la poesía en Francia desde el siglo décimo séptimo, no hemos tenido en vista otro designio que exponer el aspecto que ha tomado para que comparando su situación con los hechos sociales á que ha debido estar subordinada, se pueda deducir cuándo ha reprensentado la civilización de quien era órgano, ó cuándo, lejos de ser su espejo y separándose de la ruta trazada por ella, se ha echado á vagar á la ventura, sin esperanza, sin guía y sin más misión que seguir el no aprendido ni pensado canto de las aves.

Si se quisiese encerrar en un medallón el retrato de cada época por que ha pasado, difícil, por no decir imposible, sería hacerse el retratista; pero como, aunque no podemos contemplarla bajo una forma tan precisa, podemos verla lo bastante para distinguir, ora sus bellezas y aciertos, ora sus deformidades y extravíos, reasumiremos en cuanto sea posible las reflexiones que el estudio concienzudo que hemos hecho de ella puede suministrarnos.

Antes de Luis XIV vémosla puramente ocupada en buscar principios, en amoldar sus teorías, en formarse elemento para tomar un carácter determinado.

Hasta allí sólo se había limitado á ensayos, y eso no muy felices comparándolos con los de cualquiera de las naciones europeas. Algún rasgo, una que otra chispa de genio habían iluminado aquel caos; pero de lo que es *poesía* nada daba prueba segura, sino cuando más un ligero y no bien apreciado indicio.

Subido al trono el monarca que hemos nombrado, la literatura tomó un aspecto propio, imponente y vino á ser como

el corolario de la franca y expedita marcha que seguía la Francia en el desarrollo de su prosperidad y de su gloria.

Parecía que la dignidad del príncipe absorbia cuanto había grande á su alrededor, que todo lo consideraba como una parte integral de su grandeza; así fué, pues, que la literatura vivió bajo su sombra en calidad de aliada, bebiendo en el seno de esta alianza la majestad, el fausto, todo lo grande, en fin, que contemplaba en el modelo de quien debiera ser sólo una exacta copia.

El afortunado monarca complacíase en ver que la literatura francesa era el reflejo de la antigüedad; pero, por desgracia, no se puede copiar á un tiempo lo grande de una época antigua cuando se tiene que ataviarlo á moderna usanza.

Esta imitación degeneró, como ya lo dijimos, en copias frías, en que se guarda más la pulcra y minuciosa exactitud en las formas que en la esencia; ó en que no se comprendió el espíritu ó no se pudo dar de él un perfecto trasunto.

Este gran siglo, pues, hizo cuanto pudo por arrebatar la gloria literaria á la antigüedad; por hacerse de *ese bello ideal antiguo* que tanto se estudiaba y al que no podía remedarse con la chupa bordada ni con la peluca y los encajes perfumados del gran señor.

Racine hacía revivir á Eurípides; pero, según el sentir de todos los más eminentes críticos, no el Eurípides griego, desigual, apasionado, fogoso y bárbaro casi siempre por la rudeza de las costumbres de su tiempo. ¿Habría podido tolerar la corte una expresión inelegante, una acción que hubiera podido acreditar desembarazo, libertad? ¿Habría podido copiarse al trágico griego, cuando se anatematizaba á Shakespeare que había escrito sólo cien años antes y para una nación como la inglesa? Aristófanes revivía en Molière, pero libre de lo que entonces se llamaba *mal tono ó desvergüenza*, y libre también de su espíritu, que, á la verdad, por mucho que se diga, no podía ser el de un francés ligero y esclavo de la etiqueta. Voltaire diciendo al pueblo francés en la última representación de su Irene: *aplaudid Atenienses!* no dijo sino

una bella mentira, una de las muchas coqueterías, pueden llamarse, en que abundaba, y que prueban patentemente que la patria del afortunado Borbón no era la patria de Alejandro.

Bajo Luis XV el mismo espíritu anima á la literatura en cuanto á su forma: aristocrática en el vestido, revolucionaria en el espíritu: acompasada y elegante en la forma, petulante y hasta cínica en la escena.

Bajo la revolución, duermen las letras en una pesadilla sangrienta: la poesía tímida no puede llorar siquiera su infortunio; las lágrimas se secan en su rostro, y tiéndese sobre el ataúd de la Francia sin exhalar más que suspiros.

El imperio reune los elementos dispersos de la civilización, organiza, arregla, calcula con el compás y la espada en la mano; ya agranda los límites de la Francia, ya ordena su existencia como una máquina, ya rompe los derechos que flotan vacilantes en medio de tanta gloria, y ya apaga iracundo la antorcha de la filosofía y del sentimiento.

El sol tibio de la restauración permite el deshielo de la inteligencia: las aves adormecidas recorren el campo de la carnicería: lloran; pero cantan llorando, y el sentimiento vuelve otra vez á imperar en el hasta entonces árido corazón de Francia.

Carlos X insulta el orgullo de su pueblo: venga así cobardemente el martirio de su hermano, y las letras, ofendidas del vilipendio hecho á la conciencia, enmudecen otra vez para no cantar sino los albores de su nueva independencia.

Luis Felipe, inconsecuencia viviente, rei sin dignidad, francés sin grandeza, déspota sin valor, político sin vista, amalgama, en fin, de lo que puede el talento y la pequeñez del alma, reduce á la Francia á ser el mostrador de la Europa, y se contenta, después de haber sido uno de los héroes de Jemappes, con ser el judío usurero de aquella grande herencia.

Sobre el estado actual ¿qué podemos decir? época *embrionaria*, de transición, época en que todo se espera y en que

nada se cree: época en que parecen finalizar los acontecimientos más grandes con una especie de juego de manos; en ésta, pues, nada puede decirse á este respecto y mucho menos sobre lo que es el tema de este escrito.

Al considerar las evoluciones del pensamiento, las peripecias de este drama que representa la humanidad, es forzoso pensar en la carrera del planeta que habitamos: es fuerza recordar que hay momentos en que la luz baña radiante su esfera, y otros en que no sólo sus rayos se cortan oblicuos sobre su superficie, sino que se ocultan enteramente.

Dicho esto, augure el pesimista sólo reveses, que nosotros no podremos jamás dejar de confiar en el destino que creemos ha reservado Dios á la humanidad en sus designios.

Concluída la ojeada dada á la poesía francesa, ocupémosnos de la España, que es la escuela en donde hemos bebido lo que somos, y en la que deberemos, atendido nuestro origen y civilización, volver á empaparnos para ser consecuentes, cuando más no sea con la generosa sangre que nos alienta.

V

Si un cielo alternativamente iluminado por los matices del arco iris y los sombríos resplandores del relámpago, si una tierra rica y pródiga de las más deliciosas producciones, si una naturaleza, en fin, copiosamente favorecida por la Providencia, pueden creerse propias para producir hombres dotados de ingenio y fantasía, aun cuando no conociésemos la historia de las letras españolas, bien podríamos decir que la España ha debido ser la nación de la poesía.

Efectivamente ¿quién no creería á esa tierra, tan dichosamente dotada, como un pueblo en que la fantasía debe correr sin márgenes ni vallas, y en que el sentimiento, hijo de las profundas ideas de un cerebro enardecido por un sol abrasador, deba apropiarse todos los tonos de la armonía, ora para pintar la plácida ventura del corazón, ora para di-

señar el huracán de las pasiones que lo envuelven y sacuden?

«La naturaleza, dice Cabanillas, ha dotado á la España de todo aquello que se necesita para que sus hijos sean poetas;» y en verdad nada hay más cierto que este dicho, al parecer jactancioso, de un español que, si no podía probar con su ejemplo la verdad de este aserto, era por otra parte, bien capaz de reivindicar para su persona alguna parte de la gloria adquirida por la literatura de su patria.

Sin pensar que el lugar que el hombre ocupa en el globo, sin asignar á la poesía esas líneas de demarcación que señalan la diversidad de climas en nuestro planeta: sin creer por ello que el genio es y puede ser sólo peculiar de aquellas tierras en que la naturaleza ha querido hacer ostentación de su riqueza; juzgamos, y no sin fundamento, que la organización del individuo, modificada por la calidad de la zona en que ha nacido y por las mil otras causas que tienen una influencia poderosa é innegable en su modo de ser, es ya un antecedente que puede anotarse como una predisposición ó favorable ó adversa para los trabajos de la fantasía.

Cierto y muy cierto es que el genio no tiene patria, que el numen, como una chispa desprendida de la mano luminosa de Dios, ora incendia el corazón del habitante de la frígida Dinamarca, ora aviva el cerebro fosfórico del que ha visto la luz bajo el cielo de Ñápoles: los vates de la montuosa y helada Caledonia inspiraron á Ossian: los alegres campos de la Grecia al cantor de la Ilíada, y la pobre aldea de Mantua con su cielo transparente y benigno bien pudo llenar el corazón de Virgilio de aquel arrobo sublime, que no ha conseguido adormecer todavía el trascurso de veinte siglos.

Sin embargo ¿quién no se iniciaría á juzgar poeta al que ha nacido bajo el sol de Sevilla ó de Granada, al que ha sido criado respirando el ambiente del azahar y de los jazmines, que ha podido echarse sobre la espalda del Guadalquivir en las tardes del estío, que ha escuchado, en fin, desde niño los acentos amorosos de la voluptuosa gaditana? ¿No hay mo-

tivo para creer, preguntamos, más entusiasta, más apasionado, más sensible al que contempla la primavera desparramando pródiga todo género de frutos que al que vive mirando un cielo constantemente enlutado por la neblina y una tierra desheredada ó mendiga de los favores de la Providencia?

Si la naturaleza de un país puede, pues, asentarse como un motivo poderoso para suponer dotados del estro poético á los seres que éste ha producido, la España, lo repetimos, está casi en la obligación de ostentar en su historia literaria una constelación de ingenios, cuya luz pueda mostrarse como la estrella polar de los pueblos que quieran encaminarse hacia la tierra de la poesía.

Echemos una hojeada á su historia.

Si aplicamos los principios que hasta aquí hemos seguido al trazar el cuadro de la poesía francesa, vémonos en el caso de dividir la historia de ésta en tres períodos, que, á nuestro juicio, marcan perfectamente las diversas situaciones por que aquella ha pasado é indican por consecuencia el influjo que ha sufrido por el empuje de los acontecimientos promovidos por la política.

Estos tres períodos son: á saber, desde su origen hasta el reinado de los reyes católicos, desde éste hasta la muerte de Carlos II, el hechizado, último rei de la raza austriaca en España, y desde el de Carlos III hasta nuestros días. Esta misma división fué adoptada por don José Joaquin de Mora en un estudio sobre la poesía castellana que publicó en el *Mensajero* de Londres, y á la verdad creémosla muy conforme con la razón, á pesar de que Quintana, Galiano, Gil de Zárate, etc., han dividido las épocas de la poesía de una manera que, en nuestro sentir, no sigue los períodos que la política Española ha tenido como más culminantes. Al hacer esta división de épocas no hemos atendido á la manera ni al valor que tienen en la literatura en general los poetas que han florecido en los diversos tiempos que hemos indicado, ni á las variaciones que han debido experimentar el estilo y

lenguaje poético, sino solamente al genio de cada época, al espíritu que la ha dominado, al carácter, en una palabra, que ha asumido en consecuencia de los sucesos por que ha pasado.

En el primer período, como era natural, no hallándose la lengua castellana todavía en el caso de considerarse como acendrada y, sobre todo, no pudiendo la mente del hombre desligarse de las ataduras con que aherrojaban el espíritu las preocupaciones de la edad media, la poesía no pudo menos que ser irregular y grosera, no obstante la encantadora sencillez y admirable naturalidad que notamos en algunos pasajes de los primeros ensayos de la musa Castellana. El poeta de entonces cantaba lo que sentía, lo que creía, lo que esperaba, lo que envidiaba y sin más sujeción que la que podía ofrecerle el cansancio de su misma fantasía. Las flores del prado, los frutos de la primavera, las dulces emociones del amor, sus fuegos, sus transportes, el espectáculo de las maravillas de la naturaleza, todo aquello, en fin, que no tenía relación con el profundo pensar del alma, con las dudas é inquietudes que la torturan, estaba sujeto a su dominio; dominio que no podía extenderse, por cierto, á la pretensión de avasallar la rebelión de las facultades intelectuales excitadas por la filosofía de las escuelas.

Además ¿cómo hacer para que un instrumento mal encordado todavía produjera los sonidos que sólo puede arrancar una mano diestramente ejercitada y sólo cuando el arte ha asignado para cada tono una cuerda precisa y sonora? Así, pues, en vano fuera pretender una armonía completa, un torrente de melodía en aquellos primeros ensayos, vivo retrato del hombre de entonces, á quien ni las leyes ni las costumbres habían suavizado sus gustos, pulido sus maneras y morigerado ó sistemado artísticamente su inspiración.

Pero al paso de la tosquedad y grosería que notamos, de la falta de elevación filosófica que deseáramos ver en el que pulsaba la lira en medio de aquellos tiempos que tanto se prestan á la meditación y al estudio, encontramos también

un donaire y diafanidad de expresión que pueden aun en nuestros días tomarse por modelos.

El hombre que vivía oprimido por el bárbaro señor feudal el que no conocía que tenía derecho ninguno que oponer á la fuerza de la tiranía, el que estaba acostumbrado á mirar como cosa y no como persona á su mismo semejante, el que no podía utilizar su trabajo para su individuo sino servir con él, á manera del resorte de una máquina, para asegurar el bienestar de su opresor ¿cómo, pues, podía pedir á las musas aliento, fuego al espíritu para escarnecer la mano de hierro que lo vejaba, para soltar al aire sus quejas y dar lengua de fuego á lós dolores que le ocasionaba la corrupción y la barbarie de que era víctima?

El feudalismo en España, por el mismo carácter de sus habitantes, debió tomar más decididas y marcadas formas que en el resto de Europa; y así fué, pues el orgullo de los barones de los siglos décimo tercio, cuarto y quinto, fué causa de esa multitud de revueltas, en que el siervo, lejos de cambiar ventajosamente de destino, sólo logró remachar más fuertemente sus cadenas. En esta degradación, en esta noche sombría y desesperante como el infierno de la *Divina Comedia* ¿qué sentimiento podía quedar al individuo, qué luz iluminarlo, qué consuelo mitigar la tenacidad de sus rigores? Sólo el amor: sí, sólo el amor: el sentimiento que torna generosa y altiva al alma más encorvada y rastrera: el que rompe violentamente las barreras que separan al señor y al esclavo, el que llena de dicha y esperanza hasta al que vegeta en un eterno calabozo: el que eleva al alma á las concepciones más generosas, que la suaviza, la purifica de los vicios que la afean y hace que se identifiquen en uno los dolores y las amarguras: éste, decimos, fué el único respiro que pudo tener el hombre en aquellas tinieblas para que su existencia no pudiera compararse exactamente á la de las fieras que talan los campos.

El Señor feudal una vez enamorado de la *castellana*, una vez embriagado por sus hechizos ¿cómo no debía despojarse

de su armadura y de su guantelete y arrodillarse en los momentos de suprema felicidad ante la misma á quien quizás el día antes había amenazado con el tormento?

El amor, sí, fué la única estrella que iluminó este caos; y sólo él y sólo á su influjo pudo revestirse la fuerza de ese manto que hacen hasta disculpables sus demasías.

La caballería ridiculizada de muerte por Cervantes, la caballería que no podemos menos que mirar hoy en medio del positivismo de nuestras costumbres, de la prosa que achica y materializa las muy pocas emociones puras que puede gozar nuestra alma en el metálico siglo en que vivimos; era, sin embargo, para la poesía una fuente abundosa de inspiración y de triunfos.

La protección á la viudez y la orfandad, el brioso denuedo del caballero que arrojaba el guante al opresor de la inocencia, la dulzura del amador que acababa de *rebanar jayanes* con su tisona y romper lanzas en el palenque por solo probar á su dama su bárbara fortaleza, sobrados motivos de inspiración eran seguramente para el que se gozaba en preludiar al pie de la reja de su amada las hazañas del valor, obtenidas á fuerza de constancia y ternura.

¿Quién que ha leído los versos de Juan Ruiz no admira la naturalidad encantadora con que cuenta su amor y sus transportes? ¿Quién no lee con embeleso, á pesar de los defectos del ritmo poético, esas endechas cuya embarazada expresión da indicios claros y patentes de la virginidad de los sentimientos no vestida ó disfrazada aun por los atavíos del arte? Pero no sólo en la donosa pintura de los afectos suaves del alma es en donde luce la vena de éste y de los otros poetas anteriores á él; nó, pues la descripción de los objetos admirables de la naturaleza también hallan en ellos graciosos intérpretes. La vegetación del suelo de España, la diáfana transparencia de su cielo en las noches del estío: lo proceloso de sus mares, lo dilatado de sus anchas costas, la rica savia del suelo en que habían nacido, eran un perenne manantial de pensamientos que, semejantes á esas flores que

nacen sin cultivo en medio de los campos, tienen ese perfume que embriaga y ofusca al de las que brotan en nuestros jardines á favor del cultivo y del arte. Si, el amor con todos sus pasmos y esperanzas y quimeras, se vé allí palpitante en cada uno de esos *alejandrinos*, cuyo sonsonete choca hoy á nuestros oídos quisquillosos á fuerza de estudio y trabajo: sí, allí se ve que el espíritu que da vida á la creación encuentra siempre imágenes atrevidas á un tiempo que sencillas; que los afectos, libres de la opresión con que los encadena la misma cultura social, lucen en todo su vigor y lozanía.

¿No hay poesía, preguntamos, en esas coplas de Jorge Manrique en que pregunta con tristeza por los galanes y las damas y los amores que han desaparecido con los resplandores de su juventud? ¿Quién no ha suspirado siquiera al leer esas estrofas inspiradas por la muerte de su padre, quebradas como el dolor mismo que las dictaba, y sencillas y patéticas como el sentimiento que aún no se ha abastardeado á fuerza de prodigarse?

Al repasar los mutilados fragmentos que se conservan de las obras de los poetas de este primer período, además de poder el filólogo seguir el hilo de la formación de la lengua, el filósofo tiene la felicidad de hallarse con un venero inagotable de antecedentes que deben llevarlo á apreciar con fijeza los elementos de que se compone la civilización de un pueblo.

Los versos de Gonzalo Berceo, de don Juan Lorenzo de Astorga, los del Arcipreste de Hita, de Santos, de Ayala y más tarde las muy preciosas cántigas de Alonso X, á quien la posteridad ha apellidado con justicia *el sabio*, son monumentos preciosos, lo repetimos, no solo de filología sino de historia, de filosofía, monumentos que debemos estudiar aun cuando más no sea que por tener el placer de ver cómo nuestro idioma, rompiendo como Alcides los nudos que aprisionaron su cuna, ha podido llegar á ser una de las lenguas más hermosas que existen. Desde el poema del Cid hasta *las querellas* del hijo de San Fernando, y las apasionadas trovas

de Macias, hay ya una inmensa distancia no sólo en el modo de sentir, en el modo de apreciar las emociones del espíritu, sino en la manera de expresar los afectos y las diversas modificaciones que se suceden en el alma. Al leer uno los pocos versos que quedan del libro del *tesoro* de aquel gran rei, no puede menos que sentirse conmovido, pensando en lo que es el genio, en lo que es el destino de las grandes almas y, sobre todo, en lo que son las grandezas con que suele convidarnos la fortuna. Desposeído por la negra ingratitud de un hijo infame, arrastrando aquel para siempre memorable varon una existencia disputada por el dolor y la amargura, buscó en la poesía el modo como legar á la posteridad sus sufrimientos, y hallóla en verdad tan dócil á su mano que lloró bajo sus dedos lágrimas que no ha podido secar aún el soplo calcinante de seis siglos.

Subidos al trono de Castilla y de Aragón los Reyes Católicos, cuya memoria recuerdan y saludan los españoles como la aurora de su grandeza, la sociedad empezó poco á poco á organizarse. Insensiblemente el trono cuyos fueros habían sido tantas veces hollados por la audacia de los magnates, principió á cobrar esa energía, esa entereza sin las cuales los elementos del orden social no pueden amalgamarse. Así, aunque no podamos menos que mirar con enfado las arterías de Fernando, que sentir una repugnancia invencible por el carácter de este rei, irreligioso adalid de la fe católica; que sentirnos hasta desabridos con el recuerdo de una reina, á quien sus virtudes y sus talentos debieron haber guarecido de las preocupaciones que afean su glorioso reinado, siempre es fuerza confesar, que sólo á sus esfuerzos pudo la España llevar á cabo su organización, hecha ya casi imposible por los desmanes de los ricos hombres.

La conquista de Granada, las hazañas del gran capitán de Nápoles, y, sobre todo, el descubrimiento de América, prueban, cuando otros antecedentes no tuviésemos en vista, la exceltitud del genio de estos soberanos, á quienes pareció reunir la fortuna como los extremos de una cadena que

debía encerrar en su centro los esparcidos elementos de civilización que flotaban á la ventura.—Con las conquistas de Italia, natural era, por no decir necesario, que el ingenio español adoptase como suyo lo que juzgaba que debía tocarle por su gloria. Así, los vencidos convirtiéronse en maestros de los vencedores de la misma manera, aunque no en tan dilatada escala, que había sucedido cuando los bárbaros destrozaron el Imperio Romano.

La pobre Italia avasallada debía civilizar á sus conquistadores: era ese su destino; así no es una paradoja de Alfieri aquel grito lastimoso con que pinta la suerte que ha cabido á la nación señora del mundo como en castigo, sin duda, del abuso que llegó á hacer de su grandeza.

Per servir sempre o vincitrice ó vintta no es un anatema del poeta, no es la maldición que alguno pudiera ver en la boca de un altivo patricio hostigado por la tiranía, ruborizado por la servidumbre de una patria querida, nó, no es eso: estas palabras son el quejido doliente del filósofo, del hijo que parece querer consolar á su anciana madre con el mismo rigor de su destino.

Establecida la inquisición por los reyes católicos con el fin de purgar el territorio español de la cizaña que creyeron mirar como en semilla, las costumbres principiaron, como era lógico que sucediese, á revestirse de aquella gravedad hipócrita, de aquel devotismo que tan bien se hermana con la tiranía política de un monarca absoluto.

En efecto, la franqueza española principió á degenerar en reserva: el arrebato de la pasión en excesiva mesura; la cordialidad abierta y tosca, si se quiere, á cubrirse con el manto de la etiqueta: todo, en fin, cambió de aspecto, mejorando, es cierto, las costumbres en pulimento y buen gusto; pero dando al carácter un giro que le hizo perder en gran parte ese tinte de originalidad, hijo, si no de la libertad política, al menos de esa independencia que llegó casi á ser compatible con la servidumbre.

Los españoles si no habían tenido libertad, en el sentido

que entendemos esta palabra, si no disfrutaban de los derechos que sólo la sociedad montada sobre las bases de la justicia puede conseguir, no habían tenido tampoco que sufrir ese despotismo que sólo se vincula á un trono cuando éste se levanta de entre la turbulencia y la anarquía. La literatura, como era preciso, debía, pues, amoldarse al modo de ser político y social de la España, por cuanto no podía constituír ese desequilibrio que hubiera resultado si ella hubiese querido negarse á la influencia que debía experimentar necesariamente. ¿Y cómo hubiera podido el literato, el poeta narrarnos ó pintarnos los embelesos de la libertad, cuando ésta no existía, los libres arrebatos del amor cuando éste estaba en la sociedad cubierto con una máscara, los transportes del patriotismo cuando no estaba cifrado sino en la majestad del monarca? Las glorias militares de los tercios españoles, las hazañas de sus héroes, el valor de sus huestes, jamás rotas hasta la batalla de Rocroy, era lo único que se prestaba á la inspiración poética; y por esto es que vemos la lira de los vates de la época posterior cuando la lengua estaba ya apurada, resonar con la misma fuerza y majestad que el clarín y la trompa guerrera en un día de combate.

La meditación, hija del estudio y del recogimiento, también era necesario que en una nación tan eminentemente católica como la España tomase la forma de un taciturno devotismo. Las verdades de la religión, de suyo imponentes y sublimes, sus misterios tanto más poderosos sobre la fantasía cuanto más abruman la comprensibilidad humana, debían ser necesariamente para el poeta un foco de inspiración si las más veces sublime, en más de una ocasión monótona y aterradora.

Lo que sorprende, sin embargo, lo que no puede contestarse es que el ascetismo, que tan severo se muestra en el individuo que lo profesa, pudiese amalgamarse también con la libertad de expresión y de ideas, cuyo cinismo, á veces repugnante, no puede menos que chocarnos aun en medio del estragamiento de nuestras costumbres.

¿Cómo pues, concebir que el vate que remontaba su fantasía hasta la mansión de la eternidad, que divisaba allí en su místico arrobo al autor del universo, ora amenazando airado al pecador no arrepentido, ora brindando amoroso todo el tesoro de bienestar celeste que puede recompensar los sacrificios del justo, pudiese, decimos, descender como sucedió más adelante hasta revolcarse en el fango de la torpeza? ¿Cómo, pues, de la lira que brotaba sonidos celestes y puros como el firmamento, podían desprenderse asimismo esos ecos no sólo profanos sino impíos, en que la castidad del alma se hiere y el pudor del espíritu se lastima y empuerca?

Esta reflexión que puede parecer prematura atendido el carácter que asumió la literatura en tiempo de Isabel y Fernando, no ha podido menos que venírsenos á la pluma recordando lo que fué después la poesía en manos de algunos de los escritores del llamado *siglo de oro*. En tiempo, es verdad, en que don Antonio de Nerbija, varón ilustre por sus talentos y su patriotismo, consagraba su tiempo á dar preceptos para fijar la lengua castellana, y en que otros humanistas seguían también este noble ejemplo, las reflexiones que hemos hecho parecerán inoportunas; pero creemos que nunca están demás, considerando en que ya principiaba á columbrarse en los escritos de los poetas de ese tiempo ese espíritu á la par que devoto y místico, grosero y licencioso que en tiempo de Felipe IV vino á obscurecer la poesía.

Jorge Manríque, y sobre todo Juan de la Encina, que fué el que empuñó el cetro poético en el reinado de que hablamos, son, por fin, el retrato de lo que era la poesía, la expresión de los adelantos que había hecho la lengua, y más que todo el crepúsculo de ese día esplendoroso que debía iluminar el brillante imperio de Carlos V.

VI

Admirable y para siempre gloriosa será en la historia de las letras Españolas la era que con tanta razón se ha apellidado siglo de oro.

Jamás ciertamente ha visto la nación de quien descendemos una época ni más brillante ni más grandiosa. Hazañas, valor, genio, poder, preponderancia no sólo política sino social, no sólo de localidad sino europea, todo, en fin, reunióse entonces para que pudiese mirársela en el teatro de la vida como la sucesora de la antigua Roma.

Una vez colocado en el trono, que por tanto tiempo habían hecho famosos los reyes católicos, el augusto descendiente de los Emperadores de Alemania, la España fué precipitadamente ascendiendo, no solamente en la consideración de las naciones; sino en la supremacía de las ciencias, de las letras y las artes, cuyas obras maestras pueden ofrecerse y se ofrecen todavía, como un acabado modelo.

Sin embargo, la sed de gloria militar que se había apoderado del corazón del pueblo español, de suyo esforzado y hazañoso, hizo converger los espíritus, casi exclusivamente, hacia lo que se consideraba como la fuente única de su engrandecimiento. Delante de las proezas de las huestes mandadas por los primeros capitanes, que hasta entonces había visto la Europa desde la destrucción del Imperio Romano; delante del orgullo que naturalmente debía retumbar en los ánimos briosos á causa del terror que sólo el nombre español ocasionaba; ante el mapa que podía mostrar la nación, dilatado únicamente á esfuerzos del genio y del heroísmo; poco ó nada eran las consideraciones que podían ofrecerse acerca de la pérdida de las libertades públicas que poco á poco había ido cercenando la mano de sus reyes.

De esta manera es como se explica el fenómeno que ofrece la literatura de este siglo, la anomalía que notamos cuando ponemos en parangón los adelantos que había hecho y

hacía la literatura, con los que podía haber alcanzado y no consiguió la filosofía. Y no se diga que el movimiento no estaba dado, que la investigación no había hallado todavía camino, pues ya Luis de Vives había comenzado la tarea que más tarde Bacon llevó á cabo, y de la cual se ha valido el espíritu para alcanzar las conquistas que lo han enaltecido.

No será, con todo, extraño, ver que la ciencia que tiene por objeto la indagación de la verdad, y que obliga, puede decirse así, á encaminar á las facultades intelectuales por el sendero de la luz, fuese entonces, como lo es en todas partes donde reina la fuerza, cultivada como debía, ni menos amparada por los que deben temer, y con sobrado fundamento, el reinado de la justicia.

Decimos esto, para que desde luego veamos la razón y hallemos el por qué del espíritu que, aunque brillante y seductor de la literatura, no por eso es invulnerable á los ojos de la filosofía.

La lengua que tan marcados progresos había hecho ya con los trabajos de los doctos humanistas que hemos nombrado anteriormente, consiguió desde el comienzo de este siglo ponerse, como dice muy bien un escritor español, á la altura de los grandes hechos de quien debía ser intérprete. En efecto, enriquecida con las conquistas que había logrado sobre el idioma de los vencidos, con las joyas que á las preciosas coronas de los árabes había ido lentamente arrebatando, poco ó nada faltábale para que pudiese representar, no solamente el pensamiento en todas las fases que puede presentarse, sino hasta el último y más imperceptible tinte de las variadas modificaciones del alma.

Si examinamos la poesía de este tiempo, si leemos las obras de los vates que dieron principio á la construcción del templo de las musas Castellanas, es imposible negarse á confesar que el idioma poético había como por encanto asumido una forma, tomado un carácter verdaderamente grandioso. De las coplas de Jorge Manrique y las estancias de Juan de

la Encina á las églogas de Garcilaso hay una distancia inmensa. La lengua ya no es la misma, la elocución, el ritmo poético, todo ese atavío, en fin, que emplean las musas en su vestido, era ya completo, majestuoso, regio.

La primera ventaja que consiguió la poesía, dejando aparte las infinitas que logró en su esencia por la lectura de los escritores Italianos, fué la de aclimatar el verso endecasílabo, de sustituir el embarazado y vigoroso soneto á las destempladas coplas de arte mayor, cuyo sonsonete hace casi perder el mérito intrínseco de la poesía.

Con esta ventaja ya el laúd castellano podía resonar como el harpa del Petrarca; ya las melodías de la ternura, el fuego del amor, los encendidos suspiros del deseo, todo el diapasón, en fin, en que puede girar el sentimiento, hallaban su verdadera cuerda, el tono preciso con que elevarse, descender y hasta morir, como sucede á las mismas emociones que se disputan el dominio del espíritu y de los sentidos.

El dulce lamentar de los pastores, la campestre y sencilla bienandanza del labrador, las esquiveces voluptuosas de la aldeana, las quejas de los amartelados cuantos inocentes amadores, los celos de las pasiones no apuradas ni satisfechas, ¿puede, decimos, representar ó expresar idioma alguno con la gracia y el donaire que nuestra hermosa lengua? Pero no es esto sólo, no son las dulces emociones del cariño, las risueñas esperanzas y los envidiados gozos del amor, los únicos objetos que se prestan á los cantos del poeta: nó, la majestad marcial del soldado, el afanar constante del marino, la contemplación y el arrobo del penitente, también hallaron una lengua que los divulgase, que los enalteciese, que los dejase para siempre escritos en letras musicales que la posteridad en todos tiempos entonará con gusto.

Si hemos de dejarnos guiar por lo que dicen los más eminentes historiadores de la literatura Española, la elevación á que llegó más tarde la poesía fué debida á Garcilaso; y tanto más de asombrar es esto, cuánto que el que debía encaminarla por ese sendero no era otra cosa que un simple sol-

dado, que un joven aventurero, nutrido de las belicosas hazañas de su tiempo. Sin embargo ¡cuánta ternura no hay en *esa flor de Guido!* ¡Cuánta majestad, cuánta elevación en esos endecasílabos en que la voz toma sin querer, al leerlos, la entonación del canto! Oh! desde el momento en que el idioma pudo mostrarse tan ricamente ataviado, no era de temer que lengua alguna pudiera disputar á la nuestra la supremacía. Nó, los sonetos del Petrarca, las endechas de los quinientistas Italianos, digan lo que quieran los exagerados apologistas de la literatura en que bebieran nuestros ascendientes, no son capaces de ofuscar el mérito de las ternísimas estrofas de Garcilaso, de Francisco de la Torre y de los otros que más tarde completaron el inmenso número de estrellas que tachonan el cielo de la poesía Española.

Con todo, en medio de este brillo, de esta majestad, de esta grandeza de la poesía, échase de menos la profunda inspiración que jermina en el espíritu con el estudio de la filosofía y que se acrecienta á favor de las instituciones liberales que parecen agrandar con su sombra hasta el genio del artista.

Realmente, la poesía necesita espacio; sin independencia de raciocinio la mente del vate no puede salir de la pintura de los objetos de la naturaleza, de la descripción de las maravillas que esta le ofrece, y nada más.

Pero no es esto todo el campo que ella debe recorrer, pero no son éstas las únicas escenas que ellas debe pintarnos; pues el alma tiene maravillas que también deben expresarse, si se quiere que la lengua del sentimiento cumpla debidamente con su destino.

El carácter de *intuitiva* que queremos dar á la poesía, trae consigo, además de la ventaja de poder ver en ellas las evoluciones del espíritu, la de iniciarnos en los secretos del corazón sin trabajo, de una manera en que podemos ir conociendo las pasiones que en él se disputan el cetro sin más esfuerzo que el que se experimenta cuando nos dejamos llevar mansamente por el torrente de las aguas.

Leones impávidos los españoles, como dice Marchena, para caminar al combate y á la muerte, eran asimismo tímidos corderos ante todo aquello que miraban como sagrado, que en su superticioso respeto por el monarca llegaban á considerar como fuera del alcance de sus pensamientos.

Considerada la situación política de España bajo Carlos V, tenida en cuenta la mordaza que la inquisición, establecida por los Reyes Católicos, había puesto en la boca de los Españoles, no tomará de nuevo, repetimos, que la literatura, y especialmente la poesía no creyese de su dominio penetrar en lo que los poetas de nuestro siglo esploran á cada paso de la misma manera que el marino moderno la dilatada carrera del océano.

Ante el hombre que decía al Arzobispo Carranza, que lo único que remordía su conciencia era haber cumplido á Lutero la palabra real que le había empeñado, con el fin de darle la seguridad de su persona; ante el hombre que llevaba las legiones Españolas triunfadoras hasta las orillas del Elba, ante las murallas veneradas del Capitolio y las ruinas gloriosas donde fué Cartago ¿cómo era posible que la libertad pudiese hallar idioma en que expresar sus derechos; que el alma diese vuelo á lo que sentía cuando comprimida por la tiranía tenía que ceder á la amargura y á las lágrimas?

Pensando así, es como puede explicarse por qué la literatura entonces, al paso que se ostenta majestuosa y brillante como una odalisca en el serrallo, tiene que ocultarse como ella tímida y ruborosa cuando sale del centro en que vive enclaustrada.

Pero la opresión al tiempo que amedrenta y achica el pensamiento, también eleva el alma al Cielo; también la remonta hasta el infinito, y hace que allí, no habiendo podido hallar extensión para sus vuelos en la tierra, extienda sus alas y copie el canto de los serafines.

VII

No queremos decir con esto que la servidumbre sea propicia á la inspiración: que el espíritu constreñido á refugiarse en la contemplación de los incomprensibles misterios que se operan en la vida de los pueblos, pueda lanzar esas chispas de luz semejantes á la que arranca del pedernal el eslabón á fuerza de golpes: nó, nada de eso, pues miramos como indispensable la libertad para el desarrollo del genio en cualquiera de las fases que asuma.

El abate Raynal, hablando de la literatura, dice que muchas veces sirve ésta para dorar los grillos que encadenan á la sociedad: para hacer hermoso el edificio de la tiranía. Si no se tuviese en vista más que hechos aislados, más que circunstancias particulares que son una precisa consecuencia de acontecimientos que sólo el filósofo puede apreciar, tal vez llegaríamos á creer como una verdad el chocante sofisma del escritor francés.

No basta decir que la literatura ha florecido bajo los déspotas: que el genio ha desarrollado sus fuerzas, esparcido su germinadora semilla bajo la coyunda de tal ó cual tirano, bajo el ambiente pestilente de la opresión; nó, no basta eso; pues esas anomalías, que al parecer son inconcebibles para los hombres no acostumbrados á pensar, son las incógnitas que despoja el talento ayudado de la luz de la experiencia.

Si se dice que bajo Augusto hicieron resonar su lira Virgilio y Ovidio: si se alega que bajo Carlos V cantaron Garcilaso y el Maestro León: que á la sombra de los Felipes vimos ese concierto formado por los Herreras, Riojas, Argensolas, Quevedo, etc., etc.: si se ostenta, como una prueba de que el despotismo en nada daña al talento, el que bajo la cuchilla de la guillotina Andrés Chenier y Roucher pulsaron la cítara, haciéndola arrancar celestes armonías: si se muestran, en una palabra, como pruebas de esta atroz y desconsolado-

ra doctrina, ejemplos parecidos a aquellos en los tiempos modernos y en los días que atravesamos: si todo esto se dice sin añadir una sola reflexión sobre lo que ya hemos llamado anomalía, de seguro que tendremos que confesarnos como deudores de estos beneficios á las plagas más horribles que han afligido á la especie humana.

Pero no es así: si cantaron los poetas, si las artes florecieron bajo el yugo de instituciones abominables, si el talento, á pesar de las ligaduras de bronce que lo envolvían, tuvo bastante fortaleza para respirar amordazado, eso no explica ni puede explicar los asertos que combatimos, sino solamente que el genio, á semejanza del éter, se volatiliza y pasa, á pesar de los obstáculos, á impregnar el aire con su aliento.

Siguiendo este principio, sobre que hemos recargado expresamente en estos estudios, es como se explica por qué Garcilaso, soldado, apasionado, como debemos suponerlo, de la grandeza de Carlos, sin ningún amor por las instituciones liberales, sin ninguna idea de esas que nacen de la misma sociedad entre que se respira, pudiese hacer esas églogas, canciones y odas que tanto embelesaron á sus contemporáneos y que tanto nos encantan todavía. Pero aun en ellas ¡cuánto echamos de menos, cuánto nos hace falta para poder decir que la poesía había encontrado su verdadero asiento!

Verdad es que para la pintura de las pasiones, para la descripción de las maravillas de la naturaleza para dar rienda á la fantasía por los dilatados campos del capricho, poco ó nada se necesita de eso que pedimos y creemos necesario para formar la esencia de la poesía de nuestros tiempos.

Ciertamente, para la égloga, cuyo interés consiste en pintar las escenas pastoriles, en retratar los juegos y las ocupaciones de los hombres cuyo pensamiento no puede elevarse más allá de lo que ven los ojos, muy poco ó nada, repetimos, se hace de menester ese profundo pensar sobre la vida intuitiva del alma, sobre sus aspiraciones de perfectibilidad, sobre sus esperanzas de independencia y bienestar, que es lo

que ocupa y no puede menos que ocupar la mente del poeta de este siglo.

Además ¿no pintó Horacio el suplicio de las Danaides y las quejas de Europa con una verdad, con un encanto que hechiza? ¿Qué extraño, pues, que Garcilaso viese á su cruda Anaxarte

En duro mármol vuelta y transformada

y que llegase así á eclipsar las bellezas del poeta latino en un asunto en que para nada entra ese espíritu filosófico á que debemos aspirar, y al que somos deudores de las páginas más sublimes de los líricos modernos?

Considerada la poesía lírica bajo el punto de vista que ya hemos indicado, la España se deja por cierto muy atrás á las demás naciones, bien se considere el crecido número de sus poetas, bien se atienda al mérito de sus obras.

Cualquiera para convencerse de esto, sólo le bastará comparar las odas, canciones y romances de Fray Luis de León, de Herrera, de Lope, etc., con los que pueden presentar los demás pueblos de Europa.

Y esto no es una paradoja, pues ni las preciosas composiciones de Juan Bautista Rousseau, ni las que admiramos de Gray sufren con muchas de aquella el honor del cotejo.

«La canción de las ruinas de Itálica, dice Marchena, ni tiene modelo en la antigüedad ni se igualan con ella ninguna de las odas de Píndaro y Horacio». La preponderancia de la España en este género de poesía, á nuestro sentir, viene en gran parte del genio de la lengua, de esa riqueza de elocución que puede sacar de ella el que sabe manejarla.

Puede también influir sobre esto el estudio que los líricos españoles hacían de la antigüedad, y que, por consiguiente, debía inspirarlos de muy superior manera á la que podían serlo los franceses, ingleses, etc., de ese tiempo.

Además, el conocimiento profundo que algunos de ellos tenían de la literatura oriental, era ya otra ventaja incon-

mensurable: la sublimidad de la poesía hebrea trasportada ó amoldada al genio español, no podía menos que levantar el pensamiento, que hacer sensible, si es posible decirlo, á la imaginación y al corazón capaz de los más encumbrados raptos.

No hay más que leer una oda de León para conocer lo que decimos, no hay más que atender al encadenamiento de sus períodos, el embarazo mismo de la rima, causado por la sencillez bíblica que quería imitar, para penetrarse que el docto y amable religioso estaba muy familiarizado con los poetas del oriente.

Su oda á *la vida del campo*, *la de la profecía del Tajo* lo están diciendo: arrobo del corazón, dulzura, naturalidad, inspiración profunda, todo se encuentra en ellas y en tan alto grado que nos hace hasta simpatizar con un hombre de quien nos separa la marmórea muralla de tres siglos. Si es verdad que la imaginación acorta las distancias, que el genio no envejece. que es un lazo de amor con que nos liga, léase sólo *la noche serena* de este tan ilustre como modesto varón, y dígasenos si el lector, por poco sensible que sea, no se transporta hasta ver el huertecillo que él cultivaba con sus propias manos y de las cuales brotaron tan perfumadas flores como las que pudo haber recogido de sus jardines.

La poesía lírica en manos de Fray Luis de León llegó, pues, á una altura que no es posible traspasar: la fantasía allí se encumbra hasta lo sublime, el corazón se dilata en sentimientos tan puros y enardecidos, cual puede serlo el alma humana por la contemplación del infinito.

Las paráfrasis de los salmos, la traducción de Job, tienen, no sólo en nuestro sentir sino en el de los primeros humanistas, en la lira de este poeta, un acento todavía más dulce y majestuoso que el que pueden tener en las de los demás poetas sus contemporáneos.

Y en efecto, ¿cómo pintar más atrevidamente, con más verdad, con más melancolía la instabilidad de la fortuna, lo frágil y movedizo de sus favores, lo crudo de sus caprichos y

la fugaz evaporación de los sueños de esta vida? ¿No se ve en esos versos, decimos, la grandeza inesplicable de Dios, no se sienten sus atributos, no se teme su justicia, no se ve, en fin, en ellos lo que es el hombre, no se llega casi hasta tocar en esas estrofas el polvo en que se resuelven las grandezas y el orgullo humano?

Pero la causa de esta superioridad es forzoso atribuirla también á la índole del cristianismo: sí, sólo nuestra religión puede prestarse á ese sentimiento, que ora se traduzca en lenguas de fuego para cantar sus inescrutables misterios, ora se convierta en lágrimas, siempre sobrecoge el espíritu, siempre se apodera del alma y la lleva de una región donde puede cernirse sin despeñarse en los abismos el espíritu sostenido por la fe.

Al lado de este gran poeta vienen otros no menos grandes: forzoso era que la España en el apogeo de su gloria tuviese una orquesta de vates que pudieran cantarla.

Don Fernando de Herrera, sevillano, hombre de un estudio profundo, de vastos conocimientos y, sobre todo, de un gusto el más exquisito, producido por la acendrada lectura que había hecho no sólo de los poetas antiguos sino de los nacionales, era el que debía secundar al maestro León ó mejor el que debía completarlo. Con efecto, la musa de Herrera no conoce medida, no halla obstáculo, no se contenta con un solo tono, no saca solamente sonidos de una sola cuerda, nó, que para su inspiración andaluza no le es bastante todavía la ancha encordadura del harpa castellana. El quiere más: quiere hacerla que suene como el clarín, como la trompa del guerrero, que imite el estruendo de las armas, quiere que retumbe como el trueno y al mismo tiempo que, suave y melodiosa, llegue á copiar hasta los suspiros de la virgen y el tardo y perezoso vuelo de las alas del sueño.

Sus contemporáneos le apellidaron el *divino*, y en verdad que jamás ha podido aplicarse á ningún poeta con más justicia este pomposo dictado. Las bellezas de que están atestadas sus interminables elegías no pueden casi señalarse por

separado, pues el lector no sólo tiene que verse arrastrado por fuerza á la admiración de los primores de la lengua, sino á la contemplación del ingenio, y á las meditaciones que trae consigo el esfuerzo del hombre cuando ha sido copiosamente favorecido.

En la oda *á la victoria de Lepanto*, según la opinión de varios críticos, es Moisés en el estro cuando atraviesa el mar Rojo y ve la mano irritada de Dios que hace crécer las ondas para sumergir entre sus remolinos á los ejércitos de Faraón. Si llora la muerte del príncipe de Portugal, su instrumento á veces se queja, sus notas son lágrimas, y otras toma el tono de la derrota, y parécele á uno ver correr en medio de las estrofas los escuadrones hechos pedazos, destrozadas sus banderas, aniquilado el ardimiento de los guerreros en medio de los ayes y gemidos y para siempre difunta la antigua grandeza de aquella patria.

Sin embargo, atribúyese la perfección en la poesía lírica á su compatriota y discípulo Francisco Rioja, de quien no hay casi un aficionado á la poesía que no sepa de memoria algunas de sus estrofas.

Ciertamente la lengua no puede llevarse á mayor perfección: el ritmo poético, el lenguaje, el estilo, todo es perfecto, y tanto más de asombrar es esto, cuanto que tenemos que verlo al lado de Herrera, del hombre que copió á Petrarca, á quien llega á obscurecer en muchas ocasiones.

Sobre su canción á las ruinas de Itálica y sobre sus otras composiciones ¿qué poder decir en elogio, cuando no hay autor español ni francés que no haya dado su parecer, que no las haya encomiado y hasta el grado de hacer guardar silencio al más locuaz de los disertadores?

Mas, si es preciso respetar la opinión ajena, también es fuerza decir lo que se siente. Lo que es por nosotros no podemos establecer esa comparación entre estos dos modelos, de la que resultaría de alguna parte la ventaja. Nó, lo único que podemos es estudiarlos, admirarlos y seguir el impulso del alma al pronunciarse sobre ellos.

Decimos esto, para excusar en lo posible la idea que tenemos y que manifestamos respecto al mayor aprecio, ó mejor, al mayor cariño, que profesamos al postrero. Sí, Rioja nos embelesa todavía más que Herrera, nos inspira más sentimiento, más tristeza, nos lleva á considerar al hombre y al mundo todavía más reflexivamente que lo que puede aquél. Sus versos, aunque no tan majestuosos como son los de su maestro, y eso que lo son mucho, tienen más melancolía, más de es^ tinte *intuitivo* que tanto enaltece la poesía.

La canción de *Las ruinas de Itálica* son un testimonio de esto; se ve el antiguo poderío de esa colonia del pueblo Romano, se la ve grande y luego desaparecer hasta tal grado que no parece sino que el eco del dolor debe sólo habitar entre aquellas ruinas. ¿A qué poeta no arredra este modelo? A qué poeta no hace suspirar, como dice Quintana de Meléndez, el desconsuelo de no poder encumbrarse tan alto, por fantasía creadora que tenga y osadía para pretender seguirlo en su empresa?

Con estos dos sevillanos, aunque la España no tuviese más glorias literarias, tenía de seguro lo bastante para ser tenida si no por la primera nación en la poesía, al menos por una de las más agraciadas.

No parece sino que el genio había querido llegar hasta una raya que no es posible traspasar. Pero también no es posible menos de lamentar que esos hombres favorecidos por la Providencia no pudiesen haber cantado las ideas que hoy nos animan, haber dado cuerpo á la armonía que inspiran los derechos que nacen de la libertad y que sólo pueden vivir bajo instituciones amoldadas á la independencia del individuo.

Si no es así ¿por qué ni Herrera, ni Rioja hicieron un solo verso á la memoria de Padilla? ¿No se prestaba ese héroe de los comuneros á que la poesía entonase su martirio? ¿No era argumento la vida de aquel grande hombre para una de esas odas que dedicaban los poetas á los reyes, y en las que manifestaban á la par de la inspiración esa servilidad que tiene que observar hasta el poeta cuando vive bajo el despotismo?

¡Pero cómo cantar á la libertad delante de Carlos V y de sus hijos! Pero, cómo hablar de derechos delante del que abrigaba la idea del dominio continental, del que perseguía y hacía arder en las hogueras á millares de víctimas inocentes, de nobles y generosos ciudadanos, sin más delito que dar algún quejido contra la tiranía, hecha todavía más execrable desde que se cubría con el manto de la superstición y de la mentira.

No son, sin embargo, los poetas los que deben cargar con esta culpa; nó, la España había asumido esa responsabilidad; á ella, pues, acusemos solamente, y si no es posible atribuir á una nación los males que llora y que la abaten, acusemos al tiempo y pensemos asimismo que la suerte de la humanidad está, por fin, confiada á las manos de la Providencia.

VIII

Después de los dos grandes poetas que hemos nombrado, es forzoso hablar de los dos hermanos Argensolas, quienes se ligan á los anteriores por la ilación histórica de la poesía. Sin embargo, el género de sus escritos es diferente, así como lo es el carácter de su genio y lo es, asimismo, el juicio que la posteridad ha formado de ellos.

Efectivamente, ¿cómo comparar el fuego, la vivacidad, el estro sevillano de Herrera y Rioja con la fría circunspección y el mesurado y sentencioso decir de estos dos aragoneses? Cuando se medita que sus contemporáneos los apellidaron *los Horacios*, sin más razón que las graves y á veces mordaces sentencias en que ambos abundan, sin más motivo que el diestro manejo que habían hecho de la lengua, y, sobre todo, por ser patrocinados por el Conde de Lemos, que los protegió tan generosamente; uno se ve obligado á pensar que el famoso siglo de oro no andaba escaso en jactanciosos calificativos, ni dejaba llevarse menos de la posi-

ción social para conceder los laureles de la fama que lo que puede y ha podido el siglo en que vivimos.

Con todo, el juicio recto, el acendrado gusto jamás faltan á estos poetas, en quienes puede verse que la razón ayudada del estudio, suple muchas veces al ardor de la fantasía y usurpa en muchas ocasiones el premio que se debe al verdadero vate.

Como consecuencia de su espíritu concentrado y meditativo, las reflexiones morales de que están atestados sus innumerables sonetos, son á veces altas, trascendentes, y hacen por lo mismo que se les escuche con gusto, aun en lo que sabemos todos por propia experiencia.

En la poesía lírica son fáciles, cultos, ingeniosos, dice don Manuel Quintana; pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fantasía. Ciertamente que nada hay más verdadero que este juicio, tanto más respetable cuanto que el que lo daba estaba más que nadie á la altura de saber apreciar lo que son los raptos del corazón y los vuelos de la fantasía. Con sólo leer unos cuantos versos de Bartolomé y Lupercio nos convenceremos de esto: razón, estudio, elocución fácil y castiza, un lenguaje generalmente robusto, lleno, una versificación casi siempre bien torneada, elegante, valiente, y paremos de contar. Lo que es vida, lo que es ese ardor del poeta que hace al lector olvidarse de la persona y lo impele á que lo siga por el dilatado vuelo de su genio, á que lo acompañe en sus transportes, á que le haga coro con sus lágrimas, todo esto, decimos, es imposible hallar en los dichos literatos, no importa cuanto de ellos dijeron sus contemporáneos ni cuantos elogios exagerados merecieron de Lope de Vega y de Cervantes.

En la sátira es donde más luce la vena poética que tenían, pues, como sabemos, la crítica de los vicios, la pintura del ridículo, que casi siempre acompaña al hombre hasta en sus hechos más dignos de alabanza, no necesita de tanta fantasía como de rectitud de juicio y elevación de sentimientos.

Pero aun en esto, todos los primeros críticos están acordes

en negarles la valentía de Juvenal, á quien quisieron copiar especialmente y la concisión y verdad de Horacio, modelo que adoptaron en la forma, y modelo á que, como ya lo hemos dicho, no se tuvo reparo ninguno en compararlos.

En la sátira de la *Marquesilla* de Lupercio, está probado lo que asentamos: su inútil introducción, y, más que esto, esa prolija narración de cuentos que nada dicen, aféanla de tal manera que no creemos que haya aficionado á la poesía que la haya leído toda entera sin acusar de demasiado aliento al poeta para la enumeración de verdades que habrían cabido, sin perder nada, en unos cuantos renglones.

Igual cosa diremos de Bartolomé cuando se da á fabulista, cuando en su apólogo del Aguila y la Golondrina se echa á nadar en una descripción tan minuciosa como cansada de las aves, la que sólo vendría bien en un libro de zoología y no puede menos que importunar en una composición poética.

Para la sátira, dice el mismo Quintana, es preciso hacer flechas: es necesario que los dardos hieran y vuelen; y esto cabalmente es lo que no quisieron ó no pudieron observar los acompasados escritores que según Cervantes y Lope habían venido de Aragón á enseñar el castellano á los discípulos de Garcilaso y de Herrera.

Pero en medio del ripio de los pensamientos, de la cargazón de las sentencias, uno pudiera ver siquiera indignación contra el vicio, entusiasmo y alabanza por la virtud, ardor, aunque fuera postizo, para excitar á seguir los buenos ejemplos y retraerse de la mala senda; pero nada de eso, doctrina sobre doctrina, sentencia sobre sentencia, es sólo lo que hallamos en las tales sátiras, en que ni se columbra siquiera el nervio de los modelos que quisieron imitar, ni de las que se puede sacar ningún pasaje para ponerlos en parangón con las del mismo Quevedo, á pesar de lo afeadas que están casi todas por sus innumerables adefesios y chocarrerías.

Los sonetos que tantos admiradores han tenido y tienen, lo que es por nosotros, podemos asegurar que jamás nos han

hecho la menor impresión y que por lo mismo creémoslos muy inferiores á los de Lope, Quevedo, del propio Góngora cuando estos no se apartan de la senda del buen gusto.

Lo más extraño es que estos gemelos en gloria, fuéranlo tanto en el genio y el carácter de sus obras. Bien Lupercio dé preceptos de moral, fundándolos sólo en la razón, bien Bartolomé entronque sus sentencias con ideas religiosas y máximas sacadas del espíritu del cristianismo, siempre los dos hermanos son los mismos: idéntica frialdad, igual reserva, igual mesura, como iguales, y siempre dignos de alabanza, por el mismo apurado gusto y la misma campanuda elegancia.

Por fin los Argensolas, si no son para nosotros lo que fueron en su tiempo, si no son en realidad poetas dignos de colocarse á la altura de Rioja, etc., etc., siempre tendrán un valor alto en la historia de la poesía y mucho mayor precio para nosotros, que tanto abandonamos las reglas no sólo de la gramática sino las más esenciales del gusto y más indispensables para todo aquel que aspira á penetrar en el santuario de las musas.

Discípulos del menor de éstos fué don Estevan de Villegas, joven de ingenio y admirables dotes poéticas, cuya aparición en la liza de la literatura fué entonces una novedad, por no decir un verdadero escándalo. Realmente el atrevido que al frente de sus eróticas se representó según Quintana, como un sol que debía apagar con sus rayos todas las estrellas que lucían en el cielo de la literatura llevando el lema

Sicut Sol matutinus: me surgente quid istae?

¿cómo no debió obligar á que sus coetáneos pusiesen el grito en el cielo y lo acribillasen á fuerza de pullas y sarcasmos? Sí, la aparición de aquel petulante mancebo que pretendía aun antes de ser conocido hacer correr despavoridos á Cervantes, á Lope, á Góngora, etc., no pudo menos que ser un escándalo, y tanto más capaz de sorprender la atención ge-

neral cuanto que la reputación de los poetas de entonces, y la de Lope especialmente, pasaban ya como en autoridad de cosa juzgada.

Sin embargo, en medio de tanta osadía, de tanta presunción ridícula divisóse desde luego que había en el alma del que se decía *sol de los ingenios*, esa chispa sagrada que muy pocos consiguen hacer descender del cielo, y la que ha dado lugar á que se califique con justísima razón á la cabeza que la sustenta con el altivo dictado de *mens divinior*.

La anacreóntica que forma un ramo separado de la poesía lírica, hasta Villegas no había tenido en España un intérprete, y eso que Garcilaso, Herrera, Rioja, y los Argensolas habían sido muy capaces de amoldar su numen al diapasón del lírico griego. Esta ya era una ventaja, y por esto sólo se concibe que el nuevo adalid, á pesar de todas las críticas que había hecho fulminar sobre su cabeza, obtuviese un lugar en la poesía que de cierto nadie se atreverá á disputarle sino Meléndez.

En sus *Delicias* que como él mismo dice:

A los veinte limadas,
A los catorce escritas.

hay en realidad una dulzura y elegancia que admiran; hay en fin, en sus versos, un no sé qué de sencilla ternura que lleva hasta disculpar al que se había tan enfáticamente calificado como el astro rey de todos los poetas. La pintura del pajarillo, á quien un labrador arrebata el nido tan amado, está llena de unción, y el final de ella es una pincelada que la querrían para dar remate á sus cuadros los primeros poetas.

A pesar de esto, mil equívocos de mal gusto, mil pensamientos alambicados, mil agudezas forzadas y retruécanos tan sutiles como empalagosos vienen á afear de tal modo tantos bellos versos, que uno no puede menos que lamentar y atribuir este extravío á la corta edad y al genio jactancio-

so que había recibido de la naturaleza. El mérito de sus anacreónticas, fuera de los lunares que hemos señalado como comunes á todas sus composiciones, es sin embargo indudable, y á él debieron estar agradecidos los que más tarde lucieron su vena poética en este género tan encantador como difícil. Como era natural, la falta de erudición, de manejo de la lengua, de conocimientos poéticos, en una palabra, fueron causa de que no pudiese sacar iguales ventajas de la poesía grande, es decir, de la oda, elegía, etc., como había logrado del género corto. Y esto se explica perfectamente, pues la facilidad y destreza que requiere la versificación de tan alto género, como asimismo la profundidad de que debe estar animado el poeta, no eran compatibles con la extrema juventud de un mozo, cuyo carácter petulante y ardoroso parecían desviarlo de un estudio serio y concienzudo.

No contento con tocar los metros en que Herrera y Rioja habían dejado modelos, no decimos superables, pero ni aun capaces de ser imitados, tuvo la pretensión de querer aclimatar en la poesía castellana el hexámetro y el dístico latino. Por supuesto la diferencia de los idiomas, la índole de la sintaxis castellana no se prestaban á esta aclimatación; así no es extraño que los ensayos de estos nuevos metros fuesen tan desgraciados que después de él no tenemos noticia de que haya contado con secuaces en este pensamiento.

Asombra en verdad que el terceto, la silva, la octava, todos los metros en fin, en que habían lucido los primeros poetas italianos pareciésenle cortos todavía, estrechos para dar salida á su inspiración, á las ideas de una cabeza que no podemos suponer, por bien organizada que la creamos, capaz de concebir nada de nuevo después de lo que habían dicho sus antecesores.

Es verdad que en los *sáficos* nos ha dejado muestras preciosas; pero con todo, y á pesar de la analogía que tienen con los endecasílabos, no ha tenido hasta ahora sino muy pocos imitadores, y eso no felices generalmente, ni bien apreciados sino por muy pocos, á causa de su extremada dificultad,

de su embarazo, que por cierto no compensa las bellezas que pueda sacar de ellos el oído más ejercitado.

Por ese entonces principió á generalizarse en la poesía castellana el uso del *romance*, el cual no era otra cosa que las antiguas coplas en que se cantaban las hazañas de los caballeros andantes.

Acrisolada la lengua á fines del siglo XVI, enriquecida la mente del vate con todos los conocimientos que se habían logrado en la literatura y en la ciencia, es claro que pulidas las toscas é informes producciones de los primeros siglos de la poesía pudiesen presentarse éstas como modelos dignos de imitación. Fuéronlo así en realidad y los *romanceros* que por entonces se publicaron, fueron como la pauta que tuvieron delante los que quisieron continuar la verdadera poesía lírica castellana. Destinados al canto, y por eso propiamente líricos, preciso era que la fluidez, la elegancia y la armonía fuesen muy superiores en este género de composición.

Por otra parte, lo dramático de la forma dábales, no obstante que no puedan competir en elevación con la oda y la canción, un interés que no pueden tener éstas, y que los hace por lo mismo tan populares y tan atractivos.

La historia de España mejor que la de ningún otro pueblo podía prestarse á ser explotada por el romance; su civilización, mitad árabe, mitad goda, es indudablemente un manantial perenne de inspiración, cuyos raudales, lejos de haberse agotado todavía, están siempre llenos y copiosos para el que se sienta dotado de estro.

¿Y cómo no podrá ser así? La dominación de los árabes había impreso en el carácter una fisonomía propia cuyos rasgos se sienten y parecen hacer un contraste muy marcado con el genio de los habitantes de las provincias en que la media-luna no pudo echar abajo la cruz y poner en vez del Dios de los cristianos la cimitarra de Mahoma.

Los pueblos meridionales de España que habían adoptado las costumbres arábigas, que eran árabes ya porque en sus venas corría unida con la sangre de Pelayo la sangre de

los Boabdiles, ¿cómo era posible que dejasen de encontrar material en su propia historia, de suyo tan graciosa y poética, para dar ocupación á la fantasía? De aquí viene que los romances se dividieran en moriscos y pastoriles y que la poesía, ataviada ya con la pedrería de la diadema despedazada de los moros, ya con las flores de los campos, tomase ese color tan dramático y brillante y ese perfume, puede decirse así, que llega hasta retratar á los sentidos el aroma de los jardines.

Disfrazado el amador de Zegrí ó Abencerraje, era necesario que cantase á su amada trovas propias de un Almanzor ó un Aliatar: era preciso que sus endechas, bien se preludiasen en el harpa ó en la vihuela, fueran tan trasparentes como el firmamento y tan suaves y voluptuosas como los ojos de una odalisca.

Si no contento con esto, quería cantar como los pastores al son de la zampoña; era asimismo forzoso que sus cantos tuviesen el embeleso de la tranquilidad del campo, la verdura de la primavera, los fuegos del estío y el encanto de la naturaleza ornada de todo su lujo, ora en los más erguidos árboles y empinadas montañas, ora en la corriente torrentosa de sus ríos y las tranquilas linfas de la laguna.

Los que debemos á Lope bajo el pseudónimo de Belardo son los más hermosos que tiene la lengua castellana, y eso que Góngora tiene algunos tan bellos que parecen no dejar nada que desear al más descontentadizo y frío de los lectores.

Aquel en que éste pinta los caprichos de la fortuna y la volubilidad de los goces, la rapidez de la vida, lo quimérico de la esperanza, la persistencia del mal tan apegado á la humana naturaleza como la hiedra al olmo que la sustenta, es de una galanura, de una lozanía, de una elegancia tan pura, que puede leerse mil veces con placer y siempre con aprovechamiento. Pero cuando este género de composición llegó á su apogeo fué en la época, según lo asienta el autor que hemos citado, en que Lope de Vega, Liaño y otros desconoci-

dos, no se habían dejado arrastrar todavía por los errores del mal gusto. «Esta época, añade el mismo Quintana, comprende la juventud de Góngora y de Quevedo y termina con el príncipe de Esquilache que fué el único que desde ellos acertó á dar á los romances el colorido, la gracia y la ligereza que antes tuvieron.»

Sin embargo, á pesar de la soltura que se había logrado imprimirle, la corrupción general del gusto, las malas doctrinas literarias que comenzaban ya á inficionar la poesía hicieron que su elegancia y gracia degenerase en desaliño, en trivialidad, no obstante los juegos de palabras y equívocos conceptuosos con que se pretendió mantener su dignidad y elevación. Así es que los poetas que terminaron aquella época, aunque más fáciles y numerosos en su dicción y más originales en el pensamiento, introdujeron en ellos los vicios que después enlodaron la poesía en general ó, mejor, la sepultaron á fuerza de querer rejuvenecerla con malos alimentos y peores y más ridículos atavíos.

Existían en esta época los tres hombres que al parecer general han reunido más fecundidad, más viveza, más inspiración para colorir sus impresiones. Eran estos Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega.

El primero, autor del famoso *Bernardo* y de *Siglo de oro* era en realidad todo un poeta.—Imaginación ardiente, corazón generoso, facilidad para explicar lo que sentía con coraje, con osadía, un don, como muy pocos pueden poseer, para dar animación á los objetos materiales: todo, en fin, lo que se necesita para ser un verdadero poeta se encontraba en este hombre, contra quien se han encarnizado Hermosilla, Marchena y otros críticos por supuesto muy inferiores en genio al hombre á quien despedazaron.

Educado en el nuevo mundo, respirando desde temprano ese aire que sólo un suelo como el americano puede despedir de sus flores: contemplando desde niño las más fragosas sierras, los más caudalosos ríos, los árboles más frondosos, la vegetación más copiosa, en fin, que tiene el globo; es natural

que se inspirase de una manera más ancha, más irregular, menos acompasada que los demás.

En efecto, desde la montaña hasta la floresta, desde el mar hasta la laguna, desde el más cultivado y pintoresco collado hasta los páramos más desnudos y desconsoladores han debido inspirarle: sí, lo inspiraron, y tanto, que en medio de su rica y copiosa rima, de su á veces elegantísima dicción, parece un americano que quisiese cantar los prodigios de la naturaleza de nuestro continente en robustos y bien torneados versos castellanos.

Que el *Bernardo* tenga escenas larguísimas, descripciones importunas, que en él se encuentren metáforas que el buen gusto repugna, versos cuyo descuido y desaliño afean las muchas é innegables bellezas del poema, que todo esto y más pueda achacársele por los preceptistas ¿qué es esto, preguntamos, al lado de las mil bellezas, de las mil preciosidades que podemos ver en esta obra que se apellida monstruo por los clásicos, y que nosotros también clasificaremos con el mismo nombre, pero no para motejarla con ese rigor sino para decir que no debe sujetársela á esa cama de Procusto, en que Zoilos como Hermosilla se han complacido en cortar los robustos miembros de tanto atleta rabioso de no dar siempre con compuestos y amanerados pigmeos.

Al lado de éste es menester colocar á Jáuregui, al donoso traductor del *Aminta*, al poeta florido y versificador elegantísimo que supo expresar sus delicados pensamientos quizás con más donaire que sus contemporáneos.

Pero éste desgraciadamente como Balbuena debieron rendir parias á la moda, pagar ese tributo á la miseria de la sociedad, que llega en su delirio muchas veces hasta tomar por belleza lo que la rompe de frente y á huir del buen sentido para echarse en brazos de las más repugnantes locuras.

Pero quien debe hacernos deplorar este abuso del genio ó esta sujeción á la corriente muchas veces tortuosa que la sociedad impone hasta al sabio, es Lope de Vega.

Ciertamente la naturaleza había concedido á este hombre

extraordinario cuanto podía conceder al más querido de los mortales. Entre sus innumerables dotes de poeta habíale dado la facilidad de escribir lo que quería y cuanto quería á todas horas y en el tono y lenguaje que le placiera. De manera que desde el idilio y el romance podía remontarse á la canción y la oda con el mismo vigor que nos cuentan tenía la Malibrán para hacer correr su voz por todo el teclado del piano.

Sus obras son infinitas, y por lo mismo serán muy pocos los que hayan leído una cuarta parte de ellas. Cuando se medita que escribió mil comedias, que hizo por millares sonetos, canciones, odas, romances, que su pluma no descansaba un solo instante; que ya creaba como un ingenio superior y era el modelo más perfecto de buen gusto; y ya traducía y se entregaba después á los mayores desbarros; uno no puede menos de sorprenderse y llegar hasta creer que el buen sentido no es el patrimonio del poeta. Pero no es así; la sociedad en que vivió, los aplausos muchas veces tan funestos como sus censuras, echaron á perder el talento de un hombre que sin sus defectos no tendría en nación ninguna con quien se le igualase.

El mismo explica la causa de sus descarríos: el mismo con una franqueza que le honra, dice en su égloga á Claudio.

Si no me embarazara el libre cuello
De la necesidad el duro yugo,
Por lo que al cielo plugo,
Yo viera en mi cabello
Algún honor que á la verdad se debe
Que diera verde lustre á tanta nieve.
Del vulgo vil solicité la risa
Siempre ocupado en fábulas de amores:
Así grandes pintores
Manchan la tabla á prisa.

Estos versos citados por Quintana y otros críticos, prue-

ban de sobra lo que decimos, y hacen ver que la moda, como lo hemos repetido, vicia también los más esclarecidos ingenios.

> ......y pues lo pide es justo
> Hablarle en necio para darle gusto.

Así exclamaba también en otra parte, y así podrían exclamar los autores modernos que manchan como él, ó más que él la dicha tabla; pero con todo, nunca bastará decir esto para excusarse de no haber sabido sacar todo el partido que se hubiera podido de un talento de primera nota.

Para el siglo XVI, en que se podía escribir despacio, por cuanto la necesidad no podía ser tan urgente como lo es en el día para los literatos, es, sin embargo, una mayor culpa que para el nuestro. Pero, á pesar de esto, nosotros no podríamos invocar esta disculpa, pues, como se sabe, ni nadie gana con las letras en nuestro país ni mucho menos el poeta, á quien considera la sociedad ó como un vagabundo ó como un loco.

¡Felices tiempos aquéllos! Lope vivió riendo, apellidado el fénix de los ingenios: los monarcas y los grandes lo honraron con su admiración: el pueblo lo aplaudió hasta el cansancio, y sus funerales fueron una completa ovación, un verdadero triunfo.

Se escribieron tomos de versos en su honor; las musas francesas é italianas se dieron la orden de luto, y la España despótica, por fin, no se desdeñó de llorar por el que la había encantado con sus acentos.

¿Harían otro tanto nuestros gobiernos Republicanos? El poeta, si es pobre, vive despreciado, desconocido, calumniado, y después de sus días tiene que ir á dormir en la zanja sin haber hallado un eco solo de consuelo ni menos encontrado una mano bienhechora.

Los Condes de Lemos no existen; también es verdad que no hay Cervantes ni Argensolas; pero, con todo, siempre

hay genio, y no divisamos otra palma para él que el hambre y el abandono.

Quintana estuvo prófugo de su patria, Meléndez murió en Montpeller, Marchena, como él lo dice, vivió aherrojado largo tiempo en un calabozo y Larra puso fin con una pistola á su desdichada existencia. Siquiera ellos fueron felices: más felices que nosotros, pues los americanos, como dice Feijoó, morimos de olvidados por la ingratitud y la ignorancia.

IX

Introducidos en la poesía, á consecuencia de los hechos que hemos asentado, los vicios inherentes á una literatura que va perdiendo de su majestad y pompa clásica, justo y muy justo era que se pretendiese levantarla de esa postración, que se tratara de volver á hacerla recuperar ese brillo que la había hecho resplandecer hasta entonces.

Movidos de este pensamiento, pusiéronse á la obra unos cuantos hombres de ingenio y crédito; pero por desgracia sus esfuerzos, lejos de ser coronados como lo merecían, no hicieron otra cosa que aumentar el catálogo de los males que pesaban ya sobre la poesía. Entre estos los que aparecen en primera línea son don Francisco de Quevedo y don Luis Góngora, genios ambos de primera nota, con especialidad el primero.

Ciertamente, la figura de Quevedo en la literatura castellana es una de aquellas cuya grandiosidad no puede disiparse por el transcurso del tiempo, ni cuya memoria podrá jamás borrarse mientras exista la lengua de nuestros padres.

Dotado de un ingenio asombroso, de una fantasía agigantada, de una instrucción vastísima no sólo en la literatura griega y latina sino en la oriental, en la que, según la opinión de sus biógrafos, era realmente doctísimo: un hombre, pues, de esta especie habría sido una mano poderosa, y más que suficiente, para volver á esmaltar la joya de la poesía ya tan deslustrada y enmohecida. Pero no fué así, por cuanto olvi-

dándose por lo general de sus brillantes dotes, dejábase llevar unas veces casi ciegamente del estragado gusto que había corrompido su siglo, embutiendo hasta en sus más bellas composiciones los equívocos más desatinados, las agudezas más alambicadas y las chocarrerías más groseras é indecentes.

Y no se diga que él no conocía sus extravíos, que desconocía el papel que debía desempeñar en las letras, pues era en ocasiones de un gusto el más puro y acendrado, de un chiste el más mesurado y donoso y de una elevación que acredita los profundos estudios que había hecho de los mejores modelos de la literatura antigua y de la de su patria.

Por las versiones que hizo de Horacio, se deja ver lo nutrido que estaba de la médula de la literatura clásica: sí, no cabe duda: el poeta latino habíale inspirado esa valentía de pensamientos, esa chispa satírica que á veces salta de entre sus conceptos más sofísticos y alambicados, ese raudal de gracia que corre como de una vena copiosa de donaires y agudezas. En prueba de ello, permítasenos citar la traducción de las primeras estrofas de la oda de Horacio sobre la medianía en sáficos como el original, que cita don José de Marchena para probar cómo Quevedo castellaniza las voces latinas, cortando como dice este crítico, la frase enteramente á la española:

Muy más seguro vivirás, Licino,
No te *engolfando* por los hondos mares,
Ni por huirlos *encallando* en playa
Tu navecilla.

A quien amare dulce medianía
No le *congojan* viles *mendigueces*,
Ni le *dementan* con *atruendos* vanos
Casas reales.

Más hiere el viento los erguidos pinos
Dan mayor vaque las soberbias torres,
En las montañas rayos fulminantes
Dan batería.

Pero todas estas bellezas y todos estos descarríos indisculpables ¿cómo pueden, preguntamos, avenirse en un mismo hombre? ¿Cómo puede concebirse que el que podía dar, y daba con su ejemplo los preceptos más puros de buen gusto, diese asimismo en otras ocasiones indicios, pruebas, diremos mejor, para ser tenido por solo un ingenio sin cultura, que á su sola fuerza creadora obedece y nada más?

La respuesta de esto sólo puede darse con lo mismo que hemos ya dicho al tratar de Lope de Vega: con decir que la sociedad en que vivía vició su gusto, malogró en cuanto pudo sus altas y admirables cualidades y redujo, lo que es más sensible, á que se crea por algunos su memoria como un recuerdo ominoso para las letras.

Infinitos hay entre sus enemigos, digo enemigos porque también existen apasionados suyos, que atribuyen la decadencia de la poesía especialmente á él; que lo acusan de haber pervertido el decoro de las musas, de haberlas ensuciado con sus zafias chocarrerías; que hasta lo inculpan injustamente de haber empobrecido la lengua, privándola de expresiones nobles y majestuosas por el prurito de engalanarla con locuciones viciosas y extravagantes.

Pero figuróse sin duda que el mal introducido por él valía más que la enfermedad que se había apoderado del parnaso español: que más valían esos defectos, de que podía librarse mañana la poesía como de un adorno superfluo, que no la mezquindad y la trivialidad que en su juicio hacíanla perder la nobleza y majestad que había heredado de sus fundadores.

En este concepto juzgó, tal vez, propio y digno el papel que representaba, llamándose á un mismo tiempo el regenerador de la poesía. Igualmente debieron pensarlo los que,

con el título de *cultos*, de *conceptistas*, de *equivoquistas* y de *sentenciosos*, cometieron otros tantos mayores desbarros, no pudiendo como ha sucedido á Quevedo, escudarse para la sensura con las mil bellezas que al lado de sus monstruosidades y adefesios lucen esparcidas en sus obras.

Fríamente sentencioso como que profesaba la filosofía estoica: á veces sublime y atrevido como que interpretaba la escritura: teólogo en fin, y filósofo, no es de extrañar que una vez puestos sus pies en la senda del mal gusto se deslizase hasta tal grado por ella, que ofreciese á un tiempo en el conjunto de sus obras esa mezcla de grandeza y pequeñez, de altitud y rastrería que han hecho que su fama se la disputen como el cadáver de Patroclo, negando unos hasta su verdadero mérito y otros enalteciendo como maravillas del ingenio lo que no es ni puede ser sino estragamientos y miseria.

«Su estilo en prosa, dice el autor que hemos citado frecuentemente en este discurso, en lo serio como en lo jocoso, es siempre cortado, sin trabazón ninguna, sin progresión, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exageración y la hipérbole».

«Su imaginación era vivísima y brillante, pero superficial y descuidada; y el genio poético que le anima, centellea y no inflama, sorprende y no conmueve, salta con ímpetu y con fuerza pero no vuela ni toma nunca una elevación sostenida. Tan cierta es esta apreciación, que uno podría convencerse de ella con sólo leer cualquiera de sus composiciones hasta el fin. Tomado aisladamente un trozo de ellas nos encanta la sonoridad, la robustez del verso, lo bien cortado del período, nos admira lo ingenioso del pensamiento, la osadía de la imaginación; pero observado todo el conjunto, de seguro que la admiración irá apagándose poco á poco, y tanto que no volveremos á desear volver á leerlo en mucho tiempo. Si hay autores que ganan, como ciertos hombres por el trato familiar, que llegan hasta hacerse perdonar sus defectos por los agrados que encontramos en su intimidad, Quevedo, por el contrario, es de aquellos que pierde en la estrechez, es uno

de esos que mirados con confianza ocultan sus buenas prendas, por relevantes que sean, y lucen sólo sus numerosos defectos. Es tan cierto este juicio que, abriendo á la ventura cualquiera de las páginas de sus poesías, hallaremos por fuerza algo que nos llame la atención, algún verso que hiera nuestro oído, de manera que se fijará necesariamente en el cerebro sin que para ello hayamos puesto el menor empeño. De nadie pueden citarse versos sueltos, frases aisladas que sean más bellas, que puedan tornarse mejor en aforismos, en apotecmas, ni que más acrediten en compendio la grandeza del genio y la osadía de la imaginación.

Viardot y Puibusque, entre los extranjeros, son los que más han comprendido, á nuestro juicio, el genio de este poeta, de este filósofo, de este famoso prosista, en quien la naturaleza, propicia entonces para la España en triunfos y glorias, pareció hacer galas de sus favores. Lo que es por nosotros, creemos que debe estudiarse por todo aquel que aspire al lauro del poeta, á lo menos para dar valentía al estilo poético, para aprender á compendiar en una frase un bello pensamiento, para conseguir redondear maestramente los períodos, para manejar en fin la lengua con desembarazo y gallardía.

Faltar pudo su patria al grande Osuma.
. . . .
. . . .
Vencida de la edad sentí mi espada.
. . . .
Fatigó su furor el hemisferio.

Como estos versos sublimes hay á centenares en sus obras: los que, como lo hemos dicho, no pueden menos que ser modelos felicísimos de sublimidad de dicción, que, como se sabe, sólo puede lograrse en ocasiones haciendo brotar la luz como las chispas de una máquina eléctrica.

En muchas de las composiciones de la novena musa de

este autor es donde puede aprenderse mejor que en otros modelos el modo de decir breve que pide la sublimidad del pensamiento, esa sublimidad apetecida por Longino, y que debe ser tan rápida como lo es la concepción que la inspira. Las acusaciones que se hacen á Quevedo acerca del cinismo en que se empapan sus agudezas, pueden asimismo hacerse á todos los escritores satíricos no sólo de ese tiempo sino de los posteriores. Mas en esto, y para apreciar debidamente las causas de este vicio que se les achaca, es forzoso remontarse á otras consideraciones más altas, á reflexiones que sólo puede dar el estudio de la situación política en que se ha hallado España desde el primer monarca de la raza austriaca.

Sabido es que la mayor parte de los escritores satíricos españoles han pecado en truhanes y chocarreros, haciendo en esto decir á los extranjeros que la gracia no puede ser ligera y pulcra en aquella nación como lo es en Francia, por ejemplo. Tan desacordada reflexión sólo puede hacerse ignorando absolutamente la organización política de España desde el establecimiento de la inquisición, no conociendo á fondo ni su historia pasada, ni fijándose en las prendas que constituyen el carácter de sus hijos.

Siendo el despotismo la esencia del gobierno español desde que los reyes Católicos subieron al trono ¿cómo es posible entonces exigir de los escritores aquellas chanzas cultas, finas, aquellos donaires que recrean la fantasía sin emporcarla y hacer retozar en los labios la blanda y ligera sonrisa?

La gracia, el chiste pende casi siempre de una alusión que nada dice á primera vista, pero bajo la cual se transparenta el ingenio, se columbra aquella inocente mordacidad que se desprende de las ridiculeces y miserias del hombre. La gracia no debe verse, debe adivinarse, pues, cuanto mas imperceptibles son sus dardos, tanto más seguros son sus efectos en el que ha sido tan sagaz para penetrarse de la espiritualidad de su intención.

Los pueblos regidos por leyes adecuadas á la prosperidad

general, que viven bajo instituciones liberales, que de continuo oponen un valladar al despotismo del que ejerce la autoridad suprema, y que, por lo mismo, se encuentran con derecho de reprender con la burla las demasías que se cometen poniendo de su lado á lo que se llama *opinión pública:* esos pueblos, decimos, son los únicos que pueden presentar dechados de donaires, de esos chistes que quieren buscar los franceses, tan amanerados hasta en el reir, en los pobres españoles que han gemido durante cuatro siglos bajo la tiranía más dura y el despotismo más envilecedor y mortífero.

En este sentido, ¿cómo podía el poeta satírico dar suelta á su vena para hacer reir del ministro presumido, del monarca que unía á su devotismo sanguinario y atroz los vicios de un Sardanápalo y las crueldades de un Calígula?

¿Qué chistes de este género no habrían valido al poeta el encierro eterno en una mazmorra? Si quería, por ejemplo, ridiculizar al mal sacerdote, al hombre que olvidado de su ministerio se entregaba á todas las locuras vulnerables hasta en los hombres de espada ¿no habría ido á pagar su osadía en las hogueras de la inquisición, que tan bien sabía identificar, para dar riendas á su rabia de exterminio, los ataques hechos al hombre con los que se hacían ó podían hacerse á la religión por los calificados de herejes?

Los pueblos libres son los que se explican con más vigor, sin tapujos, sin embarazo contra los que juzgan como enemigos suyos. Por esto es que los ingleses han calificado de *humour* á las chanzas que les arranca el ridículo que quieren verter sobre quien juzgan como que atenta á la pureza de sus costumbres ó á la invariable rigidez de sus leyes.

Las naciones esclavas, por el contrario, ni á quejarse se atreven; y el susto que les inspira la grandeza y el poder de sus opresores no les deja ni siquiera el valor de emplear las armas del ridículo contra ellos. Sí, los pueblos oprimidos no pueden reír; más, no pueden pensar; y bajo este punto los españoles quedan muy salvos de la acusación que se les

hace por no haber sabido usar de la sátira, de la gracia, por no haber dirigido rectamente las armas del chiste.

Siendo así, ¿qué extraño tiene que Quevedo, no pudiendo atacar nada de lo que le parecía ridículo, se pusiese ex-profeso á escribir agudezas, trazando las bodas de la berza con el repollo, y rebajándose hasta otras todavía mayores insulceses y necedades?

En el sueño de las calaveras, *en su visita de los chistes*, *en las cartas del caballero de la tenaza* ¿qué es lo que ridiculiza? ¿A quién escarnece? ¿Es á los déspotas, á los perversos que destinados para dirigir los destinos de la monarquía la esquilman y desangran? ¿Es á la superstición á la que asesta sus tiros? ¿Es á la pequeñez y miseria de los españoles que besaban humildes y agradecidos las manos que los abofeteaban y secaban en su rostro el brillo de sus glorias? Nó, nada de eso: los que merecen sus saetas, los que le inspiran su sátira, son los pobres poetas que han escrito malos versos, que no han sabido encontrar un consonante oportuno: son los pobres casados que para que sean graciosos es fuerza que sean *cornudos*, etc. ¿A qué están, pues, reducidas todas sus sátiras? A la crítica de maridos consentidores y fáciles, á la pintura de rufianes y de mujeres prostituídas, de escribanos ladrones, de alguaciles venales y nada más?

Forzoso, pues, era que un ingenio tan agigantado como el suyo, no teniendo otros sujetos dignos de su vena, se achicase hasta el caso de revolcarse en esos lodazales de indecencia y chocarrería. Sí, en su situación no se podía hacer más: y en tal caso más le hubiera valido para su fama misma no avillanar su talento, no prostituir su grandiosa fantasía, ni menos legar á la posteridad tan mezquinos modelos.

Esta disculpa, con todo, no es extensiva al mal gusto con que vició sus poesías serias: nó, pues siguiendo la pauta de los autores que le habían precedido habría dejado un nombre preclaro en las letras, y, más que eso, la gloria de haber sido el restaurador de la poesía de su patria.

Quintana dice en pocas palabras lo que para nosotros qui-

zás sería necesario muchas páginas: así nos contentaremos con copiar estas líneas, que en nuestro sentir compendian, no solamente lo que hemos dicho sino que marcan perfectamente el juicio que la posteridad debe hacer de este hombre extraordinario.

Dice así: «Al encontrar en sus obras tantos pasajes brillantes, después de tributarles la justa admiración que se le debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignación, viendo el lastimoso abuso que Quevedo ha hecho de sus talentos, y empleado en equilibrios vanos y suertes de volteador los vigorosos músculos y fuerza de un Alcides».

X

A un tiempo mismo que Quevedo procuraba reprimir el mal gusto, que, como ya dijimos, había invadido la poesía, á consecuencia del mal ejemplo dado por Lope de Vega y sus discípulos, otro hombre, de un talento superior, trataba á su vez y á su manera de poner un dique al torrente que, según él decía, inundaba la poesía castellana. Este personaje era el famoso don Luis de Góngora, fundador de la estravagante secta de los *cultos*.

Lo que realmente pasma estudiando la historia de la poesía española, es ver que Quevedo, apellidado por sus contemporáneos como el padre de la escuela de los *sentenciosos*, y Góngora llamado á su turno, como lo hemos dicho, creyesen levantar el templo de las musas, en su concepto medio derribado ya por los profanadores del arte, al mismo tiempo que, olvidados de sus preceptos y más que eso, de toda ley de buen gusto, autorizaban cada uno á su turno, con su ejemplo, los mismos desvaríos que pretendían extirpar.

Esto mismo intentábalo también Lope, y sin querer ni pensarlo tal vez, echaba asimismoá rodar las lecciones que daba, haciendo como adrede, alarde de los mismos idénticos descarrios contra los que, en su dulzura y amabilidad,

levantaba su voz con más energía y calor que lo que podía esperarse de su suave y tranquila condición.

Pero antes de todo ¿qué vicios eran esos, que en sentir de estos ilustres literatos corrompían la índole generosa de la poesía? ¿Cuáles eran esos defectos que la eclipsaban y amenazaban dar al traste con ella, sepultando los bellos ejemplos dados ya por los célebres líricos anteriores? Al oirlos, uno creería que la poesía caminaba á la barbarie, que la lengua española no era ya el idioma que habían apurado y acendrado León, Herrera, Rioja, etc., sino simplemente una jerigonza indescifrable y vergonzosa Entretanto, y á pesar de toda esta grita, Cervantes escribía las hermosas páginas que han sido el embeleso de las generaciones posteriores, y que lo serán siempre de los hombres de ingenio y de corazón; á pesar de todas estas quejas, los Argensolas daban diariamente muestras de su copiosa erudición en materia de lenguaje; Villegas con sus anacreónticas sacaba del idioma poético bellezas sin cuento; y Lope y lo mismo Góngora y Quevedo, mostraban, á un tiempo que lloraban el mal gusto, que eran capaces de arrancar, cuando querían, de la lira de Garcilaso, ya tan considerablemente encordada, y tan diestramente mejorada y pulida, acentos verdaderamente sublimes.

Pero nó: para Quevedo la poesía se vulgarizaba, rastreaba en la humildad, por que no se empleaba ese lenguaje sentencioso, enfático, cortado, cuyas luces no abrasan constantemente, sino que chispean por intervalos; pero nó, para Góngora la poesía estaba estragada, envilecida, deslustrada, era ya rastrera, pobre, mendiga, por que Lope y sus imitadores no empleaban los más sofísticos conceptos, las alusiones más enmarañadas, los equívocos más alambicados, las metáforas más por los cabellos traídas, y todo ese fárrago de comparaciones estrambóticas, de empalagosos requiebros, que hacen de la mayor parte de las poesías eróticas de ese tiempo un centon de coplas fastidiosas, en que si luce á veces el martirio del poeta, no aparece ni se columbra siquie-

ra el menor vestigio de sentimiento. Tan verdadero es esto que Herrera mismo, á pesar del encanto que sabe inspirar siempre, nos disgusta sobre manera y tanto que nadie querría ser el idolatrado objeto de sus ansias, para no verse constantemente envuelto en esas interminables elejías, en ese cúmulo de devaneos, que hacen de su pasión una pasión postiza, y que sólo puede creerse un tanto, oyendo á sus biógrafos la apasionada y platónica ternura que sintió y sostuvo siempre sin esperanza por la hermosa Condesa de Gelves.

Por lo que hemos dicho, se verá que ni Quevedo ni Góngora ni Jáuregui, que fueron los que se pusieron á la obra para purificar el gusto literario, ya en su sentir tan gastado ó corrompido, andaban del todo acertados: pues ni la trivialidad y desmayo que podía achacarse á Villegas, á Lope y sus discípulos merecía ese tan exagerado concepto, ni mucho menos ese remedio con que se pretendió curarla, y que sólo sirvió para gastar su vida y enterrarla al fin en una indigna y vergonzosa sepultura.

Sin querer imitar á don Ignacio de Luzan y todos los demás escritores para quienes la poesía se reduce sólo á perfectos períodos gramaticales, á exornaciones puramente externas, á formas físicamente artísticas: sin pretender ponernos de parte de los intolerantes preceptistas de la escuela creada por Hermosilla, sin duda para completar la que quiso fundar en política con su execrable *jacobinismo;* no podemos, sin embargo, acometer la empresa de defender á Góngora en todo aquello que le censuran y motejan distinguidos humanistas y poetas esclarecidos, que pueden corroborar sus lecciones con el ejemplo.

Para Luzan y sus alumnos que se llaman los restauradores de la poesía castellana, Góngora, según dice Viardot, copiando á la letra en todas sus apreciaciones á Quintana, fué sinónimo de *poeta detestable*, y de *corrupción literaria*, llevada al más alto punto que pueda figurársela.

Y sin embargo, el poeta detestable, el corruptor de la lengua castellana, ofrece en sus letrillas y sus romances, pági-

nas enteras de versos encantadores, de verdadera poesía, á la que, en nuestro sentir, no ha tenido rival ni compañero. Pero no es este género sólo, donde sobresale este eminente poeta, que hay millares de estrofas en sus poesías que pueden testificar que no sólo manejaba clásicamente, cuando quería, la lira castellana sino que hacía remontar su fantasía hasta una región á que sólo puede encumbrarse el verdadero numen.

Andaluz, dotado de un genio independiente, de un corazón apasionado y altivo, de un carácter pronto y vivaz como la generalidad de sus compatriotas, poseído además de una arrogancia, llevada muchas veces hasta la temeridad, ¿cómo no debía resentirse su estilo y lenguaje de estas ventajas y de estos defectos, de esta mezcla que no puede explicarse sino por aquello *de que cada uno tiene los defectos de sus buenas cualidades?* ¿En cuál de los poetas, exceptuando á Francisco de la Torre, á quien no tememos de dar la palma en el *lirismo* sentimental, podrían encontrarse estancias de más galanura, de más bizarría, de más fuego que en éste? ¿No parecen pálidas, sin color, las estrofas tiernas del mismo Villegas, comparándolas á muchas de las de este poeta? En el número, la cadencia, la bizarría, la robustez, tiene á veces competidores? Acordes están, Puibusque, Marchena, Quintana, Viardot, etc., etc., en citar como prueba no sólo de lenguaje poético, sino elevación de pensamientos, los siguientes versos.

«Rei de los otros ríos caudalosos
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello ondoso.»
. . . .

¿En qué poesías amorosas puede haber imágenes más oportunas, expresiones más decorosas, pinturas más vivas y apasionadas que en aquella en que aconseja á los amantes que no toquen la boca de su amor, porque entre el uno y el

otro labio se halla escondida como entre flor y flor una astuta serpiente?

«No hay en todo Anacreonte, dice Quintana, un pensamiento tan gentil como el de aquella canción, en que presentando unas flores á su amada, le pide tantos besos como heridas le habían dado las abejas que las guardaban.»

Estas bellezas son comunes en el género levantado, cuando este hombre tan ricamente dotado de estro, quiere sujetarse á los preceptos del buen gusto, cuando se olvida del estrambótico papel de novador, que quiso asumir, no se sabe por qué, para restaurar el mal gusto de su tiempo.

Si de este género volvemos la vista al romance, los ejemplos felices, inimitables, que nos ha dejado son sin cuento, como puede verlos cualquiera con leer en las colecciones de poetas, el primer romance que le caiga á la mano. Ya dijimós que el que trata sobre la brevedad de la vida, etc., era de los mejores que tiene el castellano, y sin embargo, acúsanos el remordimiento de haberle dado la preferencia, leyendo después otros muchos en que campean iguales, por no decir superiores rasgos de genio y de perfecta elocuencia poética. Sin embargo, copiaremos estas dos preciosas estrofas de aquel romance para estar de acuerdo con los críticos, y que no pueda recusarse nuestro juicio.

El bien es aquella flor
Que la ve nacer el alba,
Al rayo del sol caduca
Y la sombra no la halla
El mal, la robusta encina
Que vive con la montaña,
Y de siglo en siglo el tiempo
Le peina sus verdes canas.
La vida es el ciervo herido
Que las flechas le dan alas;
La esperanza el animal
Que los pies lleva en su casa,

Si dejamos el petrarquismo, hecho, al parecer de muchos humanistas, ya una epidemia en los poetas de este siglo de oro, forzoso será, si no queremos ser exigentes, que ya que no la llamemos el rey de las letrillas, confesemos á Góngora un mérito indisputable en este género, y un reconocimiento justamente merecido, por cuanto los poetas modernos que se han distinguido en la leyenda, le son deudores de modelos preciosísimos que han debido por fuerza tener á la vista para cortar los suyos.

Con todo, este hombre tan superior, tan bien organizado, tan poéticamente construído, si es posible explicarse así, desbarra á veces de una manera que causa hastío, que hace hasta olvidar su talento y obliga á que lo acusemos de la muerte que más tarde sufrió la hermosa poesía de Castilla. Si las bellezas que hemos anotado sin inmensas, por más que parezca raro, los delirios y las extravagancias también lo son, haciendo con esto que se crean en un solo individuo dos seres enteramente diversos, uno destinado para enaltecer el idioma del sentimiento, y otro sólo nacido para bastardearlo y envilecerlo.

El prurito de dislocar las frases, de embutirlas de relumbrones, de salpicarlas de palabras nuevas, de construcciones caprichosas y á todas luces viciosas y desordenadas, formó al fin un *galimatías*, un laberinto en el cual no se puede penetrar ni salir absolutamente sin tener el famoso hilo de Ariadna.

Donde dió remate á su manía, fué en sus *soledades*, en su *Polifemo*, composiciones que no deberíamos leer, lo primero para no amargarnos el paladar, y lo segundo para no imitar á los gramáticos y puristas en la odiosidad que le manifiestan, olvidándose que hay canciones y sonetos, fuera de sus letrillas y romances, que pueden dar motivo á igual número de elogios que aquellas de censura.

Si á las dotes maravillosas que este poeta había recibido de la naturaleza, hubiese añadido una instrucción concienzuda y clásica, una lectura aunque no vasta acendrada, no

hubiera sido temeridad querer depurar la poesía de los vicios que la afeaban y calificarse, en consecuencia, su restaurador. Mas, como el talento, por vigoroso que sea, cuando no cuenta con el cimiento del estudio, no puede construir un edificio seguro y duradero, aconteciόle no solamente perder su vigor en vanos esfuerzos, sino lograr con ellos un fin enteramente contrario al que tuvo en vista.

Pero todos estos descarríos ó delirios, si se quiere, no habrían pasado de defectos, aunque marcables y reprensibles, no por eso capaces de constituir una escuela, si una turba de ignorantes presumidos no se imaginasen que podían continuar por la misma vereda y atrapar así el renombre de poetas, que sólo se da al que ha sido favorecido por la naturaleza muy particularmente y sabido aprovechar con el estudio de este beneficio. Góngora, pues, alentado por la pandilla de petulantes que lo calificaba de *padre de los cultos*, de *ingenio sobrehumano* etc., etc., no oyó, ó no quiso oir, la censura de los hombres de buen gusto, que sin envidia ni móvil rastrero de ninguna clase querían desviarlo de tan estraviada senda.

A pesar de esto, Lope con sus consejos, con sus advertencias juiciosas y apacibles, Quevedo con sus burlas y chocarrerías, Jáuregui y otros con sus amonestaciones y sentencias, no consiguieron otra cosa que exasperarlo, que irritar su manía y hacerle que, creyéndolos sus enemigos y denigradores, descargase contra ellos toda la mordacidad y acrimonia de su carácter suspicaz y atrevido.

Pero lo más curioso es que Lope, Quevedo, etc., que se creían á su vez también restauradores del buen gusto, y que habían arrojado el guante á Góngora, cayesen á veces en desconciertos que dejaban atrás á los del poeta censurado, y que prueban, pensando un poco, que el hombre no puede librarse, por muchos esfuerzos que haga, de la necesaria influencia que debe ejercer sobre él la atmósfera del siglo en que vive.

Lope que en sus poesías satíricas y en el *Laurel de Apolo*, culpaba al fin á Góngora con más fuerza y acrimonia que lo

había hecho hasta entonces, decía, sin embargo, para pintar la picadura que la pulga había hecho en el pecho de Leonor:

> Picó atrevido *un atomo viviente*
> El blanco pecho de Leonor hermosa:
> *Granate en perlas*, *arador en rosa*,
> *Breve lunar* del invisible diente.
> A ella *dos puntas de marfil luciente*
> Con súbita inquietud bañó quejosa,
> *I torciendo su vida bulliciosa*
> En un castigo de venganzas siente, etc., etc.

¿Puede llegar á más el desacierto? No hay en este soneto, bellísimo á pesar de todo, más *culteranismo*, más *alambicamento* y extravagancias que en muchos de los tan criticados de Góngora? ¿Y Quevedo dónde lo dejamos? ¿Se puede leer una sola de sus musas, sin tropezar á cada rato con monstruosidades semejantes? ¿No están empedrados hasta sus mejores sonetos con ese cascajo que lastima la fantasía, que irrita el buen gusto, que choca y abruma hasta no poder más?

Pero, por fin, ¿en qué quedaron los esfuerzos de levantar á la poesía de la llaneza y rastrería intentados por Góngora, y de extirpar el vicio del culteranismo, tentado por Quevedo, etc.? ¿En qué fueron á parar estas tentativas de reforma y de depuración literaria, pretendidas á una por ingenios tan sobresalientes? En nada, y propiamente en nada, pues la poesía fué cayendo rápidamente á consecuencia de los golpes asestados á su templo por sus mismos pretensiosos sacerdotes y defensores, en un estado de abatimiento consuntivo, que vino al fin, cuando se desplomó, á quedar sepultada, despedazada y raquítica, bajo los mismos gloriosos escombros de las robustas columnas que la habían sostenido por más de una larga centuria.

Pero en esto es preciso no mirar un acontecimiento aislado, un hecho literario particular y sin trabazon ninguna, por

que si así se procede, desconoceremos completamente ese lazo indisoluble que existe entre la literatura de una nación y el orden político y social que la sustenta.

La literatura que no es otra cosa que la expresión del estado social de un pueblo, debe seguir como la sombra al cuerpo todos sus movimientos, todas las fases en que se presenta, asumiendo necesariamente cada una de las formas de que la sociedad se reviste.

De otra manera no es posible comprender la civilización: ella es una cadena; rotos sus eslabones, es fuerza que los elementos de vida que cada uno de ellos simboliza y encierra, rueden por tierra. Querer exigir, pues, que la literatura rebose de vida, de lozanía, de pureza, cuando el orden social se interrumpe, á consecuencia de la corrupción y envilecimiento de la sociedad, es un absurdo, tanto más chocante cuanto es sabido que el hombre no puede representarse por medio de las letras y las artes, sino como es. De esta manera se explica y comprende, como bajo el reinado magestuoso y brillante de Carlos V, la literatura española acabó de formarse depurando el idioma, enalteciendo la mente del hombre, con las ideas generosas de la gloria y del orgullo nacional, excusable aunque exagerado en los españoles de entonces, por la grandiosidad prodigiosa de sus triunfos.

La literatura, pues, en este período, especialmente la poesía, fué el espejo en que pudo verse el orden social: grandeza, brillo, ostentación fastuosa, severidad, valentía, todo eso tenía la España, y todo eso tuvo también ella.

Bajo su sucesor las mismas cualidades brillan todavía, sólo embozadas con el sombrío devotismo del monarca: las mismas deben aparecer también en las letras y las artes.

Garcilaso es la gloria militar tocando el harpa castellana, fray Luis de León es el catolicismo, uniendo los sones melodiosos y celestes á los robustos ecos del clarín y de la trompa guerrera.

En tiempo de Felipe III, es decir, bajo la tutela del venal y supersticioso duque de Lerma, la literatura principió á

cambiar de aspecto: su arrogancia y bizarría disminuyen, se siente sobre la frente del poeta, aun en medio de sus amores y sus glorias, resbalar un pensamiento triste, se ve que sus labios no dicen todo lo que siente el alma, que el laúd no resuena con el vigor que hubiese debido.

Subido Felipe IV al trono de su padre; las musas se creen festejadas por el monarca; el poeta se hace trovador, espadachín: Quevedo mata á cuchilladas al mal caballero que ultrajó á una dama: otros cantan al amor como majos y libertinos: la poesía, en fin, es el retrato de lo que era el palacio del asesino del conde de Villamediana. Se hacen versos, se escriben comedias llenas de *guapos* y hazañosos paladines; y el monarca y su corte representan á su turno las piezas hechas á escote entre los cortesanos, y achacadas en su servil abyección al monarca.

La España en medio de su trágica decadencia siempre brilla, y la literatura participa de la misma pérdida de su virilidad y de su gloria. Las musas á su vez ríen de su abatimiento, y plagiando al monarca hasta en la majestad con que supo morir asfixiado por no interrumpir las leyes de la etiqueta, hacen con Quevedo, Góngora, etc., esfuerzo sobrehumanos para sostenerse y expirar no mostrando en el semblante ni dolor, ni flaqueza.

El imbécil Carlos II, pone el sello á la decadencia política y social de la España: el demente y ridículo monarca sueña á todas horas con los brujos, créese endemoniado, júzgase poseído de un maléfico genio: la literatura tiene igual suerte; Gracian debe ser el representante de la poesía: es el genio también endemoniado que debe representarla y las ciencias, las artes, la gloria, la preponderancia social y política de la nación, el genio, en fin, doblan la frente delante de la superstición y la imbecilidad; y una noche tenebrosa y aflictiva se tiende sobre lo sagrado y grandioso de aquellos escombros. Contrayéndonos á la poesía, concluiremos este período copiando estas desconsoladoras palabras, tenidas por exageradas por uno de los escritores franceses que más han es-

tudiado la literatura española, pero que con todo eso no se manifiesta en sus apreciaciones más filósofo que lo es el distinguido autor de quien las tomamos.

«Así acabó la poesía castellana: en su juventud más tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la había engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja, se presenta con la ostentación de una hermosa dama ricamente ataviada: en Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura: pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona después á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrépita no hace más que delirar puerilmente, secarse y perecer.»

Ya lo veis: el retrato de la poesía es perfecto: ¿no lo es también, preguntaremos mil veces, el que, con esto mismo, se hace de la civilización española? Léase la historia, estudiésela, y vendremos á parar por fuerza en lo que hemos dicho; que la literatura debe seguir hasta el más leve movimiento del estado social y político que representa, y por lo tanto manifestarse unas veces grandiosa y soberbia, y otras abatida y rastrera como ha sucedido en el último período del que se llama *siglo de oro;* el que, aunque concluya propiamente con el último monarca de la raza austriaca, para el asunto que nos ocupa debe tener remate en la muerte del galante y libertino Felipe IV.

XI

Antes de concluir con el estudio de la poesía de este para siempre glorioso y memorable período de la historia de las letras españolas, es forzoso hacer otras reflexiones que se promueven sin esfuerzo, atendiendo al conjunto de los suce-

sos políticos que se sucedieron durante el reinado de los monarcas de la raza austriaca.

Ya hemos dicho como la libertad política comenzó á menoscabarse en tiempo de Carlos V y las razones con que se explica la decadencia que sufrió la España, no sólo en su preponderancia política sino en el reinado de su literatura.

Desde el hijo de doña Juana *la Loca* hasta el enfermizo é inepto Carlos II hay sepultado un mundo de hechos grandiosos y mezquinos, un mundo de glorias y reveses, toda la escala, en fin, de fortunas y de desgracias que puede recorrer una gran nación en el corto período de un siglo.

Estudiar bajo todas sus fases la civilización de esta centuria, analizar los fenómenos políticos con relación á las letras en general, es una obra que demanda un ancho espacio, una tarea que ni la España misma ha llenado todavía á pesar de los muchos talentos que ha tenido y tiene actualmente.

Lo único que puede hacerse en tal caso es estudiar en globo el espíritu literario de este tiempo, y trazar á grandes toques un bosquejo en que el estudio podrá acabar de sombrear algunas figuras delineadas apenas, y con la necesaria timidez y embarazo que debe tener el que se cree sólo un estudioso aprendiz en el arte.

Siguiendo este principio, haremos todavía algunas observaciones que juzgamos indispensables, como ya lo hemos dicho, para finalizar si no cumplidamente, al menos de un modo digno el cuadro que hemos comenzado.

Si se estudia con conciencia la historia de la poesía castellana desde los informes ensayos de sus copleros hasta las más acabadas composiciones de sus grandes maestros, se verá que nada había dejado de tocar y con notable buen éxito en poco más de un siglo; término generalmente muy corto comparado con el que han gastado otros pueblos para acendrar el idioma y dar un carácter propio á su literatura.

Realmente, cuando se leen las cántigas de los siglos décimo tercio, cuarto y quinto y se comparan con los hermo-

sos versos de casi todos los que componían este famoso *siglo de oro*, uno no puede menos que creer á la España dotada de un poder generador tan asombroso, diremos así, que casi no se puede suponer en un pueblo que ha consumido su existencia en el trabajo de tantos siglos.

Pero es esa la verdad: la tierra de nuestros padres no estaba hasta entonces á pesar de las fatigas sin cuento de sus hijos y de la feracidad de su riquísima naturaleza, ni siquiera medio agotada para el genio ni esterilizada, á pesar de sus hazañas, para la gloria.

Carlos V en el trono de sus padres fué la representación gigantesca de la grandeza de la nación; el fruto que debía recoger en sus entrañas toda la savia generosa del árbol que lo había producido. Así no es posible estudiar su gran figura destacándola del cuadro en que campea; pues si tal acontece lo colosal de la estatua vendrá á chocarnos, y por esta razón á impedirnos que la veamos en toda su luz y con las sombras que su misma grandiosidad y elevación hacen precisas.

Tan cierto es esto, que si pretendemos analizar las prendas que lo adornaban como soberano, si queremos medir la trascendencia de sus hechos y estudiar las hazañas que consiguió por medio de su genio, separándolo del cuadro que ofrecía no sólo la España sino la Europa entera, sobre quien imperó tan poderosamente; sólo conseguiremos que, abrumada nuestra cabeza por el peso de tanta gloria, nos ofusquemos hasta tal grado que nos sea imposible ver en él otra cosa que un hombre extraordinario, cuyo nombre no se sabe si ha de colocarse entre los que se titulan grandes soberanos ó unirse á la larga lista de los que consideran las naciones como sus verdugos.

Nó, no es aisladamente donde puede y debe verse esta gran figura: no es bajo la luz del siglo XIX como puede bien apreciárcela, no es bajo los principios que hoy nos dominan como puede comprendérsele; nó, pues si tal fuera, la libertad pediría un anatema, la conciencia un castigo, y los de-

rechos todos del hombre levantarían irritados á una su voz impetuosa y sagrada contra su mentida grandeza.

El nombre de *inquisición* suena todavía en nuestros oídos con espanto: el recuerdo de las persecusiones religiosas aún nos hiela: el abandono de todo bien positivo para el pueblo, el robo de sus libertades hecho bajo la capa de la gloria: la sed isaciable de conquistas, á la que España debió su aniquilamiento y por fin la muerte: el suplicio de Padilla, del postrero y más generoso de los españoles: todo esto y más todavía que podemos ver rebuscando su historia no sólo nos indigna, nos remueve el corazón, sino que nos hace prorrumpir en maldiciones contra todos aquellos á quienes la imbecilidad y la cobardía de los oprimidos ha querido apellidar *grandes hombres*, sin duda para escarnecer su propia servidumbre. Sin embargo, este mismo hombre parece grande, se le ve un héroe, se le siente un gran político, cuando se le mira al lado del galante y casquivano Francisco I, cuando se le compara con el sensual y feroz Enrique VIII, cuando se tiene en cuenta el espíritu supersticioso del tiempo: cuando se medita que la cimitarra de Soliman y la biblia de Lutero eran las dos esfinges que asustaban la cristiandad. Sí, entonces es cuando se le ve en toda su luz, y cuando se puede sin equivocarse apreciar el carácter de su genio y el papel que representó la España bajo su espada.

En Felipe II, á quien Voltaire y sus discípulos han calificado de *Demonio del medio día* y á quien otros historiadores por contraposición á éstos, han enaltecido hasta el grado de considerarlo un gran soberano, es donde mejor que en ningún otro de estos monarcas puede verse la civilización española y estudiar los elementos y los agentes de que se componía entonces.

Acrecentada la superstición por las acometidas del protestantismo: hecho más severo el carácter español á consecuencia de los sucesos que tenían lugar en Europa y de la grandeza de los hechos de su misma patria: cubierta ya la espada del conquistador con la toga del diplomático: obe-

deciendo los primeros capitanes de Europa, no ya al guerrero audaz que delante de Túnez comía con ellos su ración de carne de caballo, sino al devoto y sombrío monarca que pasaba largas horas en el monasterio del Escorial, mientras que sus huestes invencibles y su grande Armada eran rotas y deshechas por los *elementos;* es claro que la siniestra figura del hijo de Carlos V nos parecerá menos aterrante y odiosa que cuando la contemplamos bajo los resplandores de la filosofía de nuestro siglo y por la pauta de los principios sobre que basan los pueblos de hoy su conciencia y su prosperidad.

La gloria brillante y marcial que había nacido en los campamentos, sepultóse arrepentida en el monasterio de San Yuste: hízose monje con su monarca, y de allí, no creyendo ningún otro trono digno de su grandeza, salió sólo para vivir en otro monasterio y enterrar entre sus grandes reliquias la aureola de luz que aún resplandecía sobre su frente. Felipe II es el daguerreotipo verdadero de la España, así como su padre es el mejor cuadro iluminado que puede ofrecer ella de los tiempos de su grandeza. Daguerreotipo hemos dicho, y es muy exacta la semejanza: la historia de ese reinado es obscura: para verla es necesario volver el cuadro á la luz, de otra manera las sombras lo ofuzcan todo, y los personajes no pueden verse absolutamente absorbidos por el negro fantasma que domina este inmenso cuadro.

En Felipe III la grandeza amengua, el resplandor se obscurece; un tinte inexplicable de miseria y opulencia, de tristeza y de burla, de altitud y rastrería se nota bien claro. A Antonio Pérez, á Ruy Gómez, al Duque de Alba, á Antonio de Leiva, á Alejandro Farnesio, á Doria, etc., etc., han seguido otras figuras raquíticas: se ve al duque de Lerma en primer término: en el fondo derrotas, reveses, tenebrosa superstición, majestad sin grandeza, fausto sin brillo, orgullo sin mérito, tiranía, opresión, servidumbre sin ningún nombre á quien respetar: pequeñez en todo, cansancio, en

fin, de gloria, y necesidad para la pobre España, ya tan agitada y combatida, de un día largo y completo de reposo.

Felipe IV quiere levantarla, quiere hacerla grande, y se hace sólo un fanfarrón coronado, con el título de *hazañoso caballero:* quiere hacerla imponente y se hace asesino aleve y cobarde: quiere volverle sus antiguas glorias literarias, y se torna en *ingenio de la corte* para hacer todavía su pequeñez de espíritu más risible delante de los grandes hombres que empuñaban el cetro de las letras.

Carlos II desvaría, chochea, tiene miedo, necesita á cada instante de la voz del confesor para que le conjure los espíritus malignos: parece como que presintiera que fatigada la clemencia del Altísimo por los crímenes de sus mayores, quisiese castigar en él todas sus culpas. La España sigue al monarca en su locura y decrepitud anticipada: las artes, la ciencia, se retiran avergonzadas huyendo de la sombra del monarca, á quien no quieren ver profanando el cetro de Isabel y de Fernando: la gloria militar se despide de los tercios españoles, se retira para siempre llorosa, y queda solo el monarca y su mezquina corte imperando sobre un pueblo cuya torpeza y embrutecimiento casi es inconcebible después de las hazañas que había logrado.

Después de tener este bosquejo á nuestra vista, estudiemos si la poesía representa la situación social y política de este siglo, y después de esto fácil nos será la solución de los motivos que le impidieron ser la expresión verdadera de su tiempo.

El poema épico en todos sus géneros había sido ensayado, la oda en todas sus especies, la epístola, la poesía descriptiva, la sátira, el madrigal, el epigrama, etc., todos estos diversos ramos de la poesía habíanse recorrido y sacado de muchos de ellos preciosas ventajas.

Aunque en el buen número de poemas épicos que se habían hecho, se puedan sólo entresacar uno que otro digno de aprecio, sin embargo, hay trozos en casi todos ellos que acreditan que este género dificilísimo podría haberse cul-

tivado tan bien como en Italia, si los españoles hubiesen sabido colocarse á la altura de los acontecimientos que ellos mismos habían provocado. Así no es de extrañar que la *gatomaquia* y *la mosquea*, sean los mejores que tienen el castellano, y que esta superioridad, como dice Quintana, *deba causar á los españoles más satisfacción que vergüenza.*

XII

Sobre los autores antiguos se habían hecho estudios profundos, se habían traducido los más notables; pero en esto la aplicación y el estudio no habían logrado, por desgracia, un desempeño feliz, el éxito que era de esperar, atendido el esmero con que se cultivaban las literaturas griega y latina, y los esfuerzos que habían hecho algunos para introducirse en el conocimiento de la oriental, en que no pocos de ellos obtuvieron, á juicio de humanistas competentes, resultados muy felices.

El teatro había tomado un carácter propio, alcanzado una extensión y una abundancia que las demás naciones, especialmente la francesa, supieron explotar con conocido provecho en el siglo décimo séptimo, es decir, en la era clásica de este pueblo.

Las acusaciones que se hacen respecto á que los defectos de las comedias del teatro español sobrepujan á sus buenas dotes, no creemos que puedan tener un fundamento serio; pues que hay en la mayor parte de ellas tales bellezas, que casi es imposible creer que hayan sido imitadas por los escritores dramáticos de otras naciones.

Pero si puede dar la poesía castellana muestras inequívocas de superioridad en los géneros que hemos indicado, no es precisamente en ellos en donde estriba su mayor mérito. Nó, en la poesía propiamente lírica es donde descuella el ingenio del vate: es en las odas, en los sonetos, en las elegías, y, sobretodo, en el romance y la letrilla donde puede decirse que llegó á la perfección, á la sublimidad no impor-

ta los defectos que se le censuren, que con justicia se le reprochen; defectos, que, después de todo, no logran deslustrar el brillo que reluce todavía á pesar del transcurso de trescientos años.

«Seguramente no convendrán con esta opinión, dice don José Joaquín de Mora, impugnando al siglo décimo sexto, los idólatras supersticiosos de lo que enfáticamente se llama siglo de oro; pero si se juzga á ese oro desapasionadamente, se verá que está mezclado con grandes masas de arena y de estiércol.»

El parecer de este eminente literato sería para nosotros de gran peso, si la conciencia que tenemos formada de la literatura de este tiempo no pudiese más sobre nuestro juicio que su autoridad, que, por otra parte, respetamos como se debe.

¡Pero como estiércol y arena en aquel entusiasmo y arrebato de Rioja, de Herrera, de León, en aquella rotundidad y grandilocuencia de Quevedo, de los Argensolas, en aquel profundo sentimiento de muchos de ellos, y, sobre todo, en aquella constante armonía que casi en todos los poetas de ese tiempo admira y embelesa á los hombres dotados de un oído fino y bien educado!

Verdad es que muchos de ellos se contaminaron con los defectos que ya hemos hecho mención en estos estudios; ¿pero qué son estas manchas comparadas á la brillantez con que nos ofuscan? Nadie niega que el nervio del pensamiento y la originalidad de la invención se sacrificaron á veces á la melodía, á aquellos primores que cautivan más el oído que la cabeza: nadie tampoco querrá poner en duda que un misticismo, en ocasiones exagerado, afea las más hermosas composiciones religiosas; que conceptos vulgares, triviales y monótonos deslustran el sentimiento, empañan y hasta hacen ridícula la más acendrada ternura; nadie, pues, negará esto; pero también ¿quién será el osado que se atreva á decir que la oda de Herrera á don Juan de Austria, á la batalla de Lepanto, á la pérdida del rey don Sebastián,

que la de Rioja á las ruinas de Italia y sus silvas á la rosa al clavel, al jazmín, á la riqueza: que algunas de las epístolas de los Argensolas: que muchos de los sonetos de Quevedo y, sobre todo, que las *barquillas* de Lope, y *la noche serena*, y todo lo que escribió, en fin, fray Luis de León, no son modelos acabados de lenguaje y de estilo, más que eso, de elevación poética y grandiosidad de filosofía?

Que hubiese poeta, como se dice, que pusiese en parangón á Felipe IV con los Solones y Alejandros, que comparase á la calle de Alcalá de Madrid con el circo Máximo de Roma, etc., eso no quiere decir sino que las musas tienen que prostituirse muchas veces al poder por falta de libertad que engrandezca su misión y de patrocinio que haga sagrado y no menesteroso su ministerio.

«Léanse las obras completas de cualquiera de los grandes poetas, añade el mismo señor Mora, del decantado siglo de oro, y si por cuatro composiciones de las que reunen las verdaderas condiciones de la poesía, no se encuentran veinte insoportables á todo hombre de gusto por lo insignificante y trivial de los conceptos, por lo prosaico del estilo, por lo vulgar de las metáforas y comparaciones, cedemos el campo. Sólo exceptuaremos las obras de fray Luis de León.»

Parece raro ¿no es verdad? que un hombre, en cuyas composiciones demuestra haber querido hacer alarde del conocimiento profundo que tiene de la lengua española, debido indudablemente al estudio de los poetas de este siglo, se exprese así, con tanta ingratitud para con los mismos ilustres varones á quienes es deudor de la superioridad de elocución á que debe su fama, y por la que sólo se le perdona la falta de sentimiento que se nota en casi todas sus mejores obras.

No son seguramente estas las imputaciones de peso que pueden hacerse al siglo de oro de la literatura castellana: nó; todo esto en el fondo nada significa; todo esto es cuestión de palabras, argumentos, si se quiere, para negar lo merecido para ese nombre pomposo con que se ha calificado esa

era literaria; pero argumentos pueriles en verdad, pero acusaciones indignas del filósofo, y sólo propias del retórico que anda á caza de defectos de palabras, de faltas exteriores, de vicios en las reglas convencionales, sin atender, que es lo esencial, al espíritu del poeta, á las causas de su elevación y rastrería, á la misión que ha debido cumplir en la sociedad, y á los motivos que han debido hacer necesario en ocasiones que no llene como debía todos los deberes de su ministerio. Las acusaciones fuertes, las quejas sustanciales que deben hacerse á los escritores de este siglo, no son, pues, las que el señor Mora y muchos otros han querido hacerles; nó, lo que puede achacárseles, y con justicia, reprochárseles con rigor, es, como lo hemos dicho, no haber levantado su numen á la altura de las circunstancias que los rodeaban, hasta la cúspide donde se enseñoreaban los estandartes de las glorias españolas.

Los poetas de la antigua Roma jamás descendieron el tono de sus liras, jamás rastrearon á los pies de su siglo sin tomar su voz, sin ocupar el puesto que merecían. Virgilio, Horacio, Ovidio siempre representaron la majestad del imperio: siempre se divisa en ellos que son hijos del pueblo-rey, que son los súbditos del César augusto, del primer soberano de la tierra.

En la edad media, Dante sólo la representa: su gran figura ilumina esas profundas tinieblas: su voz es el eco más fiel de las facciones Güelfas y Gibelinas; su filosofía todo lo que podía el espíritu saber entonces: su audacia es la imagen cumplida de la robustez de la fe, de la certidumbre del catolicismo, de aquel valor arrogante y sostenido, no por las ideas frágiles y movedizas de la mente humana, sino por la inspiración comunicada á su alma sublime por el aliento del Altísimo.

No así los poetas españoles, y eso que la España de Carlos V y Felipe II era todavía más grande y soberbia que el vasto imperio de los Césares. La cimitarra había sido hecha pedazos por la espada de los Godos: el imperio de los Hacenes

y Boabdiles destruído para siempre y los que sobrevivieron á esta destrucción arrojados de la península para no volver á ver más aquellos palacios, aquellas termas, para no volver á gustar jamás aquellos deleites que habían disfrutado durante ocho largos siglos bajo el cielo de Granada, en sus afiligranados palacios.

Un mundo nuevo descubierto á la admiración de los hombres, un hemisferio ni soñado siquiera, abierto de par en par á la codicia, á la religión, á la gloria española; el catolicismo desgarrado por las facciones de Calvino y de Lutero: nuestro culto amenazado de muerte; la Francia, la Holanda, la Alemania desangradas por guerras fratricidas. Los turcos ahogados en los mares de Lepanto: la España, en donde quiera, ora llenando sus bajeles del premio de sus rapiñas, ora esterminando en nombre de la Cruz y de sus soberanos á los pueblos que osaban oponerse al ímpetu de sus victorias. La tierra, en fin, sacudida en todas direcciones: aquí agitada por el combate; allí gimiendo bajo las espadas de los conquistadores: acá recibiendo con el martirio un nuevo culto, allá desdoblando á su arrojo é hidrópica codicia nuevos lugares, nuevas riquezas, nuevas joyas con que corresponder la muerte y el esterminio. Y en medio de tantos prodigios, de tanta grandeza, de tanta gloria ¿qué hacían las musas españolas?

¿Cantaban himnos en honor de Colón, celebraban su genio? ¿Daban gracias al cielo por haber descubierto á sus ojos admirados un nuevo mundo, sujetádole á su imperio y héchole recibir el martirio de la redención por su extraviado culto?

Cortés, Pizarro, Valdivia, etc., etc., ¿no eran hombres extraordinarios, genios audaces y cuyas hazañas debió haber explotado la poesía de un modo digno, con una gloria y provecho inmenso?

Pero nó: las musas no oían más acentos que los del amor, que los de la galantería; no se inspiraban de más ideas que las de celebrar todo aquello que placía al soberano, todo

aquello que por esto mismo no podía remontar la cabeza sino inclinarla avergonzada á la tierra.

«Tres canciones de Herrera y algún trozo poco importante dice Quintaná, no son más que una excepción de esta idea general. Ni el *Golfo de Lepanto;* ni la *Carolea*, ni la *Austriada* ni el *Carlo famoso* se acercan con mucho á su argumento.»

«En la Araucana misma, si hay algo bien pintado, no son los españoles, son los indios.»

¿Y por qué, preguntamos, ni Herrera, ni Rufo, ni Ercilla, tuvieron el aliento necesario, siendo genios notables, para cantar en atronadores ecos esa gloria que llenaba el mundo?

Porque la España en medio de tantos triunfos y laureles vivía sin embargo esclava, amedrentada por la inquisición, temblando en medio de su valor y sus proezas ante el despotismo de sus reyes. Los pueblos esclavos no pueden elevar su fantasía hasta la región del derecho: hasta la esfera en que se cierne la libertad; hasta el cielo, en fin, que es de donde emana la inspiración sublime, esa luz eterna que nunca desfallece.

Con todo, dicen muchos, está falta de elevación y de grandeza era casi compensada con otras dotes morales que á aquellos escritores enaltece: ni Garcilaso, ni Herrera, ni Rioja, etc., dan muestras de adulación rastrera: las alabanzas que tributan á veces al poder son contenidas por la decencia del hombre que es lo que impide que sean repugnantes.

Hasta que se corrompió el gusto literario, dice Puibusque, traduciendo á Quintana, no se vió lo contrario, no se miró esa degradación moral que tan bien se hermana con la servidumbre. Y tiene mucha razón, pues hasta esa malhadada época no se había visto en la literatura española esa bajeza para con los poderosos que hace hasta aparecer al poeta como un descarado pordiosero, esa insolencia desenfrenada para con los iguales, esa envidia que es el cáncer que roe todas las prendas nobles del ingenio y hace del talento, por agigantado que sea, un título más de aprobio para quien lo posee sin merecerlo.

Conocidos de todos los que cultivan las letras son los cargos que asimismo se hacen á los poetas de este tiempo, acerca de esa falta de decoro que se echa de ver en muchos pasajes de sus obras, y de las cuales no están inmunes ni Cervantes que era un modelo de moderación y de prudencia. Las causas de esto son muchas; pero entre ellas la que debe marcarse en primera línea es la de no haber sido el palacio de los reyes de España un centro de urbanidad, un foco de luz, una escuela de finura y delicadeza, como el de Luis XIV, el de Francisco I en Francia, ó el de Leon de Médicis y los Duques de Ferrara.

Carlos V, que era el único de los reyes españoles dotados de prendas sociales, habría podido ciertamente dar la ley en el buen gusto y la elegancia; pero obligado á estar la mayor parte del tiempo al frente de sus huestes y fuera de España no fuéle posible hacer este bien á sus súbditos que, por esta razón, han recibido siempre de los franceses ataques reiterados por su falta de pulimento y la poca decencia de sus chistes.

Felipe II no era á propósito para esta empresa: devoto y melancólico, su palacio fué un sepulcro y su hijo y su nieto, no importa las galanterías de éste, mal podían prestarse á este servicio no dando ninguno de ellos muestra mayor de aprecio por la literatura; no pudiendo, sobre todo el último, por la calidad de su carácter revestirse de toda la pompa que su clase exigía. «De esta suerte, dice Marchena, la aurora de fino gusto que durante el reinado de Carlos V con Garcilaso de la Vega y don Diego Hurtado de Mendoza etc., había rayado, se cerró muy luego en una densa y obscurísima noche, donde nunca ni un falleciente rayo de luz ha penetrado.»

«Nuestros grandes de España, unos viven en compañías de toreros, carniceros y gitanos: otros entre inquisidores y frailes: figúrese el lector cual es su urbanidad, cual la finura de su trato.»

Aunque exagerada esta pintura tiene su fondo de verdad

innegable: los que leen las obras de los escritores del pasado siglo, pueden fácilmente conocerla. Así, pues, de los cargos que pueda hacerse, además de los que hemos apuntado, á los escritores del siglo XVI á este respecto, nos parece que están demasiado absueltos y vindicados con decir sólo que no teniendo, como lo hemos repetido, una escuela de buen gusto no estaban obligados á ser de otra manera que como fueron; es decir, faltos de urbanidad y de delicadeza de espíritu á veces; defectoque no se les puede culpar, sino como la necesaria consecuencia de la sociedad en que vivieron.

Pero ¿para qué hablar más, para qué recargar sobre un asunto que debe considerarse como preciso? Que es forzoso hacer un estudio de la literatura de este siglo, nadie puede negarlo: nadie imaginar que sin empaparnos en la lectura de sus buenos prosistas y poetas podamos ser otra cosa que adocenados escritores ó copleros ramplones: cosas que por cierto no llenarían nunca la ambición de los que sienten arder en su alma el fuego de la inspiración y el amor por la verdad.

Estudie el poeta, nútrase con Herrera, Rioja, León, etc., y estamos ciertos que sus creaciones no serán muñecos relamidos y raquíticos, sino robustos frutos de un genio copiosamente nutrido.

Que la poesía es espontánea, que nace como la flor de los campos, todos lo sabemos; pero sabemos también que el cultivo hace que esa misma flor, brotada tan fácilmente por la naturaleza, tenga doble perfume y lozanía, cuando se la cuida y nutre según los principios del arte, basados todos en el estudio de las mismas leyes en que estriban su desarrollo y su existencia.

XIII

Para probar la influencia que la filosofía francesa del siglo décimo octavo ejerció sobre la Europa, bastará decir que la España, á pesar de la severidad de su corte y del pre-

dominio absoluto que ejercían sobre ella las ideas religiosas, fué una de las primeras naciones que adoptaron el espíritu analítico, el sistema de examen que la Francia había conseguido merced á las ideas propaladas por los que se decían sus *libres pensadores.*

Tan terrible fué el empuje de este torrente filosófico, que los pueblos todos del continente europeo, no obstante las diversas formas de su organización política y de la ninguna similitud que existía entre el carácter de sus hijos y los del pueblo francés, no pudieron menos que ceder á este impulso, obligando, puede decirse, imperiosamente á sus monarcas á que se ataran también al carro de la misma filosofía que más tarde había de quebrantar sus coronas.

Con efecto, la filosofía de los enciclopedistas era la avalancha que derrumbada una vez desde la cima del pensamiento no podía dejar nada de cuanto á ella se opusiese sin empujarlo al abismo. Sistemas envejecidos, opiniones arraigadas por el peso de diecisiete siglos, creencias religiosas encarnadas en el corazón como la vacuna para librar el alma de la peste de la incredulidad, modo de ser social, en fin, caracterizado fuertemente por la presión poderosa del tiempo, todo esto vino al suelo, todo esto se abandonó; y la teoría y la ilusión ó mejor el desencanto y la locura vinieron á reemplazar en la mente y el corazón del hombre á todo lo que hasta aquí había anidado con tanto cariño.

Hasta Catalina de Rusia y Federico II, monarcas despóticos, soberanos *sui generis*, seres dotados de un carácter incapaz de entusiasmo, nutridos de todas las ideas más contradictorias á la libertad, no pudieron verse libres de este contagio.

Apellidada la una la Semíramis del Norte y el otro el Salomón de Europa por todos aquellos cínicos aduladores de los tronos, por aquellos *espíritus* que se decían *fuertes* contra Dios; pero que no se avergonzaban de ser demasiado débiles para con el crimen coronado, ¿cómo era posible que se negasen á recibir del patriarca de Ferney el diploma de

filósofos, aunque para ello tuviesen que inclinar su cabeza real delante de los hijos del pueblo?

Federico hace chambelán á Voltaire, lo condecora con la misma insignia que él lleva en el pecho, lo trae á su palacio de Postdam, vive pared por medio con el hijo del notario Arouet, con el tunantuelo que, según el conde de San Simon había nacido para la Bastilla. Catalina hace á D'Alembert institutor de sus hijos: le obsequia su *sagrada* imagen; adula á Montesquieu; reforma la legislación de su pueblo, toma por consejero al reconocido amante de la marquesa de Chatelet, se hace su discípula, su hija en ideas; y el adulterio y el asesinato vienen á alistarse entre el número de los combatientes del espíritu.

El mismo Lambertino, el mismo pontífice romano recibe el obsequio de la tragedia *Mahomed* y no se ruboriza que el autor del Dicciocario filosófico le ponga al pie de su retrato este dístico mentiroso.

Lambertinus hic est,
Romæ decus et pater orbis
Qui mundum scriptis docuit
Virtutibus ornat.

Después de esto ¿qué extraño tiene que el sesudo y religioso Carlos III imitase al vencedor de Rosbach en el traje y quisiese que su ejército, compuesto casi todo de españoles, es decir, de hombres de corazón y de cabeza de fuego, tomase la fría seriedad, la flema de aquellos prusianos de seis pies de estatura, de quien Voltaire decía que eran estatuas valerosas, cuyas robustas espaldas no habían sido vistas jamás por el enemigo?

Pero no es sólo en esta puerilidad donde puede verse la copia del espíritu de la época, el deseo de conformarse hasta á la moda de que en París se formaban los tipos; nó, pues hasta ese mismo Monarca y los primeros hombres de estado

de su monarquía se hicieron sin querer secuaces del pensamiento que dominaba entonces la esfera de la filosofía.

Carlos III aboga por la independencia norte-americana, ayuda la insurrección de las colonias inglesas sin pensar que así santificaba la rebelión de las suyas. El Conde de Aranda, Campomanes, Florida Blanca, etc., se hacen filósofos, á pesar del empeño que tienen de afectar los sentimientos y las creencias más religiosas, de que el soberano es el primer modelo; Aranda recibe de Luis XV la orden del *Sancti Spiritu* adula á Voltaire, le envía vinos y paños; Florida Blanca trata á Ganganelli como podía el primer descamisado de la revolución. Los grandes hombres de España, persiguen la compañía de Jesús engañando astutamente á su devoto y austero señor, y prueban, en fin, con su conducta que el espíritu de persecución religiosa, de libre examen, de destrucción, podremos decirlo así, había penetrado en su alma como el contagio que salidode la bohardilla inficionada no respeta ni perdona la morada lujosa y altiva de la opulencia.

La Francia, la España, todos los pueblos católicos hasta en sus relaciones con la Corte romana parecen hacer alarde de este espíritu. El Cardenal de Bernis, el Marqués de Florida Blanca acosan á Clemente XIV como podrían hacerlo hoy los enviados de Garibaldi: la insolencia de la diplomacia hace llorar al Vicario de Jesucristo; los embajadores del rey muy católico y de su Majestad Cristianísima lo hacen morir en fin de dolor al ver que la violencia había arrancado de sus manos sagradas la orden de extinción de la milicia que hasta entonces había sido el primer sustentante de la monarquía de San Pedro.

Al trazar este ligero bosquejo de la influencia que la filosofía francesa del siglo XVIII ejerció sobre la Europa, hemos tenido en vista la necesidad de establecer como premisas estas consideraciones para que podamos comprender en toda su extensión el carácter literario de la época, modificado necesariamente por las razones que hemos dicho. Sin embargo, la literatura española durante la primera mi-

tad de esta centuria, si hemos de creer al espíritu de las pocas producciones de que puede enorgullecerse la España, parece como atrasada en el movimiento filosófico comenzado á imprimir en la política por sus hombres de Estado. El libre pensar de Moñino, de Aranda, etc., etc., no se extiende á las letras, no toca todavía con sus alas á la poesía. Durmiendo ésta el sueño soporoso que envolvió á las artes desde la muerte de Felipe IV, no era natural que, aunque hubiese podido descender el calor de aquella era sobre su rostro, fuese suficiente para removerla de su letargo.

Si esa modorra hubiese sido producida por un paroxismo súbito, si aquel sopor fuera la señal de una fatiga pasajera, nada de extraño tendría que las Musas hubiesen vuelto á la vida como el ruiseñor á quien los rayos del sol de primavera deshielan la garganta para volver á dulcificar con sus trinos la soledad de las selvas.

Pero nó, el sueño de la poesía era el letargo del agotamiento, de la consunción del espíritu gastado en las bacanales del mal gusto. Sí, la idealidad, la ilusión, la belleza habían muerto sofocadas por la imbecilidad y el despotismo: la España, en fin, había quedado sin una armonía, sin un eco de amor y de entusiasmo, sin una voz de consuelo y de esperanza, ni más ni menos que aquellas damas opulentas que criadas desde la cuna en el regalo tienen que verse después reducidas á la miseria y al abatimiento.

La España no cantaba, un siglo hacía que su garganta estaba anudada por el dolor y la vergüenza.

¡Y cómo poder lanzar un grito de felicidad cuando el infortunio se enseñorea en el alma! La Italia sólo ha conservado este privilegio: el canto para ella ha sido la lengua de la pena, el idioma tal vez de aquellas grandes sombras que aún circulan errantes sobre sus derruidas columnas, que aún custodian las preciosas ruinas donde se sentaron antes de reducirse en polvo. Oh! la Italia ha sido más que el cisne de la fábula, ha cantado hasta después de muerta!

La España, hermana suya en el arte, hermana en el idio-

ma, señora de ella después de haber sido una de sus vasallas: amiga en seguida y casi igual en desventura, no ha podido desgraciadamente tener la felicidad de producir igual fenómeno. Así la pintura, la poesía, la filosofía, la historia, las ciencias, las artes todas no dieron durante el reinado del postrer austriaco y del primero de la funesta razón de los Borbones, un solo signo que pudiese hacer augurar la resurrección de un crepúsculo siquiera de sus pasados resplandores.

La España cubrióse, sin embargo, con su manto real: sus verdugos no pudieron obligarla á cantar su servidumbre: su sombra no pasó por el rubor de ser profanada; mientras la Italia ha tenido que pasar por el tormento de verse despojada en vida de sus joyas, y lo que es peor, sufrir la ignominia de enaltecer y consolar á sus verdugos.

Dejando á un lado la senda en que sin querer hemos penetrado y abandonamos con pena, volvamos á la poesía que es el tema de estos estudios. Una vez fuera de su sepulcro, la gloria de volver á encaminarla por el buen sendero tocóle á un hombre que, sin ser de aquellos á quienes la naturaleza ha favorecido con el genio, ha dotado en compensación de sentimientos elevados y patrióticos.

Don Ignacio de Luzan, hombre de saber clásico, de gusto fino y delicado, era el que debía trabajar no sólo con el consejo sino con el ejemplo por reformar los buenos estudios, por aleccionar la imaginación, tan extragada ya á fuerza de extravíos como atrasados aquellos á falta absoluta de preceptos.

Este hombre que, según nos dicen sus biógrafos y lo dan á entender sus obras, era realmente de mérito sobresaliente y de un crédito distinguido entre los más notables humanistas, venciendo todos los obstáculos que le oponían la pereza y el abandono del tiempo, consiguió formular á fuerza de trabajo y estudio una colección de principios con que aleccionar la fantasía del poeta y librarlo de los errores á que pudiera entregarse por la inesperiencia.

No era escaso en verdad el número de los literatos en aquella época; pero lo que sí escaseaba eran individuos dotados de bastante fuerza para volver á hacer que las letras tomasen la verdadera ruta. Cuando se registra la historia de los reinados de Fernando VI y Carlos III, uno por fuerza tiene que tropezar con un bastante crecido número de literatos, de humanistas y filólogos de nota; pero á pesar de todo esto y de estar ya en España planteada la Academia Española (obra única buena de Felipe V), siempre se ve que hacían falta, y muy grande, unos cuantos hombres que, como hemos dicho, fuesen capaces de dar no sólo preceptos sino modelos, dignos de ser imitados por la juventud estudiosa.

Pensando así es como se comprende el mérito contraído por Luzan y se admira que hombres tan doctos como don Juan de Iriarte, etc., etc., no tuvieran bastante aliento para resignarse á dejar los trabajos académicos y consagrar sus estudios á la vulgarización de las luces.

El hombre que acabamos de nombrar era un sabio humanista en la extensión de la palabra, un lingüista doctísimo, según nos lo dicen sus informes y críticas literarias, y más que todo, su sobrino, el célebre don Tomás Iriarte, á quien enseñó, desde niño, como él mismo lo dice, el buen gusto literario de que en sus fábulas nos ha dado tan relevantes pruebas. Así como éste, otros muchos escritores había que hubiesen podido hacer grandes servicios á la literatura; pero todos ellos se contentaban con formar largas arengas que con título de elogios eran los obligados temas de los doctores de aquellas academias.

XIV

La gloria, pues, de haber resucitado el buen gusto en la poesía débese indudablemente á don Ignacio de Luzan, quien no sólo trazó en su *poética* los preceptos más sanos de composición sino que dió asimismo con el ejemplo prue-

bas más que notables de que la fantasía no es incompatible, como se cree erradamente, con el estudio y el trabajo.

Su libro, por supuesto, fué una verdadera novedad: los literatos, los hombres amantes de la literatura creyeron que con él estaban ya abiertas las puertas del templo de las Musas; y que el genio debía ya necesariamente penetrar por el verdadero sendero, de que lo había separado la corrupción producida por el abatimiento de que había sido víctima la monarquía.

Si se estudia, como lo hemos hecho nosotros, la famosa *poética* de que hemos hablado y se la compara con el preciosísimo trabajo que sobre esto mismo nos legó Horacio, y más tarde, bebiendo en esta fuente, nos regaló el erudito y juicioso Boileau, no se podrá menos que extrañar, á pesar de lo dicho, el auje extraordinario que mereció aquel libro de parte de los primeros humanistas y literatos de su tiempo.

Cuando hemos hablado de la boga que obtuvo la obra citada y hecho presente la extrañeza que nos causa la revolución operada por ella en la poesía, no hemos querido otra cosa que manifestar la lastimosa situación en que se hallaba la literatura; pues á no ser así su degradación, el trabajo de Luzan no habría pasado de ser un buen estudio, una buena colección de preceptos retóricos siempre digno de atención, pero no, como lo fué, el primer cimiento del atrio de la poesía.

Sin embargo, desde don Juan de Iriarte hasta el menos docto de los que aspiraban al dictado de literatos, estudiaron este trabajo: lo analizaron y dieron por él, según lo acredita la voluminosa correspondencia de Luzan, no sólo las gracias al autor sino los parabienes á las letras españolas por haber hallado al fin un hombre capaz de regenerar con su talento el carácter ya abastardeado de la poesía.

Clásico exagerado, hombre de estudios profundos y de un natural sesudo y severo, natural era que su libro nos parezca hoy á los que vivimos bajo la licencia literaria que

desde principios del siglo invade á la literatura, un tanto tirante en sus doctrinas y hasta escaso de lo que llamamos, tal vez en nuestro orgullo sin fundamento, de miras y de filosofía. Secuaz de Horacio, comentador y á veces traductor *ad pedem litteræ* de Aristóteles, y, sobre todo, lleno de las ideas tristes que le había causado la anarquía que se había apoderado del Parnaso Español desde el final de Felipe IV, razonable será confesar el mérito indisputable de esta que hemos llamado tirantez de doctrina. Efectivamente, el ejemplo de Graciano estaba demasiado cercano, los desbarros de los corruptores del siglo décimo sexto eran todavía admirados por los apasionados celosos de su genio: el ejemplo, en fin, funesto del libertinaje literario estaba todavía en pie, insultando, puede decirse, con su descaro la muerte de las musas. Siendo así ¿qué extraño será que Luzan, hastiado por el triste espectáculo que veía, quisiera tal vez pecar de duro, de exigente para con el poeta, á quien ya se había concedido carta blanca para poder hacer todo género de profanaciones con la poesía? Tan verdadero es esto, que don Juan de Iriarte en una carta confidencial y amistosa le dice «el servicio que usted ha hecho á las letras españolas es notable, y si algo pueden reprochar á Vd. los apasionados de su talento es quizás un poco de dureza respecto de las reglas de composición aristotélica á que usted sujeta los géneros elevados de la poesía».

Pero ¿qué es esto en comparación del beneficio inmenso que Luzan hizo á la poesía, de lo que le debió la literatura en general y de los esfuerzos y la labor que fueron necesarios para oponer un valladar á la barbarie que atropellaba el santuario de las letras?

No contento con formular preceptos, con dictaminar secamente como la generalidad de los preceptistas sobre los vuelos de la fantasía, sobre los arranques del corazón, hácese también discípulo de su propia teoría, y pone á su numen como la primera víctima expiatoria de sus mismas doctrinas. Las pocas composiciones que de este laborioso

y benemérito humanista nos han quedado, y que hemos leído con respeto, son una prueba, como ya lo hemos repetido, de que el estudio, lejos de entibiar el calor de la imaginación y acortar las alas al ingenio, sirve y muy poderosamente para prestarle un aliento y consistencia sin los cuales todo triunfo es efímero y todo empeño no traspasa la línea de lo mediano.

Su poesía es recomendable respecto á la forma por la circunspección y el decoro que lucen en ella, y en el sentir de hombres de acrisolado criterio, una muestra segura de que la filosofía bien puede desprender rayos de luz suaves y bienhechores y fecundar con ellos las flores del alma que de continuo quema con su propio brillo.

Si en la poesía del autor de que vamos hablando no hay esa osadía que acredita la intensidad del pensamiento, el profundo anhelar del corazón, avaro de tristes verdades, el fuego que quema y hace cenizas las mismas ilusiones que crea sin duda para tener el orgullo de reducir después en pabesa; hay con todo un fondo de sensatez, de decoro del espíritu, de bondad de juicio, puede decirse, que agrada tanto como puede al que ama la meditación el espectáculo de aquellas florestas donde ni se oyen embravecidos torrentes, ni la vista se ofusca con empinadas montañas, ni el corazón se amedrenta con la obscuridad de los añosos árboles. La poesía de Luzan es sencilla, tierna á veces, pura y decorosa siempre; así su lectura no puede menos que ser grata para todos aquellos que gustan estudiar el corazón en sus medias tintas, á la fantasía en sus cortos vuelos, al alma, en fin, en el mediano arrobo cuyos límites no debería quizás traspasar atendiendo al desconsuelo que sufre cuando después de recorrer el mundo del infinito tiene que caer á la tierra para rozarse con los mezquinos intereses de la vida.

En este concepto el autor citado es digno de aprecio, y su memoria, recordando el provechoso ejemplo dado por él á los alumnos de la poesía, no podrá borrarse jamás de

los que hacen de ella un estudio concienzudo y por lo mismo aman á los que la han elevado y abominan á los que la han manchado ó prostituído.

El título de *restaurador* del parnaso Español con que todos los críticos están acordes en honrar la memoria de Luzan, es, por último, el más perfecto juicio que pueda hacerse sobre su mérito; el mejor y más honroso epitafio que podía inscribirse sobre su sepultura: los sacerdotes de las musas deben leer este honorífico lema siempre que echen la vista sobre los nichos sagrados que adornan las paredes de su templo. Dichosos los que así como él pueden tener su nombre escrito para siempre en el corazón de los hombres que sienten! ¡Dichosos los que así pueden contar con ese coro eterno de alabanzas, con esa memoria embebida en armonía, con ese nombre repetido elocuentemente entre los ecos más suaves del alma!

Al lado de Luzan al primero que miramos y creemos digno de atención es al conde de Torrepalma; hombre dotado de un corazón verdaderamente apasionado y de una cabeza nacida para mecerse en las encumbradas regiones de la poesía. El estilo de sus versos es fogoso: el lenguaje, aunque no siempre puro y castigado, es elegante á veces, su elocución donosa y acabada á pesar de los resabios de cultismo de que no ha podido desprenderse tal vez como de veras lo intentaba. En su *Deucalion* tenemos una prueba de lo que decimos: vigor, valentía, elegancia, estro constantemente sostenido, trozos de poesía descriptiva en que se siente el aura de la naturaleza, en que se ve la vida que la anima; todo esto hay allí; y de seguro que nuestro elogio no parecerá exagerado á nadie que haya querido consagrar algunas horas á la lectura

Tanto más estimable es este trabajo cuanto que el autor por su posición social, no estaba destinado para cultivar la poesía en una nación como la España en que se creía como artículo de fe que la nobleza era un obstáculo para descender al estudio, que sólo se exigía y premiaba raras vece

en los villanos. Cuando se medita que la mayor parte de los grandes de España no tenían más ocupación que la caza, más incentivos que los placeres que podían proporcionarse con el brillo de su nombre y el ruido de sus talegas, es imposible negarse al placer de conceder al conde de Torrepalma el elogio que se merece. Hablando de él, dice un escritor del tiempo: «Era en realidad raro en sus gustos, pues no atendía á sus propios intereses por entregarse á su placer por la poesía y pasar las horas, que los otros de su clase consumían en palacio y en los placeres estruendosos de sus lujosas estancias, en compañía de hombres inferiores á su clase y que él apellidaba con orgullo *mis poetas*».

Como se ve, el dicho conde era una excepción entre los nobles, y excepción muy honrosa cuando la nobleza española no daba siquiera un respiro que pudiese anunciar que estimaba la glória y la encontraba en donde ya sus antepasados habían sabido buscarla.

El *Deucalión*, pues, merece leerse, descripciones hay en él, como ya lo hemos dicho, que pueden dar envidia á los mejores poetas, trozos que deben estudiarse por todo aquel que quiera cultivar el género de poesía descriptiva, tan difícil de producir triunfos como grato para los que han nacido para revelar las bellezas esplendorosas de la naturaleza. Tiene también la ventaja este escrito de poder proporcionar al estudioso un acopio de modelos de buen gusto, de perfecta y clásica elocución al mismo tiempo que el triste espectáculo de lo que es la peste del mal gusto que todo lo inficiona, que nada respeta, y de lo que es el genio del hombre que, aunque sea elevado y fuerte, tiene las más veces que ceder á los usos de la sociedad en que vive.

La escuela de Góngora, etc., etc., etc., dice un escritor moderno español fué un verdadero cólera-morbo: todo lo inficionó: pero lo más terrible es que al inocular su veneno en la poesía no parece sino que hubiera deseado corromper hasta el porvenir de las musas. Pensando así, fácil será disculpar al autor de que hablamos, y facilísimo, si á esto

se agregan las consideraciones que ya hemos hecho, conceder al conde de Torrepalma un lugar preferente entre los pocos que contribuyeron á reedificar el altar de la poesía y á reverenciarla dignamente con el holocausto de su talento.



Apuntes biográficos

sobre

Don Ventura Blanco Encalada

Por Miguel Luis Amunátegui y cartas á éste por Manuel Blanco Cuartín

---

Apuntes biográficos sobre don Ventura Blanco Encalada

La biografía de los escritores, aun de los más mediocres, y el examen de sus obras, aun de las más insignificantes, contribuyen en gran manera al adelantamiento de las letras en un país. Los elogios y las críticas provocan la discusión sobre las materias literarias y científicas y llevan la atención á cuestiones que conviene promover, si se desea la pronta difusión de las luces. La fermentación activa é incesante que este género de estudios origina, es altamente provechosa para multiplicar y robustecer la producción intelectual.

La literatura bajo este aspecto se asemeja á una floresta que crece y avanza rápidamente por su propia virtud, desparramando por todas partes sus semillas y extendiendo á todos lados sus vástagos y sus brotes. Aun la caída de una hoja amarillenta y marchita, que el viento desprende de la rama y que el transeunte destroza bajo su pie, sirve para abonar la tierra y dar jugo nutritivo á nuevos árboles, plantas y flores.

Me propongo en este artículo consignar algunos apuntes biográficos de don Ventura Blanco Encalada, que prestó á Chile servicios importantes como estadista, y que fué un literato distinguido, cuando en nuestro país había tan pocos aún medianos.

El abate Gerbet ha insertado en una obra titulada *Esquisse de Rome Chrétienne*, una página admirable en que

ha descrito con la pluma de Bossuet las degradaciones que el cuerpo humano va experimentando después de la muerte, las cuales pueden observarse con la mayor facilidad en esa vasta necrópolis denominada: *Las Catacumbas.*

Al cabo de algún tiempo, el cadáver se convierte en esqueleto; en seguida, ese esqueleto se reduce á simples lineamientos de sucio polvo que señala la dirección de los huesos; estos mismos lineamientos acaban por borrarse; al fin, sólo queda un pequeño montón de partículas casi imperceptibles que marca el sitio donde estuvo la cabeza.

Si queréis acercaros para examinar esa narigada de átomos, el aliento de vuestra boca basta para disiparla; aquella armazón llena de vida que se llamaba hombre, se reduce á nada.

La literatura tiene también sus catacumbas. Es menester que bajemos á ellas de cuando en cuando para recoger con mano piadosa las reliquias de los varones preclaros que trabajaron afanosos para darnos ilustración, si queremos ponerlos á cubierto de ese gusano roedor que habita principalmente entre los muertos, y que se llama olvido.

Ha habido hombres que gozaron en vida de una extensa reputación. Sus producciones fueron generalmente conocidas. Cualquiera persona ilustrada habría podido dar noticias acerca de sus doctrinas, de sus discursos, de sus artículos, de sus versos. Indudablemente contribuyeron á imprimir eficaz impulso al adelantamiento de la sociedad.

Pero tuvieron la desgracia de que sus escritos no se recogieran en la oportunidad debida. El tiempo ha hecho desaparecer ú olvidar la mayor parte de ellos. Apenas se conserva uno que otro.

Si no nos apresuramos á recoger lo que todavía puede salvarse, y dejamos trascurrir algunos años más, todo se habrá perdido para siempre.

Don Ventura Blanco Encalada es uno de los hombres que se encuentran en este caso.

Pertenecía á una de las familias más nobles de la América Española.

Su padre, don Lorenzo Blanco Cicerón, fué nombrado por real cédula de 25 de agosto de 1774, fiscal de lo civil en la audiencia de Chile, con el sueldo de cuatro mil ochocientos sesenta pesos, recientemente asignado á aquella plaza.

El fiscal Blanco, según un árbol genealógico que tengo á la vista, era descendiente «de uno de los cuatro primeros condes de Castilla mandados degollar por el rey de León don Ordoño II, porque se querían levantar por reyes».

Apenas don Lorenzo Blanco Cicerón se establecía en Chile, cuando tomaba la determinación de casarse con doña María Mercedes de Encalada y Recavarren, hija del marqués de Villapalma, el cual residía en este país, poseyendo en él un pingüe mayorazgo y cuantiosos bienes libres.

El proyecto era más fácil de concebirse que de realizarse.

La metrópoli, que buscaba en el aislamiento de sus agentes superiores la garantía más eficaz del acierto y de la fidelidad, prohibía, como se sabe, á los miembros de las audiencias, el contraer matrimonio con mujeres residentes en su jurisdicción.

En el primer tiempo de la dominacion española en América, la regla había sido aun más severa, pues no era lícito ni siquiera contratar matrimonio bajo la expresa condición de solicitar el real permiso.

Aunque la disposición mencionada no fuese observada con tanta estrictez, sin embargo, la corte se mostraba siempre rigorosa en hacerla cumplir, á lo menos en lo sustancial.

Así lo experimentó el fiscal don Lorenzo Blanco Cicerón.

A pesar de haber movido en su favor las más poderosas influencias, la resolución que obtuvo fué la que se expresa en la siguiente real cédula:

«El Rey. Por don Lorenzo Blanco Cicerón, fiscal de lo civil de mi real audiencia de Chile, se me ha hecho presente que después de un serio examen de su actual situació

ministerio, ha deliberado mudar de estado, y elegido para cuando pueda verificarse, la persona de doña María Mercedes de Encalada y Recavarren, natural de aquella ciudad de Santiago, é hija del marqués de Villapalma, vecino de la misma capital, suplicando me digne concederle mi real permiso para contraer el enunciado matrimonio. Y habiéndose visto en mi consejo de cámara de Indias y consultádome sobre ello, y no teniendo por conveniente conceder el permiso que solicita para el referido casamiento, manteniéndose en el ejercicio de la referida fiscalía, he venido en promover al referido don Lorenzo Blanco Cicerón á una plaza de oidor vacante en mi real audiencia de Charcas (de la cual se le despacha con fecha de hoy el respectivo título); y en esta conformidad, le he concedido la licencia que se solicita para contraer matrimonio con la dicha doña María Mercedes de Encalada y Recavarren. En su consecuencia, mando á todos los tribunales y ministros á quienes corresponda, que teniéndolo así entendido, no impidan ni pongan el más leve embarazo en que tenga efecto esta mi real determinación. Fecha en el Prado á 24 de marzo de 1779.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey Nuestro Señor, *Miguel de San Martín Cueto*».

Habiendo ocurrido la casualidad de que otros tres miembros de la audiencia de Santiago, los oidores Plata, Gorbea y Zerdan pretendieran, como el fiscal Blanco Cicerón, casarse con otras tantas hijas del marqués de Villapalma, el soberano les concedió su beneplácito, cuidando de trasladarlos á otras audiencias.

La circunstancia referida hizo que don Ventura Blanco Encalada, hijo mayor de don Lorenzo Blanco Cicerón y de doña María Mercedes de Encalada y Recavarren, viniera al mundo en la ciudad de la Plata, capital de la provincia y arzobispado de Charcas, donde, recién nacido, fué bautizado el 14 de julio de 1782.

El oidor don Lorenzo Blanco Cicerón fué trasladado de la audiencia de Charcas á la de Buenos Aires.

En esta ciudad nació el año de 1790 su segundo hijo don Manuel Blanco Encalada, á quien estaba destinada una página tan gloriosa en la historia de la independencia sud-americana.

Habiendo fallecido don Lorenzo Blanco Cicerón en diciembre de 1790, su viuda la señora Encalada, aunque había quedado escasa de recursos, hizo sacrificios para enviar á su hijo Ventura á educarse en España.

El niño tenía en la corte parientes de respetabilidad que podían mirar por él, y que efectivamente le dispensaron protección.

Entre ellos se distinguió el famoso don Antonio de Ulloa, aquel insigne marino cuyo recuerdo unido al de su no menos ilustre amigo, don Jorge Juan, será siempre simpático para los hispano-americanos.

Don Ventura Blanco Encalada recordaba con gratitud las atenciones que en los primeros años de su vida había debido á Ulloa.

Aunque nuestro joven no se dedicó á ninguna carrera profesional, supo adquirir una buena educación literaria, que desenvolvió notablemente su inteligencia, inclinándole á aceptar las doctrinas filosóficas del siglo XVIII.

Desde temprano logró ser admitido en la compañía americana de los guardias de corps.

Era tan decidida su afición al cultivo de las bellas letras, que empleaba en oír y tratar á cuantos escritores podía, todas las horas que le dejaba libres el servicio militar.

Más tarde, los recuerdos de aquella parte de su vida, para él la más agradable y feliz, constituían su principal consuelo en medio de la pobreza y de la amargura.

Don Ventura Blanco se complacía en las memorias de aquella época de su existencia, como un veterano suele complacerse en las de sus campañas y combates.

Conocía gran número de anécdotas y peculiaridades de los escritores españoles de entonces, que refería con el mayor gusto.

Era una gaceta viva de la crónica literaria del reinado de Carlos IV.

Don Ventura Blanco Encalada, verbi-gracia, refería con los más minuciosos pormenores su presentacion á don Manuel José Quintana, que todavía era joven pero que ya anunciaba lo que había de llegar á ser, y sus frecuentes visitas al venerable anciano don Pablo de Olavide.

Se comprende que un individuo que tanto se deleitaba en hablar de libros y de escritores, debía haber sacado el mayor provecho posible del trato con hombres de talento y de instrucción, á quienes con tan juvenil entusiasmo había solicitado oir.

En 1807, don Ventura Blanco Encalada había pasado de guardia de corps á ser teniente en un regimiento de caballería, denominado *Dragones de Sagunto.*

Entre tanto, sobrevino la invasión de España por los ejércitos de Napoleón I.

La familia de Blanco Encalada conserva un retrato de don Ventura en traje de teniente de dragones, pintado en Sevilla el 6 de enero de 1809 por don José María de Arango.

Según la moda acostumbrada entonces, el artista ha colocado en el margen del cuadro inscripciones que resumen la corta biografía del joven oficial.

He aquí cuáles son esas inscripciones:

«En 18 de febrero de 1809, don Ventura Blanco y Calvo Encalada se halló con su regimiento en el ataque de Mora.

«En 22 del mismo, mandó su compañía en el ataque y retirada del Consuegra.

«En 19 de marzo, se halló igualmente en el ataque de Yévenes.

«En 27 del mismo, en las guerrillas de Santa Cruz, fué contuso en el brazo izquierdo de una bala, que le pasó el dormán y chaleco».

Sin embargo, don Ventura Blanco Encalada no debía concluir bajo la misma bandera la campaña de la Península.

Después de haber combatido entre los que rechazaban la invasión francesa, abrazó la causa de Bonaparte, en cuyas tropas ascendió hasta comandante de escuadrón.

Indudablemente, el gobierno del rey José tenía tendencias mucho más liberales y progresistas que las de la dinastía caduca á la cual había venido á reemplazar. Esto explica las simpatías que encontró entre muchos de los hombres más ilustrados de España, y el apoyo decidido que varios de ellos le prestaron. Pero aquel nuevo régimen, impuesto violentamente por el extranjero, importaba un recio golpe á la dignidad de la nación española; era un verdadero atentado contra su independencia. Así se concibe que hubiera personas de opiniones adelantadas que vacilaran sobre la determinación que les correspondía adoptar, juzgando, bien ó mal, que en aquellas circunstancias andaban encontrados los intereses de la patria y del progreso social.

Don Ventura Blanco Encalada tomó parte en varias acciones de guerra que se empeñaron para sostener al rey José. Fué uno de los derrotados en Vitoria.

Cuando los ejércitos franceses se vieron obligados á evacuar definitivamente la Península, don Ventura Blanco Encalada, como los otros oficiales que se hallaban en su caso, tuvo que internarse en Francia, donde residió dos años, dedicado á lecturas literarias.

Al cabo de este tiempo, en 1816, resolvió venir á Buenos Aires, donde vivía su madre, y donde él esperaba encontrar alguna ocupación; pero antes pasó por Cádiz para casarse con una joven española á quien amaba.

Don Ventura Blanco Encalada permaneció tres ó cuatro años en la capital de las provincias Argentinas, sin poder proporcionarse el empleo que había menester.

Como su hermano don Manuel hubiera alcanzado una posición brillante en Chile, á consecuencia de los señalados servicios que había prestado en tierra y en mar á la causa

de la independencia, don Ventura se vino en 1820 á este país, que era la patria de su familia materna.

A pesar de que nuestra principiante nación necesitaba en gran manera por entonces de la cooperación de hombres instruídos y competentes, que eran muy escasos en los distintos ramos de la administración pública, don Ventura Blanco Encalada, que jamás lució por lo afortunado, permaneció varios años condenado á la inacción de que le urgía salir.

La fama de su talento y de su ilustración estaba muy asentada; pero nadie se fijaba en aprovechar en beneficio común estas felices disposiciones.

Don Ventura se había alistado en el partido liberal.

De cuando en cuando, escribía en la prensa artículos que se hacían notar por la templanza.

El 15 de setiembre de 1824, dió á luz un folleto denominado: *El Grito del Patriotismo;* y algunos días después, otro titulado: *El autor del Grito del Patriotismo al Liberal.* Los dos se encaminaban á manifestar la conveniencia de la moderación en medio de las facciones que dividían á los ciudadanos de nuestra naciente República.

Al fin, el 17 de octubre de 1825, el presidente don Ramón Freire y el ministro don Joaquín Campino, llamaron á Blanco Encalada para desempeñar la oficialía mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Habiendo Campino renunciado en marzo de 1826 los ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores, el supremo director delegado don José Miguel Infante, confió interinamente ambos ministerios á don Ventura Blanco Encalada.

Cuando el director propietario don Ramón Freire volvió de la expedición á Chiloé, no hizo innovación en este particular.

Don Ventura Blanco Encalada continuó teniendo á su cargo los ministerios mencionados, y aun por algún tiempo

el de la Guerra, bajo la presidencia del general don Manuel Blanco Encalada, que sucedió á Freire.

Los dos hermanos renunciaron sus respectivos puestos el 9 de setiembre de 1826.

Pero no trascurrieron muchos meses sin que don Ventura Blanco Encalada volviera á ser llamado á tomar parte principal en la dirección de los negocios públicos.

El 12 de mayo de 1827, el presidente don Francisco Antonio Pinto, le nombró Ministro de Hacienda.

Blanco Encalada se dedicó con empeño al arreglo de los ramos cuya administración se le había confiado, dictando para ello acertadas disposiciones.

Tiene sobre todo el honor de haber fundado la caja de amortización para el pago de la deuda nacional, con lo cual estableció sobre sólida base el crédito público.

Las multiplicadas y pesadas tareas á que hubo de entregarse quebrantaron su salud hasta el punto de hacerle imposible continuar al frente del Ministerio de Hacienda.

El presidente Pinto se vió forzado á admitir á Blanco Encalada su renuncia; pero cuidó de hacerlo en los términos más honoríficos.

«*Santiago, junio* 23 *de* 1828.

Convencido el gobierno de que no es justo obligar á que continúe en un destino al ciudadano que por haberlo desempeñado con la constancia y exactitud correspondiente á su gravedad, ha tocado en el riesgo de consumar el sacrificio de su salud y de imposibilitarse absolutamente para cualesquiera otros á que pueda llamarlo el bien de la república, si oportunamente no se le exonera de obligaciones tan perjudiciales á su individuo, y cierto de que don Ventura Blanco Encalada, que ha servido hasta aquí el Ministerio de Hacienda, hallándose en el caso enunciado, no podría sobrellevar las variadas y complicadas atenciones de esta parte esencial de la administración del estado sin agra-

var enormemente los males que aquejan su delicada salud de resultas de la asiduidad y conato con que se consagró á las tareas de su cargo, tiene á bien ceder á las vivas y reiteradas instancias con que le ha pedido acepte la dimisión que hace del expresado Ministerio, declarando que sólo compelido por una razón tan poderosa como la que ha indicado, podría adoptar una medida que le cuesta el sentimiento más acerbo, porque con ella pierde el eficaz auxilio que recibía de sus luces, actividad, celo é incesante empeño por la felicidad de la República, y asegurándole de su gratitud y reconocimiento por tan eminentes servicios á la nación, á cuyo nombre será un deber suyo manifestarle en todas circunstancias las distinguidas consideraciones á que le hacen acreedor su intachable honradez, su esclarecido patriotismo y demás prendas igualmente recomendables que lo adornan. Comuníquese y tómese razón.—PINTO. —*Rodríguez*».

Alejado de la política, don Ventura Blanco Encalada se dedicó al cultivo de las letras.

La íntima amistad que trabó con el ilustre literato español don José Joaquín de Mora, llegado á Chile algunos meses antes, volvió á concentrar su atención sobre materias á que siempre había manifestado decidida afición.

Al poco tiempo de haber salido del Ministerio, ya hacía representar en el teatro de Santiago un traducción en verso de la *Mérope* de Voltaire.

Léase cómo don José Joaquín de Mora daba cuenta de este acontecimiento literario en un comunicado inserto en la GACETA DE CHILE, número 5, fecha 7 de noviembre de 1828.

«MÉROPE

La bella traducción de esta obra inmortal, debida á la pluma del señor don Ventura Blanco, ha sido ejecutada en el teatro de la capital. El público ha sabido apreciar el

mérito del poema y el de los versos sonoros y castizos en que lo ha vertido el traductor. Su estilo y su destreza en manejar el difícil verso blanco anuncian un gusto delicado y un conocimiento profundo de los buenos modelos. debemos también un justo tributo de elogios á los actores, que se esmeraron en dar á la pieza todo el realce posible. La decoración pintada por el señor Villalba es verdaderamente magnífica y de un gusto clásico. Después de la tragedia vimos con satisfacción una pieza, que creemos imitada de Picard, y cuyo fin moral es demostrar que la profesión cómica no es incompatible con el ejercicio de las virtudes. Esta representación, y algunas otras que la han precedido, manifiestan que el público sabe conocer las obras de mérito, y que

Si cuando le dan paja, come paja,
También si le dan grano, come grano.

Cuán importante sea cultivar esta afición á las buenas cosas, no es asunto que necesita mucha explicación. Sin embargo, no será fuera del caso observar que en las presentes circunstancias morales del país, el teatro puede ser un gran instrumento de aquella civilización sólida y pura, que no consiste en la finura de los modales sino en la rectitud de los sentimientos; que hace caminar de frente los progresos de la razón con la consolidación de la moral, y que contribuye poderosamente á propagar la afición á las artes, sin las cuales no puede haber una verdadera y perfecta cultura. No nos hallamos en situación de tener una literatura dramática nacional, pero podemos formarla estudiando los excelentes modelos que nos suministran otras naciones, y de los cuales la mayor parte nos son accesibles por medio de buenas traducciones. Ni debemos descuidar las producciones escogidas del teatro español, tan fecundo en primores de toda clase, tan abundante en sales, en situaciones dramáticas, en diálogos vivos é ingeniosos. No

aconsejaremos jamás un sistema exclusivo en este ramo de las bellas letras; los clásicos rigorosos tienen su mérito; tienen también el suyo los que se han apartado de las unidades y de la verosimilitud. En una y en otra escuela se hallan grandes lecciones».

Hace algunos años, yo mismo tuve en mis manos esta traducción de la *Mérope;* pero ahora no he podido volver á encontrarla, por más diligencias que he practicado para ello.

Casi inmediatamente, don Ventura Blanco Encalada dió á luz dos composiciones en verso blanco: la una dirigida *Al Doctor Hufeland* en *El Mercurio Chileno*, número 9, fecha 1.º de diciembre de 1828; y la otra *A Don José Joaquín de Mora*, en la *Clave de Chile*, número 64, tomo 2, fecha 27 de diciembre de 1828.

Para que el lector pueda apreciar por sí mismo el estilo poético de don Ventura Blanco Encalada, voy á copiar íntegra la segunda de estas composiciones.

«Á DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

¿Por qué en el pecho agitación continua
Y sed de mando y gloria y los favores
De Pluto enciende el humanal deseo?
¿Por qué, cual vagadora mariposa,
Desacordado el hombre, incierto gira
En torno la ilusión pérfida, leve,
De impalpable ventura, que sonriendo
Huye, y le deja el desengaño en prenda?

Y no le cura, ni escarmienta; y ciego
En pos de nuevo con furor se lanza
De brillantes fantasmas que su mente
Herida halagan.—Al inmenso oceano
Audaz se entrega, y de los patrios lares
Se aleja, desoyendo la voz tierna

De sus deudos y amigos. Clama en vano
Del respetable padre la amargura,
O de la madre el lastimero acento.
Ni de filial amor el dulce encanto,
Ni el infantil y candoroso lloro,
Ni de amistad divina el blando ruego,
Fuerzan su corazón. ¡Bárbaro! Sea
Esa misma esperanza que te anima
Digno castigo á tu anhelar ansioso.
Por siempre ausente de tu pecho mires
El reposo y placer: hondo gemido
Exhale tu dolor: el desengaño
En ti sus puntas aceradas clave,
Y en desconsuelo y soledad inmensa
Ingratitud y desamor recojas.
   Ora le agita del voluble pueblo
El aura aun más voluble, y necio estima
Mérito insigne lo que intrigas fueron,
O vil sufragio al interés vendido.
Alzase turbulento: el cetro empuña
Del poder ominoso; y cual altiva
Aguila que subiendo en raudo vuelo
Por la etérea región, al cénit llega,
Y en ufanía y resplandor se baña;
Así la vista en derredor pasea,
Su alteza contemplando embebecido.
La infame adulación héroe le aclama,
Y en su voz el despotismo invoca
—Y el despotismo acude, y su semblante
De bien común hipócrita velando,
Ora la voz al pensamiento veda,
Ora el crimen ensalza, y perseguida
Mírase la virtud, la ley hollada;
Y en degradante esclavitud se abisma
La felice región do un tiempo ondeaba
De libertad el pabellón divino.

Ora dirige de Belona el carro
Contra la humanidad. Ah! cuál convierte
En espantosas ruinas las ciudades
Do la opulencia y lujo se albergaban!
¡Cuál en desierto los opimos campos!
Ya vasta soledad, silencio mudo
Reinan do el genio á pesadumbre eterna
La tierra condenó, sus portentosas
Obras alzando; ó con la dura reja
(Inmortal don del almo Triptolemo)
Su seno desgarrando, le arrancara
Las fuentes de abundancia y de ventura;
Al viajero filósofo ofreciendo
Reliquias de dolor enternecido
Cuales contempla en pasmo enajenado
Do Atenas, Ménfis ó Palmira *fueron*.

Tal el hombre es, Mirilo: tal la historia
Nos le presenta cuando devorado
De la ambición frenética, abandona
De la razón la divinal antorcha.
Mísero! ¿Qué le vale, ni del oro
El seductor encanto, ni el soberbio
Poder con que á los otros encadena,
Ni de la turba vil el torpe incienso?
Pesar profundo, cruel remordimiento,
En vez de la fortuna que anhelaba,
A combatir su pecho congojoso
Vendrán por siempre.—Veladoras sombras
Verá do quier la dolorida mente
Procure revolver. Naturaleza
No le embelesa ya, ni sus encantos;
Y en su pensar y su despecho horrendo
Busca en la muerte el postrimer alivio.

¿Ni qué de pura inmarcesible gloria
El brillante sendero aprovechara
A las almas virtuosas? ¿Qué sirvieron
Al gran Colón sus inmortales hechos?
Descubre un mundo, y muere en el olvido.
Al defensor de sus hollados fueros
Llora Castilla, y en viudez amarga
En vano exhala el gemidor lamento.
¡Oh de Cervantes venerable sombra!
Envidia, menosprecio y la miseria
Fueron tu galardón.—En suelo extraño
Mueren proscritos Moratin, Meléndez;
Y perseguido y de amargura opreso,
Hunde en la tumba su radiosa frente,
La frente del saber, el gran Jovino.

¿Y qué encontramos al fijar los ojos
Del *pueblo rey* en los anales fieros?
Los de la sabia Grecia ¿qué recuerdan?
Bajo infame cuchilla la garganta
Tiende el claro varón que á Catilina
Con osada elocuencia le aterrara,
Y la patria salvó.—Nerón infame
Al estoico brindó con el suplicio.
Del tósigo fatal Sócrates lleva
A los labios, impávido, la copa.
Persigue el ostracismo las virtudes
Con cruel extrañamiento y no perdona
De Salamina al triunfador ilustre.

Oh! mil veces feliz, Mirilo amigo,
Aquel mortal que en el tranquilo estado
De mediana fortuna se recrea!
Y ni puestos, ni gloria, ni riquezas
Exento de ambición, su pecho agitan!

Tú, que huyendo del bárbaro tirano
Que el suelo ibero oprime, las riberas
Del Manzanares y divino Betis
Trocaste por el Támesis nubloso;
Y ora junto al Mapocho, tu destino
Para público bien fijarte quiere,
Feliz también serás si los raudales
Extiendes de las luces, que anhelante
Busca la juventud; ella tu nombre
Ensalzará por premio, y de los tiros
Que negra envidia y la ignorancia lancen
Te escudará su voz agradecida.
En efusión tiernísima anegada:
«El el primero fué que en los misterios
«De Minerva (dirá) nos iniciara.
«Huyó el falso saber, y derrocadas
«Yacen por siempre *bárbaras* doctrinas,
«Funesto don que al colombiano suelo
«Hizo la España *bárbara.*—La aurora
«Brilló de la razón: rompió la venda
«Al error engañoso, en que fundara
«Su gloria y ciencia el infeliz colono».
Dirá; y en estro agitador ardiendo
Entonará de bendición el canto,
Y de la patria la futura gloria.

Algunos de los numerosos adversarios que tenía en Chile don José Joaquín de Mora llevaron muy á mal el que Blanco Encalada, á lo que decían, se empeñase en presentarle en la última estrofa como el maestro de los chilenos, que no habían menester de sus lecciones, porque «eran hijos muy amados de Minerva».

Uno de estos descontentos publicó en la *Gaceta de Chile*, número 13, fecha 10 de enero de 1829, un comunicado contra don Ventura, el cual terminaba con estas palabras:—«Aunque usted, por poeta, tiene licencia de lisonjear y exa-

gerar las cosas á su antojo, en lo porvenir sea más cauto en materias que puedan ofender el crédito de Chile, porque sus hijos son muy celosos del honor nacional; y si esta vez ha escapado usted bien, en otra quizá le salga muy cara la lisonja, y tenga mucho que sentir».

Don Ventura Blanco Encalada contestó á su agresor anónimo en el número siguiente del periódico mencionado.

«Soy más chileno que este zote, decía en su respuesta; y debo vindicarme para con mis compatriotas, aunque en este paso vean muchos más delicadeza que necesidad».

Por lo que tocaba á las bravatas, antes copiadas, de su antagonista, Blanco Encalada le aplicaba la siguiente traducción libre de la conocida fábula de La Fontaine.

EL ASNO VESTIDO DE LEON

Un borrico vestido
Con una piel de león, era temido
En toda la comarca, de tal suerte,
Que parecía una mansión de muerte.
No fué, nó, Napoleón más espantoso
Al Niemen caudaloso;
Ni en los campos de Lisa
Brilló más ominosa la divisa
Del grande Federico.
Más hizo la ventura que el borrico
Descuide la *toilette;* y fuera deja
De su disfraz la punta de un oreja.
Adviértenlo las gentes; y ¡oh destino!
Me pillan *infraganti* á mi pollino.
Dánselo al molinero; llueve el palo
Sobre el pobre animal, que no era malo,
Sino que con su suerte descontento,
Deseaba más ser león, que nó jumento.

Yo digo para mí que el molinero
Fué más que justiciero,
Pues no merece tan pesada mano
El pretender ser león, ni aun africano.

El fabulista español don Félix María de Samaniego ha dejado de esta misma fábula otra traducción libre, que es superior á la de Blanco Encalada, menos en la aplicación moral que le da el primero, la cual es falsa.

Véase la moraleja de Samaniego.

Desde que oí del asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernández no se deja
De andar con el disfraz de caballero,
Que le han de ver la punta de la oreja
Por debajo del ala del sombrero.

¿Cuál es el mal que resulta de que aparente serlo el que no es caballero?

La moraleja de Blanco Encalada reunía lo oportuno á lo sarcástico.

Desgraciadamente, la versificación es dura, y el lenguaje bastante desaliñado.

El cuarto verso contiene una incorrección gramatical que un purista habría debido evitar. El haberse omitido el sujeto de *parecía* es causa de que desde luego se vacile sobre si desempeña este oficio gramatical la palabra *borrico*, que es la indicada por el giro de la frase, ó si lo desempeña la palabra *comarca*, que es la designada por el sentido.

La Francia, como las demás naciones que no habían querido reconocer al principio la independencia de la América española, no acreditaba, en las repúblicas que de ella se habían formado, ministrcs diplomáticos, sino agentes consulares.

En 1829, Carlos X envió al vizconde d'Espinville y á

M. de Saillard con el carácter de vice-cónsules, el primero á Chile y el segundo al Perú.

Los dos franceses salieron juntos de su país para venir á desempeñar sus cargos respectivos; pero desgraciadamente tuvieron en Montevideo una discusión muy acalorada en la cual el vizconde d'Espinville dió una bofetada en la cara á M. de Saillard.

¿Cuál fué la causa de la cuestión? Lo ignoro.

La injuria era atroz.

M. de Saillard desafió en el acto al vizconde d'Espinville quien, como era de esperarse, aceptó sin vacilar. Pero el capitán del buque que los conducía se opuso tenazmente á que el encuentro tuviera lugar durante el viaje, y tomó las más acertadas disposiciones para que no pudiera realizarse sin su conocimiento.

Los dos vice-cónsules fueron desembarcados separada mente en los puertos de su destino; y en la apariencia todo quedó terminado.

La tragedia que había principiado en Montevideo debía tener su desenlace en Chile.

El 26 de agosto de 1829, el Gobierno de la República reconoció á don Luis Francisco Augusto vizconde d'Espinville, como vice-cónsul de Su Majestad Cristianísima en el puerto de Valparaíso.

El vizconde d'Espinville tenía poco más de veinticinco años, una hermosa presencia y cualidades nobles y distinguidas que le conquistaron las simpatías de todos los que le conocieron.

Mientras tanto, M. de Saillard había sido recibido con el mismo título en Lima. Era un hombre implacable. A pesar del tiempo transcurrido, no había podido olvidar la afrenta que se le había inferido.

En varias ocasiones solicitó del cónsul general del Perú que le diera permiso para venir á Chile con el objeto de arreglar un negocio de importancia; pero este funcionario rechazó terminantemente su petición.

No pudiendo obtener su licencia, M. de Saillard resolvió prescindir de ella, y al efecto se embarcó ocultamente en la fragata de guerra inglesa *Sapphire*, que zarpaba del Callao para conducir á Chile á un cónsul británico y su familia

El viernes 11 de junio de 1830, la fragata inglesa mencionada anclaba en Valparaíso.

Inmediatamente M. de Saillard se puso al habla con M. d'Espinville.

—¿Me aguardábais?

—Ciertamente.

—Después de la ofensa que me habéis hecho, uno de los dos debe morir.

—No lo niego.

Ambos estaban en perfecto acuerdo.

M. de Saillard eligió como padrino á don Enrique A. Dubern, y M. d'Espinville á don Jorge Lyon.

El combate debía ser á muerte; las armas, las pistolas.

En lances de esta especie, lo más pronto es lo mejor.

En la tarde del mismo día 11, los dos vice-cónsules fueron á batirse á Playa-Ancha, y se dispararon un tiro sin herirse. La sombra de la noche, que había venido entre tanto, les obligó á separarse, habiendo determinado reunirse al día siguiente por la mañana en el Almendral para continuar la partida.

Los adversarios fueron exactos á la cita.

Se colocaron á veinte pasos de distancia el uno del otro.

Estaba convenido que los dos podían hacer fuego al mismo tiempo, ó el uno primero y el otro después, una vez que los padrinos diesen la voz de: *En guardia!*

La palabra fatal fué pronunciada.

El vizconde d'Espinville disparó su pistola con precipitación; la bala fué á perderse en el espacio.

M. de Saillard sufrió el tiro con calma, y disparó á su vez sin moverse; su bala se introdujo en el costado derecho de su contendor.

El vizconde cayó al suelo agonizando, y á los pocos ins-

tantes espiró en los brazos de su padrino. No alcanzó á decir más que *hoo!* Más bien que una palabra, fué la ronquera de la muerte.

El cadáver del malogrado joven fué conducido á la cabaña de un pescador, y de allí al cementerio.

M. de Saillard se refugió en la corbeta de guerra francesa *Durance*, y de allí se trasladó á una fragata norte-americana que daba la vela para el Perú.

El vizconde d'Espinville era muy querido. Se le hicieron magníficas exequias en la Matriz, á que concurrieron los cónsules de Inglaterra, de los Estados Unidos y de los Países Bajos, los comandantes y oficiales de cuatro buques de guerra ingleses surtos en la bahía y todas las personas notables de Valparaíso. El duelo fué presidido por el comandante de la *Durance* y por el cónsul general de Francia M. de La Forest, que había venido de Santiago con este objeto.

En el túmulo levantado en la nave principal del templo se colocaron el sombrero y el uniforme de M. d'Espinville.

La tropa de la *Durance* hizo tres descargas en la puerta de la iglesia.

He recordado la triste suerte del desventurado M. d'Espinville, porque aquel suceso inspiró á Blanco Encalada una composición que fué muy aplaudida.

Uno de los compatriotas de M. d'Espinville dedicó á su memoria una elegía, que don Ventura vertió al castellano á solicitud del cónsul M. de La Forest.

Héla aquí:

ELEGIA

Ne, pueri, ne tanta animis assuescite bella.—VIRGILIO

¿Qué anuncian ¡ay! el lastimoso canto,
Y del parche y cañón el ronco estruendo?

¿Quién dió á la tierra su mortal despojo,
Y al Hacedor el alma?

El es...aquel á quien la Océania viera,
De ilustración y de virtud ornado.
D'Espinville es...¡Oh! Dios. Lloradle, amigos,
Lloradle, patria mía

Ah! pereciera en los gloriosos campos
Que las hazañas del francés ilustran!
De la inmortalidad pisara el templo,
Seguro ya de olvido.

Alumno de las Gracias! ¿cómo pudo
La Parca cruel en el festín alegre
De la vida alcanzarte?—Aún no libada
Allí tu copa rompe.

El amor maternal contra su seno
Tal vez soñando en ilusión te estrecha:
Duerme, madre infeliz! y goza al menos
El sueño de ventura.

Tu cuna en vano te meció dichoso;
Lejos feneces de tus patrios lares;
Que en tu carrera te atajó inclemente
El golpe de un hermano!

Cual arbusto florido que en su otoño
Creyó ostentar el sazonado fruto,
Y arrebatado de aquilón sañoso
Muere en su primavera.

¿Quién la bárbara ley proclama insano
De hollar la humanidad enmascarada
De falso pundonor, y que trasforma
El hombre en fratricida?

Tú, cuyo pecho se mostró desnudo
De grandor de alma y generoso olvido,
Siéntele palpitar atormentado
De roedora conciencia.

Objeto tierno que adoró algún día,
Y adoró fiel hasta el postrer suspiro,
Ven y un tributo á sus cenizas rinde
En dolorido acento.

Adios, oh! d'Espinville! Adios por siempre
En paz reposa; en tanto que tu amigo
Tu tumba riega con amargo llanto,
Y á derramarlo vuelve.

Los egipcios solían colocar una calavera en sus festines. Los habitantes de Valparaíso han tenido una idea semejante al establecer su cementerio en una eminencia que domina la ciudad, como la muerte se cierne sobre la vida para acechar su presa. El espectáculo inevitable de ese calvario, á donde todos ellos más tarde ó más temprano deben subir, es capaz de disgustar de las alegrías mundanas. Hace muy pocos meses trepé á ese promontorio de la eternidad, cuya cima está ocupada por esa inmensa población de los difuntos á quienes nada despierta de su pasado sueño, y cuya planta está azotada por dos océanos, el uno compuesto de gente que corre desolada en busca de su negocio y de su placer, y el otro de olas que se agitan sin cesar. Una de las primeras tumbas en que por casualidad me detuve fué la d'Espinville, que por cierto no han visitado nunca ni su madre ni su querida á que alude el poeta.

Me parece que interasará conocer lo que pensaba sobre la composición anterior don José Joaquín de Mora, á quien Blanco Encalada consultó acerca de ella, antes de darla á luz.

Léase lo que Mora escribía confidencialmente á Blanco.

«*Vir bonus et prudens versus reprehendit inertes.*

«Amigo: con mi acostumbrada franqueza bética declaro que no encuentro en la bella traducción que usted me ha enviado, otro defecto que un hiátus en

Y cae en la primavera.

«Soy de opinión que los envíe usted á La Forest para que los haga publicar, pues son dignos del asunto.

Duerme, madre infeliz, y goza al menos
En sueño de ventura

es mejor que el *Dormez toujours* del original.

«*Alumno de las Gracias* es muy superior al texto».

El poeta corrigió el verso duro que le indicaba su amigo; y dejó correr su traducción.

Don Ventura Blanco Encalada permaneció completamente alejado de la vida pública hasta el año de 1840.

Durante ese largo período experimentó amarguras, no sólo políticas, sino también domésticas.

Vió combatidas sus doctrinas y perseguidos sus amigos; soportó además inmensas desgracias de familia: la muerte de una hija, aquella en cuyo honor compuso Mora una elegía; la muerte de su esposa, á quien idolatraba.

Para colmo de infortunio, su situación pecuniaria se hallaba lejos de ser holgada.

En 1840 se operó en Santiago y en todo Chile un gran despertamiento político.

Acercándose el término de la presidencia de don Joaquín Prieto, los hombres más prominentes de las distintas fracciones en que, como de costumbre, estaba dividido el partido liberal, se reunieron para trabajar en las próximas elecciones. Para esto se organizó entonces la *Sociedad Patriótica*, á cuya cabeza se pusieron don José Miguel Infante,

don Diego José Benavente, don Joaquín Campino, don Melchor de Santiago Concha, don Ramón Errázuriz, don Bruno Larraín y muchos otros, y entre ellos don Ventura Blanco Encalada.

Este último redactó en aquellas circunstancias un periódico titulado *El Liberal.*

Blanco Encalada no economizó en *El Liberal* los ataques contra los ministros y sus amigos.

En el número primero de dicho periódico, que apareció el 22 de enero de 1840 insertó, por ejemplo, una letrilla cuyas primeras estrofas eran dirigidas contra los ministros don Ramón de la Cavareda, don Joaquín Tocornal y don Mariano de Egaña.

Este antiguo cuento
Era de mi abuela.
Diz que á don Narciso
Los males aquejan;
Cansado de extragos,
Cansado de guerra,
Sociego apetece,
Por la paz anhela.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

Fray Molondro al cabo
Dice: mi cabeza
No es para guarismos,
Ni planes ni empresas;
Ganga más segura
Será la Moneda.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

Item don Embrollo,
Exhalando quejas,

De Solon la silla
Deja ya desierta,
Y á obscuro retiro
También se condena.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

El autor seguía por el estilo pintando el sobresalto de los palaciegos, temerosos de que los ministros fuesen á abandonar sus puestos, hasta que una vieja los califica de bestias, y les asegura que primero volará un carro antes que los ministros piensen en retirarse.

En el número 3 del *Liberal*, don Ventura Blanco Encalada volvió á tratar el mismo asunto en forma de oración dirigida á la Virgen.

LITERATURA SAGRADA

¡Salve, madre de dulzura,
Piadosísima María!
Asístenos en el trance
De la más cruel agonía.

Eres esperanza nuestra;
Eres nuestro norte y guía;
Y así cada cual exclama:
¡Socorro! señora mía!

No excitan nuestras plegarias
El rencor ni la manía;
Disimulad, pues, aquesta
Nuestra cristiana osadía.

De la silla de Solón
A don Embrollo desvía
Y en Peñalolén esconda
Su negra misantropía.

Y en el caudal de las aguas
Que juegan con simetría,
Apague su sed de mando;
De legislar, su porfía.

A don Narciso apartad
También de la cofradía;
No pega el rayo de Marte
A su blanda cortesía.

En pedir *extraordinarias*
No apuren su fantasía;
Miren que estos no son tiempos
De aquella abuelita mía.

Y para que en su retiro
No mueran de hipocondría,
Dejadles (pues que no entienden
De moral filosofía).

Su orgullo y su necedad,
Y su fantasmagoría,
Sus impotentes esfuerzos
Y el bastón y señoría.

Como era natural, los sostenedores del gobierno del presidente Prieto no permanecieron mudos.

La *Tribuna Nacional*, número 1, fecha 1.º de febrero de 1841, dió á luz la siguiente letrilla:

Dicen que este cuento
Contaba mi abuela.

Don Atrabiliario,
Libre de jaqueca,
De su encierro sale

Con planta ligera;
Un empleo busca,
Venganzas anhela.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

De Yungay la gloria
Dormir no le deja;
Ni de Paucarpata
La memoria acerba;
Y del noble triunfo
Furioso blasfema.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

Dicen que allá á solas
Cuando alegre piensa,
Un cambio felice
Se le representa,
Y con ojos tiernos
Mira a la Moneda.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

¡Oh cuán venturoso,
Dice, yo me viera,
Si, aunque por lo pronto
Maneje la hacienda,
Este descansado
Destino me dieran! (1)
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

---

(1) El destino de superintendente de la Casa de Moneda, que entonces proporcionaba habitación en ella.

Será así; no hay duda.
¡Quiéralo mi estrella!...
¡Qué buenos inviernos
Tendré en la Moneda,
Sentado á la lumbre
De mi chimenea!
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

Mi Volter leyendo,
O allá en mi cabeza
Buscando memorias
De mi amada Iberia,
O bien escuchando
La charla fraterna.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

Diz que así delira,
Que así se embelesa,
Mas luego mirando
A su biblioteca,
Saca de Hermosilla
Una edición nueva.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

El polvo le sopla,
Sus páginas besa,
Y—perdona, dice,
Si de tus ideas
Ciertos compromisos
Un tanto me alejan.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

Liberal me finjo
Con la turba necia,
Que el sabio profundo
Ver la luz no deja
A ojos que al mirarla
Cegaran con ella.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.

Si algún día logro
Hacer mi cosecha,
De tu obscurantismo
Seguiré la senda;
Y habrán de aguantarlo,
Quiéranlo ó no quieran.
Aquí maliciosa
Sonreía mi abuela.

Don Ventura Blanco Encalada atribuyó desde luego esta letrilla á don Andrés Bello; pero más tarde se supo que era obra de la señora doña Mercedes Marín del Solar.

La que acabo de recordar fué la última campaña política de don Ventura Blanco Encalada.

Sin renunciar á las ideas liberales que profesó siempre se concentró en el hogar doméstico, donde su principal entretenimiento era conversar de letras y artes.

A pesar de que estaba muy lejos de abundar en recursos pecuniarios, fué uno de los primeros que reunió en Santiago una buena colección de pinturas, cuya mayor parte había pertenecido á su antigua y opulenta familia. Entre ellas, había una que se tenía por original de Murillo.

En 21 de junio de 1845, fué nombrado secretario del senado, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento, con algunas interrupciones originadas por las intercadencias de su salud.

Cuando en 1843 se organizó la Universidad de Chile,

don Ventura Blanco Encalada fué uno de los miembros fundadores de la facultad de filosofía y humanidades.

Llamado por motivo de antigüedad, en julio de 1852, á suplir el decanato de esta corporación, obtuvo la propiedad de este cargo en agosto de 1853 por designación de la expresada facultad, habiendo sido reelegido en 1855.

Don Ventura Blanco Encalada falleció repentinamente el 13 de junio de 1856.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Cartas á Miguel Luis Amunátegui

I

Antiguo amigo: desde que supe que usted se proponía exhumar la memoria de mi padre del hondo sepulcro en que descansa, me dije: «pues lo siento, porque Amunátegui en sus rebuscos literarios no hallará gran cosa que presentar á sus lectores como muestra del talento y saber de don Ventura Blanco, y de consiguiente su fisonomía moral, carácter, virtudes y servicios, quedarán como antes, es decir, cubiertos con la ceniza de la ingratitud y del olvido».

No se enoje usted ni crea por un instante que no sé agradecer en lo que vale lo que usted ha trabajado para compaginar los apuntes biográficos con que acaba de empeñar el reconocimiento mío y de toda mi familia; por el contrario, debe usted estar seguro que el testimonio de su buena voluntad no se borrará de mi recuerdo.

Esto dicho, me habrá de permitir completar con algunos datos y reflexiones las deficiencias que noto en sus apuntes. Amigo como usted de las anécdotas, de los cuentecillos, hasta de las consejas que pinta al desnudo los personajes que merecen estudio, me perdonará trascribirle algo de todo aquello, en la inteligencia de que, si no todos saben apreciar lo que constituye la *causerie* de la historia, usted y yo y algunos cuantos que tengan idéntica afición, gozaremos un momento con esta charla.

El modo de escribir la historia puesto en planta por Voltaire en su «Ensayo sobre las costumbres» tiene para mí (se entiende cuando no trata de cuestiones religiosas) cierto embeleso que no he podido hallar ni en sus discípulos contemporáneos de la escuela inglesa, como Gibbon y Robertson, ni en los modernos tales como Michelet, Luis Blanc, Milman, Macaulay, etc, etc. Voltaire, tomando pie en un dicho, en una jácara, en una conseja, sabe elevarse hasta las más altas concepciones, pero nó de aquellas que se pierden en el espacio de ininteligible ideología, dejando al lector en la imposibilidad de seguir al escritor en aquellos vuelos. Usted, que es maestro, recordará que entre muchos de los magníficos retratos trazados en aquella obra solamente con unas cuantas pinceladas, el de Felipe II, María Stuardo, Francisco I, Carlos V, casi no han tenido por toda preparación, (perdóneme el símil chocarrero) más que un poco de agua de cola sobre la tela en que á renglón seguido ha caído el pincel, empapado en toda la magia de un colorido inimitable. Recuerdo que Villemain examinando en una de sus lecciones orales el «Ensayo sobre las costumbres», dice que Voltaire, partiendo de causas pequeñísimas, muchas de ellas supuestas por su traviesa imaginación, se levanta frecuentemente á la altura de las grandes verdades; y que, si no se hubiera dejado arrastrar por el odio insensato contra el cristianismo, el espíritu de las naciones que lleva por título el libro citado habría encontrado en él su más digno intérprete. Estoy cierto que usted va á decirme:

«A dónde se va usted, amigo? ¿Qué tiene que ver todo eso con lo que estamos tratando?» Aguárdese un poco, que no tardaré en llegar al punto que usted desea.

Después de decir usted que la literatura se asemeja á una floresta que crece y avanza rápidamente por su propia virtud, desparramando por todas partes sus semillas, y que como tal contribuyen en gran manera al adelantamiento de las letras la biografía de los escritores aun los

más mediocres y el examen de sus obras aun las más insignificantes, va, para confirmar su opinión, á arrancar una página del abate Gerbet «en que ha descrito con la pluma de Bossuet las degradaciones que el cuerpo humano experimenta después de la muerte, las cuales pueden observarse con la mayor facilidad en esa vasta necrópolis denominada:—*Las catacumbas*».

«Al cabo de algún tiempo, añade usted, el cadáver se convierte en esqueleto; en seguida ese esqueleto se reduce á simples lineamientos de sucio polvo que señalan la dirección de los huesos; estos mismos lineamientos acaban por borrarse; al fin sólo queda un pequeño montón de partículas casi imperceptibles, que marca el sitio donde estuvo la cabeza.

«Si queréis acercaros para examinar esa narigada de átomos, el aliento de vuestra boca basta para disiparla; aquella armazón llena de vida que se llama hombre, se reduce á nada.

«La literatura tiene también sus catacumbas. Es menester que bajemos á ellas, de cuando en cuando, para recoger con mano piadosa las reliquias de los varones preclaros que trabajaron afanosos por darnos ilustración, si queremos ponerlas á cubierto de ese gusano roedor que habita principalmente entre los muertos y que se llama olvido».

Esto es precisamente lo que me gusta y lo que me ha hecho aplaudir su manera de escribir la historia; el cadáver convertido en esqueleto, luego en polvo y luego en aire, presenta material inmenso de reflexiones al filósofo. ¿Por qué la cabeza de Newton, que descubrió las leyes de la atracción, que averiguó cómo y en cuánto tiempo el sol despide sus rayos sobre la tierra, no se diferencia en nada, una vez que la materia cerebral se seca, de la que, por ejemplo, llevó sobre sus hombros el más idiota de los idiotas?

Y luego el polvo sucio, como se llama el polvo de los huesos humanos, que es el más limpio, ¿á cuántas inducciones no arrastra, ora se le contemple como el último residuo de

la vanidad humana, ora se le estime como impalpable elemento de fructificación y de vida?

Por esto, repito, he notado siempre con placer que usted no descuida los antítesis conmovedores entre el poderío y la impotencia, el orgullo y la humillación, entre la carne mórbida y rozagante con el hueso descarnado y el polvo.

Estoy cierto que todavía no divisa usted en cuanto le llevo dicho, la relación que he creído hallar entre la manera de escribir la historia de los sectarios de la escuela volteriana y la que usted ha abrazado, imprimiéndole el sello de su carácter, enemigo de la pompa y de los arreos fastuosos de la elocuencia. Sin embargo, en el parsimonioso estilo, en el lenguaje poco numeroso que usted emplea en sus producciones de más aliento y nombradía, suelen encontrar algunos cierta afectación de sencillez, que atribuyen, entre muchos otros fines, al de ahorrarse la molestia de lanzarse en apreciaciones francas que pondrían de manifiesto la fuerza y la fijeza de sus principios.

Lo que es por mí, le absuelvo completamente de esta falta, si bien podría motejarla en los apuntes biográficos, ó mejor, en las anotaciones microscópico-cadavéricas que usted ha consagrado á mi padre. Ya le he dicho que el método de estudiar sobre el cadáver las leyes de la vida es un método que me llena tanto en medicina como en historia, porque en ambas ciencias la estructura de los huesos, de los órganos, de las fibras más imperceptibles, sirve admirablemente para hacernos adivinar lo que fueron las pasiones, la inteligencia, la imaginación durante la vida del hombre cuyos secretos perseguimos implacables con el escalpelo; pero lo que no le he dicho aún es que encuentro hasta cierto punto peligroso abusar de ese sistema, porque puede muy bien suceder que la inspección verificada incompletamente, lejos de iluminarnos, produzca mayor obscuridad sobre el difunto. Más claro: si yo, siguiendo al abate Gerbet en la necrópolis de las catacumbas, voy, y en vez de sacar un cuerpo entero para estudiar su conformación,

extraigo una canilla carcomida por la humedad ó las ratas, ¿cómo llegaré jamás á formarme idea, no digo de lo que fué el hombre á quien ella pertenecía, pero ni siquiera lo que fué su compuesto osteológico?

Pues, amigo mío, esto es ni más ni menos lo que le ha pasado á usted con el esqueleto de don Ventura Blanco Encalada; ha desenterrado un trozo de sus canillas, y compulsándolo en sus manos compasivamente, lo ha expuesto en seguida á la contemplación pública diciendo:—*Ecce homo!*

No es seguramente en la poesía donde debería usted haber buscado lo que quería ó debió querer encontrar; en su vida pública, modelo acabado de honorabilidad patriótica; en su vida privada, ejemplo el más elocuente de lo que puede la virtud en lucha encarnizada con el infortunio, era donde debía haber verificado usted sus exploraciones. Miembro de una familia quizás la más opulenta de Chile; hijo primogénito de padres que ocupaban en la colonia el más elevado puesto; educado desde la edad de ocho años en una corte y al lado de personajes que debieron influír necesariamente en su destino; militar pundonoroso, instruído, valiente; hombre, en una palabra, digno por todos aspectos y títulos de una suerte feliz en armonía con sus antecedentes y sus méritos, ¿no cree usted que su desgracia, su obscuridad y su pobreza en Chile, son fenómenos dignos de llamar la atención, no digo de un historiador como usted, sino del más vulgar de los humanos? ¿No había, repito, en esa existencia que fué toda sufrimiento inmerecido, una lección digna de presentarse en letras de molde á las nuevas generaciones para que aprendiesen á conocer lo que han valido para los mezquinos gobiernos de partido las altas prendas del alma, los servicios prestados á la patria sin más fin ni móvil que enaltecerla?

La vida, ya se sabe, está llena de desengaños; aquí y allá se han visto y se ven ejemplos de cómo se cambian en una noche el palacio por la bohardilla, el cetro y la corona por

el sambenito y el cadalso. No pueden, pues, espantarnos las mutaciones de la instable fortuna, desde que nadie bajo el sol ha tenido ni tendrá el privilegio de enclavar sus ruedas; pero lo que sí nos espantará siempre y hará brotar del corazón raudales de amargura, es que los hombres que no figuraron en la escena de los grandes crímenes, que no hicieron en su tránsito por este valle de lágrimas nada más que cultivar las virtudes sociales, hallen por recompensa, nó el castigo instantáneo con que á veces pagan los pueblos á sus mejores apóstoles, sino esa agonía lenta que producen el abandono y la ingratitud y á la cual no resisten sin llorar ni mancharse sino unas cuantas almas escogidas.

He prometido á usted, Miguel Luis, algunos datos, algunas anécdotas, algunos cuentecillos de familia, y voy proporcionárselos.

Principiaré por decirle que la educación que recibió mi padre desde su llegada á España el 30 de junio de 1791 fué escogida, como lo acreditan las cartas que paso á copiar: dos de ellas son del teniente general Ulloa á mi abuela doña Mercedes Encalada, y la otra de don Francisco José de Mena, apoderado de mi padre en Sevilla.

«*Isla de León*, *julio* 29 *de* 1791.

Mi estimada prima y señora:—Antes de recibir la apreciable de Vm. tenía algunos indicios de estar Venturita en la academia de Mr. Roque, porque sus primos Martín y Pepe, que son cuasi de su edad, me habían dicho hallarse en ella un primo suyo. Hallándome, pues, aquí para tomar baños y pasar los días más rigorosos de la canícula, luego que recibí la de Vm. y conocí ser prenda de su amor envié por él; se halla ya en casa y desde ahora en adelante seguirá en todo la vida de sus primos; será cuidado y considerado lo mismo que ellos. Los dos están de pupilos en casa de Mr. Roque, donde no echan nada de menos, donde se les instruye y educa bellísimamente. Además del director

Mr. Roque Coypel, que es hombre versado en letras, hay cuatro maestros para enseñarles latinidad, francés, inglés, aritmética, geografía, historia, todas las humanidades, en suma, y con un esmero imponderable. En este supuesto descuide Vm. enteramente, en la inteligencia de ser el mejor partido que pudiera haberse tomado, aunque su señor padre, que en paz descanse, no lo hubiera dejado dispuesto. Cuando hay dos ó tres días de fiesta seguidos, vienen aquí á travesear cuanto pueden, con tal que no les resulte daño, no poniéndoseles límites en ello; y el primero de trabajo se restituyen á su colegio. Cada dos días los ve alguno de casa y me trae la noticia del estado en que se hallan. Cada quince ó veinte voy yo á sorprenderlos con alguna chuchería, que les regalo á hurtadillas de Mr. Roque, porque éste no quiere que les saquen de su método ordinario, que les mantiene sanos, nutridos y de bellos colores». . .

El 30 de julio de 1792, es decir, un año después de la anterior, el mismo señor Ulloa escribía al dorso de una cartita que el niño Ventura dirigía á su madre:

«Ahí va, prima y señora mía, fe de vida de la querida prenda, que permanece sin novedad. Desde el 14 de este mes está aquí con su amigo Pepe, y se mantendrán hasta que pasen los calores, esto es, hasta fines del que viene. Repasan sus lecciones de geografía, historia, gramática latina y francesa, y el resto del día juegan á su satisfacción. Venturita muestra gran deseo de saber, y continuamente me abruma á preguntas sobre lo que veo con mi telescopio. El niño promete, y sería de desear que las facultades de usted le permitiesen dedicarle á una carrera científica».

Cuatro años más adelante el señor Mena, que ya he nombrado, escribía también á mi abuela:—«Dije á usted en mi última cuanto podía decir respecto al estado de Ventura; de suerte que no tengo casi que agregar sino que el chico va á tomar la carrera de la marina, habiéndose pedido ya la carta-orden al ministro. De veras siento que se haya dado este paso sin consultarme, pues si se hubiera tomado

mi parecer, me habría opuesto redondamente á que el niño abandonase sus estudios. Conozco por observación y gusto todos los seminarios de España, como también todos los de la Francia del antiguo régimen y los de la Flandes, y por lo mismo usted podrá conocer que puedo tener más voto en este ramo que otro cualquiera. Pero, ¿para qué decir más sobre el particular cuando ya no hay remedio? Con todo, tenga usted el consuelo que no hay ningún joven en Andalucía, que es mi patria, que cuente la educación y principios que su hijo de usted. Juicio prematuro, aplicación, espíritu de orden y de honradez le favorecen sobremanera, y á punto de hacerme sensible se le separe de mis cuidados, que indudablemente habrían hecho de aquel interesante chico un hombre en toda la extensión de la palabra».

Ya ve usted, amigo, que no he exagerado al decirle que la educación de mi padre no pudo ser más esmerada, ni su alma mejor dispuesta desde la cuna para todas las nobles ambiciones de la inteligencia.

Pero la muerte de su protector Ulloa, el mal estado de fortuna de su madre y el egoísmo de sus parientes, que, con excepción de su tío-abuelo, el noble anciano don Tomás Cicerón, no quisieron alentarle, fueron causa de que se cumpliese lo que tanto deploraba el señor Mena, es decir, que se arrebatase á las letras un buen alumno para llevarlo á la carrera, no siempre propicia, de las armas. Mas ni aun ese sacrificio dió los resultados que se prometían.

No sabemos por qué después de haber conseguido la señora viuda de Ulloa la carta-orden para su protegido, se quedase éste sin hacer uso de ella. Parece lo más probable que la falta de asistencias, unida al descuido del marqués de Villapalma, malograsen la ocasión; pero lo cierto es que el joven quedó en Sevilla, sin ocupación ninguna, desde 1797 hasta 1802, en que fué admitido al servicio de los Guardias de Corps.

¿Qué hizo, cuál fué la vida de ese joven en esos cinco

años de ociosidad forzada? Recuerdo haberle oído que para matar las largas noches del invierno leía al padre Isla, Cervantes, Mariana, y hacía algunas traducciones de los pocos libros franceses que por generosidad y á escondidas de su tío Villapalma, de un tal M. Lasserre caían en sus manos. Las noticias que las gacetas esparcían todas las noches y las que comunicaban de viva voz los ciegos, que en ese tiempo eran los trovadores españoles, causaban en su alma la impresión más profunda.

Los hechos más notables de la revolución le eran familiares; había visto en grabado el rostro de Robespierre, de Marat, de Luis XVI y de María Antonieta; leído con fruición de fuego los discursos de los oradores montañeses y girondinos; contemplado por sus propios ojos á Tallien, embajador entonces en Madrid de la república francesa.

En esta situación de espíritu y con tales lecturas, ¿cómo no entusiasmarse por las ideas de Voltaire, de Rousseau, cómo no acariciar un amor inocente, como todos los de la niñez, por la libertad, por esa diosa á quien se atribuía la redención del género humano?

Esto explica por qué don Ventura, á pesar de haber pasado su juventud en una corte despótica, corrompida, no perdiese jamás en las vicisitudes de su vida el amor entrañable á los principios liberales que lo acompañaron desde el vestíbulo de la existencia hasta la hora de su muerte.

Pero no precipitemos la relación y sigamos paso á paso en ella.

He dicho que en 1802 consiguió la gracia de guardia de Corps en la compañía americana. Voy á dejar la palabra al joven soldado para que nos cuente cómo eran aquellas ceremonias:

«Querida madre mía:—Con fecha 10 de abril de este año (1802) tuve el gusto inexplicable de escribir á usted participándola mi colocación en el cuerpo de reales guardias de Corps. Logréla al cabo á influjo de mi querida tía Panchita (siempre mi misma y única protectora) de quien traje carta

para la marquesa de Branciforte, cuyo marido es actualmente el sargento mayor de dicho cuerpo. Inmediatamente que se la hube presentado, hizo cuantos esfuerzos son imaginables para empeñarle á que me alcanzase del rey la gracia.

«En efecto: luego que hubo vacante fuí llamado al sitio de Aranjuez por el marqués; y teniendo yo ya corrientes mis pruebas de nobleza y demás circunstancias que, según ordenanzas, han de concurrir en los sujetos que pretendan servir en este cuerpo, me faltaba una, que es la de talla, que debe ser de *cinco pies y tres pulgadas.* Habiéndome medido el secretario de Branciforte por orden de éste para saber la mía, vió que tenía solo *cinco pies dos pulgadas*, y pasó al momento á noticiárselo. Usted ha de notar en que el rey es inexorable en esto de dispensar la talla, habiéndose propuesto no concederla á nadie.

«Con esta consideración recibía, pues, Branciforte la noticia con alguna pena, pues estaba sumamente empeñado en servirme, y al fin se dignó dar un paso de que le estaré, como de los otros, eternamente agradecido, y fué el de ir en persona á pedirle al rey la gracia de guardia de Corps para mí y juntamente la dispensa de la falta de talla que tengo circunstanciada.

«Concediómela su majestad al punto, y en consecuencia fuí presentado al día siguiente por un exento de guardias, como es costumbre, á besar la mano. Regresé en seguida á Madrid, habiendo dado las más expresivas gracias á los excelentísimos señores marqueses de Branciforte, que tanto se habían dignado favorecerme, y tomé posesión de mi empleo, lo que se verificó el 13 de dicho mes de abril. A los ocho días monté mi primera guardia de cuartel y obsequié, según uso inmemorial, con dieciocho libras de dulces á los compañeros y jefes de ella. Aun me faltaba que hacer un segundo regalo en la primera que tenga en palacio, siendo éste entonces duplicado. Empecé desde luego con los ejercicios de picadéro y carabina, y ya estoy al fin de ellos, de

manera que estaré apto para servir el mes que viene, que entro de cuartel. Este dura tres meses, y lo demás del año lo tenemos de descanso. Este año tendremos más fatigas que otros á causa del viaje de los reyes á Barcelona, con el fin de recibir á la princesa de Nápoles, que viene á desposarse con el príncipe de Asturias, y de verificarse asimismo el casamiento de nuestra infanta Isabel con el príncipe heredero de Nápoles. La marcha, según la orden que se nos ha comunicado á todos los cuerpos de casa-real, será á fines de agosto ó principios de septiembre de este año.

Veremos, pues, las célebres ciudades de Barcelona, Zaragoza, etc., etc., y particularmente las funciones que se hagan en obsequio de los reyes. Algunos millones se gastarán».

Esta relación, que para muchos no puede tener interés porque no saben lo que era la corte española, es, empero, interesante para hombres como usted, que gustan de escudriñar y sacar á plaza los más insignificantes secretos de la recámara de nuestra madre patria.

Madrid en tiempo de Carlos IV y Fernando VII, era la Babel de los principios y de las prácticas gubernativas. En el trono un anciano crédulo, bonachón, débil como todos los de su raza, y una reina que no tenía nada que envidiar á Juana de Nápoles. Ascetismo barajado con los excesos más repugnantes; los que iban á misa y comulgaban con el rey, entrando la noche se convertían en verdaderos héroes de Meursio y Petronio. El pueblo, en tanto, pisoteado á cada paso por los grandes, gemía en la más degradante miseria. Las fábricas, los talleres, la industria toda no contaba ni con el número preciso de trabajadores para sostenerla medianamente activa. El oro de las Américas era engullido por la insaciable tarasca de los cortesanos. Encomiendas, repartimientos, empleos, dignidades militares y eclesiásticas eran el patrimonio de los corrompidos palaciegos cuyo afán único consistía en embaucar al rey en nombre de la religión de sus mayores, y en exaltar las pasiones de-

senfrenadas de su libidinosa y vengativa consorte. ¡Qué tiempo aquél! El marqués de la Almenara se encargaba de domar potros para que Carlos IV le hiciese el singular honor de cabalgar un jaco cuyos ascendientes no habían abandonado jamás las dehesas vírgenes de Toledo. El duque de Osuna, el descendiente en línea recta de aquel famoso virey de Sicilia, don Pedro Téllez Giron, que fué uno de los vencedores del Turco, el rival de Filiberto, duque de Saboya, el árbitro orgulloso en las diferencias y alianzas secretas de aquel con la República de Venecia; ese vástago raquítico, decimos, no tenía más placer ni más pretensiones que entrar todos los días á la hora de la vianda del rey, con un botiquín de salsas debajo del brazo para aderezar la ensalada que masticaba á dos carrillos el envilecido monarca.

En ciencias exactas, después de la muerte de don Antonio Ulloa y don Jorge Juan, solo Pintón, autor de un libro de geografía elemental para los colegios reales; Rebollo, que comenzaba á despuntar con las traducciones de Lacroix, y uno que otro aficionado que no merecen nombrarse, eran los únicos sacerdotes del templo de Minerva. En medicina el viejo Naval escribía algunos apuntes sobre las enfermedades del oído, siendo él más sordo que una tapia, y García Suelto, sin haber escrito más libro que una memoria sobre la viruela que ya nadie lee, se decretaba la corona de Hipócrates. En artes, la pintura era la única que conservaba algún brillo, y eso sólo por Goya, cuyas exentricidades no le permitieron dirigir su talento sobre otros temas que las escenas patibularias alternadas con algunas del más abigarrado misticismo.

En música profana, desde Farinelli, que mereció por su filantropía y sus talentos los mayores elogios de Moratin el viejo, no habían tenido los españoles un solo compositor digno de mención honrosa. Hasta en la sagrada, en que, según los críticos, no ha tenido España rival, sólo dos ó tres maestros catalanes ó vizcaínos se ocupaban de desen-

terrar los antiguos misereres, que mezclados de vez en cuando, como lo hace notar un crítico ingenioso, con algunas jácaras andaluzas, formaban el despropósito musical más desapacible y grotesco. Por lo que respecta á gracia, finura, cortesanía delicada, don José Marchena, que era voto en la materia, va á decírnoslo:—«Defecto general de nuestros escritores es incurrir en chocarreros y juglares cuando aspiran á ser chistosos, y ni aun el ilustre autor de *Don Quijote* está siempre inmune de esta labe. Pende esto de que nunca fué el palacio de nuestros reyes escuela de finura y gracia, como el de Luis XIV en Francia, y ya en el décimo-sexto siglo el de Francisco I. Carlos V, el único de nuestros reyes dotado de algunas prendas sociales, la mayor y la mejor parte de su vida la pasó fuera de España, ora al frente de sus ejércitos, ora en sus dominios fuera de la Península; y ni el suspicaz Felipe II, ni el devoto Felipe III, ni el estúpido y enfermizo Carlos II, podían gustar de aquella libertad de trato indispensable para que se desenvuelvan las facultades del espíritu humano. Felipe IV más puede calificarse de *rey majo* y libertino que de monarca popular; y si bien es verdad que reunía á literatos, poetas y pintores en su palacio, los pasatiempos en que se entretenían, las piezas de repente que componían, más propias eran de juglares y truhanes que de doctos que se aprecian en lo que valen y no condescienden en desairadas bajezas. Felipe V, mejor que monarca, fué un muñeco coronado; incapaz de entendimiento, de voluntad, de energía, divirtiéndose en cazar moscas cuando en su consejo se ventilaban á su presencia los más arduos negocios, ni más ni menos que si cabe á una estatua se trataran; y muy pocas ventajas sacó á su padre el flaco Fernando VI, gobernado al antojo de la portuguesa, con quien tanto podía el soprano Farinelli. La increíble pasión de cazar sin parar llenó la vida entera de Carlos III, más ocupado en otear á una chocha que en pulir á sus palaciegos; y Carlos IV sólo la decoración de monarca tuvo, dejando su poder todo en-

tero en manos de Godoy, el más zafio é inepto de los humanos. De suerte que la aurora del fino gusto, que durante el reinado de Carlos V, con Garcilaso de la Vega, don Diego Hurtado de Mendoza, etc., había rayado, se cerró muy luego en una densa y obscurísima noche, donde nunca ni un falleciente rayo de luz ha penetrado. Nuestros grandes de España unos viven en compañía de toreros, carniceros y gitanos; otros entre inquisidores y frailes: figúrese el lector cuál es su urbanidad, cuál la finura de su trato».

Y todavía no es esto todo lo que puede decirse de aquella nación á la cual enviaban de las Américas á educarse é instruirse á los más opulentos hijos de familia.

Como mi memoria es el único don de que dispongo sin restricciones, me permitiré recordar algunas anécdotas de palacio que oí á mi padre en esas horas en que buscaba en la lumbre de su chimenea alguna distracción á sus penas.

Por ejemplo, recuerdo el retrato de Carlos IV, de María Luisa, de Fernando y del patriarca de las Indias, como si acabase de escucharlo, y aun podría, tal era el modo minucioso de narrar sus historietas, sin gran trabajo reproducirlos al lápiz. Sobre todo, de lo que me acuerdo con más detalles es de los cuentecillos picarescos en que entraba el amor como el primer condimento. Allá va uno, si no se enojan mis lectores. Una noche, víspera del día de San Juan, en que todos los españoles, ricos y pobres, van á coger la verbena, la reina doña María Luisa, protegida por su confidenta, primera azafata y guarda-damas, concedió libertad de penetrar en su retrete, pasada la hora de la queda, á un joven guardia llamado Mayo y de nacionalidad argentina. Al amanecer del día siguiente, antes de montar en su berlina, camino de la Granja, para cazar el venado, antojósele al real esposo penetrar en la recámara de su pudorosa cónyuge. Como para Su Majestad Católica no había respeto á la etiqueta ni á miramiento de ningún linaje, pasó por sobre la marquesa de Santa Cruz, que era la consabida guarda-damas y tercera de María Luisa, y de ron-

dón se coló en la regia estancia. La reina, que conocía los exabruptos de su esposo mejor que nadie, y que tal vez olía la matinal visita, por fortuna había hecho ya escurrirse con tiempo por una escalera secreta á su afortunado amante. En la precipitación olvida éste la espada que había dejado á la cabecera del lecho. En fin, entra Carlos IV en la alcoba; María Luisa se cubre la cabeza con la sábana, pretestando un dolor espantoso de muelas, que no tenía, pues toda su dentadura había llegado de Nápoles; pero el amartelado Nemrod no se da por vencido; quiere ver el purpurino semblante de su dueño y depositar en él un ósculo ternísimo.

Hácelo, en efecto; mas, al volver de su arrobo y tomar la puerta, divisa la espada con galón de plata del joven guardia. ¿Qué hace? Nada; tomar simplemente entre sus soberanas manos la malhadada tizona y llevarla él mismo muy quedito á la sala de guardias para que la recogiese su dueño.

Pero, ¿para qué contar más anécdotas picantes cuando se hablaba públicamente en los dormitorios de las doncellas de palacio, de un plato llamado *gallina á la diabla*, que tenía la virtud de volver diablos á los más gallinas? Y bien ¿no era natural que un joven dotado de imaginación vivísima como era don Ventura, y campando por sus respetos en medio de las seducciones de una corte crapulosa, adquiriese desde temprano, amén de los vicios de la disipación, los hábitos de la lisonja cortesana, las ideas mezquinas, los principios bastardos que forman el credo político, religioso-social, de los que respiran el aire mefítico de los palacios? Mas, no fué así, pues aunque pagando el natural tributo á las liviandades de la juventud, siempre conservó intactos, puros de toda mancha, sus sentimientos de hombre y de caballero. Al día siguiente de una comilona en que tal vez habían terciado las espadas y corrido los pocos escudos que frecuentaban su bolsa, el joven militar, arrepentido, avergonzado de su calaverada, ó corría á encerrarse en su cuarto para volver á sus lecturas, ó á visitar el museo

de Madrid, cuyas pinturas y estatuas y curiosidades de todo género estudiaba y admiraba más cada día.

Pobre joven! no podía olvidar la vocación al estudio con que Dios le había favorecido, ni menos que toda aquella grandeza para los ojos, disipación para el cuerpo, embeleso para los sentidos, estaba muy distante de compensarle la orfandad en que vivía, la ausencia de una madre y hermanos. «No hay vez, escribía á aquella, que tome la pluma para usted, que no me salten las lágrimas á los ojos, contemplando el forzoso destino que he tenido hasta aquí de vivir separado del seno materno y de mi tierra patria. Ah! cuándo llegará el momento, el más lisonjero de mi vida, en que vuelva á verme en ella! Sólo esta esperanza me sostiene con vida».

En 1808 se hallaba en Cádiz destinado al fijo de infantería de Cartagena de Indias. Los motivos de este nombramiento no solicitado por nadie, los explica él mismo en otra carta que tengo á la vista.—«Yo salí por orden (hablando entre nosotros) de la reina, que no podía ver con paciencia que fuese amigo íntimo de Antonio Ballesteros, su cortejo. Así fué que temiendo que tanto yo como otros dos buenos compañeros, le inspirásemos ideas de buena conducta, de la mañana á la noche recabó del rey el nombramiento de nuestros nuevos empleos».

A pesar de esto, el viaje, ó más bien el castigo, no se llevó á efecto, pues la caída del príncipe de la Paz y la subida al trono de Fernando VII por la abdicación de Carlos IV, hicieron que la reina perdiese toda influencia en los manejos de gobierno.

«En fin, la monarquía, continuaba don Ventura en la carta citada, cuenta ya otra época, y todos los españoles cifran las más dichosas y altas esperanzas en el reinado de Fernando, habilitado ya rey por su padre en su decreto en que abdica la corona en atención á sus achaques.

«El rey hijo se halla en Madrid y los reyes padres en

Aranjuez, de donde saldrán muy en breve para su destino, que deberá ser Guadalajara.

«Estamos aguardando de un momento á otro á Napoleón el Grande, á cuyo recibimiento ha salido el hermano primero del rey, infante don Carlos, de Madrid, dirigiéndose á la frontera. Se hallan á esta hora dentro de la corte 25 á 30 mil franceses al mando del duque de Berg, cuñado del emperador. Este número y otros acantonados ya en España no dejan de inspirar cuando menos recelo en el ánimo de los españoles, no obstante que, según los franceses aseguran, su objeto es pasar á las costas de Africa ó alguna otra expedición militar, á fin de cerrar enteramente á los ingleses las puertas del Mediterráneo».

Prevaliéndose de todos estos acontecimientos y ya cansado de servir en el cuerpo de guardias, pidió su licencia para trasladarse á Madrid y ver siquiera si se le concedía una tenencia de dragones para Buenos Aires ó Chile. Inútiles súplicas! La suerte, que jamás le había sido propicia, fué más rigorosa; todos podían ver la patria, menos don Ventura Blanco; todos honrarla con sus servicios, disfrutar de sus favores, menos él, que separado de ella y del regazo materno desde la edad de ocho años, estaba condenado á sufrir y llorar sin esperanza en tierra extraña.

Como esta carta va dilatándose demasiado y mis tareas no me permiten continuarla, paro aquí, esperanzado, mi amigo Miguel Luis, en que usted ha de hallar algún interés en estos apuntes, que con los ojos arrasados en lágrimas, no sé si he sabido poner en orden.

Mi padre fué para mí todo en esta vida: madre por la ternura, maestro por la ciencia y amigo por la confianza. Murió, y con él perdí apoyo, consejo y luz. Verdad es que su nombre aun me protege de la osbcuridad; pero ¡ay! no sólo se vive de nombre, siquiera sea esplendoroso, en el mundo de prosa que habitamos.

En fin, hasta mañana, amigo, y que Dios me permita continuar tan dulce tarea.

II

Amigo:—Decía á usted ayer que mi padre, á pesar de los empeños por venir á Buenos Aires ó á Chile con el empleo de teniente en cualquiera de los regimientos de caballería que llegaban de la Península, no pudo conseguirlo; cosa que no le extrañará á usted, desde que sabe lo desgraciado que era en todas sus pretensiones.

Y no digo desgraciado en el sentido vulgar de la palabra, sino desgraciado sobre toda desgracia. Había querido estudiar, ser hombre de letras ú hombre de ciencias, y la suerte no había querido consentirle el cumplimiento de tan nobles votos. Introducido en la carrera de las armas, su ambición natural le llamaba á su patria para consagrarle sus servicios y recibir el galardón que sólo ella sabe prestar á sus hijos; mas el destino, siempre ese negro destino que no cesaba de perseguirle, tampoco había querido concederle ese gozo.

Oh! cuánto no debió sufrir al verse víctima de una expatriación sin término, privado sin causa de las comodidades del hogar, huérfano de las caricias de una madre que sólo le había abrigado en su regazo por unos cuantos instantes, y de cuya imagen no conservaba más que un reflejo perdido en la bruma de sus recuerdos de niño!...

El 10 de diciembre de 1808 obtuvo el nombramiento de teniente en la duodécima compañía de dragones de Sagunto. Vamos á ver cómo da cuenta de ello á su señora madre en una carta fechada en Sevilla á 9 de enero de 1809:

«Me dice usted aguardaba con impaciencia la llegada de la fragata *Flora* para ver letras nuestras y saber nuestras noticias. Sin duda parece que usted presentía el inexplicable placer de ver á su Manuel y de verlo un hombre cumplido. ¡Qué dulce sorpresa para usted! ¿Quién me diera proporcionar á usted otra con mi vista?

«Me hallo en el día de teniente de dragones de Sagunto,

destino que he debido al paternal amor que siempre me ha manifestado mi tío don Francisco Recabarren, pues ha dado la casualidad de hallarse de oficial de la junta general de inspección, y desde luego trató de mi acomodo.

«Hoy mismo nos pasará revista el general jefe y pasado mañana partiremos á campaña. Creo que iremos naturalmente sobre Madrid, reuniéndonos, esto es, el ejército de Andalucía con los que manda el marqués de la Romana y Duque del Infantado. En todo compondremos ciento cincuenta mil hombres, que me parece es un número bien respetable. Mi suerte no es hoy tan mala; vivo con mi tío Villapalma, que hace conmigo las veces de padre. Todo esto será para usted un motivo de complacencia. Dios querrá que le proporcione otros en adelante. Lo que sí protesto á usted, es que haré mi obligación, que me comportaré con el honor á que me estimulan mi nacimiento y mis principios y que siempre obraré como cristiano y como militar. Confío, repito, en la misericordia del Señor, que habrá de permitirme cumplir religiosamente este propósito».

En efecto, la Providencia, tantas veces invocada en vano por el teniente de Sagunto, le permitió cumplir al pie de la letra cuanto había prometido. Su conducta como militar y caballero fué intachable; y la prueba de ello es que el general Cuesta, cuya severidad era proverbial, en un informe pasado á la junta gubernativa de Sevilla, aplaudiendo el buen comportamiento del regimiento de dragones dè Sagunto, recomienda entre los oficiales más dignos de mención honrosa, «al pundonoroso teniente don Ventura Blanco».

Por los ataques de Dora, Consuegra, Yévenes y Santa Cruz, èl coronel Galloso le recomendó también verbalmente al Duque del Infantado, no escaseando encomios sobre la delicadeza de su comportamiento.

Para que se vea que no hablo por deseo de encarecerle, voy á trascribir íntegra una carta de un compañero de ar-

mas, en que á la franqueza del soldado se une la delicada ternura del amigo:

«*Valparaíso, julio* 18 *de* 1842.

«Señor don Ventura Blanco Encalada:

«¿De quién es esta letra que yo no conozco, ó de la cual al menos no me acuerdo?» Esta problablemente será la exclamación de usted al recibir estos renglones que su dignísimo hermano el almirante le entregará á ruego de... ¿de quién?...Ay! ay! *ahí finca ó punto.* Pero, si bien lo desconocido de la letra habrá, en primer lugar, de causar á usted sorpresa, ¡cuánto mayor no será ésta cuando se encuentre usted con el nombre de un antiguo compañero de armas, compañero de regimiento y camarada de alojamiento en Consuegra, donde usted, como valiente, vertió su sangre en la gloriosa causa de la independencia y libertad de España!—En aquel día memorable, casi sorpresa, usted, el cadete Ferrita y otro de igual clase de la duodécima compañía, comandada por el capitán Figueras, se entretenían en amistosa conversación cuando los clarines inesperadamente nos llamaron á caballo para separarnos, según yo, con sentimiento, y hasta ahora poco me había creído: para siempre!

«Figúrese usted, pues, mi apreciado amigo, cuál sería mi satisfacción el 11 del corriente cuando supe que usted todavía existe entre los hijos de Eva, y cuál mi regocijo al saber anoche que no se halla usted á casi millares de leguas de aquí, como yo, acordándome del pueblo de su nacimieto, me había figurado, sino que está usted, comparativamente, casi dándose las manos con el *quondam* saguntino arriba dicho, y cuyo nombre al fin diré:—Es Mead!—Dícenme que está usted remozado aunque papá de numerosa prole, saboreando el descanso de la vida doméstica, mientras que yo, cano y calvo, después de más peregrinaciones que las del judío errante y más vicisitudes que las que me

sería fácil narrar, me felicito de haber encontrado en las orillas del Pacífico á uno de los más elegantes y completos caballeros que jamás he conocido, en el hermano de aquel finísimo, pundonoroso y afable americano á quien los amigos de su juventud apellidaban por afecto: Blanquito.

«La primera noticia fué para mí tanto más grata cuanto que la adquirí en medio de la jovialidad de sobremesa. Un selecto número de amigos disfrutábamos la hospitalidad que realzaban el natural agrado y delicadas maneras del señor hermano de usted, cuando éste, contestando á mis indagaciones, contestó:—«Ese, ese es mi hermano Ventura».

«La segunda nueva me la comunicó el señor Benavente, mientras entrambos, como hombres que ya no baten el escarpín, nos gozábamos en observar en alegre danza á la lucida juventud que su señora cuñada de usted reune todos los domingos. Conociendo usted á esta amable señora y á sus preciosas niñas, superfluo me parece decirle que el distinguido tono y exquisito tacto de sociedad con que la primera desempeña los honores de su casa, y la considerable parte con que las segundas, por sus gracias personales y habilidades, contribuyen á amenizar estas reuniones, me han hecho establecer entre ellas y las más escogidas de Europa un paralelo enteramente á la par. Esta inesperada combinación con que me he encontrado de la dulzura americana con el refinamiento de Madrid, París ó Londres, ha calmado tanto mi ansia de volver al viejo mundo, que no será sin sentimiento que yo le diga adiós á Valparaíso. Antes de verificarlo para doblar el Cabo, siempre me había propuesto visitar esa capital; mas ahora que sé la residencia de usted en ella, renunciar al placer de dar á usted un abrazo con la cordialidad de un soldado viejo, me sería tan fácil como volar á la luna por los cerros de Ubeda. Entre tanto, con la misma sinceridad que cuando usted y yo ceñíamos la espada dragona, saluda á su antiguo teniente,

señor don Ventura Blanco, su afectísimo amigo. —Juan Mead».

Como me he propuesto desenterrar papeles viejos en la balumba de ellos en que vivo metido, me ha de perdonar el señor Amunátegui todavía otros rebuscos.

Volviendo ahora á la vida militar de don Ventura, le diré que por la famosa batalla de Talavera de la Reina, empezada en 27 de julio de 1809 y concluida al anochecer del siguiente día, mereció el honor de ser recomendado y propuesto para capitán por el general Cuesta.

«El ejército francés, dice un historiador-soldado, compuesto de 50,000 hombres al mando en jefe de José Bonaparte, y en el que sobresalían el mariscal Víctor, Sebastiani, Jourdan, etc., hallábase aquel día memorable al frente del ejército combinado, que constaba de 34,000 españoles, de ellos 6,000 de caballería y 16,000 infantes, con 300 caballos ingleses; debiendo citarse entre los españoles, que á las órdenes de don Gregorio de la Cuesta formaban cinco divisiones de infantería y dos de caballería sin contar la reserva y la vanguardia, á don Juan Berthuy y don José de Zayas como comandantes de las últimas, á don Juan de Henestrosa y al duque de Alburquerque como jefes de caballería, y las demás al cargo de don Vicente Iglesias, del marqués de Zayas, de Portago, de don Rafael Marglano y don Luis Alejandro Bassecourt.

«Al frente de los ingleses estaba sir Arturo Welesley con el mando en jefe y seguido de Sherbrocke, Hill, Mackensie y Campbell.

«Ambos ejércitos desplegaron el mayor valor con la más notable pericia militar; pero por fin cedieron los franceses, quedando la victoria por los aliados. Los franceses perdieron 7,389 hombres, con 17 cañones y dos generales; los ingleses 6,268 hombres con otros dos generales; y la pérdida total de los españoles consistió en 2,100 hombres, quedando gravemente herido el general Manglano. La junta central, en recompensa de este señalado hecho de armas, nom

bró á sir Arturo Welesley capitán general del ejército; su gobierno lo elevó á par de Inglaterra bajo el título de lord vizconde Wellington de Talavera.

«La Central condecoró también á Cuesta con la cruz de Carlos III, pero no dispensó gracias sino á los jefes y oficiales españoles que legítimamente las hubiesen conquistado».

Pues bien, por esa batalla, que tan cantada ha sido por los poetas y que tan encomiásticos elogios ha merecido de los historiadores ingleses, don Ventura obtuvo, no sólo la aprobación de sus inmediatos jefes, sino una medalla en la cual se lee en el anverso:—*A los vencedores de Talaveras* y en el reservo la pomposa inscripción latina:—*Saguntus dat nomini nomen.*

«Dos días después de la acción, dando cuenta de ella decía:—«Madre de mi alma. He cumplido con mi deber y he sido recompensado. Mis jefes me estiman, mis compañeros me aman y respetan: ¿qué más puede apetecer un militar? Estoy satisfecho, lo repito; pero en medio de esto, triste, porque más de una vez se me ha ocurrido que alguna bala mal intencionada puede robarme el placer de abrazar á usted. Morir no es nada, pero morir lejos de una madre querida debe ser un tormento horrible.

«Bendígame, pues, para que Dios me ayude».

Aprensión infundada! Los dichosos son los que mueren en la flor de la vida ó en la plenitud de sus goces. «Ah! decíame un día suspirando; ¿por qué el destino, que tanto me ha maltratado, no permitió que una bala piadosa me llevase la cabeza?»

Y se explica de sobra este desencanto en un hombre que no había conocido la dicha en ninguna de sus manifestaciones. Criado lejos del suelo en que naciera, siempre á merced de la compasión de sus parientes, nunca en posesión de lo necesario para su subsistencia, ¿cómo no sentir horas de amargo luto, cómo no rendirse á la misantropía, que es la *enfermedad de las almas ajadas de continuo por la desventura.*

Al año siguiente de la batalla de Talavera se encontraba enrolado, no sabemos cómo, en las filas contrarias. ¿Qué le había movido á abandonar las banderas bajo cuya sombra había tantas veces combatido y logrado, si no retumbantes recompensas, modestos pero elocuentes testimonios de aprecio?

La ley del vencedor no podía ser para él ni para muchos otros muy nobles y esforzados ciudadanos que ejecutaron lo mismo, una ley suprema; por el contrario, ella importaba, debía importar el triunfo de la fuerza contra el derecho, cosa por lo mismo muy antipática y odiosa para todo corazón bien puesto. ¿Por qué, entonces, el buen soldado de Consuegra, de Talavera, etc., abandonó sus estandartes? ¿Tentábale acaso la fortuna que divisan muchas veces los traidores al abjurar de la causa que defendieran con su sangre? Nada de esto: su alma era demasiado levantada para entrar en cálculos mezquinos, para usufructuar con la veleidad, que en el rigoroso sentido del patriotismo lleva el nombre de traición. Pero sea como sea, ¿cuál fué, al fin el móvil que pudo impulsarle á hacer causa común con los mismos enemigos á quienes había combatido en el campo de batalla y á quienes debía aborrecer por la inicua felonía que emplearan robando traidoramente la independencia de una nación que los había albergado confiada y generosa?

Es más que probable que las noticias llegadas de América le inspirasen un sentimiento de antipatía hacia la nación que á título de madre comenzaba á encharcarse en la sangre de sus hijos. ¿Cómo batallar entonces á favor del verdugo de la América, en contrarias filas á las de sus compatriotas? La lógica estaba, pues, de parte de la defección, y tanto más cuanto que un americano, fuese cual fuese su respeto por los lazos con la metrópoli, no podía menos de sentir el natural anhelo de libertad que conmovía á sus hermanos en la dilatada extensión de un mundo. Guerrear, en este supuesto, á favor de los franceses, era pelear por la patria, que prevalida de esta coyuntura, organizaba los

elementos de su rebelión. Combatirla en el Perú, Colombia, Chile, la República Argentina, etc., era lo mismo para el caso que combatirla dentro de su propio hogar; así, pues, si los españoles afrancesados necesitan sincerarse de su transfugio, los americanos no han menester para defenderse de la preocupación vulgar más que decir: «todos éramos unos, y como tales, infamia y torpeza habría sido separarnos en tan duro trance».

El 22 de agosto de 1810 don Ventura recibía del ministro de la guerra don Gonzalo Ofarril el siguiente despacho:

«Por real decreto de ayer 21, se ha servido su majestad nombrar á usted teniente del regimiento 4.º de cazadores á caballo, con la antigüedad de 22 de mayo último en que fué colocado por el mariscal duque de Dalmacia»...

Decir ahora cuál fué su vida durante los tres años que sirvió en los ejércitos franceses sería muy largo de contar. Fuera de los encuentros diarios, de las guerrillas, de los pequeños ataques que servían como de entreactos en aquel terrible drama, el sitio de Badajoz, Campo Mayor, la batalla de Albuera, la de Tamames, la de Vitoria y varias otras que no recuerdo, bastarían para ocupar un buen número de páginas.

Respecto del sitio de Badajoz, los historiadores españoles se manifiestan muy orgullosos, afirmando que fué una gloria espléndida para su patria. Usted sabe que en 1810 fué aquella plaza sitiada por los franceses; que su gobernador don Rafael Menacho llegó á reunir una guarnición de nueve mil hombres, siendo la población de Badajoz apenas de once á doce mil habitantes; y que apretando el sitio, el mariscal Soult hizo proposiciones que fueron terminantemente rechazadas.

Por fin, que en el año siguiente, entre los veinte mil hombres de infantería y cinco mil de caballería que llevó Soult al socorro de sus paisanos, y con los cuales causó bastantes pérdidas á los aliados, venía un cuerpo escogido llamado *Guardia del rey José*. Pues bien: don Ventura pertenecía á

ese cuerpo y tocóle el honor de escoltar al mariscal en esa función de armas en que el viejo soldado se cubrió de gloria. Presentándolo después éste al rey José tuvo la amabilidad de decir:—*Sire, j'ai l'honneur de vous presenter M. le lieutenant Blanco, dont votre magesté doit avoir reçu plusieurs rapports.*

En la batalla de la Albuera, que fué el desquite de los españoles y que siguió inmediatamente á la de Badajoz, su conducta fué la misma, ó mejor, si cabe, según lo acreditan varios papeles en los cuales hay uno por el cual, en atención á los empeños del oficial Blanco, se suspende el secuestro de ciertos fondos pertenecientes al marqués de Villapalma

En 1812 la suerte, que ya había comenzado á mostrársele favorable, fué obsequiosa, permitiéndole ser nombrado capitán el mismo día en que el rey le condecoraba con la cruz de la Orden Real de España, que había sido instituída sobre el patrón de la Legión de Honor.

A más de esto, que no era poco, algunas otras satisfacciones venían á completar el paisaje de sus esperanzas. Era querido cada día más de sus compañeros, considerado por el mariscal, que reconocía en él prendas muy estimables y que forman el complemento del soldado, y hasta, si puede decirse, mimado por el coronel, el valiente Treillard, á cuyo lado había combatido y á quien debiera pagar más tarde libertándolo de ser quemado vivo por una partida de bandoleros que ya le tenían atado á un árbol para sacrificarlo. En pago del arrojo con que el capitán Blanco le había, si no salvado la vida, porque estaba cubierto de heridas, al menos evitado su martirio arrebatándolo de las manos de aquella canalla enfurecida y conduciéndole á la grupa de su caballo hasta su alojamiento, el dicho coronel Treillard dejóle al tiempo de morir, como sagrada prenda de afecto, el sable que había llevado siempre en los combates.

Recuerdo que éste era uno de los sucesos en que más recalcaba cuando era la hora de las memorias, y recuerdo

también que en una ocasión, con voz conmovida, con aquel acento de dulcísima melancolía que solía emplear siempre que se trataba de los seres que había querido, me dijo solemnemente estas palabras:—«Tu padre no ha olvidado jamás un beneficio, si bien ha olvidado y perdonado todos los agravios. Oh! lo que es aquel sable de mi coronel me costó carito; por poco me echa al otro mundo el capitán Petieu en el duelo á que me ví forzado á provocarle. Estaba yo un día muy orondo con mi sable al cinto, con el sable que me regaló el coronel, cuando se me aparece un oficial francés que después de medirme de arriba abajo con la vista me dice con risa irónica:—*D'ou avez vous tiré ce sabre? Est ce-que un Espagnol a le droit de porter le sabre d'un héros français?* Por supuesto, levanté la mano, y como contestara, me precipité sobre él; pero como era más fuerte que yo, tuve que echármele á la cintura para que no me descalabrase. Al otro día á las cuatro de la mañana nos batíamos debajo de unas encinas; el ataque fué rudo; el demonio del francés tiraba magníficamente; mas como yo también era diestro y la cólera me ayudaba, tuve la fortuna, en el momento de tenderme á fondo con una estocada que le habría roto el corazón si no la para con un quite vigoroso y pronto, de atravesarle la mano derecha de parte á parte. En fin, aquellas locuras eran de la edad... hoy todo aquello me parece sueño».

Decía á usted hace poco que la esperanza había comenzado á ocupar el corazón de mi padre, ofreciéndole en seguida una carrera gloriosa y de provecho. ¿Por qué no llegaría un día en que cargase los entorchados de general? ¿No eran bastantes títulos para esa dicha el honor y el valor? ¿No era, cuando menos, factible alcanzar un coronelato? Todas estas cuentas alegres debieron seguramente pasar por su espíritu infinidad de veces; mas, como el desengaño no se hizo esperar, creo que toda aquella improvisada máquina de ficciones debió causar en su alma al desplomarse un aturdimiento dolorosísimo.

La batalla de Vitoria fué, pues, la muerte de sus ilusiones. El 21 de junio de 1813, las más escogidas fuerzas del ejército francés, con el rey José Napoleón á la cabeza, hallábanse reconcentradas en Vitoria y cubriendo las carreteras de Madrid, Laguardia y Bilbao en una extensión de tres leguas. El ejército anglo-hispano, mandado por Wellington, ocupaba las alturas de Nanclares de la Oca. Al rayar el alba el combate se trabó, rompiendo el fuego la división española que mandaba don Pablo Morillo. Muy luego la lucha se hizo general y encarnizada. Las divisiones portuguesas llegaron á la caída de la tarde en socorro de los españoles; y apoderándose de los lugares de Abechuco, Gamarra Mayor y Menor, cortaron á los enemigos la retirada por los caminos de Bilbao y Francia, con lo cual el ejército francés se pronunció en desordenada fuga por el camino de Salvatierra.

«Abandonáronlo todo los franceses en la derrota: artillería, bagajes y almacenes. A más de la pérdida de ocho mil hombres entre muertos y heridos, perdieron 150 cañones. El intruso rey, estrechado de cerca, tuvo que escapar á uña de caballo, abandonando su coche, en que se cogió correspondencia, una espada que Nápoles le había regalado, y otros objetos de lujo. También cayó en poder de los españoles el rico convoy que tenían los enemigos á la izquierda del camino de Francia. Pedrerías, alhajas de varias clases, vestidos, manjares, bebidas, objetos, en fin, de diverso género, quedaron desamparados al arbitrio del vencedor. Hasta el famoso bastón de mando del mariscal Jourdan quedó en el campo para que Wellington lo regalase al regente de Inglaterra. Atónitos y espantados los españoles del bando de José, seguían el ejército, igualmente sus mujeres é hijos, que prorrumpían en acentos desgarradores, llorando sus pérdidas y el grave riesgo de sus vidas amenazadas por el furor del soldado. Todo allí se mezclaba y confundía; de modo que representaba aquel campo un caos de tribulación y de lágrimas al par que liza de varonil y san-

griento combate. La noble generosidad de lord Wellington dulcificó en parte la amarga suerte de tanto infeliz; envió á muchos á Pamplona con bandera de tregua, en especial á las mujeres de los oficiales. Esmeróse en dar á la condesa de Gazan particular muestra de su caballeroso porte.

«Esta batalla puso fin á la guerra de la independencia española. Por tan señalada victoria obtuvo el lord Wellington el cargo de feld-mariscal. El parlamento británico dió un voto de gracias á los ejércitos aliados; lo mismo hicieron las cortes del reino, concediendo además por decreto de 22 de julio á Wellington el sitio y posesión real en la Vega de Granada, conocido por el soto de Roma, sus herederos y sucesores; y por decreto de 23 de julio acordaron las mismas la erección de un monumento en los campos de la Vitoria que perpetuase el recuerdo de tan fausto acontecimiento para la causa nacional».

Entre los prisioneros que quedaron á merced del vencedor, contábase el capitán de cazadores don Ventura Blanco Encalada.

Arrastrado á Francia con sus infelices colegas de infortunio, el 15 de agosto de 1813 entraba en el depósito de Agen sin más ropa que la encapillada, sin un real en el bolsillo y sin más esperanzas con que sostener la vida, que *treinta francos mensuales* obsequiados por el tesoro francés.

Lo que fué su permanencia en Limoges, Libourne, Agen, Burdeos, puede graduarse por las circunstancias y recursos con que contaba...

Pobre padre mío! Si volvieras á la vida ¡cómo te afligirías ver á tu hijo empeñarse porque siquiera te hagan justicia los hombres, hoy que nada puedes pedirles ni nada tampoco reprenderles con tus virtudes!

III

Quedé diciendo en mi última que el 15 de agosto de 1813 mi padre con todos sus colegas de derrota entraban en el

depósito de Agen, donde no podían contar los que no tuviesen socorros de sus familias, más que con la miserable suma de *treinta francos* mensuales que el gobierno francés les obsequiaba. Cuando se habla de *depósitos* es natural que usted se figure que el sitio en que fueron instalados los vencidos de Vitoria era algo como aquel en que nosotros recluíamos á los prisioneros de Maipo. Nada de esto: el depósito de Agen era simplemente la permanencia forzosa dentro del departamento, pero sin que á ella acompañasen los martirios de la encarcelación y los otros consiguientes al estado de prisionero de guerra.

Podían en consecuencia, los oficiales del depósito recorrer libremente la ciudad, vivir en la posada que mejor les conviniese, y hasta morir de hambre ó levantarse la tapa de los sesos, si así se los aconsejaba la desesperación. Agen, como población, como sociedad, era entonces poco más ó menos como las aldeas españolas de tierra adentro, con la diferencia de que en aquéllas, por el carácter franco y generoso de nuestros padres, era más fácil y barata la subsistencia. En Francia no se hospeda, como se sabe, sino por dinero; la hospitalidad tiene allí sus formalidades, que en España y entre nosotros no se conocen. Un convite que no puede corresponderse, un pequeño préstamo de dinero sin garantía, cualquier servicio, en fin, de esos que se piden y se prestan sin mayor sacrificio en América, son asuntos allí muy serios, recursos muy extremos que no pueden tocarse sino á última hora. Con esto basta para comprender cuáles serían los apuros diarios del pobre capitán Blanco, que, como me lo refirió varias veces, tenía muchas noches que meterse á la cama con el estómago vacío.

Recuerdo entre varios cuentos de esa época uno que no puedo olvidar y que pinta muy al vivo su situación.

Hallándose cierto día postrado en cama y sin haber probado bocado en veinticuatro horas, entregó á un su compañero de cuarto llamado Morla, un viejo reloj de plata para que lo vendiese ó empeñase en unas cuantas pesetas,

Halagado entre tanto por la esperanza de tomar una buena taza de caldo, se quedó dormido; y debió ser muy largo el sueño cuando á las doce de la noche y á consecuencia de ruido que hizo su compañero al penetrar en el cuarto, sólo pudo despertarse.—Qué hay? dijo; ¿me traes al fin un peso del empeño de ese endemoniado reloj?—Qué diablo! contestó Morla; lo empeñé en diez francos y los he perdido al dominó. Oyendo esto, échase al suelo el enfermo, sable en mano, y carga sobre su descorazonado amigo, quien, viendo que no podía perseguirlo por hallarse en cueros, toma la escalera precipitado y se planta de un par de brincos en la calle...«Lo que era ese tiempo! me decía sonriendo. Oh! la miseria no reconoce amistad, ni guarda secreto, ni cumple palabra...»

Por aquí vendrá usted en conocimiento, mi don Miguel Luis, de las penas, desengaños, penurias de esta vida, que ni usted ni yo hemos conocido, y que probablemente no conoceremos, aun suponiéndonos (hablo por mí) caritativamente alojados en un hospicio.

Pasábanse, pues, las horas para el pobre don Ventura en aquel depósito de Agen, sin más novedad que algún nuevo contraste como el del reloj. De su familia no recibía absolutamente noticias; su señora madre, ignorando su destino contentábase con encomendarle á Dios diariamente en sus piadosas oraciones; del tío Villapalma no había vuelto á saber nada desde el día en que le vió en la plazuela del duque de Sevilla, ya en vísperas de pasar á América; de sus otros parientes ¿para qué hablar?

Olvidados unos hasta del santo de su nombre, imposibilitados otros para valerse á sí mismos, contar con ellos habría sido lo mismo que contar con los muertos.

¿Qué hacer entonces en aquella angustiosa situación? ¿Pedir limosna? Imposible: antes se habría dado un tiro que pasar en su rígida delicadeza por semejante humillación. ¿Trabajar en la enseñanza, en desempeñar algún oficio de esos que se aceptan sin vergüenza en el infortunio?

Tampoco le era posible, porque ni estaba preparado para ello, ni aun en el caso de querer pasar por todo, en un departamento francés, y en aquella época, no se habría dado ocupación á un extranjero sobrando los hijos del país para todo género de servicios.

Es preciso tener esto presente para graduar el horror de aquella vida, para comprender todo el sacrificio de una alma honrada en las seductoras tentaciones de la necesidad. ¿Cuántos hombres apreciables por sus talentos y sus virtudes no se rindieron cobardes ante esa ley terrible de la conservación, que atropella por todo miramiento y rompe y destroza en ocasiones cuanto lazo nos une á nuestro nombre, á un pasado honorable?

Sin embargo, esa ley no pudo más en el corazón de don Ventura Blanco, que lo que pudieron sus principios, que lo que mandaba su apellido, libre de toda mancha. Y tan verdadero es esto, que viéndole el coronel Hugo, comandante que había sido del Real Extranjero, sobrellevar tan infelicísimo destino con una dignidad verdaderamente admirable, lo propuso para ser admitido en la Logia masónica de Limoges, que por entonces encerraba á los más distinguidos miembros de la milicia napoleónica.

Admitido en ella, desde luego, en el tercer grado simbólico, su suerte se hizo más tolerable; pues, sea dicho en honor de la verdad, sin la protección que recibió de sus hermanos en aquellas tribulaciones, no sabemos cómo hubiera podido conservar la vida. Y aquí vienen, amigo Miguel Luis, algunas digresiones de esas que á usted le gustan.

Pues, señor, ha de saber usted que don José de Caballero, aquel terrible ministro de Fernando VII en su primera época, aquel enemigo formidable del príncipe de la Paz, aquel *capador* de leyes, como lo llamaba el obispo Sierra, por haber *capado* á su sabor las disposiciones que no convenía traspasar de la nueva á la novísima recopilación, era primo hermano político de mi padre, por haberse casado con doña Margarita Cerdan, camarista de la reina é hija del oidor de este nombre.

Con estos antecedentes agregados á la fraternidad masónica, pues era miembro también aquel de la Logía de Limoges, no se le hará á usted difícil concebir cómo entre los dos primos, es decir, entre el famoso y despótico ministro y el pobre capitán de cazadores á caballo de la guardia del rey José, pudiera formarse cierta intimidad amistosa que la proscripción debía naturalmente hacer más estrecha. Con este motivo la historia del reinado de Carlos IV, con todas sus ocultas diabluras, con todos sus escándalos de camarilla, se trasvasó por entero de los labios del ex-ministro al espíritu del pobre oficial desterrado. Se necesitaría de mucho papel y mucha tinta para que yo le refiriese cuanto ha llegado sobre este particular á mi noticia. Oh! qué escenas aquellas en que el rey Carlos, confiado más que nunca en la fidelidad de su esposa, é idolatrando sobre todo otro amor al desvergonzado favorito, amanecía una mañana con deseos de ir á encerrarse en un convento para llorar como Carlos V sus pasadas lozanías de caballero y de monarca.

Otras veces era la reina, que ardientemente prendada de un nuevo guardia de corps, llevaba sus devaneos hasta seguirle disfrazada de dueña ó de pasiega por los andurriales de Lavapiés; y rabiosa de celos ó de amor, según había sido la nocturna correría, volaba á pedir castigo á Godoy contra el desleal, ó á solicitar del ministro Caballero, su cómplice, algún empleo de importancia, ó en último caso algunos miles de escudos con que corresponder la fineza y la constancia de su amante.

Decíale un día el marqués á mi padre:—«El palacio, hijo, era un infierno; de día tenía que deshacer todo lo que aquel infame *choricero* (Godoy) había urdido la noche antes, y más tarde que enredar la madeja para que la reina no pudiese delatarme á su viejo favorito ó al rey. Yo estuve presente, añadía, cuando la parmesana envió á Fernando aquel helado emponzoñado, que llevó á la tumba al pobre obispo por querer engullirse lo que no iba dirigido á su ilus-

trísimo vientre. También acompañaba al rey en su carroza el día en que por primera vez divisó al escuerzo de Mayo en un carruaje tirado por dos trotones de las caballerizas reales, y cubierto de galas que le hacían parecer un príncipe. Oh! cómo me reí cuando Carlos IV, preguntando á Godoy quién era aquel buen mozo que tanto rumbo gastaba, le respondió éste que «sin duda sería, ó algún americano recién llegado á la corte, ó algún mozo de esos que mantienen las viejas para colgárselos al cuello como relicario».

«¡No haberte yo conocido, Ventura, decíale en otra ocasión, en tiempos de mi poder; oh! yo te habría dado, cuando menos, una buena prebenda»...

A fines de 1814, un tal M. Perronet, que sin duda andaba tratando de enrolar en las banderas de Luis XVIII á cuantos oficiales napoleonistas de alguna importancia encontraba, propuso directamente á mi padre condecorarle con la *Flor de Lys*. Negóse, como era natural, pero al cabo consintió en recibir del tal caballero de Perronet el despacho y la cruz de la referida orden. Hé ahí también otro dato bueno para estimar lo que valían las condecoraciones del monarca francés, héroe de la restauración y que tantos elogios ha merecido de Chateaubriand, de Maistre y Lamartine.

Pensando así no es extraño que don Ventura vendiese á un platero por veinte francos la tal cruz y conservase para recuerdo el diploma. Como todo en este mundo tiene su fin y su acabo, la hora de volver á España se acercaba. Lanjuinais había tomado la defensa de los proscritos españoles en el senado francés; decía que no era ya posible mantenerlos por más tiempo en esa triste situación; que las puertas de la patria no podían estar perdurablemente clausuradas para esos infelices; que creía que el rey Fernando VII no ejercería sobre ellos venganza alguna, porque sólo habían sido reos de la necesidad. Por fin, el instante de dejar la Francia sonó para el proscrito.

El 20 de octubre de 1815 se embarcaba en Burdeos para Cádiz en el bergantín *Los tres hermanos queridos.*

Volver á ver la España después de una ausencia de dos años y medio disputados por la pobreza, la soledad, por todo género de penas, debió ser para su corazón sensible el más inefable consuelo. No en balde se pasan los primeros años en un país, cualquiera que sea; las lágrimas de niño, los primeros destellos de la razón, los primeros fuegos del alma imprimen en el espíritu un recuerdo indeleble, forman, por decirlo así, la base esencial de nuestros principios y sentimientos en todo el curso de la vida.

Empero, entre esas naturales satisfacciones debió ofrecerse á su imaginación cuando menos la duda de poder continuar viviendo en España después de haber desertado las banderas del rencoroso Fernando. Muchos de los mismos afrancesados que habían contado con su perdón, perecían á mano del verdugo; ¿con cuánto mayor motivo no debieran temer los rayos de la clemencia real los que no habían querido solicitarla? La deslealtad del hijo desnaturalizado, del infame bastardo de María Luisa, que, según confesión de ésta misma á Napoleón I, «tenía la cabeza de burro y el corazón de tigre», eran proverbiales. Las memorias de Juan Vanhalen, que nos pintan á ese innoble rey como el prototipo de la perfidia, no son todavía la última palabra de la historia. La inquisición, que su padre el infeliz Carlos IV no quiso jamás convertir en instrumento de suplicio político, ya se sabe el papel que desempeñó cuando, proclamado rey neto, creyóse con derecho de hollar, no tan sólo la palabra real, tantas veces acusada de perjurio, sino todos los sentimientos más sagrados de humanidad y decoro.

Vivir bajo Fernando VII, decía Alcalá Galiano, es como vivir bajo Tiberio, con la diferencia de que los talentos de éste no fueron en aquel más que uno: el de engañar al mundo entero.

Cádiz fué, como hemos dicho, el punto elegido por don Ventura para su nueva residencia. La posibilidad en la

hora del peligro, de tomar aunque fuese una carabela para escapar á la muerte, debió necesariamente influír en su elección. Y luego el mar, la vista de esas olas que muchas veces había desafiado á nado cuando aun no conocía lo que era el océano de la vida, lo que son los huracanes de ese mar insondable que se llama mundo, debieron también influír en su decisión.

Como siempre, el pobre hogar de un deudo fué su abrigo. Llamábase éste don Antonio Manuel Trianes, lectoral de la iglesia de Cádiz. Si hemos de juzgar por la correspondencia que tengo á la vista, jamás se vió alma más bien puesta que la de aquel anciano sacerdote. Sin más renta que la escasísima que le producía su modesta prebenda, su casa era el asilo de todos los afligidos. Alimento, cuidados casi maternales, consejo en el peligro, consuelo en la tribulación, eran los únicos bienes que podía dar á sus favorecidos, y los daba con caridad la más evangélica.

He querido hacer mención de esto, porque sé que si mi padre viviese y supiera que había olvidado en estos apuntes el nombre de su bienhechor, me habría acusado de ingrato. La pluma, dígase lo que se diga, reivindica la memoria de los buenos cuando necesitan justicia, y fija en el recuerdo de los hombres, siquiera sea por un momento, la consideración aun sobre existencias que el polvo del mundo no permitió brillar como debían. Si es cierto que se ha perdido en el espacio más de un planeta, yendo sus moléculas á servir de complemento de fuerza á los demás que viven, mayor verdad es que se han consumido en el negro caos de la historia muchas personalidades ilustres cuya desaparición no podemos atribuír sino á la implacable ley que ordena la muerte como elemento esencial de toda vida. Basta de reflexiones y vamos adelante.

Don Ventura estaba ya á fines de noviembre de 1815 en casa de su tío el referido don Manuel Antonio Trianes, como reo de traición (así llamaba Fernando VII á todos

los afrancesados), y que hubiera pagado muy caro, le era preciso tomar todo género de precauciones para que nadie pudiera delatarle á las autoridades. Hay un fenómeno muy común en tiempos de terror: los déspotas parece que comunicasen á los infelices que vegetan bajo su yugo algún fluído magnético que les imposibilita todo movimiento generoso, toda expansión elevada; así se ve que en esas épocas aciagas los corazones más levantados se empequeñecen. Condorcet rechazado por el viejo Suard, su antiguo amigo, cuando peregrinaba á la ventura vestido de carbonero para libertarse de la guillotina, no es el único ejemplo que puede mostrarse para corroborar lo que digo. En nuestra misma patria, tan generosa, tan hospitalaria, el espionaje y la delación fueron frecuentes en ese funesto período llamado *reconquista*.

Ahora si entre nosotros, en aquella época y en otras posteriores, no han faltado espías y delatores, ¿cómo habían de escasear en España, en donde las pasiones son más fuertes, más acrimoniosos los resentimientos, tratándose de traidores, y de traidores americanos, como lo eran, en concepto de la generalidad, los que abrazaron la causa del rey Pepe Botellas? La nación en que los niños de seis años cantaban por calles y plazas:

Napoleón se ha perdido,
La España lo anda buscando....
Y lo vienen á encontrar
En los infiernos llorando.
Dime: ¿por qué lloras
Indigno, arrastrado?
—Lloro porque España
Se me ha rebelado.

El coche de Bonaparte
No tiene más que una rueda,
Y andan diciendo por Francia:

¡Venga á molar tijeras!
Amolar tijeras,
Cuchillo y punzón,
Este es el oficio
Del gran Napoleón.

La tierra, decimos, en que el amor toma las formas más terribles del delirio; en que los celos, la cólera, la venganza parecen ser frutos naturales y ordinarios del ejercicio de los afectos, no era, pues, la más á propósito para prestar hospitalidad compasiva á un americano afrancesado, y en hora en que todo el nuevo mundo se rebelaba contra la madre patria.

Sin embargo, el pobre don Ventura fué feliz para escapar á los calabozos de la inquisición; mas no eran sólo las prisiones y los castigos los inconvenientes de aquella situación, tan precaria como azarosa; tenía que vestir, que fumar, que hacer esos gastos indispensables de cuya privación nadie puede darse cuenta sin haberla sufrido. Pasar por una fonda, por una botillería jadeante de cansancio y calor, y no poder beber un vaso de agua; ver uno sus botas, el pantalón, la levita, el sombrero en camino de una rápida consunción, y no tener cómo ni con qué retardar su muerte; vivir, en una palabra, día y noche con los ojos y el espíritu fijos en los derrengados trapos que todavía cubren nuestro cuerpo, ¿no es, díganos el más fuerte, el más estoico, el más cristiano, una existencia digna del infierno?

Pues, señor, el ex-capitán de la guardia del rey José que conocemos, el sobrino del marqués de Villapalma, del opulento don Martín Encalada, que por entonces tenía en sus haciendas más de veinte mil cabezas de ganado, á más del copioso caudal íntegro que heredara de su padre, se encontraba en Cádiz sin tener, materialmente hablando, ni cómo fumar una miserable cola de cigarro.

«Consuélate, pobre Ventura! solía decirle el tío Trianes; confía, hijo, en los designios de la Providencia». En tanto,

ella no escuchaba tan santas plegarias; en sus inexcrutables designios había tal vez algo que le impedía ser clemente. ¿Cuándo llegaría el momento de su misericordia? Estaba lejos, muy lejos...quizás no ha llegado todavía...

El 10 de junio de 1817 anunciaba á su siempre amorosa confidenta una noticia siempre dura para toda madre: había contraído matrimonio de secreto con una señora de Cádiz. La carta que paso á copiar la conservo como un relicario bendito:

«Madre de mi alma! Hace tanto tiempo que carecía de sus amables letras, que al recibir la última de usted creí que el corazón se me rompía en pedazos. Yo la leo y releo, y en medio del placer y consideraciones que excita en mi alma, las lágrimas se desprenden involuntariamente de mis ojos como tributo de mi cariño y reconocimiento á la más digna y extremosa de las madres. Sí, amadísima señora y madre mía; el sacrificio que acaba usted de hacer en medio de las circunstancias en que se ve, sus tiernas y delicadas expresiones, la efusión y abandono de sus sentimientos para conmigo, todo, todo produce en mí un efecto muy difícil de explicar».

. . . .

«Me hallo casado en ésta con una señorita de muy buena familia pero pobre. Vivo con ella en casa de sus padres, en donde soy tratado con sumo interés y cariño, y permaneceré hasta tanto tengamos proporción de pasar á América. Si las circunstancias del padre fuesen otras, habría ya coadyuvado á poner en planta mi proyecto; mas se halla con una numerosa familia y con pocos medios de resultas de una quiebra ruinosa.

«En esta situación y á pesar de haber recibido el socorro de usted, me tiene todavía sin saber qué partido tomar.

«Por una parte necesitamos mi mujer y yo equiparnos para el viaje y costear éste. Mi mujer se llama Nicolasa Cuartín y Morales; tiene juicio, amabilidad y virtud. Nos amamos con el mayor extremo, y espero, si es que la feli-

cidad se ha hecho para mí, ser dichoso y hacerla feliz en cuanto penda de mi mano».

Fuélo en verdad y mucho en su matrimonio; cuidados, respetos, complacencias, consagración entera á su servicio no le faltaron jamás por parte de aquella santísima mujer; dos minutos antes de expirar, sus labios, ya entumecidos por el hielo de la muerte, pronunciaron cariñosos el nombre de Blanco, y una lágrima escapada de sus ojos por el dolor supremo, rodó para decir por despedida al pobre viejo huérfano cuánto le había amado y servido en veintiocho años de inextinguible y jamás manchado cariño...

A principios de 1818 don Ventura llegaba como el hijo prodigo á los brazos de su idolatrada madre, la noble viuda de don Lorenzo Blanco.

El cuadro que ofrecía aquella entrevista, después de una ausencia de veintiocho años, es fácil concebirlo; el niño volvía á la patria hecho un hombre; al seno materno con el corazón lacerado por la desgracia, pero preñado de sentimientos que habían permanecido vírgenes á consecuencia del aislamiento y del abandono en tierra extraña.

La señora de Cicerón era una persona de quien no sólo se hacía en Chile y Buenos Aires los más lisonjeros elogios; el mismo orgulloso ministro Gálvez, que odiaba á todos los gallegos y de quien no recibieron jamás excusa los oidores que no fuesen andaluces, significaba al marqués de Villapalma don José Manuel Encalada, en carta firmada de su puño, «cuánto placer había recibido al informarse de que el fiscal don Lorenzo Blanco y Cicerón hubiese contraído una boda con la que de público se sabía ser la perla del bello sexo de ese reino».

Hija mayor y la más querida de sus padres; bella, instruída cuanto cabía en aquellos días en que el coser, rezar y temer á Dios era toda la suprema sabiduría, sus relaciones, aun antes de ser la esposa del fiscal Blanco, eran las mejores de Chile. Casada, pasó á formar un respetabilísimo hogar en Charcas, luego en Buenos Aires. En la misma

carrera de su esposo había servido, si no para sus adelantos, para que se aprobase en la corte su conducta, cosa que pocas veces sucedía con los oidores, que eran acusados á cada momento de prevaricato ó concusiones. El virrey Pino particularmente, consideraba en extremo á la señora de Cicerón; la sociedad entera del antiguo vireinato de la Plata prestábale todo género de atenciones; y fué tal el aprecio que supo conquistarse por sus virtudes, carácter, amabilidad y demás prendas sociales, que no hubo gobierno en Buenos Aires, aun de los más exaltados enemigos del antiguo régimen, que no demostrase á la respetable anciana el más rendido acatamiento.

Con estas circunstancias no fuéle difícil á don Ventura obtener del gobierno argentino una colocación. Efectivamente, fué agraciado con fecha 5 de junio de 1818 con una plaza de oficial en la secretaría de relaciones exteriores, y más tarde con la efectividad del destino de capitán de ejército.

Para cualquiera menos desengañado que él de la vida militar y menos agitado por los vientos contrarios de la fortuna, verse de repente enrolado en un ejército que acababa de hacerse célebre en los campos de Chacabuco y de Maipo habría sido un gozo y una esperanza. No consolidada todavía la independencia americana, vacilante aun la de Chile, ¿qué mejor oportunidad para un militar que por sus conocimientos, apellido, relaciones, etc., podía dar un buen golpe de dado en ese juego violento llamado guerra?

Sin embargo, el recuerdo siempre fresco de antiguas decepciones, el natural deseo de gustar alguna vez una mediana comodidad en un hogar seguro, fueron más poderosos que los ímpetus del espíritu aventurero, siempre tentadores para todos los que desde temprano han ceñido una espada. Por otra parte, en Chile su tío don Martín Encalada podía protegerle; él conservaba aun en sus manos una gran parte de la herencia de su madre; con un poco de auxilio tal vez conseguiría asegurar su subsistencia y contraerse

sin recelos á la educación de sus hijos. Penetrado de estas ideas, una buena mañana de febrero de 1821 trasmontaba, caballero en una mula, la cordillera de los Andes. Iba á entrar en Chile, donde su amado hermano don Manuel, realzado con sus triunfos marítimos y terrestres, era, según la expresión del general San Martín, la joya del ejército. Iba á verse en el antiguo solar de sus abuelos, entre personas prevenidas ya en su favor así por la posición feliz de su familia como por las simpatías y respetos que rodeaban á su glorioso y feliz hermano.

Con el alma, pues, ufana con estos presentimientos, radiante de gozo la frente, esperanzado y agradecido para con Dios que semejantes fortunas le prometía, don Ventura llegó á la casa de sus mayores, en que el respetable don Martín le aguardaba como para darle la bienvenida en nombre de ellos...

La vida de Chile, que es la más difícil de contar, irá, no sé si mañana, en mi ya fatigoso relato.

Entre tanto, y recordando aquella fecha como el germen de mi existencia, saludaré aquel día, y recogido en mis memorias, me prosternaré reverente ante los fallos de la Providencia por haberme dado por padre al que, si se me hubiera dado á escoger, habría elegido á ojos cerrados.

IV

Amigo:—Finalicé mi anterior diciendo á usted que á principios de febrero de 1821 estaba ya don Ventura *dentro* de la tierra de Chile; y digo dentro, porque me parece expresar así mejor la idea que quiero representar; es decir, el círculo estrecho en que naturalmente debió encontrarse un hombre que había pasado su juventud en Europa y vivido tres años en la civilizada y atractiva capital del Plata.

Por supuesto, don Martín no escaseó atenciones con el

recién llegado. Hijo de la hermana más querida, y con la no menos para él importante circunstancia de ser el sobrino que más cariños mereciera del marqués su hermano, desde el momento de su arribo no cesó de expresarle el más paternal afecto. Llevóle á sus extensos dominios, le hizo reconocer como su deudo muy amado del ejército de huasos que con él á la cabeza vino á recibirle en la patriarcal morada de Codao; en fin, aquel respetabilísimo anciano desde ese día hasta el de su muerte, no dejó de manifestarle nunca el más tierno aprecio. A esto se agrega que el general su hermano, que le amaba tanto como don Ventura le había amado siempre, desde el día en que se volvieron á ver en España en 1803, proporcionóle, cuanto podía necesitar, presentándole á sus infinitas relaciones, que desde luego y bajo tales auspicios, le honraron con su estimación.

Y aquí me ha de permitir usted, mi don Miguel Luis, que ceda al prurito anecdótico que me domina y que ha apurado usted en ocasiones hasta narrarnos con su sencillez picante los más pobres cuentecillos. Pues, señor, ha de saber usted que don Ventura, una vez instalado en la casa de don Martín, que es hoy hotel de los «Hermanos», en testimonio de cómo se convierte lo respetable en risible y la opulencia en pobreza, se creyó transformado de súbito en un hombre feliz, en uno de aquellos buenos vecinos que se contentan con saborear su chocolate al lado de una esposa querida y dentro del cerco bullicioso de una lechigada de niños.

Oh! qué de tranquilos goces domésticos debió prometerse aquel pobre, que hasta la edad de treinta y nueve años no había tenido hogar propio! Usted sabe que para quien ha penado mucho, corriendo de aquí para allá y de allá para acá en ese incesante vaivén de la desgracia *desarraigada*, como llama Quevedo á la que aflige á los que jamás tuvieron una almohada propia en que reclinar la cabeza, suelen servir de punto de esperanza, ó como decimos hoy en nuestra corriente gali-parla, *mirajes*, las más pue-

riles satisfacciones. Una levita nueva, una cadena de reloj, un chiche cualquiera nos encantan á veces de tal manera, que sobre ese mezquinísimo fundamento nos ponemos á edificar todo un castillo de prosperidades. Estas que llamaré miserias y de que reímos en la buena fortuna, le probarán á usted que la dicha se compone de pequeños vidriecitos pintados, ni más ni menos que las figuras graciosas que forma el kaleidoscopio. No sé si usted habrá alguna vez sacudido ese instrumento y deleitádose, como me ha sucedido á mí, con la formación y transformación de sus figurillas. Compuesto de pequeños vidrios cortados geométricamente, el kaleidoscopio realiza un principio, no sólo matemático, sino de profunda filosofía; á saber: que en el mundo físico todo tiende á determinar figuras geométricas y en el moral á formar otras análogas que el hombre compone y descompone sin cesar, creyendo que el resultado de sus afanes es la obra de sus facultades. Repase usted lo que hace el creyente con sus grandes entidades que le sirven de base de raciocinio y lo que ejecuta el filósofo con las que dice maneja sin más freno que su razón; las combinaciones son diversas, las figuras enteramente opuestas, pero los vidriecillos del kaleidoscopio siempre, siempre los mismos. Volviendo al asunto, voy á transcribir una carta de mi padre á su esposa y madre mía, para que usted vea cómo y en qué hacía consistir entonces su futura felicidad.

«Continuamente te nombramos con Carmencita y mi Manuel, que está proyectando el plan de nuestra habitación. Según él tendremos una cómoda alcoba, una piececita inmediata y una elegante sala. Todo esto en total independencia; de modo que yo leyendo sin testigos y tú á mi lado ocupada en tus costuras ó jugando con mis niños, nos olvidaremos por completo de esos días atroces que sólo nuestro amor pudo hacer tolerables. ¡Qué no sufrirías, mi pobre Nicolasa, cuando tuve que dejarte sola y con una niña de pechos para poder hacer el viaje á Buenos Aires! Ya te he contado lo que fué esa diabólica travesía en que tuve que

trabajar como marinero, en que más de una vez calado de agua, me ví forzado á dormir y pasar días enteros sin camisas ni medias.

«Pero ¿y para qué te recuerdo esas tristes escenas, y en este momento que clarea para mí la aurora de una nueva vida? Mi hermano Manuel pagó á su tiempo los 700 pesos de Lezica, y me ha dicho que cuando quiera tengo á mi disposición los trescientos restantes, y aparte de esto que puedo contar siempre como mío con todo lo suyo! ¡Qué hermano! ¡Qué generosidad de sentimientos! ¡Ah! y cómo no pudiera ser así cuando desde niños nos hemos amado entrañablemente; cuando los rayos de la razón casi á un tiempo iluminaron nuestro espíritu; cuando se nos inculcaron á la vez las ideas del honor y respeto á todo lo bueno y grande!»

Ya ve usted á cuán poco ascendían en el barómetro de la ambición las pretensiones de mi padre: reposo, estudio, cultivo de los sentimientos más puros del alma era todo lo que pedía, todo el máximum de su ventura en perspectiva. ¿No es verdad que tales deseos no podían ser más modestos? Y es preciso que usted advierta que con las simpatías que había merecido en Buenos Aires al general San Martín, con cuyo hermano don Justo había sido compañero de regimiento, y la facilidad que ofrecía el director O'Higgins para admitir en el mismo grado que traían á los oficiales de Europa, habría sido muy racional qué hiciese empeño para ser admitido en nuestro ejército. Pero no era la fortuna de las armas la que podía tentarlo, ni menos la esperanza de obtener un buen empleo bajo la dominación despótica de un gobierno que corría precipitadamente á su ruina. De manera que retirado del tumulto, únicamente distraído en sus lecturas y consagrado al cuidado de su esposa é hijos, pasó los tres años que median entre la llegada de su familia á Chile y el primer empleo que desempeñó en el ministerio de Relaciones Exteriores que regentaba don Joaquín Campiño. Es natural que su conducta como empleado hubiese sido muy buena y su saber y su talento

muy reconocidos, cuando al separarse el señor Campiño del ministerio, don José M. Infante, que podía disponer del auxilio de muchos hombres de luces y patriotismo, se empeñó vivamente para que don Ventura aceptase la cartera que quedaba vacante. Aceptóla al cabo con fecha 8 de mayo de 1826, y después de muchos trabajos de consideración, cúpole la honra de ser nombrado con fecha 31 de mayo en clase de plenipotenciario representante del gobierno y de la nación chilena para ajustar y firmar con el general don Ignacio Alvarez, representante de las repúblicas de las provincias unidas del Río de la Plata, las bases, etc., que son del caso para realizar un tratado de alianza, comercio y navegación entre ambas repúblicas.

Esta negociación, cuyo proyecto tengo á la vista, mereció del señor Infante los mayores encomios, llegando á decirle en carta de 1.º de junio de 1826 las lisonjeras palabras siguientes:

«Señor y buen amigo:—El proyecto de tratado de amistad, comercio y navegación que acaba usted de enviarme y que he leído con placer algunas veces, no podía haber sido redactado con mejor acierto; encierra ideas liberales, las ideas que á usted jamás desamparan, y al mismo tiempo principios de derecho internacional que deseo se generalicen en nuestro Chile. De los convenios de esa especie, este es, se lo digo á usted sin gazmoñería, el que más me ha gustado, tanto por el fondo como por la forma. No le creía á usted tan buen diplomático, pero ahora conozco que lo es usted mucho. Sobre todo, mi señor don Buenaventura, lo que se siente en esa pieza es que el autor es hombre docto y de adelanto. Me despido y le felicito con todas las veras del aprecio con que usted se ha hecho dueño de mi amistad.—JOSE MIGUEL INFANTE».

Iguales sentimientos á los expresados por este ilustre prócer serían los del gobierno cuando cuatro meses más tarde, el 10 de setiembre de 1826, la nota en que admitió

su renuncia del cargo de Ministro de Relaciones Exteriores está concebida en estos términos:

«Señor ministro:—Al considerar S. E. el Presidente de la República el sensible vacío que deja la separación de usted de los ministerios que tan dignamente ha desempeñado, sólo se ha podido decidir á aceptar la dimisión que V. S. interpuso, atendiendo á los graves y justos motivos en que se apoya. Por tanto, ha ordenado al infrascrito participarlo á V. S. para su inteligencia, manifestándole igualmente que convencido el gobierno de la importancia de los servicios que ha prestado V. S. á la República en el desempeño de tan delicadas tareas, ha pagado una obligación que le impone su deber público dejándolos recomendados á la gratitud nacional.—Jose María Astorga».

Y en buena verdad, mi amigo don Miguel Luis, ¿no acreditan conocimientos muy adelantados para su época esa multitud de disposiciones que registran los boletines correspondientes á ese período del Ministerio de mi padre en el ramo del Exterior y del Interior? La división sola del territorio en ocho provincias, cuando había diputado en el Congreso que dijera que le gustaba la división territorial por ser *par* y no ser *none*, ¿no basta para formarse idea muy favorable de las aptitudes de don Ventura Blanco? El decreto sobre la formación de la estadística de los establecimientos de beneficencia, corrección, seguridad, etc., parece haber sido redactado ayer. En lo que se relaciona con la mortalidad de los niños á consecuencia de la epidemia de viruelas, hay más que una disposición reglamentaria; hay celo, sentimientos, ideas, cosas que por entonces no eran moneda muy corriente.

Usted, que tiene el hábito de exhumar papeles como bibliófilo y cronista, debe haber visto en la «Biblioteca Americana» que antecedió al «Repertorio Americano» que redactaba en Londres don Andres Bello y García del Río, el mensaje que pronunció el general Freire ante la asamblea legislativa. Ese documento, que para muchos es hoy una

cosa insignificante, así por su fondo como por su estilo, no era lo mismo entonces, pues á más de ser dificultosísima la situación del gobierno, la opinión no era tan fácil de contentarse, como sucede ahora, con cuatro ó cinco palabras estudiadas y otras tantas plegarias á la Providencia. Nó, mi amigo; lo que había que trasladar á la tela era una administración, casi sin concierto, á pesar de las grandes ideas que se habían puesto en obra; una administración en que se rebullían en desordenado movimiento los principios más adelantados y las ideas más retrógradas; en que la gloria militar, ufana con sus triunfos, aplastaba los derechos políticos, y éstos, á su turno, se rebelaban contra semejante abrumadora pesadumbre.

Siendo el general Freire el primer jefe de la nación que concluía su carrera en los términos y formalidades de la ley; siendo extraordinaria la convocatoria de aquel Congreso, á quien iba á dirigir la palabra más como solicitante que como poderoso mandatario, era natural que la exposición de sus hechos no pudiese hacerse de una manera franca, precisa, abierta, sino que la reserva, la modestia y el respeto, unidos á la pompa dictatorial, se hermanasen sin producir chillones y desapacibles contrastes.

Tres eran, pues, los objetos de aquella convocatoria y de aquel mensaje: 1.º consignar en manos de la representación nacional el mando que la Nación había confiado al director supremo en momentos que una revolución pacífica pero muy trascendental consumaba el acto más delicado y audaz que puede llevarse á cabo, cual era la deposición del general O'Higgins, considerado con justicia como el más fuerte sustentante del nuevo edificio social.

2.º Establecer las leyes fundamentales del estado, ya fuese reformando la anterior constitución, ya confeccionando otra nueva.

3.º Hacer presente á la representación nacional el estado del país y lo que éste necesitaba, no diremos para su prosperidad en absoluto, sino para su más inmediato y urgente

desarrollo. La adquisición de Chiloé, los pertrechos bélicos existentes en almacenes, los socorros prestados y por prestar todavía al Perú á pesar del triunfo de Ayacucho; las negociaciones diplomáticas con Buenos Aires y con las demás repúblicas americanas que solicitaban formar pactos con Chile; la penuria del erario, empobrecido á medida que de sus exhaustas arcas se extraían los elementos de vitalidad de la nación; la organización del ejército; la de las oficinas fiscales; el equilibrio razonado de las rentas y de los gastos; el crédito público, en fin, perdido por los despilfarros y malos manejos de la anterior administración; todo esto, pues, cuya sola nómina desvanece la cabeza, debía de encerrarse en ese mensaje, y de modo que dulcificando enconadas prevenciones, uniformando opuestos pareceres, disipando temores infundados y robusteciendo la confianza del pueblo en sus gobernantes, consiguiese no sólo llevar una formalidad de aparato, sino el incesante anhelo que agitaba á la sociedad por ver francamente expuesta la situación administrativa y ligados por este acto de generosa confianza al jefe del gobierno y sus gobernados.

Pues bien: á todo esto atendió el ministro don Ventura Blanco, no sólo con la pluma del literato, sino con el lápiz del estadista; y téngase entendido que su Ministerio en los ramos del Interior y Relaciones Exteriores, comenzado por el interinato con que le agraciara don José Miguel Infante, y concluído por la renuncia que hizo en 9 de setiembre de 1826, no había durado más que seis meses, tiempo apenas preciso para medio orientarse en la balumba de tantos y tan complicados negocios.

Ser ministro hoy no cuesta gran cosa, pues el que toma la cartera no tiene que crear nada, sino simplemente continuar el camino trazado por sus antecesores. Ah! cuán distintos son estos días serenos y tranquilos, de aquellos en que á cada minuto se tenía que tropezar con un invencible obstáculo! Sin un real en las arcas, con un ejército poderoso y descontento, con una marina superior á nues-

tros recursos, que clamaba día por día solicitud y socorro; dividido el país en bandos que todavía no habían llegado á perdonarse sus cruentas ofensas, ¿no es verdad que se necesitaba de mucha fuerza de corazón, mucha inteligencia, mucho patriotismo para consagrarse á la tan mal remunerada como azarosa tarea de un ministerio?

Pero en lo que realmente sobresalió la capacidad, la diligencia y la honradez de don Ventura Blanco fué en el Ministerio de Hacienda, á donde le llevó la amistad del general Pinto después de un receso de siete meses. Como no quiero que mi juicio parezca apasionado, transcribiré las honrosas palabras con que don Victorino Lastarria, movido por un sentimiento de noble justicia que pocos entre nosotros son capaces de abrigar, se dignó honrar la memoria casi olvidada de aquel distinguido estadista y todavía mejor patriota.

«La división del territorio, el establecimiento de la policía de seguridad, la organización de las oficinas de la administración, desde el ministerio de estado hasta las más subalternas; las de los tribunales de justicia, su modo de proceder, simplificando los trámites de los juicios ejecutivos por créditos hipotecarios y proveyendo á la pronta y recta administración de justicia en general; el fomento de los establecimientos de instrucción pública, la dotación de párrocos, la renta de los bienes de regulares, todos los vastos negocios que dependían entonces del Ministerio del Interior y Relaciones Exteriores, fueron reglamentados y proveídos con inteligencia y regularidad.

«Pero en lo que más resplandeció la inteligente actividad de aquella corta administración, fué en los ramos de la hacienda pública: el comercio de cabotaje, el esterior, las aduanas, los diversos ramos de entradas fiscales, como el de patentes, papel sellado y otros; y sobre todo, *el crédito publico*, *el reconocimiento y arreglo de la deuda nacional*, el buen orden y el régimen de las oficinas de contabilidad; todo eso y mucho más trae su organización desde ese pe-

ríodo que corre de 1827 á 1828 y eleva á un alto rango la capacidad de don Ventura Blanco Encalada, que, como ministro de hacienda, se dedicó á tan difíciles negocios de la administración».

Después de esto, ¿qué puede decirse que no parezca pálido?

Y adviértase que el que trazaba este cuadro no era un vejete de aquellos días, un amigo íntimo, un deudo amoroso, un lisonjero agradecido, sino uno de los pocos estadistas y literatos que no han manchado su nombre con encomios mentidos, con las prostituciones de la conciencia en el alto foro de la prensa.

Aparte de los servicios que hemos enumerado y que forman un buen capítulo honroso para la memoria del que es objeto de estos apuntes, hay una página que casi nadie conoce y que formaría por sí sola la reputación de un hombre en cualquiera parte. Es ésta la controversia sostenida entre don Diego Portales y don Ventura con motivo de la negociación del estanco. Ofertas, seducciones de todo género, estudiadas asperezas, súplicas, todos los recursos, en fin, que pueden imaginarse para vencer las resistencias de un hombre de estado, fueron puestas en juego por aquel ingenioso cuanto atrevido personaje para hacer del pobre Ministro de Hacienda un instrumento de sus planes.

El monopolio del estanco, como se sabe, había sido entregado por el ministro Benavente á Portales, Cea y C.ª Se sabe también que habiendo llamado el gobierno la atención del Congreso Nacional con motivo de ciertos reclamos de los tenedores de bonos del empréstito inglés, la Cámara, después de varias sesiones tempestuosas, acordó al fin con fecha 2 de octubre de 1826 la traslación del estanco al fisco, mandando se formase en el término de tres meses un juicio de compromiso con los empresarios para liquidar definitivamente el negocio.

En 1827, como la ley ésta había quedado sin ejecución

y temía don Diego que se llevase á efecto, comenzó el juego de que hemos hecho mérito.

Mi padre, como era de su deber, quería que se cumpliese la referida disposición legislativa, que á su juicio no sólo importaba un beneficio para el Fisco, sino la satisfacción de la opinion pública, que acusaba á la empresa del estanco, no tan sólo de haberse cimentado sin ningún requisito ni formalidad legal, sino de estar en bancarrota.

En estas circunstancias, ¿cómo complacer al empresario sin hacerse reo cuando menos de una lenidad impropia de un ministro? El presidente Pinto, que quería transar el negocio sin bulla y sin excitar el turbulento amor propio de Portales, pidió entonces á don Ventura expidiese un decreto prorrogando el término prescrito para verificar el juicio.

Expidiólo, en efecto, pero declarando resueltamente á su jefe y á la Compañía que en la aprobación de las cuentas jamás pondría su visto bueno mientras no fuesen escrupulosamente revisadas.

Esto picó, como era natural, el orgullo de don Diego, y las zalamerías con que principió su correspondencia se convirtieron en amenazas y odios, cuyos efectos probó aquel demasiado en el olvido con que le castigó después, cuando fué todopoderoso.

Voy á transcribir esas cartas, que creo excitarán la curiosidad de los que, semejantes á los mahometanos, veneran hasta los desperdicios de su profeta:

«*Mayo* 20 *de* 1827.

Señor y amigo apreciable:

Un inconveniente poderoso me hace cometer la falta involuntaria de no concurrir á la citación.

Dígnese decirme la hora y lugar en que quiera que lo solicite mañana y disimular la inexactitud del más decidido de sus admiradores.—Diego Portales».

«*Santiago, Julio* 15 *de* 1827.

Señor ministro:

Sin embargo de hallarme indispuesto, haré un esfuerzo para ponerme á las órdenes de usted, siempre que su llamado no tenga por objeto tratar alguna cosa que diga relación con el estanco, en cuyo negocio no tengo ya la representación de la compañía por haber dimitido este cargo á los socios que me lo cometieron.

De usted atento y seguro servidor.— DIEGO PORTALES».

«*Julio* 30 *de* 1827.

Señor:

Tengo muchísimo que hacer y me ha asegurado el señor Río que no saldrá usted del despacho hasta muy tarde; no puedo aguardarle, pues, y he tomado el arbitrio de escribirle esta carta para suplicarle encarecidamente se sirva interesarse y hacer por que se suspenda la orden para que venga Garrido, hasta dentro de tres días, en que prometo presentar á usted todos los papeles que con tanta insistencia me pide. Yo lo que veo es que no podemos entendernos absolutamente.

Usted insiste en no concederme prórroga y yo en creer que la insistencia de usted no tiene fundamento. El señor Pinto ha convenido ya conmigo que se tirará el decreto prorrogatorio que solicito, y sin embargo, no puedo tener de su ministro esta miserable gracia. *No se me quiere dejar tocar ningun resorte que pueda hacer variar y sostituir en otro mejor el temperamento tomado en este negocio.* Esto,

pues, me obligará á no dar paso ninguno en el sentido que usted desea.

De usted atento y seguro servidor.—Diego Portales».

«*Agosto* 19 *de* 1827.

Señor y amigo muy apreciable:

Después de la conferencia que hemos tenido con el señor Pinto, ¿se negará usted todavía á acceder á mi pedido?

No lo creo, y en consecuencia ruego á usted encarecidamente se sirva remitir á la Comisión con la brevedad posible nuestra solicitud sobre prórroga de un mes para el juicio de compromiso. No puedo comprender por qué no quiera usted hacer esto, que tanto redundará en beneficio del Fisco; su obstinación, me ha dicho el mismo señor presidente, no procede sino *de la suspicacia* con que usted ha mirado siempre este negocio.

Disponga usted de todo el afecto de que es capaz su atento y seguro servidor.—Diego Portales».

«*Septiembre* 22 *de* 1827.

Amigo y señor apreciable:

Con no pagarme usted lo que me debe me tiene en el aislamiento, que es tan consiguiente y propio de la pobreza. No extrañe usted no haberme visto en su casa por esta razón. Deseando vengarme de usted, me ha parecido el mejor medio remitirle una botijuela de dulce: así castigo su amor propio y su misantropía tomándome una confianza *a que todavía no me creo* con derecho. Enójese usted, re-

funfuñe, ó ríase de mis obsequios, estoy seguro de que no se atreverá a reconvenirme, temiendo que le conteste que esa situación á que me ha reducido el ministro no me permite hacer á mis amigos mejores demostraciones ni más dignas de ellos.

Felicidades de todo género desea á usted su más apasionado amigo y S. S. Q. S. M. B.—DIEGO PORTALES».

«*Septiembre* 30.

Señor:

Prometo á usted no volver á presentarme en su casa ni en palacio, porque estoy decidido á no dejarme atropellar por infundados recelos y una obstinación cuya causa no diviso sino en la oculta mala voluntad con que usted ha mirado á la compañía del estanco y muy particularmente á su representante. He dicho, pues, al presidente que ya que se me quiere obligar *á tocar recursos extremos*, *los tocaré*, y de modo que se arrepientan los que han querido precipitarme.—DIEGO PORTALES».

¿Qué había pasado, pregunto yo, entre el Ministro de Hacienda y el representante del estanco don Diego Portales? ¿Por qué la botijuela de dulce y los arrumacos se habían convertido, en menos de tres meses, en esa franca resistencia, en ese desabrimiento, síntoma de una ruptura completa? Ya lo hemos dicho: la energía honrada de don Ventura Blanco mal podía absolver á ojos cerrados á la compañía del estanco, ni menos cometer la indignidad de aprobar cuentas sin que mediase una severa y minuciosa revisión. Y no se olvide que esa compañía, aun así tan desmedrada como se la suponía, habría pagado algunos miles porque se le permitiese tocar uno solo de los recursos que don Diego calificaba de naturales y á cuyo oposición no

encontraba más fundamento que la negra misantropía de aquel hombre severo é incorruptible.

¡Lo que es la vida! Ese representante de una compañía en bancarrota, ese monopolista desgraciado y rechazado por un ministro más pobre todavía que él, estaba en vísperas de trastornar con su genio y su audacia todo un orden de cosas que se creía sólidamente establecido. Misterios son estos que no se explicarán nunca, aun tocando el arbitrio de recurrir á la fatalidad de los musulmanes. Don Diego Portales, para mí, es uno de aquellos prodigios de la fortuna que no tienen ejemplo.

Pobre, tenido por loco, sin crédito ninguno como estadista, ¿cuál habría sido su suerte si el gobierno cumple con la ley que le mandaba proceder inmediatamente á la liquidación del negocio del estanco? ¿No se había probado ya en el Congreso que don Diego Benavente había procedido cuando menos con una lijereza incalificable al eximir de fianza y de toda formalidad á la Compañía? Con este antecedente y la exhibición del estado rentístico de los monopolistas, que era en realidad desastroso, bastaba y sobraba para que la ruina de todos los estanqueros fuese irreparable y completa.

Don Victorino Garrido, cuya sagacidad es proverbial, escribía con fecha 2 de octubre á mi padre diciéndole entre varios asuntos reservados estas proféticas palabras:—«Siento por usted y profundamente su desavenencia con Portales. Amigo inmejorable, sabe odiar y vengarse; así, mi amigo, no extrañaría que la zabullida de usted, si esto se encrespa, fuese á fondo. No quiere usted desengañarse de lo poco que valen en este mundo *las aprensiones de eso que se llama caballería;* al fin y al cabo, todo pasa y venimos á quedar en que hemos sido muy excelentes sujetos, pero también muy necios dejando que la fortuna nos aplaste de puro cándidos. Esto bien lo sé que es machacar en hierro frío; pero soy castellano viejo, y como tal antes dejaría que me aspasen que tragarme las verdades que quiero

decir á mis amigos. No cavile usted, como de costumbre, por hallar gato encerrado en estos conceptos, y créame que si pudiera quitarle su *intratable* puritanismo, lo haría aunque supiese que me costaba un ojo de la cara. Ovejero me dice que el estanco le agrada y que le absolvería de toda culpa y pena si la Compañía le prometiese un par de cajones de buenos habanos.

«Memorias á todos, y yo de aquí me voy á encomendarle á Dios en la misa que están repicando.

«Suyo hasta la pared de enfrente, como dice el bárbaro de Ballarna».

Por fin, el 12 de junio de 1828, después de un año de incesantes y mal pagados trabajos en el departamento de hacienda, elevó su renuncia formal, que fué admitida con fecha 23 del mismo en una nota que conservo original, tanto por lo que ella encierra, como por haber sido redactada y escrita por el famoso don Carlos Rodríguez. Dice así:—«Convencido el gobierno de que no es justo obligar á que continúe en un destino al ciudadano que por haberlo desempeñado con la constancia y exactitud correspondientes á su gravedad, ha tocado en el riesgo de consumar el sacrificio de su salud, y de imposibilitarse absolutamente para cualesquiera otros á que pueda llamarlo el bien de la república, si oportunamente no se le exonera de obligaciones tan perjudiciales á su individuo, y cierto de que don Ventura Blanco Encalada, que ha servido hasta aquí el Ministerio de Hacienda, hallándose en el caso enunciado, no podría sobrellevar las variadas y complicadas atenciones de esta parte esencial de la administración de estado sin agravar enormemente los males que aquejan su delicada salud, de resulta de la asiduidad y conato con que se consagró á las tareas de su cargo, tiene á bien ceder á las vivas y reiteradas instancias con que le ha pedido acepte la dimisión que hace del expresado Ministerio, declarando que *sólo compelido por una razón tan poderosa como la que ha indicado, podría aceptar una medida que le cuesta el sentimiento*

más acerbo, porque con ella pierde el eficaz auxilio que recibía de sus luces, celo é incesante empeño por la felicidad de la República, y asegurándole de su gratitud y reconocimiento por tan eminentes servicios á la Nación, á cuyo nombre será un deber suyo manifestarle en todas circunstancias las consideraciones á que le hacen acreedor su intachable honradez, su esclarecido patriotismo y demás prendas igualmente recomendables que lo adornan.—PINTO.—*Rodríguez*».

Ahora bien: ¿no habría con todo esto para estar orgulloso, para creer en la palabra de los hombres, para esperar algo de un país por cuyos adelantos tanto se había trabajado? ¿De cuántos, dígame el señor Amunátegui, pudiera decirse lo mismo ó algo parecido en aquella época en que ser ministro de hacienda era como ser el blanco de las desconfianzas públicas, el objeto constante de las zozobras y de los odios más encarnizados? ¡Honradez intachable! ¡incorruptibilidad ejemplar! ¡civismo desinteresado! ¡Oh! no puedo leer esto sin experimentar un vuelco en mi corazón enfermo; ¿y de qué, me digo, le sirvieron esas prendas rarísimas, esas virtudes tan decantadas, cuando le hemos visto después en lo más venerable y falleciente de su ancianidad sin tener á quién volver los ojos en la desolación; y privado de todo socorro, de todo apoyo, de toda esperanza, verse forzado á implorar del presidente Ballivián siquiera el miserable empleo de cónsul general de Bolivia en Valparaíso? Tener que recordar á un gobierno extraño y desde el seno de la nación á cuyo engrandecimiento se había consagrado con todas las fuerzas del corazón y del espíritu, una nacionalidad ya renunciada, ¿no es, díganme todos los hombres que tengan un átomo de corazón, la más dolorosa, la más acerba, la más inaguantable de las desventuras?

Ser extranjero en Chile, más que extranjero, pária, después de haberlo servido y cuando hasta las más miserables mediocridades escalaban los puestos más distinguidos, ¿no es, repito, una situación que habría escusado un suicidio, que habría santificado todas las bajezas, todas las ruinda-

des? Oh! aquello fué una infamia, una de las muchas execrables infamias de esos gobiernos de bandería en que el honor, la virtud, la delicadeza eran crímenes horrendos, y la adulación, la hipocresía, la ausencia de todo sentimiento, las prendas y los títulos más preciosos, más dignos para la prosperidad y la gloria!

Léase la carta que sigue; ella será un comprobante de lo que digo:

«Señor don Ventura Blanco Encalada.—Junio 28 de 1828.—Mi amigo: su resolución de dejar el Ministerio me llena de desconsuelo, me ha lanzado en un mar de incertidumbres. Conozco como usted el tamaño de las dificultades y de los sacrificios que ha arrostrado en el año que ha tenido la bondad de acompañarme. Jamás me olvidaré cuánto debo á su amistad, pero también estoy persuadido que los empeños de ésta no deben llevarse sino hasta cierto punto, y que un grado más alto sería una ingrata correspondencia por mi parte. Me aprovecharé de la indicación que usted me hizo sobre el señor Tagle, y hoy mismo voy á tentar este asunto. Si le encuentro accesible permaneceré en el gobierno el tiempo suficiente á promulgar la constitución, y si se me resiste, mando inmediatamente mi dimisión y juntos dejaremos este lugar tan circundado de espinas. Encargo á usted la inviolable reserva en este negocio. Mañana ó pasado daré á usted cuenta del resultado. Entre tanto, créame usted que con el más profundo sentimiento voy á dar este paso que lo resiste mi corazón, *porque la persona de usted es irreemplazable para el Ministerio y para mí amistad.*

Soy su mejor amigo.—FRANCISCO ANTONIO PINTO».

¡Qué irrisión, qué farsa!

Pero no quiero hacer más comentarios; ellos los hará, cualquiera que me lea.

Y aquí por hoy pondré punto para reflexionar religiosamente en lo que fueron los hombres que más respetos han merecido de sus contemporáneos, y reflexionar así-

mismo en lo que fué aquél que engañado por sus más íntimos amigos, desconocido estúpidamente por los gobiernos de pandilla, y olvidado hasta por los que se dicen vengadores de la fama de los buenos, se encerró en el retiro y la soledad para cultivar las letras y hallar en la filosofía consuelo y resignación en su malhadado destino.

V

Decía á usted que el 24 de junio de 1828 mi padre volvía á su acostumbrado retiro, pero olvidé agregar que su satisfacción y su contento no podían ser mayores. El poder, aunque de tan corta duración, le había hartado, héchole conocer que se necesitan muy grandes virtudes para no mancharse con su ejercicio, desvanecerse con sus esplendores, y que, después de todo, más vale la obscuridad sin remordimientos que nó la estruendosa fama mal habida, ó cuando menos disputada por la opinión.

Volver á los libros que habían sido el embeleso de su juventud, el consuelo de sus penas en la edad madura, si bien habría podido ser muy monótona tarea para un hombre ambicioso de goces y nombradía, para él, que ninguna aspiración política abrigaba ni había abrigado nunca, lejos de un sacrificio doloroso, era un descanso necesario. Pór supuesto, los estudios interrumpidos volvieron á continuarse con ardor; la historia, la economía política, en que verdaderamente era muy perito, la legislación, la poesía, etc., ocuparon enteramente sus horas.

Tradujo del francés la *Mérope*, infinidad de composiciones en verso de Voltaire, Boileau, Racine; ayudado de una gramática y un diccionario consiguió al poco tiempo traducir muy correctamente los clásicos ingleses. Deseoso sobre todo de penetrar algunas verdades científicas, dióse también á la lectura de libros de física, química, ciencias de que tenía ya más que mediana tintura por haber asis-

tido en Francia durante su proscripción á varios cursos orales.

Muchas veces me he preguntado á mí mismo y no he podido responderme: ¿por qué, habiendo sido tan estudioso durante toda la vida, no produjo alguna obra de aliento?

Compulsando los innumerables borradores que dejó inéditos y que conservo y leo con la más religiosa piedad, puedo decir, sin exponerme á ser desmentido, que su instrucción no sólo era vastísima, sino profunda en muchos ramos. En filosofía podía explicar con facilidad y acierto cualquiera de sus sistemas; en historia no se le podía pillar en un anacronismo, ni menos acusar de no comprender bien el carácter de cualquiera de los personajes más difíciles de pintar. Recuerdo que dándome una lección sobre la reforma de Lutero comprendí perfectamente, no sólo el carácter del reformador, sino el de Carlos V, Enrique VIII, Francisco I, y á tal punto fueron verdaderas sus apreciaciones, que después me he asombrado en mis lecturas de hallarme con las mismas opiniones que le había escuchado. En literatura, su gusto era acendrado; no había belleza de estilo, primor de lenguaje que pasasen para él desapercibidos. Tengo varios libros de poetas y prosadores españoles del décimo sexto siglo que conservan todavía al margen algunas anotaciones de su puño y letra que demuestran irrecusablemente, no tan sólo la pureza de su gusto, más también la profundidad de sus pensamientos. En la literatura francesa, cuya lengua poseía admirablemente, hasta hacer creer por sus escritos y por el modo como la hablaba que era francés, no tengo embarazo para confesar que era realmente doctísimo. Cuando estudiaba yo medicina, recuerdo haberle oído ideas sobre higiene, sobre fisiología, tan adelantadas, que en más de una ocasión me quedé sorprendido. En fin, su ilustración no era simplemente lo que se entiende entre nosotros por ese vocablo, sino un conjunto de conocimientos muy serios y que en poder de otro cualquie-

ra más osado y jactancioso le habrían servido para conquistarse un nombre.

Y bien! ¿Por qué, vuelvo á preguntar, con un acopio semejante de ideas y de doctrina no produjo más que unos cuantos versos, generalmente duros, y unos pocos artículos de periódico que, aunque bastante bien escritos, no son ni siquiera una vislumbre de su saber y de su espíritu? Esta interrogación que usted, mi señor don Miguel Luis, no se ha dignado, por lo visto, hacerse, no tiene para mí más respuesta que la que he dado muchas veces á los que me preguntaron qué pensaba de la facundia y la ciencia de algunos de nuestros escritores: á saber, que en las letras sucede como en los negocios; es decir, que hay hombres que tienen poco capital y gozan de una buena renta por el interés usurario con que colocaron sus fondos, mientras que otros, teniendo una pingüe fortuna, sólo extraen de ella mezquino producto por la razón de tenerla á un rédito muy bajo.

¿Qué tarea más fácil que la de hacerse sabio compilando, plagiando, extrayendo el jugo que á otros sirviera de vida? En la gravedad literaria hallo cosas muy parecidas á lo que pasa con la dignidad personal: aquel es, por ejemplo, un zote; pero como tiene aire reservado, gesto como si dijera: —«Urjanme no más y verán ustedes como les dejo con la boca abierta», sucede que se le cree todo un personaje lleno de sabiduría y prudencia. Y si á esto se añade, amigo don Miguel Luis, que el dicho gaznápiro de que vengo hablando, oye misa y hace como que se confiesa todos los meses, queda rematado en la fama de hombre de provecho.

Don Ventura no pertenecía á esta familia: odiaba el fausto, la vocinglería, la ostentación de todo acto que pudiese significar deseo de engañar al mundo: era todo verdad, y con decir esto, creo que es bastante para que se comprenda todo el odio que profesaba á la mentira y al necio orgullo.

He hablado de la extensión de sus conocimientos motejando sus versos, y en este mismo momento se me ocurre

que sería injusticia negarle cierta espiritualidad en las composiciones festivas y tal cual donaire en el romance y las anacreónticas, escasísimo aún en los discípulos más aventajados de Meléndez. En esos géneros encontraba la rima y la expresión oportuna.

Para que vea que no lo engaño daré á usted una muestra:

LAS EXTRAORDINARIAS

Quiero ver de los vientos
La furia desatada,
Y del volcán horrendo
Correr la ardiente lava;
Quiero de un cocodrilo
Ver la enorme garganta,
O sentir los halagos
De algún tigre de Hircania;
De escribas jerifaltes
Quiero caer en garras,
O en las redes que tiende
A la lealtad la infamia.
Predíqueme Hermosilla
Con su facundia vana
Que no hay mejor gobierno
Que el de la cimitarra;
Que esclavitud es gloria,
Libertad hojarasca,
Derechos puro nombre,
El pacto social nada;
Que no hay mayor ventura
Que el chiton y la calma,
Y si variar queremos,
Andar en cuatro patas:
Todo lo sufro, menos
El asco y crueles ansias
Que estúpidos serviles

Causan en mis entrañas;
Y más si, defendiendo
Causas desesperadas,
Sus mejores razones
Son las—Extraordinarias.

Allá va otro:

A MI PERRITO

Tú de mis pesares
Eres el alivio;
Ven á consolarme,
Gracioso perrito.
Sáltame á los brazos,
Hazme tus cariños,
Tu colita mueve,
Frunce el hociquillo.
Malvados los hombres
Son y fementidos,
Lealtad en sus pechos
Jamás tuvo asilo.
En ti no hay dobleces,
Nada en ti es fingido,
Brilla en tus caricias
El amor más vivo,
El amor sincero,
Amor peregrino,
De la humana especie
Nunca conocido.
Ven que en ti yo libre,
Caro Jazmincito,
Mi penar acerbo,
Mi dolor continuo;
Que este mundo pérfido

Vive de artificio,
Ríe de las lágrimas,
Befa los martirios;
Y llamando grande,
Y creyendo digno,
Al que apiña el oro
Al par que los vicios,
De Dios se titula
El magno prodigio.

Como éstos tengo infinidad que podría mostrar á usted y que confirmarían lo que le llevo dicho; pero no es allí, repito, donde debe buscársele, sino en el teatro en que recogió tan excelentes triunfos y del que conviene evocar la memoria para formar el corazón de la juventud y hacerla amable y sagrado el cumplimiento de los deberes del ciudadano.

Con el estudio de los poetas no sacaremos gran cosa, pues lo que nos conviene, antes que todo, es formar buenos patriotas, hombres que sirvan á la democracia, nó con las ficciones de su fantasía, sino con la realidad de sus ideas y sentimientos. Usted mismo, que es una de las reputaciones literarias más altas, más bien ganadas de América, ¿no cree que habría sacado más provecho para las felicidades de su vida pública, del estudio de los estadistas enérgicos, verdaderos, virtuosos, que nó de los poetas que con Ovidio á la cabeza, no hicieron, con raras excepciones se entiende, más que ensalzar la tiranía en todos los tonos de su lira de oro?

Pero sigamos adelante.

En 1830, la estrella de don Ventura, que tan poco tiempo había brillado, se eclipsó por completo. Destrozado el partido liberal en los campos de Lircay, cimentado sobre sus escombros el que se llamó pelucón y no perdonó jamás á los caídos, ¿qué podía hacer sino encerrarse en el hogar y comerse los pocos reales que le habían tocado por patri-

monio? Ya en 1844 su situación pecuniaria era insostenible; su bolsa contenía apenas unos cuantos pesos y era forzoso que él y su familia viviesen. Pero ¿cómo? Con el gobierno no se podía contar: el vencedor de Yungay era lo mismo para él que el de Lircay; ¿á quién volver entonces los ojos? La desesperación le mostró un objeto, y este no era otro que el general Ballivián, á quien hemos conocido huyendo como un malhechor de la casa del intendente de Valparaíso, y cuyo hijo es hoy el presidente de Bolivia.

Las cartas que voy á transcribir podrán poner á usted en conocimiento de un suceso que no podrá, estoy cierto, menos de ocasionarle lástima y disgusto.

«*Febrero* 2 *de* 1844.

«Excelentísimo señor:

«Cuando, dos meses hace, el señor Olañeta me transcribió el capítulo de carta de V. E., en que se dignaba conformarse con la propuesta que este caballero le hizo en favor mío para la plaza de cónsul de Bolivia en Valparaíso, pensé dirigirme directamente á V. E. expresándole mi vivo reconocimiento á tan distinguida prueba de benevolencia; pero retenido por el respeto como también por el temor de interrumpir su atención en medio de sus graves tareas, hube de contentarme con un silencio harto penoso para mi corazón naturalmente sincero y agradecido.

«Mas, vencidas estas consideraciones por otras que he debido á la oficiosa amistad del señor Buitrago con respecto al carácter personal de V. E. y compelido por sus benévolas instancias, me atrevo al cabo á hacerlo, persuadido de la indulgencia con que espero recoja V. E. la exposición franca de mis sentimientos.

«Creo á V. E. suficientemente instruído por mi buen amigo el señor Olañeta, de mi situación y circunstancias, y por lo tanto omito molestar nuevamente su atención con

respecto á ellas. Sólo dire á V. E. como garantía de mi futura comportación en cualquier destino con que se sirva honrarme, *la que consta he observado en altos cargos que he desempeñado en Chile, conducta echada en olvido después por los gobiernos que han regido el país desde el año* 30, *pero ampliamente indemnizada por la opinión pública, que me favorece y que me glorío disfrutar en medio de mi desgracia. Se me ha pagado con negra ingratitud y se me deja morir de hambre en un país en cuyo próspero estado actual alguna parte he tenido, como en los antecedentes que lo prepararon.*

«En esta circunstancia he vuelto los ojos á mi patria nativa, á V. E. como jefe de ella, y mis esperanzas no han sido frustradas; desgraciado y boliviano no podían menos de ser títulos á la bondad y solicitud de V. E.—V. Blanco Encalada».

«*Febrero* 29 *de* 1844.

«Excmo. señor don José Ballivián.

«A fines de agosto del año pasado tuve el honor de dirigir á V. E. mis súplicas á fin de que se me nombrase cónsul de Bolivia en Valparaíso, atendidas mis circunstancias personales y que le expresé con toda la conciencia y efusión consiguientes á mi carácter y á la lisonjera idea que de V. E. me hicieron concebir los señores Olañeta y Buitrago. La contestación que tuvo V. E. á bien darme, al mismo tiempo que me confirmaba la verdad de aquel concepto, infundió en mí las más fundadas esperanzas de ver realizado el objeto de mis anhelos y variada mi angustiosa posición luego que V. E. fuere constitucionalmente nombrado presidente de Bolivia. V. E. mismo me lo hacía comprender bastante en su alusión *á mejores tiempos.* Este hecho ha llegado, y aunque íntimamente convencido de sus

bondades para conmigo, afianzadas en la seguridad de su palabra, de que no es posible moralmente dudar, veo transcurrir el tiempo en una situación que á la par va agravándose y cuyas congojas puede sólo explicar el que las sufre.

«No puede ocultárseme el cúmulo de negocios graves que en las circunstancias actuales deben absorber la atención de V. E.; pero el asunto mío, aunque personal por lo relativo á mí, lo es también de interés público por ser el mantenimiento de relaciones internacionales de Bolivia con Chile por medio de un representante de aquélla cerca del gobierno de éste, una necesidad de alta transcendencia política. No son suficientes la consignación en los periódicos bolivianos de los actos de la administración de V. E., ni la opinión misma del país respecto á ellos. Se necesita que la prensa extranjera les preste su estudio y sanción por lo mismo de suponérsela libre de toda influencia y parcialidad. Esta ventaja se alcanzaría por medio de un representante de Bolivia aquí, cualquiera que fuese su título, pero sujeto de reputación por su honradez, luces, prudencia y decoro; prendas imprescindibles en el que haya de revestirse de un carácter diplomático, pues que de su opinión personal se deduce lógicamente la del país que representa.

«Muy lejos estoy de creerme adornado con las prendas que he enunciado arriba, ni hallo que entre nosotros sea fácil la reunión cabal de ellas; de consiguiente, debe bastar el no poseer rigurosamente las contrarias; y en este concepto no es á mí á quien corresponde hablar de mí mismo.

«Dispense V. E. que le moleste de nuevo sobre el asunto que me ocupa. No es la falta de seguridad en la palabra de V. E.; son mis circunstancias las que me afligen y me impelen á renovar la petición que le tengo hecha y cuya resolución miro como la única tabla en el naufragio.—V. Blanco Encalada».

¿No parece un sueño, una pesadilla abrumadora esta relación, que lastima el alma tanto como la irrita al pensar lo que fueron esos gobiernos de Prieto y Bulnes con un

hombre tan digno de protección, así por sus talentos como por su infortunio? Pero ¿qué podían significar para ellos, ni para sus ministros, forjados todos en la fragua del favor, los servicios prestados á la patria, las consideraciones de reconocimiento, de moralidad, de justicia, á que obedecen los gobiernos de principios?

¡Bonita página para la historia del héroe de Yungay son aquellas cartas que acabo de copiar!

Y mientras esto sucedía bajo su paternal administración, en tanto que casi agonizaba de necesidad y de pena uno de los hombres más honrados que Chile ha tenido nunca, se daban pensiones, honores, empleos, á los más obscuros palaciegos, á los más miserables fautores ó cómplices en todas las indignidades de una política rastrera.

Ya lo he repetido y no me cansaré de repetirlo: el hecho sólo de pedir en medio de la prosperidad de Chile amparo á un gobierno extraño y por un individuo tan esclarecido como don Ventura Blanco, es un borrón indeleble en la historia de aquella época.

Pero ni aun esa mísera protección, que yo, pobre diablo, rechazaría indignado, fué verdadera; aquel Ballivián no era hombre de cumplir palabras, y menos á un desvalido, fuese cual fuese el mérito intrínseco de sus virtudes.

Ya que estoy pasando por el suplicio de evocar recuerdos que me despedazan el corazón, es preciso que salgan todos, y al par que vayan pasando por los puntos acerados de mi pluma, reciban el juicio que merecen, y el que, estoy de ello seguro, merecerán de todos los buenos.

Pues, señor, cansado don Ventura de las mentiras de Olañeta, de aquel cínico payaso á quien un juri chileno marcó con el estigma de calumniador y falsario, y harto ya de las engañifas de don José de Ballivián, que por lo visto sólo había querido jugar con la credulidad de un hombre de bien, tomó la pluma, y en una carta en que destila la hiel de la dignidad herida y brota del corazón la baba con que se escupe al rostro de los que profanan la desgra-

cia ilustre, vació sus sentimientos todos, dejando consignadas en aquella pobre cuartilla de papel sus últimas esperanzas y también sus últimos agravios.

Voy á copiarla y pido á usted, mi amigo don Miguel Luis, que la lea; pero nó como trozo de estilo, sino como noble arranque de legítimo orgullo.

Santiago de Chile, 1845.

«Señor don José Ballivián.

«Muy señor mío:

«Doy á usted gracias por el modo original con que ha sabido ó pretendido embaucarme hasta ahora con sus mentidas promesas en las varias cartas que tengo suyas y que conservaré como otros tantos documentos de su perfidia y mala fe. No obstante todos los antecedentes de usted, tan notorios en todas partes y muy particularmente en Chile, nunca pude persuadirme que un hombre titulado general y presidente de una república, faltase á una palabra suscrita con su nombre, ni podía tampoco concebir que ese mismo hombre á quien las circunstancias hacen feliz pudiese tan vilmente insultar la desgracia en mi persona. ¿No era más noble y decoroso para usted el hablarme con sinceridad y franqueza desde el principio, diciéndome que no podía ó no quería servirme?

«Porque las desgraciadas circunstancias de Bolivia y los manejos obscuros de usted lo hayan elevado á la dignidad en que inmerecidamente se halla constituído, ¿cree por ello tener derecho á burlarse de lo que los hombres respetan como sagrado? Mis amigos, á quienes comuniqué la gestión que había entablado con usted y las cartas suyas relativas á este asunto, se han llenado repetidas veces de indignación amistosa para conmigo viendo que fuese capaz de creer en la buena fe (me decían) de un Ballivián. Aun

más: juzgaban indigno de mí que pudiese estarle subordinado, y en un destino tan inferior como el de cónsul, después de verse en Chile todo un ministro plenipotenciario de Ballivián sirviendo de escándalo, de befa y de objeto del menosprecio público y aun del de todos los agentes extranjeros. Me recordaban la deshonrosa fuga de la casa del gobernador de Valparaíso, Garrido, que usted ejecutó burlando su generosa confianza, creyendo á usted caballero y militar de honor. Me ponían delante el espectáculo jamás visto ni oído de la acusación intentada por aquel mismo representante á nombre de su presidente Ballivián, apoyada en una infame calumnia y en una carta apócrifa y torpe contra el benemérito García del Río, tan interesante por su infortunio como por sus distinguidos talentos; el triunfo obtenido por la declaración que hizo el juri de su inocencia y la mancha indeleble impresa en la frente del presidente Ballivián como calumniador y falsario, de que participó su digno payaso en el juego de esa intriga asquerosa, en que campean la perversidad y la torpeza.

«Pero ¿querrá usted creer que con todos estos antecedentes tan sucios como innobles, aún no podía convencerme de todo el alcance de su inmoralidad? Nada menos he necesitado que leer la carta citada de usted del 19 de enero de este año para abrir los ojos y ver que todo hasta aquí ha sido un engaño de ese mismo Ballivián, una burla respecto de un hombre de bien que por esta cualidad (prescindiendo de todas las demás) lo es muy superior. Debía haber guardado respeto de sí mismo, y en honor del puesto que ocupa, otra formalidad, otra decencia y aun también otra honradez, aunque fuese afectada. Estos son cargos del oficio: es preciso hacer á la ambición algunos pequeños sacrificios; y si es lícito comparar ó hacer aplicaciones de lo grande con lo que de suyo es tan pequeño, ¿fué otra la causa que impulsaba á Bonaparte á orar en la mezquita del Cairo, ó respetar en Mantua la patria de Virgilio? ¿No se ha visto á sus mariscales en la época de la restauración en

Francia, asistir á las procesiones con un cirio en la mano? Pega, pues, muy mal á un presidente constitucional, como lo es usted, según se denomina, el ser en todas épocas el mismo, es decir, siempre el consecuente con sus principios y educación. *Natura semper sibi consonat* ha dicho Newton.

«Para concluír diré á usted que, á pesar de que el hielo de los años ha entumecido mi mano, todavía conservo en mi sangre bastante vida para dirigirla, si tuviera la ocasión, armada de una pistola ó de una espada contra el pecho de usted, que me ha burlado, en medio de mi credulidad y buena fe, de la manera más pérfida y cobarde.

VENTURA BLANCO ENCALADA».

Pero basta, basta de indignidades y pasemos á otro terreno más tranquilo. El año de 1845, mediante los empeños del finado señor don Pedro Lira y del virtuoso general don José F. Gana, obtuvo del senado la gracia, según se dijo, de entrar á su servicio en calidad de secretario. El sueldo mensual, como se sabe, de ese empleo, era, á razón de dos mil pesos anuales, ciento sesenta y seis pesos y centavos; pero entiéndase que en el receso de las cámaras el secretario quedaba, como los demás empleados de esa secretaría, sin un real de sueldo. En estas circunstancias, don Ventura elevó al senado una solicitud para que se le dejase durante la clausura del congreso con la mitad de la renta. La cámara se constituyó en sesión secreta; senadores que jamás habían desplegado los labios creyeron justo hacer su estreno con una deprecación á la economía; por fin, el mismo señor don Diego Benavente, que tanto había estrujado las arcas fiscales, modificó la petición reduciéndola á cuarenta pesos mensuales, sueldo que en opinión de aquellos próceres augustos, era una benignidad insólita, sólo concedida por extraordinarias circunstancias y en favor de un antiguo servidor del país.

!Heroica, magnánima resolución la de aquellos viejos

podridos en plata, avezados en el ejercicio de conceder pensiones á cuantos por angas ó por mangas solicitaban auxilio de su clemencia! ¡Pobre don Ventura! En esto había venido á parar toda aquella máquina de recomendaciones á la gratitud nacional, todas aquellas protestas de premio y auxilio en nombre de la nación! *Cuarenta pesos mensuales!* era el precio de sus servicios; don Tadeo Díaz de la Vega, portero del senado, disfrutaba, fuera de la gratificación de casa, veinticinco. Y bien! ¿No hay en todo esto bastante material para formar un sainete en que las lágrimas y la risa se mezclen en churrigueresca algazara? De este cúmulo de porquerías senatoriales sólo se vengó el agraviado con estos cuantos versos:

«Entre filantropía y egoísmo
Hay una estrecha senda; en cada borde
Se abre amenazador un hondo abismo.
Con la razón el sentimiento acorde,
Me atrae al hombre que padece, y huyo
Si calma su dolor. El pesar suyo
Será mío también, nó su contento.
Cuando quiero gozar, ni el vano acento
Del ruidoso convite, ni el arrullo
De la fácil lisonja, ni el murmullo
Del pueblo insano en grupo novelesco
Me ofrecen lo que busco y apetezco.
Un glotón sabio come sin testigo;
Su paladar es su mejor amigo;
Así pensaba Lúculo, y yo pienso
Que el placer más activo y más intenso
Es el que goza el hombre que se estudia
Cuando el derecho á la opinión repudia,
Y la opinión que en sí formó le basta.
A su investigación, la escena vasta
Del propio sér y de la interna vida,
Con exquisitos goces le convida».

Si esto pasaba con el primer cuerpo legislador de Chile, ¿qué extraño que la universidad prefiriese á don Miguel de la Barra para el empleo de decano? Aquellos doctores eran cortados sobre el patrón de los padres conscriptos; eran, diré mejor, hechuras del ministerio, y como tales mal podrían prestar honor á quien estaba condenado á inacabable sufrimiento. Muerto Barra, y porque habría sido también un verdadero escándalo otra proposición en un destino que por antigüedad le correspondía, se decidió la facultad de humanidades á honrarle con su decanato. Con esto y la escasa renta de secretario del senado, su posición fué más desahogada; á esto se añade el auxilio que su hermano don Manuel, ausente de Chile durante las más amargas horas de su pobreza, podía prestarle y le prestó en efecto con la delicadeza que le es característica. La vida entre tanto se apagaba; los años, los achaques, los dolores interiores producidos por la muerte de sus hermanas, á quienes idolatraba con toda su alma, habían ido lentamente minando su organismo; en 1856 don Ventura no era más que la sombra medio borrosa de lo que había sido. Sus facultades, tan fuertes en otro tiempo, negábanse á un ejercicio medianamente activo; la memoria, que había sido en él prenda del corazón y de la inteligencia, sólo le ofrecía y en apartados confines y tras el velo de una tristeza infinita, el cuadro de sus mocedades, aquel paisaje pintado alternativamente por la ilusión, el amor, el infortunio y el desengaño. Sin embargo, en este decaimiento moral y físico, quedaban intactos, robustos, incólumes sus principios, vivo el espíritu de honor y delicadeza que le animara desde la cuna; frescos, siempre frescos, dulces, ternísimos los sentimientos de gratitud hacia las personas de quienes había merecido servicios; y sobre todo, inmaculado, ardiente el amor á su hermano don Manuel, á sus hijos, á la memoria de los suyos, á la imagen de su esposa, que, según solía decir, la llevaba consigo á todas partes.

El 13 de junio de 1856 rompió por fin súbitamente aquella existencia, que se extinguía como se extinguen en el espacio las notas solemnes de un *de profundis*. . . . . .

Hecha la autopsia se halló el corazón convertido en una pequeña masa disuelta; la vejiga de la hiel apenas logró encontrarse: el estómago estaba roto, todos los principales órganos en un estado que hacía imposible la vida.

Al día siguiente los periódicos dieron la noticia en las crónicas; había muerto el secretario del senado y el decano de la facultad de humanidades; la muerte del ilustre servidor de Chile, del hombre integérrimo, del filósofo amable y justo, no había llegado á su conocimiento.

Su cuerpo fué trasladado á la sepultura donde descansan los huesos de su hija y su inolvidable compañera; un menos que mediano acompañamiento le siguió en su último viaje por este mundo, el que, si hemos de creer en la justicia del Altísimo, habrá terminado con su descanso eterno en la mansión de los justos.

Resumiendo ahora lo dicho en estos apuntes, su retrato no es difícil de delinear ni de comprender: alma vaciada en el molde del filósofo antiguo; inteligencia propia para todas las concepciones de lo bello y de lo bueno, paciencia en los trabajos, tolerancia para todos los errores, intuición artística, y sobre todo, creencia profunda en los progresos del espíritu humano. Su Dios no tenía más formas que las de la Omnipotencia y Misericordia; su religión más altar que la contemplación de las maravillas de la naturaleza; sus sentimientos otra mira que la vivificación de los afectos que forman la parte divina del conjunto de nuestra especie.

Tal era don Ventura Blanco Encalada; tal el hombre que usted, mi señor don Miguel Luis Amunátegui, desconoció en sus apuntes biográficos. Y aquí parando en estos artículos, escritos al correr de la pluma y de las lágrimas, y con el sentimiento que llena en este instante mi corazón,

le diré que le agradezco, en medio de todo, haberme proporcionado la oportunidad de consagrar á mi padre el tributo de admiración, amor y justicia que merece.

MANUEL BLANCO CUARTIN.



Don Manuel Montt

La muerte, que en estos meses ha parecido complacerse en arrebatarnos muchas existencias queridas, acaba de completar su obra de exterminio matando repentinamente á un gran ciudadano, á un gran jurisconsulto, á un gran mandatario de la magistratura, á un hombre cuya influencia se ha dejado sentir en la sociedad y en los negocios durante cuarenta y cinco años sin perder un solo quilate de su concepto como estadista, como jefe de partido, como individuo particular.

En presencia de su cadáver, aun caliente por las lágrimas de sus deudos y numerosos amigos, ¿qué podremos decir nosotros del que ayer no más regentaba el primer tribunal de justicia de la república y tenía un asiento de honor en la rama más alta del poder legislativo?

Si don Manuel Montt durante la vida tenía en sí mismo una coraza que le hacía impenetrable hasta para los dardos más agudos y ponzoñosos de la calumnia, hoy, cubierto con el sudario de la muerte, es algo como un monumento á cuyo pié no se puede llegar sin descubrirse la cabeza, inclinar la rodilla y sentirse poseído de profundo y melancólico respeto.

Y ese respeto dulcísimo en sus amigos, severo en sus enemigos y supersticioso en el pueblo, se explica perfectamente con solo pensar en lo que fué desde los albores de la ju

ventud hasta el instante aciago en que la muerte derribó de un solo tajo su venerable existencia.

Don Manuel Montt fué siempre el mismo.

Había en su carácter fibras que el tiempo no roe, que, por el contrario, se hacen más robustas con el transcurso de los años y como en prueba de que en el hombre miserable y débil hay algo que desafía la instabilidad de la suerte y es intangible para la lima sorda é implacable de la vida.

Esas fibras eran: la lealtad, la consecuencia, la adhesión invariable y absoluta á los principios y á las personas que desde la infancia se adueñaron de sus simpatías.

Bajo el ceño de adusta gravedad se escondía un corazón sensible á todas las emociones puras. Así, viósele proteger como el padre más cariñoso y solícito á su alumno don Antonio Varas, que al entrar al Instituto Nacional no contaba con más apoyo que el que podía prestarle su precoz talento, fatigado desde temprano por el infortunio.

Todavía recordamos el rectorado de don Manuel Montt como recuerdan los franceses la aurora gloriosa de sus buenos estudios clásicos.

El Instituto Nacional no había tenido hasta entonces un jefe que comprendiese la verdadera misión del establecimiento. Todos sus rectores, entre los que había hombres muy distinguidos como Lozier, etc., se habían contentado con introducir reformas saludables en la enseñanza; pero en lo que es disciplina, moralidad, régimen severo, sin los cuales no puede haber colegio medianamente bueno, no habían pensado absolutamente, imaginando tal vez que todo ello vendría con el tiempo.

La fama de los desórdenes del Instituto era universal, y á tal punto que fuéle preciso mucho trabajo á don Ventura Blanco Encalada para obtener del presidente Pinto la suspensión de su clausura que ya estaba decretada.

No había transcurrido un año de la rectoría de Montt y todo había cambiado.

Las clases se hacían regularmente, los profesores eran respetados y los adelantos iban de día en día en aumento. Debieron ser muy grandes las ventajas obtenidas en el primer colegio del Estado, cuando Portales, que tenía las intuiciones del genio, llamó á don Manuel Montt para confiarle un puesto en el ministerio.

Su entrada allí fué un acontecimiento. ¿Cómo de un escolar imberbe, se preguntaban los viejos oficinistas, podía don Diego hacer todo un oficial mayor?

Pero el hecho fué que los mismos que atribuían á caprichosa voluntariedad el nombramiento del joven agraciado, confesaron á poco andar que se había hecho en él una elección acertadísima.

Llega la hora de subir al ministerio y todos sin excepción aplaudieron prometiéndose mucho de los talentos y laboriosidad del nuevo ministerio.

Si la vida política de don Manuel Montt hubiera concluído con su primer ministerio, de seguro que su recuerdo sería uno de los más gratos, pues que en todo ese espacio no hubo cosa alguna que reprobarle, sino, al revés, mucho, muchísimo que agradecerle. El solo ramo de la instrucción pública le debió atenciones y estudios que no ha debido ni antes ni después á nadie.

Entre tanto, el gusano criado con la morera nutritiva del Instituto era ya crisálida, á la que sólo le faltaba el calor de los invernáculos de la política para convertirse en mariposa.

El 18 de septiembre de 1851 la mariposa extendía sus a las al viento; mas ¡ay! en el pintado terciopelo de sus alas se véían algunas gotas de sangre que la mano de la fatalidad había hecho derramar en lucha fatricida.

¿Tenía él la culpa?

¿Y por qué había de tenerla, si su ambición, como todas las grandes ambiciones, le arrastraba hacia arriba sin permitirle ver el abismo abierto á sus plantas?

Nunca culpamos á don Manuel Montt por haber aspira-

do á la presidencia de la República. Si hubo en esa aspiración culpa alguna, fué de sus partidarios, y muy especialmente del general Bulnes, que se dejó intimidar por los pelucones.

Lo que fué el gobierno Montt se ha repetido hasta la saciedad, ora enalteciendo esa administración sobre todas las anteriores y posteriores, ora rebajándola hasta colocarla más abajo que el suelo.

La verdad completa no se ha escrito todavía, y ella es preciso que se escriba para limpiar un gran nombre del hollín con que le ha tiznado la pasión y libertarlo á la vez de las falsas coronas con que le ha adornado el ciego cariño de sus adeptos.

Para nosotros don Manuel Montt fué, en medio de todos los defectos de su sistema político, un gran gobernante. Tenía golpe de vista vasto y certero, energía indomable para llevar á cabo sus resoluciones, y más que nada, completo conocimiento de los hombres y de los negocios que le facilitó siempre hacerse de buenos y fieles servidores y conseguir lo que deseaba.

Hoy que estamos lejos de aquella época podemos ver lo que no vimos, deslumbrados como estábamos por el brillo de las bayonetas, que simbolizaban la tiranía perseguidora y triunfante.

Y bien; hoy que nada nos ofusca, que nada nos hace palpitar el corazón lastimado ó receloso, podemos decir, y tan alto como lo exige nuestra conciencia, que el gobierno aquel si cometió faltas tuvo también merecimientos que le harán para siempre memorable en los fastos de nuestra historia.

Descendido de la presidencia de la República, don Manuel Montt no fué como Diocleciano á cultivar lechugas; nó, siguió su camino sin que nadie se atreviese á motejarle por venir, después de diez años de la más severa existencia pública, á sentarse en el primer sillón de la magistratura.

En aquel puesto no ha tenido, al decir de amigos y enemigos, quien le iguale siquiera.

Su ciencia, su honradez, su habilidad exquisita para desempeñar su dificilísimo ministerio, son reconocidas dentro y fuera del país, siendo de notarse que esta reputación, lejos de disminuir con el trascurso de los años, se ha solidificado en término de constituír como una estatua alzada en vida á sus virtudes de magistrado.

Don Manuel Montt parecía la encarnación de la ley sentada en su pedestal de inconmovible granito.

El hombre, una vez delante del altar de la justicia, no era ya hombre, sino un principio, una entidad, una conciencia.

Todo enmudecía en su derredor: pasión política, voz de la sangre, amistad, simpatías, compromisos, influencias de ayer, de hoy y de mañana.

Los mismos que habrían querido en tiempos de su gobierno llevarle á la horca, se creían resguardados con el escudo de la justicia cuando pensaban que su vida y sus propiedades podían alguna vez verse pendientes de su fallo.

¡Qué gran figura aquélla!

¡Y en medio de que para el delito no podía haber en ese hombre-ley patrocinio ni disculpa, el mismo crimen, para quien no hay piedad entre los hombres, podía sentirse cubierto, sin perjuicio del castigo, con el manto de la misericordia.

Grande, pues, y muy grande es la pérdida que ha experimentado la administración de justicia con la muerte de don Manuel Montt, que era su primer ornamento y su más legítimo orgullo.

Por lo que hace á la política, el país pierde una gran cabeza y un gran corazón.

Su nombre solo era todo un partido.

Decapitado el Montt-Varismo, su cuerpo será en breve presa de los gusanos; mas el visitante que mañana se dé el

triste placer de visitar su sepultura, verá que de ella se desprende una claridad haciendo cerco á un nombre que vivirá perdurablemente en el corazón y en los labios de todos los chilenos.

El Mercurio, que en otros días tuvo justos motivos de queja de la administración Montt, tiene hoy á honor inclinarse respetuoso ante el cadáver del gran difunto y s ñalarlo al pueblo como Antonio el cuerpo despedazado de César.

Si morir en la plenitud de la vida es un dolor, para el que muere y para los que le lloran, también este dolor supremo va compensado con la idea de que la inmortalidad reclama á veces este sacrificio para abrir de par en par las puertas de su templo.

Desde ayer, consuélense sus deudos, el alma de don Manuel Montt disfruta de plena gloria.



Don Rómulo Mandiola

Tengo una deuda de gratitud para con don Rómulo Mandiola y voy á pagársela en su muerte, ya que no pude tener el gusto de hacerlo en vida.

Escribió de mí una pequeña biografía en que no escaseó los elogios, cosa tanto más digna de agradecimiento, cuanto que á ninguno de mis colegas se le ha ocurrido jamás, á pesar de haberles yo prodigado encomios, nombrar siquiera los trabajos literarios que he venido publicando en estos últimos diez años.

Explicado el motivo de este artículo, sólo me resta entrar en materia.

¿Quién era el que se llamó en vida Rómulo Mandiola?

Para los hijos de Copiapó, ciudad de su nacimiento, fué siempre objeto de la más tierna simpatía. Oriundo de una familia respetable, radicada de antiguo en esa ciudad, educado allí como se educa toda la juventud copiapina, es decir en el trabajo material y el culto de las ideas liberales, sus primeros años transcurrieron serenos, alegres y como pronosticando una vida feliz y dilatada.

Estudioso y calavera como todos los que nacen con la chispa del genio, no bien alboreó su juventud, hiciéronse sentir en él el estímulo de la gloria y el apetito de una posición dichosa.

El meeting y los festines le sirvieron de escuela de orato-

ria, y los sueltos en los periódicos de circunstancias de pasaportes para la vida literaria que, soñada por él como un paraíso, no fué hasta su muerte más que un potro de tormento.

Llegado á Valparaíso en el comienzo del Gobierno Errázuriz, se estrenó en una reunión popular que fascinó con su talento.

Sin colocación en la prensa liberal, porque no había en Valparaíso más que un solo periódico de este partido y necesitando ocuparse para ganar la vida, admitió los ofrecimientos que le hicieran los conservadores transladándose inmediatamente á Santiago. *El Independiente* le recibió con los brazos abiertos, pues su redactor principal conoció desde luego que el joven recién convertido al conservantismo valía por una falange de cooperadores.

Las crónicas que allí escribió son notables, no sólo por la gracia y propiedad de estilo, sí que también por el fondo de las ideas que, aún bajo la forma ligera, sabía expresar con precisión y donaire.

No sabemos por qué suspendió sus trabajos en ese diario, pero el hecho es que se le vió á poco figurar como cronista en *El Estandarte Católico* i escribir artículos sobre artículos á cual más vigoroso, si bien conocíase en ellos de golpe el empeño que tomaba por aparecer fervoroso católico.

¡Pobre Mandiola! El, que había, puede decirse así, campeado por sus respetos en materia de religión y de literatura, verse de repente encadenado á la iglesia y bajo la tutela inmediata de clérigos, si bien ilustrados y urbanos, orgullosos en demasía de su posición y talento!

Lo que escribió en el *Estandarte* no puede contarse: crónicas, sueltos, artículos de fondo, folletos y hasta poesías brotaron de su pluma con asombrosa fecundidad.

Seguro ya de su estilo, convencido de sus disposiciones para la crítica, alentado por sus patrones que vieron sin duda en él un pichón de San Pablo, su manera de escribir

acabó de diseñarse, demostrándonos que día á día iba haciendo acopio de buen grano, es decir, de buenos principios literarios, que fecundados más tarde con el estudio deberían llevarle á las eminencias de la literatura.

Y aquí viene tomar nota de su amor á la literatura castellana del siglo de oro, de su afán por imitar á Cervantes en sus gracias y en el corte de las frases, de su prurito por reverdecer las flores de lenguaje y de estilo que hasta en España están ya completamente marchitas.

En medio de esto, Rómulo Mandiola mostró un singular conocimiento del lenguaje castellano, de los secretos del buen estilo, de los recursos que sólo los escritores de nota hallan en su gramática y su retórica.

Su lenguaje numeroso, más numeroso á veces de lo necesario, hacía pareja con su estilo franco, abierto, audaz, sonoro y rotundo.

Puede increpársele de haber sacrificado en ocasiones la diafanidad de las ideas, la precisión del tema á su manía de castellanizarse. Y en efecto, hay hasta en el mejor de sus artículos, ciertos pasajes de demasiado crespa construcción, en que se ve el esfuerzo por latinizar, con el verbo al último, los períodos más bonitos.

Sin este defecto su lenguaje y estilo habrían sido bellísimos, pues tenía armonía en el decir y abundancia extremada de giros con qué expresar su pensamiento.

En la polémica era verdaderamente fuerte. Su dialéctica apretada, su viveza para herir en el lado flaco al contrario, para huir á veces el bulto y otras para atacar en el centro y los flancos, le hacían terrible.

Sobrábale chispa; lato, latísimo era su diccionario de combate; pero desgraciadamente solían afear sus gracias ciertas chocarrerías, que, aún envolviendo mucho gracejo, no dejan de chocar á los que tienen costumbre de oír y decir donaires de buena extirpe.

Como escritor de doctrina, sospechamos que tenía la de

sus circunstancias, es decir, de su negro destino, que desde la más tierna juventud no cesó de atormentarlo.

Así le vemos en su primera época liberal en política, escéptico en religión, audaz en la manifestación de sus dudas, y después no solo conservador moderado sino violentísimo, no solo creyente sino ultramontano, hasta dejar muy atrás á los clérigos con quienes y para quienes escribía.

¡Qué tormentos debió sufrir un espíritu como el suyo! Naturalmente libre é inclinado á todas las aventuras de la libertad del pensamiento, tuvo que cortar sus alas de raíz, porque de otra manera no se le habría creído digno de alternar en tan alta compañía.

Naturalmente orgulloso como todo hombre de talento, tuvo que humillarse para ganar la vida poniendo su pluma, que era su único bien, á disposición de los que, por lo mismo de tenerla tan barata, no supieron apreciarla en lo que valía.

Y el pobre joven que así chapodaba las alas de su ingenio, que así torcía las inclinaciones de su alma, que así amordazaba su corazón sediento de emociones, no encontró, sin embargo, en sus llamados protectores sino una muy mezquina correspondencia á sus servicios.

¿Qué era el sueldo del cronista del *Estandarte Católico* para un mozo acostumbrado desde la niñez á la vida holgada, á las comodidades de un hombre bien nacido? ¿Cómo habría podido jamás creerse, no decimos feliz, pero siquiera medianamente tranquilo con ese miserable auxilio? Ni aun su amor propio podía estar satisfecho escribiendo en columnas subalternas y bajo la severa censura de sus patrones. De modo que ni utilidad, ni gloria, ni esperanzas de porvenir halló el malogrado Rómulo Mandiola en el partido que lo conquistó, prometiéndole explícita ó solapadamente protección y aliento.

Fuera del *Estandarte* va de imprenta en imprenta en busca de trabajo, y solo el caballeroso editor de *Los Tiem-*

pos le abre su diario pagándole, si no como quisiera, como mejor pudo, sus artículos.

¡He ahí un ejemplo precioso de inconstancia! ¡Un libera como el señor Arteaga Alemparte sustentando á un conservador, á toda una pluma preconizada por los clérigos como una de las más fuertes de su bando!

Pero esta postración resultante del abandono más cobarde que jamás se vió, debía tener un término, y ese es el que lamentamos todos los que, conociendo el talento de Rómulo Mandiola, le han visto extinguirse en la pobreza más sórdida.

¿Qué hicieron sus antiguos protectores? ¿Qué fué de sus correligionarios? Valparaíso le ha visto morir sin que en su lecho de agonía se viese uno solo de sus antiguos amigos.

¡Qué lección tan digna de estudio para los que, como él, creyendo vivir de su pluma, mueren por ella!

También podemos sacar enseñanza, si es que ya no es muy sabido, de esa frialdad social, de ese olvido absoluto ante los sufrimientos de un joven que era una de las glorias de la literatura chilena.

Pero ¿qué es un literato entre nosotros? Un juguete de la suerte y nada más.

El diploma de literato es un boleto de entrada para el hospital ó el hospicio.

¡Ah! Y mientras que con tan glacial indiferencia miramos la literatura, los empleos, los honores, el respeto público son generalmente para las mediocridades silenciosas, cuyo único mérito estriba en callar, que es como decir en no amenazar con la chispa de su numen á los tontos y á los bribones.

¿Quién mejor que el que esto escribe sabe lo poco que vale tener un genio y lo mucho que cuesta hacer uso de él?

Sin embargo los que como Mandiola nacieron para escribir no pueden eximirse del sacrificio que les impone su fatal inclinación.

¿Qué hacer entonces sino compadecerlos en vida y envidiarlos en muerte?

Tal es lo que ha pasado con Rómulo Mandiola.

Leyendo sus escritos le admiré y me condolí de su talento. Muerto, solo me quedaba llorarle y le he llorado, escribiendo en mi vieja cartera, como lo hago con todos los literatos que se van de este mundo, esta frase que puede ser su epitafio:

«Fué un bohemio de las letras, que después de ennoblecer la literatura de su patria, murió como un pobre diablo que se va del mundo sin saber que ha estado en él».



Justo Arteaga Alemparte

Motivos de salud, que el público conoce de sobra, nos han impedido consagrar algunas líneas á nuestro honorable y muy querido colega Justo Arteaga Alemparte con motivo de su retiro de la prensa diaria. Hacémoslo hoy y con el espíritu conturbado al pensar que uno de los más vigorosos atletas del periodismo chileno ha tenido que caer rendido bajo el doble peso de la enfermedad y del trabajo.

¡Implacable destino el de nuestros escritores! escasos en número, faltos de protección social, sin más fuerzas que las de su talento, después de una brega tenaz con las preocupaciones, las contrariedades peculiares de su vida, los rencores de los partidos, y la indiferencia y el desdén del público, tienen que arrojar la pluma, su compañera inseparable de martirios, para esconder en la soledad de su cuarto ó en el obscuro hueco de su tumba los dolores incurables de su amarga existencia.

Hemos conocido a Justo Arteaga Alemparte cuando aún era un niño. Tocó al que esto escribe enseñarle los primeros rudimentos de la lengua francesa en el Instituto Nacional. Nada más simpático que aquel amable adolescente. Conocíase desde luego en él que sería escritor, es decir, mártir de pluma, y que ésta serviría á un corazón entusiasta y generoso y á un espíritu nacido para comprender y saborear todas las bellezas del arte en sus múltiples manifestaciones

Cuando principió á darse á conocer en la *Semana*, periódico que vivirá como un libro, fuimos los primeros en aplaudirle y pronosticarle una carrera brillante. Si se comparan sus primeros escritos con los que después le han hecho tan célebre, se verá que Justo Arteaga Alemparte no fué nunca aprendiz, sino que comenzó sus tareas como maestro.

Es verdad que desde aquella época hasta ahora ha atesorado muchos conocimientos; que la lectura de los más eminentes escritores de Francia, Italia y España le han hecho adquirir acendrado gusto literario, comunicándole cierta savia que ha dado á su estilo ese gracioso tinte original que ningún otro de nuestros escritores ha logrado obtener.

Hemos oido muchas veces censurarle por lo que llamaban manía de afrancesarse, pero los que tal imputación le hacían ignoraban sin duda que en el estilo y lenguaje de nuestro amigo no hay *francesismos* propiamente dichos, sino algo como una imitación de la índole de la lengua francesa, imitación que en nada se opone á la originalidad que le caracteriza, porque es fruto, no de la tarea de copiar, sino de la necesidad de vestir las ideas con la elegancia y donosura que saben hacerlo los escritores del Sena.

Fijémonos bien en este punto, porque examinamos al escritor bajo su envoltura, que es el lenguaje. Pues bien: para nosotros, que tenemos muchos años de estudio de la lengua española y que desde muy niños fuimos iniciados en los secretos de sus bellezas de lenguaje y estilo por un hombre á quien el mismo Arteaga Alemparte ha calificado de *silabarita literario*, la forma de los escritos del inolvidable autor de *Los Constituyentes* es todo lo correcto que puede serlo dentro de las reglas que le sirven de molde. Tradúzcanse al francés sus artículos y se verá que no es tan fácil la traducción, lo cual prueba que no es de allí de donde vienen, no obstante la refinada elegancia que los cubre.

Por lo que hace al estilo, sin ser lo que se llama amplio, numeroso y rotundo, es brillante, incisivo, nervioso, de una intención, si es posible decirlo así, muy semejante á la que celebran los aficionados al arte dramático en los actores de primer orden.

¡Qué bellezas hay allí hasta en esos cortos renglones trazados ya entre los acerbos sufrimientos de su terrible dolencia!

Esto es en cuanto á la forma; que por lo que hace al fondo, el escritor es no sólo bueno, sino eminente.

¿Qué cuestión política, administrativa, social, económica, no ha sido por él tratada con lucidez, con tacto, con una sagacidad que envidiaría el mismo Philarète Chasle, que, á nuestro juicio, es el más sagaz de los escritores franceses contemporáneos? Pensando un poco en esto, se ve que la labor de Justo Arteaga Alemparte ha sido inmensa y de resultados fecundísimos.

No hay discusión, por ligera que haya sido, de las infinitas que ha sustentado la prensa en estos últimos veinte años, en que no haya él terciado llevando un contingente de luz muy poderoso y oportuno.

Y aquí viene inculcar en un punto que la juventud estudiosa debe tener muy presente y que hasta ahora no hemos visto por nadie tratado. Es éste el de haber sido Arteaga Alemparte el reformador del periodismo chileno. Hasta él, nuestra literatura periodística era un basto acopio de lugares comunes, de insulsas declamaciones, entre las cuales se injertaban donaires de la peor especie; aquello, propiamente hablando, era muy parecido á la literatura del púlpito, criticada por el padre Isla en su famoso Fray Jerundio de Campazas.

Encargado nuestro amigo de la redacción del *Ferrocarril* en 1860, fué allí donde comenzó la obra de depuración, escribiendo artículos sobre artículos en los cuales brillaban dotes que ningún diarista chileno había demostrado.

Su concisión, su delicadeza en la manera de plantear las cuestiones, y, sobre todo, su jamás desmentida urbanidad en la polémica, cautiváronle en breve infinidad de admiradores. Ingenioso sin pretensiones, incisivo sin acrimonia, audaz sin fanfarronería, fueron desde luego sus escritos un modelo para los aficionados al diarismo. Pero desgraciadamente no ha tenido imitadores, pues los que han querido copiarle, simulando brevedad de estilo, originalidad de lenguaje, han sufrido y hecho sufrir el chasco más completo.

Otra de las prendas que adornan á Arteaga Alemparte como diarista, es su sin igual talento de vulgarizador, merced al cual ha conseguido el pueblo familiarizarse con las cuestiones más importantes y complicadas. Puede decirse, valiéndonos de una expresión vulgar, que su afán principal en su misión de diarista fué siempre dividir en moneda menuda para el comercio intelectual de las masas las grandes cuestiones del momento.

¡Qué hermoso y meritorio trabajo aquél!

¡Oh! Es preciso haber estado como nosotros en situación de apreciar ésto para poder valorizar aquél esfuerzo!

Si pasamos ahora á estudiar al hombre público, al partidario, al amigo, estamos cierto que no habrá un solo chileno que no tenga para él una expresión de cariño y de respeto.

Liberal por educación y por carácter, su liberalismo no ha sido jamás intolerante; ha querido la libertad para todos, comenzando por respetar hasta los errores que ella engendra.

Justo Arteaga Alémparte no es orador en el sentido que comúnmente se da á esta palabra; pero en el parlamento ha lucido siempre por su amor á la justicia, por la manera elevada de tratar las cuestiones, por su constante respeto á la opinión y la persona de sus colegas.

Ahora bien: ¿cómo no deplorar amargamente que un escritor de tantas cualidades envidiables, de tantos servi-

cios prestados á la causa de la libertad, que es la causa de la ciencia, del arte, de todo lo que engrandece el corazón y la mente humana, se haya visto obligado á tirar su pluma para tenderse en el lecho del dolor como soldado mortalmente herido en la pelea?

Las letras chilenas, si hubiera de separarse para siempre de ellas nuestro amigo, deberían vestir eternamente de luto.

Podrán salir ó venir mañana periodistas de nota; tal vez inteligencias muy distinguidas, que hoy están en estado de larva, serán muy luego pintadas mariposas. Todo eso puede suceder; mas, lo que no acontecerá jamás, porque ya es imposible, es que venga alguien á desempeñar la tarea de Justo Arteaga Alemparte, esa tarea que fué toda una misión de enseñanza tanto más honrosa y digna de aprecio, cuanto que no tuvo por fin el lucro, sino simplemente el propósito de seguir una vocación del corazón y del espíritu.

Al escribir estas letras ¡nadie lo creerá! las lágrimas se agolpan á nuestros ojos y la imaginación nos arrastra hacia el pasado, hacia aquella época en que, jóvenes, soñábamos con la gloria literaria, formándonos castillos encantados que el desengaño se ha encargado de derrumbar por completo.

Mientras tanto, entre las congojas de la vida que se escapa, entre los martirios de la vejez y las enfermedades, entre las fantasmas que nos persiguen á cada hora, siempre es un deleite, aunque sea amargo, el hacer justicia á un hombre eminente, á un amigo querido; y esto es precisamente lo que nos consuela en la pena que sentimos al ver á Justo Arteaga Alemparte abandonar la pluma, que fué su gloria y lo es también de la literatura chilena. Es preciso estar como nosotros muy cerca del sepulcro para saber lo que vale una noble vida. ¡Ah! ¡quién pudiera darla robusta y feliz á nuestro amigo!

Justo Arteaga Alemparte

Cuando hace dos meses lamentábamos la pérdida que sufría nuestro periodismo con el retiro temporal de nuestro inolvidable amigo y compañero Justo Arteaga Alemparte, el corazón nos decía que pronto habríamos de llorarle muerto definitivamente para las letras.

La previsión se cumplió por desgracia y desde esa hora puede decir la literatura chilena que ha perdido á uno de sus más esclarecidos y simpáticos representantes.

Justo Arteaga Alemparte era un periodista que habría podido brillar en Francia, Inglaterra, en cualquiera parte del mundo.

Dotado de todos los talentos que exige el periodismo, tenía además las prendas del corazón que levantan las opiniones á la altura de los principios. Discreto, insinuante, sagacísimo en la planteación de una doctrina, la desarrollaba con vigor, prestándole todo el atractivo de la novedad y del convencimiento.

Polemista, sabía herir, pero jamás dejó su dardo en la herida de su adversario. Clavaba y pasaba. Pero, como ya en otra ocasión lo dijimos, su superioridad consistía en su talento de vulgarizador, que en realidad era eximio.

Ninguno de nuestros diaristas, y es de advertir que ahí están Errázuriz y Zorobabel Rodríguez, supo decir como él lo que quería decir. Sus reticencias eran tan decidoras

como sus palabras, y á sus palabras jamás permitió que dijesen más de lo que le convenía.

Artista consumado en el colorido, sus cuadros, aún adoleciendo de faltas de dibujo, tendrán siempre la magia de sus tintas.

Y á todas estas prendas que le colocan en una altura á donde no es permitido llegar sino á muy pocos, agregaba la observación profunda, la mirada extensa, ese *visus eruditus* que Emilio Girardin poseía como nadie.

¿Qué extraño es entonces que creamos que la muerte de un escritor como Justo Arteaga sea un golpe terrible para las letras chilenas cuyo número de personalidades sobresalientes es tan diminuto?

Ahora si se le considera como ciudadano, como hombre de principios, como individuo particular, nadie podrá decir que fuera menos en ese terreno que en el otro.

Liberal convencido, pero sin afectación, trabajó desde su primera juventud por la difusión de los principios liberales con un entusiasmo y una pujanza que aún hoy admiran.

El diario fué el teatro de su propaganda. De la *Semana* pasó al *Ferrocarril*, de éste á la *Libertad*, de la *Libertad* otra vez al *Ferrocarril*, y de allí á los *Tiempos*, y en este paso no tuvo ni las intermitencias de opinión propias de todo cambio, ni eclipse ninguno de su talento.

Justo Arteaga Alemparte no fué jamás aprendiz de pluma; fué siempre maestro, y por eso lo vemos lucir con igual brillantez su genio de escritor desde el comienzo de su carrera hasta que ésta se paralizó con la muerte.

Su último artículo confesándose vencido por la enfermedad, no puede leerse sin las lágrimas en los ojos.

Hay allí profundo dolor expresado en frases que traducidas á la música harían enternecer el alma menos sensible. ¡Qué delicadeza en la expresión de su tormento, de sus ilusiones desvanecidas, de la esterilidad de sus sacrificios!

Y así como aquí enternece, hacía antes venir la risa á los labios y la alegría al corazón con sus artículos chispeantes de gracia ática, de donosura delicadamente festiva.

Tal era el escritor cuya fosa está aún húmeda con las lágrimas de sus amigos y esperando el mármol que debe conservar su nombre en la mansión de los muertos.

Por lo que hace á su inmortalidad entre los vivos, ella está asegurada; pero, ¡ay! ¿qué es la inmortalidad terrestre cuando se ha dejado la vida, abandonando una familia idolatrada y llevando en el corazón las espinas del desengaño, que en los hombres como él clavan como acerado dardo?

Cuando se medita que el gran diarista sufrió pobrezas; que su hogar en sus postrimerías solo fué visitado por unos cuantos amigos fieles; que en su dilatada y horrorosa agonía no pudo siquiera divisar la esperanza de mejor fortuna para su esposa y sus hijos, es imposible dejar de sentir una violenta sacudida en el alma.

¿Porqué tanta infelicidad, para tanto mérito? ¿Por qué, en fin, tan temprana muerte para una cabeza, un corazón, que tenía todavía tanto que dar en beneficio de la sociedad?

¡Misterios de Dios!

En tanto, es preciso llorarle, y le lloramos; es preciso rendir á su memoria el tributo de afecto y respeto que le corresponde, y se lo rendimos, pidiendo á Aquel que todo lo puede le conceda un lugar entre sus elegidos.



Moral política

AFORISMOS DEL PRINCIPE DE BISMARCK

Leyendo las sentencias ó aforismos políticos del príncipe de Bismarck que el *Ferrocarril* nos ha regalado traduciendo un artículo del *Courrier de L'Europe*, se nos ha venido al deseo echar una ojeada sobre los diferentes sistemas políticos que se disputan hoy la supremacía de la opinión y poder en los dos pueblos más adelantados de la Europa.

Comenzaremos por Francia.

Hasta aquí solo ha reconocido la Francia dos grandes fuentes políticas: la que se llama *idealista ó teórica*, y la *positiva*, cuya resurrección se debe á Comte. De estas dos fuentes abiertas por la filosofía del décimo octavo siglo á la indagación de los espíritus sagaces, han corrido, á la manera de vertientes enteramente opuestas en su giro, varios pequeños sistemas que, sin tener verdaderamente fuerza ninguna propia, han pretendido, con una audacia que contrasta mucho con su pequeñez, el dominio de los negocios. La escuela idealista ó teórica produjo la sentimental, que basada en los dogmas de lo bueno que sirven de base á la conducta del hombre privado, ha querido amoldar el gobierno de los hombres á sus delirios de probidad, olvidando que el hombre bajo su aspecto colectivo deja de ser entidad unipersonal para convertirse en un conjunto extraño á las naciones de lo justo, cuando lo justo no envuelve lo

conveniente á la utilidad que los discípulos del inglés Bentham asignan como única moral posible en este mundo de prosa y de egoísmo.

Durante la Restauración vióse en Francia, á pesar del egoísmo supino que encarnaba ese gobierno, á dos hombres de talento superior trabajar con un ardor verdaderamente asombroso por levantar la doctrina idealista que profesaban á la altura de un sistema perfecto y fácilmente práctico.

Era uno de ellos M. de Bonald, soñador místico, para quien la Biblia tenía un decálogo político que, aplicado con escrupulosidad, debería producir infaliblemente el buen gobierno de los pueblos sin excepción de entidades ni de orígenes.

De Bonald, pues, salió la *teocracia espiritual*, aquel sistema que sedujo á Veuillot, haciéndole abandonar sus quimeras mundanas para contraerse por entero á la persecución de una teocracia compatible con las ideas de libertad y progreso que forman el núcleo de las fuerzas morales de la civilización del siglo en que vivimos.

Como no es difícil comprenderlo, el pobre soñador tuvo que confesarse al fin vencido, pero sin abjurar de su filosofía, como le aconteció al abate Lammenais, que murió como un réprobo después de haber sido el orgullo y la delicia de la Iglesia católica.

A Bonald hacía compañía Lainé, hombre vaciado en el molde de la antigüedad romana, pero aspirando siempre á la idealidad griega que desde su niñez había fomentado en su corazón para consuelo de sus penas en el porvenir y descanso de sus fatigas en la vida.

Veamos ahora cual fué el fruto de los trabajos de estos dos apóstoles de la política sentimental.

No hablamos de Lammenais, pues que, según la expresión de Lamartine, «fué derribado de su caballo, no en el camino de Damasco, sino en el de Roma».

En cuanto á Lainé y Bonald, el mismo Veuillot, su admirador y discípulo, nos dice en un artículo que en 1857 dirigió á los redactores del *Diario de los debates* lo siguiente:

«La escuela teórica fundada por Bonald y Lainé, murió de inanición; la Francia de hoy no tiene alimento para las grandes almas, y menos todavía para los grandes sistemas».

Destruída esta escuela, el idealismo político pasó á ser una reliquia que solamente algunos piadosos anticuarios se han dignado recoger entre sus curiosidades. La misma escuela ultramontana es hoy positivista y lo es porque las necesidades de la Iglesia, cada día más crecientes, no permiten pensar en idilios de bienandanza política, sino en los medios de devolverle lo que ha perdido. Desposeído el Papa de sus dominios como soberano, ¿qué teocracia espiritual puede antojárseles á los que lloran ese desposeimiento como el principio de destrucción sacrílega de la obra divina de Cristo?

Pasando ahora á la escuela positivista, ella se nos ofrece bajo dos aspectos: el positivismo aplicado preferentemente al individuo, y el positivismo inclinándose del lado del hombre en conjunto, es decir, del lado de las instituciones que regulan la existencia de la sociedad.

¿Cuál de estas escuelas es la que hoy predomina en Francia?

Thiers y Mignet, que abogaron en el *Constitucional*, por la escuela que llamaban *práctica*, fueron dos desertores cuya deserción ha valido para los franceses más de lo que valieron para ellos, bajo el aspecto del escarmiento, sus derrotas en la última guerra.

Thiers murió acariciando la idea de la *república conservadora* y en 1829 decía: «El conservatismo no es aplicable hoy á ninguna forma de gobierno».

Mignet, más silencioso, menos célebre, menos mezclado en la política militante, no ha confesado paladinamente su

desengaño, pero se le ve patente en sus estudios históricos de estos últimos años.

Viene la escuela de Julio Simón y de Laboulaye, si es que escuela se llama un conjunto de verdades esparcidas al viento por dos escritores que olvidan su patria para fijarse en Inglaterra y Estados Unídos como modelos.

Recordamos que Napoleón I, después de leer el famoso libro de la baronesa de Staël, titulado *La Alemania*, entró en furor y llamando a Savary, que era el ciego ejecutor de sus golpes de autoridad, le dijo con voz de trueno:

«Decid á esa mujer que no estamos los franceses en disposición de soportar que se nos ponga á Alemania por modelo».

Pues la Francia ha dicho lo mismo a Laboulaye, quien, orgulloso de su obra, ha preferido cargar con las antipatías producidas por su americanismo, á arrepentirse de haber admirado tal vez más de lo que debía á la gran república del norte.

Se dice que la escuela positiva de Comte ha creado otras ramas que llamaríamos ramales de doctrina con la misma propiedad que ramales de disciplina para sus émulos en filosofía política. Pero ¿cuáles son estos ramales? ¿Lo es Gambetta que acaba de venir al suelo como vinieron los Jirondinos por diversa causa?

¿Qué pretendía el terrible Cíclope de la república francesa? ¿Arrastrarla á la democracia pura por medio de una constitución en armonía con su propósito, ó llevarla á una democracia *sui generis*, *gambettina*, si es dable decirlo así, de la cual saldría para ir á parar á la república tal cual la ideaba Thiers en sus postrimerías?

Es preciso desengañarse. Ni en Francia ni en parte alguna se hace hoy política sentimental, ni política positiva en conformidad con las enseñanzas de los fundadores de escuela.

Grévy gobierna á su manera, ya inclinándose del lado

de las minorías pudientes, como es la *bourgeoisie*, ya cediendo al temor de las muchedumbres, que por mucho que hayan cambiado, siempre recordarán al insigne estadista á las turbas del barrio de San Antonio que obedecían ciegas al Club de los Jacobinos.

La Francia es republicana porque los franceses son eminentemente igualitarios en materia de distinciones sociales, á pesar del placer con que se inclinan ante todo título nobiliario ó jerarquía aristocrática.

La república los nivela, ó al menos creen ellos en esa nivelación, mientras que la monarquía, que no podría ser sino napoleónica, porque el Borbón que queda no es más que una bola de orgullo y de grasa, los asusta, trayéndoles á la memoria la tiranía corruptora de sus leyes, sus exacciones violentas y todas esas calamidades que constituyen lo que se llama el antiguo régimen.

En Inglaterra ¿cuál es la política dominante? ¿Ha dejado de imperar el partido *tory* con la muerte del conde de Beaconsfield? ¿Ha subido el partido *wigh* con la victoria de Gladstone, es decir, con la preponderancia que lo ha hecho cobrar la muerte de su rival?

¿Qué es de la escuela de Bright?

¿Dónde están las doctrinas de Spencer y sus secuaces?

Nada, nada ha sido parte á sacar á la Gran Bretaña de su ruta trillada. *Wighs y tories* gobiernan alternativamente, ya encaramándose aquéllos sobre éstos, ya empujando éstos á aquéllos hacia el rincón donde de continuo fraguan sus vueltas al poder y sus reconquistas de la opinión pública.

He ahí, pues, un cuadro que creemos exacto á pesar de la sobriedad de líneas y tintas con que está trazado. Y por lo mismo que creemos en su exactitud vamos á examinar por vía de entretenimiento los apotegmas políticos ó sea la *antología bismarckina* de que hablamos al comenzar este artículo.

El príncipe de Bismarck no es decididamente un La-Rochefoucauld como moralista.

Su talento político, que es inmenso, no se extiende hasta concretar en aforismos la extensa variedad de sus ideas. Desde luego desprecia por completo la opinión pública, y aunque en este desprecio hay mucha razón filosófica, creemos que hay poca razón política.

¿Por qué se gloría de ser aborrecido? ¿Por qué le enorguellece tanto que desde el Garona hasta el Vístula, desde el Belt hasta el Tíber su nombre sea repetido con pavor?

O creemos en la soberanía popular ó no creemos. Si lo primero, la más indispensable cualidad del estadista es ser amado del pueblo; si lo segundo es lo efectivo, el odio siempre será una rémora aunque los que lo profesen sean esclavos.

El viejo imperio romano nos lo enseña.

¿Qué cosa más bella que el reinado de los Antoninos, de Trajano y de Adriano? ¿Pueden compararse con él los de sus sucesores, entre los cuales hubo algunos que fueron el terror del orbe?

Hoy mismo ¿por qué el emperador de Rusia tiene que vivir temblando, siendo dueño absoluto de las vidas y propiedades de sus súbditos?

¿No debería reírse como Bismarck del odio de los nihilistas? ¿Y por qué en vez de reir llora, en vez de gloriarse de ser tan odiado se entristece y no sabiendo que partido tomar se entrega á todos los arrebatos de su cólera impotente?

El odio del pueblo no es despreciable; por el contrario, debe intimidar á todos los gobernantes sean ellos de la jerarquía que fuesen. Y lo más raro es que el príncipe de Bismarck, al paso que se manifiesta tan engreído por las antipatías que despierta desde el Garona hasta el Vístula, desde el Belt hasta el Tíber, confíe que «por su parte seguirá hasta el fin y sin desmayo el recto camino emprendido en interés de la patria».

¿Cómo es esto? Si la patria es lo que mueve como hombre de estado, ¿cómo se entiende que desprecie su amor ó su odio? Por ser magnífico el príncipe de Bismarck ha sido en esta sentencia muy pequeño como político.

En el capítulo *Verdades diplomáticas* no vemos nada que acredite la gran sabiduría del estadista.

Decir que «protestar es siempre una tarea ingrata y que solo tiene sentido si aquel que protesta es bastante fuerte para impedir la cosa contra la cual protesta», es repetir una verdad de Pero Grullo que ha pasado á ser axiomática en todo el mundo.

Igual cosa sucede con aquello de que «el que quiere apartar á dos que están riñendo siempre sale con algún rasguño».

«Entre dos muelas cordales no metas tus dos pulgares», dice el viejo adagio castellano, y por cierto que el que inventó el refrán no merece los honores del inventor de la pólvora.

«La teoría vale aun menos en diplomacia que en la vida ordinaria».

Cierto, muy cierto, pero por lo mismo de serlo tanto no merecía una sentencia aparte.

«En cada tratado, uno se pregunta: ¿á quién engañamos aquí? De ordinario, hay uno á quien se engaña; pero sólo después de algún número de años viene a saberse quien era el engañado».

Exacto en cuanto á nosotros, que resultamos perjudicados en los diversos convenios hechos con Bolivia; pero inexacto tratándose de la Alemania, que desde luego conoció y conoció todo el mundo que su tratado de paz con la Francia en la última guerra era lo más ventajoso que jamás pudo idear la victoria.

¿Con quién ha tratado el príncipe de Bismarck sin salir ganando, sin conocerse desde luego que toda la ventaja estaba de su parte?

«Las frutas no maduran poniéndoles lámpara debajo; y

cuando se apalean frutas verdes sólo se consigue echarlas á perder é impedir que crezcan».

Esto si que es bonito. Cuando Sadowa la Francia no estaba madura; pero cuando la Prusia quiso hacer rey de España al príncipe de Hohenzollern, no estaba madurita sino pasada.

«Lo que es deseable no es siempre lo que es posible».

¡Magnífico! ¡Espléndido como novedad! sin embargo desde que se habla español sabíamos que «lo que no se ha de comer dejarlo cocer».

Y como estos apotegmas son los restantes; lo cual indica que el príncipe de Bismarck, primer hombre de estado hoy del mundo, no es un moralista, ni cosa que se le parezca.

¿Y qué deduciremos de aquí en presencia de un hecho que nos manifiesta que la política del primer imperio de la tierra no obedece á principio ninguno moral, sino á los impulsos de la conveniencia, que no reconoce más derecho que el de la fuerza como potencia ejecutora?

Mientras tanto, en la política, ciencia si bien de aplicación, siempre sujeta, como todas las ciencias, á principios reguladores inflexibles, es necesidad mezclar á las nociones del utilitarismo los preceptos de la justicia, para que no predomine la maldad sobre la honradez, destruyendo la base principal en que descansa toda sociedad humana, que es la moralidad pública.

Esto no quiere decir que prefiramos á esa escuela atea, profundamente corruptora, la otra que se llama *sentimental* y no tiene cabida en parte alguna de la tierra.

Lo que queremos es que en nuestra política se amalgame la conveniencia con la honradez, la fría impasibilidad con el entusiasmo por lo bueno; en fin, que tengamos una política que ni sea de ilusos ni de bribones.



Adelaida Ristori

Por fin tuve anoche la satisfacción de ver realizada una de las aspiraciones más vehementes de mi vida: la de encontrar la personificación del ideal dramático que llevo en mi alma desde los albores ya lejanos de mi juventud.

He visto á la Ristori y me he repetido alborozado: eso, y no otra cosa que eso, era lo que yo buscaba.

¡El bello ideal del arte: ¿Cuál es éste? ¿De qué se compone? ¿Cómo y en dónde vive?

He ahí tres preguntas que no pueden contestarse sino con las palpitaciones del corazón, que es el intérprete de ese mudo pero elocuentísimo idioma del sentimiento.

En la imperfección de la lengua de la metafísica, las ideas de belleza, sublimidad, infinito, eterno, sólo se explican y comprenden por negociaciones antitéticas; no afirmamos, porque la fuente de la certidumbre está en Dios, y solo á El es permitido no discutir para probar y convencer.

En esta imposibilidad de definir lo *bello y lo sublime*, cualidades esenciales del arte en todas sus manifestaciones, no me queda más recurso que sentir, y siento en toda su intensidad, y tal vez con mayor deleite, lo que alcanzo á explicarme y comprender.

La nota desprendida de la garganta de la Malibrán; el golpe de luz arrojado sobre la tela por el pincel de Rafael;

la modelación del mármol en carne por el cincel de Miguel Angel, son secretos inescrutables aún para aquellos que viven en íntima amistad con las Musas.

Si esto es así, ¿qué extraño tiene que la Ristori sea para mí, pobre hombre, lo que son para el pintor, el estatuario y el músico, los grandes genios que acabo de nombrar?

Sin embargo, en esa mujer externamente igual á todas las mujeres, veo lo que ninguna de ellas tiene: el poder de hacerme concebir de una sola mirada, con el más imperceptible movimiento, todas las grandezas, todas las miserias, todas las dulzuras, todos los arrebatos, todas las monstruosidades del alma humana.

La historia de todos los tiempos vive fresca en sus labios, en sus ojos, en sus manos; llora como Pía, mata como Judith, ruge como Medea. Con solo embeber su boca en el embriagante licor de la voluptuosidad, es Phriné, Lais, Flora; monja de caridad, sin más que echar sobre su hermosa cabeza la blanca toca de las hijas de Vicente de Paul; la orgullosa Isabel de Inglaterra, sin más esfuerzo que dar á su rostro la majestad real traicionada por las flaquezas de la mujer; en fin, la Ristori puede ser alternativamente fiera horripilante, angel de consuelo, luz, tinieblas, todo lo que ha existido y existe bajo la humana envoltura.

¿Es esto el arte? Si no lo es, no sé lo que pueda significar esa palabra. ¿Es esto genio? Si no lo es tampoco, no puedo ni podré nunca explicar lo que fueron Shakespeare, Calderón, Cervantes, Goethe, Murillo, Santa Teresa y tantos otros elegidos de Dios.

La vida de esta celebridad dramática está manifestando lo que es. Francia la admira, y llora á un tiempo que aplaude sus triunfos, la derrota de la Rachel, que era su orgullo. Inglaterra, Rusia, Alemania, la festejan con igual pasión, le rinden idéntico tributo al que le pagan la Turquía, España, Portugal, la América, el mundo entero. Explíquenme, si pueden, los que no creen en las maravillas del arte,

¿cómo llora y ama el habitante del Mar Negro con igual dulzura al que naciera bajo el cálido cielo de Nápoles al oír solamente de los labios de esta actriz sublime una palabra de amor ó de tristeza?

¿Qué es esta mancomunidad en las lágrimas, en la alegría, en el gozo, en el terror, en la esperanza, la voz de una mujer? La comunión de las almas supone un apostolado irresistible; luego, quién puede disponer á voluntad de los sentimientos de todos los hombres sin distinción de razas ni de caracteres, es algo superior al hombre mismo, es eso que no podemos explicar y que expresamos, á falta de otra palabra mejor, con las voces *genio*, *arte*, *belleza*, *sublimidad*, etc. Lamartine ha concluído por decir al hablar de esto mismo: «la Ristori es una de las mejores obras de Dios», y cuando el autor de Grazziella y de Rafael no encontró otro medio de sintetizar mejor su pensamiento, es prueba de que el juicio crítico de una eminencia artística como ésta, nunca será más certero ni elocuente que compendiándolo en una sola frase.

«¡Una de las mejores obras de Dios!» Cierto, muy cierto, porque en ella se reverbera la luz del cielo; porque por ella se aprende á amar la virtud, á robustecerla con el alimento de lo bello y de lo bueno; porque por ella los afectos más puros se desarrollan, y se detestan las pasiones mezquinas; porque á donde quiera que va lleva consigo sollozos para las almas secas, esperanzas para las que nada esperan, amor para las que nada aman, terror para las que nada temen, y luz, muchísima luz para los infinitos que viven sumergidos en la noche del egoísmo, de esa ignorancia de los grandes secretos del corazón, que es la peor de todas las ignorancias.

Cuando en esto se medita, viénese á la fantasía el recuerdo de lo que fueron otras celebridades en ese mismo mundo europeo que nos sirve de ejemplo.

Adriana de Lecouvreur no poseyó ni siquiera tres pies

de tierra sagrada en que depositar su cadáver; la Francia, que la había proclamado por la reina del arte, que le levantó altares en vida y la coronó por mano de sus más ilustres notabilidades, no tuvo embarazo en arrojar al muladar sus restos y con ellos la piedad cristiana de que hacía alarde.

La famosa Rita Luna, rival de Naiquez, no se sabe donde duerme el último sueño; el estercolero mismo no ha respondido á los que fueron á pedirle noticias.

Mademoiselle Georges fué enterrada por la caridad de un amigo de su juventud; la Rachel, idolatría del pueblo francés, prenda del amor inolvidable de un príncipe ilustre, se extinguió en los desórdenes de su juventud turbulenta; Melpómene llora desde ese día llanto de dolor y vergüenza inagotables.

¿En dónde están Latorre, Romea? En el panteón de las glorias españolas, ó en el rincón obscuro de alguna piadosa iglesia?

El ocaso de los grandes astros artísticos es tan triste como alegre fué su levante.

Pero no será ese el destino de Adelaida Ristori, nó; la Providencia parece ya haberla guarecido contra las ingratitudes del mundo.

Como reina del arte, su trono vivirá eternamente; como mujer, el nombre ilustre que lleva la protegerá también contra el olvido.

¡Bello ideal del arte, sueño dorado de mi juventud, te he visto realizado por fin antes de bajar al sepulcro!



Rancia pero siempre oportuna respuesta

Retirados al campo por motivos de salud, que el público conoce demasiado, solo hace cuatro días cayó en nuestras manos el furibundo artículo dirigido contra el redactor del *Mercurio* por don Zorobabel Rodríguez, redactor en jefe del *Independiente.*

¡Qué artículo aquél!

No parece sino que el señor Rodríguez hubiera tenido guardado en sus glándulas salivales, como acontece á la serpiente cascabel, todo el veneno de un añejo aborrecimiento.

Escudriñando escrupulosamente nuestra conciencia, no hemos encontrado nada que pudiera haber motivado aquel escandaloso ataque.

Amigos sinceros de nuestro detractor, llevónos más de una vez el cariño á su persona á perdonarle agresiones que en nadie habríamos disimulado, teniendo, como tenemos, una pluma bastante diestra y acerada con qué castigar á los que nos ofenden. Pero el afecto y la mancomunidad de ideas en algunos puntos capitales de política, administración y filosofía, pudieron más que las naturales sugestiones del amor propio herido.

En 1871 don Zorobabel Rodríguez nos hirió cobardemente y sin más causa que haber nosotros atacado al gobernador de Quillota. Pasamos por alto la ofensa, y no tar-

dó mucho que nuestro atolondrado calumniador reconociese que había obrado mal, cediendo á sus instintos de polemista procaz y descorazonado. En una carta suya que conservamos, nos lo dice sin ambages, y confesión de parte releva de prueba.

Más tarde volvió á ensañarse en nuestra persona con motivo de haber nosotros dicho que el *Independiente* no debía de rechazar el título de diario conservador por tomar el muy disonante y antipático de *diario católico.* ¿«Qué tenemos que conservar, exclamaba el señor Rodríguez, cuando nuestro partido tiene que rehacerlo todo»? Inculcamos en la necesidad de no hacer intervenir la *catolicidad* en la política, y varios *pelucones*, que no *neo-católicos* del bando del señor Rodríguez, obligaron á ese diario á aceptar el calificativo que de antiguo llevaron todos sus antecesores.

Más tarde pequeños incidentes que nadie sino el redactor del *Independiente* hubiera tomado en cuenta, le hicieron volver á la carga contra el *Mercurio*, pero el redactor de este diario no hizo todavía caso, atribuyendo aquella conducta, no á malevolencia del colega y del amigo, sino á una tendencia invencible del organismo.

En medio de esto, publica el señor Rodríguez su libro sobre Bilbao, y nosotros, como siempre, nos apresuramos á tributarle los más sentidos elogios. Igual cosa pasó con un *Diccionario de chilenismos*, en que apuramos el aplauso como apuramos la buena voluntad que nos merecía. Puesto en el índice por los *católicos* que querían cambiar la vieja *Revista Católica* por el *Estandarte;* desacreditado por los mismos que buscaban suscripciones para el nuevo diario de la curia, escribimos censurando esa vedada maniobra y haciendo de paso el panegírico del escritor que durante tantos años había sostenido con brillo la bandera conservadora.

Todo el mundo sabe cómo los clérigos del *Estandarte* hacían sentir su desconfianza respecto de las doctrinas sos

tenidas en el *Independiente;* todo el mundo sabe la guerra que hicieron á ese diario y al *Mercurio*, alegando que sus redactores no profesaban en todos sus puntos el credo exigido por la Santa Sede á los buenos católicos.

Pero lo que pocos saben es que el *Mercurio* hizo cuanto pudo por combatir esa propaganda y reponer en su verdadero carácter de escritor conservador al señor Rodríguez.

He ahí pues lo que como escritores hemos hecho en favor del mismo que, aparentando el furor de un novel sectario insolente é ignorante de la peor de las causas, nos lanza una serie de injurias á cual más grosera y chabacana.

Nos llama viejos, desdentados, caducos, dementes, y llega á desearnos que Dios apague nuestra pluma con nuestro último aliento. Citando las palabras de Renán el apóstata, según los clérigos, dice que más valdría que Dios nos hubiese quitado la vida para no ofrecer el espectáculo de un candil apagadizo y fétido.

¡Piadoso hijo del ultramontanismo chileno!

Mientras tanto, ese hombre que desearía ver reducida á cenizas nuestra pluma junto con nuestra existencia, que para cualquier hombre de corazón sería querida, por ser ella la de un individuo que en medio de su infortunio pidió á las letras el amparo que hubieran podido darle sus servicios al poder ó su adulación á los ricos; mientras tanto, ese hombre que pretende dar lecciones de moralidad y elevación de sentimientos, ha sido un escritor que ha hecho de su pluma un puñal envenenado para todos los que por angas ó por mangas han contrariado sus miras.

¿Qué reputación liberal ha escapado de sus puñaladas de condotiero de la Iglesia? Ni una sola como lo acredita la colección del *Independiente*, que en 19 años de vida puede tener la honra de encerrar todo un osario de lo más noble y brillante que tiene Chile como partido, como ciencia, como posición social.

¡Y es don Zorobabel Rodríguez, el desapiadado sepul-

turero de tantas y tan hermosas reputaciones, el que nos enrostra haber descendido hasta el charco para echar lodo sobre monseñor Dell Fratte y sus piadosos admiradores!

Hablar de sal ática un escritor que sólo ha usado la sal de cocina para sus chistes; hablar de decadencia un hombre que día á día da público testimonio de adular á los fatuos, que son los únicos que pueden sostener *El Independiente;* hablar de risa *traposa y salpicante* un individuo que en sus diatribas, que no sátiras, se arrastra como pudiera el último roto en busca de la piedra ó de la inmundicia que quiere arrojar á la cara del que con él tropieza.

Nó; no es la vejez la que ha paralizado nuestra pluma, ni los mandatos de un poderoso los que nos han hecho reír de las ridiculeces que unos cuantos fanáticos han ostentado en su despecho; nó, no es la vejez, ni la decadencia del espíritu, ni la flaqueza del corazón las que nos han hecho ponernos del lado de los principios liberales insultados por una turba de sectarios que harían honor á las chusmas de don Carlos de España; nó, sábelo Dios, sino el desengaño, esa luz de la desgracia que nos hace ver en toda su deformidad á los hombres y á los sucesos.

El que esto escribe, fué y es aun conservador, pero no conservador clerical, que es la peor especie del partidario fósil, sino conservador laico que, como en Inglaterra, hace estribar su sistema en el respeto á las instituciones sancionadas por el tiempo y acreditadas por la experiencia del gobierno.

Entre esta clase del conservantismo y el que tiene su base en la teocracia, va un mundo de distancia, como que aquel consulta el beneficio del país con su honra, de que no puede despojarse, y éste no busca sino el provecho de secta, aun á trueque de poner la dignidad de la república por los pies de los caballos.

Pues bien: á estas dos clases de conservantismo servimos nosotros y don Zorobabel Rodríguez; nosotros ponién-

donos al habla con todo lo que es progreso racional, justicia, equidad, decoro, y él no oyendo más que las instigaciones de una docena de ultramontanos capaces, en su furor católico, de entregar la patria maniatada y llorosa al buen querer de los esbirros de Roma.

En la cuestión del delegado apostólico lo han probado de sobra.

¿No ha habido allí hombres que han pedido para nuestro gobierno la maldición de Su Santidad junto con la reprobación de todos los pueblos del mundo?

¿No pidió el señor Rodríguez que el discurso del señor Cifuentes se imprimiese traducido á todas las lenguas? ¿No ha escrito el redactor del *Independiente* artículos que los peruanos y bolivianos se apresurarán á transcribir con comentarios, y todo porque en servil complacencia á la pandilla de los ultramontanos no ha encontrado como mejor darles en el gusto?

Si nuestra caducidad le da lástima á don Zorobabel Rodríguez á punto de querer eliminarnos del escenario de la vida; si le inspira pena ver cómo de vela hemos descendido hasta candil, más lástima y más pena nos produce él, mirándole prostituír su talento á una causa tan odiosa y antipática como la que sirve.

Que el viejo se arrastre es excusable; que el joven se empantane en pestilente cieno no tiene ni puede tener excusa; y ello se comprende muy bien desde que la juventud es amor á lo noble, á lo grande, á lo bello, y la vejez una antesala del sepulcro.

¿Qué será del señor Rodríguez cuando llegue, si es que llegue, á la edad del redactor del *Mercurio*?

Si ahora se inclina reverente ante la cogulla; si ahora insulta á todos los que no quieren arrodillarse ante ídolos de deleznable barro; si ahora no guarda ley á la amistad ni consideración ninguna á los sentimientos más hermosos del corazón humano, ¿qué podrá ser mañana cuando la nieve

de los años escarche su cabeza y haga latir perezosa en sus venas la sangre que le alimenta?

En nuestra decadencia, si es que la hay, tendrán parte los años y la desgracia; en la suya, que de seguro la habrá, figurarán como primeros factores sus instintos de servil sumisión á los sombreros de teja y á los cerviguillos de los magnates.

Escribirá como el padre Alvarado, pero nó como Balmes ó Donoso Cortés; tendrá barro y cascotes para arrojar á sus enemigos, pero no las flechas de Voltaire que mataban sin dejar señales. Y entonces no faltará quien diga que nuestra previsión se cumplió al pie de la letra; que en la risa del viejo redactor del *Independiente* había la grosera carcajada de Sancho, mas no la espiritual sonrisa de don Quijote.

Natura semper sibo consonat.

Así, no esquivamos los reproches que á nuestra naturaleza corresponde, ni tampoco negamos, cuando llega el caso, los que naturalmente son obra del organismo, como sucede con el señor Rodríguez.

Y aquí paramos esperando lo que venga. ¡Quiera Dios que no nos veamos en la precisión de dar otra respuesta!



La jauría

El redactor del *Independiente* debe estar de plácemes al ver cómo la prensa de Cochachamba injuria al redactor del *Mercurio.*

Y en este contento de nuestro colega, como en el que recibirían de seguro los clérigos del *Estandarte*, no debe verse, ateniéndonos á la moraleja del señor Rodríguez, sino al castigo del mal conservador, del mal católico, del mal hombre.

El redactor del *Independiente* nos dice que la compasión es el único sentimiento que le inspiramos ó podemos inspirarle, pues nuestro carácter débil nos ha hecho apostatar de nuestra fe religiosa y política, á punto de llevar la servilidad para complacer á nuestros nuevos patrones, á una raya en que solo los tránsfugas llegan en su anhelo de ser bien comprendidos y pagados.

Todo esto es bonito, pero no es cierto. Ni el que es nuestro patrón se ha metido jamás en señalarnos la senda y el color de nuestros escritos, ni nosotros puesto nuestra pluma en condición de puñal de *bravo* italiano para herir á los que se nos señalaren como víctimas.

Jamás hemos sido más libres en nuestro modo de escribir que ahora, y ello es efecto de que el que puede mandarnos deja á nuestra conciencia todo el campo que ha menester para explayar sus juicios.

Por lo que hace á los demás perendengues que nos cuelga el señor Rodríguez, no tienen ni siquiera el mérito de la novedad. ¿Quién por perro que sea, no dice á su contrario que escribe por paga, por anhelo de conquistarse el aplauso de aquellos á quienes sirve, por necesidad de hallar por esa vía el lucro que no pudo encontrar por otra?

No nos conoce, en medio de conocernos tanto, el redactor del *Independiente*, porque, á conocernos siquiera un poco, sabría que si hay alguien que no ha mirado para nada su conveniencia es el que esto escribe. Y efectivamente, que si el interés nos hubiera dominado, no sería nuestra suerte objeto de lástima del señor Rodríguez, sino causa de su amistad y de sus consideraciones. El sistema utilitario es el que menos cuadra con nuestra naturaleza, rebelde á todo impulso de interés y dócil hasta el extremo de la flaqueza con todo lo que encierra sentimiento, amor, poesía, idealidad, ilusión celeste.

En cuanto al cambio del conservador en liberal jacobino, eso está bueno para el *Estandarte* y nó para un hombre que hace gala de profundizar el corazón humano y de compadecerse de las miserias que á él se apegan.

¿Cuándo hemos defendido doctrina ninguna jacobínica? ¿Cuándo hemos renegado de los principios sostenidos durante treinta y cinco años de prensa?

En lo único que hemos cambiado es en la estimación de los hombres, y ¿ni cómo podríamos permanecer fieles en este sentido, mirando á muchos de nuestros antiguos correligionarios á la luz de los hechos que ha venido á ponerlos en completa transparencia?

¿Qué son la mayor parte de los que se dicen hoy conservadores? Nada más que pobres sacristanes de un clero orgulloso y avasallador, que en sus luciferinas pretensiones quiere encadenar el carro de la república para que nos lleve derecho á la teocracia, ideal acariciado de cuantos hacen de la religión un negocio mundano.

¿Dónde están en el partido que sirve el *Independiente* los Portales, los Egaña, los Bellos, etc., etc.? ¿O serán como ellos esos infelices que van alumbrando en las procesiones y tocando la campanilla como monaguillos de orden?

Desengáñese el *Independiente*, el gran partido conservador chileno ha degenerado á punto de parecer una escrecencia espúrea de aquel gran bando en que militaron tantos corazones valientes y abnegados.

Si volvieran á la vida los viejos pelucones, de seguro que no reconocerían por sus hijos á los *pechoños* actuales, así como si Jesucristo y los apóstoles pudieran presentarse á los conciliábulos de Roma huirían espantados de ver cómo su purísima doctrina ha venido á parar en la imitación de los viejos fariseos y mercaderes del templo.

No es, pues, el haber cambiado el *Mercurio* de dueño lo que nos ha hecho variar en este punto, pues en 1874, cuando nuestro diario pertenecía á uno de los más elevados prohombres del conservantismo, sostuvimos con el *Estandarte* una polémica no menos viva que la que sostenemos con el *Independiente.*

Por lo que hace á los consejos que el colega nos propina, no tenemos para qué decirle que no los necesitamos, aunque el refrán dice que más vale del enemigo que del amigo el consejo.

En fin, como el *Heraldo* de Cochabamba, cuyo artículo en contra nuestra se apresuró á transcribir el *Independiente*, nos dice cuanto pudo decirnos el señor Rodríguez, nos parece muy oportuno contestar al bellaco que nos dirigió esa batahola de ofensas, que aceptamos todas las que nos dirige, inclusa la de mulato, menos la de haber nacido en Sucre ni en ningún otro punto de Bolivia.

Si fuéramos bolivianos, estaríamos á estas horas llorando los males y las vergüenzas de la patria; mas como somos chilenos, reímos de los bribones que en su jactanciosa temeridad han querido hacer de Bolivia un rival de Chile.

poder dejar á su familia un pan seguro, sin llevarse á la sepultura ni distinciones, ni honores, ni siquiera el contento de haber sido comprendido y apreciado en lo que valía.

¿Tendrá una lápida su sepultura?

¡Quién sabe! Mientras tanto su recuerdo vivirá en la memoria de los que, como nosotros, le amamos como buen amigo y colega de prensa.

¡Qué Dios le haya dado la felicidad que no le dieron los hombres!



El general Mitre

Las cariñosas atenciones de que ha sido justamente objeto el general Mitre en Santiago y Valparaíso son una prueba palpable, no sólo de que en el pecho de los chilenos existe muy viva la memoria del corazón, sino de que las susceptibilidades del amor propio nacional no dejan, como sucede en otros países hermanos, el espeso y amargo sedimento del rencor ó de la antipatía invencibles.

El general Mitre ha sido recibido como un hermano que después de larga ausencia vuelve á su hogar. Ni los años, ni las diversas situaciones porque han atravesado sus amigos han enfriado su afecto; por el contrario, lo han robustecido, probando así que saben amar y estimar á todo el que merece ser estimado y querido.

El que esto escribe conoció hace treinta y cuatro años al general Mitre. Era entonces redactor del *Comercio* de Valparaíso, diario liberal y que en poco tiempo alcanzó fama por los artículos de su redacción.

El escritor argentino, que apénas frisaba en los treinta años, era grave, serio, casi melancólico. Se conocía que lloraba la ausencia de la patria, y más todavía, las desgracias que la tiranía de Rosas hacía á ésta sufrir sin esperanzas de salvación.

Nada más atrayente que el trato del redactor del *Comercio*. Afable sin empalago, cortés sin amaneramiento, conocíase á la primera mirada que tenía el alma lírica, á la ma-

nera de Ercilla, es decir, que era capaz de realizar con su espada lo que escribía con su animada pluma.

En su estilo notábase soltura y elegancia, y en su lenguaje pocos de esos galicismos que en sus compatriotas, aun los más distinguidos en las letras, se han hecho proverbiales. Tenía por rival á Juan Carlos Gómez, polemista de increíble fuerza, así por la manera artificiosa de plantear las cuestiones, como por la habilidad, un tanto leguleya, de discutirlas. La prensa de Valparaíso ofreció en esos días un bonito espectáculo.

Por un lado veíase al redactor del *Comercio* defendiendo todas las doctrinas liberales en la esfera de la política, de la economía, de la sociabilidad y sin descender jamás de la altura en que desde el primer momento se había situado. Sus golpes no eran mortíferos, pero herían lo bastante para detener á su adversario. Disertador fácil y fecundo, complacíase en dejar correr la pluma al hilo de sus recuerdos; poeta, animaba sus disertaciones con esos toques de luz que hacen del estilo algo semejante á aquellos campos iluminados por las luciérnagas.

Por otro lado, veíase al *Mercurio* batallando con frases cortas, lapidarias, como si desdeñase las galas del buen decir en obsequio del sentido práctico de los habitantes de nuestro puerto. Los principios políticos de Gómez no eran todavía seguros. Parecía como que, arrepentido de sus primeras ideas, comenzaba á preferir las opuestas. Proclamada la candidatura Montt por la *Tribuna*, el *Mercurio* se decidió por ella sin ambages ni vacilaciones.

Mientras tanto, Mitre había pasado á redactar el *Progreso* y á combatir desde sus columnas al candidato oficial.

Como éramos sus adversarios, pues redactábamos la *Tribuna*, leíamos todos los días con la mayor atención los artículos de nuestra colega; y en verdad que admiramos más de una vez la donosura del estilo constantemente salpicado de las chispas abrillantadas de su poético ingenio.

Recordamos entre sus artículos uno que se titulaba «Las lágrimas de San Pedro» ¡Qué precioso artículo! Aun podría leerse todavía con gusto, pues á las más finas alusiones, se unía la amargura del desengaño expresadas en frases tan patéticas como cultas.

Para el redactor del *Progreso*, la causa de la libertad estaba perdida y entronizada la de la autocracia de la toga. «Envuelta en un sudario de plomo, decía, descansará para siempre, pero los que la lloran no dejarán de visitar su sepulcro con respeto».

Por fin, el proscrito dejó la pluma y el laúd para empuñar la espada. Lo que hizo como soldado de vuelta á su patria lo sabemos; mas lo que no todos saben es que una vez presidente de la Confederación comenzó la gran tarea de reconstruir las instituciones liberales derrumbadas por el tirano, abriendo de par en par todas las puertas que la mano de hierro del dictador salvaje había condenado para sumergir á su país en las tinieblas de la servidumbre y del oprobio.

El general Mitre continuó la obra de Rivadavia, pero despojándola de las utopías que la habían hecho irrealizable. El poeta fué, realmente, estadista. Atendió á la instrucción pública estragada por la esclavitud de veintidós años; devolvió al comercio extranjero sus antiguas franquicias; inició los trabajos de la corriente inmigratoria que fecunda los campos vastísimos de aquella república; aclimató las prácticas del gobierno libre, dando ejemplo de respeto á la opinión pública en todos sus actos; fomentó la literatura, creando periódicos y dando ocupación á cuantos se sentían con vocación á las letras.

Su gobierno fué la áncora de regeneración para la República Argentina, y esa áncora alumbrará siempre su recuerdo en las polvorosas páginas de la historia.

Por lo que hace á su política con Chile, el general Mitre hizo cuanto pudo por calmar las alarmas y las odiosidades

que más tarde emponzoñaron el corazón de los argentinos. Se le acusó de demasiado chileno, y esta acusación en un país tan susceptible como aquel, no dejó de acarrearle detractores y molestias.

Si su espíritu de conciliación hubiese prevalecido en las dos administraciones siguientes, la cuestión de límites no habría tomado el giro que tomó y que, por fortuna, supimos barajar á tiempo.

Vuelto á la vida privada, tornó á sus ocupaciones literarias. La *Nación* de Buenos Aires registra centenares de artículos notables debidos á su pluma. No contento con esto, se hizo historiador, y su historia del general Belgrano, según la opinión de los doctos en la materia, es un libro que haría honor á Prescott ó Wáshington Irving.

De manera, pues, que el general Mitre ha sido todo lo que puede ser un hombre en nuestros países americanos: militar, hombre de estado, historiador, periodista y poeta. Pero lo que más seduce en él es su amor á las letras que ha cultivado en la proscripción y en la buena fortuna con el mismo caluroso aliento.

Y esto es verdaderamente digno de llamar la atención y hacerle simpático á todos los corazones sensibles. Después de gustar los honores del poder supremo, que tanto malea y desvanece, es raro, muy raro que el individuo halle en la literatura campo apropiado á sus gustos y á su ambición.

¿Qué son las letras para el que ha visto cómo estas se prostituyen á veces y sirven de sustentante á la tiranía y al despotismo?

¿Qué son las satisfacciones del literato en comparación de las que experimentó como mandatario supremo de un pueblo?

¿Qué es la gloria literaria sino humo azulado que se desvanece en un suspiro, en cotejo de esa gloria que da la espada vencedora?

Pues el general Mitre ha preferido á todas esas glorias la que hacía decir á Lamartine en el descenso de su vida y de su fama: «*Et après tout la plume vaut plus que l'argent et que l'empire*».

Saludamos, pues, en él no sólo al antiguo huésped que honró nuestro hogar con su talento, sino al literato que, fiel á los sentimientos de su alma lírica, viene en el ocaso de su vida á recorrer nuestros campos en busca de algunas reliquias con que enriquecer la historia de su patria y de la nuestra.

Los que nos odian allende los Andes, ¿qué dirán de esto? ¿Nos harán siquiera la justicia de creer que al abrir los brazos al general Mitre cumplimos con un deber del corazón, y no con una fórmula de la vanidad mal disfrazada por la cortesía?

Sentiríamos que tal cosa creyeran, y lo sentiríamos tanto más, cuanto que nuestro corazón no abriga hoy sino cordialidad para con la República Argentina.



El 21 de Mayo

Hoy es el aniversario del día de más gloria y de más luto para Chile.

El combate de nuestra débil y vieja corbeta *Esmeralda* con el poderoso monitor peruano *Huáscar*, fué un combate homérico. Todo allí tuvo el color y la forma del heroísmo antiguo: ímpetu gigantesco, audacia titánica, desprecio de la vida el más sublime. Y todos estos prodigios que la historia de la marina del mundo conservará para siempre en sus anales, fueron obras del patriotismo, de este patriotismo sin límites que ha hecho de nuestro país el primer pueblo de la América latina.

Prat fué la encarnación del amor á Chile elevado hasta el delirio, y sus compañeros en inmortalidad siguieron como satélites al astro que en el horizonte de la patria en peligro se levantaba para iluminarla ydirigirla con sus rayos.

A medida que los años pasan, mas grandes aparecen las figuras de aquellos héroes.

El tiempo que deslustra las glorias embusteras y borra los recuerdos de gratitud ó respetos fingidos, abrillanta más y más con su paso el verdadero heroísmo.

Esta ley inflexible de la naturaleza se ha cumplido al pie de la letra con los mártires de aquella inmortal jornada. Y lo más dulce para todo corazón chileno es que la grandeza del comandante de la *Esmeralda* y de sus ilustres

compañeros, lejos de excitar rivalidades pequeñas pero naturales en la puntillosa de la carrera de las armas, ha servido para estimular el valor, la abnegación y cuantas virtudes componen ese sentimiento complejo é indescriptible que se llama amor á la patria.

Después de la inmolación de Iquique, ¿qué marino, qué militar de tierra, qué soldado, qué ciudadano no juraron morir mil veces antes que rendirse al enemigo?

Y ese juramento lo hemos visto sellado con la sangre de millares de jóvenes que, abandonando los goces más tentadores de la vida, corrieron á tomar un fusil para defender hasta la muerte la sagrada bandera de Chile.

En todas las batallas contra los aliados lo que ha vencido no es el valor, ni la ciencia, ni la disciplina: es el patriotismo sin igual de los hijos de esta tierra.

Esta verdad es ya proverbial hasta en concepto de nuestros enemigos; y como alienta y enaltece las virtudes cívicas que fecundan el ancho campo de nuestra existencia nacional, es fuerza difundirla y robustecerla con el aplauso á fin de que llegue hasta los últimos confines del mundo.

¿Qué sería de Chile si sus hijos no hubiesen sido agraciados por la Providencia con ese inefable don?

¿Habríamos podido realizar todas las conquistas que en la esfera del trabajo moral y material hemos logrado en el corto espacio de nuestra vida libre?

Sin tener los tesoros de Méjico ni del Perú; sin contar con la extensión de tierra en que se ahogan nuestros vecinos allende los Andes; sin los recursos naturales que á muchos otros pueblos de nuestro origen favorecen estérilmente, nuestro Chile se ha levantado hasta una altura que llama necesariamente la atención de Europa y de la gran República del Norte.

En las tareas de la paz ¿qué nación sud-americana ha ido, no decimos tan lejos, por igual camino?

En Copiapó resonó, primero que en parte alguna de

nuestra América, el eco ronco de la locomotora; el telégrafo también nos lisonjeó con sus silenciosas comunicaciones ante que á ninguno de los países hermanos. En instituciones políticas tenemos una constitución, que si no perfecta, porque no hay obra de este género que lo sea, es un monumento que honrará siempre la memoria de los grandes estadistas que la trabajaron. Nuestros códigos ahí están asimismo patentizando, no sólo la cultura intelectual de la nación para quien fueron escritos, sino las elevadas miras de los que han manejado el timón de los negocios públicos.

«Ninguna nación sud-americana, decía hace poco la *Independencia Belga*, ha ido tan lejos como Chile en instrucción pública. Admira, verdaderamente, que un país de escasos recursos, de reciente data en la vida de los pueblos libres, haya podido de un salto colocarse inmediatamente detrás de nosotros, y sin que para ello le haya sido necesario pasar por crisis dolorosas y hasta cierto punto indispensable dentro de la lógica de los progresos humanos».

Y así ha sido en efecto: hemos progresado á pasos gigantescos y sin demostrar un solo síntoma de perturbación en el orbe establecido; hemos aclimatado instituciones que podríamos llamar exóticas, y nuestro suelo, fecundo para toda buena semilla, las ha recibido y fomentado como propias. Hemos, por fin, obtenido cuanto podíamos desear, atendida nuestra situación, en orden á adelantos morales, políticos, económicos y sociales, y nada de todo ello nos ha costado un desengaño, un remordimiento.

Viene la guerra, y nuestro pueblo, que no conocía más armas que el arado y el combo, se estremece de horror ante el espectáculo de la patria suspendiendo sus pacíficas labores para entrar de lleno en la vida de las aventuras bélicas. ¿Qué va á ser de Chile, exclama, sin el trabajo de sus hijos? Un momento después, á esta repugnancia por la guerra sucede el entusiasmo, que, inflamándose á medida

de las provocaciones de nuestros adversarios, concluyó por hacerse una pasión irresistible de gloria.

Los triunfos alcanzados por nuestra marina y nuestro ejército lo han ya relevado á todos los vientos.

Entre tanto, es preciso recordar, y recordar con lágrimas en los ojos, á los que primero se inmolaron por la patria eclipsando con su denuedo antiguo á cuantas leyendas ha ideado el amor propio nacional para eternizar á sus héroes.

Hoy, pues, debemos bendecir los nombres de Prat, Serrano, Uribe, Riquelme, Aldea, etc., etc., y al demandar para ellos á Dios el premio debido á sus sacrificios, hacer el juramento de imitarlos, ya que no en sus hazañas, en su amor á Chile, que fué el alma de su gloria, y es lo único que puede mantenernos firmes en el camino de la vida.



Don Domingo Arteaga Alemparte

Las letras, la política, la sociedad acaban de sufrir una gran pérdida con la súbita muerte del honorable diputado don Domingo Arteaga Alemparte.

Como literato, su reputación es una de las sólidamente establecidas. Consagrado desde su más tierna juventud al estudio, la esfera de sus ideas era muy dilatada, como lo acreditan sus estimables producciones, en las cuales puede el hombre de letras ver sin dificultad una sucesión no interrumpida de adelantos en el fondo y en la forma.

Cuando era apenas un adolescente, compuso versos, mas á pesar de abrigar alma perfectamente lírica, la poesía no hizo otra cosa que enderezar su inclinación llevándolo á otro género de trabajo más en armonía con su espíritu indagador á la vez que práctico.

A los veinticinco años Domingo Arteaga Alemparte era un prosista de nota. Tenía principios literarios, doctrina artística, vastas y bien meditadas lecturas, y sobre todo, una cosa que no se aprende, ni se enseña, ni se comunica por el ejemplo: gusto ático.

Más de una vez el que esto escribe, viejo adorador de las letras, leyó con verdadero placer algunas páginas que, leídas de nuevo, no han dejado de causarle cierta satisfacción muy parecida á la que experimenta el gastrónomo al volver á gustar un plato delicado.

¡Qué lenguaje tan culto, tan galano, tan dulcemente flexible hay allí en esos primeros ensayos con que el joven literato daba expansión á su alma! Su estilo, sin tener lo que los retóricos llaman grandilocuencia, era vibrante, patético, sonoro, reflejando las ideas á que daba forma.

El estudio de los clásicos españoles había ido purificando su retórica á punto de que en sus escritos de estos últimos tiempos la crítica más severa no habría podido pillarle en faltas. Y lo admirable para nosotros es que jamás pretendió los honores de purista, ni imitó á aquellos que, para probar que conocen los grandes escritores españoles, embuten frases enteras de los hablistas del Siglo de Oro en su desaliñada y á veces bárbara prosa.

Esto se debe, á nuestro juicio, á que Arteaga Alemparte, estimando como el que más el estudio de los clásicos, supo desde temprano dar á sus ideas el corte que les correspondía. ¿Hay nada más repugnante que copiar, por ejemplo, á Cervántes, Quevedo, Mariana, etc., en escritos que ni por su índole, ni oportunidades, ni objeto toleran ese disfraz tan bello pero inadecuado?

Es preciso notar bien esto para apreciar en su justo valor el mérito de que venimos hablando. Nadie mejor que Arteaga Alemparte habría podido lucir su trato íntimo y continuo con los grandes maestros del habla castellana; los había leído y releído con esmero, con deleite; mas no por eso dejó de comprender que el estilo y principalmente el lenguaje deben amoldarse al tiempo, que en su vertiginosa carrera arrastra con todo lo que toca.

Sintetizando ahora lo que hemos dicho y diríamos si pudiésemos disponer de tiempo y de salud, don Domingo Arteaga Alemparte fué como literato una de nuestras escasas y primeras notabilidades. Sus escritos acreditan vastísimas lecturas, madurez de juicio ejercitado en las grandes luchas de la meditación y, sobre todo, una delicadeza de expresión en que se está viendo que su alma era tierna,

elevada, sincera y robusta; una alma empapada en el lirismo Lamartiniano á un tiempo que nutrida en las más austeras doctrinas de la buena poesía.

Por lo que hace á la política, negro caos que envuelve muchos talentos de primer orden, su vida fué todo amor á la libertad, al progreso, al derecho, y sin que en ninguna ocasión se le viese patrocinar ideas de violencia, de desorden, de cólera.

Respetó siempre el talento y la virtud hasta en sus enemigos. Afiliado á un partido que no ha brillado nunca por su moderación, sus escritos y sus discursos en la cámara y en los clubs son un testimonio elocuente de que sabía tener un credo político sin hacerse reo de las culpas que generalmente se cometen para acreditar lealtad y entusiasmo cívico.

Nadie le acusó nunca de meter las manos en indecentes cambullones, de hacerse el instrumento de cábalas de partido. Por el contrario se le creyó y se le creerá siempre hombre recto, digno, puro, incapaz, en una palabra, de olvidarse por un instante de los sentimientos de honor tradicionales en su respetable familia.

Tal era el hombre á quien la muerte nos ha arrebatado cuando menos lo esperábamos.

Santiago debe estar de luto. No se pierde así no más un espíritu y un corazón tan escogidos.

Para nosotros que le conocimos íntimamente desde la infancia; que le seguimos con cariñosa atención desde que abandonó las aulas del Instituto Nacional, la vida de Domingo Arteaga Alemparte ha sido hermosa como esos espléndidos días de primavera que en lo mejor de su radiante claridad se pierden en la noche.

Cuando se medita que un hombre como él, á quien todo sonreía, á quien amaban y respetaban todos los buenos, baja á la tumba llevando la desolación y el espanto al corazón de su padre y de una madre que tal vez no resistirán

á este golpe; cuando se piensa que ni la ciencia, ni el cariño, ni las lágrimas, ni las preces pueden nada ante la inexorable guadaña de la muerte, fuerza es humillar la frente en el polvo y decir: «He ahí la mano de Dios; ella sabrá lo que hace».



La señora doña Carmen Gana de Blanco Encalada

La muerte que en pocos días nos ha arrebatado muchas existencias queridas, ha herido antes de ayer el respetable hogar del almirante Blanco Encalada en la persona ilustre que todavía le daba vida. La señora doña Carmen Gana era por mil títulos una matrona digna de la más respetuosa simpatía.

Bella, de maneras encantadoras, modelo de urbanidad y gentileza, espiritual é instruída, su sociedad en sus buenos tiempos de juventud, fué una verdadera escuela de finura y buen gusto. Viajeros distinguidos han consignado en sus memorias la agradable impresión que les causara encontrar en una sociedad de América una señora tan graciosamente amable y tan al cabo de los usos de la más alta sociedad europea.

A este mérito, que consideramos muy grande por cuanto encierra servicios prestados á la cultura del país, hay que agregar un conjunto de prendas del alma que la hacían amar y respetar de cuantos la trataban.

Esposa del Almirante Blanco Encalada cuando apenas tenía dieciocho años, puede decirse que su vida pertenece á la historia patria desde la época en que el ilustre marino comenzó la carrera de sus glorias.

«Carmen, solía decir él con acento impregnado en la más dulce ternura, ha sido en todas ocasiones mi ángel guardián». Y efectivamente, aquella mujer en apariencia ajena

á las elucubraciones de la política, contraria, como todas las de su índole, á las grandes empresas militares, fué siempre para su esposo un consejo oportuno, una voz de entusiasmo y aliento.

En los instantes más críticos, como por ejemplo cuando el almirante era intendente de Valparaíso, fué su idolatrada compañera un guía certero y generoso.

Mujer de carácter en medio de su infantil delicadeza, sabía valorizar lo que importaban la energía y la audacia amalgamadas con la blandura y la circunspección. Tolerante con todas las opiniones hasta parecer indiferente á todas las causas políticas, sus advertencias, sus solicitudes se inclinaron siempre del lado de la misericordia. Valparaíso sabe que á la señora doña Carmen Gana se debió en gran parte la magnanimidad de los procedimientos del almirante Blanco después de los sucesos que habían puesto en peligro su vida y la seguridad pública.

¿A cuántos de esos que la policía buscaba para poner á buen recaudo no llegó una misiva anónima á fin de que evitasen á la autoridad el dolor de cumplir las severas órdenes del gobierno? Pues quien así procedía y quien con igual delicadeza enviaba socorros á los que gemían encarcelados ó escondidos, era la esposa del intendente, la elegante dama que en sus salones parecía solo ocupada de complacer y agradar á sus visitantes.

Cuando el almirante Blanco fué á Europa á desempeñar el cargo de ministro plenipotenciario, su hogar fué el punto de reunión, no sólo de los americanos que viajaban por gusto ó por libertarse de las persecuciones políticas, sino de los hombres más distinguidos en las letras, las armas y la diplomacia.

Drouin de Lhuys, el mariscal Magnan, Jerónimo Bonaparte, la princesa Matilde, monseñor Sachetti, etc., etc., eran asistentes asiduos al palacio del ministro de Chile, donde encontraban, según la expresión de Martínez de la

Rosa, que también perteneció á este número en el primer viaje de la familia Blanco Encalada, todos los encantos de la joven América unidos al refinamiento de la vieja sociedad de Europa.

Muerto el almirante, la viuda cayó en mortal postración de espíritu y de cuerpo. ¿Para qué quería vivir no teniendo ya á su lado al hombre á quien había acompañado desde el oriente de su fortuna y de su gloria hasta el ocaso de su larga y bienhechora vida?

Morir era para ella volver á ver á su marido, á su compañero, al sér que le había llenado de consideraciones y de goces, y que le habría de seguro dado un trono si lo hubiera podido.

La muerte, pues, ha sido misericordiosa con la noble viuda del almirante Blanco Encalada; y si bien es preciso agradecerle por ella su horroroso favor, hay que lamentar por sus hijos, entre los que se cuenta el que esto escribe, la triste orfandad en que quedan.

Guizot decía hablando de la muerte de madama de Récamier: «Ha muerto la última representante que nos quedaba de la Francia del buen gusto».

Análoga cosa diremos nosotros, agregando que la señora doña Carmen Gana de Blanco Encalada reunió á los dotes que distinguieron á madama de Récamier, las de la matrona chilena, que es toda amor para los suyos, toda misericordia para los desgraciados, y toda sacrificio para la patria.

Sus hijos al llorarla eternamente, no harán sino llorar una pérdida irreparable!

¡Qué Dios dulcifique sus lágrimas!



Un hermoso libro

Dos plumas magistrales se han ocupado en emitir juicio crítico sobre la *Historia de la campaña del Perú en* 1838, obra del señor don Gonzalo Bulnes.

Esta circunstancia, unida á nuestra incompetencia para juzgar debidamente un libro de esta naturaleza, debería imponernos, aun sintiendo el mayor deseo de decir algo, el más respetuoso silencio.

Pero si esta consideración no es poderosa, hay otra que nos manda desatenderla, y que desatendemos, si bien con escrúpulos, con la certidumbre de llenar un deber literario tanto más sagrado cuanto que nos encontramos al frente de la redacción de un diario como el *Mercurio*.

El señor Vicuña Mackenna, que es la autoridad en historia americana, no titubea en concluír su artículo con estas palabras:

«Sin querer arrogarnos el título de augures, ni siquiera el de los comedidos ujieres de palacio que anunciaban antes los augustos advenimientos de la corte á los cortesanos, no vacilamos en asomarnos al balcón del porvenir y aunciar al país que desde hoy tiene un historiador más que hará revivir un nombre ilust e, asociando el suyo, hoy en ciernes, á las glorificaciones inmortales y á las justicias de su época».

En efecto, el señor Bulnes ha acometido y realizado una

empresa literaria que desde luego le ha puesto al nivel de nuestros historiadores contemporáneos.

La campaña de 1838 fué realmente una epopeya digna de la más encumbrada poesía.

Todo lo que se ha menester para el canto épico hubo allí, y en proporciones tan vastas como la fantasía del poeta. Intrepidez heroica, abnegación sublime, magnanimidad antigua tuvieron en cada uno de sus actores un fiel y verdadero representante. Y como si este no fuese todavía suficiente, una serie interminable de incidentes homéricos vino á completar ese grandioso cuadro.

Un puñado de chilenos desbaratando, como por vía de magia la confederación Perú- Boliviana, obra quizás la más memorable de cuantas han creado en nuestro continente las manos del despotismo organizador, es y será siempre un hecho asombroso, así por su importancia intrínseca, como por las consecuencias que de él fluyeron y cambiaron la condición de tres repúblicas las más importantes del Pacífico.

No queremos averiguar si la razón de estado ó motivos muy poderosos de justicia fueron los que inclinaron al gobierno de Chile á llevar la guerra al Perú, ni si es realmente correcto desligar por medio de un *distingo* capcioso lo que era guerra á la nación peruana y lo que era guerra á su jefe instituído y reconocido como su protector. Lo que queremos únicamente es asentar el hecho para confrontarlo con los medios que hubo necesidad de emplear para realizarlo y estudiar si ellos debieron producir el resultado que tanto enalteció el crédito de Chile.

Las victorias de Guías, de Matucana, de Buin, de Yungay, ¿dijeron á las esperanzas y á los sacrificios hechos para armar y conducir esa cruzada redentora, ó fueron todas ellas el fruto de milagrosa protección del cielo? Basta comparar el número de los combatientes y las circunstancias que respectivamente asumían para creer lo último.

Para Santa Cruz todo era favorable, para el capitán chileno todo adverso. A doce mil soldados, en gran parte aguerridos, ufanos de sus pasados triunfos, sedientos de gloria, dueños del país y hasta del corazón de las mujeres, que son en donde quiera la estrella del triunfo, ¿cómo pudo creerse jamás que cuatro mil y tantos hombres, entre los cuales la mitad eran reclutas, pudiesen arrollar de trinchera en trinchera hasta arrancarles el cetro que su señor había depositado en sus manos?

Pues bien: eso que no puede creerse nunca, porque el mismo héroe de esa legendaria epopeya debió dudar de sí mismo y de la potencia de sus soldados ante tan desiguales condiciones, se realizó al pie de la letra y por una serie de victorias á cual más hermosa y sorprendente.

Y no fué solo triunfar de un despota despedazando hasta el último tablón del teatro en que representaba su sangrienta farsa, lo que hizo Chile por el brazo de sus hijos. Hizo más que esto: dejó al Perú bajo la salvaguardia de leyes protectoras que le permitirían reconstituirse en nación libre é independiente. La sangre, las lágrimas, las agonías de esa terrible lucha no deben imputarse á Chile: fué Santa Cruz su autor, que, creyéndose el Napoleón americano, llevó las hordas belicosas de las sierras de su patria á cimentar en un país amigo y lleno de gloriosas tradiciones el poder más monstruoso que idear pudo en un vértigo de ambición la fantasía de un caudillo cholo.

El libro del señor Bulnes tenía, pues, para ser digno del asunto, que principiar por un estudio social y político de la situación de las dos repúblicas y concluír, como la tragedia griega, con el coro de los triunfadores.

Y esto es precisamente lo que hace su autor en un volumen de cuatrocientas y tantas páginas, escritas las más, casi todas diremos mejor, con un acopio de datos, meditación y filosofía verdaderamente dignos de todo elogio.

El señor Vicuña Mackenna, reconociendo esto mismo,

observa, sin embargo, que el joven historiador no ha hecho una obra irreprochable ni en el fondo ni en la forma.

¿Y cómo tampoco habría podido hacerla?

El argumento era demasiado grande y pedía un lienzo muy vasto.

De aquí que en su conjunto se noten esos defectos que marca el señor Vicuña y que en realidad no vemos cómo hubiera podido evitarlos el mismo grande escritor que lo censura.

No es dable siempre al historiador, por muy maestro que sea, hacer un cuadro en que la perspectiva y los personajes guarden armonía perfecta. Horacio Vernet para hacer callar á sus críticos que le reprochaban falta de unidad y de gusto en su gran lienzo de *La batalla de Isly*, no hizo más que llevarlos delante de la pintura criticada y decirles sonriendo:—«Y bien: *¿con todo esto* créeis que era posible hacer mejor»?

Es verdad que en la narración de algunos acontecimientos podía el señor Bulnes haber sido más breve y conciso, lo cual le habría servido para romper la uniformidad del tono que en algunos pasajes debilita la descripción.

También es verdad que en los retratos de los personajes, no pudiendo miniaturar como Lamartine, debió emplear grandes toques de pincel, que tienen la ventaja de dar relieve á la figura y permitir que se la contemple desdelejos sin perder nada de sus facciones principales.

Cierto es todavía que en la descripción de las batallas, no se siente la mano del escritor que más bien esculpe que escribe; pero esto es muy natural desde que solo los historiadores militares son capaces de ello.

Hemos leído muchas descripciones de la batalla de Bailén, y solo una nos ha dejado satisfechos, y es la que hace el general Foy en su *Guerra de la Península*. La misma batalla de Waterloo, que tantos y tantos historiadores han descrito, es un verdadero enredo en manos de Chateau-

briand, un paisaje brumoso é incorrecto en las de Lamartine, y una empanada indigestísima en la pluma de un historiador español que pasa, y no sin razón, por un historiador español notable.

No debe, pues, exigirse al autor de la *Historia de la Campaña del Peru* lo que nadie ha exigido ni de Diego Barros Arana, que es el Salustio chileno, ni de Amunátegui que es el Quinto Curcio, ni del mismo señor Vicuña Mackenna, que pasa por el Thiers y Ponson du Terrail á la vez de la historia americana.

Respecto al capítulo que consagra á la vida del general Bulnes su ilustre padre, somos de la misma opinión del señor Vicuña. Hay allí verdad en el retrato del héroe, narración animada de sus hechos y sobre todo cierto entusiasmo tierno y delicado que no pueden menos de conmover al hombre menos sensible.

Se ha dicho que el *Memorial de Santa Elena* es un largo alegato indigno de Napoleón, pero se ha dicho también que hay allí páginas eternas como la gloria de la mano que las trazó. Napoleón historiador de Napoleón es admirable; Napoleón historiado por el Conde de Las Cases es pesado, pequeño, hasta ridículo.

Recordando esto, no titubeamos en decir que el héroe de Yungay no ha podido tener mejor historiador que su propio hijo. Y por esto mismo nos permitiremos la franqueza de reprochar á éste el esmero con que ha corregido el lenguaje y la ortografía de las cartas del general.

Los héroes deben verse tales cuales son; el afeite los desfigura y achica. El mariscal de Richelieu no sabía ortografía, y sus cartas tienen todo el picante del soldado y del seductor de oficio.

Francisco I, importador de las artes en Francia y protector de literatos y poetas escribía mal, muy mal; pero al través de su mal estilo y desaliñado lenguaje, se divisa el espíritu y el corazón del gran vencido de Pavía.

Más interés despierta, dice un crítico, la estampa de la mano ensangrentada de Bayaceto en el pergamino en que así firmó las paces con su enemigo, que el que despertaría su nombre y apellido trazado por ajeno puño.

No vemos, pues, por qué el biógrafo del general Bulnes no quiso dejar tales como fueron escritas esas epístolas en que, á pesar de todo, brillan su inteligencia clarísima, su sagacidad exquisita y la ternura de sus sentimientos.

En cambio de éstos que apenas si merecen el nombre de lunares, el joven historiador esparce luz sobre acontecimientos que la ingratitud y la ignorancia han ido de consuno relegando al olvido. Y esta luz no viene solo á alumbrar al protagonista sino á todos los que le hicieron compañía en ese grandioso drama.

No hay figura medianamente notable que no tenga en este libro su hogar correspondiente, su fisonomía propia; hasta los mismos enemigos son apreciados con imparcialidad y aun enaltecidos en proporción de sus prendas y de sus méritos.

Por lo que toca á la filosofía que debe presidir á toda historia de esta magnitud, creemos que no puede llevarse más lejos la cordura que aprecia los sucesos y los hombres en lo que ellos valen, y el entusiasmo que alternativamente premia y castiga los hechos generosos y los hechos indignos.

Sobre todo, lo que á nuestro sentir más complace en esta obra es la madurez del juicio en las apreciaciones políticas. No se ve nada de exageración, nada de esos relumbrones que afean generalmente los escritos de nuestro tiempo. Ideas administrativas justas, principios elevados, doctrinas sanas, y más que todo buen sentido, lucen allí desde la primera hasta la última página.

De modo que al trabajo de ejecución, que es muy notable en un libro que abraza una época histórica casi inexplorada y por su carácter peculiar una de las más dramáticas

de nuestro pasado, hay que añadir ese otro trabajo que no puede medirse y que se llama trabajo de especulación filosófica.

Escribir para hacer pensar es hoy un mérito muy grande, porque la frivolidad se ha apoderado de los espíritus, así como las ligerezas del sentimiento han venido á reemplazar en el corazón á las grandes pasiones. Ahora, si el escritor no sólo sabe hacer pensar á sus lectores sino llevarlos á otra esfera más alta que la muy pequeña en que nos rebullimos, la tarea es más meritoria bajo todo aspecto.

¿Y qué otra cosa ha hecho el señor Bulnes con su libro sino instruírnos en los secretos más íntimos de la política de Chile y del Perú, embelesarnos con la narración de tantos hechos heroicos, y hacernos, por último, asistir á la glorificación de la patria en los altares de la conciencia?

Quisiéramos poder consagrar algunos momentos más al estudio de la *Historia de la campaña del Perú;* pero ya que no nos es posible darnos este gusto, que á lo menos se nos permita sintetizar nuestro pensamiento respecto de una obra que está llamada á vivir y hacer vivir á su autor, ya bastante notable por sus antecedentes y el venerable y simpático nombre que lleva.

El libro del señor Bulnes es una historia que se recomienda por los grandes acontecimientos que abraza y que están referidos con verdad, juzgados con rectitud y exornados con gracias de estilo y de imaginación muy poco comunes. En el momento presente su lectura es enseñanza y aliento. Entumecido el patriotismo por el frío glacial de los intereses materiales, no podrá menos que esparcirse y enardecerse con la descripción de hazañas empapadas en el fuego del romance heroico. Desconcertada la frivolidad por el pensamiento que se impone, jóvenes y viejos nos veremos forzados á pensar: aquéllos en el porvenir, y éstos en el pasado, que es consuelo, lección y remordimiento.

Por fin, la literatura chilena reclamará esta obra como uno de sus mejores timbres, la conservará en sus anales, y el pueblo que ama lo maravilloso tendrá en ella solaz y aprendizaje de las virtudes que lo elevan y lo dignifican.



La señora doña Victoria Prieto de Larrain

El sábado á las tres y media de la tarde ha dejado de existir en Santiago la señora doña Victoria Prieto de Larraín.

Aun prescindiendo de los antecedentes de familia que la hacían en extremo respetable y simpática, su amable carácter, distinguida educación y virtudes cristianas, sobre todo, la colocaron desde que apareció en la escena del mundo en una posición por mil títulos envidiable.

La señora Prieto de Larraín tenía todo lo que hace amable la vida: consideraciones de la alta clase en que había nacido, amor entrañable de los suyos y veneración filial de las clases desheredadas, á las que llevó siempre con mano abierta pero oculta todos los consuelos de la caridad, de la verdadera caridad enseñada por Jesu-Cristo.

Muy pocas personas han podido descender al sepulcro con la satisfacción de haber llenado como ella sus deberes en este valle de lágrimas.

De la esposa tuvo la fidelidad sin mancha; de la madre, la inagotable ternura, y de la mujer, todas las prendas que constituyen el tipo acabado de su sexo.

¿Qué más podía tener y desear?

Sin embargo, ni el orgullo, ni la vanidad, ni siquiera el fausto propio de su rango vinieron nunca á oscurecer su espíritu. Veíasela siempre modesta y apacible como su con-

ciencia, llevando á todas las mansiones del dolor el alivio de la misericordia más evangélica. Para el niño ignorante tenía un acopio de santas enseñanzas; para la joven descarriada, alentadores y dulces consejos; para el anciano hastiado de la vida y de la miseria, pan, vestidos y oración, que es la suprema medicina del alma.

Cuando se presentan tipos como éste, el filósofo incrédulo y desencantado cree, admira y espera.

Y ¿cómo no creer, ni admirar, ni esperar, ante la evidencia de los hechos que proclaman muy alto la excelencia de la virtud, las victorias del alma sobre las mil y mil seducciones con que la naturaleza humana y la sociedad la persiguen á todas horas?

En estos días de escepticismo burlón, de desconcierto moral, de desquiciamiento de condiciones, de caos, en fin, en que se confunden en un mismo grito las blasfemias del pobre y los cantares del rico, las plegarias del justo y las maldiciones del réprobo; en estos días, decimos, la desaparición de un sér excepcional, como lo era en su clase la señora objeto de estas líneas, no puede menos que causar hondo sentimiento, el mismo pesar que experimenta en las regiones polares el infeliz viajero al ver eclipsarse el rayo de luz que por acaso vino á iluminar sus profundas tinieblas.

El tipo de la perfecta mujer cristiana se extingue poco á poco: las malas doctrinas, las pasiones, los deleites lo van haciendo desaparecer para reemplazarlo por otro que, si bien más seductor en apariencia, está muy lejos de igualarle, de parecérsele siquiera un poco.

Por lo que respecta á la urbanidad, al decoro, á ese trato distinguido, que los franceses llaman con mucha propiedad *de raza*, es también indudable que se ha experimentado una modificación que de seguro no nos favorece. Democratizada la buena sociedad hasta tomar de las clases inferiores el aire vulgar y á la vez pretencioso que generalmen-

te las caracteriza, ha dejado escapar el cetro del buen gusto, de la elegancia, del exquisito tono, sin reservarse siquiera la austeridad sencilla que podía hacerla siempre modelo digno de imitación para los rangos sociales que trabajan y vendrán al fin á ocupar su puesto.

El ideal, pues, de la matrona cristiana, tal como lo comprendemos lo realizaba á nuestros ojos la señora Victoria Prieto de Larraín. Y por esto es que á un tiempo que deploramos su pérdida en nombre de la clase menesterosa de que fué incansable bienhechora, la contamos como un luto eterno para la sociedad santiaguina, en cuyo seno ocupaba uno de los puestos más culminantes. A esto se agrega el recuerdo muy valioso de haber sido la hija única é idolatrada del general Prieto, cuyo nombre simbolizó una época las más brillante quizás de la historia de Chile.

Morir antes del término en que la vida se oscurece con las sombras de la vejez, es siempre triste para los que mueren y para los que contemplan esa muerte. Sí, triste, muy triste es abandonar el mundo cuando todavía no llega la noche de la vida, y mucho más si el que lo abandona es una creatura que desparrama el bien sin buscar aplausos ni recoger otra recompensa que la satisfacción purísima de haber cumplido con su conciencia.

Estamos ciertos de que hoy mismo han acompañado el carro mortuorio de la señora Prieto de Larraín mil desvalidos que llorando traicionarán el secreto por ella encargado de sus beneficios.

¿Qué mejor apoteosis de la virtud?

¿Qué mejor entrada para el templo de la inmortalidad?

Las lágrimas del pobre son la más elocuente inscripción sobre la tumba del rico.



En obsequio de la verdad

El *Independiente* dice ayer á su público que el súbito desvío operado en el *Mercurio* proviene de no hallarse al frente de la redacción su redactor habitual, don Manuel Blanco Cuartín, y por lo tanto, que las ideas emitidas en el artículo sobre formación de nuevo gabinete deben sólo estimarse como propias del colaborador ó redactor accidental de nuestro diario.

No vemos por qué nuestro apreciable colega del *Independiente* ha podido tomar como *desvío de opinión* el haber aplaudido la noticia que por desgracia ha salido falsa.

¿Es acaso el señor Varas un radical aliancista? ¿O porque fué el jefe del antiguo partido que combatieron los pelucones deben desconocerse los buenos servicios que ha prestado á la causa conservadora?

¿No ha leído el *Independiente* lo que dice del señor Varas la pequeña prensa roja?

Sobre todo ¿no recuerda cómo se portó ese señor en la cuestión de reforma constitucional, cómo acaba de conducirse en el asunto de los seminarios?

Para el *Mercurio*, que siempre ha sido *conservador laico*, no había, pues, ni podía haber inconsecuencia ninguna en elogiar al señor Varas, como lo hizo, y menos cuando se trataba de una medida que podía ser favorable á los intereses del pueblo, que son los que, ante todo, sirve.

Por otra parte, ¿qué *desvío de opinión* ha podido notar en el *Mercurio* nuestro querido colega, sabiendo que siempre hemos hecho justicia á cuantos creímos dignos de ella?

¿No leyó el *Independiente* nuestra artículo necrológico sobre el inolvidable don Pedro León Gallo? ¿No leyó tampoco el que consagramos á don Justo Arteaga Alemparte con motivo de su candidatura de diputado por Valparaíso? Luego, á todos los que creímos deber alentar y aplaudir, han sido alentados y aplaudidos por el *Mercurio*, qué ¿admiración ni extrañeza cabe entonces por el hecho sencillísimo de habernos mostrado contentos con la noticia que dimos?

Es efectivo que el redactor habitual del *Mercurio* ha estado y está aun enfermo, pero no lo es que el que se supone su sustituto ocupe su puesto... Más aún dado caso que tal hubiese sido ó fuere en adelante, las ideas del diario serían las mismas, porque sus editores no sufrirían nunca que se les hiciese decir y hacer lo que no querían.

También creemos que no tenía necesidad el *Independiente* de avisar á sus lectores que en ese *desvío de opinión* no tenía parte el directorio del partido conservador, pues el *Mercurio* no es propiedad de ningún partido sino de sus dueños, que, por la misericordia de Dios, si tienen una opinión política y la sostienen, no lo hacen cediendo á intereses y principios ajenos, sino á los suyos, nada más que á los suyos.

Creemos que con esto nuestro colega sabrá hacernos justicia y estimar en lo que vale el pobre pero sincero concurso que venimos prestando á la difusión de las buenas doctrinas y á la defensa de los intereses morales y materiales del país.

El general don Justo Arteaga

La muerte, que con implacable rigor había tronchado en el escaso término de dos años las preciosas existencias de Domingo y Justo Arteaga Alemparte, quiso el domingo completar su obra arrancando de improviso al ilustre anciano que daba todavía vida al desolado hogar con la sombra de su ternura y de su gloria.

Para el ejército, el fallecimiento del general Arteaga, es la desaparición, puede decirse así, del archivo de sus más gratas memorias.

Soldado desde el albor de nuestra independencia, su vida entera fué consagrada á los estudios militares en que realmente era doctísimo. Actor, si no principal y esplendente en las mejores jornadas que cuentan nuestros anales guerreros, su nombre fué siempre acatado, así por su pundonoroso carácter, que jamás desmintió en sus setenta y siete años, como por la inteligencia que, fresca hasta su última hora, le iluminó la senda del deber en su doble faz de ciudadano y de guerrero. De pocos de nuestros militares más conspicuos podría decirse lo que dirá mañana la historia de ese viejo, que semejante á la personificación del alma de la república, ha visto á ésta crecer, desarrollarse y llegar hasta la cima de ventura y nombradía en que se encuentra.

Hombre de bufete, sus obras, según la opinión de los entendidos en el arte de la guerra, reúnen todas las condicio-

nes que aseguran larga vida á las producciones del talento.

Hombre de disciplina, de organización, en todos los puestos que se le confiaban, bien al frente de oficinas como la comandancia general de armas, etc., ó bien á la cabeza de un ejército, tuvo el mérito de llevar á todas partes un poderoso contingente de orden y moralidad cuyos frutos fueron, no solo el acrecentamiento de su prestigio personal, sino el amor á la carrera de las armas en sus subordinados y el respeto consiguiente al honor militar, fuente de toda gloria y de todo heroísmo.

De manera que el general don Justo Arteaga, en medio de los dolores que tanto acibararon su lozana vejez, pudo repetirse envanecido lo que Espartero decía á sus amigos: «*He hecho por mi patria todo lo que pude; la muerte puede venir cuando quiera*».

Y la muerte vino efectivamente á poner fin al largo drama de su vida.

Demasiado cruel, no quiso herirle sin primero hacerle sentir dos veces su horrible golpe.

A la pérdida de su noble y buen hijo Domingo, el general opuso ánimo realmente estoico, pero en su estoicismo había mucho dolor reunido, mucha angustia sofocada, para que su corazón no desmintiese con sus lágrimas internas el valor del rostro.

Llega la hora fatal á Justo, que era lo único que le quedaba, y el anciano no pudo resistir más... Desde entonces no volvió la sonrisa á mostrarse en sus labios; sus ojos se anublaron, su frente se cubrió de mortal palidez; la muerte, en fin, se apoderó de su presa y como diciendo con infernal ironía: «*Tronchadas las más bellas ramas, me faltaba el tronco y lo despedazo*».

Tal ha sido, pues, el fin del ilustre general don Justo Arteaga, á quien el ejército consideraba como la más antigua y querida de sus reliquias, y la sociedad como á uno de sus más respetables ornamentos.

¿Qué nos toca hacer?—¿Llorarlo?—Nó, porque las lágrimas no son homenaje digno del que ha cumplido su misión sobre la tierra, dejando en las espinas del camino todo lo que el hombre de corazón y de espíritu puede dejar.

¿Qué hacer entonces? Recordar su vida, visitar su tumba, meditar en lo que ella encierra y pedir á Dios para el padre la eterna vida de la inmortalidad en compañía de sus hijos.



Don Pedro León Gallo

La muerte acaba de cegar con su inexorable guadaña una de las más hermosas y envidiables existencias en la persona del muy honorable senador don Pedro León Gallo.

Todas las cualidades que enaltecen la personalidad humana se habían reunido en su rica naturaleza para hacerle ejemplar y simpático.

Poseía todos los dones que la Providencia reparte á sus elegidos: talento claro y certero, instrucción sólida, probidad sin mancha, y sobre todo, un patriotismo elevado por su pureza y abnegacion hasta la altura del heroísmo antiguo.

La vida de don Pedro León Gallo no se extendió, sin embargo, hasta el límite que alcanza de ordinario la generalidad de los hombres; fué corta, por desgracia, en años, pero bien larga en sacrificios y merecimientos.

Hijo de una familia en que el honor es prenda hereditaria y el civismo una cualidad característica, vióscle desde la infancia practicar las virtudes tradicionales de su raza. Colegial, estudiaba, no para lucir y medrar más tarde, sino para poder algún día ser útil á su patria. El colegio es el primer teatro donde se exhibe el hombre.

Niño mezquino, rencilloso, servil, no será nunca buen ciudadano; el alma es como la rosa; se la conoce en capullo tan bien como cuando ha abierto su corola al sol.

Pedro León Gallo anunció, pues, desde estudiante lo que

habría de ser más tarde. Amábanle sus profesores y respetábanle sus condiscípulos. Aun conservan algunos de ellos el recuerdo de su temprana circunspección y anticipada energía.

Fuera del Instituto á los dieciocho años, su aparición no fué, con todo, la de un adolescente, sino la de un hombre. Nutrido de buenos estudios, conocedor de la literatura española antigua y moderna, su conversación, sin carecer de la impetuosidad propia de los cortos años, se distinguía por la rectitud del juicio, que fué en él andando el tiempo una de las más sobresalientes prendas de su espíritu.

A los veinte años comenzó su afición á la cosa pública, y de ello quedan muestras en algunos artículos que publicó en la *Tribuna* guardando cuidadosamente el incógnito. Aunque afiliado en el partido conservador, su pluma deja allí entrever cierto amor á la reforma que desde luego acusa una propensión muy marcada por las doctrinas radicales. Partidario entusiasta, se enardecía en la defensa de los hombres de su partido, pero sin dejar de reconocer en sus contrarios su perfecto derecho á ser respetados en sus personas y en sus opiniones. Si se le hubiera dicho que el triunfo del candidato conservador dependía del fraude, del cohecho ó de la violencia, no lo habría deseado; era demasiado puro para aceptar lo que en su alma no podía comprender: la vileza. Y la prueba de ello está en que no bien se hubo persuadido de los males que infería al país el régimen despótico de la administración, se separó de ella indignado y fué á ocultar en el retiro el remordimiento de haberla con tanta candidez amado y servido.

Llega el 5 de enero de 1859, en que el pueblo de Copiapó se levanta en armas contra el gobierno á los gritos de *¡abajo la tiranía! ¡Venga la asamblea constituyente!* Nadie más que Pedro León Gallo podía ser el caudillo de aquel pueblo. El prestigio de su nombre le arrastraba á desempeñar este dificilísimo papel.

¿Cómo no aceptarlo, cómo decir á un pueblo entero delirante de entusiasmo:—«No me elijáis por vuestro jefe, porque tengo una fortuna que conservar y una madre que me pedirá cuenta de las aflicciones con que voy á torturar su ancianidad y su ternura»?

A los pocos días de su proclamación, un ejército, compuesto todo de lo más florido de la juventud de las provincias de Atacama y Coquimbo, se hallaba organizado y dispuesto á verter hasta la última gota de sangre en defensa del derecho oprimido, de la libertad proscrita, de la familia chilena vilipendiada en sus mejores hijos.

¡Ah! jamás, jamás se borrará de nuestra memoria el recuerdo de ese día en que el pueblo de Santiago, saliendo del estupor que le embargaba por completo, se preguntaba con las lágrimas en los ojos si era verdad que el joven Pedro León Gallo corría con sus huestes improvisadas á dar batalla al poder, tan engreído con la ruina y la humillación de sus adversarios!

La victoria de Los Loros no fué creída hasta que el gobierno la publicó oficialmente.

¿Y cómo tampoco habría podido creerse que las tropas que se habían enviado para sofocar el movimiento revolucionario de Copiapó, que eran las mejores de nuestro ejército, fuesen derrotadas por un puñado de ciudadanos aun no repuestos de la larga caminata que acababan de verificar al través de un desierto y en la época del año en que los ardores del sol lo hacen más horroroso é inclemente?

Pedro León Gallo, vencedor de Silva Chávez, es más que Garibaldi derrotando al ejército del rey de Nápoles.

Garibaldi tenía á la Italia por suya, contaba con los tesoros de sus compatriotas y el aplauso del mundo entero. Gallo no podía echar mano para la obra de redención que se proponía más que de su propia fortuna, y ésta no podía bastar para empresa tan atrevida.

A esto se agrega que la fracción conservadora, que debía

apoyarle, se intimidó viéndole inscribir en sus banderas un lema que jamás había entrado en su programa.

No obstante, el genio y el valor del caudillo de Copiapó hicieron frente á todos estos obstáculos, y el país pudo ver en él á su vengador, mientras el gobierno, abismado por tanta audacia, no sabía si efectivamente había sonado la hora de su caída mediante la aparición de este nuevo David á quien el pueblo adornaba con todos los prestigios de la leyenda bíblica.

El entusiasmo político es la más contagiosa de las fiebres; y como todas las fiebres tienen su delirio particular, el de ésta fué ver en el joven y valiente adalid de la causa liberal una especie de prodigio del que podía guardarse todos sin prestarle auxilio de ninguna clase. Así dejamos que contrarrestase solo y con sus propios recursos el formidable choque de un ejército numeroso, al que se había hecho consentir que su misión excusaba todo miramiento y todo respeto á las leyes de la guerra. El coronel Villalón decía públicamente que traía las *estacas* del Gallo que con tanta insolencia se presentaba batiendo las alas y cantando en medio de la *cancha*, circundada por tantas bayonetas y tantísimos sables y cañones.

Mientras tanto, el pánico cundía entre las filas de los gobiernistas, y á las amenazas de exterminio se agregaban los planes de compra ó seducción, que siempre han figurado en primera línea entre los recursos estratégicos de nuestras guerras.

¿Por qué no podría venderse el prusiano director ó comandante de la Artillería del ejército revolucionario, cuando al mismo general Cruz, que era el ídolo del ejército, se le había arrebatado por una intriga semejante el hombre en quien más fe y amistad tuviera?

Al paso, pues, que se acopiaban todos los elementos de guerra de que podía hacerse uso, fraguábanse en la Moneda planes que, según repetían los mismos interesados en

negarlo, iban á economizar mucha sangre preciosa y muchas lágrimas de duelo.

La batalla de Cerro Grande fué el fruto de esta maquiavélica combinación.

Traicionado Gallo por los hombres que más obligación tenían de serle fieles, se comprende y explica perfectamente su derrota. Mas lo que no puede comprenderse ni explicarse sin conocer profundamente la generosidad de su carácter, es la magnanimidad que usó con los traidores, dejándolos, en el momento mismo en que la más cruel venganza era excusable, abandonados al remordimiento de su culpa.

El paso de los Andes fué para el héroe de Los Loros un calvario. Llevaba consigo el dolor de la pérdida de sus esperanzas, que eran la libertad de la patria, el sentimiento del abandono del hogar donde quedaba una madre afligida, y el adiós postrero de sus amigos muertos en el campo de batalla.

Jamás esas eternas montañas habían presenciado igual espectáculo. Los derrotados de Cerro Grande no eran soldados que lloran solo por lo que llaman el *honor militar;* eran ciudadanos que habían empuñado el fusil únicamente por defender la libertad, que no paga pre, ni da medallas, ni manifiesta su gratitud con otros premios que la inmortalidad en los cruentos anales de su martirologio. Gallo llegó á la República Argentina sin más ropa que la que llevaba puesta; el escaso dinero que tenía al emprender la fuga lo había repartido entre sus amigos.

Trasladado á Europa, su vida fué toda estudio. Extendió sus lecturas, maduró sus doctrinas con la meditación constante de las instituciones de los pueblos que recorría, y cuando ya el aire de la tierra natal comenzaba á hacerle falta, llególe la noticia de que podía volver sin temor al seno de su familia. En 1867 le vemos aparecer en la cámara de diputados. Habla poco, pero siempre oportunamente.

Algún rasgo de impetuosidad viene de repente á turbarle; pero no tarda en recobrar el dominio de sí mismo, en que se ejercitó toda su vida.

En las sesiones de 1870 y 1873 se manifestó, si cabe, más reflexivo y prudente.

Ninguna cuestión importante dejó de preocuparle, y con la circunstancia de que jamás quiso hacer alarde de ciencia, como habría podido hacerlo sin más dificultad que poner en orden sus ideas y meditaciones. Desde 1875, en que fué elevado á la cámara de senadores por los votos del pueblo de su nacimiento, que para darle esta prueba de su afecto tuvo que arrostrar las iras del intendente de Copiapó don Guillermo Matta, hasta el día en que su enfermedad no le permitió más abandonar la cama, Gallo no hizo otra cosa que contraerse al estudio y desempeño del alto cargo legislativo con que había sido honrado.

Basta con abrir cualquiera de los boletines de sesiones del senado para ver como se expidió en el cumplimiento de su misión. No hay una sola discusión importante á la que no traiga alguna observación atinada. Su imparcialidad llegó á veces á rayar en estoicismo, causando la admiración hasta de los mismos que en otros días alimentaron contra él profunda saña.

Su decoro parlamentario no le impedía calificar con dureza los actos que en su conciencia juzgaba malos. Tampoco su austeridad verdaderamente republicana, le vedó ser clemente con la desgracia, y sin mirar si ella afectaba ó nó á personas de su simpatía.

Sintetizando ahora en pocas palabras lo que hemos dicho haciéndonos eco de la opinión, podemos afirmar sin temeridad que don Pedro León Gallo ha sido una figura única en su género y digna por cuantas fases se la examine de ser presentada como modelo.

Su representación gráfica puede compendiarse en esta frase: *fué un gran carácter;* pero ella no dice, sin embargo,

lo bastante para comprender al hombre privado y al ciudadano.

Como hombre privado no tuvo tacha; era el honor viviente. Como hombre público era todo conciencia, y la conciencia es la primera de las virtudes en los que se dedican á los negocios de estado.

He ahí, pues, una individualidad que merece los honores de la historia, y sobre la cual es preciso meditar para saber todo lo que importa su desaparición de este mundo. Hoy que los principios se posponen á la conveniencia y de las más santas ideas se hace tráfico; hoy que la política es puro cálculo, y la opinión un juez recusado por las miserias que nos abaten y corrompen; hoy, en fin, que aun buscando con la linterna de Diógenes un gran carácter sólo encontraríamos medianías tan débiles como vanidosas, el retrato del eminente ciudadano en cuyo honor trazamos estas líneas no sólo es consuelo y orgullo, sino enseñanza de las puras virtudes.

El que esto escribe no cede á la gratitud que de muchos años atrás conserva intacta por la noble familia del ilustre difunto. Nó; sólo cede al respeto por la verdad y los fueros de la justicia histórica. Réstanos sólo preguntarnos si el pueblo de Chile ha sido olvidadizo para con don Pedro León Gallo al no ofrecerle, como pudo muy bien hacerlo, sus votos para la primera magistratura. ¿Lo fué? No podremos decirlo, pero sí que debe llorarle y elevarle en día no lejano un monumento que lo recuerde á las generaciones venideras.



Poesías de don J. A. Soffia

I

Aunque hoy me pasa con las musas lo que con las mujeres, que huyo tenazmente de su trato para no sufrir sus desaires y llorar aquellos días en que solía merecerles alguna sonrisa, he tenido la flaqueza, (ésta es la palabra) de consagrar tres días enteros á la lectura del libro de don José Antonio Soffia titulado *Hojas de Otoño*.

Antes de emitir juicio sobre esta obra, que desde luego declaro muy estimable, me permitirá el lector entrar en algunas consideraciones sobre la manera cómo yo entiendo la poesía y el papel que corresponde al poeta, en dondequiera que aparezca en esta época de verdadera confusión moral, escepticismo grosero y corrupción de todos los principios en que se basan las ideas de lo bueno y de lo malo.

El célebre Gérusez, cuyo libro de filosofía sirvió hasta hace poco de texto en el Instituto Nacional, obligado á instancias de Víctor Hugo á bosquejar el retrato del poeta, después de confesar ingenuamente á su amigo que no se sentía capaz de darle gusto, tomó, sin embargo, la pluma y escribió un artículo que, á mi juicio, es todo lo que puede decirse sobre la materia.

«Ya pasó el tiempo, dice allí Gérusez, en que la poesía era la voz del cielo oída en la tierra y los poetas los instrumentos involuntarios de este misterioso comercio. El genio

místico de Platón trató de dar á este Mytho, creado por la imaginación y la credulidad de un pueblo, el rigor de una teoría filosófica. Esta teoría de la inspiración divina, de la exaltación mental, esta asimilación de la locura y de la poesía, no soporta el examen. Sin embargo, ha sido tomada á lo serio por un gran número de escritores modernos que no han tenido empacho en proclamarse encargados de una misión celeste.

No hay, á mi juicio, en la poesía otra divinidad que la vocación, es decir, aquella influencia secreta de que nos habla Boileau. Los poetas como los hombres están sometidos á la ley universal del trabajo. Lo que llaman *inspiración* no es más que la plenitud del pensamiento y la exaltación de las fuerzas de la inteligencia. Cuando un vaso está lleno se desborda; cuando las espansiones interiores del pensamiento han dado al alma, ésta toma su vuelo y se encumbra. El fenómeno de la inspiración no es otra cosa; es una consecuencia de las leyes que presiden á la generación intelectual. La inspiración varía según la naturaleza de la inteligencia; es más rara ó más frecuente según son éstas más ó menos fecundas, más ó menos activas: aquélla es más ó menos elevada en razón de su elevación natural. Hay cerebros cuyo movimiento no tiene intermitencias y que viven bajo un encanto de una inspiración continua. Este temperamento poético es una verdadera enfermedad análoga al frenesí. Lo propio del genio es el poder de meditación, el don de contenerse hasta no haber recogido y medido bien su fuerza para la carrera que prepara, como el generoso potro de que Virgilio dijo: *Collectumque premens volvit sub naribus ignem*».

II

Quedamos, pues, ateniéndonos á esta doctrina, en que el poeta no es ni puede ser hoy lo que fué en otros siglos, y

en consecuencia, que las denominaciones de *vate*, *bardo*. *trovador*, con que le honraron griegos, galos, etc., no pueden serle aplicadas sino por burla.

¿Qué poeta pulsaría hoy la gigantesca lira de los profetas de la Judea, no teniendo en el corazón ningún sentimiento parecido al que abrigaban aquellos inspirados cantores?

El mismo Víctor Hugo, que es la encarnación de la poesía de este siglo, ha confesado humildemente que, después de haberse creído destinado á ser el *anphion* de la Francia, no consiguió mover una sola piedra del edificio que por tantos años atacara con el poderoso ariete de su pluma.

Para crear la *Ilíada* fué preciso un Homero; para la *Eneida* un Virgilio, y Homero y Virgilio son Grecia y Roma en la más poética de sus épocas.

Inglaterra para tener un *Otelo* y un *Hamlet* fué preciso que poseyera á Shakespeare; España no ha vuelto á producir un Calderón; Portugal un Camöens. Solo Byron, Lamartine, Hugo y Béranger pueden en este siglo de prosa vil, de usura judaica, de libertinaje pestífero, ser contados como representantes de esa ciencia que los alemanes llaman *Estética* y se compone, según dicen ellos, de lo bello, lo sublime y lo ridículo.

Por lo que toca al poeta español, el tipo se perdió con Espronceda. Los que le han seguido, con rarísimas excepciones, no pasan de la humilde clase de los copleros.

III

Con estos antecedentes, ya se comprenderá que al emprender la lectura de las *Hojas de Otoño*, me resistiría de hallar allí algo que saliese del rasero común de los que hacen versos en español.

«Un libro más, me dije, para saciar la voracidad de los ratones», y tomándolo en mis manos como el médico al

niño cuya muerte predice por el semblante, comencé á leer su introducción, que suponía, por supuesto, como pase del cura para el entierro. Esta es la verdad; pero sin saber cómo fuéme interesando la lectura del dicho prólogo hasta llevarme sin esfuerzo y de seguida á la conclusión del libro.

Repárese bien que quinientas y tantas páginas de verso no es bocado que puede comerse de un golpe. Mas el hecho es que si hubieran sido mil las habría leído con el mismo gusto, y apuntando al margen de cada una de ellas, como lo he verificado, las bellezas y los defectos que más han llamado mi atención.

Desde luego confieso que la dedicatoria es una cuarteta de lo más galano y tierno que pueda desearse.

Y no creo que para los que no conociendo personalmente al autor quieran formarse una idea del hombre, hallen mejor clave que las que le presentan esos cuatro versos.

Por lo general, se cree que el que cultiva la poesía debe ser, no un marido enamorado de su esposa, sino un amador de todas las mujeres, una especie de Lovelace que haya seducido y abandonado, por lo menos en el papel, á un centenar de hermosuras.

El amor, dicen, sin celos rabiosos, sin desengaños feroces, sin esas terribles peripecias que lo convierten en la quinta esencia de todo lo melodramático que existe en la vida, no es más que una insulsez propia de aquellos tiempos en que la mujer y el hombre se unían solo para cumplir la sentencia de Dios en el Paraíso. Para procrear no se necesita genio, mientras que para torturarse la existencia con las pasiones hijas del corazón pervertido, se ha menester llevar en el espíritu algo de la fantasía aterradora de Ponson du Terrail ó de Ducange.

Todo esto es creencia universal, y por lo mismo pienso yo que los lectores de las poesías del señor Soffia habrán de encontrar un tanto insípida la pintura de sus emociones amorosas.

Para mí que miro ya la vida como el marino las olas, es decir, sin asustarme ni recrearme con las tempestades, y que á fuerza de padecer todos los rigores con que la sociedad castiga á los que no respetan servilmente sus mandatos y exigencias, he concluído por creer que lo que llamamos *teatro social* no es otra cosa que un miserable tabladillo de títeres; para mí, digo, que arrastro la carga de los años llevando permanentemente en mis labios la helada sonrisa del desdén y en mi fantasía el diseño fresco y puro de las imágenes que agitaron mi corazón desde los albores ya lejanos de mi juventud, la descripción de dichos afectos, no manchados nunca ni con la sombra de la duda, y que, volviendo como los ríos al mar de donde salieron, derraman constantemente en su fuente primitiva nuevos raudales cristalinos, lo confieso con toda verdad, me causan una impresión dulcísima. Así, cuando leo:

A LASTENIA

Mis cantos de mi vida son la historia,
Acentos de mi propio corazón;
Y pues soy tuyo, mi adorada gloria
Tuyos mis cantos, cual mi vida, son,

me siento como arrastrado á la envidia de esos pocos mortales felices que hacen consistir su ventura en la reciprocidad de un amor casto, exclusivo y eterno. El señor Soffia no ha amado más que una vez, y ese amor, si hemos de creer á sus versos, le acompañará mientras viva. Y es por esto que cuando canta á otras bellezas que su Lastenia, no se nota en él ese fuego que lleva al ánimo del lector el contagio del sentimiento. Lamartine es Joselyn, y á no haberlo sido, jamás habrían brotado de su pluma versos tan desgarradores como aquellos en que su amada moribunda dice al confesor:

Je me repens de tout hors de l'avoir aimé.

Pero este mismo defecto, si lo es, permite al señor Soffia guardar la fuerza de su estro para asuntos más altos, como son la contemplación de Dios, las maravillas de su misericordia y las mil y una grandiosidades de la naturaleza.

En su composición *Confiar y esperar*, que es una de las mejores del libro, se ve todo entero al creyente sin perjuicio del pensador y del filósofo.

Véanse estas sentidas y profundas estrofas:

Pero vuelve otra vez la primavera,
Y el árbol resucita;
Cobra feliz su majestad primera,
Y su ramaje á descansar invita.

Prenden en su verdor sus nuevos nidos
Las trinadoras aves,
Y modulan de nuevo sus gemidos
Al enredarse en él las auras suaves.

Su tronco vive, su ramaje crece,
Su flor no cuaja en vano,
Y cargado de frutos aparece
Más erguido, más fuerte, y más lozano.

Esto es hermoso en la extensión de la palabra. No veo cómo se pueda describir la vuelta de los buenos días para la desgracia. El símil es tan natural como bello, y su expresión no puede ser ni más elocuente ni más correcta.

Ahora, por lo que respecta á la aplicación de la moral á la imagen, el sentencioso consejo con que finaliza la composición merece transcribirse:

Así es, amigo, nuestra inquieta vida,
¡También sus pruebas tiene!
Nunca te abata del dolor la herida:

¡Tras la desgracia la fortuna viene!
Hay horas de infortunio y de tristeza,
Hay épocas de luto,
En que el hombre, doblando la cabeza
Al dolor rinde el mundanal tributo.
Mas, si el hombre combate con arrojo
Del hado la fiereza,
¡Gigantes son para vencer su enojo
El valor, la constancia y la entereza!

Este mismo espíritu de benevolencia y esperanza predomina en todas las demás composiciones filosóficas del autor, lo que prueba que en su alma conserva intactos los sentimientos que supo gravar en ella desde los primeros vagidos de la cuna la respetable matrona que le dió la vida.

No me es posible ir analizando una por una todas esas que con cierta impropiedad llama el señor Soffia *Hojas de Otoño*, debiendo apellidarlas *Hojas de Primavera.*

Y lo siento muy profundamente, porque me habría procurado un verdadero goce y un medio de reanudar el hilo de mis estudios sobre la poesía, que dejé pendientes en una publicación que, como todos mis trabajos literarios, arrojó al olvido la mano de la pereza.

Empero, sin necesidad de acometer esa tarea, puedo con toda conciencia asegurar á los que crean en mi palabra, que el lirismo del autor de la obra que examino es de la mejor ley, tanto por la continua elevación de las imágenes como por el exquisito gusto con que están expresadas.

El estudio de los clásicos está allí patente, pero sin esos resabios de imitación que tanto amenguan el valor de la propia fantasía y tantas sospechas ocasionan en los que no saben distinguir, y son los más, una imitación permitida de un plagio escandaloso.

En la pequeña oda, *El bien supremo*, (la llamo así, no por el metro, sino por el tono y corte del verso) tenemos

una prueba. Es una composición en apariencia modesta, pero que dice más que cualquiera otra escrita en verso heroico. Meléndez no la hubiera desdeñado, y Cienfuegos la habría prohijado sin escrúpulo, tanto es el parecido de alguna de sus estrofas á las suyas:

Si muere el entusiasmo,
Si la ilusión se acaba,
Si de la pena esclava
El ánimo se ve,
¡Ah! cuán atroz sarcasmo
Sería nuestra suerte
Si un cielo tras la muerte
No hallara nuestra fe.

Desde que aguardo y creo,
Nada me causa susto;
Lejos estoy del justo,
Mas no hice á nadie mal,
La vida...yo la veo
Mejor mientras más corta!...
La muerte...no me importa
¡Mi dicha es ser mortal!

IV

Otra de las circunstancias que contribuirá, si no ando equivocado, á que el señor Soffia no encuentre admiradores como los que tiene don Guillermo Matta, por ejemplo, es la de no representar el papel de libre pensador, de hombre trabajado por la duda y muerto para todos los placeres que la existencia ofrece á los que creen, aman y esperan. ¿No es hoy opinión corriente que las creencias religiosas matan la inspiración? ¿No se tiene por filósofo al que en

nada cree, al que se burla de los sentimientos que nacen de la fe profunda en los destinos inmortales del alma humana?

Y luego, ¿cómo podría ser cantor inspirado un hombre que no ha pertenecido á la escuela política de los radicales; que jamás ha empuñado la trompa de Tirteo para excitar el encono de las multitudes contra las instituciones establecidas? Los poetas, en concepto de los que dan hoy aquí y en toda la América española los títulos literarios, deben blasfemar de todo lo que huela á religión; sin esto no serán más que miserables payadores.

Mientras tanto, la misión del poeta, la única misión que le es permitida, es ponerse en contacto con la humanidad, la naturaleza y Dios.

«Y puesto que tal es su misión, dice Saint-Marc Girardin, debe el poeta depurar las almas por el espectáculo de la belleza, elevarlas por el sentimiento de la admiración, aguerrirlas y fortificarlas por la pintura de las pasiones, de las miserias y las grandezas de la humanidad; en una palabra, debe ennoblecerlas y retemplarlas más rigorosamente en el deber, y también, por su concepción del ideal, empujar indefinidamente al género humano hacia mejores destinos. Cuando la poesía no se separa de este noble papel, ella es el más poderoso auxiliar de la moral, y el mejor instrumento de civilización. Sin la poesía, la humanidad, encorvada hacia la tierra, oprimida en el círculo estrecho de las necesidades físicas y de los intereses materiales, no sería más que el complemento del reino animal y no el intermediario entre Dios y la naturaleza, que es lo que debe ser. ¡Cuán culpables son los que la desconocen y desnaturalizan! ¡Qué decir de esos hombres que ponen la poesía al servicio de las malas pasiones, que hacen de ella un instrumento de blasfemia ó de corrupción para enervar y corromper las almas! *Corruptio boni pessima.* No hay nada peor que la corrupción del bien».

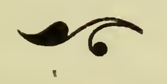
Concluyamos: el nuevo libro del señor Soffia tiene méri-

tos sobrado para pretender un lugar entre los mejores que en su género se han escrito en Chile.

Su fondo no puede ser más puro, y la forma, si no es irreprochable, es bastante buena, muy buena en comparación de la empleada por nuestros poetas.

Sobre todo, *Las Hojas de Otoño* tienen para mí un mérito muy valioso, y es el de retratar al hombre tal cual es. Ni las galas de una imaginación viva y fecunda, ni los artificios retóricos hábilmente manejados, ni, en fin, esos pecadillos inherentes á todos los que hacen versos á impulsos de la amistad ó de compromisos ineludibles, han podido ocultar el corazón del autor. Sus versos son siempre lo que él es: sencillo, benévolo, generoso. ¿Puede desearse más?

Felicito, pues, al señor Soffia con toda mi alma por su hermosa obra, y me felicito también á mí mismo de haber tenido ocasión de manifestarle el alto aprecio que hago de su vigoroso talento.



Señor don Benjamín Vicuña Mackenna

I

Voy á llenar un par de columnas del *Mercurio* y debo advertir á Ud. que no dispongo de tiempo suficiente para hacer un artículo digno del objeto que me propongo.

La lectura de su *Alcance á las cuentas del Gran Capitán*, se lo diré con franqueza, me ha entretenido y disgustado, cosa que no debe extrañar á Ud. conociendo mejor que nadie su pluma, que, á un tiempo que consuela, ilustra y regocija, causa en la generalidad de los lectores algo como la impresión que produce en el cutis la raspadura del papel de lija.

Puede Ud. tener la satisfacción de ser el escritor que más dulces emociones despierta y también el que más cóleras levanta. Sí, mi amigo, y la razón de ello está en que el género literario que Ud. ha puesto de moda entre nosotros es de cuantos constituyen nuestra naciente literatura el más peligroso.

Eso de ver todos los días el respetable nombre de nuestros mayores expuestos á las burlas grotescas del vulgo que no sabe distinguir entre las miserias y pequeñeces propias de cierta clase social y las que le son á él peculiares por el desquiciamiento de los principios y la relajación de las costumbres, desengáñese Ud., es un verdadero martirio infligido á la parte más selecta de nuestra sociedad bajo el pretexto de enseñarla y divertirla.

Y lo peor del caso es que si se aprovecha de esas exhumaciones escandalosas, ni usted sube una línea en el crédito literario que con obras de muy relevantes méritos se ha conquistado usted ya para gloria de su nombre y el de sus hijos.

Hablo á Ud. así porque en el artículo arriba nombrado veo que salen á bailar dos personas de mi familia cuyo nombre solo basta para imponer respeto.

La digna viuda del almirante don Manuel Blanco Encalada y la noble esposa de don José Manuel Encalada, marqués de Villapalma, no son heroínas propias para leyendas como el *Alcance á las cuentas del Gran Capitán.*

Es cierto que Ud. desempeña el papel de caballero que recoge el guante lanzado al rostro de la primera de aquellas damas por don Bartolomé Mitre, que pasó en Chile por el paladín de las hermosas; pero esto no quita que la tal defensa se haya convertido en aguda mortificación para el natural orgullo de la señora insultada y en verdadero agravio para la memoria de otra que unió á su ilustre nombre de familia el de una casa que en España misma ha ocupado un puesto muy distinguido por la virtud, fortuna y merecimiento de sus fundadores.

Voy, pues, á ocuparme en rectificar lo que Ud. asienta al hablar de la *estafa de los seis pesos* que el capellán de San Martín, según don Bartolomé Mitre, dejó consignada en su cartera para testimonio de su escrupulosidad como contador y mayordomo del Gran Capitán Americano.

Pero antes de esto me permitirá Ud. entrar en otro género de consideraciones que creo no vendrán mal á mi propósito.

II

Desde luego no tengo empacho para manifestarle la pena que me ha dado ver á Ud. incensando á don Bartolomé Mi

tre, escritor que si bien merece el aplauso de sus compatriotas, está muy distante de merecer los nuestros y mucho menos los descompasados elogios que Ud., con mengua de su propio valer, le dispensa.

Yo respeto mucho el juicio de Ud. como literato, pero por mucho que sea este respeto, no puedo menos de extrañar sobre manera la poca imparcialidad, ó mejor la ciega parcialidad con que Ud. juzga las obras del autor de la *Historia de Belgrano.*

He leído esa Historia y las *Rimas* de que Ud. habla, y sin faltar en una ápice á la honradez le aseguro, como le aseguraría cualquier escritor español, que el estilo y el lenguaje que Ud. tanto alaba no tienen nada de notable que los recomiende. El estilo histórico bien puede ser muy ameno y muy figurado, como lo es constantemente el de Lamartine en sus *Girondinos*, la *Turquía*, la *Restauración*, etc., sin pecar de empalagoso, relamido y amanerado como en realidad peca y repeca el de don Bartolomé Mitre. Respecto del lenguaje, estoy seguro de que cualquier estudiante hallará en él defectos imperdonables en un escritor que, según usted, es el fénix de los historiadores de este continente.

Los argentinos no hablan ni escriben español; y esto sucede porque desdeñan profundamente la literatura española. Lea usted con detención las obras de Sarmiento, los discursos y notas diplomáticas de Frías, las arengas de López, las oraciones fúnebres de Avellaneda y hasta las memorias científicas de Rawson y se convencerá de que el idioma no solo sufre allí en sus construcciones gramaticales, giros y modismos que le son propios, sino en su organismo á consecuencia de la infinidad de vocablos bastardos que día á día han ido nacionalizando, por su falta de respeto al diccionario, los intrépidos escritores del Plata. Y en medio de este galimatías que da bascas, arcaísmos de la mejor cepa castellana suelen venir á terciar, como para

hacer todavía más repugnante el bodrío. Solo en alguna obras de don Juan María Gutiérrez no se hallan estos vicios, si bien no puede calificársele de escritor perfectamente puro.

En sus poesías, que es donde se conoce mejor el estudio que había hecho del idioma, nótase cierta corrección que agrada, pero á poco andar se ve que no es ella sostenida sino en aquellos pasajes en que imita á los poetas castellanos.

El corte del verso es en ocasiones muy semejante al de Meléndez Valdés y en otras al de Lista, y sin embargo, don J. M. Gutiérrez, como se lo oí mil veces, afirmaba que su poesía era de pura índole italiana.

En su prosa es menos correcto, y para que no se crea que hablo al bulto citaré la nota en que rechazó el honor de ser miembro correspondiente de la Academia Española con que le había agraciado este respetable cuerpo.

Veo, mi amigo don Benjamín, que me voy alargando demasiado en estas consideraciones y sin que me asista la esperanza de que usted convenga conmigo en que los escritores argentinos son quizás en punto á lenguaje, los que más lejos se encuentran de nuestra madre común, España. Y es de sentirlo, pues hay entre ellos muchos talentos estimables que sin estos defectos serían honra y prez de la literatura americana.

Volviendo á Mitre, ya lo he dicho, ni su estilo ni su lenguaje son lo que usted afirma.

No me meto yo, ni tengo derecho para meterme á averiguar si el cariño que usted le profesa es tan bien correspondido como usted cree ó parece creerlo. Pero en lo que sí puedo inmiscuirme, sin perjuicio del respeto que debo á usted, es en apreciar el valor del género literario que usted cultiva y el del artículo que ha dado tema al suyo

III

Es muy posible que los que gustan del género anecdótico hallen muy interesantes esas *cuentas del Gran Capitán* con que el señor Mitre ha querido honrar la memoria del héroe de Chacabuco y de Maipú en la fiesta de su centenario. Lo que es por mí, «la vida, hábitos y sublime parsimonía del general San Martín», no necesitaban ser comprobados por puerilidades como las que usted comenta, encomia y rebate al mismo tiempo con tanto gusto.

Una cosa es que usted dé valor con su pluma verdaderamente mágica á insignificancias que en mano de otro cualquiera no serían más que insoportables fruslerías, y otra que usted aplauda con todo el prestigio de su voto pequeñas necedades que no tienen ni el mérito del chiste.

Es preciso que usted haga esta diferencia, porque de lo contrario no va á quedar fregona ni mozo de cordel que no se sientan llamados á hacer las fuentes de la historia chilena.

El género de la leyenda histórica, lo vuelvo á decir, es un género espurio que el buen gusto condena ya en todas partes.

¿Y cómo podría tampoco ser de otra suerte cuando no tiene ni la seriedad que inspira respeto y fe en los hechos que se relatan, ni la ligereza que en otra clase de escritos sirve para popularizar ciertos principios de la filosofía? Las Memorias íntimas no pertenecen á este ramo, porque el individuo que escribe es principal autor en el drama que desarrolla, mientras que en la leyenda histórica no es más que el narrador ó cronista.

En el género de las Memorias el autor no afirma sino lo que vió y no cuenta sino lo que hizo ó dejó de hacer, lo cual le pone en estricta responsabilidad ante sus contemporáneos y las generaciones venideras.

Rousseau ha llevado siempre encima la carga de su in-

gratitud desde el instante en que infamara en sus *Confesiones* la memoria de su bienhechora Mme. Warens.

Chateaubriand también ha pagado, y bien caro, su orgullo que le arrastró hasta presentarse como el héroe de René violentando los más sagrados vínculos de la naturaleza.

Al mismo San Agustín sus *Confesiones*, que son todo un dulcísimo quejido del alma penitente, le muestran pagando tributo á las flaquezas de la materia, flaquezas que nada habríamos perdido con ignorar y que nada hemos ganado con saber.

Pero sea como fuere, el hecho es que el escritor de Memorias es responsable de su autobiografía, al paso que el escritor de leyendas caseras no asume otra responsabilidad que la de su buen ó mal gusto para coleccionar é hilvanar sus cuentos.

Y esto es precisamente lo que constituye el vicio orgánico de este género de literatura, pues no siendo responsable el escritor de lo que asienta, puede abusar impunemente explotando cuanto chisme ó cuanta calumnia ha puesto en circulación la maledicencia anónima de ese terrible señor llamado *todo el mundo*.

¿Qué no puede decirse invocando la tradición, y tradición como la nuestra, en que la ignorancia ha sido fácil juguete de las pasiones de los poderosos?

Recuerdo que Marmontel hablando del flujo de Memorias que inundaba el último tercio de su siglo, dice:—«Si todos pudieran contar en público lo que han oído, visto y hecho, á nadie le faltaría auditorio; pero es preciso convenir en que la sociedad no debe oír sino á aquellos que tienen derecho para dirigirle la palabra».

Y de todo esto ¿cuál es al fin de cuentas el beneficio que saca el pueblo? Si siquiera, escandalizándolo con el relato de hechos que no deben salir de la alcoba en que se consumaron, se lograse imponerle amor al bien, respeto á las leyes, consideración á las prácticas sociales, podría perdo-

narse algo á los que, á semejanza del trapero, invaden el hogar para desenterrar trapos viejos con que llenar su cesta.

A todo lo dicho, que ya es mucho, hay que añadir otro defecto muy grave de ese malhadado género de literatura, y es el de falsear la historia de una manera lamentable.

Alejandro Dumas padre, según la opinión de los críticos más afamados de Francia, fué el primer corruptor de la moralidad histórica y el más audaz de los propaladores de mentiras que antes y despues de él explotaron la mina del escándalo en un pueblo sediento de curiosidad y de emociones.

Y efectivamente, ¿cuántos de esos que pasan por jóvenes de buena sociedad no hablan de Mazarino, de Richelieu, de Luis XIV, de Enrique IV, de Catalina de Médicis, etc., etc., etc., por lo que leyeron en las novelas hechas á escote en el taller de Dumas?

Igual cosa ha pasado con Ponson du Terrail, que prevalido de sus admirables dotes dramáticos y del favor que dispensó á sus primeras obras el pueblo parisiense, concluyó por hacer de la historia de su patria un vasto arsenal de las más estupendas falsedades.

Léase la *Jeunesse du Jeune Henry* y dígasenos si es posible reunir un mayor número de embustes para denigrar y favorecer á los personajes del drama. Enrique IV no es allí ni el gascón travieso y enamorado de sus primeros años, ni el héroe generoso y abierto de Yvry y de Coutras, ni tampoco el político caviloso de sus últimos días; es sólo un mosalvete lúbrico hasta lo increíble y con sus puntas de bellaco que en realidad no tenía.

Y luego, ¿qué decir de esa Catalina de Médicis y de ese René que, á fuerzas de idear envenenamientos y picardías llegan á parecer un par de bribones muy semejantes á los que viven en nuestra penitenciaría?

Ponson du Terrail es á la historia lo que Offenbach á la música: un absurdo, una monstruosidad que no podría

comprenderse sin la corrupción que ha degradado á la moderna literatura francesa.

De España ¿para qué hablar? Fernández y González es un Dumas en pequeño, pero Dumas andaluz, y no porque le falte fantasía ni dotes de novelista, sino porque ha querido como su maestro aspirar al lauro de historiador.

Ahora bien: ¿no cree usted, mi amigo don Benjamín, que su pluma la más pintoresca y fecunda de todas las plumas americanas, debería abandonar esos malditos cuentecitos para continuar en la antigua senda, es decir, en la publicación de obras como *Portales* y la *Guerra á Muerte?*

Quien ha escrito esas dos preciosidades históricas no debe escribir esa porción de juguetes que por muy entretenidos que sean y por mucho que comprueben el vasto alcance de su fantasía, amenguan el respeto debido á su talento y empequeñecen la noble tarea que usted está llamado á desempeñar en la literatura americana.

Créamelo: á usted le va á pasar lo que á Lope de Vega que, á fuerza de hacer prodigios de fecundidad, mató la enérgica virilidad de su espíritu.

Del *Tostado*, del *Cardenal de Luca*, etc., no queda más memoria que el de haber sido grandes embadurnadores de papel, y sin embargo dicen los eruditos que hay allí escondidas, en ese enmarañado bosque de sus obras, infinidad de joyas literarias que merecían ser sacadas de aquel abismo.

Esto dicho con la franqueza del amigo y el respeto propio de un pobre periodista hacia un escritor de la altura de usted, paso hacer la rectificación que le he prometido.

IV

Usted hace presente á don Bartolomé Mitre para persuadirle de que no fué mi tía doña Carmen Gana, como el cree, la que recibió los seis pesos del capellán de San Martín á título de préstamo para el juego que esta señora no

era todavía en 1817, que fué el año de esa que usted llama *graciosa estafa*, la esposa del almirante Blanco Encalada.

Esa es la verdad; pero no era preciso, me parece, decir esto para sacar del error al señor Mitre.

Con que usted le hubiera recordado que la señora doña Carmen Gana de Blanco fué desde su primera juventud un modelo de decoro y de buen gusto, bastaba para el caso. Pero, en fin, no es en esto donde tengo que rectificar á usted, sino en lo que dice respecto de doña María Luisa Valcárcel, esposa del marqués de Villapalma, don José Manuel Encalada, tío abuelo mío.

Usted, sin pararse en pelillos, concluye por afirmar que la *graciosa estafa de los seis pesos* debe imputarse á esta señora, que como *goda* pudo muy bien hacer esa jugarreta al Gran Capitán ó á su mayordomo, el patriota cura Bauza.

¿Y por qué, le pregunto, culpa usted así á una señora, que sobre no tener necesidad ninguna de pedir prestado á nadie nada, pues disponía de la cuantiosa fortuna de su marido y la de su cuñado, el opulento don Martín Encalada, que á la sazón se hallaba desterrado en la isla de Juan Fernández, era natural que no quisiese como *goda* andarse en esas indecentes jugarretas con patriotas como el reverendo capellán Bauza?

El mismo tenor de la partida le está á usted diciendo que no es doña María Luisa Valcárcel la que *estafó* esos seis pesos que el historiador Mitre, «con su estilo cadencioso como los yarabíes del Perú, y su lenguaje rápido, nervioso y vibrante como el pampero, pone como una prueba de la puritana religiosidad aritmética del mayordomo del Temístocles argentino.

«¿Quién fué entonces, dice usted en la conclusión de su artículo, la *Madama Encalada* de la partida del indiscreto padre Bauza»?

«Fué sencillamente una española, la marquesa de Villapalma, esposa del caballero don José Manuel Encalada, tío materno del general Blanco, y cuyo retrato de rostro

hermoso y noble porte pudieron todos ver de cuerpo entero en la Exposición del Coloniaje en 1873. La señora marquesa era *goda*, y tuvo por cierto más que sobrada razón para jugar *á la mala* á San Martín, *insigne expoleador de sus paisanos*. Y por esto también, como *deuda de sarracena*, apuntóla entre sus deudas incobrables el travieso y patriota padre Bauza».

Oígame, mi amigo don Benjamín, la *madama Encalada* del cuento no podía ser la esposa del marqués de Villapalma, puesto que en cartas, invitaciones, notas oficiales y cuentas de esa época se le llama *la señora marquesa de Encalada*, que era su verdadero nombre apelativo.

Y aquí viene que le narre algunas de sus consejas que forman su delicia. Pues bien: á la que llamaban los patriotas, copiando á los *godos*, que tenían verdadera ojeriza contra el hermano del marqués citado, el muy patriota don Martín, *madama Encalada* era una señora llamada Justa Pizarro, á quien el señor de Codao y Cocalán prohijara desde la edad de cinco años.

Esta señora doña Justa, á la que todos los hijos del almirante Blanco y de don Ventura han denominado cariñosamente *mama Justita*, fué mirada al principio por la estricta sociedad de Santiago, que no entendía de esos achaques de hospitalidad paternal en los mozos solteros, como querida de don Martín. En vano fué que éste protestase contra esa imputación con el mismo trato cariñoso de un padre hacia la joven objeto de tan indigna calumnia; la sociedad siguió creyendo y diciendo que era su concubina y para mejor denigrarla, concluyó por darle el nombre burlón de *madama Encalada*. Entonces el *monsieur*, y el *madama*, y el *mister*, querían decir *gringo*, *gabacho y godo*, términos que, como usted sabe, envolvían menosprecio é insulto.

Y bien, ¿por qué el fraile Bauza, por muy zafio que fuera, habría llamado con ese nombre ofensivo á la señora de Encalada?

Por otra parte, ¿cómo sostener que la esposa de un marqués, y tan orgulloso como lo era el don José Manuel, tuviese el descaro de pedir *seis pesos* (que cualquiera de sus criados tendría guardados en su baúl) á un mayordomo de San Martín, es decir del hombre que más había despojado á los españoles?

Hay más: á los pocos días de la batalla de Chacabuco se puso en marcha para Buenos Aires la marquesa doña María Luisa. En mayo de 1817 escribió don José Manuel á mi padre una larga carta fechada en Buenos Aires, carta que usted puede ver cuando quiera é informarse por ella de los padecimientos de los realistas anonadados por la victoria de Chacabuco.

También necesito decir á usted, para que se explique el mal rato que me ha dado con su artículo, que á esa señora doña María Luisa Valcárcel, culpable, al decir de usted, de una *estafa* de seis pesos al general San Martín, debióle mi tío el almirante Blanco la vida. Prisionero de Osorio, su muerte era de rigor, pues se había pasado á las armas patriotas siendo alférez de fragata de la escuadra española. Notificósele, pues, que debía morir fusilado como traidor, y cuando ya estaba preparado vió entrar en su calabozo á un emisario de Osorio que le anunciaba la conmutación de la pena capital en destierro á Juan Fernández.

¿Y cómo había pasado esto?

¿Quién era el ángel que había detenido la espada próxima á romper aquella preciosa existencia?

Doña María Luisa Valcárcel, que por sus lágrimas y sus plegarias había conseguido ablandar el corazón de Osorio, que sin ser de suyo cruel, tenía que serlo para conservarse en la gracia del virrey del Perú, que era inexorable.

He ahí, pues, lo que hizo esa *goda tramposa* á quien cubre usted con su benevolencia por los gracioso de su *mala jugada* al general San Martín ó á su criado el fraile Bauza.

Doña Justa Pizarro es, pues, la persona á quien puede usted, por los antecedentes expuestos, inculpar de esa deu-

da, que por cierto no hizo más pobre al general San Martín.

Pero el Gran Capitán al recordar las cuentas de su mayordomo debió también traer á la memoria los doce mil pesos que arrancó, como donativo forzoso, al marqués de Villapalma, y los veinte y tantos mil más que como donativo voluntario sacó á don Martín Encalada, sin duda para compensarle los dolores que había padecido durante su cautiverio de tres años en Juan Fernández. Los documentos están á la disposición de usted, y entre ellos hay uno firmado por un tal Perez, su mayordomo de Cocalán, en que consta que á la vuelta del destierro se halló don Martín con que unos treinta mil pesos que dejó enterrados al pie de un naranjo que todavía, si no me equivoco, se conserva en el solar de sus padres, que es hoy el «Hotel de los Hermanos», habían desaparecido sin dejar rastro.

Fíjese usted bien: á don Martín Encalada, Osorio le quitó por patriota más de treinta mil pesos; y á don José Manuel, su hermano, San Martín le arrancó por godo otra friolera por el estilo. Por manera que entre donativos forzados y voluntarios el caudal que había dejado el padre de ambos, don Manuel Encalada, y que se conservaba intacto hasta 1813 fué reducido considerablemente, como puede comprobarse por los libros de la testamentaría de don Martín.

Esto se llama pagar por *patriota* y por *godo*, y partidas algo más gordas que la que apuntó en su breviario el padre Bauza, que, diga usted lo que quiera, no debió ser otra cosa que una especie de padre Gorenflot de la novela de Dumas *Los Cuarenta y Cinco*.

Y aquí concluyo esta larga carta que por los motivos de que he hecho ya mérito se servirá usted disculpar como se lo pido.



Señor don Benjamín Vicuña Mackenna

La chistosa contestación con que usted se ha servido honrarme, me ha hecho (se lo juro á usted por mi nombre de pila) arrepentirme profundamente de la ligereza con que procedí tomando á lo serio el cuentecito aquel de los *seis pesos* en que remata su interesante disertación sobre la «parsimonia y sobriedad sublimes del Gran Capitán americano».

Anduve, lo repito, muy ligero al dar importancia á esa tontería; pero le protesto que no habrá de pasarme otra vez aunque usted diga que todas mis abuelas están apuntadas por tramposas en el breviario del reverendo padre Bauza.

La leyenda histórica, por lo que usted me hace saber, tiene este privilegio, es decir la virtud de permitir al que la escribe entreverar sus relaciones serias con cuentecillos ó anécdotas picantes por el estilo de la ya referida.

¡Lo que es no entenderlo! Hablo de mí, amigo mío, que en este punto he hecho una trocatinta de todos los diablos. Pero usted, sin tomarse más pena que la de dar vuelta la pluma entre los dedos, me ha sacado de mi error enseñándome que una cosa es el *romance histórico*, género que usted detesta tanto como yo, y otra la *leyenda histórica*, género que usted ama ardientemente y que le produce, según el balance de sus cuentas, pingüe beneficio.

A pesar de esto, voy á permitirme enumerar las razones que tenía para no hacer diferencia ninguna entre esos dos géneros de literatura.

El diccionario de la lengua castellana dice en la voz *leyenda:*

«Ahora se da este nombre á la novela ó cuento en prosa ó verso, que refiere sucesos históricos ó fabulosos *de la Edad Media*».

En la voz *romance* se explica así:

«Composición de la poesía castellana en que se observa el mismo asonante en todos los versos pares. El que consta de ocho sílabas se llama *romance claro* ó meramente *romance*, y el que consta de menos de once sílabas, *romance real ó endecasílabo. Novela*, *cuento alegre*, *etc.*»

Como ve usted, no me faltaba razón para creer y asentar que entre *romance histórico y leyenda histórica* no había diferencia alguna, y por consiguiente, que tan dignos de censura son los malos *romances* como las *malas leyendas* y tan corruptores del buen gusto y criterio históricos *los leyendistas como los romancistas.*

Hay más: yo estaba en la inteligencia, ateniéndome á los críticos españoles, de que la *leyenda histórica*, si es que se distinguen del *romance histórico*, es únicamente en que aquella narra sucesos de la Edad Media, mientras éste se ocupa en fabricar cuentos sobre personajes de la historia moderna ó contemporánea.

Pero ¿qué vale todo esto ante la lección que usted me da y que yo hago ya mía y tan mía como si la hubiese parido?

Doime, pues, por vencido en este capítulo y paso á los otros de su estimable carta.

Dice usted que yo he puesto por *bolamingo* á doña Justa Pizarro, asestándole más rudos golpes de taco que lo que usted jamás se ha permitido con ninguna de las bolasmingo de sus leyendas.

En esto, mi amigo, no tiene usted razón, pues he dicho

muy clara y redondamente que la sociedad de Santiago, al calificar á esa señora doña Justa Pizarro (que no ña Justa como usted la llama) de querida de don Martín Calvo Encalada, cometió una atroz injusticia, una verdadera calumnia.

De que el señor de Cocalán *sesteara* con ella debajo del maitén que usted visitó cuando aun no peinaba canas, no debe deducirse que entre aquel anciano respetable y su hija adoptiva mediaban relaciones criminales.

¡Pobre mamá Justita! Si volviera á la vida estoy cierto de que habría de decir á usted algo peor de lo que le he dicho yo respecto de esa leyenda histórica que cultiva usted para solaz é instrucción de los millares de suscritores que forman el caldo gordo del Ferrocarril.

Porque es preciso que usted no se haga ilusiones, mi muy querido señor don Benjamín, respecto del aprecio que el pueblo de Chile hace de ese ramo de literatura que explota el señor Jover, haciendo á un tiempo que usted explote con tan magníficos provechos la curiosidad de las clases que leen no para estudiar sino para divertirse á costillas del prójimo.

Yo reconozco, y soy el primero en reconocer, que para escribir esas leyendas ha necesitado y necesita uste ! registrar bibliotecas, consultar á los pocos que quedan, si es que queda alguno, de la era difunta del coloniaje, y á más tomarse la indecible pena de convertir en cuentos sabrosos acontecimientos vulgares y en héroes y heroínas de romance á individuos que vivieron y murieron sin imaginarse siquiera que habrían de servir un día para fomentar la especulación literaria, que es una especulación tan buena como cualquiera otra.

Todo esto lo sabía ante que usted me lo dijera; pero lo que ignoraba, se lo diré sin empacho, es que le produjesen á usted tanto dinero tales leyendas.

Cien pesos en oro contante por cada cuentecito es mucha plata para estos tiempos en que ni los avaros ven un

cóndor sellado en sus gavetas. Si usted no lo dijera tan formalmente, no lo creeríamos, si bien estamos en situación de creerlo todo á falta de algo en que fundar una dulce creencia.

Pero, sea de ello lo que fuere, la consideración de que la leyenda histórica produzca ó no produzca buenos pesos al señor Jover y á usted, no entra para nada en la cuestión que se trata de averiguar, y es, si debe ser mirada como un género literario digno de cultivarse por el bien social que procura ó solo por un género bastardo que es fuerza abandonar por los males que causa.

Tomemos por ejemplo á la *Quintrala.*

¿Y bien? ¿Cuál es la moralidad que se desprende de toda esa infinidad de crímenes que usted recopila para trazarle una fisonomía histórica? Es muy probable que los descendientes de esa Locusta chilena, que para usted son casi todos los que forman la inmensa familia de los Lisperguer, no encuentre muy agradable el ver á doña Catalina de los Ríos columpiándose á las puertas del infierno, ¿y qué infierno? el más terrible que jamás haya salido del pincel humano.

Y ya que usted me culpa de haber hecho de doña Justa Pizarro una *bolamingo* para mis carambolas, ¿no me diría por qué hizo usted algo más que eso con esa pobre Quintrala, cuyos delitos, verdaderos ó fabulosos, más bien demandaban silencio, que es perdón, que no estrépito y notoriedad, que son perdurable infamia?

En *Cambiaso*, que es otra de sus leyendas más notables, ¿dónde está la moralidad histórica? ¿estarálo acaso en agotar el diccionario de los anatemas para escarnecer su memoria, olvidándose de los que fueron causa de esos crímenes? El despotismo produce á veces el delirio y éste los más espantosos delitos. Y por esto el historiador filósofo, ya se valga del verso ó de la prosa, de la historia ó de la novela, está en la obligación de remontarse á las causas productoras de semejantes desvaríos.

Usted ha negado á Cambiaso hasta el fanatismo de la libertad que entonces era común á todos los chilenos, y se lo ha negado para poder pintarle como un monstruo sin precedente en nuestros anales.

¿Y esto es filosofía? ¿Y es eso lo que habría usted hecho si, inspirándose en el mismo elevado criterio con que juzgó á Portales y á O'Higgins y á los Carreras, hubiese querido hacer del lúgubre episodio de Magallanes un libro serio?

La leyenda histórica en manos de Walter Scott es la antorcha que ilumina los abismos de la Edad Media, y por eso á sus resplandores penetramos en las costumbres, en los usos, en las prácticas domésticas de Inglaterra, de la Escocia, etc., en aquella edad de misteriosas tinieblas.

La leyenda en manos de Cooper es algo semejante, si no en la trascendencia del espíritu filosófico del romancero inglés, en la sencillez encantadora y verdadera de los pasajes y de los retratos.

Pero concluyamos aquí con este otro capítulo por demás ocioso para poner punto final al que todavía me queda por contestar. Dice usted que debí prestar algún interés al artículo que motivó mi carta, por el hecho sólo de que allí veían por la primera vez la luz pública dos cartas del general San Martín, que son una preciosidad histórica.

Pues, amigo mío, yo pagaría por no haber leído esos dos documentos que tanto empequeñecen al héroe de Chacabuco y de Maipú. ¿O no cree usted que es mengua para la memoria del émulo de Bolivar el haber mirado como revoltosos dignos de castigo á los millares de compatriotas suyos que combatían contra la execrable tiranía de Rosas? El general San Martín, ateniéndonos á las cartas que usted acaba de publicar, no amaba la libertad ni odiaba el despotismo: era simplemente un soldadote sin principios, ni corazón, ni nada de lo que enaltece al verdadero héroe. De otra suerte ¿cómo habría podido llamar aventureros peligrosos, malos ciudadanos á los mismos que dentro y fuera

de la patria procuraban libertarla del odioso yugo que la afrentaba?

Esas cartas que usted llama preciosas, son, pues, otros tantos documentos que la posteridad invocará para rebajar una gran parte de su gloria al que hoy se levantan estatuas de agradecimiento.

Explíqueme usted, si puede, lo que significa en un hombre como el general San Martín ese amor á la tiranía de Rosas y ese odio a los grandes patriotas víctimas de ese monstruo. Explíqueme usted, si puede, lo que significa en el héroe de su leyenda esa afección por el general Santa Cruz y su sistema, que no era otro que el de implantar en el corazón de la América latina un imperio bajo el modesto nombre de Confederación Perú-Boliviana.

Explíqueme, por fin, cómo entiende usted ese legado de su espada con que el general San Martín quiso demostrar en los últimos momentos de su vida su admiración y entrañable amor hacia el abominable verdugo de su patria.

Ahora bien: ¿no cree usted que habría valido más no publicar esas cartas, dejando su publicación para sus enemigos, que algún día tomarán á usted como á todos los panegiristas del sacrificador de los Carreras y de Manuel Rodríguez, estrecha cuenta de sus desmedidos elogios?

Sin ser profeta, puedo asegurar á usted, mi amigo don Benjamín, que si otras cartas como las ya referidas van saliendo á luz, habrá de ver usted muy amenazada la gloria de su ídolo.

Y sería ello triste, pues debemos vivir en la dulce ilusión de que el héroe que tanto celebramos era algo más que un soldado valiente, un expoleador insaciable de godos, un perseguidor cruel de los que, como los Carreras y Manuel Rodríguez, supieron condolerse de que O'Higgins no fuese más que el brazo ejecutor de las sangrientas venganzas de la Logia Lautarina.

Maldita leyenda ....

Iba á continuar, pero me acuerdo que debo al *Mercurio* mi

tarea diaria y á usted dejarle libre de mi charla, que por lo visto, no parece contar con su benevolencia.

Sí, mi amigo y señor, aquí paro y ojalá que nunca vuelva á dirigirme á usted sino para felicitarlo y complacerle.



Un literato desconocido

Abro el «Diccionario Biográfico Americano» de don José Domingo Cortés y leo en la letra R:

«Juan Enrique Ramírez, industrial chileno. Su nombre se vió al frente de toda empresa de provecho y adelanto para el país. Llevó á cabo por sí mismo, merced á su contracción y laboriosidad, empresas como la Compañía de Consumidores de Gas y las d l ferrocarril urbano de Valparaíso, obras tanto más difícil de realizar, cuanto que el país, podría decirse, era incipiente en sociedades de crédito. La agricultura de Chile le debe su introducción y aplicación de sus mejores instrumentos de labranza. En los últimos años, con particular empeño y no poco sacrificio, logró implantar en Chile la fábrica de tejidos de cáñamo, cuyos beneficios principian hoy á palparse. Murió en Iquique en 1872».

En los que como yo conocieron desde la infancia á Juan Enrique Ramírez, estas líneas, trazadas á su memoria tal vez por la mano de un deudo, es imposible que dejen de despertar las más tristes reflexiones. Porque, en verdad, ¿quién es el que puede reconocer en esta descarnada noticia biográfica al hombre que desde su primera niñez cultivó con tanto esmero las letras?

Juan Enrique Ramírez, hijo de la ilustre matrona doña Jertrudis Rosales, hermana del renombrado diplomático

don Javier, se educó en uno de los mejores colegios de Edimburgo. Su aplicación y su talento mereciéronle el cariño de sus maestros, entre los cuales figuraba un célebre humanista, íntimo amigo de Walter Scott y que fué después uno de los colaboradores más asiduos de la *Revista de Edimburgo.* Con semejante patrocinio no era extraño que el joven educando alcanzase los primeros premios en las aulas de latín y griego, lenguas por las cuales hasta los últimos años de su vida manifestó siempre las más cariñosas preferencia.

Llevado más tarde al colegio de don Manuel Silvela, que fué donde se educaron todos los chilenos que con motivo del ofrecimiento generoso de Carlos X se trasportaron á Europa en un buque de la escuadra francesa, su educación se completó con el estudio de varios ramos que allí se hacían bajo la inspección del insigne don Leandro Fernández Moratín. Conservo una curiosa carta del hijo de Silvela á la señora doña Jertrudis Rosales, en que á la letra dice:

«Su hijo de usted es uno de mis mejores alumnos. Ha cursado ya el ramo de historia literaria antigua y actualmente estudia la moderna. Ha habido que vencer muchas dificultades porque el joven llegó á ésta hecho un escocés, sin entender palabra de español, pero recitando páginas enteras del poema de Ossian y con tal perfección de acento, que cualquiera habría creído que el muchacho había nacido en las montañas de la vieja Caledonia. En fin, señora mía, espero que antes de mucho podrá tener el placer de convencerse que los sacrificios que le impone la educación de su hijo serán compensados con usura».

Mi padre, que era autoridad en la materia, estimaba sobre manera al joven Ramírez por la seriedad de su carácter y el lucido aprovechamiento de sus estudios.

«Este mozo, le oí decir muchas veces, es todo un literato. Conoce á fondo las literaturas inglesa, francesa, italiana y española. Me encanta el oirle disertar sobre los clásicos castellanos: los ha estudiado y los comprende; lástima es

que, escribiendo como escribe, no haya querido hacerse escritor de profesión».

Llamado por don Diego Portales en 1836 á ocupar, si no me equivoco, el puesto de oficial primero en el ministerio de relaciones exteriores, varias notas diplomáticas le conquistaron la buena voluntad del ministro. He leído una en borrador que sin duda la mostraría como un ensayo á mi tío el general M. Blanco Encalada, que fué su amigo y protector, y si he de decir verdad, no he visto dos en su género que se le parezcan, así por la corrección del lenguaje como por la propiedad del estilo.

Juan Enrique Ramírez había sido discípulo del señor Bello, y á juzgar por el documento referido y otras varias piezas que tengo en mi poder, puede inferirse que fué muy grande la confianza que inspiraba al maestro cuando lo permitió que se estrenase en su empleo con documentos de tanta responsabilidad y consideración.

En 1840, cuando una parte del partido conservador se empeñaba por hacer triunfar la candidatura de don Joaquín Tocornal, Ramírez dió á luz en el *Mercurio* varios artículos muy notables por su forma y por su fondo. Aun hoy, que el diarismo se halla tan adelantado, esos escritos podrían hacer honor á cualquiera de los periodistas más en boga.

Al primer golpe de vista se conoce en ellos al hombre seriamente instruído, no solo en lo que llamamos vulgarmente literatura, sino en historia, política y administración.

Y esto pasaba precisamente cuando don D. F. Sarmiento escribía y gritaba a voz en cuello que Chile no tenía un solo literato. En el *Semanario*, periódico que crearon y sostuvieron en los pocos meses de vida que tuvo, con indecibles sacrificios, Tocornal, Sanfuentes, Francisco Bello, García Reyes, escribió el *industrial* Juan E. Ramírez del diccionario biográfico de Cortés, algunos artículos que se distinguían sobre todos por el lenguaje perfectamente castizo y el giro donoso de los modismos.

En el *Conservador* periódico que los pelucones formaron para combatir al *Liberal*, que en unión de don Bernardo José de Toro redactaba don Ventura Blanco Encalada, Ramírez se hizo notar por las dotes que ya hemos alabado y por otras nuevas, cuales eran la precisión de las ideas políticas y la delicadeza caballeresca en la polémica.

Sepultado el *Conservador*, que no tenía ya razón de ser por la elevación del general Bulnes á la presidencia de la República, los literatos del *Semanario* se dispersaron para contraerse cada cual á las tareas de su profesión. Tocornal se dedicó exclusivamente al foro, que más tarde debía ilustrar con el brillo inmarcesible de su vigoroso talento; García Reyes, sin dejar de seguir el ejemplo de su amigo, se contrajo también á la enseñanza, en la que llegó á ser una notabilidad, notabilidad, no tanto por sus conocimientos en el ramo que profesaba, como por lucidez y método en sus lecciones. Francisco Bello, que era ya una celebridad, hizo lo que sus colegas, y el foro fué para él gloria y provecho. Solo Sanfuentes continuó en el cultivo de la poesía para dar desahogo á su alma de artista. En aquel hombre de rostro sin expresión, de cuerpo tieso y desgarbado, había, sin embargo, algunas chispas de eso que se llama genio y que no es más que el fuego que quema, purificando el corazón y el espíritu en las naturalezas privilegiadas.

Y ya que he hablado de don Salvador Sanfuentes, se me ha de permitir enunciar el juicio que tengo formado de su talento poético.

En su leyenda *El Campanario* luce ciertas galas de rimador que para mí valen tanto como otras que los poetas tienen en más estima. Es fuera de toda duda que Sanfuentes tenía imaginación viva, percepción fácil de lo que los retóricos llaman *belleza estética;* pero es indudable también que le faltaban algunas condiciones de las que forman al verdadero vate. En sus descripciones, que son animadas sin perjuicio de la naturalidad, se nota desde luego la carencia de esa gracia peculiar de los grandes poetas descrip-

tivos, que consiste en dar á los objetos todos de la naturaleza el carácter y el colorido que tienen.

El abate Délille, según los críticos, no alcanzó, por falta de esta misma cualidad, á empuñar el cetro de la poesía, cetro que por otra parte, no le habría costado mucho conseguir en una era en que la Francia no poseía más que rimadores y de la escuela volteriana, que, como se sabe, profesaba en arte el principio que sirve de emblema al realismo brutal que domina hoy en la pintura, música y escultura francesa. Offenbach habría sido en los últimos años del pasado siglo un poeta de primer orden. Su musa juguetona hasta la chocarrería se hubiera adaptado perfectamente al modo de ser de aquella sociedad en descomposición. Reír á carcajadas de todas las tristezas incomprensibles del espíritu y del corazón era la manera como en aquella época se entendía la tarea de la vida. Quien llora piensa, y quien piensa cree; luego, para no creer era preciso reír, y reír de modo que el mismo estruendo de la alegrías apagase las quejas del alma insultada en sus más santas melancolías.

Volviendo á Sanfuentes, lo confieso con toda franqueza, jamás me hizo con sus versos impresión profunda. Y es ello tan cierto que más de una vez hubiera querido sentir dolor leyendo sus sonoras y bien cortadas estrofas. No obstante, como ya lo he dicho, admiré en él siempre su amor constante á lo bello y á lo bueno.

Aquella naturaleza era verdaderamente rica, pero incompleta. Su espíritu tenía elevación, pero no reverberaba luz; sus pasiones eran fuertes, vigorosas, mas en ellas no había nada de dramático, es decir, de ese claro obscuro que las levanta hasta la epopeya y las rebaja en ocasiones hasta la más villana prosa.

Su organización se prestaba más al ejercicio de la jurisprudencia que al cultivo de las bellas letras, y por uno de aquellos fenómenos que confunden, las musas fueron siempre sus preferidas.

¿Qué vive hoy de aquel hombre? ¿Viven sus versos? ¿Viven sus obras como jurisconsulto? No podría decirlo: pero vemos irradiar del fondo de su sepulcro una dulce claridad que circunda como aureola celeste el nombre que lleva inscripto en su lápida.

II

Decíamos que muerto el *Conservador*, Tocornal, García Reyes y Bello, abandonaron las tareas literarias, que entonces sobre no ser nada lucrativas eran miradas con cierto menosprecio, para dedicarse al foro que de tiempo inmemorial es entre nosotros la carrera de las carreras. Juan Enrique Ramírez hizo lo mismo que sus colegas, pero con la diferencia de que en vez de trocar la pluma del periodista por la grave péñola del letrado, cambió la suya por la azada. El campo para una naturaleza un tanto montaraz, como la suya, tenía encantos infinitos.

La agricultura, industria de los poltrones, como decía graciosamente en el senado don Manuel J. Irarrázaval, es de todas las industrias la que más cuadra á los caracteres profundos é independientes. Los bosques, la verdura, las faenas pastoriles, todo, todo hace del campo una mansión codiciada para los que han nacido, según la expresión del melancólico Young, con el valor para estar solos consigo mismo.

Un hombre que vive lejos del tumulto del partido, de las intrigas palaciegas, libre de esos lazos que la sociedad ha creado para encadenar á sus miembros y que no son sino otros tantos grilletes para el pobre y el desvalido, no puede menos de ir acopiando día á día un tesoro de mansedumbre y benevolencia cristianas. Entre los que labran el campo no hay ateos ni hipocondríacos; la hipocondría es la enfermedad de los que respiran sin cesar el aire mefítico de las ciudades. Diocleciano, cultivando sus lechugas en Salona, era mil veces más feliz que cuando empuñaba el cetrò

del mundo. Montesquieu decía que solo cuando se retiraba á su castillo de *La Brède* era dueño de sí mismo; y hasta el mismo Voltaire, que era por excelencia amigo de los placeres y del bullicio, tuvo en Ferney los únicos momentos de dicha que disfrutó en su larga y borrascosa vida.

Hago estas reflexiones porque hay muchos que creen que nuestros padres, que fueron todos hacendados, no tuvieron para fortalecer sus ideas de independencia patria el teatro que tenemos nosotros.

¡Ah! dudo mucho que hiciéramos lo que aquellos viejos ilustres, si llegase la ocasión de poner á prueba nuestro patriotismo!

Uno de mis abuelos, don Martín Calvo Encalada, que era el tipo perfecto del caballero, y del patriota de aquella época, contestando un día en la primera junta legislativa, á su deudo don Manuel Recabarren, que fué después uno de los próceres de la independencia, decía:

«Si no sé, como *huaso* que soy, los usos y las prácticas legislativas de Europa, sé, señor mío, que mis padres me enseñaron á amar á la patria después de Dios y que he cumplido sus enseñanzas».

Estas sencillas pero hermosas palabras no las habría proferido ciertamente un almizclado galán de los muchos que sientan hoy en los bancos del congreso. Nó, porque la edad presente, dígase lo que se quiera, no es la edad de las grandes creencias. La civilización nos ha hecho más amables, más sabidos; pero en cambio más raquíticos en pensamientos y en pasiones. Esta disgresión debe perdonárseme en obsequio de mis recuerdos, que, como en todos los viejos, ejercen en mí una influencia arrastradora cuando me encuentro con la pluma en la mano. La charla es el goce único de la vejez; es preciso, pues, perdonarla ya que no agradecerla, porque al fin y al cabo no sabrían los jóvenes nuestra historia casera.

Hecho cargo Ramírez de la administración de la hacienda de *Las Tablas*, patrimonio de su señora madre, consa-

gróse efectivamente, como dice el *Diccionario Biográfico* de Cortés, al estudio científico de la agricultura, y fué tanta su contracción que á los pocos años era todo un agricultor en toda la extensión de la palabra.

De todas las nuevas invenciones en instrumentos de labranza estaba al corriente mediante la lectura diaria en sus horas de reposo de las lecturas europeas.

Recuerdo haberle oído decir que en el año 1845 había enseñado á varios hacendados amigos las muestras de los arados que sólo se introdujeron en Chile á fines de 1858 ó 59.

Y todo esto hacía aquel incansable mozo sin descuidar el cultivo de las letras y de las ciencias. Con decir que aprendió química agrícola y química aplicada á las industrias sin más maestro que su talento y laboriosidad, basta para que se comprenda el alcance de sus facultades intelectuales y la energía de su carácter.

¡Qué hermoso retiro campestre era el suyo!

Veíasele ya rodeado de libros, de aparatos de física y química, ya leyendo á la sombra de los sauces, ya recortando las flores y podando los árboles, ya dando de comer á las aves, que como inteligente zoologista sabía coleccionar, ya, en fin, ensayando por su propia mano la nueva podadera inglesa, ó el último rastrillo alemán, ó las postreras máquinas francesas para hacer mantequilla y estrujar la uva.

En 1846, si la memoria no me engaña, un pleito ruidoso con Ricardo Price le obligó á volver á la prensa periodística. A más de varios artículos de notable fuerza satírica y de polémica, publicó un folleto que, según recuerdo, hizo gran sensación en Santiago. El folleto era todo un alegato forense al estilo de los de Cormenin, ó mejor, al de Beaumarchais en el célebre proceso con el libelista Morande.

Nervio, gracia, pureza de dicción hacen de aquella pieza un modelo en su género. La víctima de sus tiros era don Manuel Carvallo, abogado de Price, y aunque un conten-

dor como éste no era el más á propósito para servir de pasto á la burla, Ramírez consiguió hacer reír bastante del abogado y del cliente.

Otro folleto también notable vino luego á mostrarnos que el colaborador del *Semanario* era todo un escritor, y lo que no se esperaba, un excelente abogado.

Por lo que he oído decir á personas del oficio, el *industrial* Ramírez había estudiado bien leyes, sobresaliendo en el derecho romano, que aprendió con don Andrés Bello.

Desde 1847 hasta 1872, en que falleció en Iquique, su vida toda fué empleada en empresas, que no obstante la fortuna con que fueron llevadas á cabo, no le produjeron sino escaso provecho.

El ferrocarril urbano de Valparaíso fué su obra, y ¡qué obra! si se tiene presente que para formar una compañía como la que se necesitaba, estábamos todavía á obscuras en materia de sociedades de crédito.

Igual cosa puede decirse de la Compañía de Consumidores de Gas, cuyo fundación costó á Ramírez indecibles afanes y molestias de todo linaje.

Respecto de la implantación de la fábrica de tejidos de cáñamo, una exposición hecha por él en el año 1871 nòs permite apreciar los sacrificios que debió imponer á su idea de dotar al país con esta nueva industria.

Pero no es aquí donde quiero presentarlo, pues en el terreno de la industria le conocen ya demasiado nuestros compatriotas, sino en las letras en que muy pocos saben que ocupó un distinguido puesto.

Para apreciar debidamente el movimiento literario que provocó Sarmiento en 1840 con sus ataques á Chile, es preciso tomar en cuenta el estado en que estaba el país, estado verdaderamente tristísimo en lo que se relaciona con la literatura.

Hasta ese año, por muchos títulos inolvidable, las letras chilenas no tenían sino un muy reducido número de aficionados. Entregada la prensa periódica á manos extrañas,

ni aun en las cuestiones que más de cerca nos agitaban, éramos nosotros los que la debatían. Algunos artículos de diatriba personal, una que otra composición en verso era todo lo que ofrecíamos como muestra del ingenio nacional al extranjero que visitaba nuestras playas. Y esto acontecía no porque no hubiesen jóvenes ilustrados y capaces, sino porque la sociedad, por una preocupación funesta, juzgaba los entretenimientos literarios solo propios de calaveras y no de una juventud seria y que debía más tarde ocupar los más altos puestos del Estado.

Hacer versos era entonces como andar de tuna por cafés y chinganas. Y no es ello exageración, pues aun viven personas que pueden decir si es cierto que algunos jóvenes de familia fueron despedidos de las casas que visitaban sólo por haber escrito algunas endechas demasiado amorosas.

En tal situación ¿cómo cultivar las letras? Por otra parte, ¿cómo escribir teniendo herméticamente cerradas las puertas de las imprentas para todos esos desahogos que hoy sirven para adiestrarse en el manejo de la pluma á la juventud estudiosa?

Sarmiento, en su crudo y salvaje lenguaje, decía bien: «Chile no tenía un poeta ni un periodista; tenía sólo abogados y clérigos». «Chile era una tabla rasa donde se había escrito con carbón lo que él llama su constitución».

Por fortuna la procacidad del huésped sanjuanino llegó un día á sacar de quicio á ciertos jóvenes que por su crédito personal y de familia podían demostrar á aquel audaz pedante que no eran insensibles á sus ultrajes. Tocornal, García Reyes, Bello, Sanfuentes, Ramírez, Núñez, padre de mi amigo Abelardo y Manuel Talavera fueron éstos.

Compróse una pequeña imprenta, repartiéronse sus tareas de redacción y manejo del negocio, y con una brevedad para entonces pasmosa en asuntos de esta clase, apareció el *Semanario* lleno de escogidos artículos y prometiendo presentarse aún más nutrido de sustanciosos materiales.

De su primer número se burló Sarmiento llamando á sus escritores los *seminaristas;* de su segundo la burla fué más pesada, pero el encontrarse en los siguientes con una infinidad de buenas composiciones en prosa y verso, confesó «*celebraba haber movido á la juventud chilena mostrándole una senda desconocida*».

Pues bien, entre estos memorables precursores de la literatura chilena contemporánea, á quienes se debe bendecir todos los días, se hallaba Juan Enrique Ramírez, que con su ejemplo y sus consejos hizo quizás más que ninguno de sus apreciables colegas en beneficio del generoso propósito que le animaba.

El mismo que escribe este artículo, que no era entonces más que un aturdido adolescente de diecisiete años, le debió consejos que más tarde le han aprovechado en su carrera de periodista.

Juan Nepomuceno Espejo, Francisco Matta, Jacinto y Andrés Chacón, Francisco Bilbao, Santiago Lindsay y algunos pocos más que luego conquistaron cierta nombradía no habrían ciertamente empuñado su pluma ni tan pronto ni con tanta felicidad, si los redactores del *Semanario* no hubiesen salido á la palestra en defensa de los chilenos tan vilipendiados por Sarmiento y los demás argentinos que en tropel llegaban huyendo de la tiranía de Rosas para defender la tiranía en Chile.

Para concluir: Juan Enrique Ramírez, de quien el Diccionario Biográfico de Cortés hace sólo un *industrial* de la estirpe de los Sotos y de los Varelas, era un literato en toda regla.

Su instrucción era vastísima, su pluma elegante, y quizás una de las más castizas que hemos tenido nunca.

Su influencia en el movimiento literario de que ya he hablado nos obliga, sobre todo, á reconocer en él un verdadero promotor de la literatura chilena.

Es muy posible que alguien diga que para expresarme así obedezca á algún interés personal. No, por Dios! Mi al-

ma, que vive de recuerdos puros, se negaría, si así fuese, á prestarme su apoyo con la memoria de esos días de mi juventud sepultados ya por desgracia en la bruma del pasado.

Lo confieso con orgullo: venero á los que me enseñaron á comprender las bellezas del arte, y por eso cuando veo que no se les dispensa el aplauso que merecen, tomo la pluma y como puedo dejo que estampe en el papel las emociones que siento.

Se muy bien que para mí después de muerto no habrá quien quiera tomarse la pena ni de recordarme; pero eso, si me entristece, no me desalienta. Y la prueba la verá quien lea el pequeño librejo de mis memorias que publicaré, si Dios me ayuda, antes de guardar la pluma de diarista.

He visto, sin salir de mi rincón, muchos caracteres dignos de estudio, muchos acontecimientos que merecen recuerdo y también muchas miserias que piden les consagre una página indeleble.

Mientras tanto, me contentaré, como lo hago hoy, con decir la verdad sobre los muertos que he amado y que desde el cielo me agradecerán el que les rinda justicia.

A Juan E. Ramírez lo conocí en mi niñez, le veía diariamente bajo el hospitalario techo del almirante Blanco Encalada, y cuando después fuí hombre me confirmé en el juicio que sobre su persona oí en mil ocasiones á mi padre. Esto explica y justifica este artículo.



Bohemios del talento

APUNTES DE VIAJE DE S. ESTRADA

I

Siempre me he preguntado sin poderme responder por qué el naturalista que ha llevado su paciencia hasta clasificar el animalículo asqueroso de la trichina, no ha querido tomarse la pena de asignar siquiera una especie al hermoso cuanto desgraciado animal que en la América latina lleva la pesada carga del pensamiento escrito.

¿A qué reino de los en que han dividido los sabios la naturaleza pertenecerá el escritor americano? ¿Cuál es su origen, cuáles son las leyes fisiológicas á que está ajustada su vida, cuáles sus destinos en el porvenir?

He ahí preguntas que parecerán una majadería á las inteligencias superficiales y hasta un escándalo y una insolencia á los que creyendo á los escritores demasiado dichosos para lo poco que valen, estarian dispuestos á protestar contra su inmerecida ventura.

Empero, en el Ecuador el arte de escribir es un arte diabólico que no puede ejercerse sin que la autoridad intervenga para exorcizar de cuando en cuando al escritor, hasta hacerle á fuerza de conjuros arrojar al diablo del cuerpo. García Moreno juzga al hombre de pluma como hombre *poseído*, y en este concepto no le otorga más favor que el

que se dispensa en los manicomios á las víctimas del *delirium tremens.*

En Venezuela el escritor de periódicos es algo como una creación intermedia entre el escritor de libros y el que no es capaz de escribir su apellido. Monagas decía á sus amigos: los periodistas son al pensador lo que el mono al hombre: una caricatura.

En Nueva Granada, que es la tierra natal de las revoluciones morales y físicas, el plumario es una especie de figurilla semejante á un peón de esos que en el ajedrez están destinados á morir á las dos ó tres jugadas.

Mosquera se ha comido más escritores que peones Filidor y que tortas de bizcochuelo el capellán de las monjas Agustinas.

En el Paraguay, cuando era Paraguay, el hombre de letras fué menos que eso: López murió creyendo, á pesar de sus viajes y su prurito de culteranismo diplomático, que todo aquel que naciera en sus tierras con el signo característico del plumista debería pasar por la operación periódica á que sujetan las viejas en los corrales á las gallinas, y que consiste en arrancarles las plumas de la cola y de las alas para que no vuelen hasta el tejado vecino.

En Cuba el que escribe con el corazón muere ó se pudre en los calabozos: la pluma es allí soga ó estilete japonés, que sirve al que la maneja para desgarrarse instantáneamente sus propias entrañas.

En el Perú, Balta, Castilla, Echenique, etc., etc., etc., no creyeron á los periodistas ciudadanos ni aun hombres: los encarcelaron, les taparon las imprentas, que para ellos debieron antojárseles madrigueras de ratones rabiosos, y después de haberlos aherrojado, oprimido, vejado, los soltaban con la esperanza de que no querrían volver á introducirse en la jaula.

En Bolivia, el escritor, según nos cuenta Sotomayor Valdés, es trovador de palacio. Toca la cítara ó la bandurria, y en ellas destrenza sus fantasías, nunca tan fantásticas

que dejen de decir una frase halagüeña al oído del gran señor, sufriendo, por de contado, algunos apretones de clavija consiguientes á la necesidad de afinar el instrumento.

II

Este es el cuadro del escritor político en la mayor parte de la América española; y esto es lo que nos hace volver á interrogarnos si escribir entre nosotros es un arte que merezca premio y alimento ó solo el delito digno de una penalidad peculiar y ejemplarizadora.

Como ya friso en la edad madura y he visto por experiencia propia lo que vale el talento de escritor, se me permitirá que clasifique á los que viven de su pluma en una casta aparte, cuyo nombre no enfadará á ninguno de mis colegas por ser en extremo molesto y verdadero.

Llamaré, pues, á los que se dedican á las tareas de prensa: *beduinos de la inteligencia*, ó con más propiedad *gitanos del talento.*

¡Ah! sin salir de las goteras de nuestra propia casa, á cuántos de esos bohemios no he conocido, admirado, amado y hasta enviado en aquellas horas de juventud en que todo lo que nos rodea tiene el embriagador perfume de la gloria!

Era yo niño cuando conocí al famoso don José Joaquín de Mora. Intimo amigo de mi padre, recitando yo puede decirse desde la cuna, los infantiles versos del *No me olvides*, era natural que su figura me hiciese una impresión profunda. Recuerdo que el primer día que le vi me atrajo hacia sus rodillas, y después de hacerme dos ó tres fiestas dijo sonriendo: *á este guachalomo le veo cara de ser de los nuestros.* No diga usted eso, amigo mío, contestó mi padre: la pluma no será en Chile por muchos años más que un certificado de invalidez en toda regla.

La pluma! replicó el fogoso andaluz, la pluma! Me ha

hecho ganar seis mil duros anuales en Londres, en esa ciudad donde no se habla el español; la pluma me ha permitido escribir mi nombre, que sólo era conocido en el barrio del *Horno Quemado* de mi tierra natal, al lado del de Blanco White; la pluma, solo la pluma fué quien me abrió de par en par las puertas de la República Argentina, en la que he vivido inspirando al primer hombre de América... á Rivadavia.

Sin embargo, la pluma aquella que tantos servicios, tantos goces y tantas glorias había prestado á ese insigne bohemio, no le sirvió en Chile sino de pasaporte para el destierro, que aventó, no sólo el hogar recientemente construído del poeta, sino el nido en que mil pimpollos de hermosura y talento comenzaron á aprender el ejercicio de las virtudes domésticas y los derechos y los deberes del hombre libre.

Pobre *beduino!* La tempestad que había deshecho su tienda en Buenos Aires, desbarató con igual furia, en una sola noche, la humilde en que pensaba pasar tranquilo los últimos días de su vida aventurera. Pero el destino es inexorable con los *gitanos del talento;* no les permite respiro sino mientras se ahogan con el humo pestilente de la adulación á los que esclavizan su ingenio. Mora se refugió en el Perú. Santa Cruz le ofreció, junto con la educación de sus hijos, la redacción del *Eco del Protectorado.*

La suerte parecía querer mirarle con ojos misericordiosos; ya no padecerían él ni su familia hambre ni sed; por el contrario, él sería La Harpe de aquellos pichones de Césares-cholos, y sus hijos y su esposa los hijos y la esposa del primer consejero del gran restaurador ó protector de la América.

El bien, como de costumbre, duró poco. Rota la confederación Perú-Boliviana por la victoria de las armas chilenas, el aduar del beduino moro volvió á levantarse, más nó sin peligro de que sus nómades habitadores dejasen hasta el pellejo en la tierra que habían venido á ilustrar

con sus talentos. El hogar portátil volvió á erigirse en Londres. El Támesis no era el Rimac ni el Mapocho. Ackerman, sostén obligado de todos los literatos españoles, había muerto. Blanco White estaba olvidado. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Ponerse en camino de Madrid, no había otro remedio.

Los liberales de la isla de León no podían haber desaparecido todos; Martínez de la Rosa, Saavedra, vivían todavía, y aquél como discípulo amado del proscripto, y éste como su amigo y colega en letras, no podían menos que prestarle algún apoyo. Error! La España no consiente que se la deje, no perdona á los que como Mora la han insultado de lejos.

No halló, pues, el poeta y publicista andaluz amparo ni en los poetas ni en los publicistas de Madrid; al revés, le atacaron acremente, le hostilizaron hasta obligarle á buscar la protección del Vizconde de San Luis, cuya sombra era semejante á la del litre en la ponzoña y los dolores con que regala á los que la buscan. Cayó Sartorius, y Mora que no había estado jamás en alto, se hundió salvando solo su pluma, que á pesar del fango en que se había empapado por tanto tiempo, volvió á servirle de bordón y saco para medio arrastrar su vida de peregrino.

Me he detenido en esta figura porque ella es el tipo perfecto de los *gitanos del talento* y en ella podrán los que quieran leerme hallar el retrato de la desgraciada familia de los escritores.

Respecto á los otros huéspedes literarios que nos han visitado después del año 40, la cosa no ha sido tan triste, y eso que más de uno de ellos pudo correr los azares que sufrimos todos los de casa en las mil y una peripecias de nuestra historia doméstica. Sarmiento, Mitre, Alberdi, Frías, Gómez, López, etc., allí están; peregrinos arrojados por la tempestad de la patria, vinieron á arrojarse en el huracán de la ajena. Traían una pluma, eran argentinos, y

con una pluma, talento y audacia se puede hacer mucho en países que se constituyen.

Sarmiento nos enseña ortografía sin saber gramática; se hace educacionista sin haber sido educado; convulsiona el campo de la política, remueve los terrones del que debía ser verjel de nuestras letras, y batallando ayer y batallando hoy y batallando mañana, logra al fin ilustrar su nombre con los servicios prestados á la juventud de un país que no era el suyo y elevarse, merced á sus talentos cultivados en Chile, á una categoría que de otra suerte quizás no le habría asignado su patria.

Mitre defiende la libertad contra el que no debió parecerle despotismo sino dulcísimo gobierno, y después de haberse hecho reconocer como hermano, oye una buena mañana que el Nerón del Plata está para dar el último combate y corre á alistarse en las filas de sus camaradas de infortunio para vencer con ellos ó ser despedazado por la Mazorca.

III

Tratar de analizar lo que han sufrido, gozado y hecho sufrir y gozar los emigrados argentinos, sería una tarea imposible en unas cuantas páginas; bástenos saber que los *beduinos* del Plata nos enseñaron y aprendieron de nosotros, ora inspirándonos el aliento que nos faltaba, ora inspirándose á su turno en la gravedad y circunspección de nuestro carácter y de nuestros estudios.

Los *pamperos*, como se les llamaba, nos han sido, dígase lo que se diga, en extremo benéficos. El diarismo, elevado hoy en Chile á una altura respetable, es obra suya; las ideas sobre educación primaria que hemos conseguido aclimatar y beneficiar desde largos años, obra suya también. Y no se crea que al explicarnos así desconocemos el esfuerzo que nos han costado semejantes trabajos. Lo que queremos decir es que la iniciativa, el ejemplo, fueron argentinos, y

tanto lo fueron, que sin los bruscos ataques de Sarmiento contra la esterilidad de nuestro Parnaso, no tendríamos tal vez la multitud de vates que han desmentido aquellas por entonces muy justas acusaciones.

Al fin, nuestros huéspedes volvieron á sus hogares más instruídos, más cultos, más reposados y llevándose en la memoria del espíritu y del corazón el recuerdo de un pueblo dichoso con su corta ventura, y sumamente tierno, franco y sincero en sus afecciones.

Elevado á la presidencia de su patria el general Mitre, subido en seguida á ella el señor Sarmiento; convertido el ligero periodista Tejedor en todo un hombre serio; hechos pensadores aquellos frívolos cuanto simpáticos mozos que fueron el encanto y susto de nuestros rígidos salones, ¿qué nos dirían hoy si volvieran á pisar el suelo de Chile?

¿Nos acusarían de retrogradismo?

¿Nos tacharían de indolentes en el cultivo de las ciencias, las letras y las artes? Nó, vive Dios! se asombrarían y confesarían gozosos que en solo treinta años hemos conseguido cambiar por completo el tabladillo provisional en que ellos representaron las primeras farsas, en un estable y extenso teatro en que pueden lucir desahogadas nuestra civilización y cultura.

Y no se engañarían, y no podrían engañarse tampoco desde que mil huéspedes de todas naciones llegan diariamente á nuestras playas creyéndose encontrar con un pueblo atrasado y pobre y se retiran completamente satisfechos de nuestro progreso y de nuestra dicha.

IV

Con todo, en esta felicidad esplendorosa hay algunos puntos negros, y entre ellos es el más prominente el que representa el mísero destino de los hombres de letras.

¿Puede imaginarse nada más triste que ver al noble y escaso gremio de los obreros del pensamiento reducido á la

dura condición de los parias, mientras que todos los que se dedican al foro, á las carreras científicas y hasta á los oficios enc entran una posición cómoda y respetable?

No vaya á contestársenos que los escritores serios como Amunátegui no sólo tienen con qué vivir sino con qué vivir con honra, porque si se nos hace semejante argumento, se nos obligará á decir que en la fortuna de ese escritor han entrado una multitud de circunstancias que no se repiten sino raras veces, ó mejor que no se han repetido nunca en Chile.

Más aún, dado caso que Amunátegui hubiera descubierto el secreto de hacer fortuna con sus libros, lo que no es cierto, ¿por qué no lo han conseguido igualmente Barros Arana y Vicuña Mackenna que tienen tantos ó más espléndidos triunfos literarios?

Larra al decir que escribir en Madrid era llorar, verificar el más desesperante monólogo, si hubiera divisado siquiera en lontananza la suerte de nuestros literatos, no se habría contentado con lo que dijo para verguenza de su patria; nó, habría añadido algo más duro, y aun todavía, estamos seguros, se habría quedado muy atrás de la verdad completa.

¿Qué dinero, que posición, qué honores han proporcionado las letras á don José Victorino Lastarria, que es la reputación literaria más sólida que tenemos? ¿Ser ministro después de haberlo sido Berganza? ¿Ser miembro de la universidad cuando ella ha sido el invernáculo de una infinidad de mediocridades estiradas que sólo á fuerza de gravedad postiza han conseguido encubrir su nulidad absoluta?

¡Ah! si don Victorino Lastarria no hubiera defendido pleitos y hallado ricas vetas en Caracoles, de seguro que á estas horas el maestro de toda la que se llama la ilustrada juventud chilena estaría con su alforja al hombro, llevando su dolor y su resentimiento como cualquiera de esos otros bohemios de que venimos ocupándonos.

García del Río, cuya existencia fué todo un romance singular en que con la diplomacia y el amor, las letras y los arduos negocios de estado se compartieron por iguales porciones los encantos y los desengaños; ese García del Río, decimos, que era todo seducción, finura, elegancia, ingenio, no alcanzó á ser otra cosa entre nosotros que un bohemio de alto tono, viviendo hoy en Santiago en un espléndido departamento y mañana en Valparaíso en un camaranchón de la imprenta del *Mercurio*.

Cuando leí los *Trabajadores del mar*, obra la más preciosa en su género y la que menos valor material ha producido á Víctor Hugo, no pude menos que fijarme en algunos episodios que encontré y encuentro todavía encantadores. Por ejemplo, la mansión que edifica el gran poeta para el *Pulpo* no he podido olvidarla. Aquello es de una belleza que se siente y no puede describirse. Aquel monstruo horrible, más asqueroso aun que el sueño de una bruja, como dijo un crítico francés, tiene una vivienda más afiligranada y primorosa que los palacios de Granada.

La luz es allí reverberación diamantina que se quiebra en prismas dulcísimos en que cada color es una deliciosa nota de música. Los muros son encajes de plata y oro bordados por las estalácticas más caprichosas, y el techo la arquería de una bóveda trasparente y diáfana como los resplandores agudos del brillante. En fin, el aire que el poeta hace venir allí como emanación de aquel conjunto de pedrerías lumínicas, es una cosa que extasía, que pasma, que no puede comprenderse, pero que electriza hasta la médula de los huesos.

¿Qué palacio para un *Pulpo*, qué mansión para un monstruo blando y pegajoso como el esputo de un tísico, para un ser que sólo representa la fantasía del padre del horror y del asco!

¡Pues bien! de esta pintura he sacado yo embeleso y lección. ¿A cuántos *Pulpos*, me he dicho, todavía peores que el de Víctor Hugo, no vemos habitando regias moradas en

que los días se deslizan como se desliza la neblina fragante del incienso en un zahumador oriental?

Y al decir esto, la mugrienta bohardilla del poeta, el zaquizamí del periodista se han ofrecido á mi vista y á mi olfato, y mi olfato y mi vista han sufrido una ofensa que me han hecho estremecer de cólera y de pena.

¡Pobres bohemios del talento! para vuestras narices no se han fabricado las embalsamadoras esencias de Guerlain, ni para vuestros cuerpos las levitas de Dussotois y Alfred! ni para vuestros paladares han esprimido su aromoso jugo las exquisitas uvas del Medoc! Pobres gitanos! para vosotros sólo se han hecho las plumas de acero, los tinteros de plomo, las duras banquetas de álamo; sí, solo para vosotros, malditos sectarios de un Mesías que todavía no ha venido y que se llama el redentor del talento, ha prestado Dios á los grandes el ceño del desprecio, las agrias exigencias á los hombres del poder, las insultantes protecciones á los que, llamándose Mecenas de los ingenios, no tienen empacho en llamar al poeta, *tunante*, al escritor espiritual *botarate* y sonreír después satisfechos como si hubiesen inventado el compás de la justicia.

V

Viviendo Diderot en un quinto piso de un barrio apartado de París, llegó una mañana á visitarle Mr. Suard, conocido por su buena traducción de Robertson. Vengo á veros le dijo, porque se que estáis pobre y necesito para mañana un pequeño discurso en latín sobre Terencio. Sin dejarle concluír, su interlocutor exclamó:—«Venís á tiempo: á mi lavandera hace seis meses que no la pago sino con...mi amor. Escribiré diez páginas en latín correcto por cincuenta francos».

—Convenido, dijo el tratante en latines, y dejó sobre una consola veinticinco francos anticipados.

Fuera ya del aposento Mr. Suard, Diderot, después de hacer sonar las monedas cariñosamente, exclamó:—*Me voilà latiniste et à bon marché, tandis que le curé de ma paroisse, qui ne sait pas lire son bréviaire, gagne cinquante mil*».

Esta anécdota hace ver que hasta en el siglo de la filosofía existían bohemios, pero no tan infelices como los que tenemos por nuestra tierra. Mas por fortuna, el vagabundaje literario ha desaparecido por completo, no sólo en Francia, sino en todos los países civilizados de Europa.

Girardin es un testimonio irrecusable. Cuando creó el periodiquito llamado *Le Voleur* era menos que un bohemio, era un ignorante audaz, y nada más.

Comienza á escribir y comienza á aprender. Al cabo de dos años el estilo incorrecto es estilo, si no clásico, atrayente, propio. Sigue el trabajo y la reputación sigue su camino hasta granjearle en menos de diez años una posición confortable y una fama de periodista que nadie antes ni después de él había disfrutado en Francia.

Dujarriez gozaba de la renta de veinticuatro mil pesos anuales como redactor en jefe de un diario, *Los Debates*, cuando Beauvallon le despachó á mejor vida.

Mientras esto pasaba, por aquí habían bohemios que mendigaban en Santiago como una limosna la inserción de alguno de sus artículos que en otra parte se habrían pagado muy caros.

VI

Como sería cuento de nunca acabar, pararé aquí el hilo de los recuerdos, y llevando mi mirada hacia otro teatro más halagüeño procuraré compensar con lo bueno que en él vea lo mucho que he padecido en aquél.

Las penas literarias no pueden aliviarse sino con medicinas análogas. Esto me obliga á buscar un tema que guarde consonancia con la materia de que vengo tratando.

¿Dónde le hallaré?... ¡Bárbaro de mí! hacerme semejante pregunta, teniendo sobre mi pupitre el precioso libro de Santiago Estrada.

Soy franco: este libro no puede juzgarse con el compás del crítico. Hay en él ciencia, arte, sentimiento, pasión por lo bello, filosofía, qué se yo que más que me obligan á leer sus páginas, á volver á leerlas y releerlas todavía.

Cuando el corazón y el espíritu quedan así subyugados, inútil es pretender calarse las antiparras de Zoilo.

Con ellas no veremos sino borrones. Esto sin embargo, me apena, porque suelo tener á veces ciertos humillos de hombre de buen gusto que no permiten guardar silencio llegada la ocasión de hacer muestra de mi juicio.

Pero, ¿qué hacer...........................

Ya que es forzoso juzgar, me calaré la peluca empolvada, vestiré el traje talar y diré al señor Estrada: hablad, se os acusa de haber hecho un libro bonito, y esto es un crimen que no puede perdonar nuestro amor propio.

El señor Estrada, como si lo viera, me dirá con su aire gachón:—«Mi defensa está en mis *Apuntes de viaje;* leedlos y después haced lo que mejor os plazca».

Voy, pues, á darme los aires de ministro del gran jurado de la opinión.

Desde luego, el autor de la obra no ha pretendido otra cosa que enhilar sus impresiones de viajero.

«Mi trabajo, dice, reproduce impresiones mejor sentidas por el corazón que expresadas por la pluma.

«Estas líneas tendrían un mérito indisputable si reflejasen la salvaje grandeza de las selvas, los horizontes del desierto y los perfiles sorprendentes de las montañas, las ruinas silenciosas de la ciudad muerta y el movimiento de la ciudad viva, la luz pálida del estrecho de Magallanes y la aurora vaporosa que ciñe la frente del Tupungato á la caída de la tarde.

«He descrito la pampa, las provincias argentinas, la gran cordillera de los Andes y el estrecho de Magallanes bajo el

único punto de vista en que me es posible hacerlo: bajo el punto de vista pintoresco.

«Algunas noticias geológicas que mi trabajo contiene, pertenecen á los hombres de ciencia. No he invadido el terreno de Burmeister, Philippi, Domeyko, Pissis y Lastarria.

«Los geógrafos y los historiadores me han suministrado noticias de otro orden, y que he dado colocación en el lugar conveniente.

«Confiando en la bondad de Chile, arrojo á la publicidad estas pobres hojas, sencillas como trébol de mis llanuras, y que no aspiran á vivir lo que las inmortales cimas de los Andes.

«Flores humildes del desierto, demandan el recuerdo de un día, y piden para el siguiente el olvido de la tolerancia».

Con solo leer estas líneas se ve que el señor Estrada es reo del delito de modestia, delito muy raro en América, y mucho más entre nosotros.

Para probar que es así, basta y sobra con abrir el libro en cualquiera de sus hojas.

En unas describe como *turista*, en otras pinta como pudiera Rose Bonheur sus encantados paisajes, y en otras tomando alternativamente el lápiz y el pincel, la lira y el armonium, dibuja, colora, canta y solloza, y entre sollozos y cantos, cuadros realmente grandiosos unos y miniaturados otros, nos lleva desde el muelle de su ciudad natal, en que dijo adiós á su idolatrado padre, hasta el momento en que desde el cabo de San Antonio descubre el humo del hogar paterno.

VII

Para escribir ternezas no sólo se necesita corazón; el sentimiento no bien educado es incapaz de dar voz armónica á sus quejas. Mas si es fuerza la educación de los afectos, es preciso que no pequen de ese relamimiento empalagoso

que suelen emplear los escritores llorones por sistema y mal gusto.

El que llora pretende que le acompañen, si no con lágrimas, al menos con tristeza. De otra manera no se empeñara en contar sus melancolías.

Quien ha leído con meditación á Chateaubriand es imposible que haya dejado de suspirar. *Atala* es toda una elegía, á la cual sólo puede compararse ese precioso romance *Pablo y Virginia*, que todos hemos repasado en la primera juventud y que algunos viejos, como me sucede á mí, leen de vez en cuando para refrescar el arenal de su alma.

Lamartine es todavía más dulce, más patético, más melancólico que el ilustre autor del *Genio del Cristianismo*. No puede leérsele sin emoción; prosa ó verso, que en él todo es lo mismo, son lágrimas escritas, pero lágrimas que no se volatilizan con el calor de la mano que sostiene el libro, sino que se hacen más cristalinas y húmedas á medida que se las contempla.

Desafío á todo hombre de corazón á que lea las últimas páginas de *Grazziela* sin gemir.

¡Oh! aquéllo es desgarrador! y tanto, que al cerrar el libro uno se admira de que el que ha escrito semejantes líneas no haya expirado de dolor al soltar la pluma. Por esto sin duda la escuela literaria á que pertenecen los dos grandes escritores que he nombrado ha ido poco á poco apagándose. El mercantilismo, la falta de fe, el ansia de goces sensuales son enfermedades que no consienten ni el idealismo en la filosofía, ni el sentimentalismo en la literatura. Obermann, Werther, Childe Harold, etc., serán por mucho tiempo de moda, mientras que el poema de *Los Mártires*, *Jocelyn* y *Grazziela*, quedarán relegados al estante de uno que otro hombre que, á pesar del espíritu que domina á la época, conserve intacto los recuerdos de lo pasado.

Entre ellos Santiago Estrada, estamos ciertos, querrá que le contemos, y aunque no lo quisiera, sus *Apuntes de viaje* me dan derecho para asignarle este puesto.

Y esto es cabalmente lo que más aplaudimos y admiramos en el joven escritor argentino; tiene fe y sabe difundirla, tiene dolor y sabe comunicarlo, y sin verse obligado ni á hacer confesiones deslumbradoras, ni á desgarrarse impíamente las entrañas, como acontece á algunos sectarios ó copistas de Byron.

La pampa, los Andes, Mendoza, Magallanes, son capítulos que honrarían á la mejor pluma. Los sitios amenos, las eternas soledades, los abismos profundos, las ruinas silenciosas, todo lo que cae bajo su lápiz queda dibujado correctamente y colorido con la tinta que le pertenece. Sobre la montaña su estilo se hace grandioso y solemne; en la floresta franco y ligero; en la desolación meditabundo y lloroso; en la aldea, pastoril, y en la iglesia profundamente inspirado.

Respecto de la filosofía que preside á sus reflexiones no hay para qué hablar, desde que se conoce al hombre, todo él cariño y respeto por las creencias de sus mayores, todo él estudio y contemplación de la naturaleza bajo el prisma de la esperanza en Dios, que es todo amor, luz, regularidad y justicia.

Por lo que toca á su habilidad de observación en las costumbres, usos, tipos, no puede haber duda una vez que se han leído algunos renglones de los capítulos consagrados á Montevideo, el Cádiz americano, y á Córdoba, la Salamanca Argentina. El gaucho, el torero, el correo de la pampa, necesitan más que la pluma del viajero, han menester del pincel de Meissonier que, como se sabe, retrata á la naturaleza hasta en sus más menudos detalles y sin que pierda con esta minuciosidad trabajosa un ápice de su grandeza.

Pues bien! Estrada ha hecho el retrato fotográfico de esos seres cuya fisonomía y modo de existir no tienen punto alguno de contacto. El valor alardoso del torero no es valor modesto del gaucho, ni el coraje de éstos la serena heroicidad del hombre de las nieves y de los ventisqueros.

Aparte de esto, diferencias muy marcadas y esenciales impiden la pintura consecutiva con el mismo pincel, con los mismos colores; y aquí puede decirse estriba la mayor dificultad, dificultad que sólo saben vencer los grandes maestros. Dicen que Miguel Angel, después de haber pintado el fresco llamado *El juicio final*, tiró los pinceles exclamando: ¿para qué me servirían cuando lo que me queda en este mundo y aquello era todo infierno?

Es preciso fijarse en esto para apreciar el mérito de los retratos que lucen entremezclados en el libro de Estrada, y por eso no me cansaré de repetir que uno de los obstáculos más fuertes en que tropiezan los escritores de costumbres, es el de no poder sucesivamente trazar la fisonomía de tipos que por su esencia no guardan trabazón de ningún género.

Como siguiendo parte por parte las ramificaciones del robusto talento del autor de los *Apuntes* no llegaría ni en doscientas páginas á caracterizarlas como es debido, y el tiempo de que puede disponer es muy corto, se me permitirá huír del análisis metódico para finalizar este artículo ya demasiado largo tal vez y enfadoso para nuestros lectores.

El libro, pues, de que tratamos, es un libro interesante, así por el material de ideas y de datos científicos que encierra como por el estilo y lenguaje en que aquellos están expuestos. Fuera del mérito literario, á mi juicio cuenta este libro con otro muy notable, y es el de venir á servir de anillo de unión entre la literatura de la república hermana y la nuestra. Estrada, después de esta publicación, no es sólo argentino, es también chileno: su patria y la nuestra se confunden en sus afectos y en sus esperanzas. Menos que él hizo Maury, don Juan Bautista, y los franceses le denominaron con orgullo *citoyen á deux patrier*.

Y aunque no hubiera publicado esta obra, el derecho á la ciudadanía chilena siempre le pertenecería, pues á más de haber trabajado por dar á conocer á sus compatriotas

las instituciones de nuestro país, desde el instante que pisó las playas de Valparaíso le vimos rostro y corazón de hermano.

Y aquí viene hacer notar que el señor Estrada es también de los *bohemios del talento.* Si no supiera escribir, si no fuese lo que es, hombre de letras, no le veríamos ocupando el puesto de secretario; le veríamos en otro más lucrativo y levantado.

Mas la diplomacia le ha servido hasta cierto punto para estudiar mejor y sin meter ruido nuestra sociedad, los diversos grupos políticos, literarios, artísticos y científicos que representan la fisonomía moral de nuestro progreso y son nuestra esperanza en el porvenir.

Sin embargo, no habríamos querido verle tan excesivamente diplomático, ocultando con tanto cuidado hasta el menor recuerdo de una mujer querida. ¿No ama el señor Estrada?

Pero aunque no amara, lo que es imposible con su cabeza y su corazón, debería dejarnos trascender siquiera el perfume de una sombra de mujer. La castidad llevada hasta el asceticismo en el sentimiento de lo bello nos hace repetir lo que Víctor Hugo decía de Chateaubriand al verle todas las mañanas limpiándose los dientes con opiatas perfumadas: ¿para qué tanto perfume cuando no sabe ni escribir un beso?

Esto dicho habríanos complacido hallarnos con alguna página que reflejase el dolor de la separación, el embeleso de volverse á encontrar, las alegrías, en una palabra, del amante amado, y las tristezas del amante no correspondido ú olvidado.

Cuando se trepan las inmensas moles de los Andes y se divisan los abismos abiertos para recibirnos como en castigo de habernos permitido la licencia de escalarlos, una voz de mujer sonando en el oído del viajero, ó en su defecto una memoria de ella, guardada como talismán y sacada en esa hora como para hacerla testigo del horror sublime, no

pueden menos que completar el cuadro robusteciendo la pequeñez del hombre hasta igualarlo en grandeza de sentimientos con la grandiosidad de aquella escena.

Hay páginas, por ejemplo, en Philarète Chasle en que se siente el olor de la violeta que le regalara la mujer amada, y esas páginas son de un embeleso inefable. Sin amor el libro del viajero ó del que historia su propia vida desde el fuego de su retiro, no puede ser completo; será como una mesa en que falta el vino.

¿Y creeréis que al hablar así de fuego, de nubes de oro y grana, de montañas, de valles, de soledades, de perfumes, siento que mi corazón da vuelcos como diciéndome: no dejes apagarlo; echa, echa combustible para que se alimente?

¡Pobre corazón beduino! ayer inmensa hoguera, hoy sólo miserable brasero en que no brilla sino una ascua medio apagada ya y entre un montón inmenso de cenizas! Ayer, dije, y ese ayer ha resonado en mi pecho como el golpe de azadón en la tierra que va á cubrir el cuerpo inanimado de un ser querido!

Para tener el valor de amar día y noche el esqueleto de nuestras difuntas lozanías es preciso ser más que un *bohemio;* es preciso ser un viejo que ha dejado de ser hombre.

Pero bien pensado ¿para qué querría yo ilusiones, pobre *beduino* de las letras, cuando no tengo ni la seguridad de haber renunciado al inexorable vagabundaje? ¿Para quemarlas como he quemado todas las que embellecieron mi juventud? ¡Ah! nó, estoy harto de cenizas mundanas, y solo aguardo poder descansar en algún rincón obscuro bajo la cruz que en él plantará alguna mano piadosa para testimonio, así de mis creencias, como de que soy acreedor á la misericordia divina.

Francisco Bilbao

SU VIDA Y SUS DOCTRINAS

Señor don Zorobabel Rodríguez.

Colega y amigo muy querido:

Acabo de leer el interesante libro recién publicado por usted sobre *Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas.*

Decirle el embarazo que siento para emitir mi juicio sobre una obra semejante, no me costaría más sacrificio que el del amor propio, amor que puedo ya contar por extinguido; pero hay otros motivos que usted comprenderá si se toma la molestia de leer esta carta.

He dicho que me siento perplejo para dar mi voto sobre ésta por mil títulos interesantísima producción de usted, y vuelvo á repetirlo, agregando, para que usted me crea, que uno de los motivos que paralizan mi pluma es el de tratar de un hombre que fué mi amigo de infancia, mi compañero de colegio y después uno de los más encarnizados enemigos del bando político á que he pertenecido toda mi vida.

Francisco Bilbao vió la luz de la vida veinte días después que yo por desgracia la viera. Hijo de una familia unida á la mía por los vínculos de una tradicional y jamás interrumpida amistad, nuestra niñez fué una, así por cariño recíproco de nuestros padres como por la mancomunidad de alegrías que nos proporcionaba la estrecha intimidad en que vivíamos.

Estos antecedentes, cuando otros no hubiera, bastarían para darme el derecho de decir que conocí á Francisco Bilbao desde el instante en que el alma adquiere, como la cera, la forma que le imprime la educación. Quienes se han reconocido hermanos en esa edad bendita, pueden decir que se conocerán siempre, aun cuando la suerte los arroje por opuestos senderos.

Es lo que precisamente me han acontecido con aquel infortunado camarada de cuna. Le he amado hasta los doce años, sin saber de él otra cosa que era hijo de la nobilísima matrona doña Mercedes Barquín, á quien consideraba como una segunda madre y por consecuencia que éramos hermanos.

Separados en 1833 por haber ido Francisco á reunirse con su padre, que á la sazón vivía en Lima proscripto desde mayo de 1830, no volvimos á encontrarnos sino tres años y medio más tarde. Los niños no eran ya los mismos. El uno grave y serio, el otro casquivano y evaporado como cualquiera de esos muchachos que á fuerza de mimos paternales acaban por figurarse que la vida es para ellos un perpetuo paraíso.

Nos abrazamos con efusión, más á poco andar me sorprendió mucho el tono magistral empleado por Francisco en nuestra primera entrevista. Me habló, recuerdo como si acabara de oír su voz, de la necesidad de estudiar la vida de los grandes hombres que, según me dijo, ya conocía por las lecturas continuas de Plutarco y Cornelio Nepote. A esto agregó que había aprendido la carpintería por consejo de don Rafael, que siempre le recordaba que un oficio, lejos de degradar al ciudadano de una República, lo enaltece y glorifica.

Hablar de varones ilustres y de trabajos manuales á un rapaz turbulento y perezoso que se creía nacido para divertir y ser delicia de su hogar, no era por cierto muy propio para cautivarme. Sin embargo, nada de esto fué parte á separarme de aquel repentino turba fiestas, y como las ideas con que había sacudido mi espíritu no podían dejar de hallar eco en un corazón impresionable, sin querer contraje el hábito de escucharle, de seguirle en sus estudios, de pensar en el cómo y el por qué de la transfiguración operada en aquel niño con quien había correteado, reído y hecho cuantas travesuras son propias de aquellos días de arrastradora ligereza.

En efecto, seguíale en sus lecturas, indagaba sus inclinaciones, veladas entonces para mí hasta por el respeto que la solemnidad de su palabra inspiraba á todos los que ya comenzaban á rodearle con sus admiraciones.

A fuerza de este inocente trabajo conseguí saber que Pancho, como le llamábamos familiarmente, conocía un poco la gramática latina, algo más que un poco la historia romana y griega, y de memoria el Evangelio de San Juan, que declamaba dando á su voz y á sus ojos toda la entonación que suponemos en los profetas. Respecto á sus ideas políticas, lo que recuerdo es que cantaba, ésta es la palabra, uno de los capítulos del *Contrato Social*, que sus oyentes escuchaban como si se tratase del Koran ó del Zenda Vesta.

Por lo demás, tenía horror á la prosa española, fastidiábale la poesía castellana y afirmaba muy orondo que el Quijote no había conseguido hacerle reír una sola vez con sus groseras insulseces.

II

Como usted ve, la fisonomía moral del hombre mostrábase delineada en estos cortos perfiles, notándose ya bien claro que la terneza, la poesía, el amor, no debían ser los ingredientes de aquella naturaleza anticipadamente madura; el Panchito de dieciséis años era, pues, el boceto del Francisco Bilbao que desde 1844 hasta el día de su muerte fué asumiendo mayores proporciones para bien de su fama de sectario y notorio perjuicio de su dicha.

Entrado al Instituto solo en 37, no sé cómo nos encontramos en julio de 1840 estudiando juntos moral y derecho natural bajo la dirección de don Antonio Varas.

En 41, uno de nuestros condiscípulos ya difunto, Guillermo Herboso, formó en su casa una sociedad literaria, qué, según el prospecto, debería solo ocuparse de letras. Así pudieron ser los propósitos de su fundador, pero lo que

sé, sin que nadie me lo cuente, es que la tal literatura no sonó ni tronó en ninguna de las sesiones de aquel Ateneo *sui generis*, y no porque faltasen algunos miembros que tuvieran particular afición á las letras, sino porque la charla insustancial era el tema de todos los días. Ya que he traído á colación esta fecha, será ella el punto de partida para mis observaciones.

Pues bien: Francisco era entonces, como él solía llamarse en aquella reunión, de que forzosamente tendrán recuerdo los señores Santa María, Lindsay, Rafael García Reyes y tantos otros que hoy ocupan elevados puestos en la judicatura y la administración, *un filósofo espiritualista alemán* dispuesto á romper con cualquiera una réplica metafísica en favor de Dios y la inmortalidad del alma, del infinito y de todas las demás verdades de la más espiritual y abstrusa ideología.

Sobre política militante, no pasaba de las ideas de su señor padre, el honrado cuanto candoroso don Rafael, y sobre los que llamamos principios de derecho público, la soberanía del pueblo, la división de los poderes, los derechos inalienables, indivisibles é imprescriptibles del ciudadano, eran todo su arsenal como fruto de las lecturas repetidas del libro de don Ramón Salas, que estudiábamos refundido y comentado á la sombra del inolvidable y para mí tan querido maestro don José Victorino Lastarria.

¿Y cómo es, me preguntará usted, que siendo tan estudioso y avanzado en ideas, dando ya muestras de lo que habría de ser más tarde, Francisco no pasaba de ser un buen estudiante, disputador como pocos y tenaz como ninguno? Pues aunque lo pregunte mil veces, le responderé que esa es la pura verdad, verdad que pueden atestiguarla sus más íntimos amigos. Francisco Bilbao, repito, era espiritualista en filosofía, y en política nada más que lo que eran todos sus compañeros, pipiolos ó pelucones como sus padres.

En cuanto á sus costumbres, no podían ser más puras:

ningún descarrido había empañado la virginidad de su alma y de su cuerpo. Si se le hablaba de amores, enrojecía; si se le invitaba á una noche de placer, se irritaba hasta lanzar palabras que en otros labios menos honrados habrían parecido una grotesca hipocresía.

Hasta en la comida aparentaba la sobriedad encargada por los estoicos y mandada por el evangelio: no había probado vino y no llevado á su boca un cigarro, y ya tenía dieciocho años cumplidos. No podía concebir que hubiera hombres que cometiesen sin dolor el pecado de la impostura y de la adulación; menos concebía cómo podrían ser realidad esos monstruos que la historia guarda en sus anales, más para vergüenza de la especie que como saludable escarmiento. En fin, el corazón y el espíritu de Francisco eran en 1841 dos urnas benditas: en la una no se guardaban más que las santas memorias del amor familiar, y en la otra las flores cogidas por su vagorosa inteligencia en el vasto jardín de la filosofía.

Con todo, había en él una propensión muy manifiesta á hacerse singular, á distinguirse de los otros, pero no á distinguirse, ya por la elegancia de las maneras ó del traje, ya por las dotes de su aventajada figura, sino á hacer sentir á los que lo rodeaban que él no era como todos, como nadie, puesto que vivía sin cuerpo é idealizaba con una mente que no había anidado jamás una sola idea de dudosa pureza.

III

Este y no otro era él joven á quien en breve, el 20 de julio de 1844, un jurado había de condenar por blasfemo é inmoral en tercer grado. ¡Misterio insondable del destino!

¿Cómo había venido aquel mozo, de natural tan apacible, de corazón tan puro, de ideas tan elevadas, á convertirse de repente en la piedra de escándalo de toda la sociedad indignada?

Sabemos que el famoso discurso que valió la inmortalidad á Juan Jacobo Rousseau no fué escrito sino porque Diderot le dijera, oyéndole leer otro enteramente contrario sobre el mismo tema: *ça ne vaut pas la peine: c'est le pont des anes.*

Igual ó algo parecido aconteció á Francisco.

Varios jóvenes argentinos recién llegados á Chile solían disputar con él. Entre ellos recuerdo á Vicente Fidel López, que haciéndole una ocasión la pintura de los sufrimientos de la América latina, víctima de la teocracia, le invitaba á ser el pendón de la República y el baluarte de la libertad de examen.

Conversando después con Francisco, me dijo que López le había prestado tres obras magníficas: una de Jouffroy, otra de Lherminier y otra de Niebuhr, las cuales pensaba masticar hasta que consiguiera establecer los tres criterios que necesitaba para lanzarse á la predicación de la *nueva idea.*

Estos tres criterios eran el filosófico, el político y el histórico, bases, decía, suficientes para asegurar la victoria de la nueva *síntesis* sobre el *espíritu viejo.*

Si estudió las tres obras referidas y llegó á formarse los *tres criterios*, eso yo no sé, pero lo que sí me consta es que á principios de 1843 la lectura promiscua del Evangelio, de Plutarco, de la historia de la *Revolución Francesa* por Fontaine des Audoines, de las obras de Filangieri, Bentham, Beccaria, barón de Holbach, Rousseau y alguna otra que talvez se me escapa, habían conseguido despertar en su espíritu una voracidad de indagación que le obligaba á veces, en medio de su natural reposada alegría, á sufrir tristezas que acababan por suspiros y golpes en la mollera.

A esto debemos agregar que su padre, hombre que había padecido persecuciones tenaces del gobierno Prieto y hecho por lo mismo llorar y padecer á su idolatrada señora, que en puridad de verdad era la mejor de las madres y esposas, no dejaba jamás de recordar á su hijo predilecto lo

que había padecido fuera de Chile, lo que su familia había penado por la crueldad de sus enemigos, cómo y por qué se habían arruinado sus intereses.

Francisco le oía y suspiraba; más de una vez vi yo sus ojos arrasados en lágrimas al oír la voz de su madre que llorando fulminaba contra los perseguidores cobardes de su dicha.

Ahora bien: ¿qué extraño tiene que un joven fogoso como Francisco, que un hijo como él lo era, modelo de filial respeto, llegase á aborrecer á esos *pelucones feroces* que se habían gozado según su padre, en la infelicidad de toda una familia inocente?

Incrustados poco á poco en su corazón estos resentimientos, la cuestión de tronar contra los que suponía inmoladores de su familia no era sino de tiempo. ¿Tomaría un fusil para batirse en una asonada popular? ¿Conspiraría en algún conciliábulo secreto? Pero ¿cómo se batiría y conspiraría, cuando nadie pensaba desde la muerte de Portales en conspirar y batirse? Por otra parte, la venganza contra el gobierno Bulnes no podía satisfacer los rencores contra el gobierno Prieto; nó, la caída de Bulnes no sería en último resultado más que la caída de un solo *pelucón*, y lo que se deseaba era el exterminio de todos ellos.

Bajo esta que llamaremos monomanía, el espíritu de Francisco debió concentrarse y se concentró todo entero en la esperanza de una revolución social completa que permitiese, no sólo volver las cosas al estado en que se hallaban el año 28, sino fundar un régimen de libertad contra el cual fuesen impotentes las fuerzas coligadas de la rutina y del peluconismo.

IV

Otro cualquiera habría escrito uno, dos, diez ó veinte artículos en contra de los ministros, del presidente Bulnes ó de los pelucones, y con ello habría quedado satisfecho.

Pero nuestro héroe no aborrecía á Bulnes ni á nadie personalmente: á quien aborrecía era *al pasado*, *al espíritu viejo*, á la teocracia, á la oligarquía, al ultramontanismo, etc., etc., arraigados profundamente, en su concepto, en la sociedad de Santiago.

Esto que le vi mil veces formular en proposiciones axiomáticas, fué causa de que su ruidoso estreno literario llevase el título de *Sociabilidad Chilena.*

Y antes de pasar á otras consideraciones, conviene que usted sepa que dos días antes de publicar en el *Crepúsculo* el artículo referido, ni él ni ninguno de nosotros divisábamos en aquella pieza una sola herejía, una sola blasfemia, sino simplemente un conjunto de las mismas ideas que día por día, noche por noche, oíamos enunciar, discutir y proclamar en nuestras reuniones.

¡Pobre Francisco Bilbao! ¡Qué lejos se hallaba de imaginarse la víspera del día en que su nombre iba á ser condenado á la execración de la sociedad de Santiago, el rumbo que una persecución tan peligrosa como antipolítica le tenía ya marcado con su dedo inexorable!

La *Sociabilidad Chilena* no es libro ni folleto ni artículo; es sólo una retaceria de ideas inconexas, al redopelo traídas y que, más bien que blasfemias contra la moral y la fe, son blasfemias contra la gramática, contra el buen gusto, contra el buen sentido.

¿Qué herejías ni qué inmoralidades pueden ser peligrosas vertidas en ese revoltijo en que no hay un vocablo que no sea un desconcierto?

Las blasfemias peligrosas son las que se tragan fácilmente por el almíbar con que están betunadas: las que no tienen esta condición, no viven más tiempo que el día en que vieron la luz.

Pero el Santiago de 44 no era el Santiago de hoy: atrasado en costumbres políticas, fácil á espantarse como todo pueblo que no tiene bastante mundo para despreciar lo grotesco y lo estúpido; más supersticioso que creyente y

más creyente en sus fueros de nación culta que en los verdaderos principios de su cultura, oyó decir una mañana que había salido en el *Crepúsculo* un artículo blasfemo é inmoral, y sin más ni más levantó el grito al cielo pidiendo un tremendo castigo contra la sabandija venenosa que se había atrevido á escribir semejantes herejías.

—Merecerían que lo encerrasen por toda su vida en una penitenciaría, gritaba una vieja.

—Que lo asaran hasta convertirlo en chicharrón, agregaba otra.

—Que lo destierren para siempre, refunfuñaba un hacendado.

—Yo lo colgaría en la mitad de la plaza, replicaba un escribano.

En fin, todas las muertes y todos los suplicios eran poco para aquel *botarate* que, sin apuntarle todavía el bozo, se atrevía á insultar á una sociedad de tanto fuste y copete.

Y no vaya usted á creer, mi amigo don Zorobabel, que estos dicharaches y barbaridades lo decían solo los ignorantes: nó, la prensa los repetía mayores todavía, llegando en su estragada licencia hasta estampar en uno de sus papeluchos estas puercas estrofas, atribuídas entonces á uno que pasaba por genio en la sátira:

«Aquí hay *sociabilidad*
Enterrada á troche y moche,
Llegad, vecinos, parad,
Y después de suelto el broche
En la tumba descansad».

«Hízolo así *Chamelico*, agregaba el autor de esta letrinaria quintilla, y la *Sociabilidad Chilena* recibió en su sepulcro el riego que merecía». A estas groseras é insulsas majaderías se añadían asquerosos equívocos contra personas de la más alta clase que se suponía protectoras de Bilbao.

Usted lo ha dicho: sólo la *Revista Católica* escribió en-

tonces artículos dignos, luminosos para combatir á Bilbao; pero esto, á mi juicio, produjo más mal que bien, pues muchos jóvenes, recuerdo yo, que por solo tener el honor de ser replicados por el señor arzobispo, que era á quien se atribuían aquellos escritos, andaban locos buscando las obras de Voltaire y de un tal Godinus que la *Revista Católica* consiguió poner de moda.

Dígame ahora ¿no habría sido más prudente dejar pasar ese escrito del *Crepúsculo*, reírse del nuevo profeta y castigar su audacia con el mayor tormento que podía aplicársele esto es, con no hacer caso de ella?

¡Cuántas blasfemias de las que se han dicho más tarde no merecían en conciencia un veredicto todavía más duro que el que castigó á Bilbao!

¿Y por qué nadie las ha acusado ante un juez?

Pero estábamos muy porros, amigo mío, muy tontos, y como tontos hicimos reír al mundo y obligamos á un joven, que tal vez habría sido un hombre útil á su patria, á arrojarse por el atajo en busca de una triste celebridad, cuya adquisición debería costarle la inmolación de su nombre y de su vida.

V

Como no es mi propósito discurrir sobre todos los períodos de la vida de Francisco Bilbao, paro aquí para hablar algo sobre el precioso libro de usted que he leído y releído ya por tres veces consecutivas.

Soy franco: no creí á usted, conociendo la rigidez de sus ideas y la fe profunda de sus convicciones, capaz de escribir la vida de aquel enemigo de sus creencias y principios políticos y religiosos con la noble imparcialidad de que ha dado usted tan espléndida muestra.

Hay páginas en que si algo asoma fuera de la más recta justicia, es la melancolía, producida por los extravíos de aquel joven talento.

¡Cómo le sigue usted paso á paso por las vicisitudes de su borrascosa carrera!

En París le veo entrar palpitante en casa de Lamennais, estrechar gozoso la mano á Quinet, correr en seguida desolado por el barrio del *Cuartel Latino* en busca de una conferencia filosófica ó para retirarse á la humilde guardilla en donde creyéndose un genio destronado, trabaja hasta venir el día en la compilación de los instrumentos y materiales con que debía levantar su derribado trono.

En Inglaterra, en Bélgica, también le veo, pero no aprendiendo la táctica de los gobiernos libres, las costumbres del ciudadano, los principios económicos-sociales que pudieran importarse á Chile con ventaja. Nada de eso: le miro solo hacer metafísica, política abstracta y concluír por sabullirse en un pantano de ideologías, del cual no saldrá sino para desparramar en todas direcciones los fragmentos de su inteligencia triturada por su monomanía incurable.

Como no puedo disponer de mucho tiempo para darme el placer de escribir á usted todo lo que siento, concluyo aquí manifestando que al publicar el libro del que me ocupo ha hecho usted, no sólo un servicio á las letras, sino un beneficio inmenso á las buenas ideas. Era preciso que un católico de su altura juzgara y no fulminase al impío; era preciso que un literato como usted hiciera gala del buen decir, de la donosa compostura de la delicadeza y del buen gusto acendrado, tratándose de materias que pocos hacen atractivas por la falta de amenidad en el estilo; y era preciso, en fin, que el polemista terrible y temido del *Independiente* diese pruebas de sentimientos filosóficos, de serena imparcialidad al combatir al enemigo tal vez más terrible que haya tenido nunca en América la causa católica.

Y usted ha hecho todo esto y con una facilidad que pasma. No hay una sola idea fundamental en filosofía, en ciencia social, en literatura, que le haya proporcionado un tropiezo, como sucede á la generalidad de los escritores que no abarcan la suma de conocimientos que usted acopia.

Por esto, vuelvo á repetirlo, me pasma que un joven que no peina aun una cana juegue con el *apropos* parisiense del mejor gusto, y á renglón seguido se sumerja en el océano de la fisolofía, y con la misma serenidad y pericia con que el buzo experimentado sondea el fondo de los mares.

Esto que digo á usted no es un cogollo de camarada, es la pura verdad, es lo que digo á todo el mundo cuando trato de probar que la causa que usted tan dignamente representa no se defiende sino con mucho talento y mucha ciencia. Usted, estoy seguro, va á decir: ¿y á qué demonio me sale éste con estos chicoleos cuando yo ni necesito, ni busco elogios?

Pero diga usted lo que quiera, que ya nada puede espantarme. Llegado á la edad madura, batallando todavía como simple soldado de la prensa, sin haber logrado en veinticuatro años de servicios colocar en mi raída chaqueta ni el galón de cabo, todos cuantos tiros puedan dirigirme los recibo como el veterano las descargas en un día de batalla.

Sin embargo, usted no dirá nada contra mí porque sabe que soy franco, y que si de algo peco, es de no guardar mucha reserva en mis juicios.

En fin, amigo muy querido, le diré á usted lo que decía Cadalzo hablando de las *Barquillas* de Lope Vega: «daría yo mi hábito de Santiago por haberlas escrito».

Pero lo malo de la comparación está en que no tengo más hábito que la mortaja con que habrán de enterrarme, tal vez más pronto de lo que usted piensa. Así, retiro el símil y pongo punto final á esta eterna epístola, apretándole á usted muy cordialmente la mano y diciéndole con todas las veras de mi corazón: cuánto daría por haber escrito su libro! es la única envidia que me permito.

Estudio sobre la pintura chilena

MANUEL ANTONIO CARO

I

Hoy que Santiago ha levantado un templo á las artes, es preciso que sus sacerdotes sean honrados por la fama ya que todavía no ha llegado para nosotros la hora de recompensar sus talentos de una manera más positiva.

Ciencia y arte eran no ha mucho en Chile el patrimonio de unos pocos, pero no patrimonio de fortuna y de gloria, sino patrimonio de obscuridad y padecimientos. Con excepción de don Andrés Bello, nadie hasta Domeyko y Pissis había logrado consideraciones sociales, una posición medianamente dichosa, y eso que hombres de la talla de Mora, de Gorbea, de Passaman, de Bortero, etc., habrían sido acreedores en cualquier parte á todo género de protección.

Demasiado positivos ¿para qué queríamos las abstracciones de la ciencia, las abstrusas verdades de la metafísica, los graciosos juegos de la poesía, los esplendores fosforecentes del arte?

Yo que sin ser muy viejo puedo decir plagiando al lírico latino: *ay! he vivido mucho!* estoy en mejores aptitudes que mis colegas de prensa para pintar lo que fueron esos infelices que llamándose por desgracia pintores, escultores, músicos, etc., se condenaron á vivir entre nosotros una

vida de escaseces, de desdén y de olvido. Comencemos el almanaque.

El italiano Pettri, llegado á Chile á fines del pasado siglo, comenzó su carrera bajo los auspicios de mi tío abuelo el señor don Martín Calvo Encalada, que, sea dicho de paso, era uno de los chilenos más elegantes y adelantados de la colonia. Favorecido con tan valiosa protección, Pettri creyó lograr el favor de la aristocracia chilena, que hasta entonces no había tenido el gusto de ver trasladadas á la tela las facciones de sus mayores que no habían salido de Chile. ¡Engaño! Sólo dos magnates quisieron aceptar sus ofertas: el marqués de Casa Real y el conde de la Conquista; y no vaya á creerse que esto aconteciera porque sólo entonces dos acaudalados personajes se hallaban en aptitud de hacer este gasto; nada de eso: los retratos de cuerpo entero del *Cavalieri Pettri* no importaba más de sesenta pesos, y los de medio cuerpo veinticinco ó treinta.

Sin embargo, aquel pobre retratista desdeñado que andaba de casa en casa buscando protectores, era mil veces superior al negro Gil, que no teniendo ni tintura de dibujo, se hacía pagar en 1812 por los retratos de los carrerinos el triple de esa suma y logró al fin merced á nuestra ignorancia, reunir un decente capitalito.

Hasta 1829 sólo estos dos pintores habían disfrutado el honor de tener delante de su caballete á las esquivas bellezas de Santiago, que de tiempo inmemorial eran ensalzadas por la pluma apasionada de los viajeros.

Ahora bien: ¿qué había sido del arte en veintinueve años de una vida agitada por las nuevas ideas y salpicada de acontecimientos en su mayor parte dignos del estro y de la paleta? Nada, absolutamente nada: el arte no existía, y era natural que no existiese. Recientemente salidos del cautiverio, sin más historia ni tradiciones que las de la esclavitud; apenas iniciados en las prácticas de la libertad, la imaginación mal podía reproducir otros objetos que aquellos que la habían ocupado por entero. Terror al poder

y terror al infierno: he ahí los dos ejes en que había rodado el espíritu en sus acompasados movimientos, ¿cómo entonces exigir que soltase el vuelo por la región del infinito? Sin alas ni las moscas pueden hacer otra cosa que vuelcos dolorosos. Esto precisamente fué lo que hicimos y no podíamos dejar de hacer, hasta que, más seguros de nuestras facultades, más dueños de nuestro esfuerzo, nos fué permitido ir agregando lentamente á las felicidades reales las que se llaman ficticias porque se las supone basadas en el ideal, y no son con todo sino muy positivas en atención á los beneficios que producen.

En 1829 llegó el inglés Herbett. Ya no eran los tiempos de Pettri y de Gil; ya no tenía necesidad el pintor de ir de casa en casa con *sus trastes* en la mano para excitar en damas y caballeros el deseo de mirarse reproducidos en el lienzo. Por el contrario, caballeros y damas invadieron desde el primer instante la morada del recién llegado, pasando por las condiciones que aquel viejo misántropo quería imponerles. La cuestión no era de plata ni de deseo; todos estaban decididos á hacerse retratar y pagar lo que se les pidiese; lo único en que se tropezaba era en la eleccion del traje del hombre y del vestido y de las joyas de la mujer.

¿Se retrataría un abogado en otro traje que el negro y sin sus correspondientes *colleras* de diamante y cadena de oro describiendo zig-zags por entre los ojales del chaleco de raso? ¿Podría la señora tal, dama virtuosísima y grave, colocarse un tanto descotada delante de la mirada investigadora del artista? ¿Se resignaría á que le pintasen las arrugas, á que le dibujaran demasiado regordidos los brazos, estirada la boca y *pochos* los dos dedos gordos, que hacía girar cruzando sus manos sobre la mitad del vientre?

¡Qué pintor tan bueno es Herbett! decían las retratadas: á todas nos pinta bonitas y semejantes. Sobre todo, parece que á cada una le inventase una peineta diferente. Era el tiempo de la emulación por las peinetas enormes.

Entre tanto, había señora que no quería prestarse á entrar dentro del cuartucho en que aquella especie de alquimista tenía una máquina que llamaba cámara oscura y le servía para delinear los perfiles.

Recuerdo que hallándome con mi padre en el taller de este señor Herbett, una hermosa dama que me llamó mucho la atención por su belleza, á pesar de no tener yo entonces más de diez años, lloraba la lágrima viva al oír la reprimenda de su esposo, que la mandaba sujetarse á las manipulaciones de la cámara oscura.

Quien haya visto los retratos á que me refiero podrá decir si merecía ó nó el dicho retratista el auje que tuvo en Santiago hasta la venida de don Camilo Domenniconi, que es precisamente la fecha que debemos apuntar, nó como el bautismo del buen gusto en esta materia, sino como el nacimiento del sentido artístico.

Domenniconi no era pintor: era sólo un joven de letras, vivo, apasionado y bello como todo italiano. Que pintase ó no pintase bien, eso no importaba al caso; lo que se pretendía era que retratase á las pocas personas que habían escapado del pincel de Herbett.

A los cinco meses de establecido en su taller, que recuerdo estaba sobre la esquina que ocupa la relojería de Unger, todo el señorío de la capital se desvivía por poseer una obra de las manos de aquel improvisado Vandick.

¡Oh! ¡Dios mío! cuando después he visto aquellos retratos que hacían la delicia de nuestro gran mundo, me he dicho para mis adentros: ¡qué tontos éramos entonces y cómo merecíamos se nos estafase por puros brutos!

Y créase que nadie se hubiera atrevido á decir que aquel pinta-monos no era un Rafael, porque si tal acontece, le habrían arañado las bellezas inmortalizadas por su paleta.

¡Y cómo reía el picaresco italiano de la misma admiración que despertaba en nuestra inocente sociedad!

No puedo olvidar lo que un día contaba á una señora de gran tono que se hacía un honor en recibirle. Comenzando,

le decía, el retrato de don Diego Portales, antojóseme hacer creer á dos caballeros que entraron á verme con sus esposas, que estaba haciendo un cuadro de la Magdalena en el desierto. Todo fué oirlo y prorrumpir las dos señoras y los dos caballeros en las alabanzas más fervientes, asegurándome que esa y no otra debió ser la verdadera efigie de la santa.

Díganme ahora los que esto lean, ¿podrían Rengo ó la Villa de Molina en el día que corre hacer y decir otro tanto?

Pero vamos adelante. Ido ó fugado al fin el tal Domenniconi en agosto del año 37, el templo de la pintura quedó sin sacerdotes. Uno que otro quiteño con sus cristos chorreando sangre para hacer llorar á las huasas y sus San José abrumados con el nardo fueron los únicos que tuvieron el privilegio de llamarse depositarios del buen gusto. Y no trabajaron de balde, porque de dos que conocí, por supuesto muy inferiores á Belaños, el uno se volvió á su tierra con diez mil pesos y el otro quedó pintando sacras familias y vírgenes del Rosario por carretadas hasta el día en que Dios fué servido llamarle á recibir su recompensa.

II

Pero estas tinieblas no debían durar siempre.

Monvoisin, codicioso de dinero y harto de pesares domésticos, estaba ya decidido á venir á buscar en Chile, al lado de sus alumnos Borgoño y Ramírez, lo que comenzaba á faltarle en París: oro y reposo.

Hallólos en efecto el ilustre artista y Chile que le hospedó generoso encontró también en él al maestro que necesitaba para dirigir el entusiasmo que sus cuadros hicieron nacer en el corazón apasionado de una multitud de jóvenes.

Después de haber visto el *Alí Bajá*, *Blanca de Beaulieu*, *Heloisa*, *El Pescador*, etc., etc., ¿quién no podía decirse iniciado en el estudio de lo bello, en los secretos de ese arte

que saca su vida de la naturaleza para darla después á conocer y admirar de los que la ven sin comprenderla ni extasiarse?

Desde entonces puede decirse sin exageración que no somos salvajes respecto á pinturas; que somos capaces, si no de apreciar por completo las obras de los grandes maestros, al menos de sentir admiración por su genio, respeto por sus labores y simpatía por su infortunio.

Monvoisin no fundó escuela; demasiado metálico y egoísta, lo que quería era asombrarnos y explotarnos; lo demás lejos de haberle complacido, le habría molestado.

El único á quien se dice le dió algunas lecciones fué á mi amigo por mil títulos apreciable don F. Mandiola; pero si hemos de creer á éste, todo lo que sabe, todo lo que es, se lo debe á sí mismo, á su estudio tenaz, á su inmenso deseo de sobresalir, á que ha debido ya más de un triunfo.

Seamos francos y justos: hasta la llegada de Ciccarelli no había en Chile ni escuela de dibujo.

Lo que algunos pocos habían logrado aprender era la obra del esfuerzo particular ó de las escasas é incompletas lecciones recibidas en los colegios particulares.

Esto nos hace mirar con cariño y reconocimiento á ese digno maestro, al cual, si pueden objetarse defectos como artista, nadie será capaz de negarle sin injusticia todo lo que ha hecho en favor de la enseñanza, todo lo que le debe la juventud por el celo infatigable que le ha merecido.

No ha mucho que los mismos que más cuidados le merecieron en su aprendizaje iniciaron una cruzada en su contra, cruzada que dió por resultado su jubilación *a fortiori* del puesto de director de la academia que desempeñaba desde su venida.

¿Y por qué esa repentina antipatía contra un hombre tan honrado y amable, que había sabido granjearse el aprecio de todos?

¿Era acaso porque el arte exigía esta ingratitud? Muy lejos de eso: lo que el arte pedía era respeto por el viejo y

experimentado profesor, adhesión al hombre que, fuese como fuese el alcance de su talento, contaba con largos y buenos servicios y era acreedor por su profundo amor á todo linaje de consideraciones.

El que había formado á Lainez, Mena, Campos, no sólo haciéndoles comprender las lecciones del dibujo y del pincel, sino iniciándoles en las ideas generales sobre el arte, que su absoluta carencia de educación les había negado por completo, no debía recibir en su ancianidad por recompensa de sus desvelos, el amargo abandono de que ha sido víctima.

No creemos que Ciccarelli sea un pintor eximio, un hombre dotado del talento que exigiría en Europa el profesorado; pero no por eso imaginamos, como han dicho algunos, que fuera ya incapaz de regentar la academia de pintura.

El colorido, la composición, el gusto, no se enseñan; vienen del corazón del artista, son un reflejo de su alma, la cual ofrecerá con más ó menos fortuna, en tintas, elegancias, inspiración y criterio, el caudal de estudio y de talento que tenga por patrimonio.

Fijémonos en esto, porque de ello resulta el convencimiento de que un profesor no puede dar genio al que no ha nacido con él, fuego al que carece de pasión, y elegancia, á quien le ha negado la naturaleza el instinto de lo bello.

Siendo esto así, ¿por qué culpar entonces á Ciccarelli de que sus alumnos no pudiesen formar una composición histórica, de que no supiesen dar á sus cuadros el color, la armonía, la gracia requerida en las buenas obras?

¿Estaba en su mano enseñar á Lainez, Mena, etc., el gran secreto del agrupamiento de las figuras, de la perspectiva lineal y aérea, cuando no habían estudiado ni la osteología, que es el ramo de la anatomía más indispensable para todo pintor y escultor, ni siquiera los rudimentos de la geometría?

Recalco en esto, porque temo que lo que aconteció á Cic-

carelli suceda en un día no lejano al ilustrado señor Kirsback, á quien se objetará tal vez no estar á la altura del papel que desempeña como director de la academia.

III

Es preciso desengañarse: tenemos pretensiones insostenibles, que no guardan absolutamente relación con los adelantos que hemos alcanzado.

La prueba está en esos mismos jóvenes que, si bien dotados de todas las cualidades inherentes al artista, se nos ofrecen como alumnos de sus propios esfuerzos.

¿Cuántos ensayos de los muchos que han intentado han correspondido á la magnitud de la empresa?

Ni uno solo tal vez, y la razón de ello no está en que sus autores no hayan nacido artistas, sino en la arrogante suficiencia con que se pusieron á la obra.

Nadie estima más que yo á esas que llamamos *esperanzas del arte;* pero esto no quita que crea y confiese que la mayor parte de ellas serán perpetuamente *esperanzas*, lo cual no viene bien cuando se pisa el dintel de la edad madura.

¿No fué una esperanza Pizarro? ¿No lo fué Sánchez, no lo han sido otros tantos que no quiero nombrar y son á estas horas las más espléndidas nulidades?

¿Y por qué es esto? Porque queremos ser pintores sin tomarnos la pena de estudiar la naturaleza, de descubrir sus secretos, de conocer cuando menos al hombre en su envoltura corpórea.

Quien tiene genio y estudia, produce obras más ó menos notables. Quien, á falta de lo primero, posee la paciencia discreta, la labor incansable, producirá también cosas buenas, dignas de aprecio aunque carezcan del sello de originalidad y grandeza.

No así sucederá á los que sin más conocimientos que los pocos que pueden adquirirse en dos cortos años de acade-

mia, se lanzan el día menos pensado á volar sin más auxilio que sus cortas alas. ¿Hasta dónde se remontarán? Es más que seguro que todo el espacio que se prometieron recorrer con sus raudos volidos, no pasará del tejado de su casa, y eso para caer instantáneamente al suelo entre las risotadas de los espectadores.

Desgraciado del señor Kirsback si no logra inspirar á sus alumnos respeto y amor á la academia; le abandonarán cuando menos lo piense, y nó para dedicarse á otras carreras más lucrativas y más en consonancia quizás con sus aptitudes, sino para contarse en las filas de los artistas chilenos, que es como decir en el regimiento de los desgraciados de pincel y estomba.

No nos hagamos ilusiones dañosas: el arte de la pintura está todavía entre nosotros en la primera infancia. Tenemos el instinto de lo bello, contamos con algunos buenos modelos, con excelentes lecciones, pero de aquí hasta poseer lo que se requiere para formar escuela siquiera artificial ó plagiaria, hay una inmensa distancia, que no puede recorrerse de un brinco y que sólo se salvará con el transcurso del tiempo y los naturales adelantos de la sociedad.

No hay artistas sin público, decía sonriendo el viejo Monvoisin, y pintaba retratos, sin cuidarse de más afanes que el de guardar bajo siete llaves el producto de sus mecánicas faenas.

¿Pintó alguna vez Monvoisin como pintara en Francia? ¿Y por qué no lo hizo? ¿Acaso porque su genio se había empequeñecido, porque sus facultades cedían al cansancio?

Ni por pienso; el hombre y el artista eran los mismos; pero la sociedad atrasada que le rodeaba constreñía sus movimientos, le obligaba á violar las reglas del buen gusto.

¡Qué de retratos admirables no hemos visto afeados por las más chabacanas aberraciones! Para convencerse no hay nada más que echar la vista sobre cualquiera de ellos: delicado y vaporoso colorido, diafanidad inimitable en las medias tintas, pinceladas graciosas y atrevidas, todo, en

fin, lo que se exige en un buen retrato se halla con profusión en cualquiera de esas telas; pero al lado de todo esto una posición forzada, un adorno grotesco, una vulgaridad risible vienen de repente á hacernos cambiar la admiración y el arrobo en rabia y lástima por el artista, que demasiado débil ó demasiado ruin, prostituía por unas cuantas monedas su afamada paleta.

Sólo Rembrant y Paganini fueron ilustres avaros; solo aquel pincel sublime y aquel violín mágico no desfallecieron ni se mancharon al impulso de la codicia.

En el subterráneo á que se había condenado en vida el ilustre flamenco y en la guardilla en que mataba su cuerpo el no menos asombroso genovés, se hicieron grandes obras que la posteridad ha admirado y seguirán admirando los hombres.

Pero basta de episodios, y al caso.

Para los artistas hemos dicho que es necesario el público, y lo repetimos. Sin él no puede haber ni estudio, ni amor, ni anhelo, sino simplemente tarea mecánica, igual ni más ni menos á la del zapatero remendón ó del que pinta puertas y zócalos.

Ahora, pues, ¿hay en Chile público inteligente para el pintor, público que comprenda sus sacrificios, le corresponda con su bolsa y enaltezca con su aprecio?

Mentira! no hay ni sombra de todo esto. Si así no fuera ¿cómo se explicaría la baratura de paisajes con que Smith ha perjudicado el prestigio de su prodigioso talento?

Ah! cuando se piensa lo que este joven habría sido en una sociedad más adelantada que la nuestra, se experimenta algo parecido al fastidio y á la pena.

¡Cuánta gracia y viveza desperdiciadas! Cuánto genio malbaratado para medio llenar las primeras necesidades de la vida! Y á pesar de esto, nos encantan sus telas, manchadas á veces por el aguijón de la mala fortuna, y sin querer confesamos á boca llena: ¡qué magnífico paisajista! ¡tiene mucho talento este mozo!

Si de Smith, que es la eminencia en su género, pasamos á otros de sus colegas, ¿qué veremos en ellos, cuál es el espectáculo que ofrecen? Todos pobres, todos completamente olvidados, todos reducidos á vegetar dentro de la obscuridad de sus solitarios talleres.

Sin don José Tomás Urmeneta, que es la providencia de los pintores chilenos y extranjeros, ¿para quién pintaría Tapia, para quién habrían pintado Molinelli y Charton?

Janson mismo, que es una especialidad en retratos, si no hiciese copias baratísimas no tendría con qué pagar su modesta vivienda.

¡Ah! triste es decirlo, pero es la pura verdad; el pintor es todavía en Chile algo como un objeto de lujo, si es extranjero, y algo como un objeto de lástima si es compatriota. Por esto fué grande el asombro de la sociedad cuando vió á Pedro Lira, joven de familia, abogado, literato, alistarse gozoso en la desmedrada falange de los pintores.

¿Qué busca ese joven, decían, cuando su carrera le promete á manos llenas la felicidad y los honores?

Pero hay vocaciones terribles que no pueden enfrenarse, y una de estas ha sido la de Lira.

Sin embargo, los auspicios con que ha venido á la vida artística han sido lisonjeros. Ha estudiado con fruto y pinta ya con ventaja.

Mañana cosechará mayores lauros, que él estimará por supuesto en más que cuanto pudiera haberle producido el bufete; pero, sea como sea, desconfiamos mucho de que la pintura le dé lo que le habría dado necesariamente la carrera del foro.

Vendrán las horas de la ambición, se afiliará en un bando político, escribirá con brillantez, con energía, con talento; mas, lo que es el poder y los honores, se acordarán siempre de que no tienen costumbre de ir á visitar á nadie en un taller de pintura.

Somos tan aferrados á nuestras tradiciones, tan esclavos del qué dirán que si viésemos á alguno de nuestros amigos

poseído del entusiasmo dramático subir á las tablas, le negaríamos hasta el derecho de pretender las mismas consideraciones que antes disfrutara.

Y hemos visto, aplaudido y acariciado á Rossi. ¡Incomprensibles anomalías de nuestra cultura! Nos honramos con la amistad del trágico italiano, y nos avergonzaríamos con la del cómico chileno.

Esto no se explica pero se comprende, como aquello de proteger Francisco I á los protestantes fuera de Francia y quemarlos vivos estando dentro.

Pero esto pasará, como ha pasado en España, donde los nobles reverencian hoy al cómico, al músico, al pintor y al taurómaco, y no hace todavía sesenta años negaban la sepultura á Pepe-Hillo y á la Rita Luna y rechazaban indignados las visitas de Maiquez.

IV

Como nuestro propósito no se extiende á más de unas cuantas reflexiones que pueden ser útiles en este momento, dejaremos este terreno para concretarnos á hacer el bosquejo de una figura que según la opinión general merece una especial mención, tanto por el mérito de sus obras y la calidad de sus talentos, como por ser el tipo acabado del caballero y del artista. Esta figura es Manuel Antonio Caro.

Algunos apuntes sobre su vida nos permitirán contemplarle y apreciarle en su verdadero valor, si bien hay muy pocos que ignoren lo que ha sido ese apreciabilísimo joven.

Las primeras lecciones de dibujo recibiólas en el colegio de los padres Franceses de Valparaíso. Ocupado luego en el comercio al lado de su padre, pasáronse muchos años sin que tuviera tiempo para tomar un lápiz. Mas como toda vocación verdadera no puede burlarse, en una enfermedad á consecuencia de un golpe recibido en el incendio del pasaje Edwards, nuestro amigo recurrió al dibujo, que había sido su pasión exclusiva, consiguiendo llegar á copiar la li-

tografía como tal vez no lo hiciera hoy con toda su ciencia y pericia. He visto alguna de estas copias y puedo asegurar, ateniéndome á mi juicio y al de varios muy inteligentes aficionados que no puede hacerse más, que es casi imposible hacer tanto con los escasos estudios de su autor.

Viéndose alentado por este buen suceso, quiso hacer retratos, pero no le alcanzaron las fuerzas.

¡Cuánto debió sufrir al conocer su impotencia!

¡Tener delante de sí á la madre querida, al amigo de infancia y no poder á pesar de los ardientes impulsos del arte trasladar al lienzo sus facciones! Esta pena sólo la comprenden los artistas y hacía exclamar al famoso tenor Dupré: «Maldito de mí! tengo todo el mundo musical en mi pecho, y mi pérfida garganta me obliga á extrangular á los maestros que más amo. Fatalidad! fatalidad!

En 1859 abandonó el hogar para trasladarse á Europa. Es preciso oírlo de sus propios labios para comprender la emoción que experimentó al encontrarse en los museos de pintura delante de esas magníficas obras que son la desesperación del artista y la maravilla eterna de los siglos.

¿Qué voy á hacer aquí se dijo, pobre huaso sin estudios, sin genio, sin protectores? No hay remedio: escribiré á mi padre que he desistido de mis acariciados propósitos, y me meteré en un colegio de agricultura para llegar siquiera á mi país con una profesión decente.

Tal como se lo dijo sucedió; pero su padre, que, como todos los buenos padres, conocía el corazón de su hijo, contestóle redondamente que si no pensaba ocuparse de pintura se volviese en el acto á Chile.

Esta contestación terminante le hizo volver sobre su anterior acuerdo.

Pero ¿cómo realizarlo? Las dificultades ya no eran solo las que hemos apuntado, había otras muchas, entre las cuales no era la menor la de averiguar á qué profesor convendría entregarse y bajo qué condiciones le sería posible iniciar y continuar sus estudios.

Por fin la casualidad, ó mejor, la fortuna, le permitió conseguir que M. Pablo César Gariot le recibiera en su taller.

Hallábase este disgustado de sus discípulos europeos, sobre todo de los españoles, que le habían correspondido con la más negra ingratitud. Los americanos no habían procedido de esta manera; ¿por qué no habría de suceder lo mismo con un chileno? Bajo esta idea acogió no sólo con amabilidad al joven estudiante, sino con paternal solicitud, ventaja que influyó muy benéficamente, como vamos á verlo, en el porvenir artístico de Caro.

No es posible, me decía un día casi con lágrimas en los ojos, encontrar un profesor como aquél: consejo, afecto, abnegación, todo lo que puede desearse en un maestro se hallaba reunido en aquel excelente hombre. Para darme compañeros y que los gastos de modelos me fueran menos gravosos, admitió á varios jóvenes americanos y españoles que le fueron recomendados.

Oh! cómo nos quería M. Gariot! agregaba nuestro amigo. ¡Cómo sabía hacerse el depositario de nuestros secretos é influír con sus benévolas ámonestaciones sobre la vida de cada uno de nosotros!

En su sociedad íntima logró, pues, el artista chileno aprender tanto ó más que lo que aprendiera en el taller, Despues de hacerle, por las noches, repasar sus numerosas carteras atestadas de dibujos preciosos y calcar las composiciones de Hagerman, le obligaba á leer obras de arte y conversar horas enteras sobre pintura.

En su taller colocábase M. Gariot en medio de los alumnos para que vieran como trabajaba y poder contestar á cuantas preguntas se les antojase dirigirle.

Nunca, según es pública fama, usó procedimiento oculto ni ninguno de esos expedientes destinados á ofuscar los secretos del arte, que tan comunes son en los maestros egoístas y mezquinos.

Como se han referido de este distinguido profesor noti-

cias inexactas é injustas, no estará demás consignar algunos hechos que servirán para apreciarle en lo que realmente vale.

M. Gariot hizo sus estudios en Madrid, donde en un concurso tuvo el honor de ganar el premio de Roma. Pasó en consecuencia á Italia y allí permaneció siete ú ocho años, recibiendo, á más de las lecciones diarias de grandes profesores, los consejos del maestro Overbeck cuyo recuerdo ha conservado siempre intacto.

Vuelto á Francia, en un concurso á que la república francesa convocó á todos los pintores para ejecutar un cuadro que la representara, entre más de quinientos aspirantes, él fué de los veinte elegidos, y entre ellos de los primeros.

Su escuela, al decir de un crítico estimado, es semejante á la de Rafael por la pureza y la dignidad, siendo de notarse que entre los muy pocos que hoy profesan el sistema del de Urbino sobresale por su empeño en seguirlo. Fuera de Ingres, Haudrin y Glaire, tres restos gloriosos de aquella escuela famosa llamada *Rafaelesca*, ¡cuántos no han sucumbido allí á la tentación del espíritu moderno, es decir, al mercantilismo de la época!

Muertos Ingres y Haudrin, no quedan, que sepamos, de esa escuela más que Glaire y Gariot; y no vaya á creerse que ambos se hallan en el pináculo de la fortuna y de la fama como debiera ser, sino en la obscuridad de la pobreza y del abandono. No obstante están todavía en la brecha y sin abandonar su bandera.

V

Después de lo dicho, es claro que la suerte de Manuel Antonio pudo mostrarse más propicia. Tenía por maestro á un profesor de primer orden y por consejero á un hombre honrado y digno.

¿Qué más se necesitaba para adelantar, contando el discípulo con las cualidades que le adornaban?

Permaneció, pues, bajo su inteligente y paternal dirección siete años, y habría permanecido hasta ahora sino es que tuviera que pasar á la escuela de Bellas Artes y regresar á Chile.

Entrado allí, y con los elementos ya adquiridos, no es extraño se encontrase al poco tiempo capaz de intentar algunas copias de algunos retratos. Dicen que los mejores que trabajó en París fueron el de don Lisardo Montero, en uniforme, y el de don Juan de la Cruz Gandarillas que conocemos.

Contrariando los consejos de Gariot emprendió en el museo del Luxemburgo dos copias dificilísimas: el San Francisco y la Malaria, que tanta bulla metió en la exposición del 67.

Para el que haya mirado con atención estos dos trabajos, no le será dificultoso concebir cómo con solo el transcurso de tan pocos años ha podido llegar su talento á la robustez y lozanía que le distinguen.

Desde el 67 hasta hoy, es decir, en cinco años, no contando el número crecido de retratos que han salido de su concienzudo pincel, ha ejecutado seis cuadros originales de costumbres y uno religioso. *El Mochito*, *el Falte*, *el Cucurucho*, *la Zamacueca*, *el Angelito* y hasta *La vista de las Zorras*, no son lo que se llama ensayos felices; nó; son cuadros en toda forma, de dificilísima ejecución, para los cuales no sólo se ha menester del conocimiento del dibujo, del color, de la perspectiva, etc., sino de las mil y otras condiciones sin las cuales un lienzo de costumbres no alcanzará nunca los honores de la crítica.

Al emprender esos trabajos, que un ignorante juzgará tal vez efecto de la necesidad de ganar unos cuantos pesos, el artista ha perseguido propósitos que sólo caben en los que cultiven con conciencia y amor la profesión de la pintura.

La formación de los grupos, la luz, el claro obscuro, han sido, son y serán siempre dificultades para un pintor serio.

Atropellarlas sin vencerlas, eso lo hacen los embadurnadores de tela; vencerlas sin atropellarlas sólo los que han nacido para pintar con lustre.

He ahí los propósitos que inspiraron todas esas graciosas composiciones, y he ahí también las victorias más espléndidas obtenidas por la inteligencia y el estudio.

Y aquí viene el hacer notar una circunstancia que no es dable olvidar, por ser ella causa de mil tropiezos insuperables para el artista. Esta es la falta de modelos naturales, falta que no se puede reemplazar ni con el maniquí, ni con los recuerdos, por muy fresca y poderosa que sea la memoria. Esto parecerá á primera vista insignificante, pero es un inconveniente inmenso.

Suponed, por ejemplo, que necesitando una bonita niña que aparente la gracia y el donaire de la andaluza, que va á ser la heroína de mi cuadro, echo mano de una muchacha cualquiera. ¿Qué resultará de aquí? Que me veré obligado á no hacer la posición ideada, sino aquella que tome mi improvisado auxiliante.

En Europa el ser modelo es una profesión que muy pocos son capaces de desempeñar. La escuela de Bellas Artes de París la estimula recompensando todos los años á los que se distinguen en el concurso, con medallas y otros premios.

El modelo, como se sabe, tiene que ser hasta cierto punto artista para llegar hasta identificarse con el pensamiento del pintor. Por aquí se comprenderá cuán grande es el auxilio que reciben los pintores con la cooperación de los que se dedican á este oficio. En nuestra tierra nada de esto existe, y por ello no es raro que las obras originales no alcancen la perfección que tendrían en otro teatro.

A pesar de esto, Caro á fuerza de paciencia y de gastar mucho dinero, ha logrado vencer en parte estas dificultades. Cualquiera de sus cuadros de costumbres lo atestigua.

En el de la *zamacueca*, por ejemplo, se siente la lucha y el triunfo. Hay allí movimiento, expresión, verdad, armo-

nía, todo lo que puede exigirse al mejor pintor en un cuadro de ese género.

La luz, aunque aparece un poco extensa, es apropiada á la escena que ilumina.

No hay accesorio, por fútil que sea, que no concurra á la alegría del asunto y sirva para darle remate.

Los movimientos son bruscos, rápidos, sueltos, como es el baile á que se amoldan. La expresión general de las figuras no puede ser más natural y concertada. El colorido es vivo, animado, fresco y sin que pueda enrostrársele falta de limpieza, que es el defecto común de las composiciones en que se ha querido derramar animación y vida.

A la voz, más bien al rugido de *aro*, toda música y toda la bulla callan para que puedan humedecer un poco el gaznate los danzantes; sólo los enamorados persisten en sus sordas tareas. Al paso y al hombre de la *mantita* amarilla les importa un bledo la zambra, porque lo único que quieren es conquistar por el *punche* y el requiebro á las *palomas* á quienes arrullan como amartelados pichones.

En fin, baile, música, algazara, amor, aguardiente y chicha, son los combustibles que alumbran esa calorosa escena. La baraja no hace falta allí, porque todos son trabajadores, recauderos, carniceros, etc.; solo la *pichona* que fuma su cigarrillo parece pertenecer á otro género de profesiones.

Y bien! ¿Hay algo de más ó de menos en este preciosísimo cuadro de costumbres? Nada, nada. Así no habría inconveniente en confesar que jamás se ha ejecutado en Chile ni por extranjeros ni nacionales una pintura de este mérito.

Respecto de otro, que llamaremos el *Angelito*, el elogio no puede ser sino el mismo, como que el mismo talento y el mismo estudio campean en él, excitando la admiración y el contento.

¡Qué escena aquella tan perfecta! Todo allí es realidad pura, realidad acabada.

Parece oirse la voz gangosa y chillona del ciego que canta los versos alusivos á los celos de San José con María por haber dado á luz un niño en que él no ha tenido parte. Cuando me fijé en esta figura-retrato, se me imaginó estar oyendo aquellas redondillas en que desafía San José al angel San Gabriel por la insolencia de haber penetrado en la sagrada estancia de su esposa. Al lado del cantor está el *replicante* con el oído atento para contestar con una *palla* improvisada excusando al ángel y explicando los altos designios de Dios.

En este cuadro el estudio de las masas en luz haciendo contraste con las masas en sombra, ha sido tenaz y completo.

En el grupo que está cerca de la ventana, en que se ve un *pije* intruso cortejando á las niñas con gran disgusto de los demás concurrentes, no hay figura que no exprese lo que debe expresar, ora sea en el semblante, ora en la posición que ocupa.

Si de allí pasamos al grupito que forman la enferma, su marido y la beata, la ilusión nos arrastra sin querer y nos sumerge en uno de esos caramancheles que alguna vez visitamos en la juventud. ¿Quién no puede decir que ese cuadro es la copia fiel, acabada, perfecta del asunto que representa? ¿Ni quién tampoco que para darle cima no haya sido necesario emplear mucho estudio y hacer un gasto enorme de talento?

Meissonier, decíanos un francés inteligente, no le habría rehusado su firma y ciertamente que sería preciso suponerle muy orgulloso para no creerlo.

Por lo tocante al *San José*, nuestra opinión sería superflua, pues sabemos de artistas muy distinguidos que lo consideran como uno de los mejores cuadros de Caro.

Después de todo lo que he dicho en este largo artículo, poco tendría que agregar si el bellísimo corazón del joven artista, á quien dedico estas líneas, no me hiciese todavía mantener la pluma entre los dedos.

A Manuel Antonio Caro se le ama como amigo y se le respeta y admira como pintor.

Ilustrado, sediento de gloria, pero sin envidia á nadie ni codicia de nada, su vida ha sido toda consagrada al arte y á la piedad filial, que nadie poseyó en más alto grado, y á la cual corresponden dos ancianos respetabilísimos y amables á quienes no es posible tratar sin consideración y simpatía.

Su taller es un templo: en él tiene su altar el arte, su altar la ciencia y su altar todavía todas las virtudes domésticas y cívicas.

Si fuera yo su hermano, su padre ó su deudo, sentiría por él algo más que el cariño de la naturaleza; sentiría el orgullo de mi raza; y cuidado! que la raza del genio es la más orgullosa!

Estos apuntes creo no serán perdidos para la juventud que se dedica á las artes; nó, porque ellos son la historia compendiosa de los esfuerzos de un corazón apasionado por lo bello, y de las victorias alcanzadas por la honradez y el amor más delicado y puro de la verdadera gloria.



Literatura francesa contemporánea

I

Tengo sobre mi mesa un libro curioso recién publicado en Francia, que lleva por título *Corrupción literaria ó estudio de la literatura comparada según las leyes morales del arte.* Su autor, Carlos Potvin, se propone estudiar y estudia en efecto concienzuda é imparcialmente las causas de la decadencia de su patria, y concluye por afirmar que el agente primero de esta postración no es otro que la literatura, corrompida y bastardeada cada día más desde la primera restauración Borbónica hasta el momento presente.

Si hubiera de atenerme á la impresión que ha dejado en mi espíritu la lectura de esta obra, no tendría embarazo en decir que los esfuerzos del autor no han sido tan felices como el pensamiento que le puso la pluma en la mano.

Empero, á mi humilde juicio, la erudición del señor Potvin, si erudición puede llamarse el conocimiento de los libros del día, es incomparablemente superior al espíritu filosófico que lo impulsa y dirige.

«Cada vez, dice en su introducción, que se habla de la decadencia de la Francia, lo primero que se viene á los labios, como síntomas incontestables, son la inmoralidad y desorden de su literatura».

Efectivamente, la Europa entera ha atribuído en su mayor parte los últimos desastres de la nación francesa á esta causa; pero, como en la elevación y ruina de los pueblos no

concurre un solo antecedente sino una infinidad de causas y concausas cuyo enlace determina lo que se llama fatalidad histórica, no deja de parecer extraño que los pensadores y estadistas más aventajados estén conformes en atribuír la situación actual del primero de los pueblos de la raza latina á la inmoralidad y anarquía de las letras.

No puedo comprender cómo la literatura corrompe y destruye sin haber sido ella corrompida y destruída de antemano por las costumbres, ó en otros términos, como la literatura, que no es más que la expresión fotográfica de la sociabilidad, pueda reflejar la imagen de una corrupción que no existe.

El teatro, la novela, la poesía, la prensa periódica, que son los agentes primeros de la actividad intelectual, aun suponiéndolos dirigidos, lo que no es presumible, por las tendencias más desorganizadoras, jamás llegarán á desquiciar una sociedad sólidamente constituída. Si aceleran á veces la caída de un gobierno, de una institución, de una práctica cualquiera y vulgarizan tales y cuales principios, éstas ó las otras teorías, su acción no es propiamente suya sino de la sociedad cuyas pasiones reflejan, y en cuya fuente beben ora los sentimientos más apacibles y generosos, ora la cólera y la venganza y los demás voraces apetitos, hijos de la injusticia, la tiranía ó el despotismo de los fuertes.

Examinando las pasiones de la humanidad con relación á las letras hallaremos, sin esforzarnos mucho, la prueba de este aserto.

¿Qué era la amistad para los griegos y los árabes? Un sentimiento que nosotros, hombres del siglo de la electricidad y del vapor, no experimentamos, una especie de culto religioso santificado por las leyes.

Sin embargo, Solón, al decir de los eruditos, hizo dos malísimos versos en honor del que se llamó más tarde *Amor Socrático.*

En Roma misma, donde se definía la amistad *cadem no-*

lentiun atque vollentium conjunctio, Virgilio no tuvo vergüenza de cantar á Alexis, ni Horacio se ruborizó tampoco de hacer lo mismo con Ligarino, y el mismo César Augusto, que se decía regenerador de las costumbres, aplaudió á los cantores como los hubiera aplaudido siendo el escandaloso libertino Octavio. Petronio nos ha dejado cuadros asquerosos que no pueden contemplarse sin horror, y hasta Ovidio, modelo de galanura y delicadeza, tiene rasgos que compiten con aquella composición de Horacio á una vieja cuya desvergüenza, por mucha que fuera, nunca llegaría á ser tan crasa como la de su pintor, el urbano lírico latino.

Ahora bien: ¿podría acusarse racionalmente á todos estos autores de haber preparado la invasión de los bárbaros por la inmoralidad de sus obras? Si los vicios no hubiesen infestado las letras romanas y griegas, éstas se habrían conservado puras y pasado á la posteridad como el monumento más hermoso de la inteligencia humana.

Aplicando ahora estos principios á la literatura contemporánea francesa, se desprenden las mismas conclusiones, todo lo cual nos obliga á buscar en otra parte las causas del fenómeno que se lamenta.

«Desde la restauración, dice Mr. Potvin, en pleno renacimiento romántico, el primer drama del jefe de la escuela permaneció dos años alejado del teatro. No bien la revolución de julio se hubo cimentado en el trono, otro drama del mismo autor era prohibido por orden suprema al día siguiente de su primera representación. La joven monarquía liberal hacía así su estreno en el campo de la libertad, Y ¿por qué? El autor nos lo dice burlándose del pudor de los gendarmes y de M. Vidoco, que se ruborizó: «porque la pieza era inmoral».

«Seis semanas después una nueva obra dramática reemplazaba la pieza suspendida; por esta vez la autoridad se abstuvo, dejando á la prensa que pronunciase la acusación, acusación repetida diez años después en la cátedra y por la crítica».

«Estos tres dramas reposan sobre la misma idea: la rehabilitación por el amor, la maternidad ó la paternidad».

«Nadie mejor que el autor de *Marion de Lorme*, de *El Rey se divierte* y de *Lucrecia Borgia* comprende que el teatro es una cátedra y una tribuna; que la misión nacional, humana, social de las letras es la de enseñar y corregir; que el poeta, en fin, es cura de almas».

«Víctor Hugo mismo explica la idea que ha querido poner en escena. Es preciso, dice, que la multitud no salga del teatro sin llevar consigo alguna moralidad austera y profunda. Así, espero, Dios mediante, no desarrollar jamás en la escena sino cosas muy llenas de saludables consejos.. No pondré á Marion de Lorme en el teatro sin purificar á la cortesana con un poco de amor. Daré á Triboulet, el diforme, un corazón de padre y á Lucrecia la envenenadora, entrañas de madre. De este modo mi conciencia se reposará tranquila y serena en su obra».

A estas palabras de Víctor Hugo, M. Potvin contesta disecando, fibra por fibra, los tres dramas referidos, y concluye por fulminar contra el poeta dramático, jefe de la escuela romántica, una sentencia que si pudiera aplicarse, le condenaría de por vida á galeras.

No soy de la misma opinión: la deformidad moral y física de Triboulet, dígase lo que se quiera, se pierden y olvidan desde que la paternidad santifica sus sufrimientos.

Con Lucrecia sucede otro tanto: se la perdona y hasta interesa desde el momento en que se la ve amando con toda el alma al desdichado Jenaro, fruto de su crimen. Respecto al castigo de estos dos monstruos, no puede ser más terrible y merecido: el bufón es castigado por el padre, la envenenadora por la madre.

¿En dónde está entonces la moral ultrajada impunemente por el poeta? Si hay algo que padezca aquí, no es por cierto la moral dramática, sino el buen gusto que verdaderamente ha sido atropellado representándonos carac-

teres odiosos, cuya pintura no puede halagar á nadie que medio conozca los principios fundamentales del arte.

Hay una observación que es preciso no olvidar. Víctor Hugo no es el poeta de lo bello, es el poeta de lo terrible, y aunque en esto los retóricos quieran introducir la belleza, siempre se verá que el autor de tantas monstruosidades no podrá legítimamente aspirar al lauro de Lamartine, cuyo numen, á pesar de los defectos que se le enrostran, parece formado por la luz y el amor de los ángeles.

Víctor Hugo no se parece á ninguno de sus antecesores ni á ninguno de los que en mala hora se han empeñado en copiarlo.

Su estilo es exclusivamente suyo. Tiene resplandores y tinieblas que pasman; es á veces sonoro como el trueno, deslumbrador como el rayo; arrastra y sacude siempre; pero en medio de ese poder de fascinación indescriptible, es impotente para inspirar dulzura, suave melancolía, ninguna emoción de esas que refrigeran el alma y nos reconcilian con la especie humana.

Sus tipos son monstruosos: *Cuasimodo*, *Triboulet*, *Lucrecia Borgia*, etc., no podrían ser protagonistas de otros que él, porque él solo es capaz de disfrazar su deformidad, prestándoles sentimientos tan nobles y tan grandes como innobles y pequeños son sus corazones. Y con todo esto, el genio de Víctor Hugo no alcanza á redimirlos; siempre deja en ellos algo de muy repugnante hasta en las escenas en que la pasión ilumina con todo su fuego la sombría fealdad de sus caracteres.

Se le ha comparado con Miguel Angel, que pintó el juicio final como si lo hubiera presenciado; se le ha llamado en la Alemania el Lutero de la literatura francesa, en Inglaterra el Cromwell de la poesía; pero las tales comparaciones, lejos de retratarlo tal cual es, desparraman el color sobre su figura haciéndola todavía más incalificable.

Para mí, el autor de *Los Miserables*, de *Los Castigos*, de *El Hombre que ríe*, de *Los Trabajadores del mar*, será siem-

pre objeto de una curiosidad miedosa. ¿Y para qué tampoco lo conocería? ¿Para experimentar el miedo que sufre una pobre avecilla en presencia del águila, que es el león del espacio?

II

Pero M. Potvin asegura que conoce á Víctor Hugo y por lo mismo que tiene derecho para hacerle responsable de la inmoralidad de sus obras. «La moralidad del arte, dice, exige otra cosa que lo que el arte produce en ese hombre. Las inspiraciones del sacrificio deben ser dignas de la generosidad del corazón. El heroísmo es más que el deber, pero no puede anteponerse á él. Sus tradiciones no comprenden ni el envenenamiento, ni el *oficio de amigos de prínpes*, ni menos todavía la prostitución. Que el crimen sea castigado, que la virtud triunfe, no es lo que más importa; es preciso que el crimen sea crimen; que inspire horror y desprecio; que la virtud sea virtud y se haga amar ó compadecer. Pero confundir la virtud y el crimen, reunir cosas tan incompatibles, dar á las heroínas un corazón de madre ó de amante con una cabeza de hiena ó pasiones de loba, es entregar las leyes de la justicia á la confusión, es hacer de la esfera moral una Babel, es arrojar la conciencia al caos. No se deja vivir á los monstruos nacidos de la mujer; menos todavía se puede dejar con vida á los monstruos del genio. Los primeros ofenden la naturaleza, los segundos hieren la justicia».

Perfectamente, pero M. Potvin me permitirá que le recuerde que las monstruosidades sociales viven y que nadie está autorizado para matarlas. ¿Cuántas instituciones monstruosas no ha conservado esa misma Francia, cuya pérdida moral se lamenta tanto, hasta en las mejores horas de su apogeo? ¿Cuántas no están en pie todavía? Por lo tocante á las monstruosidades de las costumbres, ¿quién es el valiente que emprenda de golpe su destrucción? ¿Po-

dría el legislador extirpar el lujo, la embriaguez, la prostitución y todos los demás vicios que son el resultado del ejercicio fisiológico de la organización social? Por otra parte, en la confusión del crimen y la virtud que se reprocha á Víctor Hugo, ¿no hay verdad, no puede presentar la sociedad de hoy ejemplos infinitos en donde quiera que se la estudie? ¿Qué es el amor en Europa, agente principal en el drama de la vida? ¿Qué es la *griseta*, la *cocota*, la *entretenida* en esos pandemonios que se llaman París, Londres, Nápoles, Viena, San Petersburgo? ¿Qué es la familia en esos grandes centros de civilización, en que el dolor oprime á las nueve duodécimas partes de sus habitantes? Madame Lafarge, Troppman, etc., etc., etc., no son tipos imaginarios, son verdaderas realidades, y tanto más monstruosas cuanto que son vaciadas en ese molde que la degradación humana ha fabricado para vergüenza de nuestra especie.

Ahora, pues, ni Víctor ni el romántico difunto, ni el realismo existente deben ser culpados como artífices de la decadencia y ruina de Francia; nó, los que la ensangrentaron, perdieron y mancillaron fueron sus costumbres, que, como se sabe, han ido asumiendo desde larga fecha el carácter de una enfermedad incurable. El amor al oro ha sido allí más destructor de la moralidad pública que todos los dramaturgos y novelistas que ha producido este siglo. Quien solo quiere gozar sensualmente no tiene necesidad de Dios; el cuerpo se satisface con tierra; el alma es lo único que pide y busca el cielo.

III

Si del drama pasamos al romance, Jorge Sand se nos presenta como el campeón de la nueva escuela. He aquí como la pinta el autor del libro que examino:

«Hace cerca de medio siglo, una joven que no se sentía

nacida para soportar el infierno de un matrimonio desproporcionado, se atrevió á mirar cara á cara el cielo de los amantes y los poetas, lanzando contra el amor un terrible anatema. La obra era demasiado fuerte y violenta; estábamos en pleno romanticismo; reinaba el drama horripilante. La joven escritora sin más guía que la irritación de la desgracia, sin otro maestro que el gusto del tiempo, se lanzó al género de la novela, y sea dicha la verdad, mostró genio».

«Enterrado el romanticismo y habiendo la academia rehusado el gran premio literario á la escritora, ocurrióse al autor de *Lelia* corregir ese romance para presentarlo como una obra original».

«Veánse algunas máximas de Jorge Sand después de los desengaños sufridos:

—Lo que es espontáneo, irresistible, es legítimo y de derecho divino».

—¿Qué ha hecho ella para perder mi estimación? Nada en verdad. Pues aun cuando se hubiera abandonado á los transportes de su amante, no habría hecho sino ceder al arrastramiento de un destino inevitable.

—¿Soy yo una mujer de mala vida? No he amado nunca dos hombres á la vez. No he pertenecido de hecho y de intención más que á uno solo, durante un tiempo dado y según la intensidad de mi pasión. Cuando ya no le amaba jamás le engañé.

—Las pasiones más cortas son las mejor sentidas. ¿Por qué avergonzarse entonces si ellas son sinceras?

—El paraíso es la fusión de dos almas en un beso de amor; ¿qué importa en tal caso que lo encontremos en un santo ó en un condenado?

—Cuando veais á dos esposos, excelente el uno para el otro, amarse de una manera pacífica, tierna y fiel, decid que el sentimiento que los une es sólo la amistad. Pero una vez que te sintieres, tú, hombre noble y generoso, enamorado de una miserable cortesana, está seguro que lo que á

ella te liga es el amor. Así es como Cristo quiso á los que le sacrificaron».

Como se ve, la mujer ha desaparecido para dejar su puesto al filósofo epicureista. Horrible cambio! Y, sin embargo, ese hermafrodita literario, á pesar de la repulsión que inspira, tiene momentos en que interesa sobre manera, haciéndonos experimentar una especie de placer mezclado con dolor, un no sé qué que no puede explicarse sino pidiendo al sueño de la orgía los variados y opuestos matices del delirio.

Recuerdo haber leído que Chateaubriand al recibir de manos del autor mismo su libro intitulado *Jacques*, le dijo:

«Señora, habéis enriquecido la literatura con una nueva joya y afligido á la moral con un nuevo golpe».

Estas palabras valen un juicio crítico. Jorge Sand vivirá en los anales de la Francia literaria, pero la mujer, la señora Dudebant, como se llamaba y era antes de haber cambiado sexo, no merecerá un recuerdo de nadie. No se puede ser hombre, siendo mujer, sin causar espanto: la naturaleza no ha hecho el amor y la consideración para los monstruos.

Después de Jorge Sand, Potvin coloca á Eugenio Sué, Bauchardy, Pablo Feval, Dumas hijo, Octavio Feuillé, Lecreck y algunos cuantos más qué pueden considerarse como discípulos de aquéllos.

Para todos tiene poco más ó menos el mismo método de crítica: diseca sus obras, y finaliza con la misma moraleja: «La Francia se ha perdido por la corrupción de sus novelistas , poetas y dramaturgos».

Los escritores católicos tampoco salen muy bien parados de esta revista. «El romanticismo católico, dice M. Potvin, tiene también sus sensualistas. Bastaría con abrir el libro de Barbey d'Aurevilly, titulado *Une vielle maitresse* para encontrar un estilo de orgía que sobrepuja todo lo que se ha podido reprochar á los realistas».

«M. Chamfleury ha hecho justicia á esta literatura que cambia la sacristía en lupanar».

«*L'Honnette femme* de M. Meuillot es del mismo género. M. Chamfleury agrega que la novela es de todas las formas del pensamiento, la menos hipócrita, aquella en que el escritor, á pesar de toda su diplomacia, no puede ocultar su temperamento. «Por mucho que haga el autor, su romance es una confesión». Es la palabra de Diderot».

Detengámonos un momento.

El mismo padre Rivadeneira dice que era una astucia de los herejes el añadir fábulas ridículas á la vida de los santos. Es preciso leer las nobles palabras de Fleury en que separa de la religión las fábulas supersticiosas, y en nombre de sus intereses más caros reclama la intervención de una crítica respetuosa.

¿Quién lo creería? continua M. Potvin, en pleno siglo XIX, cuando la inmoralidad de las letras ha llegado á sus últimos límites, siendo romance la escuela del adulterio y del amor libre, el teatro el hogar de la gente de mala vida, y mientras que la filosofía y la crítica buscan su salvación, ¿qué hace la iglesia contra la corrupción y la decadencia? La Iglesia que tiene á su frente á los Liguori, á los Montalembert, á los Gaume; la Iglesia ó más bien el romanticismo católico, no ha encontrado nada mejor que oponer al arte profano que el arte de la edad media. A los malos romances, se opone los adulterios estáticos de los esposos de la Virgen ó de las esposas de Jesús; al teatro corruptor, «Las locuras de la Cruz» y una especie de histerismo devoto; á las bajas obras del realismo, las obras maestras del misticismo».

«Así, mientras el arte profano, extraviado, hace el caos en el alma humana, el arte místico completa la obra del enervamiento».

Después de esta cruel acusación que encontrarán muy racional los enemigos de la Iglesia y que yo encuentro muy injusta y muy inoportuna, el autor vuelve á su moraleja

que, como ya lo hemos dicho, peca por su base, esto es, por confundir la causa con el efecto, confusión que obliga á achacar indebidamente á la literatura contemporánea los reveses que han afligido á la Francia.

Verdad es que allí, en estos últimos años, se ha hecho gala de escribir sobre todo sin consideración ninguna á las reglas morales del arte, y que este vicio reclama rigurosa censura; pero no por eso deben trabucarse las nociones de justicia y hacer decir á los hechos lo que ellos no dicen.

Los retóricos no perdieron al bajo imperio: quienes lo perdieron fué la mala política de sus emperadores, el desenfreno de las costumbres, y sobre todo la sed de deleites sensuales que enervan el patriotismo y predisponen al alma, nó á las acciones que la elevan y purifican, sino á todos los crímenes, flaquezas y miserias que son el efecto necesario de la extenuación de las fuerzas.

Por fortuna á Chile le falta todavía mucho tiempo para llegar á idéntica situación: tal vez no llegue nunca; y por lo mismo que no ha llegado, no vemos que disculpa pueden invocar los que, sin antecedente social ninguno, se empeñan en corromper desde temprano nuestra naciente literatura.

En poesía, fuera de dos ó tres, la multitud de los copleros sólo se ocupa en cantos eróticos; el amor sensual, burdo, grosero es el medio y el fin de aquella empalagosa canturria.

En la novela apenas tenemos unas cuantas muestras felices, y ya se comienza á bastardear el género. En teatro, algunos ensayos afortunados nos permiten mejor cosecha; mas de lo que debemos esperarlo todo, es de los estudios históricos, económicos, sociales, que son los que mantienen la actividad intelectual sin arrancar del corazón ni las ilusiones que deleitan, ni la fe que robustece las grandes aspiraciones de lo bello y de lo bueno.

Y aquí pongo punto á este capítulo de crítica literaria escrito en medio de los afanes del oficio, recomendando á

los que me leyeren el libro de M. Potvin que me ha dado pie para este somero estudio.

Como todo lo que es francés nos encanta, hasta el extremo de deleitarnos con el último figurín ó chiche que nos llegan, convendría que conociésemos un tantito más la literatura de la nación de donde nos vienen los vinos, las corbatas y los guantes.

Préville, Jouvin, Alfred, Legrand no bastan: es preciso estudiar algo más para que puedan decir los que beben el jugo de los viñedos del Medoc y se visten con los famosos paños de Sedán, que no les es desconocido el movimiento intelectual del mismo gran pueblo que los hace leones de la elegancia y del buen tono.



Literatura histórica nacional

Pocos son los que no hayan tomado nota del movimiento literario que en estos últimos días ha venido sacudiendo nuestra proverbial modorra. Cuando esto se contempla, el alma se dilata entusiasmada, y, presintiendo goces más puros que los que proporciona el prosaico materialismo, llega á imaginarse que tendremos en un día no muy lejano una literatura original y robusta.

La poesía de convención, como llaman los franceses, ese género bastardo de literatura apellidado *vagabundo*, y esos otros géneros sin nombre que se cultivan por la ociosidad y la audacia, no pueden ya sostener por más tiempo el cetro que les cediera un pueblo ávido de emociones, sediento de la curiosidad de la inteligencia. Y es tan verdadero este augurio, que la lira no esparce ya sonidos al tacto de manos imperitas, cuya crueldad rompió más de una vez su encordadura de oro. «Cuando concluye la profanación de las musas comienza el verdadero culto de las ciencias y de las artes».

He ahí una verdad que Diderot se habría apresurado á repetirnos en este momento, y cuya repetición importaría para nosotros el más cumplido y lisonjero elogio. Pero, en fin, sea como fuere, la profanación del Olimpo y del Parnaso es necesaria para todos los pueblos que comienzan la vida del pensamiento y de la sensibilidad; los niños despluman inocentemente al mismo pajarillo que acarician. Así,

no es extraño que tanto se haya desplumado al coro de las nueve Hermanas, ni nos lastima tampoco el recuerdo de que en más de una ocasión fuéramos nosotros también del número de los desplumadores. ¡Qué tiempos aquellos los de nuestra infancia literaria! Tal rapaz, que no había saludado ni de sombrero un libro de métrica, componía en menos que canta un gallo una oda al *infinito*, *á la inmortalidad del alma;* tal otro, que jamás, por supuesto, había merecido ni una mirada de amor, se echaba de golpe y de cabeza en el océano del desengaño. ¡Qué lágrimas las de este mal intencionado chicuelo! ¡qué meditaciones las de aquel otro todavía más atrevido pichón de filósofo!

Con todo, en esa petulante juventud, inspirada por el látigo de don Faustino Sarmiento, había mucho corazón, mucho de ese fuego sagrado, foco único de las grandes virtudes cívicas. El nombre de algunos de esos niños terribles de la literatura es hoy un nombre célebre; el trovador Eusebio Lillo se ha convertido en el primer poeta lírico de Chile.

Respecto de la historia, de las ciencias sociales, de las ciencias exactas, de la filosofía, etc., pocos fueron los que en el año 1840 se decidieron á su cultivo. Hasta que Amunátegui publicara la vida del general Borgoño, ó mejor, hasta que Barros Arana diera á la estampa su libro sobre Benavides, á nadie se le había ocurrido que el padre Guzmán podía ser sobrepujado en sus deliciosos consejos.

La memoria de Benavente sobre las primeras campañas de la independencia no había tenido curso sino entre los académicos, y eso más como el fruto de los recuerdos del soldado, que como las meditaciones del historiador ó del filósofo.

Cuando se medita en esto uno no puede menos que asombrarse de la prontitud con que se han desarrollado los estudios históricos, género literario el más difícil y el que menos éxito prometía.

Y no solo desarrollado debemos decir, sino proporcionado á sus iniciadores Amunátegui y Barros Arana un

puesto que nadie podrá disputarles en la literatura americana. A ellos es preciso agregar á Vicuña Mackenna, cuyas producciones formarán, no sólo el embeleso de los estudiosos, más también la desesperación de los aficionados.

Ahora bien: ¿cómo y por qué se ha operado la creación del género histórico, mientras que los otros ramos de literatura, si bien han avanzado bastante, no asumen todavía carácter propio?

¿Sería porque nos falta inspiración; porque lo bello y lo sublime que requiere la poesía en todos sus departamentos, esquivan el mostrarse á los que tienen más criterio que inspiración, más paciencia que gusto? No podemos respondernos; pero lo cierto es que, según caminan las letras, veremos pronto realizada la que, no ha treinta años, se había calificado de prematura utopía: la formación de la literatura chilena.

Esta creencia no es hija del amor propio nacional, que tantos mirajes desparrama en torno de la propia flaqueza; es el resultado del convencimiento á que obligan los hechos, y del que no se puede prescindir aun poseyendo una gran dosis de desconfianza.

¿Podríamos cerrar los ojos ante los libros de Lastarria si queremos hablar de publicistas; silenciar el nombre de los Arteaga Alemparte tratándose de retratos políticos, en que solo Cormenin, que es el creador de este género literario, les sobrepuja? ¿Esquivaríamos los nombres de Lillo, Matta, Blest Gana, Rodríguez Velasco, Soffia, si tuviéramos que departir sobre poesía? ¿Negaríamos á Zorobabel Rodríguez el raro talento de la crítica, que tan pocos manejan con acierto?

Pero no nos echemos á rodar por tan vasto campo, y contraïgámonos á la historia, en que sus fundadores, Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna, parecen formar una trinidad irresistible.

Con el primero aprendemos á recorrer pausada y minu

ciosamente todas las sinuosidades, todos los recovecos de la sociedad colonial, de la sociedad de nuestros padres.

La conseja en mano de Amunátegui se torna dato curioso y verosímil; compagina cuanto encuentra, pero no para revolverlo y confundirlo, sino para clasificarlo en esa especie de botánica histórica donde no hay flor ni planta, ni yerba que no tenga su lugar adecuado. No le pidáis, sin embargo, rigor para los vivos, especialmente si son poderosos; pedídselo para los muertos. Su pluma no es lanceta ni escalpelo más que cuando diseca los cadáveres; es lápiz color de rosa, es tomba aterciopelada cuando dibuja el cuadro del presente ó hace la miniatura de sus amigos. ¿Pero que importa que no estigmatice, que no haga arrancar lágrimas, que no llene de terror ó entusiasmo, si cuenta tan bien, en lenguaje tan castizo, tan puro, y en un estilo que solo él ha conseguido hacer simpático?

Las leyendas que hoy escribe serían interesantes en cualquier idioma vertidas: naturalidad, donaire, sencillez á veces infantil, hasta ternura y cierto fueguecillo exótico se disputan allí la curiosidad y el estudio. Si no hay magia de color, hay pinceladas diestras, hay claro-obscuro maestro en esos juguetes, tanto más difíciles cuanto más fáciles parecen á primera vista. En fin, jamás el estudio profundo, la meditación continuada, el esparcimiento de las facultades intelectuales han podido servir con igual modestia á un hombre que, siendo un hombre superior, se hace perdonar sin esfuerzo de la envidia y la maledicencia su incontestable superioridad.

Con Barros Arana no nos pasa lo mismo; aprendemos, indudablemente, pero aprendemos lo primero á admirarle y decretarle el privilegio de gobernar las llaves de todos los armarios. ¡Cuidado con una fecha equivocada, con un dato trunco, con un nombre propio mal escrito! Mucho cuidado con eso! pues sería capaz de avergonzaros probándoos que vuestro padre no nació donde creíais había nacido ni del tranco de que tal vez os manifestáis tan ufanos. Con todo,

ese buzo terrible de las profundidades tenebrosas de la historia, encontrará también si quiere muy valiosas riquezas perdidas en aquellos abismos. Sus ojos de lince ven mejor en las tinieblas que en a claridad del día; sus manos se aferran con más delicia en los monstruosos hallazgos que en las prendas hermosas con que tropiezan. Esto mismo, que en otro sería un defecto, constituye en él un mérito especial, inapreciable para todo país que, como el nuestro, puede decir que oculta en sus entrañas todo un mundo desconocido é inexplorado. Barros Arana es la imagen del incansable minero; aun haciendo agua la mina, penetrará más adentro, siempre más adentro, y sin que le falte por un momento la respiración en tan vertiginosos descensos.

A su lado Vicuña Mackenna es el Víctor Hugo de la historia nacional. Lo que no sabe lo adivina, lo que no puede comprobar lo da por cierto; pero de la fábula sale la verdad, y de la verdad lo que pocas veces sale: el encanto sin mezcla de acíbar. Aun cuando quiera dar una pincelada á la Rembrandt, da la pincelada alegre del paisajista flamenco. Sus fondos son encantadores por la trasparencia y la adecuada gradación de las tintas; de manera que con solo agrupar sus personajes, no importa que no guarden la debida perspectiva, nos regala un cuadro fresco, jugoso, viviente, un cuadro que no puede pintarse sino con el pincel humedecido en el arco iris (perdón por la metáfora) ó si se quiere, hablando con más llaneza, en las tintas brillantes de la ilusión ó la mentira.

Nadie hace más poesía que Benjamín Vicuña Mackenna queriendo hacer prosa verdadera; pero no por esto vayamos á desechar sus pinturas como infieles ó antojadizas.

Walter Scott es más historiador de la Edad Media que Ségur y César Cantú. He ahí, pues, cómo el autor de veinticinco ó treinta libros muy serios, nos enseña jugando, romanceando lo que ha sido Chile y cuáles y cuántos los que han servido en las letras, las ciencias, el foro, la caridad y las armas.

Viniendo ahora á Sotomayor Valdés, cuyos libros le han asignado ya un lugar muy preferente entre los historiadores citados, la amistad que sentimos por su persona, siendo muy verdadera, no es capaz de extraviar nuestro juicio, sino al contrario, de hacernos ver de relieve las prendas que le distinguen como escritor y el mérito que ha contraído por el interesante libro que acaba de dar á la estampa.

Desde luego, el *Estudio Histórico de Bolivia* está escrito en un lenguaje verdaderamente español, y que no desdeñaría cualquiera de los mejores hablistas. A esto que constituye un mérito inapreciable para todo hombre de buen gusto y que estima en lo que vale el hábil manejo de la lengua, hay que añadir el acopio acertado de los materiales, y sobre todo las consideraciones filosóficas que campean con tanta soltura como sobriedad en aquella obra. Y no debe olvidarse que la historia de Bolivia no había sido escrita; que á pesar de la abundancia de datos que suministran sus anales, nadie hasta aquí se había atrevido á formar un cuadro, no decimos histórico, meramente de cronista. Pero para Sotomayor Valdés, que tiene la tenacidad del pensador y el orgullo del que conoce sus fuerzas, estas mismas desventajas no hicieron sino avivar su anhelo de investigación y confortarlo en el propósito de sus tareas. Los documentos más desconocidos, las relaciones verbales, hasta las mismas consejas del pueblo hablaron, pues, el idioma de la verdad, al sentirse interrogados y estudiados por el historiador. De manera que la historia de un solo período de una civilización mil veces rota y vuelta á romper, se convirtió en manos de Sotomayor en la historia general de un pueblo cuya fisonomía se esquiva bajo las mismas luces siniestras que la iluminan.

El inmenso lienzo en que se destacan las mil figuras que contemplamos, ora con espanto, ora con dolor ó respeto, parece poblarse á la evocación ó conjuro de un mago. Hay algunas que destilan sangre; otras que parecen llevar en su frente el anatema de una generación; otras cuyo semblante

inspira piedad; y en medio de todo esto, el cuadro no pierde ni su armonía de composición ni la brillantez de su colorido. En las presentes circunstancias, el *Estudio Histórico de Bolivia* es un libro de actualidad; más que eso, un libro indispensable para el que quiera penetrar en los secretos de la vida política y social de aquel pueblo.

Como no podemos disponer de más tiempo, concluiremos aquí, pero no sin agregar que la obra que nos ocupa es una de las que honran más nuestra literatura, tanto por la forma irreprochable como por el fondo de erudición y filosofía que encierra.

Entre tanto, Sotomayor Valdés vive alejado del teatro en que podía lucir sus talentos y servir al país muy dignamente.

Pero ¿qué hacer? El ingenio es á veces un delito y es forzoso castigarlo.

¡Ay de los que olvidan! ¡Son más inferiores que los olvidados!



Poesías de la señora doña Mercedes Marín del Solar

I

Varias veces me he preguntado en mis horas de meditación y dolor si los dulces recuerdos de la juventud no son uno de los pocos encantos que Dios reserva á los viejos para que no maldigan del peso de los años. Sí, muchas veces al caer la tarde y esconderse el sol entre las montañas de espuma de nuestro majestuoso mar, me he interrogado sobre este problema, y he concluído por decirme, sin ser Cicerón, que la vejez tiene también sus mirales, sus emociones luminosas, con la sola diferencia de que la luz, repercutida en el espíritu del anciano por el espejo gastado de la imaginación, se quiebra en rayos pálidos, mientras que en la primavera de la vida se concentra toda ella en un solo punto: el corazón.

Y no es poca fortuna poder llorar cuando falta el jugo material de las lágrimas; poder seguir con la fantasía los vuelcos del alma en esa época en que vivir no es otra cosa que dejar á las pasíones rienda suelta para que realicen el poema siempre interesante aunque siempre incorrecto de la juventud.

La vejez sin recuerdos es la tumba, menos la venerable solemnidad de su lápida. No hay nada más triste que ostentar arrugas en el rostro, blancos cabellos en la cabeza, cuando no se puede decir á los que nos rodean: «todo esto

no significa sólo los estragos del tiempo; significa también y en su mayor parte el destrozo de las ilusiones, que al morir nunca dejan de vengarse.

Pobres mortales: decía el patriarca de Ferney, *olvidad y gozad.*

Consejo atroz, que rompería la cadena de los afectos, y desprendidos de todo lazo con el pasado, vendríamos á ser los parias del presente.

II

He aquí un introito que yo mismo, al comenzar este artículo, estaba muy lejos de prever. Pero, *quod scripsi scripsi* ha sido para mí un precepto inquebrantable. Borrar las ideas brotadas espontáneamente del cerebro, me ha parecido siempre algo semejante al crimen de infanticidio que, según dicen, cometen los indios, alegando la deformidad de sus hijos.

Perdóneme, pues, el lector el excesivo cariño que demuestro por los huerfanitos de mi inteligencia, y sígame en el estudio de una mujer cuyo nombre es una gloria para las letras chilenas y bálsamo de consuelo para todos los que contemplan entristecidos las ventajas que árido y mentiroso filosofismo viene consiguiendo sobre la verdadera y única filosofía posible.

El nombre de la señora doña Mercedes Marín del Solar no es un nombre que sólo la literatura puede reclamar para guardarlo en sus anales.

El hospital, el hospicio, el templo también tienen derecho para escribirlo en sus muros y glorificarlo diariamente, aquéllos con las lágrimas del enfermo y del pobre, y éste con el perfumado incienso del sacerdote.

Estudiemos un poco la mujer.

La señora Marín era uno de aquellos seres dotados de una sensibilidad tan exquisita, que por lo general no tienen dominio alguno en sus ojos y en sus labios. Lo hermoso

y lo bueno le arrancan estruendosos aplausos; lo malo y lo feo gritos de repulsión y de espanto.

Decid ahora si esta facultad de sentir con tanta prontitud es un defecto ó una perfección de la humana naturaleza, es cosa que no podría yo resolver, aunque, bien pensado, siempre es preferible la docilidad del corazón, aunque sea extrema, á la rígida severidad que mata en germen las más generosas inspiraciones.

La mujer, á mi juicio, es tanto más perfecta cuanto más se aleja en su organismo moral de las inclinaciones del hombre. Así, las lágrimas que tan mal sientan en un rostro con barbas, son un atractivo irresistible en las mejillas sonrosadas de la joven. La piedad, la dulzura, el mismo amor, que parece no reconocer sexo, son de muy distinta naturaleza en ambos. La excesiva sensibilidad en un hombre constituye su afeminamiento; de las virtudes demasiado varoniles se ha formado la entidad monstruosa: el virago ó mari-macho.

Sentada esta premisa, se deduce que la señora objeto de estas líneas, fué una mujer de aquellas á quienes Rousseau hubiera idolatrado con todo su voluptuoso sentimentalismo.

III

Por los años de 1822, un ilustre literato recién llegado á Chile, al oir recitar á la joven Mercedes una oda de Arriaza, no pudo menos que exclamar admirado: «Preciosa niña! tú serás, si quieres, una poetisa de nota; leo en tu frente ese letrero de fuego con que el numen señala á sus elegidos».

La predicción se cumplió al pie de la letra, y el que la hizo recordaba satisfecho en las amargas horas de su vejez, que no se había engañado en su pronóstico.

En 1837, como dice muy bien su hijo don Enrique, Santiago salió del estupor en que lo sumergiera la muerte del ministro Portales, á los acentos doloridos de un poeta sin

nombre. La elevación del pensamiento, y sobre todo la suave y cadenciosa rima de aquel canto acusaban una mano muy diestra.

¿Cuál podría ser ella? Al fin el hecho fué que, después de muchas dudas y averiguaciones, el nombre de la señora doña Mercedes Marín del Solar corrió de boca en boca, acompañado de los aplausos y la admiración de toda una sociedad que jamás había visto á una mujer coronada con los laureles de Apolo.

Desde esta fecha hasta los últimos instantes de su vida, la inspirada poetisa no dejó nunca de cantar, arrancando á su lira, ora las blandas modulaciones de la misericordia, ora los robustos acentos del patriotismo, ora, en fin, aquellas suavísimas plegarias empapadas en el divino perfume de los cielos.

IV

La poesía lírica, dejando á los retóricos la tarea de estudiarla según sus reglas cancionales, para mí no es más que la inspiración llevada hasta la escala más alta del sentimiento.

Hoy se denomina en Francia este género *poesía individual*, como para expresar, según la frase de Saint Marc Girardin, el derecho que tenemos todos para dirigir nuestras confidencias al público.

De cualquier modo que sea, el lirismo de nuestra poetisa es un lirismo delicado, que llega al alma porque del alma brota, y que, pasmándola en ocasiones con la pintura de las maravillas de la naturaleza, y haciéndola sufrir en otras con las penas y miserias de la humanidad, abre en último resultado para el que llora y el que goza el dilatado horizonte de la esperanza en Dios.

Permítaseme trascribir en seguida un trozo de Saint Marc Girardin que cuadra perfectamente al objeto que propongo, esto es, probar que la poesía lírica para impre-

sionar moralizando no puede seguir otra ruta que el sentimiento, castigado por las grandes ideas de la filosofía cristiana:

«Pero lo que más me gusta (se refiere á un himno de la poetisa Bertín) y admira en este canto, es la elevación del sentimiento y del pensamiento. Esa fe y ese amor de Dios sin verle ni comprenderle, que constituyen la superioridad del hombre sobre el ángel; esa resignación para con el misterio, que exalta el alma en vez de abatirla.

¡Cuánto conviene á las mujeres esta clase de inspiración! ¡Cuánto les sientan y honran esa paciencia y esa sumisión que no cuestan porque viene del amor!

Las mujeres en la tierra tienen que admitir un misterio más que los hombres: el misterio de su desigualdad y de su dependencia; pero á fin de que soporten esta rara obscuridad, Dios les ha dado mayor poder que á nosotros para *creer y amar sin comprender.*

Como las ha circundado de más misterios, les ha dado más fe y más amor, equilibrando siempre la fuerza con la carga. Por este medio, por este dón de creer y de amar, por esta conciencia de lo incomprensible, las mujeres están admirablemente dispuestas para la religión.

El amor y la fe, que en el hombre son una especie de sacrificio y contrariedad impuestos á su espíritu, son en la mujer la inclinación y la voluntad misma de su alma. Así, me sería imposible expresar cuánto me repugnan la rebelión y la independencia dogmáticas en la mujer, y cuánto la perjudican y pervierten haciéndola hombre y peor todavía que hombres, pues no teniendo la fuerza de razonamiento que en el hombre da á la duda y á la negación cierto aire de audacia, pierde aquella doble vista maravillosa que le permite atravesar su camino al través de las tinieblas del misterio.

Digo más: que la mujer, cuando se rebela contra Dios y contra la sociedad, lo que puede parecer á algunos atrevido y grande, ha comenzado por rebelarse contra su marido,

lo cual rebaja la lucha hasta el grado de una querella doméstica.

Añadiré todavía; que no hay nada tan fácil como la rebelión tomada por ese lado; que ese género de insurrección no prueba ni gran talento ni gran carácter; que no exige más que no gustar de contrariedades, gusto demasiado común en el mundo; y en fin, que por mucho talento que se tenga para aumentar la rebelión original con la ayuda de otras insurrecciones contra las leyes de Dios y del mundo, la mezquindad de la empresa primitiva se conoce y se desprecia siempre. Las grandes dudas, las grandes cóleras, las grandes ironías de Byron pegan muy mal á la mujer. ¿Qué cosa más fácil que dudar y protestar? No se necesita para ello más que de un poco de talento y de una dosis más fuerte de orgullo. Las mujeres que tienen por la fe y por el amor una especie de segunda vista, esas mujeres, digo, son las únicas que escapan de la mediocridad del espíritu, mediocridad que en parte alguna es más sensible que en los esfuerzos que hace la inteligencia para comprender lo que solo el corazón debe sentir.

Todo en la mujer está, pues, preparado para creer y amar sin comprender; y yo me admiro, cuando este sentimiento las inspira, de la elevación que alcanzan sus pensamientos, han encontrado su verdadero vuelo; nada las detiene, todo las ayuda».

V

Este juicio me evita entrar en mayores consideraciones: la tesis queda resuelta y es preciso admitirla, así por lo que se relaciona con la moral, como por la influencia que ejercen en las letras, especialmente en la poesía, las sanas ideas que le sirven de fundamento.

Conocidas ya las tendencias á la poesía de la señora Marín, sólo nos queda estudiar algunas de sus composiciones

para saber si la expresión poética dice al objeto que las inspira.

Abriremos el libro de sus versos en cualquiera de sus páginas:

«A MI HIJA ELENA

¡Adiós, hija del alma! Adiós Elena;
Yo, por darte colmada la ventura,
Bebí dorado cáliz de amargura,
Uniendo á intenso goce dura pena.

Parte, hija mía; de entusiasmo llena,
Admira de otro suelo la hermosura;
Goza feliz la conyugal ternura
Y aduérmate la paz dulce y serena.

Del hondo mar la tempestad airada
Huya lejos de ti, que asilo tiene
En mi angustiado pecho y libre entrada.

Y mientras la esperanza me sostiene,
Piensa del caro esposo entre los brazos
Que tu madre formó tan dulces lazos».

Este soneto, á mi ver, no tiene más defecto que *aduérmate la paz dulce y serena*, la locución introducida por Meléndez, en que se hace figurar al verbo anticuado *adormir* sin necesidad, y dándole un giro que no le dieron los poetas antiguos. Por lo demás, el soneto es bellísimo. No hay una idea que no sea propia del asunto; la versificación es fluida y sonora. Sobre todo, el alma de la madre se ve allí palpitante con todo su amor y sus inquietudes. Y adviértase que pocos, poquísimos, son los sonetos que pueden leerse hoy con gusto. El soneto murió con Lope, Quevedo y los Argensola; su desentierro me hace el efecto de una momia á que se quisiese prestar, á fuerza de colorete y postizos, la fresca carnación de la vida.

¿Se creerá que en el mismo instante que fulmino al soneto me remuerde la conciencia de haber olvidado otro de la misma señora Marín y que en realidad merece una excepción honrosa? Vamos á verlo:

«A MI HIJA MATILDE

Ultimo resplandor del claro día
De mi felicidad, hija adorada,
Por la bondad del cielo destinada
Para ser mi consuelo y alegría.

De tu edad en la bella lozanía,
De gracias y virtudes adornada,
Eres flor hechicera, cultivada
Por el desvelo y la ternura mía.

Tú el solitario hogar con tu presencia
Adornas; mi solícito desvelo
Es la dicha formar de tu existencia;

Y mientras mi plegaria sube al cielo
Y en amorosa paz vives conmigo,
En lo íntimo del alma te bendigo».

Estos versos fueron dictados un día antes de morir, cuando la muerte, batiendo sus alas al rededor del lecho en que gime postrado el moribundo, hiela de espanto el corazón y sacude en sus ejes invisibles la soñadora inteligencia humana.

Empero, ¿qué mayor dulzura, qué más acendrado amor pueden exigirse de un poeta en la plenitud de la vida? Aquellos versos inmortales de Chenier, que Lamartine apellida «los más melodiosos acentos que jamás salieran por las rendijas de un calabozo»; esos versos, digo, en que el dolor toma la forma de la estatua griega de la melancolía, no me causan, lo aseguro con sinceridad, la mitad de la tristeza que me produce ese soneto de la poetisa chilena en

que bendice en lo íntimo de su corazón á la hija á quien califica con tanta pena de *ultimo resplandor de su felicidad terrestre.*

Cuando en esto se piensa viene sin querer al recuerdo aquella aseveración monstruosa de Pascal, que escribe:

«Así como se dice *belleza poética*, debería también decirse *belleza geométrica*, *belleza medicinal.* Sin embargo, no se dice así, y la razón es, porque se sabe bien cual es el objeto de la geometría y cual el de la medicina, y no se sabe absolutamente en qué consiste el agrado de la poesía. No se sabe cuál es ese modelo natural que el poeta está obligado á copiar; y como falta este conocimiento se han inventado esos términos raros, como el de *siglo de oro*, *maravilla de nuestros días*, *fatal laurel*, *astro bello*, etc., etc., ¡Y se llama á eso *belleza poética!*»

¡Qué lamentable aberración! exclama Voltaire comentando este juicio; habríale bastado á Pascal para desengañarse leer la siguientes estrofas de la oda de Racine al conde de Bussy:

Que te sert de chercher les tempêtes de Mars,
Pour mourir tout en vie au milieu des hasards
Ou la gloire te mène?
Cette mort qui promet une si digne loyer,
N'est toujours que la mort qu'avec moins de peine
L'on trouve en son foyer.

———

Que sert à ses galants ce pompeaux appareil,
Dont ils vont dans la lice éblouir le soleil
Des trésors du Pactole?
La gloire qui les suit, après tant de travaux,
Se passe en moindre temps qui la poudre qui vole
Du pied de leurs chevaux.

Pero no sólo era Pascal el que despreciaba en el gran si-

glo de Racine y Molière á los poetas; el célebre Montesquieu cincuenta años más tarde repetía con énfasis en su libro de las Cartas Persianas:

«¿Qué cosa son los poemas épicos? No lo sé, pero sí se que *desprecio á los poetas líricos tanto como estimo á los trágicos*».

Y Horacio y Virgilio y Píndaro, ¿en dónde estaban que no habían convencido al severo togado de Burdeos de que se puede más fácilmente ser jurisconsulto que poeta lírico?

VI

Para apreciar el mérito de las poesías de la señora Marín es preciso antes que todo fijarse en que ellas no son el fruto de grandes estudios literarios, sino la expresión pura y espontánea del sentimiento poético que había recibido de la naturaleza.

Educada al calor de las ideas religiosas y bajo la dirección de una madre modelo de virtudes, su mente no tuvo ocasión de desprenderse de ese benéfico tutelaje de la fe, que en nuestros días rompe tan pronto la mujer, alentada en tan desastrosa tarea por el ejemplo de los que más interés deberían mostrar porque no se libertase nunca de tan valioso amparo.

Robustecidos más tarde sus sentimientos con la lectura de las obras de los grandes escritores católicos, su numen se caracterizó, si es posible explicarse así, asumiendo la fuerza y la elevación que le eran consiguientes. Y la prueba de ello es que el amor á Dios, la creencia en sus atributos, la fe en los destinos de la humanidad se transparentan en cada uno de sus versos como se trasparenta al través de las aguas límpidas del arroyo hasta la última blanca piedrecilla de su fondo. Así vemos, por ejemplo, en su magnífica composición *Dulce es morir*, el gozo que experimenta el justo al desprenderse de la carga de la vida para volar al

cielo. En cada una de esas estrofas se siente la sed del infinito, de la inmortalidad que abrasaba su alma; hay allí sones que parecen ecos desprendidos de la mansión de Dios.

Dulce es morir! cuando una fe sublime
Al hombre le revela su destino,
Y de flores y palmas el camino
Le siembra de la cruz;
Y al débil ser que en este mundo gime
Agobiado de penas y dolores,
Trasforma de la muerte los horrores
En apacible luz.

Dulce es morir! cuando en la edad temprana
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes de la aroma
En pos de serafín;
Diáfana exhalación, que en la mañana,
Matizada con tinte de oro y rosa,
Se disuelve brillante y vaporosa
Del cielo en el confín.

Dulce es en fin, morir cuando nos llama
Dios á gozar de su descanso eterno,
Ya elija en su verjel pimpollo tierno,
Ya descollante flor.
Sube así la virtud cual áurea llama
Que depuró el crisol de la amargura,
Y vuela la inocencia casta y pura
En su primer albor.

El arpa de David no desdeñaría estos cánticos. El gramático tal vez corregiría algo, el Zoilo reprendería de seguro el *vuelo de los montes de la aroma en pos de serafín;* pero como el corazón es el juez infalible en materia de sentimiento, los lectores, sean quienes fueren, dirán si hemos tenido razón para elogiarlos.

Como me sería imposible hacer un exámen, no digo minucioso, siquiera superficial de todas las composiciones de nuestra poetisa, concluiré resumiendo lo que he dicho, y acentuando ciertas particularidades que no es posible dejar pasar desapercibidas.

La vena poética de la señora doña Mercedes Marín del Solar era, pues, copiosa y fecunda: constituíala el sentimiento de lo bello y el sentimiento de lo justo. Por esto en todos sus versos resplandecen el amor á Dios, á la humanidad; la misericordia, el entusiasmo, y sobre todo, el propósito de dulcificar el dolor ajeno, de impulsar los corazones al cultivo de las virtudes cristianas, al cumplimiento de sus deberes sociales.

Su estilo era franco, robusto, lleno y el lenguaje exento de los infinitos vicios que afean por desgracia las mejores producciones de nuestros poetas.

Su escuela fué la de Quintana y Meléndez. Tenía de aquél el ardimiento patrio, de éste la dulzura. Conocía los poetas antiguos castellanos mejor quizás que la generalidad de nuestros literatos. La literatura francesa del siglo XVII le era familiar; Bossuet, Massillon, Racine, Boileau, Fenelón, etc, habían dejado en su espíritu huella luminosa y en su corazón una piedad profunda. Podía seguir al Dante y al Tasso por el Infierno y los Jardines de Armida; extasiarse con Lamartine y llorar con Rousseau. Pero lo que no podía ni habría podido nunca, era reir con Voltaire, dudar con Goethe, descender con Byron á los abismos en que aquella satánica naturaleza parece recrearse para degradar su inmortal espíritu. Todo eso podía, de todo eso era capaz esta mujer excepcional cuyo nombre es una gloria para Chile, un orgullo para las demás mujeres, y cuya muerte será el eterno luto de las letras.

En vista de esto, el libro de sus poesías que su hijo el conocido literato don Enrique Solar acaba de dar á luz, es un libro precioso, que debe figurar en la biblioteca de todo hombre sensible.

No se puede recorrer sus páginas sin emoción; la mujer, el niño, el joven, el viejo, hallarán allí lo que busquen: aquélla ternura; éste ejemplo; el otro casto fuego, el último un manantial inagotable de consuelos.

Para el que esto escribe, el recuerdo de la señora doña Mercedes Marín de Solar es tan dulce como sus versos y tan querido como la memoria de sus virtudes.

Por lo tanto, si su crítica pecase, en sentir de algún adusto Aristarco, de cierta parcialidad, no deberá acusársele sino de mucho á sus recuerdos, de mucho respeto á la memoria de los suyos.

¿Y Voltaire aconseja á los mortales el olvido para gozar? Nó; todo lo contrario: es preciso recordar para medio ser dichoso. El viejo que no llora es una tumba, menos la sagrada solemnidad de su lápida.



La señora doña Luisa Toro de Viel

Hay existencias que merecen ser lloradas después que se extinguen. Una de éstas es la de la señora doña Luisa Toro de Viel, que acaba de fallecer en Santiago á la edad de setenta y tres años.

Nacida en una época en que la educación intelectual de la mujer se reducía sólo á las prácticas de un misticismo inconsciente, ninguna de las personas de la alta sociedad en que rolaban sus padres pudo seguramente prever que aquella niña que parecía venida al mundo para ser una virtud casera estaba destinada á sobresalir entre las inteligencias más cultivadas y robustas.

Los reveses de la fortuna, uniendo su suerte á la de un hombre cuya carrera comenzara en los campos de batalla y se extinguiera, después de una brillante epopeya, en la sombría noche de una ancianidad miserable, la persiguieron desde el vestíbulo de su juventud.

Para contar los platónicos amores de la joven Luisa con el gallardo ex-capitán de la guardia imperial de Napoleón I, don Benjamín Viel, sería preciso escribir un romance, pero romance casto y sencillo. Baste con saber que en 1821 daba su mano de esposa al objeto de su ternura, que por una sucesión de proezas militares había conseguido ya poner sobre sus hombros las charreteras de coronel.

Desde esta fecha hasta el día de la batalla de Lircay, su vida estuvo muy lejos de ser el poema que las mujeres sen-

sibles suelen escribir con el polvo de oro de sus ilusiones; nó, esos que para otra hubiesen sido nueve años de dulces impresiones, de desengaños acerbos, de inquietudes mortales, fueron para ella otros tantos de consagración tranquila al cumplimiento de sus deberes, nueve años de ejercicios continuos y esforzados de todos los nobles sentimientos que formaban la esencia de su alma.

Llegada la hora de la adversidad, que sonó con lúgubre tañido en las campanas que anunciaron el triunfo de aquella horrible contienda comenzó para la joven esposa del desgraciado coronel Viel la prueba terrible, esa prueba en que sucumben por lo común las pobres mujeres á quienes falta, como á la vid, el rodrigón en que se apoyan. La pobreza y la soledad, su obligada compañera, sentaron, pues, sus reales en el hogar de la joven huérfana; pero como aquella alma, tan sensible á los males ajenos, llegaba á ser de una imposibilidad casi cruel con los suyos propios, viósela manifestar, en vez de aflicción y abatimiento, como era de esperarse, un valor sereno, una entereza tan tranquila, que bien pudieron decir, como dijeron, los testigos de su quebranto, que su resignación era heroica. Y esa es la verdad. Ahora, si se quiere un testimonio de su desinterés, nos bastará recordar que la escasa renta de veinticinco pesos mensuales con que contaba en su viudez, pasó por orden suya á manos de su marido, que se hallaba refugiado en Lima.

¿No es verdad que esto es hermoso? ¿No es cierto que este solo hecho pinta todo un carácter, todo un corazón escogido? Pero ello no es nada en comparación de todos los actos de análoga naturaleza que le vimos practicar hasta sus últimos días. Y adviértase que la mano que se abría á todo infortunio, que el labio que respondía siempre amable á todo consejo, no obedecían al demonio de la vanidad ó del orgullo, que suelen disfrazarse con el albo ropaje de la caridad y la modestia, sino á un instinto poderoso y activo del bien, fortificado por las doctrinas de una filosofía tan dulce en sus principios como humanitaria y santa en sus

propósitos. Curioso hasta no más es el estudio de aquella singular matrona. El fausto, el lujo no figuraron entre sus necesidades; los celebraba y aplaudía en los demás, y con tal entusiasmo, que habría podido uno que no la conociese á fondo, desconfiar de su circunspección y buen sentido. La dicha ajena, que á tantos sirve de tormento, era para ella dicha propia; el *yo* no tenía significado en su diccionario; así, cuando se la manifestaba interés por sus padecimientos y se veía objeto del cuidado y tristezas de su familia y amigos, recurría al inocente ardid de darse por muy contenta, por muy buena de salud, para que nadie se tomase, como decía, la pena de estar triste.

Y bien! ¿En dónde había aprendido á dominar sus pasiones hasta el punto de matar el egoísmo natural á todos los seres que viven? En la lectura de los filósofos de la antigüedad, responderá el que cree que Plutarco da patriotismo á las almas egoístas; Sócrates amor á la inmortalidad á los pechos amenguados; Séneca prudencia y cordura á los espíritus ligeros. En las prácticas religiosas, contestará á su turno el devoto, que son freno para la pasión indómita, luz para el cerebro obscuro. Sin embargo, nosotros decimos que, confesando la influencia benéfica que ejerce la educación cristiana en todos aquellos que desde la cuna la recibieron, aquella sin igual naturaleza obedeció más que á nada á los generosos impulsos de las facultades que la constituían. Doña Luisa fué discípula de su corazón y aprendió todo lo que él le enseñara.

Esta era la mujer: veamos ahora la inteligencia. Tenía una instrucción vastísima, instrucción que tal vez muy pocos de nuestros más afamados literatos poseen en igual grado. La historia, la filosofía, la política, la industria, el arte, le habían debido desde su juventud muchas horas de concentración y trabajo.

Sentía la necesidad de saberlo todo, y estudiaba todo. Conociéndose débil para penetrar todas las verdades que quería conocer, interrogaba á los que creía capaces de en-

señarla; en fin, su imaginación y sus facultades intelectuales habían adquirido, por esta especie de gimnástica moral, un desarrollo verdaderamente prodigioso. Y lo más admirable de todo esto era que una mujer que podía darse cuenta hasta del último tornillo de una máquina, que podía seguir con sus fantasías las exploraciones del geógrafo al través de todos los mares, del minero por las obscuras entrañas de la tierra y las del estadista por entre el laberinto de los fenómenos políticos y sociales, tuviese tiempo para consagrar á la sociedad de las personas de su sexo toda la gárrula parlería que las preocupa y encanta. Su memoria, que no tenía límites, desplegaba á voluntad el rico tesoro de sus recuerdos. Aquello era la evocación del pasado. Los personajes pasaban allí como por linterna mágica; se les veía y oía, y todo sin que jamás se mezclase en sus anécdotas una sola palabra que medio pudiese herir á nadie. ¡Qué benevolencia en aquella boca! ¡Qué tolerancia en aquel corazón! ¡Qué rectitud en aquel espíritu! La virilidad de la inteligencia mata la sensibilidad, destruye ese pudor del corazón que es el encanto más precioso en una mujer. Jorge Sand, si embelesa de lejos, no podría menos que causar hastío de cerca. La baronesa de Stäel hiela el alma cuando se la ve examinar las obras de los filósofos de la Alemania y al mismo tiempo negarse á las dulzuras de la maternidad, que nadie mejor que ella debió sentir y hacer sentir á las madres.

Las lágrimas de Corina no han consolado á ningún afligido. Sus mismas últimas palabras antes de abandonar la tierra fueron tumultuosas y soberbias como su talento. Por esto no nos cansaremos de admirar la modestia y el candor de una Mercedes Marín, de una Jertrudis Gómez de Avellaneda y de otras pocas que la historia de las letras tiene consignadas para eterna admiración de los hombres.

Si esto pasa con los talentos literarios, ¿con cuánta mayor razón no sucederá con el talento del bien, que es el don supremo de los dones de Dios?

Pues, en doña Luisa Toro este talento llegó á su último límite.

Amaba á la humanidad como á su propia familia, y en medio del entusiasmo que le producían sus progresos, veíasele derramar lágrimas por la causa de los desheredados de la civilización, por ese gran grupo que sirve, por lo regular, de océano, con el empuje irresistible de sus masas, para arrastrar al puerto de la fortuna á los mismos que con más rigor deben dominarlo y castigarlo.

Era optimista, porque esperaba todo bien del que todo lo puede: desconfiar del progreso le habría parecido hacer un insulto á Dios, que es la fuente de la perfectibilidad humana. Creyendo y esperando siempre, nunca se deja de amar, y no dejando de amar nunca, se realiza lo que los espíritus fuertes llaman utopía del justo, y que los creyentes apellidamos con su verdadero nombre: vida cristiana.

Ante este cuadro ejemplarizador, los que lloran la desaparición de la señora doña Luisa Toro deben consolarse reflexionando que quien profesó la caridad como emanación pura del alma y no manchó su espíritu ni su corazón con ninguna flaqueza en una vida de setenta y tres años, debe ya formar parte de los escogidos en la mansión celeste.



Nuestros literatos

I

Líbreme Dios de querer decir una sola palabra mal sonante contra los que se dicen y pasan hoy por hombres de letras en nuestra buena y amada tierra de Chile.

Si hay gente que no perdona un agravio en esa materia no lo perdona tal vez por la misma facilidad con que los infiere.

La raza de los literatos es verdaderamente una raza singular en todas partes: aman la gloria y castigan sin piedad á los que la buscan; quieren el progreso, la libertad, la elevación del talento, la confraternidad en el culto del arte y de la ciencia, y al mismo tiempo embisten rabiosos contra cualquiera que salga á la palestra para defender la misma causa de que se dicen apóstoles y servidores.

Pero dejemos estas pueriles reflexiones y entremos en materia.

¿Qué es lo que llamamos en Chile literatos ú hombres de letras? Abro un libro y leo:

«Estas palabras responden precisamente á lo que llamaba la antigüedad con el nombre de *gramáticos*. En Grecia y Roma se entendía por *gramáticos*, no solamente al hombre versado en la gramática propiamente dicha, que es la base de los conocimientos, sino al que no le eran extrañas la geometría, la filosofía, la historia general y particular. Por

gramático, sobre todo se entendía al que hacía estudio de la poesía y de la elocuencia; estos eran los que son hoy nuestros hombres de letras. No se da este título á un hombre que con pocos conocimientos no cultiva más que un solo género. El que no ha leído sino romances, no hará más que romances; el que sin ninguna literatura, haya compuesto por casualidad algunas piezas de teatro ó, desprovisto de ciencia, confeccionado algunos sermones, jamás podrá ser contado en el número de los literatos. Este título tiene en nuestros días mayor significado que el que tenía la palabra *gramáticos* entre los griegos y latinos. Los griegos se contentaban con su idioma; los romanos no aprendían más que el griego; hoy el hombre de letras añade al estudio del griego y del latín, el del italiano, del español, y sobre todo el del inglés; la carrera de la historia es cien veces más inmensa que lo que fué entre los antiguos, y la historia natural ha aumentado en proporción de la de los pueblos. No se exige de un hombre de letras que profundice todas las materias; la ciencia universal no está al alcance del hombre; pero los verdaderos literatos, aunque no puedan cultivarlo todo, están siempre en disposición de dirigir sus pasos por diferentes terrenos. En los siglos décimo sexto y décimo séptimo, los literatos se ocupaban mucho en la crítica gramatical de los autores griegos y latinos, y á sus trabajos debemos los diccionarios, las ediciones correctas, los comentarios de las grandes obras de la antigüedad. Hoy esta crítica es menos necesaria, porque el espíritu filosófico la suple con ventaja; este espíritu filosófico es lo que parece constituír el carácter de los hombres de letras y cuando á él le acompaña el buen gusto, forma un literato cumplido.

Una de las grandes ventajas de nuestro siglo es la que ofrecen esos hombres instruídos que pasan de las espinas de las matemáticas á las flores de la poesía, y que juzgan con igual acierto un libro de matemáticas y una pieza de teatro. El espíritu del siglo los ha hecho tan propios para el mundo como para el gabinete; por esto son muy supe-

riores á los de los siglos precedentes. Hasta los tiempos de Balzac y de Voltaire permanecieron alejados de la sociedad; después han sido necesarios. La razón profunda y acendrada que muchos de ellos han esparcido en sus conversaciones, ha contribuído infinito á la instrucción y cultura de la nación. Su crítica no se ha ejercitado en las palabras griegas y latinas; pero, apoyada en una sana filosofía, ha destruído todas las preocupaciones que infestaban la sociedad, tales como las predicciones de los astrólogos, adivinación de los mágicos, sortilegios de toda especie, falsos prodigios, falsas maravillas y una infinidad más de usos supersticiosos. Han relegado á las escuelas mil disputas pueriles que fueron peligrosas en otra época y que hoy son despreciables. Sin más que esto han prestado un gran servicio al país. Asombra verdaderamente que lo que trastornaba al mundo, hoy no lo turbe siquiera; á los hombres de letras se debe este inmenso beneficio.

Son de ordinario más independientes en el espíritu que los otros hombres; y aquellos que han nacido sin fortuna, encuentran fácilmente con qué garantir su independencia. Ya no se ve, como en otros tiempos, aquellas rastreras dedicatorias que el interés y la bajeza ofrecían á la vanidad.

Un literato no es lo que se llama *un bel esprit; le bel esprit* (esta palabra no tiene traducción propia) supone menos cultura, menos estudio, y no exige ninguna filosofía; consiste principalmente en la imaginación brillante, en los encantos de la conversación, ayudados de una mediana lectura. *Un bel esprit* puede no merecer el título de hombre de letras, y el hombre de letras tampoco merecer el del *bel esprit.* Hay muchos hombres de letras, que no son autores, y probablemente son los más felices. Están libres del disgusto que la profesión arrastra las más veces; de las rencillas de la rivalidad, de las animosidades de partido y de los falsos juicios; gozan más de la sociedad: son jueces mientras que los otros son juzgados».

II

No creo que mis lectores tendrán á mal que me haya tomado el trabajo de traducir todo este largo trozo de un libro que pocos poseen y que nadie seguramente lee. En materias literarias es preciso leerlo todo cuando uno está en edad y aptitud de distinguir lo verdadero de lo falso, lo realmente bello de lo que no lo es sino en apariencia.

Hecha esta salvedad, que me servirá de disculpa para en adelante, continúo.

Si la pintura que acabamos de ver es exacta y debe servirnos como término de comparación, ¿cuántos son hoy los dignatarios de nuestra república literaria? Si fuéramos á contarlos, quizás pondríamos algunos de más, para tener al menos el placer de consolarnos con una lisonjera mentira.

Pero, sea como fuere, el hecho es que tenemos cuatro historiadores, cinco ó seis poetas, dos novelistas y unos dos autores dramáticos. Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés han escrito buenos libros, que servirán á los que vengan detrás para la formación de la historia filosófica, si es que ésta llega á crearse algún día.

En otra ocasión, y desde estas mismas columnas, al hablar de los adelantos operados en el estudio de la historia nacional, dije con franqueza lo que sentía respecto de cada uno de estos escritores. Sin embargo, quiero detenerme un momento más en Miguel Luis Amunátegui, á quién, á pesar de los pesares, he estimado y respetado siempre por su talento y vastísimos conocimientos.

No necesito abrir ninguno de sus libros para recordar perfectamente, no tan solo lo que ha dicho, sino lo que no ha dicho, que es una de las cosas que más me gustan en Amunátegui.

Decir á qué escuela histórica pertenece sería para mi im-

posible; no puedo saber si pretende acercarse á Thierry, que es el jefe, según dicen los franceses, de la historia verdaderamente crítica, ó si simplemente desea, como los escritores españoles del día, trasladar al papel lo que sabe, sin cuidarse para nada de ningún sistema.

Es probable que tal sea su propósito; mas aunque no lo sea, lo que puedo asegurar es que en su «Historia del Descubrimiento y Conquista de Chile» me ha deleitado y enseñado. Sobriedad de color, distribución acertada de las figuras, y sobre todo, limpieza y precisión en el dibujo, son las cualidades que brillan en ese precioso libro, que llamaría lienzo si no temiera que el retórico señor Amunátegui me reprendiese por buscar los símiles en la pintura. A esto se agrega que yo creo á pie juntillas cuanto me dice el historiador; que jamás he desconfiado de su veracidad en las citas, en las fechas, en el más insignificante dato. Y es tal este convencimiento, que cuando tropiezo con algún pasaje poco verosímil ó con un rasgo biográfico un tantito difícil de tragar, me digo: cuando Amunátegui lo afirma, así será; y sin más, la tentación de la duda se me desvanece como la del pecado al echar mano de un escapulario.

En cuanto al estilo, que algunos califican de *lapidario*, otros de *bíblico*, y otros de que sé yo qué, no tengo embarazo en decir que me gusta muchísimo, llegando en ocasiones á causarme verdadera impresión. La tarda y numerosa frase castellana, ha dicho no me acuerdo quién, sirve para desarrollar el pensamiento en todas sus modificaciones; para dejar á la pasión la libertad que los músicos modernos han permitido á la voz con la dilatación de la escala. Sin embargo, el estilo cortado, cuando no es hijo de la pobreza de la expresión, ni de la carencia de fantasía para matizar las ideas, tiene cierto agrado que, á la larga, se convierte en placer para los lectores. No gustamos generalmente de que se nos diga en muchas palabras lo que se puede decir en pocas; menos todavía de que el autor de un libro nos manifieste la facilidad que tiene para contar lo que no to-

dos estamos en aptitud de comprender. El viejo apotegma el *estilo es el hombre*, no me parece tan verdadero; hay hombres muy fastuosos, muy pródigos, muy abiertos, y que tienen un estilo muy encogido, muy pobre, muy estético, si es dable decirlo así. Por el contrario, hay individuos de carácter muy apocado, de espíritu muy receloso, que para escribir una simple carta familiar gastan profusamente un tesoro de palabras y figuras que nadie hubiera podido sospechar.

Creo, pues, que el estilo de Miguel Luis Amunátegui no es el estilo natural de su alma; que hay en él algo de artificial aprendido en los clásicos latinos y en ciertos escritores modernos que han popularizado en estos últimos tiempos lo que ellos llaman la manera de escribir breve.

Por lo que toca al lenguaje, si no es irreprochable en la elección de las palabras, lo es por la gramática. No hay allí ni solecismos, ni arcaísmos, ni neologismos; cuando más alguna frasecita gálica que deja pasar el escritor, como dejan alguna vez los porteros de teatro colarse á ciertos perillanes bien vestidos que no tienen billete de entrada.

Sobre todo, lo que estimo y respeto en Amunátegui es su vasto saber. Sus estudios clásicos han sido completos, y luego su amor á las letras le ha proporcionado ideas sobre todos los ramos. Diserta sobre derecho público, historia, filosofía, etc., etc., con la misma facilidad que sobre derecho español y canónico; no tiene título de abogado, y defiende una causa difícil y complicada mejor que cualquiera de los más diestros en el oficio; no es diplómata de profesión, y podría tenérselas con cualquiera del ramo en la historia de los tratados, convenciones y hasta sobre las más menudas fórmulas del ritual diplomático. He ahí, pues, lo que yo llamo literato, y lo que llamarán con el mismo nombre en cualquier pueblo civilizado. Con todo, entre nosotros se le tiene más por bibliófilo, por erudito, por retórico, que por un hombre de pluma elegante y fácil.

Este error no tiene, á mi juicio, otro fundamento que el

carácter del hombre, carácter que á los ojos del vulgo imperito y mordaz ofrece singulares y hasta ridículas apariencias y que, estudiado detenidamente, y á la luz de más elevado espíritu, presenta rasgos hermosos que convidan á la reflexión y despiertan en el ánimo del hombre acostumbrado á pensar, muy consoladoras apreciaciones.

¿Quién no ríe cuando ve la pintura del amor trazada por la casta pluma de Amunátegui? ¿Quién no se asombra cuando en cualquiera de sus preciosas leyendas tropieza con una escena en que los amantes se besuquean y arrullan como dos tórtolas?

Miren también como al *guaina* le gusta la fruta prohibida! exclama el estudiante.—Hombre, no sabía yo cuánto fuego encerraba el alma de Miguel Luis, dice el hombre serio.—Es ya hasta *espíritu fuerte*, replica la matrona que hasta entonces habría metido las manos al fuego para atestiguar la ortodogía de nuestro amigo.

Ahora bien: ¿por qué este asombro, por qué esta sorpresa, por qué este escándalo, cuando nadie mejor que él puede pintar los dulces arrobos del amor puro, las satisfacciones y embelesos de la amistad verdadera? Nutrido con la médula de la antigüedad, conservando todavía, á pesar de sus cuarenta y ocho años, esa virginidad de corazón que todos perdemos antes de llegar á la pubertad; ejercitado desde temprano en el culto de las virtudes domésticas; sobrio, temperante, modesto, ¿quién, pregunto yo, tiene más derecho que él para permitirse en el papel el juego de las pasiones á que todos, sin excepción, hemos dado rienda suelta desde los primeros albores de la juventud? Pero todo en Amunátegui parece extraordinario y hasta increíble. Si se le ve luciendo una cadena de oro, se cree que es falsa; si se le mira con una levita ó sombrero nuevos, lo primero que se ocurre es que los ha comprado en la última baratura; con decir que hasta el bastón que manejan los muchachos que salen del colegio, es un acontecimiento en aquel hombre, basta y sobra para comprobar lo que he dicho, esto es,

que el carácter excesivamente modesto y las maneras demasiado familiares, lejos de inspirar respeto, como debería ser, sirven para amenguar el precio del talento y de las virtudes.

Perdón, amigo Miguel Luis, por esta franqueza; mi pluma no obedece á ningún móvil mezquino como tal vez usted lo cree; al revés, si algo la empuja, es el deseo perfectamente lícito y laudable de estudiar en usted una de las figuras más culminantes de nuestras naciente literatura.

De Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés he dicho ya en otra ocasión el concepto que me merecen: los tres han escrito volúmenes interesantísimos que convendría á nuestra juventud leer con esmero, para que el estudio de la historia nacional y americana continúe ensanchándose hasta constituír la historia crítica, que es lo que nos hace más falta.

III

Pasando ahora á los poetas que veo desfilar en mi imaginación como un batallón mal disciplinado de reclutas, mi juicio tendrá que circunscribirse á otro cuarteto ó cuaterno: Matta, Lillo, Blest Gana y Rodríguez Velasco. La popularidad del primero es indiscutible; sus versos pasan de labio en labio con todas sus bellezas y defectos; se les recita sin reparar siquiera en las faltas más chocantes. Unos le llaman el *Tirteo chileno;* otros creen todavía estrecho el elogio y van hasta parangonarlo con Byron. Sin embargo, Matta no es un poeta que podría ponerse por modelo á los estudiantes. Sus convulsivos arrebatos, que excusan hasta cierto punto muchos de los vicios de su lenguaje poético, no pueden menos de ser contagiosos; la pasión frenética, audaz, lleva siempre consigo una atracción poderosísima á que no resisten muchas veces ni las inteligencias más cultivadas y discretas. Ya lo hemos visto, por desgracia; una

infinidad de copiantes en estos últimos años, ha pretendido pulsar la lira del señor Matta, y el atrevimiento ha sido castigado desde luego como merecía.

Burlarse de las reglas gramaticales y retóricas para enunciar vulgarísimos sentimientos que podrían muy bien caber dentro de los principios del arte; hacer contorsiones epilépticas para no expresar más que ideas comunes, ó menos que eso todavía, es una cosa que no puede soportarse y contra la cual no ha tenido el público instruído, bien sea por benevolencia ó desprecio, la cordura de protestar como debía.

Justo es que se admire la torre de Piza por su portentosa inclinación, pero no lo sería de ninguna manera que fuéramos á admirar la torre de San Lázaro. En Matta hay las monstruosidades del numen, en sus plagiarios, las barbaridades de la petulancia.

No he sido yo nunca de sus admiradores, pero tampoco lo fuí jamás de los que, desconociendo la altura de su inspiración, la valentía de sus sentimientos, se han empeñado en criticarlo hasta el grado de negarle redondamente la supremacía que le corresponde.

De Lillo no he podido leer jamás una estrofa sin sentirme vivamente impresionado. Su estilo claro, brillante, franco; su lenguaje armonioso y rico, me han causado, siempre la más grata sensación en el oído y en el espíritu. Sin pretensiones de causar arrebato; sin más miras que la de deleitar, su poesía ha llenado cumplidamente su objeto: mujeres, hombres y niños la han leído y pueden volver á leerla gozando. He ahí un poeta amable y seductor! Fáltale ciertamente profundidad, ciencia, plan tal vez, pero en cambio cuántas bellezas le sobran! Aunque no fuera más que por la dulzura y elegancia de su expresión, bastaría para que se le contase entre los poetas que deben ser estudiados. Casi igual cosa me sucede con Guillermo Blest Gana, aunque su persona tiene para mí atractivo de ninguna especie.

Indudablemente es poeta, y poeta de mérito. Lenguaje terso y limpio, rima cadenciosa, pensamiento delicado, todas las cualidades, en una palabra, exigidas en el poeta, se encuentran en ese hombre. Su dulzura no empalaga, su melancolía es natural, su entusiasmo perfectamente lírico.

Tiene estrofas que no habría desdeñado Lamartine, baladas que acreditan gusto acendrado, sensibilidad exquisita; pequeños cuentos en que brillan la espiritualidad más fina, la gracia y el donaire de más puros quilates.

Entre tanto, el poeta ha trocado su lira por el porta folio del diplomático. ¡Trastrueque de las cosas humanas!

Pero también, ¿cómo no cambiarla cuando vivimos en un país que no tiene nada de poético, y en que á medida que pasan los días la realidad exige de todos, sin excepción, los más desapiadados sacrificios? La poesía, decididamente, no da para comer; demasiado sublime por naturaleza, su reino no es de este mundo; el aire del numen no tiene oxígeno; así, nada me extrañaría que todos los poetas chilenos, aun los más conspicuos, se acogiesen á la sombra de los empleos, que al fin y al cabo, por miserables que sean, dan siempre algún entretenimiento al estómago.

De Rodríguez Velasco no puedo decir gran cosa; imitador de Blest Gana, sus cantos, si bien armoniosos y sentidos, no me han causado emoción notable. El género que los franceses llaman *vagabundo*, parece que cuadrara á la índole poética de este joven vate. Muchas lágrimas vertidas por el dolor del desengaño; muchas ilusiones evaporadas; muchas esperanzas rotas en flor, y muchísimas aspiraciones á la celebridad. En la poesía satírica ha dado muestras de habilidad, lo que prueba que su vena no es sólo un verjel, de rosas y jazmines, sino una aljaba llena de saetas.

IV

Vamos á la novela.

En este género estamos todavía más escasos que en ningún otro. Fuera de Alberto Blest Gana, no encuentro un solo novelista ó romancero que digno de mentarse sea. Y aquí pido perdón al señor don Martín Palma, porque, si he de ser franco, le diré que el género en que ejercita su talento, á mi entender, ha pasado completamente de moda.

La novela filosófica, es decir, de propaganda irreligiosa, murió con el *Judío Errante* de Sué. Nadie lee hoy el *Cándido* de Voltaire, y sí por acaso alguno tiene la mala ocurrencia de entretenerse con ese romance, escrito únicamente con el fin de burlarse del optimismo de Maupertuis, no será de seguro para espantarse, como le sucedió á la baronesa de Stäel, sino para conciliar el sueño.

No niego ni podría negar al señor Palma cierto talento y una muy decidida afición á las letras; por el contrario, reconozco gustoso lo meritorio de sus esfuerzos, y más que nada, la sinceridad de sus sentimientos. Antecesor mío en el *Mercurio* y autor de algunos opúsculos de mérito, su reputación literaria no necesitaba acrisolarse con la publicación de *Los Misterios del Confesonario*, obra más bien destinada á perjudicarle que á favorecerle y acrecentar su prestigio.

Los abusos de los ministros de la religión; las supersticiones que la afean y desfiguran, no se corrigen con escritos en que el autor no puede ostentar ingenio vivo y poderoso. No me negará el señor Palma que los enciclopedistas del siglo XVIII trabajaron de todos modos por lo mismo que él trabaja, y no me negará tampoco que los resultados fueron bien mezquinos. ¿En qué daña á la religión católica la sátira terrible de Voltaire? ¿Perdió acaso por ella el espíritu que la alienta y la mantendrá siempre por encima de todas las sectas y de todos los sistemas de los filósofos?

Cuando Napoleón I reconstruyó los altares derribados por la revolución, las letras levantaron también su trono destruído, y desde entonces hasta el día que corre no ha pretendido la literatura francesa volver á echar por tierra aquella obra.

De que Prudhome ruja contra la iglesia; de que Renán humanice á Jesús; de que los racionalistas todos truenen contra la autoridad de la fe, no se deduce que el espíritu de la literatura francesa sea hoy el mismo que inspiró al siglo precedente.

Echar abajo los altares de una religión como la nuestra por aplastar á cuatro clérigos y frailes fanáticos, me parece una tentativa no digna de un filósofo como el señor Palma, sino de un Goliat todavía más bárbaro que el descalabrado por David.

En Chile no hay una legión de espíritus fuertes, como tal vez se imagina el autor de *Los Misterios del Confesonario;* y aún suponiendo que la hubiera, no creo que fuesen tan tontos esos señores que pretendiesen arrebatar al pueblo el único freno que puede contenerlo.

¿O preferiría el señor Palma que en vez de ir á arrodillarnos á los pies del sacerdote católico, nos confesásemos todos como en los misterios de Egipto, de Grecia y de Samotracia?

Lo que no se ha de destruír no debe tocarse; ahora si el autor de *Los Misterios del Confesonario* se cree con la fuer-a suficiente para echar por tierra al catolicismo chileno, como Cervantes lo hizo con la caballería, es otra cosa, que merecerá, llegado el caso, consideraciones de otro género.

La literatura *du demi monde* no tiene en Europa tales exigencias; se contenta con distraer y hacer reir; ahí está Paul de Kock, que todavía es el encanto de las grisetas de París y de las viejas noveleras de provincia.

Vuelvo á pedir perdón al señor Palma por mi franqueza, y espero que no habrá de negármelo si piensa que solo animado de buen espíritu me he atrevido á censurar su obra,

nó en cuanto á la forma, sino en cuanto al espíritu que en ella predomina.

V

¿Qué nos queda ahora para completar nuestro bosquejo? Nada más que echar una ojeada al campo del periodismo y otra sobre lo que podría llamarse en cuerpo de asamblea de los estadistas, publicistas y abogados, entre los cuales hay algunos que pueden presentar justísimos títulos para un honroso recuerdo.

Lo haré más tarde si Dios me lo permite. Mientras tanto, ¿por qué no hablaría del género satírico, tan poco cultivado entre nosotros?

No tenemos escritores satíricos. Jotabeche es el único que habría podido serlo, pero se contentó con aspirar al rango de *escritor de costumbres*, que no pertenece precisamente á aquel género.

¿Y por qué no cultivamos la sátira tal como la entendían Beaumarchais, Louis Courier y tantos otros escritores de nota? ¿Porque nos falta chispa, ó porque escasean los motivos? No podría responderme, pero lo que sí responderé desde luego es que si hay alguno que tenga vocación para la sátira, debe sofocarla inmediatamente, porque de nó será la víctima de todos los escalones sociales y muy especialmente del más encopetado. Pobre de él! Llamaría á las puertas de los salones elegantes y se las cerrarían en sus hocicos; descendería á los de segundo orden y sucedería otro tanto, hasta que por fin, no teniendo más abrigo que los cafés, concluiría por cobijarse á la sombra de algún patrón que probablemente usufructuaría de su bilis para manchar á sus enemigos.

Los chilenos somos muy graves: no admitimos bromas de ninguna especie; la mujer quiere que se la diga seriamente que siempre está joven, bella, inteligente, espiritual, seductora; el hombre de fortuna que se le llame gran señor

gastrónomo como Lúculo, protector de los ingenios como Mecenas, admirador y gozador de la belleza como Richelieu.

Los tontos, ¿para qué hablar? Como son la mayoría, dan la ley y disponen tiránicamente del crédito de los escritores. ¡Y vaya usted á hacer un artículo crítico para ser despedazado por una jauría de necios!

Cuando en esto recapacito, me causa extrañeza el que los hermanos Arteaga no hayan encontrado difamadores por su magnífico libro *Los Constituyentes*. Ese libro, para mí el más ingenioso de cuantos se han publicado, no sólo en Chile sino en América, no tiene una letra que no sea una chispa; todo él es espiritualidad, elegancia y gracia. Por esto tal vez se ha escapado; demasiado sutil para los colmillos de la vanidad glotona, ha salido ileso de su tarasca.

Y áquí paro mi charla para continuarla el sábado que viene. Descanso con el cansancio, á la manera de los que se emborrachan, que se despabilan con el aguardiente.

Y ya que cité al comenzar este artículo un libro olvidado, lo cerraré con otro trozo que creo muy oportuno y digno de meditarse:

«Los hombres de letras que han hecho más servicios al pequeño número de seres pensantes esparcidos por el mundo, son los que han vivido lejos del tumulto; son esos verdaderos sabios encerrados en sus gabinetes, que no han ni argumentado en los bancos de las universidades, ni dicho tonterías en las academias; y esos precisamente han sido los más perseguidos.

Tal es nuestra miserable especie; los que marchan rezagados y por mal camino arrojan siempre piedras á los que quieren despejarles la ruta.

Componed odas á monseñor *Superbus Fadus*, madrigales para su querida; dedicad á su portero un libro de geografía, y seréis perfectamente recibidos; ilustrad á los hombres, y os aplastarán sin remisión.

Pero la mayor desgracia del hombre de letras no es el ser

el objeto de los celos de sus colegas, ni la víctima de las cábalas de partido, ni el desprecio de los poderosos; nó, su mayor desdicha es la de ser juzgado por los tontos.

Los tontos marchan lentamente, sobre todo cuando al fanatismo se une la ineptitud y á la ineptitud el espíritu de venganza. El primero que pasa por la calle consigue un empleo ó los medios de lucrar en cualquier negocio. Si se le hace una injusticia, encontrará defensores; mientras que el literato no tiene quien le ampare. Semejantes á los pescados voladores, si se eleva un poco, lo devoran los pájaros; si se sumerje en el agua, se lo comen los pescados».



Los Borbones de España

EFECTO DE UN HELADO DE ROSA

La España de Carlos IV y de Fernando VII es una mina inagotable para el historiador y el novelista, pero los literatos españoles no han sabido ó querido hasta hoy explotar debidamente ese riquísimo venero. Fuera de Fernández y González y de Pérez Galdós, aquella época no ha tenido sino muy escasos y secundarios historiadores y pobrísimos, sea dicho en honor de la verdad, romanceros y leyendistas.

Como tengo hecho el propósito de dar á la estampa una serie de cuentecillos que llamaré *Anécdotas de mi padre* y que versan sobre la historia secreta de palacio, que no fué más que la crónica casera de aquellos reinados, divulgada á todos los vientos por los mismos que vivían á la sombra del trono, comenzaré desde hoy á registrar viejos y descoloridos papeles, y á poner en tortura mi memoria, ya bastante dolorida y cansada por el peso de los recuerdos.

I

Desde la muerte de Carlos II el hechizado hasta la subida al trono de San Fernando por Carlos IV de Borbón, el palacio de los reyes de España no fué más que el trasunto de una iglesia ó un cementerio. Felipe IV, á quien su

abuelo Luis XIV, siendo aquel duque de Anjou, había dicho: *ya no hay Pirineos*, desde el instante que empuñó el cetro después de trece años de dura lid con el Austria, Holanda, Saboya y Portugal, contra lo que aseguraban sus parciales de dentro y fuera de España, demostró bien claro que no había nacido para reinar.

Supersticioso sin verdadera y profunda fe religiosa, orgulloso y taimado sin altivez ni energía, propenso al despotismo sin ninguna de las cualidades de déspota, con un temperamento físico ardentísimo, que contrastaba con la debilidad de su organismo, y sobre todo víctima desde temprano de alucinaciones que le llevaban con frecuencia á los actos más ridículos de misantropía, era natural que su vida íntima fuera la menos á propósito para hacer del palacio de sus antecesores el centro de la alegría y del buen gusto.

María Luisa de Saboya, su esposa, conocíalo muy bien, y por eso solía decir en las horas de espansión á su confidenta y camarera mayor, la princesa de los Ursinos, que la regia morada era más que un monasterio, una tumba. El mismo Julio Alberoni, primer ministro, escribía idéntica cosa á uno de sus amigos de Italia, pidiéndole le compadeciese por ser él el *sacristán mayor* (palabras textuales) de esa capilla mortuoria denominada por burla palacio de los reyes.

Casado Felipe en segundas nupcias con la princesa parmesana Isabel de Farnesio, sus dolencias se agravaron á punto de ofrecer diariamente una serie de escenas que, comentadas en la corte francesa, servían para distraer en las horas de tedio á su tío el crapuloso Luis XV. Lea quien quiera tener lástima de aquel rey, apellidado el *Animoso*, las memorias de Duclós, historiógrafo de Francia, y se convencerá de que cuanto se diga á cerca de las risibles manías que hacían insoportable la vida de Felipe y de los que le cercaban, es poco para lo que en realidad acontecía.

Su hijo Luis I, que reinó sólo ocho meses y por abdicación de su padre, tenía todos los defectos de éste, añadidos

á los que heredara de su madre. Aunque sensual, caprichoso y violento, era religioso hasta el fanatismo. El mismo Felipe se persuadió pronto de que había hecho un solemne disparate copiando á Carlos V en una abdicación que nada justificaba y contra lo cual se habían opuesto tenazmente el consejo y la grandeza de Castilla.

Muerto Felipe, ascendió al trono su hijo Fernando VI, hombre de condición apacible pero en quien se notaba muy marcado el carácter melancólico y aprensivo de su padre. Casado con Bárbara de Braganza, princesa dominante y avara, su reinado resintióse desde luego de las mismas faltas de su antecesor. Ingrato con su hermano Carlos, rey de Nápoles y de Sicilia, le sacrificó en sus intereses dinásticos, suscribiendo el tratado de Aquisgrán, por el cual se arrebataba á aquel su soberanía de Parma, Placencia y Guastala.

«Entre muchas prosperidades, dice don Antonio Ferrer del Río, no experimentaron estos reyes más contratiempo que la sublevación de las treinta y una poblaciones de indios paraguayeses en términos que sólo exterminándolos se hubiera domado su pertinacia». Sin embargo, languidecían por consecuencia de su afección hipocondríaca. Únicamente se la mitigaban algún tanto los faustosos espectáculos teatrales del Buen Retiro, inferiores quizás á los de la época del conde-duque, y dirigidos con esmerada maestría por Farinelli, quien ascendió así á un valimento de que jamás cayó ni hizo abuso.

Ya insensible á los efectos del lenitivo, falleció Bárbara de Braganza (1758); viudo Fernando VI, empezó por temer que moriría apenas se metiera en el lecho; siguió por caer postrado y por repugnar el alimento, las medicinas y la limpieza; y acabó por expirar sin sucesión antes de un año en el Castillo de Villaviciosa (10 de agosto de 1759).

Carlos III no fué más que un penitente coronado. Viudo á los 49 años, vivió 23 sin esposa ni querida, ejemplo único en la historia de los reyes de su raza.

Con un monarca que consagraba todas sus horas al cumplimiento de sus deberes de rey y de cristiano, se comprende muy bien que el palacio real fuese más que una iglesia y un cementerio, una catacumba. Y no se olvide que la corrupción escandalosa de la corte francesa traspasaba los Pirineos, y que los españoles, á pesar de su apatía característica, comenzaban á importar las modas del país vecino y á recrearse con la lectura de los libros de los enciclopedistas.

La España de Carlos III fué indudablemente grande en las letras, las armas, la industria y el comercio. Nosotros, que, afuer de buenos patriotas, hacemos alarde de ignorar la historia de la metrópoli, no podemos comprender cómo nuestros antepasados se inclinaban respetuosos ante las glorias de la madre patria.

Hoy que trabajamos por mejorar la instrucción pública, no será malo que sepamos que aquel Carlos III, que en nuestro patriotismo nos fingimos como una vieja estantigua, dictó providencias sapientísimas sobre los estudios superiores, entre las que figura en primera línea la que dispuso «no atender en la provisión de cátedras y la alternativa de escuelas sino al mérito de los opositores».

De esta manera las disputas escolásticas fueron perdiendo mucho de su tenacidad y ganando en seriedad y decoro los estudios de filosofía y de jurisprudencia. Desde el año 1766 hasta 1777 se publicaron nueve planes de estudios á cual más ventajoso. Y no era solamente el gobierno el que demostraba tanto empeño por la ilustración, pues que varios obispos, como el famoso Rubín de Celis, se dedicaron con ahinco á mejorar la condición de los seminarios. Los frailes mismos, que después han sido en España los mayores enemigos de la cultura y civilización, se hicieron notar entonces por su celo y laboriosidad en la enseñanza. Fray José de San Norberto, general de los Carmelitas Descalzos, sostuvo en un memorial interesantísimo que ha llegado hasta nosotros á pesar de la polilla y de las ratas, que para

que la instrucción literaria y filosófica fuese fecunda, debía el rey ordenar en los conventos se leyeran las obras de Gasendo, Descartes, Newton, Locke y otros que más tarde la inquisición española hacía quemar por el verdugo en medio de la plaza de la Cebada.

Pero dejemos aquí esto que es demasiado serio para un artículo de este género y pasemos á contemplar, como curiosos que miran por el ojo de una cerradura, lo que pasaba en un retrete de María Luisa, esposa de Carlos IV y madre de Fernando VII, *el muy amado padre y señor* de nuestros patriotas del año 10.

II

La reina María Luisa de Borbón merece que le consagremos un pequeño paréntesis. El estudio de la mujer es siempre interesante aunque haya de observársela con una corona en la cabeza ó un cilicio en la cintura. «La mujer es siempre mujer», decía la Maintenon al padre Lachaise, y éste le respondía: «pero el hombre por desgracia señora, no es siempre hombre».

Soy de la misma opinión, pero no para castigar con el azote de la crítica á las mujeres, de las que he sido siempre, desde los albores de mi juventud, adorador apasionado, sino para admirar á veces y lamentar otras la fuerza indestructible de su maravillosa naturaleza. Una reina que llora de amor por un hombre del pueblo, que sufre sus impertinencias con más resignación y humildad que la última fregona los ultrajes de su amante, es para mí, y no dudo, que lo será para todos los que piensen como yo, un objeto á la vez muy despreciable y simpático. Preciosa organización la de la mujer! Su corazón no se seca por la vanidad, ni por la verdadera gloria, ni por la fortuna, ni aun por el infortunio, que es el primero y más poderoso destructor de todos los sentimientos generosos del hombre.

Doña Teresa María Luisa de Borbón nació en Parma en 1754; fué su padre el infante don Felipe, hermano de Carlos III, el mismo á quien Fernando VI por el tratado de Aquisgrán arrebataba el reino de las Dos Sicilias incorporándose Parma al Austria y Placencia á Cerdeña. María Luisa casó con el príncipe de Asturias, más tarde Carlos IV, en 1767, á la edad de trece años. No bien hubo recibido la bendición nupcial manifestó el carácter altanero que hasta su muerte conservó intacto.

«Cuando llegó á España á reunirse con su esposo, dice el historiador I. García Jiménez, Carlos III la recibió con frialdad muy notable, y dispuso vigilar sus pasos cuidadosamente, sobre todo desde que descubrió que daba de incógnito sus paseos por las calles de Madrid acompañada de dos jóvenes de la corte, y algunas veces sola. Gradualmente fué tomando sobre su marido un ascendiente irresistible que conservó hasta el fin de sus días. Sus relaciones íntimas con Godoy tuvieron días de borrascas, y una vez intentó perderle en el ánimo del rey; pero el cariño de Carlos IV á su favorito destruyó esta tentativa de la reina, que en el fondo procedía de un acceso de celos».

La existencia de esta mujer célebre en los fastos del libertinaje coronado, no ha sido trazada hasta hoy de una manera completa, y la razón de ello es que los españoles no dan precio ninguno á las historias de la vida íntima. El género de las memorias en que tanto abunda la literatura francesa, casi les es desconocido. En cambio, no hay español que no charle en privado de las flaquezas de sus reyes, que no se entretenga con todos los cuentecillos verdes de la crónica palaciega. En nuestros días se han referido tantas anécdotas relativas á Isabel II que el que quisiera tomarse la pena de formar un almanaque escandaloso no tendría más trabajo que enhilarlas como cuentas de rosario.

En la época de Carlos IV la chismografía era todavía mayor, y con la circunstancia de que dentro de palacio era donde se forjaban los más repugnantes cuentos.

Mi padre, como guardia de corps que fué desde 1802 hasta 1808 estaba perfectamente al cabo de todo esto. Oh! es imposible formarse idea de lo que acontecía en esa real estancia. Intrigas políticas en la recámara del rey; enredos amorosos en la de la reina, y tramas revolucionarias en la del príncipe heredero. Desde los duques de Medinacelli y el Infantado hasta el último de los pajes de Fernando, no había uno solo de los habitantes de palacio que no fuera actor de un drama más ó menos complicado y grotesco.

Pero continuemos con María Luisa. Su físico era el mismo de todas las mujeres de su raza. Parecíase á su marido como puede parecerse un hermano á otro. Nariz prominente y encorbada, mandíbula inferior saliente, ojos negros muy vivos, de mirar siniestro, el color cetrino, y en el todo de la fisonomía ese no sé qué que se nota en los bustos y retratos de los Borbones y que á juicio de los fisonomistas revela el conjunto de todas las pasiones groseras subordinadas al resorte del deleite.

El cuerpo de la reina era proporcionado y airoso. Su andar lento y grave, si bien con la basquiña y manto, corriendo por el barrio del Lavapiés á deshoras de la noche, habría podido tomársela por una moza de las llamadas del partido.

Elegante y fastuosa en el traje, pretendía dar la moda á las españolas á quienes acusaba de zafias é ignorantes. Todo lo que era italiano le complacía. En su mesa no se servía más que platos condimentados por los famosos cocineros de Nápoles. Bebía Marsala, Barbera de Asti, Rifuosco, diciendo siempre á sus camaristas que los vinos de España eran únicamente buenos para sustentar jayanes. Su dentista, el famoso Pietro Mimosi, componíale opiatas perfumadas con las que hacía creer á su servidumbre que cuidaba con esmero su dentadura. Era esta postiza, y según entiendo, hecha con una perfección tal que Robinson, Zoorner y demás que han endentado á las tres cuartas partes de nuestras bellas, no la rechazarían por atrasada.

Recuerdo haber leído en las memorias de la duquesa de Abrantes, que María Luisa en los días de recepción se presentaba con los brazos desnudos para hacer resaltar sus mórbidos contornos con la preciosa pedrería de sus brazaletes.

Por lo que toca á su alma, la esposa de Carlos IV era un receptáculo inmundo de vicios y pasiones desenfrenadas. Amaba como una loba y disgustábase pronto de sus amantes. Solo el príncipe de la Paz conservó afecto, y siempre mezclado con el acíbar de los celos que en ella era la hiel de la envidia y del odio. Gustábale que la requiriesen plebeyamente, es decir, que la trataran en las relaciones íntimas como á una mujer del pueblo.

El guardia de Corps que después se llamó general Ballesteros y Mayo, que también salió del cuerpo de guardias para ser intendente de Cartagena de Indias, contaba en la intimidad escenas eróticas con ella, que Petronio y Meursio no hubieran rechazado para sus pinturas obscenas.

He ahí, pues, lo que era esa princesa y madre de reyes á quienes la América entera ha debido las más dolorosas horas de su servidumbre.

III

Decíamos que poniendo el ojo en la cerradura de las puertas secretas del retrete de María Luisa' un curioso, habría podido darse plena cuenta de lo que allí pasaba. Haga el lector otro tanto con la imaginación, ya que le hemos colocado en esta coyuntura, y verá una escena que no carece de interés dramático.

Era el 2 de octubre de 1805. María Luisa, después de haber conferenciado un largo rato con Carlos IV y el príncipe de la Paz sobre las medidas que convenía arbitrar para deshacer los complots que diariamente se fraguaban en los cuartos del príncipe de Asturias, entraba en su recámara

secreta trayendo en la mano una palmatoria de plata en que ardía una vela de cera perfumada.

Parecía hallarse cansada y triste. Después de dejar la luz sobre un velador de madera de rosa tendióse sobre un sofá de brocado azul turquí en que solía reposar de sus nocturnas escursiones, y sacando muy cautelosamente una carta de su escarcela, comenzó á leer á media voz lo que sigue:

«Reina mía:—No he ido á la cita convenida con la marquesa de Santa Cruz porque mi señora la princesa de Asturias me ha impedido abandonar el palacio. Si vuestra majestad quisiera mandarme que la viese mañana que no estoy de servicio, iría á besar sus reales pies. Entre tanto, ruego á Dios me conceda la gracia de que V. M. me perdone esta falta involuntaria.—ANGELO MORERI».

María Luisa leyó dos veces esta carta como masticando las palabras, y después de cavilar un momento, tendió la mano hacia la pared y tocó un resorte encubierto por una flor del tapiz. Un momento más y la camarera mayor y primera azafata, marquesa de Santa Cruz, aparecía como por ensalmo por una puerta excusada.

—Marquesa, dijo la reina con voz rápida y entrecortada, id inmediatamente al cuarto del paje de la princesa de Asturias y decidle que le espero en el acto.

Partió la camarera y la reina, haciendo menudos pedazos la carta arriba mentada, dijo sonriendo:

—Veremos si esta pobre avecilla escapa de mis redes.

¿Quién era este paje? ¿Por qué la poderosa y altiva reina de España mandábale llamar á una hora tan avanzada de la noche?

Según la crónica palaciega, el dicho paje no era otro que el hermosísimo y gallardo jovencito traído á España por la princesa Antonia, de quien él se decía con orgullo hermano de leche.

La primera mujer de Fernando era una niña que á la belleza del cuerpo unía todos los tesoros de la virtud, de la

piedad y de la instrucción. Llamábase María Antonia de Borbón y era hija del rey de Nápoles. El historiador Michaeli Quin, hablando de ella, dice que España entera esperaba los más felices resultados de su unión con el príncipe de Asturias, y que éste mismo la había deseado con ardor atendida la horrible servidumbre en que vivía.

Las bodas se celebraron en Barcelona con pompa y regocijo; la hermana de Fernando, la princesa Isabel, casóse también en ese mismo día y en la misma ciudad con el heredero presuntivo de la corona de Nápoles.

Volviendo al paje, que hemos apellidado Angelo Moreri, lo que sabemos es que se había criado en el palacio de los reyes napolitanos y que la princesa Antonia le quería con extremo, no solo por ser hijo de su nodriza, cuanto porque desde muy pequeño la había demostrado singular afecto.

Como en palacio las malas lenguas no dejaban pasar ocasión de molestar á Fernando, su esposa y amigos, decíase que el tal Angelo Moreri estaba locamente enamorado de su ama y que ella, á pesar de su marido y de sus arregladas costumbres, se complacía en ese amor inspirado y sentido por dos almas, si bien de tan opuesto rango, perfectamente iguales en elevación y pureza de espíritu.

Lo que había de efectivo era que el paje de la princesa Antonia no salía sino muy raras veces de palacio, que seguía á todas partes á su señora y que no daba un paso sin primero consultarse con ella. Valiente, no obstante su corta edad de 17 años, había ya tenido un lance de honor con un guardia de Corps que se permitiera decir en su presencia que la princesa de Asturias era fea de cara y desgarbada de cuerpo. Su educación había sido esmerada, tenía bellísima letra y tocaba la cítara con gracia y sentimiento. Fernando solía decirle riendo:—«Angelo, tú tienes un nombre que te viene bien; eres el ángel de la guarda de mi esposa, y por ello algún día he de hacer de ti un verdadero *Angelote*».

Pero vayamos al caso. ¿Qué quería María Luisa al man-

dar buscar con tanto misterio y con tanta precipitación á ese joven? Ella misma va á decírnoslo.

Una vez Angelo introducido en la real recámara por la marquesa de Santa Cruz, comenzó entre él y la reina el diálogo siguiente:

— ¿Por qué no fuiste á la cita que te dió en mi nombre mi camarera mayor?

—Señora, os lo he dicho ya: porque la princesa de Asturias me ordenó que no saliese de palacio.

—Brava respuesta, ¡por Dios santo! ¿Con qué es decir que tú obedeces más á esa mujer que á la reina? Mira, ¡pobre niño! si no me inspirases el afecto que en mala hora te he cobrado, hoy mismo te habría hecho arrojar de palacio.

— Perdón, señora, que yo os juro que no habréis de tener en adelante razón para reconvenirme.

— Está bien; pero te prometo que si no haces al pie de la letra lo que voy á ordenarte, antes de quince días te hayarás de vuelta en tu patria. Oye, pues. Necesito que me entregues mañana á estas horas el cofrecillo de cristal de roca en que guarda la princesa de Asturias su correspondencia. Tú que tienes á cada momento entrada en su dormitorio puedes tomarlo sin que nadie lo sepa...

Al oir esto, el paje levantó la cabeza y miró con ojos airados á la reina.

—No haré tal, señora, dijo, aunque me lo mandéis, por que tal acción sería la de un ladrón y de un villano, y yo soy honrado y leal.

María Luisa no lo dejó concluír; con un gesto que sólo ella podía tomar y que era terrible aun para sus íntimos amigos, le señaló la puerta.

Angelo, sin intimidarse ante aquella peligrosa demostración y con el rostro lívido y los ojos sanguinolentos añadió todavía:

—Me perseguiréis, señora, pero moriré en mi puesto.

La marquesa de Santa Cruz, que conocía mejor que nadie el genio violentísimo de su ama, intervino á tiempo,

pues María Luisa había echado mano á la palmatoria de plata para dispararla al rostro de su atrevido interlocutor.

—Habéis hecho bien, marquesa, dijo á su camarera, en impedirme que le rompa la cabeza á este insolente; y volviendo luego sus ojos de pantera sobre el infeliz pajecillo, repitió varias veces, apretando los puños: villano, me la pagarás y bien pagada.

Una vez sola, se miró en el espejo y hallando su rostro desencajado hasta dar espanto á ella misma, pidió á la marquesa de Santa Cruz su basquiña y manto; vistióse apresuradamente y sacando de su neceser un puñalito con cabo de ébano incrustado de oro, que nunca abandonaba en sus correrías de la media noche, salió de la estancia murmurando palabras que su azafata no pudo oír, pero entre las cuales se le oyó muy distintamente que se dirigía con ella á casa de Mayo, que era entonces su predilecto cortejo.

IV

Cuatro días después de la escena que acabamos de referir, el príncipe de Asturias se entretenía con sus parciales oyendo las jácaras que diariamente le repetían de sobremesa.

—Patriarca, decíale al que se denominaba de las Indias, estoy resuelto á todo, pero para que no nos llevemos chascos en la ardua empresa que meditamos, es preciso proceder con cautela.

Su eminencia, que á la sazón bebía una taza de café de Moka, en la que, á imitación del príncipe, había metido un cigarro puro para darle fragancia y gusto á tabaco, replicó:

—Dice bien su alteza; en esto de conspirar hay que tener en cuenta muchas cosas, como que en ello va la vida y la honra.

—Cántame tú, Izquierdo, las seguidillas que me gustan, dijo á éste Fernando, y haciendo una seña de inteligencia

á su preceptor, el famoso canónigo Escoiquiz, continuó: luego hablaremos sobre eso; entre tanto quiero oír un par de coplas chuscas que me hagan fácil la digestión.

Diciendo así, encendió un habano y comenzó á tararear la cuarteta que, haciendo alusión á Carlos IV, repetía su camarilla:

Nació el infeliz cabrito
Con la fatal condición
De morir cuando chiquito
O vivir para cabrón.

Ya que estamos en vías de digresiones, detengámonos en el estudio de este príncipe, tal vez el más execrable que presenta la historia contemporánea española en sus nauseabundos anales.

V

Fernando de Borbón nació en el Escorial en 14 de octubre de 1784. Odiado por su madre desde que vino al mundo, su educación no fué ni pudo ser otra que la que convenía á sus desnaturalizados padres. El príncipe de la Paz, que temía con razón la pérdida de su privanza, confióle desde muy temprano á manos mercenarias dispuestas á ejercer el vil ministerio á que se las llamaba.

«Al plantear la educación del príncipe de Asturias, dice un escritor amigo de Fernando, Godoy adoptó principios semejante á los que habían seguido en otros países Mortimer, Richelieu y Bute. Su inteligencia exigía que el heredero de la corona no saliese de la dependencia, de la sumisión, y si era posible, de la nulidad, porque su permanencia en el poder era incompatible con las ideas que el príncipe debía naturalmente adquirir; así que no olvidó ninguno de los medios propios para llegar al fin que se proponía. Los preceptores de Fernando veíanse obligados á seguir la línea

de conducta que les había trazado el príncipe de la Paz, quien había formado su corte con los hombres más ignorantes, que no tenían otro destino que perturbar su infancia y alejarle de los negocios públicos del reino».

«El príncipe de Asturias vivía, pues, en la corte de su padre en una absoluta dependencia. Ni la más ligera satisfacción suavizaba la aspereza de su suerte; y ninguno le recordaba la importancia política que debía darle el lugar que ocupaba cerca del trono. En efecto, las consideraciones de esta naturaleza cedían al poder absoluto, al lujo oriental y á la influencia ilimitada del príncipe de la Paz. La reina, que preveía los infortunios que amenazaban á su favorito si el príncipe de Asturias abría una vez los ojos sobre su situación y procuraba recobrar el rango y la influencia que le pertenecían de derecho, servíase con actividad de todos los medios que podían suministrarle su carácter intrigante, sus tesoros y el poderío sin límites que ejercía en la corte de Carlos IV, para perseguir á su hijo primogénito, para turbar y emponzoñar el curso de su vida.

De aquí se originó una guerra doméstica de la que los españoles no podían permanecer espectadores indiferentes. Aunque no podamos decir con exactitud que el país se dividió en dos partidos políticos, sin embargo existían dos opiniones distintas que se manifestaban con señales muy claras: la una era favorable al príncipe de la Paz y la otra al príncipe de Asturias. En torno al primero habíanse coocado naturalmente el mayor número de los ambiciosos, los jefes del ejército y algunos optimistas políticos que esperaban que el ministro obraría en las instituciones de la monarquía el cambio de las reformas necesarias para la ventura del país; pero la masa de la nación que vería el desorden y las desgracias de que era víctima el Estado desde que Godoy empuñaba sus riendas, y por otra parte se lastimaba con la suerte desventurada de un príncipe destinado á ocupar el trono de España, cobrábale de día en día mayor afecto, y aglomerábanse poco á poco esos elementos

de exasperación y de odio que debían hacer necesariamente pronto ó tarde una explosión decisiva».

He ahí lo bastante para comprender el estado en que se hallaba la monarquía en los momentos en que tenían lugar los sucesos que vengo relatando.

Fernando conspiraba, pues, dentro de palacio contra su padre y éste y María Luisa y el príncipe de la Paz, fraguaban día y noche nuevos planes no sólo con el fin de desbaratar sus maquinaciones, sino de oprimirle más y más desacreditándole en concepto de la nación, que, en medio de su amor por el príncipe, lamentaba sus extravíos y defectos de carácter más propios de un hombre del pueblo que de un vástago regio.

El palacio, como se comprende muy bien, no podía con tales antecedentes ser otra cosa que un semillero de intrigas escandalosas: dos camarillas, si no igualmente poderosas, idénticas en su objeto y móviles detestables, funcionaban sin descanso. En la que encabezaba Fernando lucían su ingenio diabólico el canónigo Escoiquiz, el duque del Infantado, los grandes de España Orgas, Ayerbe y San Carlos y otras personas de la servidumbre, entre las cuales se hacían notar varias de la más baja condición.

VI

Siguiendo ahora el hilo de mi interrumpido relato en que dejamos al príncipe divirtiéndose de sobremesa con sus íntimos amigos y parciales, haré notar que mientras así se entretenía la camarilla Fernandina, como se la llamaba, en otro departamento de palacio la reina María Luisa se ocupaba en helar ella misma un jarabe de rosas que en un pequeño bote de plata le había traído con suma cautela su camarera y confidenta, la ya tantas veces mentada marquesa de Santa Cruz. La operación aquella no debía ser muy ordinaria cuando á cada momento la reina suspendía

su tarea para ir á poner el oído en la cerradura de su recámara.

—Tiempo hay todavía, dijo muy quedo á la marquesa, puesto que no son más de las dos y media de la tarde y el príncipe no deja la sobremesa hasta la cinco.

—Señora, contestó la camarera, en cuyo rostro, generalmente impasible, se marcaba una palidez muy pronunciada, si vuestra majestad me permitiese ser franca, le diría que el paso que vamos á dar es sobremanera comprometente.

Miróle María Luisa con sus ojos de víbora y sin decir una palabra comenzó á llenar un precioso vaso de cristal lapidado de Sajonia con el helado ya referido. Luego que hubo concluído colocó el vaso en una pequeña salvilla de oro y lo entregó á su confidenta diciéndole con un tono que no admitía réplica:

—Hacedle llegar á su destino y el diablo se encargará de lo demás.

VII

La sobremesa del príncipe continuaba alegre y decidora; el llamado Chamorro, que no era otro que un aprendiz de torero, cantaba las seguidillas que más encantaban á Fernando; el duque de Alagón, soldadote entretenido por sus gracias burdelescas, reía á carcajadas arrojando á un tiempo de su boca, manantial perenne de inmundicias, una columna de humo que el príncipe, como gran fumador, aspiraba con voluptuosa delicia; Escoiquiz cavilaba entre sorbo y sorbo de su café, dirigiendo de cuando en cuando una mirada oblicua sobre el rostro lívido y descompuesto de su real pupilo; los demás reían y bebían.

Abrióse en esto la puerta de la alcoba y apareció en el umbral el pajecillo Angelo Moreri con la salvilla que ya hemos visto preparada por María Luisa.

—¿Qué traes allí, Angelote? preguntó el príncipe. Apues-

to que es mi señora madre la que envía para mí ese apetitoso helado.

—Efectivamente, señor, contestó el paje, su majestad me manda que os traiga este helado y os aseguro que lo ha compuesto por sus propias manos para que á su nombre se digne tomarlo vuestra alteza.

—Bravo! bravísimo! gritó el príncipe quitando de las manos del paje la salvilla y poniéndola con toda solemnidad sobre la mesa.

—A ver! ¿quién es aquí mi primer amigo para ofrecerle este bocado de príncipe?

Los cortesanos miráronse sin decir palabra; parecía que tenían miedo al obsequio de María Luisa.

—Y bien, continuó el príncipe, ¿no hay quien pida preferencia para este gracioso regalo de mi santa madre?

—Si no fuera porque soy indigno de tanto honor, contestó el patriarca de las Indias, ya hubiera yo pedido á vuestra alteza siquiera el copete de ese tentador refresco.

—Pues tómalo, patriarca, replicó Fernando, tómalo todo y que te haga buen provecho.

Un cuarto de hora más tarde el purpurado goloso y adulador se hallaba tendido en su cama con las convulsiones de un envenenamiento por el arsénico, y el palacio todo se conmovía diciendo que Angelo Moreri había querido envenenar al príncipe de Asturias por el amor insensato que profesaba á la esposa de éste, la princesa Antonia.

Al día siquiente el paje fué trasladado á un calabozo de la inquisición de donde se le sacó al cabo de un mes para exigirle declaración formal del hecho. El infeliz negó redondamente toda su culpabilidad, como que era del todo inocente.

Se le hizo aplicar el tormento del borceguí por dos veces, pero nada más confesó que lo que ya había dicho antes, esto es, que hallándose el 5 de octubre en la ante-cámara de la princesa de Asturias, fué llamado por la marquesa de Santa Cruz, quién le entregó la salvilla con el vaso de hela-

do para que lo llevase á su alteza el príncipe Fernando con un recado de la reina.

Entre tanto, la *Gaceta* de Madrid, redactada por uno de los amigos de Godoy, publicaba en 1.º de diciembre de ese año un artículo en que se hacía la revelación de una serie de crímenes en que el príncipe de Asturias y sus amigos se hallaban seriamente comprometidos.

Del paje Angelo Moreri hacía un héroe de novela terrible; decía que su amor por la princesa le había convertido en alevoso y sacrílego asesino; que el mismo Fernando había querido más de una vez castigarle y castigar á su esposa por las libertades que aquél se permitía. En fin, los partidarios de María Luisa, prevaliéndose de esta coyuntura tan favorable como inesperada, fraguaron una infinidad de imposturas que, á no ser por lo burdo y grosero de muchas de ellas, habrían arruinado por completo el prestigio del heredero del trono.

Como es natural, la princesa Antonia, que era un modelo acabado de virtud, al verse víctima de tales infamias comenzó á languidecer, inspirando desde luego serios cuidados á los médicos consagrados á su asistencia.

La relación de la enfermedad de esta angelical princesa hecha por el célebre doctor García Malo, no puede leerse sin enternecimiento. ¡Qué de sufrimientos sofocados por la dignidad de esposa no atormentaron aquella alma pura! ¡Oh! aquella mujer no había nacido para ser la compañera de un príncipe tan villano y tan inepto como Fernando!

Ya se supone los pasos que la princesa daría para libertar de la muerte á su infeliz hermano de leche.

Por una de las cartas que de ella publica el doctor citado, se ve que desde el primer momento de la trágica escena no descansó un instante, ya teniendo entrevistas con letrados, inquisidores, jefes del ejército, ya dirigiendo al rey y á la reina y al príncipe de la Paz cartas y memoriales á fin de que la justicia ordinaria se ocupase en esclarecer el asunto por el que tanto padecía su honra.

Pero nada fué bastante á conmover el corazón de aquella Mesalina coronada; odiaba á su hijo y á cuanto le rodeaba con una furia que no es posible concebir sin estar como yo en plena posesión de mil y mil documentos que ponen de relieve el alma infernal de esa mujer infame.

Por fin, el desgraciado Angelo Moreri expiró el 2 de enero de 1806 á consecuencia de los dolores del tormento y de las privaciones y martirios que, por orden superior, se le hizo padecer desde su encierro en las mazmorras del Santo Oficio. Un instante antes de morir entregó cautelosamente al doctor García Malo una carta para la princesa. En ella protestaba el infortunado contra las infamias que se le imputaban y concluía por asegurar á su señora que moría puro de toda mancha y amándola como aman los ángeles á la reina de los cielos.

La princesa al saber la muerte de su paje llamó á Fernando, y después de pintarle entre sollozos y lágrimas las indignidades de que era víctima y que hasta entonces había silenciado para no hacer más tirantes sus relaciones con sus padres, le pidió que la viese comulgar para que, con la hostia en la boca, pudiera ella jurarle el tierno y jamás violado afecto que le había profesado desde el día de su matrimonio. Fernando, que no lloraba nunca, lloró esta vez y prometió vengar á la infeliz y noble compañera de su infortunio.

VII

Ocho días más tarde estaba viudo y entregado de nuevo á sus cavilaciones. El patriarca de las Indias se restablecía lentamente de la enfermedad que lo había puesto al borde del sepulcro, pero no por eso dejaba de asistir á las comilonas de palacio. Sus otros parciales le acompañaban como siempre, y como siempre también entreteniéndose en azuzar sus rencores, que con la muerte de la princesa se habían hecho voraces.

«Escoiquiz, dice un escritor muy instruído en los secre-

tos de palacio, no se tomaba ya el trabajo de ocultar su indignación y trabajaba para encender la cólera de Fernando. De estas efervescencias resultó que otras muchas personas se declararon contra el favorito. Mezcláronse en los dos partidos chismosos é intrigantes, y concibióse con suma imprudencia la esperanza de un triunfo que miraban como indudable. Así despertaron la atención del bando más funesto, y no tardó en quedar completamente aniquilado el más débil. Escoiquiz fué enviado á su catedral de Toledo bajo la custodia de una fuerte escolta. Desterraron á todos los criados del príncipe, y redujeron su corte á cuatro ó cinco individuos los más estúpidos, dándoles las instrucciones más minuciosas y que se extendían á las diversiones que debían permitirse al príncipe y á las conversaciones que no estaban prohibidas. Por este tiempo don Manuel Godoy fué nombrado almirante y general en jefe del ejército español. No satisfecho con el poder inmenso que acumulaba sobre sus hombros, hizo firmar al rey un decreto en que, concediéndole menos atribuciones, casi le igualaba con el monarca. Estaba á sus órdenes el ejército entero, y el cuerpo de artillería, que siempre se ha mirado como el más respetable de las fuerzas militares de España, pintó las armas de Godoy en sus banderas.

«Así se abusaba de la paciencia de los españoles, de un pueblo ya irritado, no sólo por la ambición desmesurada de este hombre, sino también por la facilidad con que se violaban y destruían las leyes y las costumbres del reino para contener la sed de honores que lo devoraba. Las creaturas del príncipe de la Paz, que ejercían el poder militar y político en las provincias, orgullosas con la protección poderosa que las sostenía, oprimían al pueblo y lo escandalizaban con su insolencia, su audacia y los desórdenes de su conducta. El tesoro estaba agotado á pesar de las sumas inmensas que proporcionaban las colonias; y para recurrir á las necesidades imperiosas del estado y satisfacer la insaciable avaricia de Godoy, fué preciso recargar al pueblo

con nuevos impuestos, que llegaron á ser tales que en muchos establecimientos de comercio se desconocieron abiertamente los derechos de propiedad. Cada uno de estos abusos aumentaba el número de los descontentos, que no tardaron en expresar en alta voz sus quejas á pesar de los esfuerzos de una policía muy activa que se había organizado únicamente para asegurar el poder del favorito. Los amigos del príncipe de Asturias vieron extenderse de día en día la esfera de sus esperanzas, y reunieron sus fuerzas para intentar un nuevo golpe».

En estas pocas líneas se ve de bulto el miserable estado en que se hallaba España en aquellos días de aciaga memoria, merced á una política basada toda ella en la corrupción de una corte que por sus escándalos habría merecido el azote de Tácito.

Esta época de la historia española, que pocos conocen en Chile, es una de las más interesantes por cuanto ya comenzaban por esa misma fecha á germinar en América los conatos de independencia que algunos años más tarde fueron coronados por la libertad de este continente.

Escoiquiz, que era el alma de los complots urdidos en la camarilla de Fernando, no podía permanecer ocioso y resignado en su destierro. Así, no bien hubo pasado un mes escaso fugóse de Toledo á favor del disfraz de un mozo de mulas. Llegado de oculto á Madrid inició con asentimiento de su real pupilo correspondencia con el conde Beauharnais, embajador de Francia. Esta correspondencia pone en claro que Napoleón de tiempo atrás, conociendo el estado en que se hallaba la política española, esperaba valerse del mismo Fernando para sus planes de conquista sobre la península. El duque del Infantado, de Orgaz, de Ayerbe y de San Carlos mantenían también por su parte íntimas relaciones con el mismo Beauharnais á fin de excitarle á que persuadiese al emperador de la necesidad de buscar en el príncipe de Asturias un aliado seguro. La abdicación de Carlos IV era la base de toda esta complicada trama.

Mientras tanto, pasaban los meses sin tomar una resolución, hasta que Fernando, por una de aquellas incomprensibles inconsecuencias de su carácter pérfido y cuitado, dijo á sus cortesanos que quería realizar cuanto antes su matrimonio con la hermana del príncipe de la Paz, sobrina de Carlos III, matrimonio que Godoy, para esclavizarlo más, había proyectado en sus tenebrosos conciliábulos con la reina María Luisa.

Dos días después de haber escrito á su padre pidiéndole la gracia de acelerar este enlace que, según él, colmaba su corazón de felicidad y de orgullo, escribía, sin embargo, á Napoleón la siguiente carta, cuya trascripción se encuentra en el *Diario Oficial* de Francia:

«*Carta del príncipe de Asturias Fernando*, *al emperador Napoleón*, *en* 11 *de octubre de* 1807.

Señor:—El temor de incomodar á vuestra majestad imperial en medio de sus hazañas y grandes negocios que lo ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar á lo menos por escrito los sentimientos de respeto, estimación y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido, *enviado por la Providencia para salvar la Europa del trastorno total que le amenazaba*, *para consolidar los tronos vacilantes*, *y para dar á las naciones la paz y la felicidad.*

Las virtudes de V. M. I., su moderación, su bondad aun con sus más injustos é implacables enemigos, todo, en fin, me hacía esperar que la expresión de estos sentimientos sería recibida como efusión de un corazón lleno de admiración y amistad más sincera.

El estado en que me hallo de mucho tiempo á esta parte, incapaz de ocultarse á la grande penetración de V. M., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanza de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la protección más poderosa, me determino no solamente a

testificar los sentimientos de mi corazón para con su augusta persona, sino á depositar los secretos más íntimos en el pecho de V. M. como en el de un tierno padre. Yo soy bien infeliz de hallarme precisado por circunstancias particulares á ocultar como si fuera crimen *una acción tan justa* y tan loable; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un exceso de bondad aun en los mejores reyes.

Lleno de respeto y de amor filial para con mi padre (cuyo corazón es el más recto y generoso), no me atrevería á decir sino á V. M. aquello que V. M. conoce mejor que yo: esto es, que estas mismas cualidades suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por más propia que sea esta virtud de caracteres semejantes al de mi respetable padre.

Si los hombres que le rodean aquí ¡lo dejaran conocer á fondo el carácter de V. M. I. como yo lo conozco, ¿con qué ansias procuraría estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones? Y ¿habrá medio más proporcionado que rogar á V. M. I. el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia? Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que también el suyo mismo (á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos) así que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazón apetece; pero no sucediendo así á los egoístas pérfidos que rodean á mi padre y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores en este punto. Sólo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes *abriendo los ojos á mis buenos y amados padres y haciéndolos felices al mismo tiempo que á la nación española y á mi mismo. El mundo entero admirará cada día más la bondad de V. M. I. quién tendrá en mi persona el hijo más reconocido y afecto.*

Imploro, pues, con la mayor confianza la protección paternal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su fa-

milia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse en este único objeto de mis deseos.

Este esfuerzo de bondad de parte de V. M. I. es tanto más necesario cuanto yo no puedo hacer ninguno de mi parte mediante á que se interpretaría á insulto á la autoridad paternal *estando*, *como estoy*, *reducido al solo arbitrio de resistir* (*y lo haré con invencible constancia*) *mi casamiento con otra persona*, *sea la que fuere*, *sin el consentimiento y aprobación positiva de V.M.*, *de quien yo espero únicamente la elección de esposa para mí.*

Esta es la felicidad que confío conseguir de V. M. I. rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. Escrito y firmado de mi propia mano y sellado con mi sello en el Escorial á 11 de octubre de 1807.—De V. M. I. y R. su más afecto servidor y hermano.—Fernando».

¿Qué dice ahora el lector de este príncipe á quien juraron todas las juntas revolucionarias de la América amor, respeto y sostén de sus sagrados derechos sobre las colonias de este continente?

Napoleón debió sonreír ruborizado al leer esta carta oprobiosa, no digo yo para un monarca, para el último de los hombres.

¡Oh! no hay nada más bajo que el corazón de este odioso príncipe. Todos los vicios de Tiberio se hallaban anidados en su alma, vivían allí en estrechísima concordia. Su madre misma, como puede verse en las cartas publicadas en el apéndice de la obra de Quin, y sobre las que llamó la atención el conde Toreno, hacía de él su retrato, escribiendo á Napoleón estas horribles palabras:

«Mi hijo merece el cadalso, pues tiene la cabeza de un asno y el corazón de un tigre».

VIII

En los momentos que ocurrían estos sucesos, Godoy, que tenía espias y emisarios en todas partes, descubrió todo el complot.

Por supuesto, lo primero que hizo fué entrar en acuerdo con la reina, y de ello resultó que Carlos IV, poniéndose á la cabeza de sus guardias de Corps (mi padre estaba allí), se dirigiese en la mañana del 29 de noviembre de 1807 al cuarto de Fernando para prenderle por sí mismo y hacerle conducir prisionero á una recámara secreta del mismo palacio.

Apoderáronse de todos sus papeles, dicen unos apuntes que tengo á la vista. Entre ellos se halló una memoria escrita de puño y letra de Fernando en que á más de las revelaciones asquerosísimas sobre la vida íntima de su madre se hallaban metódicamente expuestos todos los antecedentes de la alianza proyectada entre él y el príncipe de la Paz.

También se encontró la correspondencia de Escoiquiz, de Alagón, del duque del Infantado, y hasta las del choricero Chamorro, rufián reconocido de Fernando.

Las cartas de la princesa Antonia con su madre y sobre todo el despacho de generalísimo en favor del duque del Infantado *en el caso de que Carlos IV muriese repentinamente*, tomólas el rey por su propia mano y se puso á leerlas en alta voz delante de sus guardias.

Al día siguiente de su prisión, Fernando escribió á María Luisa rogándole se sirviese ir á verle, porque tenía que revelarle secretos de la mayor importancia. La reina no accedió á ello, pero envió al ministro Caballero con facultades amplias para entenderse con su hijo. El emisario de María Luisa, con la astucia refinada que le era característica, no salió del cuarto del príncipe sin arrancarle una confesión completa de todos sus crímenes.

Fernando suscribió sin titubear su propia deshonra y de sus amigos. Apenas en posesión de este primer documento, Carlos IV se apresuró á comunicárselo á Napoleón con una carta que voy á trascribir para que se vea al desnudo lo que era aquella familia real cuyo yugo nos costó tantos sacrificios de sangre y de dinero el romper.

El rey de España al emperador Napoleón

Hermano mío:

En los momentos en que me ocupaba en los medios de cooperar á la destrucción de nuestro enemigo común, cuando creía que todas las tramas de la ex-reina de Nápoles (era su cuñada) se habían roto con la muerte de su hija, veo con horror que hasta en mi palacio ha penetrado el espíritu de la más negra intriga. ¡Ah! mi corazón se despedaza al tener que referir tan monstruoso atentado. Mi hijo primogénito, el heredero presuntivo de mi trono, había formado el horrible designio de destronarme y *había llegado al extremo de atentar contra los días de su madre*. Crimen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. *La que le llama á sucederme debe ser revocada; uno de sus hermanos será más digno de sucederle en mi corazón y en el trono*. Ahora procuro indagar sus cómplices para buscar el hilo de tan increíble maldad, y no quiero perder un solo instante en instruír á V. M. I. suplicándole me ayude con sus luces y consejos.

Sobre lo que ruego, etc.—CARLOS.—En San Lorenzo, á 29 de octubre de 1807».

Pasados algunos días Fernando pidió perdón de rodillas á su padre ante el príncipe de la Paz, y este dió orden para que la *Gaceta* de Madrid publicase tan vergonzosa escena.

Carlos IV continuaba, entre tanto, en negociación con el emperador, la que concluyó por el tratado secreto firmado en Fontainebleau por el mariscal Duroc en representación de Napoleón, y don Eugenio Izquierdo en la del rey de España.

En medio de esto los temores de Carlos aumentaban, y se hacían más excesivas las exigencias de Godoy. ¿Qué partido tomar? No había, según éste lo aseguró después, más que uno, y era el de retirarse la familia real á Sevilla para de allí darse á la vela para Méjico.

Vacilante todavía el viejo é indeciso monarca, pidió á su ministro Caballero que hiciese de modo por impedir el viaje. Véase como describe un testigo ocular las últimas peripecias de este drama:

«El no querer partir el rey fué un golpe funesto para el príncipe de la Paz, no sólo porque eclipsaba su ascendiente que hasta aquel día había ejercido sobre el ánimo del monarca, sino también porque conoció que cualquiera que fuese el giro que tomasen las cosas, nunca llegaría el caso de que se mostrara la suerte próspera á sus deseos. Por iguales razones causó sumo placer al príncipe de Asturias y á sus partidarios el consejo dado por Caballero al rey Carlos.

«Sin embargo, el ejército, cual si hubiese querido arrebatar esta esperanza, permanecía á las órdenes inmediatas de Godoy; y como había dado varias disposiciones militares para secundar el viaje proyectado, los movimientos de las tropas excitaron la atención pública é inspiraron los más fundados recelos. Hallábase á la sazón la corte en Aranjuez, donde comenzaron á llegar, contra la costumbre que reinaba en tales ocasiones, no solo los regimientos españoles de la guardia, sino también los regimientos valones y otros muchos cuerpos del ejército. Al mismo tiempo fueron llamadas las tropas que marchaban á Portugal, con la orden que se dirijiesen á Córdoba, Sevilla y Cádiz.

«El pueblo de Madrid, que vivía de las prodigalidades de la corte, no podía mirar con indiferencia un suceso que, alejando á la familia real, cegaba la fuente de su prosperidad. El descontento comenzó á manifestarse amenazador. Extendíase desde Madrid á la Mancha, provincia situada cerca de Aranjuez, donde residía la regia familia y que en

la época de que se trata era la más rica, populosa y floreciente de la península. Por otro lado, los fieles agentes de Fernando se habían derramado por los contornos y villas inmediatas; distribuían dinero y pintaban con los más vivos colores el estado de opresión á que el príncipe de Asturias se hallaba condenado, y la tiranía que Godoy, su mayor enemigo, ejercía en todos los ramos del gobierno. El pueblo de la Mancha resintióse vivamente con la funesta discordia de la familia real. Reunióse una numerosa muchedumbre y se encaminó á Aranjuez; su presencia causó á Godoy y sus parciales la mayor alarma, y resolvieron persuadir á la familia real de la necesidad de su pronta salida para Sevilla.

«Informado Fernando de este proyecto, comunicólo á todos sus amigos, diciéndoles que se había fijado la partida para la noche del 17 de marzo.

«Sus palabras corrieron de boca en boca acrecentando la convulsión popular.

«Numerosos grupos armados de palos se formaron y atravesaron en silencio las calles del sitio real y los jardines del palacio. Poseídos de la idea de que el monarca quería abandonarlos, los descontentos convinieron en oponerse al viaje proyectado.

«Las tropas de línea y la mayor parte de la guardia real participaron de este deseo y manifestáronse animados de los propios sentimientos.

«A las siete de la noche la guardia del príncipe de la Paz, que se había hecho odiosa al pueblo y al ejército, se puso en movimiento. Un soldado de este cuerpo quiso reconocer el semblante de cierta dama que salía del Alcázar del príncipe, y habiendo aquélla puesto resistencia disparó un tiro al aire. El trompeta de guardias, creyendo que era la señal de comenzar el viaje, en el que la guardia del príncipe habría de servir de escolta, hizo resonar sus ecos; y los descontentos, persuadidos de que había llegado el momento propicio, mostraron intenciones hostiles. Rodearon, pues,

el palacio, se apoderaron de todos los pasos en donde era posible salir del sitio y atacaron la casa de Godoy, que logró ocultarse y evitó por el momento el furor de sus enemigos. El rey se presentó en el balcón y ofreció al pueblo que no se verificaría el viaje. Con esta certidumbre retiráronse todos, persuadidos de que el favorito había emprendido la fuga algunas horas antes, y que se hallaba ya á larga distancia de Aranjuez.

«Al día siguiente aparecieron nuevas señales de inquietud; el pueblo no estaba satisfecho con lo que había logrado hasta entonces, y el ensayo que acababa de hacer de su fuerza le inspiró el deseo de servirse de ella de un modo más decisivo. Instruyeron á Carlos IV de que no cesaban los preparativos para excitar nuevos tumultos durante la noche; los ministros intentaron obligar á los comandantes de las tropas á que se opusiesen á los descontentos y los reprimiesen por la fuerza; mas los jefes militares se negaron todos á encargarse de una misión tan peligrosa y declararon que sólo el príncipe de Asturias podía hacerles renunciar á sus deseos. Fernando fué llamado acto continuo á la presencia de sus padres, abrumados de pesar y temor. Afirmó que no tenía el menor conocimiento de la muchedumbre sublevada. No obstante, ofreció enviar algunas personas que ejercían sobre ella suma influencia y que les rogaría que compelieran al pueblo á entrar en el camino del deber. Mas, mientras trabajaba Fernando para cumplir sus promesas ó hacer que las cumplía, sobrevino un acontecimiento que aceleró el decenlace del drama. Godoy, que se había mantenido oculto entre unas esteras desde el 17, en que fué atacada su casa, se vió precisado á desamparar su escondite agobiado por sed que le devoraba. Pidió un vaso de agua al primer centinela que encontró, ofreciéndole en recompensa un magnífico reloj de repetición y algunas monedas de oro. El soldado en vez de aceptar la oferta prorrumpió en grandes gritos, diciendo que allí estaba el traidor, y en el momento rodeó al príncipe una muchedumbre inmen-

a que le bajó arrastrando por la escalera. Maltratáronle é hiriéronle repetidas veces, y hubiéranle asesinado infaliblemente si Fernando, á ruegos de Carlos IV, no se hubiese presentado acompañado de algunos individuos de la guardia. Manifestó á los amotinados que había respondido de la vida de Godoy y que era necesario dejarle la vida para poder descubrir los cómplices de sus delitos, instruyendo el conveniente proceso. El pueblo obedeció con respeto y el desventurado favorito fué conducido á la prisión entre dos filas de guardias y atravesando por medio de una multitud de cerca de 40,000 personas que le abrumaban á miradas y á maldiciones. Encerrado en la cárcel no tardó en presentarse un juez á dar principio al proceso, recibiéndole declaración.

«Fernando regresó á palacio en medio de los gritos del pueblo que le saludaba con el nombre de rey, y cercado de muchos individuos que el día antes eran los aduladores de su enemigo. El rey y la reina, á cuyo alrededor sólo habían quedado algunos antiguos y fieles servidores, yacían en el más profundo desconsuelo. Fernando procuró suavizar sus penas asegurándoles que no había resonado una sola palabra contra ellos y que no tardaría Aranjuez en verse libre del inmenso vulgo que allí se había reunido. Carlos IV, cargado de años y de enfermedades, y viéndose privado del apoyo de un hombre á quien por tanto tiempo había entregado su confianza, naturalmente enemigo de los negocios é incapaz de tomar medidas enérgicas en tan difíciles circunstancias, consultó á los ministros y á algunas personas de su corte sobre la conducta que debía observar en el estado actual de las cosas. Todos le aconsejaron unánimemente abdicar en favor de su hijo. Y María Luisa, que había perdido la esperanza de que Godoy volviera á cobrar el poder que había disfrutado por tantos años, no alimentaba otro deseo que el de libertarle de las garras de sus enemigos y pasar en su compañía el resto de sus días en cualquier rincón del mundo; así es que no se opuso á semejante

resolución. Carlos IV, pues, firmó el 19 de marzo el decreto de abdicación en favor de Fernando su hijo.

«El anciano monarca, en una carta dirigida al emperador de los franceses dándole cuenta de este importante acontecimiento, dice que como su salud de día en día era más débil, había juzgado oportuno retirarse á un clima más suave y abandonar el gobernalle de la nave del estado; que en virtud de tal acuerdo había abdicado la corona en favor de *su amado hijo el príncipe de Asturias;* y que esperaba, que en consideración á los vínculos que unían á entrambos países y del afecto particular que profesaba á la persona de S. M. I., se dignaría aprobar la medida adoptada. Añadía que abrigaba esta esperanza, tanto más confiado cuanto más profunda era la impresión que habían hecho en el ánimo de su hijo los sentimientos que había procurado inspirarle á favor de S. M. I. , que no cabía duda que emplearía todos los medios posibles para estrechar aun más los lazos que unían á las dos naciones.

«Fernando fué, pues, proclamado rey por un pueblo ebrio de alegría y colmado de risueñas esperanzas.

«El propio entusiasmo reinó en Madrid, donde los habitantes saquearon las casas de Godoy y de sus principales partidarios. Todavía creció el gozo hasta el más alto punto cuando días después vieron al joven monarca encumbrar á los primeros puestos á los hombres más ilustrados y liberales de España, desterrados ó perseguidos á causa de la severidad con que habían censurado los abusos del poder del favorito».

IX

Ahí tenéis, en breves palabras, relatado el famoso motín de Aranjuez, que arrebató el cetro á Carlos IV para entregarlo en manos de su hijo, quién, por castigo del cielo, fué á su turno despojado por Napoleón y aprisionado durante seis años en Valencey.

Cuentan que entrando Fernando en Bayona decía á su preceptor:

—El vaso de helados de mi madre ha hecho su efecto; ha envenenado su existencia y la de su favorito. Angelo Moreri y la princesa Antonia están vengados. Dios dirá lo demás.

Una semana más tarde firmaba el general Duroc y el célebre canónigo Escoiquiz el tratado que se llama de Bayona, en el que se estipulaba la cesión hecha al emperador por Carlos IV de sus derechos á la corona de España y de las Indias. Fernando renunciaba también los derechos que reconocía á ambas diademas, en calidad de príncipe de Asturias. Napoleón I le concedía el título de alteza real y á sus descendientes los de príncipe y alteza serenísima. Daba en propiedad á Fernando y su sucesión los palacios, parques, bosques y dominios de Navarra para que pasasen, á falta de hijos, sucesivamente á la familia de los infantes don Carlos, don Francisco y don Antonio, y les señalaba una pensión anual de 400,000 francos, con las condiciones de sucesión, y á la que añadía una renta eventual de seiscientos mil francos.

Mientras que tales sucesos se operaban en la madre patria, la América, obedeciendo á esa ley infalible que, según el arzobispo de Malinas, hace desprender la fruta madura del árbol que la sostiene, se rebullía por alcanzar la libertad que le robaba oprobiosa esclavitud, y acumulando lentamente los elementos que habrían de darle después la posesión del tesoro que buscaba, escribía con la sangre de sus venas en el libro inmortal de su alma el juramento de morir ó vivir libre de toda servidumbre.



INDICE



